Seix Barral

Alba de Céspedes

Una esposa ejemplar

Epílogo de Elena Ferrante

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Conocí a Francesco Minelli en Roma...
Dos días después...
Lo que más me sorprendió a mi regreso...
Apéndice a «Una esposa ejemplar»
    Con el título Prólogo a «Una esposa ejemplar»...
    Prólogo (1994)
Epílogo. Por Elena Ferrante
    Cuando era muy joven...
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

«La historia de un gran amor y de un crimen»: así definió la propia autora esta novela. La narradora y protagonista es Alessandra Corteggiani, que en esta inolvidable obra evoca sus propias vivencias familiares y personales para transitar por la historia italiana de los años entre el fascismo, la Resistencia y la reconstrucción.

Con una madre que se suicida por amor, Alessandra se niega a repetir ese destino pero será enviada por su padre a la casa de unos parientes en un remoto pueblo de Abruzzo con la esperanza de que haga suyo el “deber de sumisión”. Ella, en cambio, se vuelve cada vez más consciente de la cuestión femenina y está decidida a obtener para las mujeres el mismo respeto que reciben los hombres. El hecho crucial de su vida es enamorarse de Francesco, un carismático profesor antifascista con quien se casará; su amor está, sin embargo, destinado a un final trágico.

Con el dramático contexto de la guerra de fondo, Alba de Céspedes compone una novela asombrosa por la variedad de situaciones, la precisión de los retratos, la riqueza de tonos. Un sofisticado juego de espejos del que emerge la conciencia de una mujer que, en un mundo cada vez más dominado por los hombres, consigue transformar la resignación en rebeldía.

Una esposa ejemplar

Alba de Céspedes

Traducción del italiano por Isabel González-Gallarza

Seix Barral

From childhood's hour I have not been
As others were; I have not seen
As others saw; I could not bring
My passions from a common spring.
From the same source I have not taken
My sorrow; I could not awaken
My heart to joy at the same tone;
And all I loved, I loved alone.

Ni un solo día de mi vida fui
como la gente, ni tampoco vi
como la gente, ni pude pescar
mis pasiones de un común manantial:
de la misma fuente nunca he tomado
mi tristeza. Tampoco se ha alegrado
mi corazón al son del mismo tono
y todo cuanto amé lo he amado solo.

EDGAR ALLAN POE

Conocí a Francesco Minelli en Roma, el 20 de octubre de 1941. Yo estaba preparando entonces la tesis de licenciatura, y hacía un año que mi padre se había quedado casi ciego de cataratas. Vivíamos en una de las casas nuevas del muelle Flaminio, adonde nos habíamos mudado justo después de la muerte de mi madre. Yo podía considerarme hija única, aunque, antes de nacer yo, un hermano mío había tenido tiempo de venir al mundo, revelarse un niño prodigio y morir ahogado a los tres años. De él se veían en casa muchas fotografías en las que su desnudez quedaba apenas cubierta por una camisita blanca que resbalaba sobre sus redondos hombros. También había retratos suyos tumbado bocabajo sobre una piel de oso, pero la preferida de mi madre era una pequeña imagen que lo mostraba de pie, con una mano tendida hacia las teclas del piano. Ella sostenía que, de haber vivido, habría sido un compositor de la talla de Mozart. Se llamaba Alessandro, y, cuando yo nací, pocos meses después de su muerte, me pusieron el nombre de Alessandra para renovar su memoria y con la esperanza de que se manifestaran en mí algunas de esas virtudes que habían dejado de él un recuerdo imborrable. Ese vínculo con el hermanito difunto tuvo un gran peso en los primeros años de mi vida. Nunca podía librarme de él: cuando me reprendían, era para señalarme que, pese a mi nombre, había traicionado las esperanzas que habían puesto en mí. Tampoco omitían señalar que Alessandro jamás se habría atrevido a actuar de ese modo e, incluso, cuando merecía una buena nota en el colegio o daba muestras de diligencia y de lealtad, me quitaban parte del mérito, insinuando que era Alessandro quien se expresaba a través de mí. Esa abolición de mi personalidad me hizo crecer huraña y taciturna y, más tarde, entendí como confianza en mis capacidades lo que no era sino un

desvanecimiento del recuerdo de Alessandro en mis padres.

Pese a todo, yo le atribuía un poder maléfico a la presencia espiritual de mi hermano, con quien mi madre se comunicaba desde un velador con la ayuda de una médium llamada Ottavia. No ponía en duda que se hubiera instalado en mi interior, pero, al contrario de lo que sostenían mis padres, solo para sugerirme acciones reprobables, malos pensamientos y deseos malsanos.

Por eso me abandonaba a ellos, pues consideraba inútil combatirlos. En resumen, Alessandro representaba lo que para otras niñas de mi edad era el diablo o el espíritu del mal. «Aquí está —pensaba yo—, ahora manda él.» Creía que podía apoderarse de mí como del velador.

Solían dejarme sola en casa, al cuidado de una vieja criada llamada Sista. Mi padre estaba en la oficina, y mi madre salía todos los días y pasaba fuera muchas horas. Era profesora de piano, y más tarde comprendí que podría haber expresado una gran creatividad de haber podido enfocarse en el arte y no en los gustos y las exigencias de los burgueses ricos a cuyos hijos debía instruir. Antes de marcharse, me preparaba algún pasatiempo para que pudiera distraerme durante su ausencia. Sabía que no me gustaban los juegos ruidosos y violentos, por lo que me instalaba en un silloncito de mimbre acorde con mi estatura y colocaba a mi lado, sobre una mesita baja, algunos libros, retales, conchas y margaritas con las que hacer pulseras o collares. Con sus cariñosas indicaciones, aprendí muy pronto a leer y a escribir bastante bien. Para mi pesar, el mérito de esa precocidad también le fue atribuido a Alessandro. En realidad, yo razonaba y me expresaba como si tuviera el doble de mi edad, y mi madre no se maravillaba de ello porque sustituía esa edad por la que habría tenido Alessandro. Por eso me dejaba leer libros destinados a niñas más maduras. Hoy, sin embargo, puedo decir que la elección de esos libros era la mejor y respondía a una sólida cultura.

Mi madre se marchaba, pues, no sin antes besarme efusivamente, como si se tratara de una larga separación, y yo me quedaba sola. De la cocina me llegaba un ruido de platos, y por el pasillo desfilaba la sombra flaca de Sista. Al caer la tarde, la criada

se encerraba en su cuartito, a oscuras, y la oía rezar el rosario. Entonces, segura de que no me descubrirían, abandonaba libros, conchas y pulseras de margaritas y me iba a explorar la casa.

No me estaba permitido encender la luz porque vivíamos en la más estricta austeridad. Empezaba a moverme en la penumbra, avanzando despacio, con los brazos extendidos como una sonámbula. Me acercaba a los muebles, viejos y macizos, que a esas horas parecían salir de su inmóvil quietud para cobrar misteriosas apariencias. Abría puertas y rebuscaba en los cajones, movida por una curiosidad febril, hasta que, al ver retirarse la luz de las habitaciones oscuras, me agazapaba en un rincón, atenazada por una mezcla de miedo y disfrute.

En verano, en cambio, me sentaba en la galería que daba al patio de la finca o me asomaba a la ventana, encaramándome a un escabel. Nunca escogía las ventanas que daban a la calle, prefería una que se abría sobre un pequeño patio, lleno de glicinias, que separaba nuestra casa de un convento de monjas. Las golondrinas buscaban el frescor de la sombra del patio y, al primer trino, yo me levantaba como quien acude a una llamada y corría a la ventana. Allí, seguía con la mirada su vuelo, los cambiantes diseños de las nubes y la vida de esa secreta comunidad de mujeres que se filtraba por las ventanas iluminadas del convento. Detrás de sus visillos blancos, las monjas pasaban deprisa, proyectando grandes sombras chinescas. Los trinos crueles de las golondrinas eran como latigazos que avivaban mi fantasía. En silencio, desde un rincón de la ventana oscura, yo arrasaba con cuanto encontraba a mi alrededor. Definía ese indescriptible estado de ánimo como «Alessandro».

Después, me refugiaba con Sista, sentada junto a los fogones enrojecidos por las ascuas. Al volver, mi madre encendía la luz, y la vieja y yo surgíamos de la penumbra, atontadas por la oscuridad y el silencio. Mis mudos diálogos con el piano y las golondrinas me fatigaban tanto que tenía los ojos hinchados. Mi madre entonces me cogía en brazos, para hacerse perdonar su ausencia, y me contaba de la señorita Chiara y la señorita Dorotea, las jóvenes hijas de una princesa a las que llevaba años enseñando música sin

resultado.

Mi padre volvía bastante tarde, según la costumbre de la gente del sur. Se oía girar la llave en la cerradura, una llave larga y fina que siempre le asomaba del bolsillo del chaleco, seguida del ruido seco del interruptor. Nosotras estábamos en la cocina, mi madre ayudaba a Sista a preparar la cena, pero, en cuanto oía la llave, antes de que su marido entrara en casa, se componía deprisa el peinado, se iba al comedor y se sentaba conmigo en el rígido sofá. Tomaba un libro y, absorta, fingía leer; luego, con una voz aguda que expresaba una alegre sorpresa, preguntaba: «¿Eres tú, Ariberto?». En los primeros años de mi vida, mi madre representaba cada noche esa pequeña comedia que, durante mucho tiempo, me pareció incomprensible. No entendía por qué abría febrilmente el libro si luego no podía seguir la lectura. Cada noche, sin embargo, me quedaba fascinada por esa voz que resonaba armoniosamente en la casa y hacía que sonara romántico el feo nombre de mi padre.

Este era un hombre alto y robusto, con el pelo cortado a cepillo. Ya de mayor, cuando tuve ocasión de ver algunas fotografías que lo mostraban de joven, comprendí por qué había tenido éxito con las mujeres. Sus ojos eran muy negros y profundos, y sus labios, carnosos y sensuales. Vestía siempre de oscuro, quizá porque trabajaba en un ministerio. Hablaba poco; se contentaba con mover la cabeza en un gesto de desaprobación mientras mi madre conversaba animadamente, hablando de lo que había visto u oído en la calle, acompañando el relato con observaciones perspicaces y enriqueciéndolo con la fantasía. Mi padre la miraba y bajaba la cabeza.

Discutían con frecuencia, pero sin escenas ni gritos. Se hablaban en voz bastante baja, lanzándose hábilmente, en un reñido duelo, frases secas e hirientes. Yo los miraba, estremecida, sin entender sus palabras, cargadas de sobrentendidos. De no ser por la ira contenida en sus miradas, ni siquiera me habría dado cuenta de que discutían.

En esos momentos, Sista, que siempre escuchaba detrás de las puertas, venía a buscarme, me llevaba a la cocina y me obligaba a

rezar con ella el rosario, respondiendo a las letanías. A veces, para distraerme, me contaba la historia de la Virgen de Lourdes, que se le había aparecido a la pastorcilla Bernadette, o la de la Virgen de Loreto, con la Santa Casa transportada por los ángeles.

Mientras tanto, mis padres se encerraban en su habitación. Alrededor de la vieja criada y de mí se adensaba el silencio. Yo temía ver surgir en el umbral uno de aquellos espíritus que la médium Ottavia invocaba los viernes y que mi imaginación infantil representaba en forma de cándido esqueleto cuyos huesos se entrechocaban.

—Sista, tengo miedo —le decía.

—¿De qué? —me contestaba ella, pero su voz sonaba insegura, y miraba una y otra vez hacia la habitación de mi madre, como si compartiera mi temor.

Mis padres hablaban en voz baja, por lo que no alcanzaba a captar ni una palabra. La tormenta se anunciaba con un silencio que se extendía por el pasillo oscuro y los cuatro cuartos de la casa; un silencio ambiguo que se escabullía por debajo de la puerta cerrada y avanzaba, saturando el aire, insidioso como un escape de gas. Con las manos temblorosas, Sista abandonaba en el regazo su labor de punto. Al final, exhibiendo señales de impaciencia y de ansiedad, me llevaba a mi habitación, casi como para ponerme a salvo, y allí me desvestía deprisa y me ocultaba bajo las sábanas. Yo obedecía sin rechistar y dejaba que apagara la luz, vencida por el silencio que salía del dormitorio de mis padres.

A menudo, por la noche, después de tan angustiosas veladas, mi madre entraba de puntillas en mi habitación, se inclinaba sobre mi cama y me abrazaba con frenesí. No encendía la luz, pero yo entreveía en la penumbra su camisón blanco. Me aferraba a su cuello y la besaba. Aquello duraba solo un instante, luego ella escapaba, y yo cerraba los ojos, rendida.

Mi madre se llamaba Eleonora. Yo había heredado de ella el cabello claro. Era tan rubia que, cuando se sentaba a contraluz junto a la ventana, su cabello parecía blanco, y yo me quedaba mirándola, atónita, como ante una visión de su vejez futura. Tenía los ojos azules y la piel transparente. Estos rasgos le venían de su

madre, una actriz de teatro austriaca bastante conocida que había dejado los escenarios para casarse con mi abuelo, un oficial de artillería italiano. A mi madre le habían puesto el nombre de Eleonora por la obra de Ibsen *Casa de muñecas*, que mi abuela solía interpretar en sus veladas más relevantes. Dos o tres veces al año, en las pocas tardes de asueto que se concedía, mi madre me sentaba a su lado, abría la gran caja llamada «de las fotografías» y me enseñaba los retratos de la abuela. Se la veía siempre muy elegante con su vestuario de escena, vistosos sombreros adornados con plumas o guirnaldas de perlas entre el cabello suelto. A mí me costaba creer que fuera de verdad la abuela, nuestra pariente, que pudiera venir a visitarnos a la casa en la que vivíamos y entrar en el zaguán, donde siempre resonaba el martillo del portero, que era zapatero remendón. Me sabía de memoria los títulos de las obras que había representado y los nombres de las heroínas a las que interpretaba. Mi madre quería que fuera familiarizándome con el teatro, y me contaba el argumento de las tragedias y me leía las escenas más importantes, contenta de que recordara los nombres de los personajes tan bien como los de nuestros propios parientes. Eran momentos bellísimos. Sista seguía esos relatos sentada en un rincón, con las manos debajo del delantal, como si con su presencia quisiera corroborar la veracidad de esas historias maravillosas.

En esa misma caja había también fotografías de los parientes de mi padre, una familia de pequeños terratenientes de los Abruzos, poco más que campesinos. Mujeres de pechos generosos, apretados en negros corsés, cuyo cabello, peinado con raya en medio, caía en pesados festones a ambos lados del rostro imponente. Había también un retrato de mi abuelo paterno, con chaqueta oscura y pajarita. «Es buena gente —decía mi madre—, gente de campo.» De ellos recibíamos, con frecuencia, sacos de harina y cestas de riquísimos higos. Pero ninguna de mis tías se llamaba Ofelia, Desdémona o Julieta, y yo no era tan glotona como para preferir los pasteles de almendra a las tragedias de amor de Shakespeare. Por eso, en tácito acuerdo con mi madre, despreciaba a la parentela de los Abruzos. Pese a nuestra pobreza, abríamos sin interés, casi con condescendencia, las cestas cubiertas de tela

áspera cosida alrededor. Solo Sista apreciaba el contenido y lo guardaba con mimo.

Sista tenía por mi madre una devoción absoluta preñada de angustia. Acostumbrada a servir en casas humildes a mujeres que se expresaban en modo soso y vulgar, y cuyos intereses se limitaban al ámbito doméstico, se había sentido cautivada de inmediato por su nueva patrona. Cuando no estaba mi padre, la seguía por toda la casa, recuperando por la noche el tiempo perdido de trabajo. Si la oía tocar el piano, abandonaba rauda lo que estuviera haciendo, se subía el delantal y corría al salón; allí, escuchaba escalas, estudios y ejercicios como si fueran sonatas.

Le gustaba sentarse a oscuras, en silencio. Durante mi infancia, sus ojos brillantes de sarda animaban la penumbra. Hablaba muy poco, creo que nunca llegué a oírle una conversación fluida. Parecía ligada a nuestra casa por la irresistible atracción que mi madre ejercía sobre ella, desvelándole un mundo que no había conocido ni en su breve juventud. Por eso, aunque beata, permanecía a nuestro servicio pese a que mi madre no fuera nunca a misa y no me educara según una moral estrictamente católica. Yo creo que ella se consideraba en pecado por vivir con nosotros; quizá se confesaba para permanecer en nuestra casa, prometía poner fin a esa situación, pero se encallaba siempre más en su falta. A veces, cuando mi madre no estaba, la casa debía de parecerle un desierto sin vida: las largas horas de la tarde transcurrían solitarias y cansinas. Si la patrona se demoraba lo más mínimo, temía enseguida que, distraída y despistada como era, la hubiera atropellado un automóvil o un tranvía: se imaginaba su cuerpo, tendido inerte sobre los adoquines, pálidas las sienes, con el cabello manchado de sangre. Yo sabía que tenía en la garganta el gañido desgarrador de un perro, mientras se quedaba sentada, inmóvil y muda, con la mano en las cuentas del rosario o sobre el calentador. Un vago sentido del pudor le impedía, sin embargo, esperar a mi madre en la ventana. También a mí, por lo demás, me invadía en esos momentos un miedo irracional, espantoso, y me aferraba a Sista. Ella quizá pensaba que volvería al servicio de gruesas señoras, perfectas amas de casa, y que a mí me llevarían

con la abuela a los Abruzos. Caía la luz a capas, la oscuridad nos sumergía por oleadas: eran momentos tristísimos. Hasta que por fin aparecía mi madre, anunciando alegremente su llegada desde la puerta: «¡Aquí estoy!», como respondiendo a una llamada desesperada.

Sista servía también a mi padre con mansedumbre y lealtad. Lo servía y lo respetaba: era un hombre, el señor de la casa. Es más, si tenía alguna pregunta, le resultaba más fácil hablar con él porque lo reconocía de su raza, humilde e inferior. Sus sórdidas aventuras amorosas, de las que, como supe más tarde, estaba al corriente por mil y una señales, no la molestaban tampoco porque había visto a muchos hombres casados comportarse así, en su pueblo y luego en la ciudad.

Al principio, yo no alcanzaba a comprender por qué se habían casado mis padres, ni supe nunca cómo se habían conocido. Mi padre no se apartaba del modelo común de marido pequeñoburgués, padre de familia y empleado mediocre que, en su tiempo libre los domingos, arregla interruptores o construye ingeniosos aparatos para ahorrar gas. Su conversación era siempre la misma, escasa y desdeñosa. Solía criticar al Gobierno y a la burocracia con argumentos mezquinos; se quejaba de pequeñas riñas en el trabajo, empleando un lenguaje convencional. Tampoco había nada espiritual en su aspecto físico. Alto y corpulento, sus anchos hombros expresaban una prepotencia material. Sus ojos negros, típicamente mediterráneos, eran dulces y húmedos como higos. Solo sus manos —en la derecha llevaba un anillo de oro en forma de serpiente— eran singularmente hermosas, y la nobleza de sus líneas y de su color daban fe de un linaje muy antiguo. La piel, tersa y fina, era cálida, como si encerrase una sangre rica. Fue ese ardor secreto lo que me reveló confusamente la naturaleza de la atracción que había sentido mi madre por él. Su habitación era contigua a la mía y, a veces, de noche, me quedaba despierta, de rodillas sobre la cama, y pegaba el oído a la pared. Enrojecía de celos, y el sentimiento que me empujaba a tan bajas acciones se me antojaba verdaderamente «Alessandro».

Un día, siendo aún muy pequeña, apenas tendría diez años, al

entrar en el comedor, los sorprendí abrazados. Vueltos hacia la ventana, me daban la espalda. Una de las manos de mi padre rebotaba sobre la cadera de mi madre con ávidos golpecitos. Ella llevaba un vestido ligero, por lo que sin duda sentía el calor seco y ardiente de su piel, pero era evidente que no le molestaba. Entonces él llevó los labios a un lado de su cuello, a la altura del nacimiento del hombro. Suponía que sus labios eran tan ardientes como sus manos. Mi madre tenía un cuello blanco y largo, muy delicado, sobre el que sería fácil dejar una marca roja, semejante a una quemadura. Esperaba verla rebelarse con uno de sus ademanes bruscos y caprichosos, pero se quedó abrazada a él, indolente, relajada y ávida a la vez. En mi prisa por salir corriendo, tropecé con una silla. Al oír el ruido, mis padres se volvieron y me miraron sorprendidos. Yo tenía el rostro crispado y una mirada llena de ira.

—¿Qué te ocurre, Sandi? —me preguntó mi madre sin acercarse a mí, sin abrazarme, sin escapar conmigo. Soltó incluso una risita fútil y afectada—. ¿Estás celosa? —preguntó burlona—. ¿Estás celosa?

Yo no contesté, solo la miré fijamente. Mi sufrimiento era inmenso.

Volví a mi habitación y dejé que mi sorda amargura se consumiera en silencio. Todavía veía el rostro de mi padre, sonriendo a mi madre con maliciosa complicidad. Por primera vez, había sentido que entraba en nuestro cerrado mundo femenino como un enemigo insidioso. Hasta entonces, lo había considerado una criatura de otra raza que nos había sido encomendada y a la que solo debíamos prodigar cuidados materiales, que, de hecho, era lo único que parecía interesarle. Nosotras nos contentábamos con las sobras, mientras que a él le preparaban un filete; a él se le planchaba la ropa a diario, mientras que la nuestra se colgaba en la galería, al aire, para que perdiera las arrugas más visibles. Por todo eso, yo me había convencido de que él vivía en un mundo distinto al nuestro, un mundo en el que ocupaban un lugar prominente aquellas cosas que, con su ejemplo, mi madre me había enseñado a despreciar.

En ese tiempo, sintiendo que mi madre traicionaba nuestra

relación secreta, empecé a pensar en el suicidio. Desde entonces, esa idea volvió a rondarme una y otra vez, cuando temía, por ejemplo, no poder superar un momento difícil, o en cualquier noche de incertidumbre y de angustia.

Mi escasa educación religiosa me ha impedido siempre aceptar con resignación una vida desdichada por el hecho de considerarla transitoria. Es más, la idea del suicidio, presente siempre en mí como un recurso extremo, me fue de mucha ayuda en los días de gran zozobra. Gracias a ella, aun en el abatimiento más profundo, podía parecer alegre y despreocupada. De niña, imaginaba que me quitaba la vida colgándome de la ventana de mi cuarto, que tenía rejas. Otras veces, en cambio, pensaba que bastaba con abandonar la casa, salir en plena noche y echar a andar hasta caer exhausta, inerte. Una empresa que, por otra parte, no me parecía realizable, pues todas las noches, antes de irse a dormir, mi padre cerraba a cal y canto la puerta de casa.

El sueño aplacaba mi desesperación y mis propósitos. Sin embargo, en esa época solía rogarle a Sista que me acompañara a la iglesia. Como mi madre, tenía arrebatos inesperados: también ella, a veces, iba a la iglesia tres o cuatro días seguidos, al caer la tarde; una vez allí, se arrodillaba y cantaba, embelesada por la música. Pero yo le pedía al Señor la gracia de morir. No consideraba sacrílega mi invocación: en el edificio en el que vivíamos, se le pedía a Dios que defendiera las causas más inconfesables. Una vez, años más tarde, por ejemplo, se extendió la noticia de que el amante de la vecina del segundo estaba muriéndose por una pulmonía. Se supo también que esta señora había pedido con urgencia a la parroquia vecina un triduo «conforme a su intención». Una intención bien conocida por todos, a saber: que el amante sobreviviera, que recuperase la fuerza y la salud para poder seguir engañando con él a su marido. En el triduo participaron todas las vecinas de la casa. De rodillas en el primer banco estaba la señora del segundo, ocultándose el rostro entre las manos. En su afán por respetar el pudor, la honorabilidad y el secreto, las demás vecinas no la rodeaban, sino que asistían a la función como si estuvieran allí por casualidad, unas junto a la pila

de agua bendita y otras delante de un altar secundario; pero todas invocaban a Dios con un mismo fervor, indignadas casi de que siguiera haciendo sufrir así a la pobrecilla.

Yo salía de casa por la tarde, agarrada a la mano de Sista. Caminaba seria y compungida, como si no albergara un deseo abominable, sino un voto de santidad. Cruzábamos las calles grises de nuestro barrio, camino de una iglesia que se erguía, esbelta y blanca, entre los grandes edificios a orillas del Tíber. Era ese el límite extremo hasta el que se nos permitía llegar en nuestros paseos, como si el río marcara la frontera de nuestro feudo y, con él, de nuestra libertad.

En sus orillas, cuando hacía bueno, los plátanos se llenaban de gorriones y, al atardecer, cuando escogían caprichosamente las mejores ramas para su descanso, los viejos árboles zumbaban como colmenas, sacudidos por revoloteos breves e inquietos. Me habría gustado pararme a disfrutar del panorama, pero, cogida del brazo de Sista, me adentraba en el oscuro atrio de la iglesia. Bajo las naves flotaba un grasiento olor a humanidad mezclado con el aroma oleoso del incienso, y sobre nosotras se cernía la oscuridad a la que, en ausencia de mi madre, Sista y yo estábamos condenadas. Apenas conocía las oraciones principales de nuestra religión, pero la penumbra rojiza, los cantos y el turbio olor avivaban mi fe, la encendían, y esta ardía en mí.

Me miraba las manos, trémulas a la luz de los cirios. Las miraba fijamente, esperando ver brotar de ellas la sangre de los estigmas. Sentía que mi rostro se afilaba como el de santa Teresa en una estatua que le gustaba a mi madre. Poco a poco, me iba volviendo ingrávida, me elevaba en el aire puro del cielo, y las estrellas brillaban entre mis dedos. Junto con la música del órgano, un torrente dulce y agitado de palabras me inundaba el pecho. Eran las mismas palabras que declamaba mi abuela en el teatro, las más bellas que yo conocía, y con ellas me dirigía a Dios. Él me contestaba con el mismo lenguaje, y, así, desde entonces aprendí a reconocerlo mejor en las palabras amorosas que en los retablos.

Veía a todos los fieles serios y tristes, no sentían alegría en la oración ni en los cantos. Yo los amaba, quería que fueran felices, y

sabía que habría bastado con enseñarles a rezar con esas palabras amorosas. Podía salvarlos, pero no me atrevía: me retenía pensar en Sista, para la que yo era solo Alessandra, una niña. Todos me creían una niña sin más. Pero, cuando terminaba la misa, y las últimas notas del órgano flotaban sobre las orillas del río, las golondrinas me reconocían y me saludaban alegremente, como saludaban a Dios.

Vivíamos en la calle Paolo Emilio, en un gran edificio construido en la época humbertina. El zaguán era estrecho y oscuro, y se acumulaba el polvo porque, como ya he dicho, el portero era zapatero remendón, y su mujer, una holgazana.

La escalera gris, de caracol, solo recibía luz de una alta claraboya. Pese al aspecto sombrío y casi equívoco del zaguán y de la escalera, el gran edificio estaba habitado por burgueses de condición modesta. Durante el día, apenas se veían hombres: eran casi todos empleados, gente amargada por una vida de estrecheces, que salía temprano por la mañana y volvía siempre a la misma hora, con el periódico en el bolsillo o bajo el brazo.

Así pues, la gran casona parecía habitada solo por mujeres. Suyo era, en verdad, el dominio indiscutible de esa escalera oscura que bajaban y subían mil veces a lo largo del día, yendo y viniendo del mercado, con la botella de leche envuelta en un periódico, llevando a los hijos al colegio con la cesta y la fiambrera, y trayéndolos de vuelta, con el delantal azul asomando por debajo del abrigo demasiado corto. Subían sin una mirada en derredor; conocían de memoria las inscripciones que adornaban las paredes, y eran sus propias manos las que habían lustrado la madera de la barandilla. Solo las muchachas bajaban deprisa, atraídas por el aire libre; sus pasos tintineaban sobre los peldaños como el granizo sobre el cristal. Apenas conservo recuerdo de los muchachos que vivían allí. En un primer momento habían sido niños bulliciosos que se pasaban el día en la calle, jugaban al balón en el jardincito de la parroquia; al cabo del tiempo, siendo aún muy jóvenes, seguían los pasos de sus padres y acababan de empleados en las mismas oficinas que estos, adoptaban su apariencia, sus horarios y

sus costumbres.

Pero el edificio, de fachada abandonada y triste, respiraba por el gran patio, como si de un generoso pulmón se tratara. Estrechas galerías de barandillas oxidadas remataban las ventanas interiores, y su estado revelaba la edad y condición de sus inquilinos. Algunos amontonaban en ellas muebles viejos; otros, en cambio, gallinas o juguetes. La nuestra estaba adornada con plantas.

En el patio, las mujeres campaban a sus anchas, con la familiaridad propia de quienes conviven en un internado o una cárcel. Pero dicha familiaridad no nacía tanto del techo común como del mutuo conocimiento de la ardua vida que soportaban. Sin ellas saberlo, las unía una afectuosa indulgencia que nacía de las costumbres, las dificultades y las renuncias. Lejos de la mirada de los hombres, se mostraban tal y como eran de verdad, sin necesidad de fingir. Los primeros postigos que se abrían marcaban el arranque de la jornada, como la campanilla de un convento. Con el nacimiento de un nuevo día, todas aceptaban, resignadas, el peso de nuevas fatigas, y se consolaban pensando que cada gesto cotidiano se apoyaba en otro semejante realizado en el piso de abajo por otra mujer, vestida con una misma bata descolorida. Ninguna se habría atrevido a detenerse, por temor a detener el movimiento de un engranaje preciso. Es más, sentían inconscientemente que todo cuanto constituía su vida hogareña estaba preñado de un modesto valor poético. Un cordel tendido de una galería a otra para secar la ropa era semejante a una mano tendida, solícita. De un piso a otro, saltaban cestitos con utensilios prestados para socorrer alguna necesidad inesperada. Durante la mañana, sin embargo, las mujeres hablaban poco entre sí; a veces, en los momentos de pausa, alguna se apoyaba en la barandilla y miraba al cielo, diciendo: «Qué sol más bonito hace hoy». Por las tardes, en cambio, el patio estaba vacío y silencioso. Detrás de las ventanas se vislumbraban habitaciones y cocinas ordenadas. Había alguna que otra anciana sentada en la galería, cosiendo, y las criadas desgranaban guisantes o pelaban patatas, que luego dejaban caer en una olla colocada a su lado en el suelo. Después, al anochecer, también estas desaparecían en el interior para seguir

con sus tareas. Era la hora en que yo vivía la soledad del patio como si me perteneciera por derecho.

En verano, también los hombres solían sentarse en la galería después de cenar, en mangas de camisa o incluso en pijama; en la oscuridad, temblaban las brasas de sus cigarrillos como grandes luciérnagas. Las mujeres apenas se daban las buenas noches, y su voz sonaba distinta. A veces hablaban de las enfermedades de los niños. Pero todos se recogían temprano, aburridos. Cerraban los postigos, y un gran vacío negro se extendía entre las galerías.

Mi madre se asomaba rara vez al patio, y solo para regar las plantas. Esa reserva irritaba a las vecinas, pero suscitaba a la vez su admiración. Por eso, aunque muy pobre, nuestra familia gozaba de una consideración especial por la amabilidad de mi madre, por su belleza, su porte elegante y su talante, siempre luminoso y sereno.

No faltaban en el edificio mujeres guapas y desenvueltas; algunas tenían incluso un poco de cultura, porque antes de casarse habían sido maestras o secretarias. Pero mi madre apenas cambiaba con ellas un rápido «buenos días» o unas breves palabras sobre el tiempo o el precio de los alimentos. Con una única excepción: Lydia, la señora del piso de arriba.

Mi madre solía llevarme a su casa para que jugara con Fulvia, su hija. Nos dejaban solas en su cuarto, siempre lleno de juguetes, o en una terracita interior que servía también de trastero. Ellas se tumbaban en la cama, hablando entre susurros, tan absortas en su conversación que, si las interrumpíamos para pedirles lápiz y papel o un pañuelo para jugar, nos lo concedían todo enseguida con tal de que las dejáramos en paz. Al principio, yo no comprendía los motivos de la amistad de mi madre con una mujer con la que no tenía ninguna afinidad. Sin embargo, pronto me di cuenta de que yo también me hallaba bajo el influjo de la hija, que, desde entonces, fue mi única amiga. Parecía mayor que yo, y eso que era unos meses menor. Era guapa, morena, de rasgos marcados y vivos. Con apenas doce o trece años, estaba ya tan desarrollada que, cuando salíamos juntas, acompañadas de Sista, los hombres la miraban al pasar. Se parecía a su madre, una mujer atractiva y

lozana, algo entrada en carnes, que gustaba de lucir vestidos de seda brillante, muy escotados, que mostraban el canalillo entre sus pechos generosos.

Madre e hija vivían casi siempre solas, pues el señor Celanti era viajante de comercio. Cuando regresaba, era como si recibieran en casa a un extraño, y no tenían empacho en darle a entender cuánto trababa, con su presencia, el ritmo habitual de su vida. Comían deprisa y corriendo, se iban temprano a la cama, respondían lacónicamente al teléfono, una fingía largas migrañas y la otra insistía en entregarse a juegos pueriles, ruidosos y molestos. Su casa, objeto de frecuentes visitas por parte de las demás vecinas, quedaba desierta en cuanto Lydia anunciaba: «Ha venido Domenico». En resumen, que ambas, quizá inadvertidamente, hacían que la casa fuera tan inhóspita, desordenada y sombría que el señor Celanti no tardaba en volver a marcharse con su maletín, ensalzando las ventajas de alojarse en hoteles y la cocina de las ciudades del norte.

En cuanto desaparecía, Lydia y Fulvia recobraban su carácter habitual y su estilo de vida: la madre retomaba sus larguísimas conversaciones telefónicas y salía por las tardes, dejando tras de sí, como una estela, un intenso aroma a claveles en toda la escalera.

Iba a reunirse con el capitán. Era de él de quien hablaba en voz baja con mi madre, Fulvia y yo lo sabíamos bien. Solo lo llamaba por su grado: «dice el capitán..., al capitán le gusta...», como si no conociera su nombre ni su apellido. Pero eso, entonces, no me parecía extraño: otras señoras del edificio tenían a su «ingeniero» o su «abogado», y tampoco de estos se sabía nada más concreto.

Lydia relataba sus encuentros amorosos, los largos paseos y las cartas que recibía con la complicidad de una criada. Mi madre la escuchaba, tan emocionada como ella. Al hacerme un poco mayor, me fui dando cuenta de que las visitas a su amiga solían suceder a las noches en que se encerraba en el dormitorio con mi padre y el silencio se extendía por toda la casa.

Mi madre y ella se habían conocido por unas clases de piano que supuestamente iba a impartirle a Fulvia. Lydia había llamado a

nuestra puerta y, como es costumbre en las casas donde, al llegar de improviso, uno teme encontrar las habitaciones en desorden y a la gente sin vestir, había insistido en no entrar, en decir lo que quería sin franquear el umbral. Su visita provocó cierto estupor: nadie había llamado nunca a nuestra puerta, ni siquiera para la costumbre generalizada de pedir un poco de sal o una ramita de perejil. Mi madre se empeñó en recibirla en el salón, una lóbrega pieza que no se ventilaba jamás. Más tarde, Lydia confesó que solo había venido para ver de cerca a mi madre, porque, como era tan guapa y reservada, sobre ella circulaba toda clase de historias y habladurías. El éxito fue inmediato: Lydia era fresca, viva y colorida como una planta recién regada. Mi madre, en cambio, era una mujer lánguida y de poco pecho. Le atrajeron los pechos de Lydia, generosos y exuberantes, que parecían tener una vida propia, animal, ajena a su dueña. Se hicieron amigas al cabo de unas pocas clases, que Fulvia seguía de mala gana, contentándose con aprender lo justo para aporrear las cancioncillas de moda. Mi madre iba a su casa a la hora convenida, como hacía con las demás alumnas, pero, nada más entrar, Lydia la llamaba desde su habitación: «¡Ven, Eleonora!». Enseguida, se ponía a hablar con ella animadamente, le contaba sus cosas, ofreciéndole cigarrillos, y así pasaban horas.

Yo me puse celosa con una vehemencia que daba fe de la autenticidad de todo sentimiento mío. Instigada por Sista, una tarde me atreví a ir a buscar a mi madre para traerla de vuelta a casa. Era la primera vez que subía la escalera más allá de nuestro rellano; me sentía en un mundo nuevo. No me decidía a seguir avanzando. Desde abajo, Sista me incitó:

—Vamos, venga.

Llamé a la puerta.

—Dígale a mi madre que es ya muy tarde —dije con severidad, frunciendo el ceño.

Lydia sonrió.

—Entra —me dijo y, al verme insegura, repitió—: Entra, ve a decírselo tú misma.

No solía ir a otras casas, por lo que enseguida me atrapó la

curiosidad de ver cómo vivía esa gente, cómo eran sus cuartos, sus camas, con qué adornaba los muebles. Lydia cerró la puerta, y yo me quedé parada delante de unas estampas con escenas mitológicas, unas ninfas que bailaban en un prado.

—Quiero presentarte a Fulvia, seguro que os hacéis amigas.

Era verano. Fulvia estaba en su habitación, semidesnuda bajo un largo vestido de tul de su madre. Tenía el cabello recogido y los labios pintados.

—Soy Gloria Swanson —me dijo.

Al ver que no la entendía, me inició en el juego:

—Ven —dijo deshaciéndome las trenzas—, voy a vestirte como a Lillian Gish.

Fulvia no tardó en encariñarse conmigo, como lo había hecho Lydia con mi madre. En parte fue por nuestra ingenuidad, que las aguijoneaba a ambas, y por su deseo, quizá inconsciente, de alterar nuestra vida ordenada. Estimuladas por el estupor que nos suscitaban, fueron desvelándonos la vida secreta del edificio en el que llevábamos años viviendo. Gracias a los relatos de Lydia y de Fulvia, las mismas mujeres con las que coincidíamos todos los días, con las que nos cruzábamos al subir la escalera, nos parecían ahora más interesantes, como los personajes que la abuela encarnaba en el escenario. Comprendíamos por fin la causa del silencio que se abatía por las tardes en el patio desierto. Liberadas de sus ingratas tareas, en un valiente gesto de rebelión hacia la aburrida vida que les había sido impuesta, por las tardes las mujeres escapaban de las habitaciones oscuras, de las cocinas apagadas y del patio, que acechaba inexorablemente la muerte de otro día más de juventud inútil. Cual pilares, montando guardia en las casas ordenadas y silenciosas, quedaban las viejas, ocupadas en sus labores de costura. Pero estas no traicionaban a las jóvenes, las ayudaban, incluso, como si pertenecieran todas a una misma congregación. Las unía un desprecio mudo, ancestral, por la vida de los hombres, por su dominio tiránico y egoísta, un rencor ahogado que se transmitía de generación en generación. Al levantarse por la mañana, los hombres encontraban el café preparado y el traje planchado, y salían al aire fresco, desligándose de la preocupación

de la casa y los hijos. Tras de sí dejaban los dormitorios con su tufo a sueño, las camas deshechas y las tazas sucias del desayuno. Regresaban siempre a la misma hora, a veces en pequeños grupos, como los escolares, pues coincidían en el tranvía o cruzando el puente Cavour, y proseguían camino juntos, charlando y abanicándose con el sombrero en verano. «¿Está lista la comida?», preguntaban nada más entrar en casa. Se quitaban la chaqueta, mostrando los tirantes raídos, y decían «la pasta está pasada» o «el arroz está duro», esparciendo su malhumor con esas palabras. Luego se sentaban en el único sillón de la casa, en la habitación más fresca, a leer el periódico. La lectura les suscitaba siempre funestos pronósticos: va a subir el pan, van a bajar los salarios, y concluían: «Hay que ahorrar». Nunca encontraban nada bueno en el periódico. Al poco, volvían a marcharse; se oía la puerta cerrarse a su espalda, y, un minuto antes o después, se cerraban también las puertas de los otros rellanos. Regresaban cuando la casa estaba a oscuras, los niños, cansados, y el día llegaba a su fin, terminado, consumado. De nuevo, se quitaban la chaqueta, se sentaban junto a la radio y escuchaban los debates de política. Nunca tenían nada que decir a las mujeres, ni siquiera un «¿cómo estás?», «¿estás cansada?», o un «qué vestido más bonito llevas». No contaban nada, no les gustaba la conversación ni las bromas, y apenas sonreían. Cuando se dirigían a las mujeres, decían: «hacéis...», «decís...», metiéndolas en el mismo saco que a los hijos, las suegras y las criadas: gente holgazana, derrochadora e ignorante.

Sus noviazgos, sin embargo, habían sido largos, como es costumbre entre los burgueses meridionales. Los jóvenes habían tenido que esperar horas y horas solo para ver a la amada asomarse a la ventana o seguirla cuando salía a pasear con su madre. Habían escrito cartas apasionadas. Con frecuencia, las muchachas habían tenido que esperar muchos años antes de poder casarse, porque era difícil encontrar un buen empleo y ahorrar el dinero necesario para comprar los muebles. Habían aguardado, preparando el ajuar, confiadas, con la esperanza de una amorosa felicidad. Pero, en lugar de eso, se habían encontrado con una vida agotadora: la cocina, la casa, su cuerpo que se inflaba y se

desinflaba para traer al mundo a los hijos... Poco a poco, bajo una apariencia de resignación, las mujeres habían sentido nacer en ellas un amargo rencor por la trampa a la que las habían empujado.

Sin embargo, solían seguir adelante con su dura vida cotidiana sin una queja, sin recordarles a los maridos las muchachas que habían sido ni las promesas que les habían hecho de una vida armoniosa y feliz. En un primer momento, sí lo habían intentado: habían pasado muchas noches llorando, mientras los maridos dormían a su lado. Habían recurrido a coqueterías y picardías, habían fingido desmayos. Las más avanzadas habían tratado de que sus maridos se interesaran por la música o los libros, los habían llevado a los jardines donde solían pasear de enamorados, esperando que pudieran comprender y corregirse. Con esto, sin embargo, no habían conseguido sino destruir el recuerdo de esos gratos lugares, pues, allí donde se habían dicho las primeras palabras emocionadas, donde se habían dado los primeros besos, preñados aún de deseo insatisfecho y de curiosidad, sus esposos no habían encontrado nada mejor que decir que banalidades y cosas sin importancia. En los primeros años de matrimonio, muchas de estas señoras habían sufrido crisis de histeria y de llanto convulso. Una, incluso, decía Lydia, había querido envenenarse. Otras se habían resignado, al fin, a ser irremediablemente viejas, a perder todo encanto y atractivo. Pero estas llevaban poco tiempo casadas, o se regían por una fe católica muy estricta. La mayor parte esperaba a que llegara el momento, por la tarde, en que el marido decía «Me voy», y se oía cerrarse la puerta. Las que tenían hijas mayores aguardaban también a que estas salieran con las amigas; entonces, después de prepararles la merienda con esmero, en una bolsita, mandaban al parque a los hijos menores, en compañía de la criada. Todos se marchaban a ocuparse de sus propios placeres o intereses. Nadie les preguntaba: «¿Y tú qué vas a hacer?». Las dejaban entre montones de ropa que zurcir o que planchar, atadas a esa rueda que las aplastaba.

Según Fulvia, en invierno la vida era más tolerable. Entumecidas por el frío, al calor del brasero o en las cocinas, las

mujeres contemplaban resbalar la lluvia sobre los cristales o atendían con premura las enfermedades estacionales de los hijos. En invierno ocurría incluso que, en esa acogedora vida hogareña, encontraran una amarga satisfacción. Por la noche, se sumían exhaustas en un sueño opaco que ahogaba todo recuerdo.

Pero, cuando llegaba el buen tiempo, que llenaba de yemas rojas los árboles que bordeaban las tristes calles del barrio de Prati, las mimosas y las madreselvas atrapadas tras las verjas difundían en el aire un punzante aroma que llegaba incluso hasta el viejo patio. Las mujeres abrían entonces las ventanas para escuchar el trino de las golondrinas, que volaban de un lado a otro, llamándolas con insistencia. Incapaces de resistirse más, ahuyentaban dudas y escrúpulos como si fueran trabas odiosas, decían «Jesús, perdóname» al pasar delante de la estampa del Sagrado Corazón, y se encerraban en sus habitaciones, de donde salían, poco después, transformadas. Preferían los vestidos de florecitas sobre fondo negro y las pamelas de ala ancha, que les ocultaban parte del rostro. Se aplicaban polvos con olor a rosa y se ponían guantes de tul; así ataviadas, se presentaban ante las viejas, sentadas junto a la ventana. Estas apenas las miraban; reconocían el aroma y la voz resuelta que decía: «Salgo un rato», y, aunque se tratara de sus nueras, no se atrevían a decir nada, pues las unía una solidaridad más fuerte que los lazos familiares.

Según Fulvia, los amantes las esperaban a la vuelta de la esquina, y yo a veces alcanzaba a verlos desde la ventana. Una precaución superflua, pues en el barrio todos los conocían. Solían ser hombres más jóvenes que ellas y de condición algo superior. Yo imaginaba que un amante debía de ser un hombre muy apuesto, bien vestido y con aire romántico. Me asombraba ver que, por lo general, no tenían ninguno de estos rasgos, pero más adelante lo entendí todo cuando Fulvia me dijo que el abogado de la señora madura del tercero la llamaba siempre «Ninì».

Turbadas por esas habladurías y por la misteriosa presencia de esos hombres que asediaban de lejos nuestra casa con insistencia, mi madre y yo bajábamos la escalera en silencio, distraídas y soñadoras. Volvíamos a nuestro apartamento sin luz,

entre los muebles oscuros, los libros y el piano. Yo me iba a acostar directamente, y mi madre apagaba la lámpara y se sentaba en mi cama. En esos momentos, si la llamaba mi padre, ella le contestaba con voz seca e irritada. Mientras tanto, en mi interior despertaba Alessandro, haciéndome preguntas escabrosas y suscitando en mí un tumulto de sentimientos nuevos e inconfesables. Cerraba los ojos y veía las blancas cartas de las que me hablaba Fulvia: cartas de amor que circulaban de mano de las criadas y del viejo portero. Me habría gustado robarlas y leerlas todas.

Mi madre se quedaba un rato en mi cama, sin decir nada, y luego se apartaba y se marchaba de mi lado, sin darme un beso. Veía su delgada silueta cruzar la puerta. Al poco, entraba Sista y me sacaba de mi letargo: «Has estado en casa de *esas* —decía—. Recita un Yo pecador y un avemaría».

Más adelante ocurrieron dos hechos notables: el encuentro de mi madre con la familia Pierce y las primeras sesiones con la médium, Ottavia.

Los Pierce eran una familia inglesa que se había mudado ese año de Florencia a Roma. La madre, norteamericana, era muy rica y, al contrario que muchas compatriotas suyas, no gastaba el dinero en bailes o fiestas mundanas, sino en adquirir obras de arte y en hacer de mecenas a jóvenes músicos. Vivían en una villa en el Janículo, rodeada de árboles frondosos y altas palmeras, desde la que se disfrutaba de un precioso panorama: las cúpulas se enmarcaban en las ventanas cual cuadros de familia, y se veía el Tíber entrar y salir de los puentes, como una cinta en una labor de encaje. En esos tiempos, mi madre solía fijar como meta de nuestros paseos dominicales la colina del Janículo, para que mi padre y yo pudiéramos admirar desde lejos el jardín de la villa. A veces, llegábamos incluso hasta la verja. Ella me ayudaba entonces a encaramarme a la tapia y me señalaba tres ventanales en la primera planta. Eran los de la sala de música: dentro estaban el piano de cola que la señora Pierce se había traído de su país, el arpa que tocaba ella y un gramófono muy moderno que cambiaba los discos solo.

Era una villa muy bonita, de arquitectura antigua; la vegetación era tan frondosa que hacía impracticable el jardín. Se veían pasar perros grandes y elegantes, y mi madre me aseguraba que en la parcela había pavos reales blancos, pero yo nunca los vi. Aquella villa nos fascinaba a las dos. Mi padre no compartía nuestro entusiasmo, quizá por la antipatía instintiva que sienten las personas humildes por quienes disfrutan de una fortuna vistosa. Nos apremiaba, impaciente por ir a una taberna cercana a tomar un refresco.

Todos los domingos, a última hora, nos llevaba al café. A mí siempre me han gustado mucho los helados, pero, después de contemplar desde lejos el jardín de la villa Pierce, me quedaba absorta y pensativa, jugando con la cucharita y dejando que el helado se derritiera casi por completo, hasta formar una agüilla amarillenta. Mi madre hacía lo mismo, y esta tendencia nuestra a abstraernos irritaba a mi padre sobremanera. Veía en ella, erróneamente, un desprecio por nuestra condición y por su incapacidad para hacer dinero.

Ni mi madre ni yo, sin embargo, dábamos la más mínima importancia a nuestro nivel de vida. Ella vestía la misma ropa durante años y, aunque la renovara un poco de vez en cuando con un broche o un lazo, o quizá por eso precisamente, estaba ya tan alejada de la moda que llevarla parecía una extravagancia. No tenía abrigo de pieles, tan solo un chaquetón negro ceñido con el que plantaba cara al rigor del invierno. Su precioso cabello, que seguía llevando largo y recogido en un moño, desmerecía bajo modestos sombreritos que hasta una anciana habría desdeñado. Nuestra alimentación era de lo más frugal, y las diversiones se limitaban a dichos paseos dominicales. Si ambas permanecíamos largo rato contemplando la villa era solo porque nos atraían los grandes árboles que la rodeaban, reunidos en grupo o de dos en dos, como personajes, y apreciábamos el privilegio de la familia Pierce, que podía deleitarse con ellos. Y no era este su único privilegio; mi madre los consideraba afortunados también porque, gracias a su posición desahogada, podían llevar una vida espiritual conforme a sus inclinaciones, sin tener que plegarse a las

exigencias cotidianas.

Absortas en esos pensamientos, nos sentábamos a una mesita de hierro en una acera llena de idénticas mesitas ocupadas por otra gente como nosotros, padres, madres e hijos pequeños. Alrededor se erguían grandes edificios grises con numerosas ventanas, desde las que los vecinos espiaban aburridos nuestros helados hasta que no quedaba nada de ellos. El tranvía pasaba muy cerca de la acera y, cada vez, un áspero chirrido metálico cubría nuestra conversación desganada. Yo no podía evitar recrearme en la gran verja que albergaba los árboles cubiertos de hiedra y de musgo, en los prados húmedos y verdes por los que paseaban los blancos pavos reales que no había visto, y en los tres altos ventanales de tímpano ciego, tras de los cuales estaban, solos en la penumbra, el piano y el arpa.

La fascinación de mi madre por ese piano no se debía solo a su excelente sonido, sino también al hecho de que no lo utilizaba para enseñar escalas, estudios o tediosas sonatinas, sino para tocar libremente, como si estuviera en su propia casa. Los motivos por los que la habían llamado a la villa Pierce eran bastante originales, de hecho. En su primer día allí, la señora Pierce no la había recibido con prisas como hacían las otras señoras, que se apresuraban a presentarle a su nueva alumna y la dejaban a solas con ella a los pocos minutos. No, esta la había invitado a tomar el té, le había hablado de sus colecciones de arte, de sus viajes y, por último, de su familia, compuesta por el padre, un industrial que en su tiempo libre coleccionaba mariposas del Brasil, una hija casada y afincada en Londres, y los dos hijos menores, Hervey y Arletta, que vivían con ella, aunque el primero, que estaba enfermo, dijo sin entrar en detalles, viajaba con frecuencia.

Era de Arletta de quien mi madre debía ocuparse, no para darle clases de piano, sino para suscitar en ella el interés por la música, al igual que hacían otros profesores con la pintura y la poesía, pues, según confesó su madre en voz baja, la muchacha no tenía sensibilidad artística alguna. Le explicó que eso resultaba penoso para otros miembros de la familia, que vivían para dichos valores casi exclusivamente. Por ese motivo también, Hervey solía

alejarse de Roma con frecuencia. Acababa de marcharse y estaría fuera cerca de un año. La personalidad de Arletta se estaba haciendo tan palpable que resultaba imposible abstraerse de ella en la vida cotidiana de la casa. La muchacha no tenía reparos en dejar bien claro que prefería las cancioncillas a la música de cámara y las novelas de tres al cuarto a los clásicos de la literatura. Por eso, era necesario educarle el gusto poco a poco; aún era muy joven y tenía buena voluntad, quizá estuvieran a tiempo de reconducirla.

Al poco, entró Arletta. Dado que podía suponer lo que se había dicho de ella en su ausencia, mi madre confesó haber sentido cierto apuro al estrecharle la mano. Me dijo que se la había imaginado distinta: vivaracha, atrevida, pronta al enfrentamiento y a la ironía. Era, sin embargo, una chica de mi edad, algo entrada en carnes, de aire hogareño. Enseguida se ofreció a llevarla a la sala de música y, por la manera en que giró el pomo dorado, mi madre intuyó el temor reverencial que le inspiraba el lugar.

El interior de la amplia sala estaba sumido en la penumbra: finas ramas se entrelazaban delante de los ventanales, y, pasando entre las hojas tiernas de los árboles que se erguían hasta el alféizar, el sol de la tarde teñía el ambiente de un verde semejante al de las profundidades submarinas, una vaga nebulosidad de acuario. Al modo de una isla, surgía en un rincón la forma oscura del piano, y, espolvoreado de sol, brillaba tenuemente el oro del arpa. La gran sala no tenía más muebles que unas pocas sillas de estilo imperio, con el respaldo adornado con una lira, y un par de sillones marcados por profundas huellas. Junto a uno de los ventanales, cuatro altos atriles para violín proyectaban sobre la pared blanca grandes sombras, diáfanas como esqueletos. Mi madre y Arletta avanzaron de puntillas, temerosas de alterar el silencio y el orden. Al llegar al centro de la sala, la muchacha se detuvo de pronto: a la luz que entraba por el ventanal, los brazos y el vestido blancos le daban la apariencia de una gran medusa.

—Señora, tengo miedo —dijo—. Mi hermano no quiere que entre aquí.

Parecía de verdad asustada.

—Piensa que soy un elemento refractario a la música —

añadió—; peor incluso: hostil. Pero no es culpa mía: no la entiendo. Hervey tiene razón. Él hace largos viajes solo para escuchar a un pianista y, cuando está en Roma, puede decirse que vive aquí dentro, a solas con los discos y el violín. No quiere que entre porque, lo sé muy bien, teme que algo mío quede en el aire y lo moleste incluso cuando yo no estoy. Para mí es difícil, señora, es como si tuviera una enfermedad oculta y contagiosa. Tiene que curarme. Quizá deba empezar por cosas fáciles, cosas para niños. Tengo que curarme —dijo resuelta, antes de concluir en voz baja —: porque yo quiero a mi hermano Hervey más que a nada en el mundo.

Mi madre la tomó de las manos, agradeciéndole que se hubiera sincerado con ella. Abrió los ventanales para que se disipara la atmósfera misteriosa que se había formado en la sala, y una rama de abeto entró por la abertura, como un animal que llevara largo tiempo acechando. Pese a todo, la gran sala se obstinaba en permanecer impenetrable, secreta: los instrumentos de música eran como personajes que tuvieran sentimientos y pensamientos.

—Es Hervey —repitió Arletta mirando temerosa a su alrededor.

También mi madre empezó a sentirse incómoda.

—Tampoco mamá se atreve a venir aquí a tocar cuando él no está —dijo Arletta señalando una silla de raso blanco junto al arpa —. Cuando mi madre toca, Hervey se tumba en el sofá y cierra los ojos para escucharla.

—¿Y tú?

—Yo me quedo en mi cuarto o paseo por el jardín, bien lejos, para que no me vea desde la ventana.

Mi madre se aventuró a reprobar tan extraño comportamiento, pero Arletta defendió a su hermano con vehemencia.

—¡Oh, no, señora! Hervey es un artista. Toca el violín o se sienta al piano e improvisa. Mamá dice que son cosas hermosísimas... No —insistió—, la culpa es solo mía. —Y añadió con tristeza—: Lady Randall, es decir, mi hermana Shirley, que

vive en Londres, toca de maravilla el piano.

Para poder dar esas clases, mi madre tuvo que abandonar otras, pues iba a la villa Pierce dos veces por semana y se entretenía allí casi toda la tarde. Mi padre se lo había desaconsejado, pese a ignorar la naturaleza especial de dichas clases. Temía que, si perdía a los alumnos que llevaban años estudiando con ella, le costara encontrar otros nuevos si, por una repentina partida de la familia Pierce, se quedaba sin esa fuente de ingresos.

Pero ella se mostró decidida, obstinada incluso. Los días en que debía ir a casa de Arletta, estaba inquieta y nerviosa desde por la mañana, como antes de una fiesta. A causa de mi carácter y del profundo amor que nos unía, yo me habría sentido celosa de la nueva alumna si, al regresar, mi madre no se hubiera mostrado más expansiva de lo habitual. Después de pasar unas horas en la villa Pierce, parecía presa de un entusiasmo nuevo. De vuelta en casa, su paso, alegre y ligero, sacudía las habitaciones lóbregas y soñolientas.

Solía traernos algún dulce o un paquetito de peladillas que le daban allí. Eso irritaba a mi padre, y yo misma me lo comía de mala gana. Quizá él temiera que, al conocer un estilo de vida tan distinto al nuestro, su mujer pudiera quejarse de la vida que llevaba el resto de la semana. En efecto, la mayoría de los alumnos que mi madre había tenido hasta entonces pertenecía a la pequeña burguesía, eran muchachas que estudiaban para ganarse a su vez la vida como profesoras. Por ese motivo, su trabajo no le daba ninguna satisfacción personal, y en las casas a las que iba nunca conocía a nadie mínimamente interesante. Para ayudar a mi padre a subvenir a nuestras necesidades materiales, se veía obligada a salir de casa hiciera el tiempo que hiciese, tomar tranvías abarrotados, subir y bajar escaleras similares a la nuestra y entrar en pequeños apartamentos sórdidos que olían a comida. Yo me alegraba, pues, de que las tardes pasadas en la villa Pierce representaran para ella un momento feliz de esparcimiento, y ayudaba a Sista de buena gana para ahorrarle a mi madre la carga de las obligaciones domésticas. Aprendí incluso a zurcir, una tarea

que no me disgustaba, pues podía pasar el rato en silencio junto a mi ventana preferida y abstraerme en mis cavilaciones.

Estas se habían visto bastante perturbadas desde que, gracias a la médium Ottavia, había conocido a misteriosos y aterradores personajes que poblaban ese mismo cielo que, al caer la tarde, surcaban las golondrinas.

Dicha señora frecuentaba desde hacía tiempo la casa de las Celanti: Fulvia me hablaba a menudo de ella cuando nos dejaban charlando a solas, en su dormitorio o en la terracita. Una vez, la había visto fugazmente en la escalera. Era una mujer vigorosa de mediana edad, con el cabello gris y corto, como los hombres. Llevaba siempre un gran bolso que contenía estampitas religiosas, medallas que colgaban de lazos rojos, cuernos de coral y bolsitas de hierbas contra el mal de ojo, y la acompañaba un joven al que presentaba como su sobrino, un chico de unos quince años con el cabello rapado siempre al cero, hasta en los meses más crudos del invierno. Tenía un defecto en la pierna izquierda que la hacía cojear, pero esto no la fatigaba ni la mortificaba. Es más, golpeaba el suelo con arrogancia a cada paso, como poniendo un punto final. Enea, que así se llamaba el sobrino, la seguía a cierta distancia. Si la memoria no me falla, vestía siempre de negro, con pantalones y guantes del mismo color, lo que le daba un aire de seminarista. Tenía la tez cetrina y brillante, y los ojos, oscuros y húmedos, de cejas pobladas, se parecían a los de mi padre.

Decían las Celanti que hacía años que Ottavia frecuentaba la escalera oscura de nuestro edificio. Se anunciaba siempre del mismo modo, con tres toques discretos y precisos, para asegurarse de que los hombres no estaban en casa, y, si estaban, fingía haberse equivocado de piso. Venía siempre los viernes, el momento más propicio para esas sesiones. Ese día, un intenso olor a incienso impregnaba la escalera desde por la mañana. En los rellanos se entreabrían las puertas, las chicas iban cautelosas de un apartamento a otro, pidiendo prestados un paño blanco o un velador. En resumen, un fervor mal disimulado animaba el día entero, pues, desde el amanecer, todos los muertos volvían a sus casas. «Es el tío Quintino», decía Fulvia tranquilamente al oír un

ruido en la habitación de al lado.

Ese día, las mujeres se levantaban más temprano y se entregaban con dedicación a las tareas, con el fin quizá de que los muertos recordaran que la vida era un bien amargo. Volviéndose hacia el lugar que antaño habían ocupado, les hablaban con dureza e ironía, culpándolos de su muerte como de una traición, una astuta huida. A veces, suspiraban, mirando la silla vacía que había sido de la madre o de la abuela: quitaban el polvo del respaldo despacio, con delicadeza, casi como si colocaran un chal. Desde la silla vacía, ese día las miraban unos ojos fijos y resignados. Yo misma, pese a quedar excluida de las sesiones de espiritismo, notaba a mi alrededor una presencia invisible: bastaba un leve crujido para que me volviera de pronto, empapada en sudor y con el corazón agitado. «Alessandro», murmuraba asustada. Sentía que él no se resignaba, como los demás, a ser una sombra muda: quería tomar parte en nuestra vida, sirviéndose de mí.

Mi madre, en cambio, no parecía interesada en dichas prácticas ni creía en vaticinios iluminados. Tampoco tenía curiosidad por conocer el futuro, pues entonces aún no albergaba esperanza alguna de que nuestra monótona vida cambiara: mi padre seguiría trabajando en el ministerio hasta que se jubilase, y ella continuaría con sus clases hasta una edad avanzada. Y los sueños que a veces nos confesaba —la posibilidad de convertirse en una pianista famosa, la casa de campo que podríamos tener— no duraban nunca más tiempo del que tardaba en contárnoslos. Al poco de empezar a frecuentar la villa Pierce, sin embargo, fue mostrando un mayor interés por dichas sesiones. Tentada, reía cuando Lydia le contaba que las predicciones de los espíritus siempre se cumplían. Pero solo cuando aludió a la posibilidad de comunicarse con Alessandro a través de la escritura de Ottavia, mi madre vaciló y, declinando todavía la invitación, dijo:

—Ya veremos.

Como ya he dicho, mi hermano Alessandro había muerto ahogado. No era frecuente que un niño de esa edad pudiera ahogarse en el Tíber, un río apacible y defendido por altos parapetos. Todo había

ocurrido por la negligencia de una niñera, motivo por el cual mi madre nunca quiso contratar a una para mí. Prefería que me quedara en casa tardes enteras, animándome a tomar el aire en la galería, antes que dejarme al cuidado de una desconocida. De mala gana consentía en permitirme ir hasta la iglesia con Sista.

Como es costumbre entre la gente sin dinero, a Alessandro lo habían puesto al cargo de una muchacha de apenas trece años, que hasta entonces solo había vivido en el campo. Acostumbrada a sentir bajo los pies desnudos la húmeda frescura de la hierba, los arbustos raquíticos y la grava polvorienta de los jardines públicos no la atraían lo más mínimo. Los grandes edificios y las calles bulliciosas la asustaban incluso, y se pasaba las horas llorando en su cuartucho sin ventana, añorando desesperada las praderas y el río. Por eso, desobedeciendo las órdenes de su patrona, todos los días recorría a pie un buen trecho, con el niño a cuestas, para llegar a la orilla del Tíber, pasado el puente del Resurgimiento, en una zona desierta entonces de edificaciones llamada plaza d'Armi. Una vez allí, bajaba hasta el cauce, se quitaba los zapatos y los calcetines y descalzaba también a mi hermano. Se tendía sobre la verde orilla y, feliz bajo la bóveda celeste, escuchaba el murmullo del agua y el canto de los pájaros, como cuando estaba en su pueblo. El niño jugaba a su lado, haciendo bolas de greda y correteando entre las cañas y el agua. Al parecer, después de la desgracia, la niñera insistía en describir la felicidad de Alessandro en esos momentos; confesó haberlo animado ella misma a perderle el miedo al agua. Dijo que todo había ocurrido en un instante: estando ella tumbada en la hierba, a la sombra del cañaveral, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en los brazos, oyó un golpe y un breve grito. Se levantó de un salto, pero apenas le dio tiempo a ver agitarse una manita en el agua, como un banderín, y nada más: la superficie del agua volvía a estar lisa y brillante. No pidió auxilio: se quedó desconcertada y decepcionada, como si el río le hubiera arrebatado un pañuelo. «El río se ha llevado al niño», declaró al volver a casa.

Acorrió mucha gente al lugar, los barqueros rebuscaron y dragaron el río, pero el cuerpecito nunca apareció. Durante

muchos años, mi madre evitó mirar al río, como si le diera asco. Cuando cruzaba un puente, miraba obstinadamente al frente, y ni siquiera quería hablar del hecho. Pero, todos los años, el 12 de julio, salíamos los tres de casa: mi madre vestida de negro, y yo con un lazo del mismo color en la cintura o en el pelo. Llegábamos al puente en silencio y bajábamos despacio hasta la orilla. El triste emplazamiento seguía marcado por los grandes penachos ondeantes de las cañas. Mi madre avanzaba hasta el límite de la orilla y se quedaba allí absorta mirando el agua, como si fuera el rostro del niño. Después, arrojaba al río las flores que se había traído consigo, siempre grandes margaritas blancas. Las arrojaba despacio, una a una; estas se posaban apenas en la superficie del agua y se alejaban deprisa, arrastradas por la corriente. Por la tarde, nos reunía a mi padre y a mí en el salón y tocaba piezas de Bach.

Para una imaginación libre y desbocada como la suya, ese hijo robado por el agua parecía destinado a extraordinarias hazañas. Mi madre me quiso siempre con ternura, pero yo sentía que su amor por Alessandro era de otra naturaleza. En mí veía el carácter que ella misma había heredado de su madre, la misma peligrosa sensibilidad. En efecto, solía sorprenderla mirándome fijamente, con una expresión amorosa, pero teñida de una compasión tan sincera que me daban ganas de llorar aunque no entendiera el motivo. Era consciente de que buscaba la soledad, de que me quedaba largo rato asomada a la ventana y amaba la poesía. Al descubrir nuestras afinidades, a veces sentía súbitos arranques de ternura; otras veces la consternaba tanto que, de repente, como si me amenazara un peligro invisible, me arrancaba de la ventana y de mis juegos solitarios y me ordenaba bruscamente: «Vamos, sube a casa de Fulvia, no te encierres en casa, ve a jugar con las niñas de tu edad, sal a que te dé el aire, venga».

Mi madre estaba persuadida de que Alessandro habría sido distinto a nosotras. Consideraba que él habría sabido conseguir en la vida todo cuanto ella había perdido: incluso habría llegado a ser un pianista famoso. Imaginaba los viajes que habríamos hecho,

acompañándolo a las grandes ciudades europeas: describía París, Viena, los puentes del Sena y el Danubio, Buda y la isla Margarita. Nunca había estado en el extranjero, pero conocía de memoria esas ciudades porque su madre se las había descrito con detalle. A mí me parecía casi imposible que existieran tantas maravillas, a veces sospechaba que se las inventaba. Hablaba de la gente que habríamos conocido, reyes, príncipes y artistas cuyos nombres aparecían en las portadas de las partituras. Describía a las mujeres que Alessandro habría conocido; decía que algunas habrían cruzado los mares para conocerlo a él. Yo me las figuraba hermosas y desdichadas, como Ofelia o Desdémona, mientras la escuchaba embelesada. En esos momentos, se disipaba incluso el rencor que sentía siempre por Alessandro. Luego ella callaba y se quedaba absorta, con la mirada fija. Yo imaginaba que veía ante sí la garganta oscura del puente y el Tíber que fluía, rápido e insidioso, pues, palideciendo de pronto, se cubría el rostro con las manos.

Ottavia vino por primera vez a nuestra casa un viernes por la mañana. Mi madre, Sista y yo aguardábamos de pie junto a la puerta abierta, como cuando, en Semana Santa, se espera al cura que viene a bendecir la casa. Las Celanti estaban allí también con nosotras.

Nada más entrar, Ottavia pidió un braserito encendido. Cuando se lo dieron, le echó un puñado de incienso que sacó de un gran paquete que guardaba en su bolso. Le dio el brasero al joven que la acompañaba y le ordenó a mi madre que la llevara a dar una vuelta completa a la casa. Recorrimos cada habitación y, mientras Enea pasaba el brasero meticulosamente por cada rincón, con su estela de humo denso y perfumado, Ottavia se quedaba inmóvil, con la cabeza gacha, recitando oraciones de difuntos, y luego echaba a andar de nuevo con su paso duro y desigual.

Una vez recorrido cada rincón de la casa, se detuvo y dijo:

—¿Dónde?

—Mejor en el salón —contestó Lydia, obteniendo con una mirada la aprobación de mi madre.

Nos encerramos allí. Era una habitación en la que casi nunca entrábamos, salvo cuando mi madre nos reunía junto al piano, donde estaban los muebles más elegantes de la casa. Tampoco entraba nunca el aire, trabado por pesadas cortinas de estilo provinciano y anticuado. Ottavia ordenó que no abriéramos las ventanas ni descorriéramos las cortinas. Sista nos observaba, con un gesto de reproche en las severas arrugas de la frente. Con ademanes rápidos y seguros, Ottavia colocó sobre el velador la lámpara de pantalla verde que mi madre utilizaba cuando tocaba el piano por la noche, puso al lado los amuletos atados con una cinta roja, sacó lápiz y papel y, disponiéndose a escribir, nos invitó a recogernos.

Yo me senté entre Fulvia y Enea. Mi amiga estaba como electrizada, llena de curiosidad, y el joven me miraba con tanta insistencia que, cada poco tiempo, me veía forzada a volverme hacia él para responder a la llamada de sus ojos. Me intimidaba ese chico que se atrevía a codearse diariamente con espíritus. Mi madre se había acomodado junto a la médium, con las manos abiertas apoyadas sobre el velador. En el foco de la lámpara, de nuevo me pareció una mujer distinta a las demás, distinta a todas las mujeres del mundo; por eso me molestaba verla junto a Lydia, que sabía mostrarse desenvuelta incluso en momentos como ese. La mano de la médium empezó a temblar sobre la hoja blanca.

—Ahí está —me susurró Fulvia.

Sentí miedo. Estoy segura de que palidecí, como mi madre, y la mirada de Enea, que me escrutaba sin descanso, acrecentaba mi malestar. Mientras tanto, Ottavia escribía e iba leyendo conforme se formaban las sílabas en el papel:

—Os-ben-di-go-a-to-dos-los-a-qui-reu-ni-dos.

Con la ayuda de unas pequeñas lentes, Lydia echó un vistazo a la hoja y, como si hubiera reconocido la letra de un pariente, dijo:

—Es Cola.

La médium asintió.

El tal Cola era un espíritu conductor. Ottavia nos explicó más tarde que debía purgar la pena de permanecer ligado a nuestro

mundo, a través de la vida de la propia Ottavia, hasta el momento de poder al fin subir a las esferas más altas. Hablaba de Cola como de una persona viva, un pariente viejo y lunático que llevara muchos años viviendo de alquiler en su casa, y nos describía su carácter, sus gustos y hasta sus manías. Decía que, cuando Cola quería comunicarse y no la encontraba lista para escribir, solía ensañarse con ella de mala manera, tirándole al suelo lo que tuviera en la mano o escondiéndole algún objeto, como hace la gente impaciente, hasta que Ottavia cogía lápiz y papel y se ponía a escribir. Dijo incluso que lo había visto alguna vez, de noche, a la luz de la velita que siempre dejaba encendida. Era alto y caminaba encorvado, como si estuviera triste o preocupado. Solo una vez había entrevisto su rostro un instante: aunque no tenía rasgos precisos, expresaba una honda melancolía. Cuando se aparecía, era señal de que había que ofrecer una misa por él.

Ese primer día no fue posible comunicarse con Alessandro: cuando Ottavia le preguntó a Cola por él, mi madre se aferró al velador, estremecida.

—Voy a ver —escribió Cola.

Dicho esto, se alejó, como si se hubiera ido a una habitación contigua, con los andares que nos había descrito Ottavia. Yo no entendía cómo podía andar sobre las nubes, en el aire del cielo. Al rato, Cola volvió y escribió:

—Ahora está ocupado. No puede venir. Será para el próximo viernes.

Mi madre bajó la cabeza al oír el recado y la cita. Yo me puse a temblar, y Enea me tomó la mano para animarme. La suya era seca y ardiente, como la de mi padre. Ese contacto me dio un escalofrío, pero no me atreví a zafarme, quizá porque ya tenía los nervios alterados o por el aroma y la oscuridad del ambiente; el caso es que sentí un deseo imperioso de acercarme a él, reconociendo una atracción secreta e inconfesable por ese árido calor.

Mientras tanto, Cola dictaba deprisa. Decía que veía acontecimientos futuros que cambiarían el curso de la vida de mi madre.

—¿Por qué? —preguntó ella irguiéndose sobre el velador con una expresión ingenua y sorprendida.

A esa pregunta, siguió una larga pausa en la escritura. El lápiz se acercaba a la hoja y luego se alejaba, vacilante. De repente, Cola se puso a escribir con tanta rapidez que a Ottavia le costaba seguirlo.

Después de que el espíritu le dictara, la médium se quedó un momento pensativa, sin revelarnos el contenido del mensaje. Su mano temblaba aún visiblemente. Por fin, alzó los ojos hacia mi madre, con una expresión grave, y luego me miró a mí, preguntándose quizá si podía hablar con libertad. Mi madre asintió con un rápido gesto.

Sin poder resistir ya más a la curiosidad, se inclinó sobre la hoja, ajustándose las lentes, y leyó. Después se bajó las lentes y miró a mi madre fijamente.

Consternada, ella preguntó:

—Hable: ¿es una mala noticia?

Ottavia negó con la cabeza y, mirándola con deferencia, anunció:

—Dice que tendrá usted un gran amor.

Mi madre no replicó; se quedó estupefacta, sonrojándose como una muchacha. De repente, Lydia la sacó de su estupor, tocándole el brazo alegremente:

—Oh, querida, querida —le dijo buscando su mirada, con una sonrisa maliciosa cargada de sobrentendidos.

También la médium la miraba sonriendo, complacida de haber descubierto en ella, pese a su naturaleza modesta, esa virtud insospechada y maravillosa. Algo asustada, pero animada por esas sonrisas que le infundían valor, también mi madre sonrió cándidamente. Luego me miró, temerosa.

Pero yo me levanté de un salto y, alterando el orden de la sala, corrí a abrazarla.

Todo eso ocurrió un año antes de la muerte de mi madre, por lo que yo tenía unos dieciséis años. Era ya muy alta para mi edad, más que mis compañeras de curso, pero seguía peinándome con

dos largas trenzas sobre el pecho. Mis formas no habían adquirido ningún encanto femenino, y vestía unas blusas blancas que parecían ocultar el busto ágil y flaco de un muchacho. Mi rostro, de carácter nórdico, con facciones regulares e inexpresivas, se negaba a animarse con hoyuelos o líneas armoniosas, ni siquiera cuando reía. Temí mucho tiempo que esa apariencia masculina se debiera a la diabólica encarnación de Alessandro en mí.

Vivía en soledad la mayor parte del tiempo. En el colegio, el hecho de ser la primera de la clase me valió aislarme en un círculo de fría desconfianza de la que yo misma no me molestaba en escapar. La vida escolar me interesaba muy poco, y el éxito en mis estudios se debía solo a mi incapacidad congénita de entregarme a nada sin fervor o a la ligera. Por otra parte, me irritaba la desidia de mis compañeros, al igual que la vulgaridad de algunas de sus actitudes. El desprecio que mostraban a los profesores, a los que yo recordaba justos y bondadosos, las expresiones sarcásticas que les dirigían, así como las réplicas humillantes que reservaban a quienes se dedicaban a instruirnos y a hacer de nosotros mejores personas, me parecían la manifestación de un carácter grosero y maleducado. Quizá estas consideraciones mías no puedan separarse del hecho de que la persona a la que yo más quería en el mundo, mi madre, era asimismo profesora y, por eso, no soportaba la idea de que también ella pudiera ser tratada de esa guisa por sus alumnos. Por otra parte, tampoco aprobaba su tendencia a jactarse de la propia ignorancia y las pésimas notas, mostrando así no poseer gusto alguno por todo cuanto sirve para afinar y elevar el espíritu.

Naturalmente, mis compañeros se burlaban de mí, y yo, como no me mostraba ofendida, no hacía sino avivar su ironía rabiosa. Un día, sin embargo, ocurrió algo que estuvo a punto de costarme la expulsión del colegio y que me parece útil relatar. Entre las compañeras con las que hablaba a veces había una que se llamaba Natalia Donati. Era una muchacha poco agraciada, debido en gran parte a las gruesas lentes que se veía obligada a llevar. No destacaba por su inteligencia, pero era dulce y sensible, de natural simpático. Se decía que estaba enamorada de un compañero algo

mayor que ella, un tal Andreani, alumno de bachillerato. No podía verlo pasar sin sonrojarse, y, una vez, mientras volvíamos juntas a casa, me confesó que le bastaba intercambiar unas palabras con él durante el recreo para sentirse desfallecer. Lo seguía siempre con la mirada y se mostraba tal vez importuna en sus intentos por sumarse, sin ser invitada, a sus círculos de amistades.

Esas maniobras no pasaban inadvertidas a los más maliciosos de la clase, que aprovecharon para urdir contra ella una broma de pésimo gusto. Natalia me confió, en efecto, que había recibido una afectuosa carta de Andreani, seguida poco después de otra en la que le declaraba su amor. En ambas le suplicaba que no se lo contara a nadie y que no traicionara en el recreo el secreto de su sentimiento, para que no fuera pasto de malévolos comadreos.

Me leyó dichas misivas en un parque, el único rincón de verdor en medio de la lóbrega uniformidad de los edificios del barrio de Prati. Natalia había querido que nos refugiáramos allí porque no le gustaba «leer sus cartas en la calle, entre la gente que pasa», decía. Me pareció una idea muy delicada. Sentada en el borde del banco, se le velaba la voz al repetir las ardientes palabras de su amado. Percatándome, sin embargo, por su emocionada turbación, de la importancia que concedía a esas palabras, y comparando ese modo de expresarse con la total indiferencia que le demostraba Andreani, empecé a sospechar que las cartas eran falsas y que eran la causa de la nueva hilaridad que se extendía entre los pupitres cada vez que Natalia se ponía en pie en clase para contestar a las preguntas de los profesores.

Descubrí al fin que las cartas eran obra de Magini, un chico mayor que nosotros que repetía curso ese año. Las había escrito con la aprobación y el consejo de otros compañeros, astutos y sin escrúpulos. No me atreví a contárselo a Natalia. Acostumbrábamos a volver juntas a casa después de clase, quizá porque yo era la única al corriente de su relación secreta, y, cuando se despedía, me besaba en las mejillas, prometiendo que me seguiría confiando todas las sensaciones que le provocaba ese sentimiento.

Llegó una nueva carta, y, una vez más, Natalia me la leyó en el banco del parque. Las frases, hábilmente redactadas, me

producían un dolor inefable. Me tentaba revelarle la verdad, pero no quería ser yo quien le hiciera daño. Debí de mostrar una expresión afligida, pues ella me miró y me abrazó, diciendo que no debía desanimarme, pues muy pronto también yo tendría un enamorado tan entregado como el suyo.

Volvimos a casa cogidas del brazo. Natalia hablaba con un entusiasmo tal que casi me convencí de que la historia era verdad; pero, cuando nos despedimos y la vi alejarse, radiante, mandándome un beso, me pareció tan patética con su abriguito verde y sus gruesas lentes que me propuse hacer algo para defenderla.

Al día siguiente, me encaré con Magini al terminar las clases. Lo retuve del brazo mientras cruzaba el patio y me puse a hablarle deprisa, en voz baja.

Apenas lo conocía, pero, tratándose de un chico mayor, pensé que sería mejor hablarle con franqueza. Le conté el entusiasmo de Natalia, su sensibilidad y la importancia que había otorgado a las cartas. Al enterarse de todo eso, se alegró, dijo que la broma había sido un éxito, y se palpó el bolsillo donde, según me confió, guardaba una nueva carta para Natalia, en la que le proponía una cita para el domingo siguiente, en el Jardín del Lago. Allí, en lugar de a Andreani, Natalia encontraría reunidos a algunos compañeros que tenían intención de burlarse de ella.

Palidecí y le rogué a Magini que desistiera de su propósito. Él negó con la cabeza, riendo. Me volví hacia él, muy seria, y, venciendo mi timidez instintiva, traté de hacerle entender la importancia de los sentimientos amorosos para una mujer y lo mal que estaba convertirlos en objeto de burla. Él seguía riéndose, ya no solo de Natalia, sino también del amor. Le dirigí una mirada sincera, tratando una vez más de disuadirlo con vehemencia. Me contestó que pensaban entregarle la carta al día siguiente y que, si quería, podía ir con ellos al Jardín del Lago.

Sentí que me invadía una ira salvaje, era como un torbellino. Magini estaba frente a mí y se despidió con una sonrisa maliciosa. Entonces, levanté el brazo de repente y lo golpeé en la sien con el pesado estuche del compás.

Era un chico alto y cayó cuan largo era sobre el suelo del patio, rodeado al instante por sus compañeros. La sangre, que resbalaba por su frente, se estancaba sobre sus cejas hirsutas.

Me llevaron al despacho del director y me dejaron sola. Cerraba los ojos y veía la imagen de esas densas gotas escarlatas que caían de la frente del chico y rodaban hasta su camisa blanca. La visión de la sangre me era tan insoportable como el espectáculo de dos personas que, al discutir, se rebajan a hacer gestos vulgares. No entendía cómo había podido ser la protagonista de una escena así. Por fin, entró el director. Era un hombre mayor, que me conocía bien porque llevaba varios años en ese colegio. Hasta entonces, solo había entrado en su despacho para recibir felicitaciones. Me habló con benevolencia, invitándome a explicarle el motivo de mi gravísima reacción. Yo me resistía, lo miraba a los ojos, preguntándome si un viejo sería capaz de entender la importancia de una historia de amor o si se burlaría él también, como el propio Magini. Ante mi silencio, empezó a interrogarme, aventurando algunas conjeturas. Yo seguía muda. Al fin, cogiéndome las manos, insinuó que quizá Magini se había tomado alguna licencia conmigo, y yo había actuado de ese modo para defenderme. Entonces, pidiéndole que me guardara el secreto, me decidí a hablar. Le dije que, una vez cometido el acto, me había horrorizado la sangre, pero que, en el momento, me habría gustado que Magini cayera muerto allí mismo. Preocupado, el director me miraba fijamente.

—Comprendo —dijo sin embargo.

Después habló con Magini y los demás compañeros. Gracias a mi buena conducta habitual, no me expulsaron del colegio. Contaron que nos habíamos peleado por un libro. Perdí, sin embargo, la amistad de Natalia, que me juzgó una persona violenta y vengativa.

Ese mismo día, le conté a mi madre lo ocurrido.

La llevé junto a la ventana que daba al huerto del convento: allí donde habíamos pasado juntas tantos momentos de dulce intimidad, se me hacía más fácil hablarle. De pie delante de ella, se lo conté todo, sin ahorrarle un detalle, no tanto para justificarme

como para hacerle comprender, a ella y quizá a mí misma también, cómo había podido suceder algo así.

Su mirada me intimidaba. Imaginaba que aún me consideraba una niña por la delgadez de mi cuerpo y porque seguía peinándome con trenzas. Me escuchó con atención, con una mano en la mejilla. Y, cuando le dije que había golpeado a Magini en la frente y que se había desplomado cuan largo era, y le describí la sangre que manaba de su sien y caía sobre la camisa blanca, ella se sobresaltó, pero no me interrumpió ni me reprendió, y siguió escuchándome hasta el final.

Luego se levantó despacio, me tomó de los hombros y, mirándome a los ojos, me preguntó, como si estuviera hablando con un adulto:

—Para ti también es muy importante el amor, ¿verdad, Sandi?

La miré fijamente, asintiendo con la cabeza con un gesto nervioso, y estallé en un llanto incontenible, que nada tenía que ver con el acto que había cometido. Sentía abrirse en mi interior un vacío melancólico al que mi madre, con su inesperada pregunta, había puesto nombre, y, asustada, me aferré a ella como cuando era niña.

Así abrazadas, mejilla contra mejilla, mirábamos por la ventana. Recuerdo muy bien que, fuera, las nubes estaban bajas y el viento soplaba con fuerza antes de sucumbir a la violenta tormenta. Ante la inminencia del ciclón, las monjas habían cerrado con cuidado todas las ventanas, por lo que el muro del convento parecía inexpugnable. Las hojas más débiles se habían dejado arrancar de las ramas de los árboles y revoloteaban en ráfagas furiosas.

Hallé consuelo en la tibieza de los brazos que me acogían, y sentí que me iba embargando una amarga paz. Pero, de pronto, una idea volvió a alterarme:

—¿Y papá? —murmuré.

—No le diremos nada —contestó mi madre.

Al cabo de un momento, añadió en voz baja:

—A papá no se le puede contar todo. Los hombres no

entienden estas cosas, Sandi. No calibran el peso de una palabra o de un gesto; necesitan hechos concretos. Y, frente a los hechos, las mujeres siempre tenemos todas las de perder.

Hizo una pausa antes de proseguir:

—No es que sea culpa suya. Vivimos en planetas distintos, y cada cual gira sobre su propio eje, fatalmente. Hay algunos momentos de encuentro, pero son fugaces, instantes apenas. Después, cada cual vuelve a encerrarse en su soledad.

El viento se colaba, sibilante, por las rendijas, haciéndome estremecer.

—Eres casi tan alta como yo —dijo mi madre—. Ya eres una mujer, has dejado atrás la adolescencia.

Recuerdo haber intuido en ese momento que ella no seguiría a mi lado mucho más tiempo: sus palabras venían de un mundo lejano, como si me hablara a través del agua o de una ráfaga de aire. Me aferré a ella, casi para retenerla, y no me atreví a mirarla a la cara por temor a descubrir un gesto de despedida.

—Por eso habría preferido que fueras un varón —prosiguió—. Al contrario que nosotras, los hombres no tienen tantos motivos sutiles de sentirse desgraciados. Ellos se adaptan: son afortunados. Y a mí me habría gustado dejar tras de mí a un ser afortunado. Mi madre siempre pugnó por alejarme de la música, las novelas y la poesía: quería que me distrajera, que fuera más fuerte que ella. Cuando era pequeña, me contaba oscuras y sangrientas historias de amor, con la esperanza de suscitar en mí un sentimiento instintivo de protección. Eran relatos sombríos, terribles, impresionantes, y ella me los contaba en voz baja, con tono trágico, desplegando sus dotes para la actuación. Yo no era capaz de escucharla, lloraba, quería huir, pero ella me retenía, agarrándome de las muñecas. Era una mujer singular: se comportaba como con saña, una saña cruel, germánica. Yo me levantaba de noche para leer poesías o *Werther*, en alemán, que era muy difícil. Estudiaba el piano con tanta pasión que, un día, sufrí una crisis nerviosa. Ella dejó entonces de tratarme así. Una vez tan solo, apartándome el cabello de la frente, con un gesto muy suyo, casi una manía, me dijo: «Lástima, me habría gustado que fueras feliz».

—¿Era feliz la abuela?

Mi madre dudó un momento antes de responder:

—No creo. Quizá antes de casarse, cuando, cada noche, vivía una gran historia de amor sobre el escenario. Después... No, después, desde luego, no fue feliz. El suyo había sido un matrimonio apasionado, aunque pareciera como los demás. Sin embargo, del sentimiento irresistible que la había empujado a dejar el teatro no quedaba nada, nada en absoluto: incluso parecían hartos de vivir juntos. No tenían mucha paciencia, y mi madre era una mujer violenta. Murió bastante joven, por lo que no conservo muchos recuerdos de ella. Aunque hay cosas que sí recuerdo muy bien. En verano, por ejemplo, me llevaba de vacaciones al Tirol. Solíamos pasear por los campos de trigo, entre las grandes montañas que amplificaban nuestras voces, cada palabra que decíamos. Ella caminaba deprisa, recogiéndose con una mano la larga falda y tirando de mí con la otra, mientras declamaba fragmentos de alguna tragedia famosa. Recitaba en alemán, yo apenas la entendía, y su voz era tan distinta a como sonaba siempre que sospechaba que dentro de ella habitaba un ser oculto que solo se manifestaba en esos momentos, alguien que seguía viviendo sobre el escenario, entre el olor a maquillaje y a polvo, en el camerino adornado con grandes centros de flores, donde, colgada en el armario, junto con el traje y la peluca, ella encontraba, cada noche, una maravillosa historia de amor.

Hizo una pausa y añadió:

—No, no fue feliz. Recuerdo la manera desesperada que tenía de abrazarme y de besarme...

Mientras me contaba todo eso, mi madre me abrazaba a su vez, sin saber que también ella lo hacía de un modo desesperado. Absorta en una repentina compasión por mi condición de mujer, me estremecí. Éramos, a mi juicio, una especie amable y desdichada. Sentía pesar sobre mí una infelicidad de siglos y una soledad inconsolable, transmitidas por mi madre, por la madre de mi madre, por las mujeres de las tragedias y las novelas, por todas las mujeres que se asomaban al patio como desde detrás de los barrotes de una cárcel y por todas aquellas con las que me cruzaba

en la calle y tenían la mirada triste y el vientre abultado.

—Mamá, ¿alguna vez se puede ser feliz por el amor? —le pregunté desesperada.

—Oh, sí —contestó—, yo creo que sí, pero hay que esperar. A veces —añadió en voz baja—, se llega a esperar toda la vida.

Esa conversación cambió la relación entre mi madre y yo: desde ese día, aun sin decirlo abiertamente, renunciando a ciertos gestos de afecto, me trató con una mayor confianza, como a una hermana. Le preocupaba menos saber en qué empleaba mi tiempo, sabía que pasaba mucho rato sola y sin duda intuía que, de ese modo, podía profundizar en el conocimiento de mí misma y reflexionar sobre todos los interrogantes propios de mi edad.

Mientras, ella pasaba tardes enteras en la villa Pierce, sin el menor asomo de remordimiento.

—Me duelen los brazos, he tocado sin parar durante horas —me decía al volver a casa.

Se tendía en la cama en la penumbra y me llamaba a su lado. Sobre la colcha oscura de la cama de matrimonio, sus manos parecían exangües. Bajo su piel circulaba un entusiasmo feliz que la rejuvenecía y que le coloreaba las mejillas. Pocas veces la había visto con ese arrebol que la hacía tan hermosa, salvo cuando hablaba febrilmente de su infancia o contaba la trama de las obras de Shakespeare.

Sin embargo, algo había allí que la perturbaba, y era la oculta presencia de Hervey, a la que todo en la gran villa, tanto las personas como las cosas, parecía sometido. Tenía un tono nervioso, levemente irritado, cuando hablaba del tal Hervey.

—Ponen las flores como a él le gusta, compran cuadros de sus pintores preferidos y, a veces, por las tardes, oigo feroces hachazos en el jardín, y entonces los árboles que no le gustan caen a tierra, ajusticiados. No, no, le digo siempre a Arletta, hay que reaccionar. Cuando dejo de tocar para descansar un poco, y damos un pequeño paseo fuera o tomamos el té, ella enseguida empieza a hablarme de su hermano.

—Y ¿qué te dice? —le pregunté con curiosidad.

—Oh, no lo sé —contestó con indiferencia—, apenas la escucho.

Pero yo sabía que no era verdad.

La había visto bajar un día la escalera, mientras el automóvil de los Pierce, que venía a recogerla todos los días, esperaba delante del portal. Bajaba deprisa, como las chicas que acaban de dejar atrás la adolescencia y anhelan llegar a la calle para calibrar su apariencia y el poder de sus encantos femeninos en la mirada de los hombres. Nadie habría dicho que solo la esperaba un automóvil vacío.

Y es que no estaba vacío: en su interior la aguardaba Hervey. No se veían fotografías suyas en las habitaciones de la villa, pero sobre el piano había un molde de cera de sus manos: blancas, cortadas a la altura de las muñecas, separadas la una de la otra porque, según le había explicado Arletta, habían servido de modelo para una estatua de san Sebastián.

—Las toqué en un momento en que Arletta había salido de la sala —me dijo—. No están frías, ¿sabes? La cera tiene un ligero calor humano.

Me dijo que se había puesto una en el brazo. Cuando me quedé sola, me acaricié con una mano el brazo y el cuello, para experimentar la misma sensación, una sensación abrumadora.

Una tarde, le pregunté a mi madre por qué vivía Hervey lejos de la villa Pierce.

—Está enfermo.

Me contestó con un tono extraño, el mismo que empleaban Arletta, y hasta los criados, cuando hablaban del señor Hervey. Nadie, sin embargo, aludía a ninguna dolencia en concreto. Quizá fuera su singularidad lo que los llevaba a atribuir a una anomalía física la manera distinta que tenía de hablar, de sentir y de vivir.

Arletta aseguraba, sin embargo, que de niño Hervey jugaba al fútbol, incluso, y construía pequeños planeadores. Pensaban que de mayor sería ingeniero. De esos planeadores se hablaba mucho cuando Hervey no estaba. De hecho, fue una de las primeras cosas que mi madre supo de él. «¿Y qué más?», sentía ganas de preguntar. Entonces, todos se ponían a hablar en voz baja, como si

de un secreto se tratara. Después, había estallado la guerra: Hervey tenía quince años, Shirley, nueve, y Arletta acababa de nacer. Los Pierce vivían en Bruselas, en una villa semejante a la de Roma, pero las verjas lindaban con un gran bulevar muy transitado. Al atardecer, Hervey salía de la sala de estudio y se sentaba junto a la verja. A esa hora, ya no se veía a los plácidos burgueses que volvían a casa despacio a almorzar. Pasaban muchos jóvenes que vestían uniforme militar y llevaban el fusil al hombro, la pistola en la cintura o la bayoneta: armas, en cualquier caso. Hervey no tenía por los soldados esa atracción tan típica de los muchachos, sino, al contrario, una cierta repugnancia. Los llamaba con algún pretexto para que se acercaran a la verja. Observaba su uniforme, las insignias del regimiento, espiaba su rostro bajo la boina, y luego les decía:

—No vayáis a la guerra. No se debe disparar a gente inocente.

Los soldados se sorprendían de oír hablar así a un muchacho.

—Quitaos el uniforme y escapad —insistía Hervey—. Escapad al campo y escondeos.

Los curiosos se agolpaban junto a la verja. Abrumado por la atención suscitada, Hervey corría a refugiarse en su cuarto.

En esa época, dejó de construir planeadores y, cuando oía el lúgubre zumbido de un avión sobrevolando la casa, palidecía. Sufría súbitos e inexplicables accesos de fiebre y, en su delirio, hablaba de hombres sepultados vivos en un submarino, que no podían subir desde el fondo del mar. «Hay que salvarlos —decía—, hay que salvarlos, hay que liberarlos. Les gusta el mar cuando está en calma, son marineros y pescadores.» Soñaba con bajar buceando hasta las remotas profundidades marinas, donde están los árboles de coral y los bancos de perlas. Se agitaba en su delirio. «Estoy llamando al casco del submarino; llamo una y otra vez, pero no responden.» Venían médicos famosos a auscultarlo. Hervey los miraba, con el rostro enrojecido por la fiebre. «Ya no responden —repetía con los ojos muy abiertos por el terror—, ya no responden.» Los médicos lo visitaban, y Violet Pierce permanecía a su lado, esperando una respuesta. Después, mientras se lavaban las manos, pasándose con calma el jabón entre los dedos, le decían a la madre,

que no apartaba los ojos de ellos ni un momento:

—Es un muchacho muy sano, señora.

—¿Y la fiebre? —les preguntaba ella.

Ellos callaban, secándose las manos con esmero, uña a uña, falange a falange, mientras ella esperaba.

—Los nervios, señora, los nervios: tiene un poco de neurastenia.

Hervey ya no salía del gran jardín de la villa, ni sus padres lo animaban a hacerlo. No quería ver, en los muros de la ciudad, los grandes carteles publicitarios sobre bonos de guerra, en los que se veían hombres con el pecho destrozado por horribles heridas, con los uniformes manchados de sangre. «No hay que hacer la guerra», repetía, asomándose muy pálido entre los barrotes de la verja.

Los vecinos ya lo conocían: algunos esperaban incluso a que apareciera para espetarle insultos y groserías. Hervey era un joven alto y rubio.

—¡Alemán! —gritaban al verlo—. ¡Sucio *boche*!

—No soy alemán —contestaba él—, pero ¿qué culpa tendría si lo fuera?

—*Boche!* —seguían gritándole entre silbidos—: *Sale boche!*

Le arrojaban piedras, una vez una lo alcanzó en la mejilla. Los más jóvenes se encaramaron a lo alto de la verja para burlarse mejor.

—No hay que hacer daño a nadie —insistía el muchacho sin resentimiento—, hay que amar a todo el mundo, incluidos los alemanes; todo ser humano es un mundo creado por Dios.

Los otros siguieron increpándolo.

—¡Protestante! —gritaban—, ¡espía, *boche*!

Le arrojaron piedras a las piernas. Hervey se volvió y regresó a casa tranquilo, con la sangre resbalando sobre la ropa. Al verlo herido, su madre se desmayó. Al día siguiente, se presentaron en la casa tres o cuatro hombres e invitaron a los Pierce a marcharse de inmediato por ser extranjeros. Debían abandonar Bélgica, por su propia seguridad, decían. Por ese mismo motivo, rebuscaron en los cajones de Harold Pierce.

Los Pierce se volvieron a Inglaterra y, al término de la guerra,

se trasladaron a Italia porque Hervey quería estudiar música.

—Así empezó todo —concluyó Arletta asintiendo con la cabeza—, con ese odio a la guerra. Antes, como le he dicho, se pensaba incluso que llegaría a ser ingeniero. Me habría gustado tener un hermano ingeniero que construyera puentes y casas; pero a Hervey no le gustan las casas. No se asoma nunca al mirador. ¿Conoce el mirador que tenemos en lo alto de la villa? Desde allí se ven cúpulas y casas, todas las casas de Roma, casas rosadas, rojas y amarillas, tan distintas de las tristes casas de Londres... Un amplio panorama, como desde lo alto del Janículo. Solo mi padre y yo subimos a veces a disfrutarlo. Mi madre no aprueba nuestros gustos. Y eso que, desde allí arriba, por la noche, la vista es de verdad hermosa, créame: se ven las luces de los tranvías, los grandes rótulos de neón, las farolas encendidas... Por la ventana de Hervey se ve solo un gran cedro del Líbano, un árbol muy viejo, cuya leyenda le gusta contar. Yo no sabría hacerlo, es muy larga; además, contada por mí perdería toda la gracia. Al contrario que él, yo no tengo esa manera de narrar que lo vuelve todo extraordinario. El caso es que dicen que ese árbol encierra un caballo. De noche, cuando las hojas susurran al viento, Hervey lo oye relinchar.

Cuando me contaba todo eso, mi madre ponía una voz baja y cálida, como la de Ottavia cuando leía los mensajes de los espíritus. Como rocas sombrías, los muebles oscuros emergían apenas en la penumbra de la habitación. En la pared frente a la cama, mi padre había puesto una gran fotografía de sus padres. Era un retrato a medio busto, sus hombros se tocaban y sus ojos miraban al fotógrafo con severidad. Con sus trajes oscuros recortándose sobre el blanco lechoso de la ampliación, también ellos eran sólidas rocas, escollos.

—Mamá —le dije en voz baja—, yo no creo que el hermano de Arletta esté enfermo, como dice la gente. Papá dice lo mismo de nosotras, cuando se lleva un dedo a la sien y hace como que da vueltas a un tornillo, ¿te acuerdas?

—Eso dice, ¿verdad?

Ella se volvió para mirarme. Tal vez quería ver en mis ojos el

significado verdadero de mi comentario. Luego me abrazó y, sin separarnos, nos quedamos calladas, tumbadas en la cama alta. Estoy segura de que, en su fuero interno, me decía «mi niña», «Sandi», o «cariño»; pero yo tenía que intuirlo sin preguntárselo, comprenderlo en el modo desesperado que tenía de abrazarme, costumbre también de mi abuela, según me había dicho. Yo sentía que, si en el futuro tenía una hija, nunca podría abrazarla de otra manera.

Al año siguiente, Arletta empezó a tocar el piano. Ese invierno, mi madre había ido todos los días a la villa Pierce, dejándome sola en casa. Fue un invierno triste y lluvioso, o quizá me lo pareció debido a mi soledad. Una cosa es segura: cuando recuerdo aquellos días, me parece sentir un olor a tierra mojada, y veo el cielo blanco, cubierto de nubes, por los cristales de la ventana.

Cuando nos quedábamos a solas, mi padre y yo teníamos muchas ocasiones de conversar. Él parecía deseoso de acercarse a mí, no para interesarse por mi educación o para conocerme mejor, sino solo para matar el rato charlando. Se sentaba a mi lado, y le habría gustado verme dispuesta a contarle cosas y habladurías sobre las muchachas del edificio, a las que conocía de vista por coincidir con ellas en la escalera. No sabía en qué ocuparse cuando volvía de la oficina, una vez que terminaba con el periódico, que leía de principio a fin, hasta los anuncios por palabras, aunque nunca comprara ni vendiera nada, y las noticias más insignificantes de la provincia. Según él, leer el periódico era un deber; leer libros, en cambio, era una pérdida de tiempo. Sin embargo, era lo que él hacía, sin más: perder el tiempo. Se sentaba en el sillón a limarse las uñas, miraba por la ventana o bajaba a tomarse un café en el bar de la esquina. Dos veces al año, iba a los Abruzos a ver a la abuela y volvía con el dinero ganado con la venta de las aceitunas y los higos secos.

Íbamos a la estación las tres, mamá, Sista y yo, para ayudarlo a transportar hasta el tranvía dos grandes cestos llenos hasta arriba de provisiones. No estábamos acostumbradas a movernos por las bulliciosas calles del centro, siempre atestadas de gente. En la

estación, con los ojos abiertos de par en par, seguíamos el ir y venir de los viajeros hacia países desconocidos. Yo recordaba las descripciones de mi madre de las fabulosas ciudades en las que había actuado la abuela. Ensimismadas, nos dejábamos arrastrar por el humo gris que se elevaba ondeando de las chimeneas, semejante a la cola de un cometa. El soplido de los pistones nos sobresaltaba, y el corazón se nos aceleraba en el pecho.

—Por esta vía se llega a Viena —decía mamá, y Sista y yo aguzábamos la vista, tratando de seguir todo su recorrido.

—Ahí viene el tren —decía Sista.

Su voz grave y el aspecto severo de su vestido negro y su pañuelo, también negro, anudado bajo la barbilla, nos devolvían a nuestro ambiente melancólico. Todavía soñadoras, retrocedíamos, temerosas de que nos arrollara la locomotora. Una cesta cubierta de tela blanca, apoyada sobre la ventanilla, nos indicaba que había llegado mi padre.

—He traído queso tierno y fiambre —nos anunciaba enseguida, nada más abrazarnos.

A mi padre le gustaba comer bien. Tenía todo el aspecto de un sibarita y la manera de vestir propia del hombre maduro que quiere gustar a las mujeres. Llevaba siempre consigo un pequeño peine y una pitillera con unos pocos cigarrillos ligeros, aunque apenas fumaba. Cuando salía, los sábados por la tarde, se ponía brillantina en el bigote y en el pelo. Al cerrar la puerta tras de sí, en las habitaciones quedaba un olor intenso que me asqueaba profundamente. Abría puertas y ventanas para que se disipara, y no me parecía estar de verdad sola hasta que se desvanecía del todo. No tenía ningún aprecio por mi padre. Yo, que solía ser cortés con todo el mundo, a él, en cambio, siempre me daban ganas de responderle secamente o con dureza.

A veces, se me acercaba mientras yo estaba sentada en mi rincón junto a la ventana. Su presencia me molestaba tanto que me mostraba hostil e insolente con él.

—¿Qué haces? —me preguntaba interrumpiéndome en la lectura.

—¿Es que no lo ves? —le contestaba yo ásperamente.

—Ya. ¿Qué lees?

Yo le enseñaba la cubierta de mala gana.

—Te gusta leer, ¿eh? —Y añadía—: Eres como tu madre.

En su tono había una veta sutil de desprecio; siempre ponía ese tono cuando decía «tu madre», en lugar de decir «mamá».

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que no sois como las demás, no sois como esas mujeres a las que les gusta ir al cine o al café, o que, cuando están en casa, zurcen la ropa, ponen orden y hacen el resto de las tareas. Vosotras sois princesas.

Empleaba con frecuencia esa palabra: el título nobiliario englobaba para él la pereza, la abulia y el gusto por lo inútil y lo refinado. Aunque por dentro hervía de rabia, a él le mostraba una calma gélida, no quería admitirlo en la intimidad de mi resentimiento.

—¿Por qué dices eso? —le preguntaba sin mirarlo, mientras seguía cortando las páginas del libro—. ¿Es que gastamos demasiado, según tú?

—Oh, tampoco tanto.

—¿La casa está desordenada? ¿No te gusta la comida?

—Al contrario.

—¿Reclamamos distracciones? ¿O ropa suntuosa?

—No, en absoluto.

—¿Entonces? —preguntaba, alzando al fin hacia él una mirada preñada de antipatía contenida—. ¿Entonces?

—Entonces..., no sé, pero no sois mujeres como las demás, te lo digo yo. Igual la culpa la tienen los libros, pero el caso es que tenéis algo, aquí, que no funciona.

Se llevaba el índice a la sien y fingía dar vueltas a un tornillo. Ese gesto, que repetía con frecuencia, me exasperaba. Me daban ganas de emprenderla a puñetazos con él, con dureza; pero me contenía con gran esfuerzo, bajaba la mirada al libro y seguía leyendo. Él se quedaba ahí, sentado en el sillón, porque no tenía nada que hacer. Se limpiaba las uñas con mi abrecartas, mientras me observaba como si yo fuera una chica cualquiera, alguien sentado a su lado en el tranvía. Cuando me miraba así, yo tenía el

gesto instintivo de estirarme la falda para taparme las rodillas.

Seguía un largo silencio incómodo, hasta que él concluía su escrutinio, diciendo:

—Qué flaca estás. A tu edad, las chicas ya tienen pecho.

Yo me sonrojaba como si me hubieran dado una bofetada, y un malestar humillante se extendía dentro de mí, bajo mi piel: no le reconocía el derecho de hablarme de cosas tan íntimas y del todo ajenas a la confianza propia de una relación paterna.

—Eres como tu madre.

—Mi madre es una mujer muy guapa —protestaba yo con vehemencia.

—Sí —contestaba él tranquilo—. Pero no tiene pecho.

Entonces se levantaba y se iba a leer el periódico o a escuchar la radio, mientras yo me sentía derrotada.

Fulvia se daba perfecta cuenta del temperamento de mi padre y de su debilidad por las curvas femeninas:

—A tu padre le gustan mucho las mujeres. Lo veo en la forma en que me mira. Hace unos días, me paró en la escalera y me preguntó: «Eres la amiga de Alessandra, ¿verdad?». Yo le contesté con un gesto que sí y me fui corriendo. Quería entablar conversación conmigo, pero a mí me dan asco los hombres casados.

Muchos años después, Fulvia me dijo que, en aquel tiempo, solía esperarla en la escalera. No se le declaraba ni trataba de besarla: solo quería tocarla, como si fuera un objeto. Me dijo también que, pese a la repugnancia que le suscitaban sus manos, no se atrevía a defenderse, presa de una especie de temor por un hombre mayor, marido de una amiga de su madre. Por eso se dejaba tocar, haciendo como que no conocía aún el significado de esos gestos y fingiendo confundirlos con un juego.

Fulvia era muy bonita en esa época, aunque quizá no sea esa la palabra más adecuada. Era atractiva y provocadora, como muchas jóvenes de la burguesía romana a su edad. Tenía el cabello negro y brillante, que se peinaba con esmero, y un pecho insinuante que no se preocupaba por ocultar. Cuando salíamos

juntas, si alguien le soltaba un piropo en voz baja, ella respondía en alto, con notable don de réplica. No era tímida como yo, ni se sonrojaba por nada. Se carteaba con un chico que vivía en la casa de enfrente, y se comunicaba con él por señas desde la ventana. También frecuentaba a un compañero del colegio. Se saltaban las clases y se iban a pasear al campo. Por lo demás, no necesitaba mentir, pues era libre de hacer lo que quisiera todo el día, ya que Lydia solía pasarse las tardes enteras con el capitán.

En el fondo, Fulvia no abusaba de su libertad. Cuando su madre salía, se sentaba frente al espejo y se entretenía pintándose los labios y los ojos, probando distintos peinados, con el cabello recogido en la nuca o luciendo flequillo, como veía en las revistas de cine, de las que era lectora asidua. En casa vestía con cierto desaliño, como casi todas nuestras vecinas. Llevaba sencillos vestidos de algodón, descoloridos de tantos lavados, que le quedaban cortos y estrechos, con desgarrones en la sisa, y calzaba viejos zapatos a modo de zapatillas. En verano iba casi desnuda bajo la corta bata de flores que llevaba muy ceñida en la cintura. Cuando estaba sola, se untaba aceite de oliva en la cara y se ponía rodajas de patata y zumo de limón, pese a que tenía la piel muy fresca. Su piel, de hecho, fina, transparente y aterciopelada, era su mayor encanto. Cuando nos quedábamos a solas, me daban ganas de preguntarle: «¿Puedo tocar?», pero no me atrevía.

Yo, en cambio, me iba volviendo cada vez más taciturna y solitaria. De no haber sido por Fulvia, me habría pasado los días enteros encerrada en mí misma. Sentía que estaba llegando a una edad nueva, que me estaba transformando, y eso me suscitaba a la vez miedo y fascinación. Lo ocurrido en el colegio con Magini no había contribuido en absoluto a mi popularidad. Las palabras que intercambiaba con los profesores solían ser las únicas que pronunciaba en toda la mañana. Mis compañeros no mostraban el más mínimo interés por mí. «Es presuntuosa y antipática», los oí decir un día, y también: «Es fea».

Era frecuente que la propia Fulvia tampoco me hiciera caso durante días. Hasta que, de repente, me llamaba por el patio.

—¡Sube! —me ordenaba despóticamente.

En cuanto me llamaba, yo cerraba el libro y me iba a su casa, subiendo los escalones de dos en dos.

Una vez en su rellano, encontraba entornada la puerta de la casa vacía y silenciosa, y a Fulvia ocupada en algún cuidado personal que mi llegada no interrumpía. En verano, pasábamos el final de la tarde charlando en el balcón. Desde allí dominábamos la ciudad, era como si nuestro edificio nos llevara a hombros. Se veían terrazas desiertas, tejados rojos y un campanario en el que se refugiaban las golondrinas. Una estrecha tabla, colocada sobre dos bidones vacíos, nos servía de asiento. A veces Fulvia se tumbaba encima, dejándome apenas sitio para sentarme a sus pies. Así acostada, la bata se le abría, desvelando sus hombros, su pecho y sus piernas, que yo contemplaba con ávida curiosidad.

—Tengo calor, abanícame —me decía interrumpiendo la conversación.

Yo obedecía, aceptando que me tratara como a una esclava. Sentía que Alessandro estaba enamorado de ella y que quería devorarla con la mirada. Pero era demasiado ingenua para poder aceptar conscientemente esos impulsos. Disfrutaba mirándola mientras me hablaba. Su forma de hablar era brusca, casi arrogante. Para ella, el amor era una cosa banal, expeditiva y algo sucia: los amigos con los que salía solían emplear un lenguaje crudo y grosero, contaban anécdotas subidas de tono y fumaban. Fulvia se comportaba igual cuando estaba con ellos, con todos menos con Dario.

Dario era el chico que vivía en la casa de enfrente. Iba a la universidad y, cuando se acercaban los exámenes, se veía su ventana iluminada hasta altas horas de la noche. Llevaba los libros consigo incluso cuando se iba al campo con Fulvia. Una vez allí, se sentaba, apoyando la espalda contra un árbol, y estudiaba mientras ella tomaba el sol.

—Muchas veces me quito la blusa —me dijo un día.

—¿Y qué llevas debajo?

—¿Debajo? Nada. Mira qué morena estoy —dijo abriéndose un poco el escote.

—¿Y Dario?

—Dario estudia y vigila. Me avisa, me dice «tápate, que viene gente». Si cierro los ojos, me tira piedrecitas para que me despierte. Cuando se cansa de estudiar, viene a tumbarse a mi lado en la hierba.

Yo miraba la puerta de reojo, temerosa de que mi madre pudiera sorprender nuestras conversaciones. Luego, sonrojándome, me volvía otra vez hacia Fulvia y le decía:

—Sigue, sigue contándome, explícame.

Quería que me hablara de Dario.

—¿Lo amas? —le pregunté.

Me contestó que no. Me decía que no sentía emoción alguna al verlo ni al leer sus cartas. Yo no entendía por qué lo veía entonces, y una vez se lo pregunté tímidamente, pese a mi reserva habitual.

—¿Y qué quieres que haga? —me contestó mirándome muy seria—. Yo no valgo gran cosa. No soy como tú.

La interrumpí, protestando con vehemencia. Sentía que una mujer no debía nunca rebajarse a tan amarga resignación.

Una tarde, cuando ya oscurecía, estando tumbada en el banco y yo sentada a sus pies, me explicó cómo nacen los niños.

Me costaba conciliar el sueño por las noches, a causa de las cosas que me contaba Fulvia y de las sesiones de espiritismo. Cuando mis padres se encerraban en su habitación, y mi madre callaba tras la puerta cerrada, me sentía sola, expuesta a mil peligros ocultos en la oscuridad y en mis pensamientos.

Las recientes explicaciones de mi joven amiga, a las que, en su presencia, había fingido no dar importancia, me desvelaban en realidad largo rato y me dejaban turbada. Iba rara vez a la iglesia a confesarme y, hasta entonces, no había tenido mucha conciencia de lo que era la culpa. De repente, intuí lo que era de verdad el pecado y sentí su mediocridad, así como su poder, oscuro e irresistible. Sin embargo, me parecía que solo la obediencia ciega del amor podía arrastrarnos a aceptar esos gestos, pagándolos quizá con la vida, como Desdémona o la Francesca de Dante. Pero Fulvia me dijo:

—Es algo que no tiene nada que ver con el amor.

Ante mis protestas, añadió:

—Lo dice también Dario.

Pero yo era incapaz de creerla, pensaba que quería engañarme, movida por esa manía que tenía de mostrarse cínica, como si todo le diera igual.

Cuando estaba en la cama, a oscuras, mi mente agitada pasaba revista a las parejas que conocía, su vida y sus sentimientos. Me parecía inverosímil que esos hombres, que durante el día nunca tenían una palabra de amor para sus compañeras, de noche, de repente, pretendieran hallarlas dispuestas a esos abrazos terribles. Por la mañana, cuando las mujeres retomaban sus tareas cotidianas, me parecía ver en su mirada la marca de una humillación que las consumía.

Desde que me imaginaba todas esas cosas, sentía por mis vecinas una compasión llena de afecto. Estaba sola en la galería, acurrucada como un perro en un rincón, pero ellas también estaban solas, haciendo unos gestos como de locas: agitaban un paño una y otra vez, golpeaban repetidas veces una alfombra con un palo... Cada una de nosotras estaba sola en el mundo, cada una era un puntito negro en el mundo, Europa, Italia, Roma, calle Paolo Emilio, 30, puerta 6, puerta 4, puerta 1. Como un perro, yo habría aceptado un gesto de cariño de cualquiera: ellas aceptaban que un hombre se les arrimara fugazmente y, durante una hora, las envolviera en el calor de su vida.

Sabía que no era fácil resistirse. Durante las sesiones de espiritismo, Enea se sentaba a mi lado y me agarraba del brazo con su mano cálida y seca, y yo no me atrevía a zafarme, dominada por la novedad de ese contacto, aunque me resultara odioso. Un día vino a casa a avisar de que Ottavia estaba enferma. Pasó al vestíbulo y, mientras hablaba, lo barría todo con la mirada. Yo me apoyaba en la puerta abierta con una mano temblorosa.

—¿Estás sola, Alessandra? —me preguntó.

Yo asentí y él empujó la puerta suavemente hasta cerrarla. Nunca lo había visto fuera de las sesiones, me pareció que estaba impregnado del olor a incienso y que los espíritus aleteaban

alrededor de sus brazos.

—Hace tiempo que quería verte un momento a solas —me dijo acercándose a mí, mientras yo retrocedía hacia la pared.

Era un chico ya crecido, su mirada se posaba sobre mí y, allí donde se posaba, mi carne se reblandecía, como si los huesos se me disolvieran.

—¿Sabes que estoy enamorado de ti?

Se me acercó, y con él se acercó también el calor de todo su cuerpo. «A lo mejor siento asco —pensé yo—, a lo mejor, si se me acerca más, me dará asco.»

Cuando acercó su boca a la mía, me aparté para sustraerme a su aliento. Me daba asco, por suerte me daba asco. Abrí la puerta de par en par y, al hacerlo, entró una corriente de aire frío.

—Vete ahora mismo —le dije con dureza en voz baja—. ¡Largo de aquí!

La escalera estaba oscura. Si él hubiera insistido en acercarse, me habría defendido. Pensé en las tijeras abiertas sobre la labor dejada a medias. No quería que me tocara. Él debió de leer en mis ojos una aversión tan clara que salió de mi casa, murmurando:

—Estúpida.

Volví a mi rincón y me arrojé sobre el sillón. Sentía que Enea circulaba, invisible, por la casa, como los espíritus después de las sesiones. Temía que mi madre se diera cuenta cuando regresara.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó cuando le dije que Ottavia no vendría al día siguiente.

—Ha mandado a Enea con el recado —contesté.

Sentada frente a mi madre, la miraba fijamente, llamándola mentalmente con todas mis fuerzas: «Mírame bien, mamá, léeme el pensamiento».

—¿Qué te ocurre? —me preguntó una vez, sorprendida por la intensidad de mi mirada.

—Nada —le contesté, con la esperanza de que no me creyese.

Pero siempre me creía. La culpa era mía, quizá, si desde hacía un tiempo estaba irreconocible. Mi madre pasaba por mi lado, llena de gracia por la pureza de sus gestos, sin saber que mi mente estaba habitada por una curiosidad malsana y por abominables

pensamientos.

—Buenas noches, Sandi —me decía con una caricia.

—Buenas noches, mamá —le contestaba yo.

Pero, dentro de mí, la llamaba desesperada, diciéndole: «No me dejes, ayúdame». Mi madre no me entendía y, si ella no lo hacía, nadie podría hacerlo nunca. Quizá esa gélida soledad era lo que ella quería alejar de mí cuando parecía querer impedir que me hiciera mayor. Me aferraba a ella con el pensamiento: «Mamá, tengo miedo», gritaba, y, aunque mi grito era mudo, ella seguro me oiría pese a todo, como hasta entonces. Pero no, ya no me oía, y, sin su ayuda, me sentía débil y culpable. Cuando me veía mirándola, mi madre me acariciaba el cabello y, con una sonrisa, me decía «mi niña».

Asustada de tener que enfrentarme a esos pensamientos, retenía a Sista a mi lado hasta tarde, obligándola a sentarse junto a mi cama.

—Sista, ¿tú has estado enamorada alguna vez? —le pregunté un día de repente.

—No —contestó.

—¿Nunca, nunca?

—Nunca.

Miré sus facciones regulares, la pureza de su frente: debía de haber sido guapa, hacía tiempo.

—¿Por qué? ¿Nunca te cortejó nadie en tu pueblo?

—Oh, sí, cuando era joven.

—¿Y entonces?

Vaciló un momento antes de contestar en voz baja:

—Los hombres son todos unos puercos, Alessandra.

Me incorporé de un salto en la cama, enfadada.

—¡Vete! —le espeté—. ¡Vete, fuera de aquí!

Luego me volví hacia la pared, al otro lado de la cual mi madre dormía con una mano debajo de la barbilla, como era su costumbre. Esperaba que, a través del silencio de la noche, me oyera llorar, pidiéndole auxilio desesperada.

Por aquel entonces, yo conocía a muy pocos hombres, sus modales

y sus voces me eran, por así decirlo, casi desconocidos. En cuanto vio que me estaba convirtiendo en una joven atractiva, mi padre se apresuró a sacarme del colegio mixto en el que estaba para matricularme en un instituto femenino, cuya directora era una vieja solterona con media cara cubierta por una áspera mancha de nacimiento morada.

La conciencia que tenía de mi condición de mujer me sugirió cierto sentimiento de culpa. Me avergonzaba descubrir en mi cuerpo cualquier señal que revelase esta condición y la hiciera evidente no solo para mí, sino para todos los demás.

Cuando me cruzaba con un hombre en la escalera de casa, me sonrojaba y apretaba el paso, como queriendo esconderme. Cuando estaba sola, sin embargo, no era capaz de vencer mi curiosidad morbosa. En el tranvía, observaba con atención los ademanes de los hombres, el gesto con el que se sacaban la billetera del bolsillo o contaban el dinero, miraba sus dedos, que la nicotina amarilleaba. Si me quedaba atrapada entre una muchedumbre, acercaba el rostro a la gabardina o al capote de un oficial y aspiraba ese aroma fuerte a tabaco y a cuero, que me parecía el olor de otra raza.

A veces, mi padre anunciaba la visita de algún compañero suyo de trabajo. Le gustaba recibir a sus amigos en el comedor e insistía en ofrecerles un vaso de vino, lo cual no era del gusto de mi madre. Durante toda la tarde, la visita me inspiraba una mezcla de curiosidad y turbación. Cuando por fin sonaba el timbre, debía dominarme para no traicionar la aprensión que me provocaba la idea de presentarme ante un hombre, darle la mano y conversar con él.

Al otro lado de la mesa estaban mi padre y su amigo, y enfrente de ellos, mi madre y yo, sentadas con compostura, mirándolos con los ojos muy abiertos, como en el palco de un teatro. Teníamos muchas cosas agradables e interesantes que contar, yo habría querido hablar de algún libro que me había gustado, y mi madre, quizá, de música. Pero ellos nunca nos preguntaban.

De mí decían que había crecido y se asombraban, como si

crecer fuera una decisión, una licencia que yo me tomaba. Entonces, de pronto, mi padre decía que se estaba haciendo viejo, y el amigo contestaba «sí, sí», pero se reían, con una risa maliciosa cargada de sobrentendidos. Enseguida, con unas pocas frases, recreaban el ambiente de la oficina, y se los veía aún más campechanos.

A nosotras nos parecía imposible que disfrutaran volviendo a sumirse, una vez terminada la jornada, en los mezquinos intereses del trabajo y su triste mediocridad, cuando ya debía de ser bastante penoso dedicarles buena parte de su vida cotidiana. Comentaban si les iban a dar un día de asueto con ocasión de alguna fiesta.

—¡Tienen que dárnoslo!

—Nos lo darán —decían entre risotadas, seguros de que el Gobierno les tenía miedo.

Pero mi padre no sabía nada de política. La lectura del periódico solo le suscitaba una mezcla de ironía e irritación, sobre todo si se trataba de los sueldos de los funcionarios. Cuando les concedían un pequeño aumento o una gratificación, nos enseñaba la noticia impresa en el diario, dándonos una palmadita en el hombro y guiñándonos el ojo, casi como si fuera el resultado de una maniobra suya personal. No albergaba ningún sentimiento de solidaridad por el Estado, solo la desconfianza que provoca alguien que busca siempre engañarte y al que hay que ganar en astucia. Solía aludir a las artimañas a las que recurrían en la oficina para trabajar lo menos posible y, de vez en cuando, sus amigos y él hablaban de un superior demasiado diligente al que habían apodado *Coleta*. El simple hecho de pronunciar ese mote provocaba su hilaridad: «¿Has visto a Coleta?», decían riendo alegremente. Al parecer, en verano, por la ventanita de los retretes, se veía a las empleadas del Ministerio de Hacienda quitarse la bata negra una vez terminada su jornada. Mi padre y su amigo se acusaban mutuamente de ser asiduos del retrete a esa hora. Mamá y yo nos sonrojábamos, pero ella no se volvía hacia mí para no tener que sostenerme la mirada. Yo miraba fijamente a mi padre mientras contaba la anécdota satisfecho, y me molestaba que se rebajara así

al nivel de mis compañeros de colegio. Intentaba en vano sentir ternura por él. Consideraba que la ternura que podía sentirse por los hombres no debía nacer de la compasión. No quería sentir compasión por un hombre.

—¿Has visto que el jueves libramos? No han tenido más remedio que darnos el día.

Y luego el día libre lo aprovechaban así; ese era su descanso, su disfrute: sentarse ante un vaso de vino, esperando a que la oficina abriera de nuevo a la mañana siguiente. Pero era un día libre a costa del Estado, se la habían jugado bien, aunque el precio fuera una sucesión de horas de tedio y monotonía.

—¿Qué hora es? —preguntaba mi padre los días festivos, como quien espera un tren nocturno en la estación.

—El Estado sois vosotros —recuerdo que le dijo mamá una vez.

—¿Nosotros? —contestó mi padre irónico, fingiendo sorpresa —. ¿Nosotros? —repitió—. ¿Él y yo?

—Vosotros dos, sí, como los demás.

Se echaron a reír de nuevo, repantingándose en la silla.

—Si el Estado fuéramos nosotros, ya verías tú.

—Me bastaría con un año —dijo el amigo poniéndose muy serio de repente.

—¿Qué dices? —replicó mi padre—. Ni siquiera; un mes, ocho días a lo sumo.

Una vez hubieron convenido que les hubieran bastado veinticuatro horas para asegurar el bienestar del país, se sirvieron otro vaso de vino.

—Para empezar —dijo mi padre—, me gustaría ver a Coleta barriendo el retrete.

Yo no me atrevía a pensar que esos fueran de verdad «los hombres». En los libros había aprendido cosas muy distintas sobre ellos. Sabía que no eran así. Lo sabía con tanta seguridad que, a veces, tenía un deseo furioso de alejarme de ellos, de echarlos de casa, para que no se apagara en mí la espera de un hombre como Dévushkin, de *Pobre gente*, una lectura que, en esa época, me había fascinado y conmovido. No, no, me decía, y puede que negara con

la cabeza, no, no, porque mamá me tomaba una mano, por debajo de la mesa, y me la apretaba con fuerza.

En casa de Fulvia se hablaba con frecuencia de los hombres. Diré, incluso, que rara vez se hablaba de otra cosa. Al caer la noche, en primavera y en verano sobre todo, se reunían varias chicas en la terracita que mi amiga usaba como salón. Algunas de ellas vivían en nuestro edificio, otras eran vecinas del barrio o compañeras de colegio.

Fulvia era el centro de esas reuniones: tenía un fuerte ascendente sobre sus coetáneas, las cuales, como yo, iban allí para obedecerla. Solía tratarlas con dureza y hasta les daba órdenes: «Vete a la cocina y tráeme un vaso de agua». Otras veces, declaraba: «Ahora tengo hambre, voy a comer», y, con una falta de delicadeza que me hacía sonrojarme, mordía una fruta o una rebanada de pan con aceite, ante la ávida mirada de las demás.

Si no estaba su madre, Fulvia se atrevía incluso a fumarse dos o tres cigarrillos.

—Son del capitán —decía.

Embriagadas, abríamos las fosas nasales cuando el humo nos pasaba por delante.

—Cigarrillos finos —decía Aida—. Mi hermano fuma tabaco nacional.

—Son cigarrillos egipcios —explicaba Fulvia.

Su gusto por esos productos exóticos aumentaba nuestra fascinación por el misterioso capitán.

—Hoy está pasando revista —nos contaba a veces.

Esos días, Lydia se quedaba en casa y nos sonreía distraída, como una joven viuda. Sus pechos generosos, entre los que solía poner una flor, nos parecían henchidos de una pasión incontenible. Nos imaginábamos al capitán, relegado en el cuartel como un patriota exiliado.

Fulvia solía leernos en voz alta las cartas de Dario o alguna notita que le dejaban sus compañeros de clase entre los cuadernos. Una amiga suya llamada Rita nos dijo que hasta el profesor, un hombre de treinta años, estaba enamorado de Fulvia.

—Sí, ya, pero luego bien que me pone un seis... —replicó Fulvia.

—Pero te merecías un cero.

Nosotras nos reímos, pues sabíamos que era verdad. Maddalena, una rubia de tez rosada y delicada que estaba en su clase, sostenía que hasta su hermano se había enamorado de ella, y aseguraba que, desde entonces, se había vuelto de lo más atento con ella.

—Hasta viene a recogerme a la salida del colegio —dijo riendo.

Era obvio que le habría encantado que Fulvia fuera su novia. Se usaba entonces la palabra *ennoviarse* para referirse a los escarceos amorosos entre la gente de nuestra edad. Quizá así se habría servido de ella para que mediara hábilmente, una misión que debía de parecerle estimulante.

—Vente conmigo mañana a Villa Borghese, estará Giovanni. Luego, cuando oscurezca, os dejaré a solas en un banco.

—Ve, Fulvia, ve —la incitaban las demás.

Era como si todas estuvieran también en la penumbra del parque, esperando.

Yo la miré muy seria. Me habría gustado retenerla del brazo.

—No me gusta tu hermano —contestó Fulvia—. Me llama «señorita», el muy idiota... —solía repetir para humillarla.

Maddalena se rebelaba ante esa insinuación, casi como si el prestigio de toda la familia quedara en entredicho por la ironía de su amiga.

Un día que estábamos todas reunidas en la terraza, Fulvia le preguntó:

—Hace tiempo que no veo a tu hermano. ¿Es que ha entrado en el seminario?

Todas se echaron a reír, burlándose. Aida imitó los gestos de un cura y, mirando de reojo, hizo como que rezaba el rosario con una voz muy aguda.

Maddalena la miró con rabia contenida:

—Burlaos, burlaos. Si supierais lo que he encontrado en el cajón de mi hermano...

—¿Qué has encontrado? —preguntaron todas con curiosidad.

Pero Maddalena no respondía, solo repetía:

—Vosotras burlaos, burlaos de Giovanni.

—¿Qué has encontrado? ¿Cartas de amor de Greta Garbo? —preguntó Fulvia con desdén.

—He encontrado una fotografía de una mujer completamente desnuda que se tapa la cara con las manos. Es guapísima.

Se hizo el silencio. Las muchachas callaban, mirando asombradas a Maddalena por ser la dueña de un secreto semejante, y luego a Fulvia, a la que suponían humillada y vencida. Pero ella se puso en pie de un salto.

—¿Más guapa que yo? —dijo dejando caer la bata que llevaba puesta.

Su cuerpo desnudo se recortaba sobre el fondo gris del depósito de agua. Las chicas soltaron un gritito y se quedaron mirándola. Yo aparté los ojos de inmediato, sin distinguir siquiera las formas de su cuerpo, y me fui corriendo. Crucé la cocina y el pasillo oscuro, y ya había llegado a la puerta de casa cuando Fulvia me alcanzó.

Seguía desnuda, pero se había anudado el cinturón de la bata para taparse. Se abalanzó sobre mí y me acorraló en un rincón junto a la puerta de entrada. Veía su rostro y sus hombros como una mancha blanca.

—Me desprecias, ¿verdad? —me dijo arrimándose mucho a mí para que no pudiera escapar.

Sentí que me faltaban las fuerzas.

—Déjame —murmuré.

—Me desprecias, ¿verdad? —repitió y, acariciándome la cara, murmuró—: Tienes razón. Perdóname. Vete. Márchate, Alessandra. Vete.

Me acarició el cabello, besándome cariñosamente como a una hermana pequeña. Luego abrió la puerta y me empujó fuera.

Según volvía a la terraza, la oí decir:

—Ya se había largado, la muy estúpida.

Estuve casi un mes sin verla, aunque me habría gustado volver

enseguida a su casa y suplicarle que me concediera su perdón. La oía cantar y reír, y eso me reconcomía. Pensaba que era yo la equivocada: yo, que vivía el cuerpo como una culpa. Quería explicarle lo de la presencia de Alessandro, pero no me atrevía. Temía que se tratara de una anomalía congénita, como quien oculta en el zapato un pie torcido. Esos días, había leído en el periódico un caso de una chica que, al cumplir los veinte, había descubierto que era un hombre. Recorté el artículo y lo escondí dentro de un libro. Me parecía que yo no era una chica como las demás. Sobre todo, pensaba que la sinceridad de mis amigas era más auténtica que mi apática timidez.

Un día que estaba sentada en la galería, zurciendo unos viejos calcetines de mi padre, Fulvia me llamó:

—¡Alessandra!

Al levantar la cabeza, vi que tenía una expresión abatida.

—Sube —dijo.

Se comportó con una solidaridad muy femenina, lo ocurrido en la terraza ya estaba olvidado.

—Han detenido al hermano de Aida —me dijo en cuanto entré en su casa y, tomándome del brazo, me llevó a su habitación como si acabáramos de separarnos hacía un rato.

Aida estaba sentada en la cama, muy seria, rodeada por el resto de las amigas. Maddalena tenía una muñeca en el regazo.

—¿Qué ha hecho? —pregunté.

Todas me miraron, sin decidirse a responder. Supuse que se trataba de algo vergonzoso que ninguna quería confesar.

—¿Ha robado? —insinué bajito.

Nunca había visto al hermano de Aida, solo sabía que se llamaba Antonio y que era aprendiz de tipógrafo. Conocíamos los gustos, los defectos y el carácter de todos los hermanos de nuestras amigas. Ellas hablaban de ellos con indiferencia, pues el parentesco les impedía verles atractivo alguno; pero Antonio, que Aida nos había descrito como taciturno, esquivo y gran lector, siempre había despertado mi interés. Me disgustaba imaginar que hubiera cedido a la tentación de robar.

—No —dijo Aida.

Me miraba fijamente, como si esperara que yo adivinara el motivo sin necesidad de decírmelo. Las demás también me miraban muy serias.

Bajé la voz para preguntar:

—¿Entonces qué?

—Lo han detenido con los comunistas —contestó por fin Aida.

Me llevé la mano a la boca en un gesto de terror y me dejé caer sobre una silla al lado de Fulvia.

Ninguna sabía qué quería decir esa palabra exactamente, pero nunca nos habíamos atrevido a pronunciarla. Era ajena a nuestro vocabulario, como un término procaz y obsceno. Mirábamos todas a Aida, y yo le acaricié la mano para consolarla.

—Pero ¿cómo ha sido?

—La policía fue a la imprenta y luego vinieron a buscarlo. Estábamos los dos solos en casa. Les abrí yo misma la puerta.

—¿Tú? ¿Y qué pasó? —preguntó Fulvia.

—Pues entraron y miraron a un lado y a otro. No sé por qué, pero enseguida pensé que esa visita no podía traer nada bueno. Me di cuenta y, aun así, cuando preguntaron: «¿Antonio Sassetti?», yo dije: «Es mi hermano, está en su cuarto». Eso dije, tal cual.

—¿Y luego?

—Él estaba tumbado en la cama, como si los esperase. Yo entré primero, quería hacer algo, avisarlo, pero ellos ya estaban justo detrás de mí. Uno se puso a rebuscar entre los libros y los reunió en un montón. Mi hermano se levantó, se puso la gabardina y se fue con ellos. En la puerta, se paró a darme un beso: «Adiós, Aida —me dijo—. Dile a mamá que volveré pronto, quizá mañana». Pero saltaba a la vista que no creía lo que decía. Yo tenía un nudo en la garganta, ni siquiera pude despedirme. Me quedé escuchando su paso y el de los policías en la escalera, y luego volví a su cuarto. Todavía flotaba un olor a tabaco que me hizo estallar en llanto.

—¿Ha salido en el periódico? —preguntó Maddalena.

—No. Nada. Mi padre fue a la comisaría. Al principio, se quedaron callados, pero luego le dijeron que era un comunista.

Desde entonces, no ha venido nadie a nuestra casa. Cuando salimos o entramos, el portero nos mira con odio por la ventana del chiscón. Mi padre se ha enterado de que los detenidos son todos jóvenes como Antonio, hay también varios estudiantes.

—¿Qué hacen los comunistas? —preguntó Maddalena en voz baja.

—No lo sé —contestó Aida—, de verdad que no lo sé. No están contentos. Antonio nunca estaba contento. A veces, venían a verlo unos amigos y ellos tampoco parecían contentos, nunca estaban alegres como los demás jóvenes de su edad. Yo les abría la puerta, y era como si acabaran de darles una mala noticia. Venían a casa a leer. Nosotros creíamos que Antonio quería instruirse y dejar el oficio de tipógrafo, y que lo mismo querían sus amigos. Es extraño, pero, ahora, al echar la vista atrás, recuerdo que, cuando anochecía y yo entraba en el cuarto de mi hermano para cerrar las persianas, ellos levantaban la cabeza de los libros y me miraban con ojos tristes. ¡Ay, Dios, qué miradas más tristes tenían! Nunca me miraban como se mira a las chicas de mi edad, con ganas de bromear. Yo lo achacaba a la ventana, que era alta, y por eso entraba poca luz en el cuarto. Pero Antonio tenía esa misma mirada también de día.

De repente, sentí una admiración por Antonio que me emocionó. Aida había dicho que se le parecía, tenía el cabello negro y los ojos marrones. Yo encontraba muy noble que te detuvieran y te metieran preso por no estar contento.

—Nosotras tampoco estamos contentas —dijo Fulvia mirando la ventana tras de la cual estudiaba Dario, encerrado en su malhumor—. Nunca lo estamos, y no entiendo por qué. Es como si tuviéramos algo que nos ahoga y de lo que quisiéramos liberarnos.

Estaba de pie, apoyada en el alféizar, y miraba de reojo a la ventana de Dario, no sé si en un gesto inquisitivo o más bien desafiante. Estaba muy guapa, con su blusa modesta y su peinado sencillo.

—Pensamos que eso de lo que querríamos liberarnos son los viejos prejuicios, o la familia, o ciertos principios que han querido imponernos —prosiguió—. Pero quizá no sea eso. Quizá sea este

silencio en torno a ciertas cosas lo que nos ahoga, nos agarra de aquí...

Se llevó las manos a la garganta.

—No estamos contentas, ¿verdad que no?, y creemos que es por... —no se atrevía a decirlo— que es por...

—Por amor —sugerí yo bajito.

—Sí —dijo, e hizo una pausa—. Pero quizá no sea solo por eso. Creo que los hombres, en cambio, saben la verdad y nos la ocultan, como se les ocultan las malas noticias a los niños.

—Antonio lo sabía, creo —dijo Aida—, y por eso me miraba con melancolía.

—¿Antonio tenía novia? —me decidí al fin a preguntarle.

—No lo sé —contestó ella—. Nunca nos contaba sus cosas. Nos daba los buenos días y las buenas noches, y se pasaba el día fumando, sin hablar.

Maddalena callaba. Se había traído la muñeca por una manía que tenía de seguir pareciendo una niña a ojos de su familia y, quizá, también a los suyos propios. Era una bonita muñeca de trapo, vestida de rosa, con una sonrisa en los labios y unos ojos muy vivos, de un precioso cristal azul. Despacio, mientras hablábamos, Maddalena le había arrancado un ojo, excavando en el trapo con la uña, y ahora el ojo estaba en el suelo y nos miraba. Poco a poco, fue sacando también el otro. Le arrancó el cabello a la muñeca, despacio, con fría crueldad. Luego le aplastó la nariz con el pulgar, se lo clavó en la cara. Calva y con las órbitas vacías, parecía una calavera con las mejillas pintadas de rojo.

Luego bajó la cabeza y se echó a llorar.

—Mi muñeca —decía mirando la cara horrible del monigote —, mi muñeca...

Entonces, atraída por el llanto, apareció Lydia y la consoló, diciéndole que era mayor para esa clase de juguetes, ya no eran de su edad. Para que se le pasara la pena, le regaló un pañuelo de seda roja con flores estampadas: «Son aún unas niñas, unas niñas», le dijo a mi madre esa noche, contándole que Maddalena había llorado por una muñeca de trapo.

A veces temo extenderme demasiado en los hechos que precedieron a mi matrimonio con Francesco, pero es verdad que no se sabría nada de mí, de mi carácter y de lo que soy, si omitiera narrar cómo vivía y lo que sentía en aquel tiempo. Por oscuro y desagradable que fuera entonces, ahora de verdad me parece el de la felicidad perfecta, también porque tuve la suerte de vivir con alguien tan extraordinario como mi madre. Quizá no fuera perfecta según los cánones de la moral común, pero sus imperfecciones, sus debilidades y aquella afectuosa compasión que dictaba cada uno de sus gestos eran los rasgos que hacían de ella y de su presencia viva una auténtica leyenda poética. Mi madre estaba alejada de mí como lo están los personajes de los libros, era una de esas mujeres a las que uno querría parecerse y no lo consigue nunca del todo. Si perdiera el recuerdo de mi infancia y de ella, me faltaría todo cuanto fue importante para mí y cuanto me dio alegría, así como todo lo que mi vida tuvo de fabuloso, pues incluso hoy, en virtud de esos recuerdos, me resulta fácil enriquecer las largas horas de solitaria meditación que componen mis monótonas jornadas. Ya de niña, aprendí a ser feliz en soledad: éramos pobres, como he dicho, y los pobres están acostumbrados a distraerse con sus propios pensamientos. Nuestra pobreza y el hábito pronto adquirido de vivir siempre sola me llevaron a centrarme en mí y en mis sentimientos. Esto se convirtió, en realidad, en mi única riqueza. Debo reconocer, sin embargo, que la importancia excesiva que ha revestido siempre para mí, así como mi tendencia natural a la seriedad y a asumir mis responsabilidades, han sido, en gran parte, la causa de mi situación actual.

Yo quizá no fuera una chica como las demás. Todo en mí se transfiguraba, todo suscitaba un eco, todo se hacía mágico. Sentía un afecto inmenso por cuanto me rodeaba. Las plantas de la galería, por ejemplo, sus hojas y sus pétalos eran parte de mí hasta el punto de que me parecía alimentarlas con mi propia sangre. Por las mañanas, nada más levantarme, corría enseguida a la galería para saludarlas. No me avergüenza confesar que, si hacía frío, me arrodillaba para calentarlas con mi aliento.

En esos tiempos, sentía la felicidad como una presencia viva

que se reunía conmigo cuando me sentaba con mi madre junto a la ventana. Los domingos por la tarde, nos habíamos acostumbrado a quedarnos las dos en casa, bordando o cosiendo. Sista se sentaba detrás de nosotras, zurciendo su ropa negra. En la terraza de enfrente, también las monjas disfrutaban del descanso dominical y del aire libre: a veces jugaban al corro y, mientras sus faldas se abrían como oscuras corolas, reían con voces inocentes.

Yo cosía en silencio, absorta en un sinfín de proyectos: soñaba con ser modista y trabajar tranquila, con el regazo lleno de paños blancos, sin más horizonte que el cielo que veía abrirse, claro y ligero, sobre el patio. Las risas discretas de las monjas y el frufrú de la aguja de mi madre sobre la tela me persuadían de pertenecer a un mundo armonioso y amable. Detrás de mí, Sista rezaba el rosario en voz baja. Me sentía tan devota y piadosa que me habría gustado imitarla, pero no me parecía necesario, pues, en esos momentos, mi vida en sí era ya una oración.

Mi madre se aplicaba en su labor. Me enternecía su esbelto cuello inclinado, su perfil delicado y su fino cabello; ponía la misma dedicación en su tarea que en tocar el piano por las noches. Desde que frecuentaba la villa Pierce, algo había despertado en ella: bordaba inventando caprichosos arabescos y flores que yo nunca había visto hasta entonces.

Era el tiempo de los largos crepúsculos primaverales. El huerto del convento chorreaba pesados racimos de glicinias, cuyo perfume perlaba nuestras sienes de sudor. En la capilla, las velas se encendían tras los cristales rojos.

—Apenas se ve ya —decía mi madre—, pronto llegará papá.

En un primer momento, había protestado por nuestra decisión de quedarnos en casa los domingos, pero poco a poco se había ido acostumbrando a la libertad, hasta llegar a considerarla un derecho. Salía de casa nada más desayunar, volvía a la hora del almuerzo y, antes de sentarse a la mesa con nosotras, se encerraba en el cuarto de baño a lavarse las manos y el bigote.

Cuando Sista se alejó para preparar la cena y nos quedamos solas, mi madre me dijo en voz baja y átona:

—Tal vez te preguntes por qué me casé con él...

Nunca me había hablado de esas cosas, como tampoco la había visto nunca desnuda.

—No creo que te resulte fácil entenderlo —prosiguió—, hoy a mí también me parece absurdo, incomprensible. Pero entonces...

—No, sí que lo entiendo, lo entiendo bien... —me apresuré a contestar en tono tajante.

Mi madre calló y bajó los ojos. No se imaginaba que yo supiera ya tanto de la vida. Se quedó asombrada y un poco abatida, como cuando le confesé, años antes, que había golpeado a Magini en el colegio. Y es verdad que las razones de su matrimonio me habían suscitado muchos interrogantes, hasta que empecé a fantasear con que Enea se reunía conmigo por las noches.

Hasta entonces, me había preguntado muchas veces cómo podía mi madre compartir su intimidad con un hombre que de día se comportaba con ella como un extraño importuno. Cuando aún era pequeña, me habría gustado retenerla del brazo por las noches, cuando asomaba la cabeza por la puerta para lanzarme un beso. Por la abertura, que ella cuidaba de no agrandar demasiado, veía a mi padre quitarse los zapatos.

El espejo del armario reflejaba la cama alta y solemne, de sábanas blancas. El mueble venía de los Abruzos y, según me habían dicho, en él había muerto una hermana de mi padre. El papel de pared era gris, del color del hierro. Me daba miedo que mi madre, tan fina y luminosa, no saliera nunca más de ese cuarto tenebroso. La miraba, alargando hacia ella mis bracitos flacos. «Ven a dormir conmigo, mamá», le decía con la voz rota por el llanto. Mi madre negaba con la cabeza, rechazándome con dulzura. «No tengas miedo —me decía—, la noche se pasa deprisa, mañana estaremos juntas otra vez.»

Luego cerraba la puerta despacio, y seguía un terrible silencio que nunca rompía una sola palabra ni un suspiro. De pie sobre la cama, llevaba desesperada el oído a la pared para asegurarme de que mi madre seguía viva, pero no oía nada. Cuando ya era un poco mayor, me imaginaba que en ese silencio se acercaba a mi cama el paso de Enea.

—Sí, lo entiendo —dije interrumpiéndola bruscamente,

mientras ella trataba de explicarme las razones de su matrimonio.

Según mi padre, el suyo había sido un noviazgo breve: mi madre era muy joven, acababa de cumplir los diecisiete.

—Los domingos íbamos en barca por el río, ¿te acuerdas, Eleonora?

Decía esa frase abombando el pecho y reclinándose un poco en la silla. Parecía jactarse de esos paseos como de acciones heroicas, gloriosas.

—¿Te acuerdas?

Insistía, buscándola con la mirada, obligándola a volverse hacia él para decir: «Sí, sí, me acuerdo». Luego se ponía a bromear, contando que mi madre se sentaba en la otra punta de la barca para estar lejos de él. La describía asustada y pálida, temerosa de que se le volara el sombrero.

—Estaba pálida como un muerto —decía riendo.

Disfrutaba chinchándola, aludiendo a su timidez:

—Intentaba rehuirme, ¿sabes, Alessandra?, se hacía la estirada, diciendo: «No, el domingo no puedo ir contigo, estoy ocupada». Pero sí que venía, no tenía ni que insistirle: venía siempre. ¿Verdad, Eleonora?

Yo corría a abrazar a mi madre, con los ojos llenos de lágrimas.

—Desembarcábamos en la orilla y merendábamos en el prado. ¿Te acuerdas del prado?

La interrogaba sin cesar, para arrebatarle los pensamientos, para obligarla a recordar ciertos detalles.

—Sí —decía ella—, me acuerdo de todo.

—Cuando volvíamos al atardecer, tu madre había tomado muy buen color, ¿verdad, Eleonora, verdad?

Si ella no contestaba, repetía con insistencia:

—¿Verdad que habías tomado muy buen color?

La interrogaba sin apartar la mirada de ella; sus ojos brillantes la recorrían de arriba abajo, y ella respondía por fin, casi sin respiración, como después de una larga carrera:

—Sí, claro, por el aire y el sol.

Ante esa respuesta, él reía y reía. Mi madre le suplicaba con

los ojos que se callara, para que yo no me enterara. Pero era en vano, yo me enteraba perfectamente, y deseaba no tener que caer en una trampa semejante a la que le había robado a mi madre su cándida juventud.

Hacía ya casi un año que mi madre frecuentaba la villa Pierce, y las tardes que pasaba con Arletta, las noticias que ella le daba de Hervey, si las hortensias o las acacias habían florecido, en una palabra, todo lo que ocurría allí se había convertido en nuestra única distracción. Puedo decir «nuestra», pues, cuando volvía a casa, mi madre me lo contaba todo con tal precisión que me parecía haber estado presente. Esos relatos, adornados además por el encanto de su voz y la elegancia de sus gestos, me entusiasmaban de tal manera que, al atardecer, cuando se acercaba la hora en que solía volver, me embargaba una impaciencia incontenible. Si se retrasaba, me sentía como si mi madre me negara algo que me era debido, un derecho.

—¿Y bien? —le preguntaba en cuanto entraba en casa. Era como leer una bonita novela por entregas.

Parecía de verdad imposible que esa vida existiera realmente. De hecho, mi madre se confundía a veces entre lo que le contaba Arletta de su hermano y lo que ella luego me contaba a mí por la noche.

—No, quizá no fuera así —decía pasándose la mano por la frente y buscando en la memoria un punto de referencia.

Estaba tan nerviosa que aguardaba el regreso próximo de Hervey como un atropello, una amenaza:

—Si regresa, ¡no volveré a pisar esa casa! ¡De ninguna manera! —exclamaba.

Arletta le había regalado las partituras para piano de sus piezas preferidas y le había rogado que las interpretara. Mientras mi madre tocaba, ella contemplaba sus manos moviéndose sobre las teclas.

—Me encantaría saber tocar como usted —le decía, con tanta envidia contenida que casi le daba miedo—. Podría tocar para mi hermano —proseguía Arletta—, quedarme con él en esta sala horas

y horas. Pero no podré hacerlo; usted sí, en cambio —le decía con una mirada ávida que le iluminaba el rostro rollizo y afable—. Podrá acompañarlo mientras toca el violín. Hervey estará aquí de pie, a su lado. Vamos a probar —decía retirando un atril—: aquí mismo.

Alrededor del atril, el aire se apartaba, formando un vacío angustioso. Mi madre trataba de sonreír y contestaba en tono de broma:

—Bueno, ya basta.

—Probemos —insistía Arletta, sin embargo.

Le preguntaba por qué vestía siempre de negro.

—Me gustaría... —empezaba diciendo.

Luego se le acercaba y le tocaba los hombros de la chaqueta:

—Si no fuera tan alta, le prestaría encantada uno de mis vestidos.

Mientras mi madre me contaba todo eso, podía leerle el rostro como un libro abierto. Estábamos en su cuarto, ella tumbada en la cama, con la ventana abierta porque ya casi era primavera. En el patio se oía la áspera voz de una mujer riñendo a un niño que lloraba, las persianas se cerraron con un ruido enojado. Se oía el aceite chisporrotear en la sartén, y la habitación se iba llenando de un tufo a cebolla. Pudorosa, yo me levantaba a cerrar la ventana y, con ese gesto, abrazaba el patio entero. Era como si nosotras fuéramos personas vivas, y las de la villa Pierce, ángeles inalcanzables. Por eso, de no ser por la mezcla de espanto y maravilla que animaba su mirada, habría creído que mi madre soñaba la noche en que, al volver a casa, me dijo en voz baja:

—He conocido a Hervey.

Desde ese día, sin embargo, todo cambió para nosotros. O quizá todo había cambiado ya desde la primera vez que ella bajó corriendo la escalera y el gran automóvil se la llevó.

Igual debería haberme sentido abatida o haberla juzgado con severidad, pero, en lugar de eso, recuerdo muy bien que me embargaba una agradable sensación de paz: estaba contenta. Pero no le dije «¿Y bien?» como las otras tardes, urgiéndola a que me lo contara todo, pues sentía que habría sido poco delicado por mi

parte. A partir de ese día, también yo me quedaría fuera de la sala de música, fuera de la verja, como todo cuanto pertenecía al patio de nuestra casa. Pero eso no me hacía sufrir. Era como si hubiera ocurrido hacía ya tiempo, me asombró no haberme dado cuenta hasta entonces de la expresión de temor que había en sus ojos. Me preguntó si había vuelto ya mi padre y, al decirle que no, exhaló un suspiro de alivio. Se dirigió a su habitación, y yo intuí que no me pediría que me reuniera con ella, como cada tarde. Tenía razón. Me quedé un momento en el pasillo vacío y luego entré en la cocina y me dejé caer sobre una silla. Sista me observó un instante.

—Ha conocido al hermano de Arletta, ¿verdad? —me preguntó.

Yo asentí con la cabeza.

Sin embargo, durante varias semanas, mi madre no volvió a nombrar a Hervey. Se había vuelto extrañamente taciturna y distraída. En la mesa, si mi padre le dirigía la palabra, yo tenía que apretarle suavemente la mano para llamar su atención. Subía a menudo a casa de las Celanti para llamar por teléfono y aplazar algunas clases, reuniéndolas casi todas en las mañanas. La oía levantarse muy temprano, cuando aún era de noche, y hablar con Sista en voz baja, tratando de recuperar en esas horas el tiempo que pasaba en la villa Pierce.

Iba allí todas las tardes. Antes de marcharse, se asomaba al comedor, donde mi padre escuchaba la radio:

—Bueno, me voy ya —le decía.

A veces daba media vuelta de repente y lo abrazaba como si partiera para un largo viaje. Por las tardes, cuando volvía a casa, se sentaba a mi lado junto a la ventana. Ya nunca me contaba nada, pero ese silencio suyo era el primer relato de la villa Pierce que me parecía verdadero.

Cuando caía la tarde, se veía a las monjas concederse unos minutos de recreo para pasear en la terraza. Entre el frufrú de sus hábitos, se las veía muy unidas, de dos en dos o en pequeños grupos. A veces, si eran jóvenes, se perseguían con gestos púdicos y vergonzosos, y eran tan femeninas y guapas que parecía que se

hubieran puesto ese hábito severo solo por juego. Sin duda era la primavera lo que las transformaba así. En efecto, la estación nacía por todas partes con insolencia: en la pared del convento, las hojas nuevas de la glicinia habían pasado de un color apagado a un verde audaz y vivo en pocos días. Entre las viejas piedras asomaban matas de hierba como penachos caprichosos y alocados. Todo tomaba parte en el amor de mi madre, me parecía incluso que la estación se renovara solo para ella.

En el velo delicado del cielo, no tardaba en aparecer el oro de las primeras estrellas. Los árboles se tornaban grises y luego negros, envueltos en las sombras de la noche.

—Ven aquí —me decía mi madre invitándome a sentarme en su sillón.

Mi padre nos sacaba de la oscuridad girando de repente el interruptor.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

La cena estaba preparada, y la casa, ordenada. Resultaba casi palpable su disgusto por no encontrar motivo para regañarnos.

—Estáis locas —decía entre dientes, golpeándose la frente con la punta del índice—. Locas.

Nos observaba largamente, tratando de descubrir las causas de nuestra naturaleza, tan distinta a la de las demás mujeres.

—Estáis pálidas —comentaba.

Luego se volvía hacia mi madre y le decía:

—Pareces enferma.

En efecto, el color rosa que siempre adornaba sus pómulos pronunciados y angulosos había desaparecido: su piel se había vuelto blanca como el trigo que crece en la penumbra de los sótanos.

—Eleonora, te estás volviendo fea —le dijo un día mi padre.

Estábamos todavía sentados a la mesa. Mi padre tomaba solo un café y rara vez encendía un cigarrillo: como no era fumador, lo sostenía con un ademán pretencioso, entre los dedos índice y corazón. Fruncía los labios cuando se lo acercaba a la boca y exhalaba largas y densas caladas.

Ella levantó los ojos, mirándolo con una mezcla de maldad e

ironía, como esperando quizá a que él dijera: «Era una broma».

—Estás fea —repitió él, sin embargo—. Te lo advierto: de un tiempo a esta parte te has vuelto fea.

Mi madre lo miró un momento más y luego se echó a reír. Nunca la había visto reír así, inclinando la cabeza hacia atrás sobre el respaldo de la silla. No era vanidosa, ya he dicho que empleaba poco tiempo en vestirse y se plantaba un sombrero en la cabeza sin mirarse siquiera al espejo. Por eso me sorprendió esa risa segura y la manera en que irguió el busto.

Se levantó de pronto y, rauda, rodeó la mesa. Desapareció en el salón oscuro, y al poco la oímos ponerse a tocar con ganas. Era una pieza pastoral que evocaba las verdes praderas y la libertad matutina. Fue adquiriendo paulatinamente una intensidad diabólica, desenfrenándose en vivos arpegios y estallando en notas alegres y argentinas. Ella le imprimía un toque arrogante, era como si siguiera riéndose, inclinando la cabeza hacia atrás, como había hecho un momento antes en la mesa. Me habría gustado correr hacia ella y decirle «mamá, mamá» para que parase, pues me parecía que había perdido el control y que, sin darse cuenta, estaba sacando a la luz sus sentimientos más secretos. Pero la mirada de mi padre me ataba a la silla.

Cuando acabó, volvió al comedor, se apoyó en la mesa y se inclinó hacia nosotros con una sonrisa triunfante. Tenía las mejillas encendidas.

—¿Sabéis qué es? —dijo aludiendo a la pieza que había tocado. Y, sin esperar nuestra respuesta, añadió—: *Murmullos de primavera*, de Sinding —dijo—. No parece gran cosa, ¿verdad? Sin embargo, es como correr por un prado al despuntar el alba.

Feliz, se puso a dar vueltas bailando alrededor de la mesa, tarareando la melodía.

—Din, dan, dadán, dan, dadanda —cantaba con su voz cristalina—. Din, dan, dadán, dan...

Sentía como si bajo sus pies nacieran briznas de hierba y jacintos, como si surgieran manantiales y alegres fuentes, «din, dan, dadán»; tal vez se abriría la ventana de par en par y ella saldría volando como una golondrina. Sista la miraba, inmóvil, con

las manos cruzadas sobre el regazo. Mi padre estaba serio. Yo la adoraba, le habría besado el borde del vestido. «Din, dan, dadán.»

De pronto, se detuvo, sin aliento, y apoyó la espalda en el aparador.

—La tocaré en un gran concierto que voy a dar en la villa Pierce dentro de unos días —dijo—. Estáis todos invitados.

Mi madre siempre había soñado con dar un concierto. Mi padre replicaba que costaba mucho dinero y que no conocíamos a nadie que pudiera comprar las entradas. Sin escucharlo, ella seguía hablando de la música que le gustaría tocar y del éxito clamoroso que obtendría. Se acaloraba en esas descripciones y recorría la habitación de un extremo a otro animadamente, tratando de disipar las objeciones de su marido y expresando el anhelo de que nuestra situación mejorase. Quizá supiera que eso no ocurriría, pero solo pedía un consenso, una esperanza que le permitiera cultivar esos sueños. ¿Verdad?, le preguntaba con una sonrisa. Pero él negaba con la cabeza, diciendo que no veía de qué manera iba a poder celebrarse ese concierto.

Yo le dirigía a mi padre una mirada tan cargada de rencor que esperaba que pudiera herirlo. No, no, decía él con la cabeza, y todos los sueños de mi madre se desvanecían.

Pero, ahora, quizá porque el invierno había terminado, parecía que, con él, concluía también ese periodo triste y oscuro de su vida. Como todos los niños, nunca había considerado vieja a mi madre, y es que, además, por aquel entonces apenas contaba treinta y nueve años. Desde que había conocido a Hervey, parecía más joven todavía. Cuando salíamos juntas, la gente se volvía a mirarla, y eso que vestía con modestia y no lucía nada extravagante ni vistoso. Pero pocas mujeres tenían tanta gracia como ella, tanta armonía intrínseca. Ella me llevaba del brazo, como lleva un árbol sus ramas. Vacilaba antes de cruzar una calle, como si temiera ser atropellada. Pero yo sabía que, en realidad, no veía nada: los carros, los automóviles y las bicicletas pasaban delante de ella como un río.

En casa la sorprendía igual de distraída: se quedaba parada

delante de un armario o de un cajón que había abierto sin recordar para qué. Otras veces se entretenía junto a mi ventana, sentada en un sillón, mirando al exterior con la cabeza ligeramente ladeada. ¡Dios mío, qué joven era mi madre en esos momentos! Veía que el contorno de sus mejillas conservaba una frescura infantil, y todos sus gestos parecían aún puros y castos, como si no fuera una mujer casada, como si nunca hubiera conocido el deseo de un hombre y yo no hubiera nacido de ella. Su amor por Hervey, que otros tal vez podrían haber juzgado culpable, la encerraba a mis ojos bajo un mágico velo de inocencia que una palabra, una risa o un gesto podían manchar. Yo sé que, en esos momentos, mi madre se sentía muy cerca de Dios y también de sus preceptos, que nos exhortan a ser buenos, puros y honestos. Era tan delgada que su vestido parecía cubrir solo una bocanada de aire. Sí, mi madre enamorada era lo más delicado que yo hubiera visto jamás. «Vámonos», le susurraba a Sista, y la dejábamos sola junto a la ventana.

Nos sentábamos en la cocina en silencio. Yo contenía casi la respiración para que, en el silencio de la casa, mi madre se sintiera custodiada y protegida como en una concha. Me enfrascaba en mi labor de costura, y me pinchaba los dedos con la aguja para castigarme, para rebajarme. No estaba contenta: temía que la despreciable curiosidad que Enea había despertado en mí me impidiera parecerme a mi madre. Entonces solía pensar en Antonio, el hermano de Aida. Él tampoco estaba contento, había dicho ella, pero, en lugar de ceder a las causas de su descontento, se había dejado encarcelar. Le envidiaba esa posibilidad de mostrarse fuerte, aunque le generase una profunda melancolía. Él podría haberme defendido, liberándome de Enea. Y, aunque no lo había visto nunca, me prometía a él, me proponía esperarlo meses, años; me decía: «soy su novia». Quería hallar consuelo en esa idea, indiferente a la compasión llena de amor que velaba sus ojos desconocidos. Nos casaríamos, me imaginaba, iría a buscarlo a la salida de prisión. En mi fantasía, se trataba de otra ciudad, otra cárcel; yo era adulta, vestía una vieja gabardina y esperaba muy seria largo rato, apoyada en el poste de una verja. Por fin, Antonio bajaba, y yo lo veía por primera vez, aunque su aspecto ya me era

familiar: tenía el rostro demacrado bajo el cabello negro, la barbilla huesuda y los ojos hundidos. Llevaba un paquete en la mano, y yo me ofrecía enseguida a llevárselo, pero él no quería. Echábamos a andar en silencio, con ese bulto entre los dos. Teníamos aspecto de pobres. Para mí esa era mi primera cita de amor, y recordaba el paso ligero y vibrante que tenía mi madre cuando conoció a Hervey. Yo, en cambio, caminaba con esfuerzo junto a Antonio, entorpecido por el gran bulto con el que cargaba, y esperaba en vano llegar a un jardín, a una bonita avenida, a un poco de verde. Caminábamos bordeando la pared de una fábrica, una pared ennegrecida por el humo. Eran los arrabales de una gran ciudad, con un cielo gris abarrotado de chimeneas y, al fondo, el mar; un mar plano, de plomo, al final de una playa oscura. «Antonio», lo llamaba, y me habría gustado decirle palabras cariñosas, sonriente, y resplandecer en medio de toda esa desolación. Pero, cuando él volvía hacia mí sus ojos melancólicos y yo le pedía: «Deja que te lleve el paquete», él negaba con la cabeza y seguíamos caminando en silencio.

Yo albergaba entonces dos secretos: los bajos impulsos que me sugería Alessandro y el deseo de rebelarme contra la vileza, como había hecho Antonio. Esos sentimientos se enfrentaban dentro de mí, haciéndome menos sociable todavía. Miraba por la ventana a la gente que pasaba por la calle y trataba de adivinar el nombre de su secreto. Quizá todos albergaban una lucha inconfesable, una tara vergonzosa. Mi madre, en cambio, lucía a Hervey orgullosamente en sus andares y en la voz arrogante del piano.

Con ocasión de ese concierto, mi madre mandó hacer para mí un vestido nuevo de tafetán con cuadritos blancos y negros. Muy contenta con mi traje, le pregunté:

—¿Y el tuyo de qué color va a ser, mamá?

Ella se volvió hacia mí, perpleja por un instante, y luego me contestó:

—Yo me pondré uno de los de siempre, Alessandra.

Más tarde, sin embargo, la sorprendí delante del armario

abierto, tocando los vestidos uno a uno. Eran todos de colores neutros, avena o gris; dos o tres eran de seda salvaje, con un triste cuello de encaje blanco: vestidos de anciana. Turbándose al verse sorprendida, pareció pedirme consejo con la mirada. Los vestidos colgaban sin gracia de las perchas.

—Parecen mujeres muertas, mamá... —le dije bajito.

Nos abrazamos, estremecidas. Entonces, en un arranque, ella se alejó de mí, fue hasta la cómoda y sacó una gran caja que yo no había visto nunca. Estaba atada con unos cordeles muy viejos, que mamá rompió de un tirón. Cuando levantó la tapa, aparecieron velos rosados y azules, plumas y cintas de raso. No me imaginaba que poseyera tamaño tesoro, por eso la miré atónita, y ella volvió los ojos al retrato de su madre. Comprendí que se trataba de los velos de Julieta o de Ofelia, y toqué las sedas con devoción.

—¿Cómo podríamos renovar los vestidos? —me preguntó cavilosa.

Éramos del todo ignorantes de los dictados de la moda, ante esos metros de tul nos sentimos perdidas.

—Tenemos que preguntarle a alguien, mamá.

Ella entonces devolvió a su sitio los velos y las sedas, me tomó de la mano y, apretando la caja bajo el brazo, se dirigió a la puerta de casa. Allí nos encontramos con Sista, que volvía del mercado.

—Sista, voy a tener un vestido nuevo —le dijo mamá acariciándole los hombros al pasar.

—Un vestido con los velos de Desdémona y de Julieta —añadí con un tono pretencioso.

Cerramos rápidamente la puerta ante su mirada atónita, subimos la escalera y llamamos al timbre de las Celanti. Yo golpeaba alegremente la puerta para que se dieran prisa en abrir.

Acudió Fulvia, con su bata de percal.

—¡Tenemos que hacerle a mi madre un vestido con los velos de Ofelia!... —exclamé abrazándola.

Lydia venía hacia nosotras, agitando las manos abiertas para que se le secara el esmalte de uñas. Entraron en el juego de inmediato, sin preguntarnos nada.

—Vamos a mi cuarto, que allí está el espejo.

Aunque era ya casi mediodía, la habitación seguía a oscuras y en desorden. En la mesilla de noche, junto a la cama deshecha, brillaba una lamparita. Sobre las sillas se amontonaban medias y prendas íntimas, y los zapatos yacían a un lado y a otro de la alfombra. Un denso olor a cerrado se mezclaba con el perfume empalagoso del esmalte de uñas.

—¿Se puede? —preguntó mi madre sin atreverse a entrar.

—Entra, entra —dijo Lydia empujándola de los hombros, sin preocuparse de hacer la cama ni de recoger la ropa interior. Abrió la ventana de par en par y, con la luz soleada de la mañana, el desorden de la habitación se vio aún más crudo.

Entonces abrió la caja, con alegres exclamaciones de entusiasmo. Yo reía con una excitación infantil y abrazaba a mi madre, que sonreía aturdida. Mientras tanto, Fulvia se había quitado la bata y se envolvió en un trozo de seda, adaptándolo hábilmente en forma de vestido. Lydia se cubrió la cabeza con un velo, a la manera de las indias.

Divertida, mi madre asistía a sus fantasías, y luego preguntó tímidamente:

—¿Creéis que de estas telas se podría sacar un vestido para mí?

—¿Un vestido de noche? —quiso saber Fulvia.

—Oh, no, un vestido..., ¿cómo decirte? Me gustaría ponérmelo el día del concierto.

—Veamos —dijo Lydia—. Desnúdate.

Mi madre vaciló un instante. Se llevó las manos al cuello, donde empezaba la larga hilera de botones que cerraba su vestido. En todos esos años, nunca la había visto desnuda. Nunca la había visto andar por casa en camisón, ni siquiera en el calor sofocante de agosto, como hacían las otras mujeres del edificio.

—Desnúdate —repetía Lydia—. ¿Es que te da vergüenza que te veamos? Estamos entre mujeres, ¿no? —dijo, y Fulvia se rio.

Una y otra blandían su tela preferida.

—Vamos, Eleonora, vamos —insistían.

Mi madre empezó a desnudarse, desvelando una piel finísima

y blanca, unos brazos delgados y elegantes. A la altura del pecho, apenas se le formaba un ligero relieve en la tela de la combinación.

—Pareces una muchacha —dijo Lydia.

—Una novia —añadió Fulvia—. Vistamos a la novia.

Yo las jaleaba. Mi madre se sonrojó. Felices de ajetrearse a su alrededor, violentando casi su elegancia y su pudor, Lydia y Fulvia la envolvieron en una seda azul que le dejaba los brazos al aire y se cruzaba en el pecho.

—Esta, sin duda —sentenció Fulvia.

—Hay que pensarlo bien. Sal un momento y vuelve a entrar —dijo Lydia.

—¿Cómo? —titubeó mi madre.

—Sí, entra por la puerta, que te veamos.

Mi madre salió. Por un momento, el vano de la puerta quedó vacío. Oía los latidos de mi corazón como golpes secos. Temía que no volviera, que nos dejara con el recuerdo del vestido azul. Estaba a punto de llamarla, asustada, cuando vi su mano apartar la cortina de terciopelo desteñido, y entró, ligera, con una sonrisa tímida en los labios. Estaba guapísima.

Fulvia y yo aplaudimos entusiasmadas.

—¡Este, este! —gritamos.

Lydia aplaudía también, pero, de repente, nos pidió silencio con un gesto y dijo muy seria:

—Un momento. ¿Estás segura de que le gusta el azul?

Asombradas, Fulvia y yo nos sumimos en un silencio preñado de incertidumbre y aprensión. Mi madre vaciló antes de responder:

—No lo sé.

—Igual te ha comentado algo alguna vez de uno de tus vestidos...

—Nunca hemos hablado de mis vestidos y, además, yo no tengo ninguno de colores.

—Pues eso es muy importante. El capitán, por ejemplo, no soporta el verde. Todos los hombres tienen un color que los molesta, que los irrita. Mariani, ¿sabes quién te digo?, la del primero, me decía que él nunca la deja vestirse de rojo.

Mi madre se había sentado, contemplando la hermosa tela

azul que tenía en el regazo.

—No lo sé —repetía—, de verdad que no lo sé.

No estaba cómoda con esas cuestiones, se sentía perdida.

—¿Te has fijado en si suele llevar corbatas azules?

—Casi nunca lo veo con corbata. Suele llevar una camisa blanca abierta en el pecho, con las mangas remangadas hasta los codos.

Había apoyado la cabeza en la pared, con la mirada vuelta hacia la ventana, por la que, más allá de las azoteas desiertas de nuestro barrio, se veía la vegetación del Pincio. Hablaba en voz baja, con las manos en el regazo, entre la tela, y nosotras la escuchábamos atentas, como cuando mi hermano nos hablaba por boca de Ottavia.

—Las cortinas de su despacho son blancas. El sofá también es claro, de color crudo. Es una habitación grande, y él se pasa todo el tiempo allí, como los gitanos en sus carromatos. En las paredes hay grandes estanterías llenas de libros y cuadros con imágenes de conchas, unas conchas extraordinarias, del mar Caribe, pintadas por un artista mexicano. Me ha contado que se sumerge en el agua para pescar. Deslumbra a los peces con una luz, y estos, aturdidos, acuden y chocan con sus gafas. También hay fotografías de gacelas, gamuzas y pumas, así como de árboles, enmarcadas como retratos de amigos.

Hizo una pausa antes de proseguir:

—No. No puedo ni imaginar qué color prefiere. Igual ni se fijaría en el color de un vestido. No creo que le importen mucho los vestidos. Pero...

—¿Pero?

—Cada vez que llego, y él me mira, me gustaría ser tan guapa como las mujeres de los retratos.

Se levantó y corrió a abrazar a Lydia, a Fulvia y luego a mí; luego se acercó de un salto al espejo y se observó un momento.

—Ponedme guapa —dijo llevándose las manos al corazón—. Ponedme guapa.

Quisiera dejar bien clara la inocencia total, el candor auténtico con

el que mi madre hablaba de Hervey.

Por aquel entonces, aún no habían pronunciado una sola palabra de amor que pudiera arrojar una luz culpable sobre su relación. Yo misma, con mis preguntas continuas, reforzaba su convicción de no estar haciendo nada malo, pues esa amistad podía entenderla hasta una jovencita de mi edad, que además era su hija.

Cuando me hablaba de sus encuentros, era como si me recitara una poesía, y por eso yo intuía que el suyo era amor de verdad; el amor como yo siempre había imaginado que debía ser: vibrante, fabuloso, mágico y, pese a todo, inexorable en su terrible majestuosidad. En efecto, con su aparición, la vida de mi madre había cambiado, y ella se había vuelto más inteligente, incluso, como si, hasta entonces, todo se le hubiera mostrado oculto tras un velo. Por las tardes, cuando volvía de la villa Pierce, me contaba los paseos por el parque y las horas transcurridas en la sala de música. Hervey tocaba el violín y mi madre lo acompañaba al piano.

—¿Y Arletta? —le preguntaba yo a veces.

Mi madre evitaba responderme. Un día, me dijo que Arletta se había marchado, acompañada de un ama de llaves, a pasar una temporada en Inglaterra, en casa de su hermana mayor.

—Cuando entro en la sala de música, pienso siempre que va a salir a mi encuentro, con su vestido blanco —me dijo un día mi madre, ocultándose el rostro entre las manos.

Yo le acaricié el cabello, animándola con dulzura a no sentir remordimientos si, un día, tampoco recordaba de mí nada más que mi rostro, enmarcado en mi ventana preferida.

Estos relatos, que muestran claramente que Hervey ocupaba por completo el pensamiento de mi madre y era lo más valioso de su vida, podrían parecer crueles a mi respecto, si no pensáramos que ella nunca había estado enamorada antes. No habiendo tenido la vida propia de una muchacha, de una mujer, era comprensible que no pudiera contentarse solo con ser madre.

Yo podría, tal vez, reprocharle el haberme sumido siempre en un clima de exaltación que me había hecho rendir culto al mito del

gran amor, lo cual, aun sin ella quererlo, me había reducido a mi dolorosa condición actual. Podría reprochárselo, quizá, si no hubiese expiado ella misma primero la culpa de la ambición de sus propósitos. Y si ahora me veo obligada a escribir estas cosas de ella y a recordar los momentos más íntimos y dramáticos de nuestra vida en común, desde luego no es con ánimo de acusarla de haberme hecho como soy, sino para explicar a otros algunos de mis actos que, de otro modo, solo entendería yo.

Mi situación actual me permite examinarme sin pudor y suscribir actos y pensamientos que, en otros momentos, tal vez habría evitado confesarle a un hombre. Creo, por ello, que ningún hombre debería sentirse en el derecho de juzgar a una mujer sin saber que las mujeres estamos hechas de otra pasta que los hombres. No me parece justo, por ejemplo, que un tribunal compuesto exclusivamente por hombres decida si una mujer es culpable o no. Si existe una moral común, válida tanto para hombres como mujeres, a la que es costumbre atenerse, ¿cómo podrá un hombre comprender jamás verdaderamente las razones sutiles que mueven a una mujer al entusiasmo o a la desesperación y que le son inherentes desde su nacimiento?

Un hombre quizá no pueda comprender cómo, en el gran edificio en el que vivíamos, todo giraba alrededor del amor, ni siquiera los hombres que vivían con nosotras se daban cuenta. Creían que, para sus esposas, el amor había sido solo un cuento de hadas pasajero, una ligera exaltación necesaria para hacerse con el derecho de mandar en una casa, de tener hijos y dedicar después toda su vida a las cuestiones de la compra y la cocina. Sí, sin duda ellos pensaban que el olor de los alimentos, el peso de la bolsa de la compra en el brazo, las largas horas dedicadas a zurcir con paciencia y a ayudar en los deberes a los niños podían sustituir la historia de amor que había originado esa vida en común. Conocían tan poco a las mujeres como para creer que ese pudiera ser de verdad el designio y el ideal de su vida. «Es una mujer frígida —confiaban a los amigos, suspirando—: solo se ocupa de la casa y de los hijos.» Y, con estas fáciles conclusiones, se negaban a dar importancia a un problema cuya responsabilidad no querían

admitir. Les habría bastado, sin embargo, escuchar lo que se decían las mujeres cuando estaban entre ellas y que callaban en cuanto aparecían los hombres, como los niños cuando se acercan sus padres; o fijarse en los libros sobre las mesillas de noche de las habitaciones, compartidas en muchos casos con los hijos pequeños; o darse cuenta de cómo abrían ellas la ventana después de cenar, exhalando un pequeño suspiro. «Están cansadas», decían, sin indagar nunca en los motivos de dicho cansancio. Si acaso, como mucho, pensaban: «Son mujeres», pero ninguno se preguntaba qué representaba eso exactamente. Y ninguno intuía que cada gesto, cada renuncia abnegada, cada heroísmo femenino respondía a un deseo secreto de amor.

A nuestros ojos, al enamorarse, mi madre adquirió un prestigio extraordinario. Aunque ella no se codeara con nadie, salvo Lydia y Fulvia Celanti, la curiosidad que suscitaba el gran automóvil americano, así como alguna que otra indiscreción de nuestras amigas o de la médium habían puesto al corriente a las vecinas de su historia de amor. Muchas veces, alguna de ellas me llamaba al pasar, me hacía algún cumplido y aprovechaba para hacerme alguna pregunta inocente sobre mi madre. Yo me alegraba de ese nuevo cariño que nos prodigaban.

Además, esa primavera de 1939 era radiante, o, al menos, así me lo parecía por mi estado de ánimo. Desde luego, que yo recuerde, nunca más fue el cielo tan azul, ni tan templado el aire. Debo reconocer, sin embargo, que al dulce revuelo de la primavera se añadía la turbación que me suscitaba la romántica imagen de Hervey. Este había puesto patas arriba no solo la vida de mi madre, sino, de rebote, también la mía y la de las Celanti. Por su causa, Fulvia y yo nos habíamos vuelto irónicas y despreciativas con los amigos de nuestra edad, y su conversación ya no nos procuraba el mismo placer que antes. Tampoco era ajeno a ciertas desavenencias que surgieron, por aquella época, entre Lydia y el capitán. Una vez, entrando en una lechería de la calle Fabio Massimo, los vi sentados en silencio ante unos vasos vacíos manchados de nata.

Y eso que ninguno había visto, ni de lejos siquiera, la villa de

los Pierce; yo misma no sabía decir dónde se encontraba exactamente, pero, al hablar de ella, la adornaba con detalles singulares. Hablaba de los pavos reales y de los galgos blancos. Había leído que, en los países de las Indias Occidentales, hay orquídeas silvestres que nacen de los árboles, y les atribuía esos espléndidos parásitos a los grandes robles de la villa Pierce. Llegaba incluso a describir un pequeño estanque que sobrevolaban plácidamente cisnes negros, en el que mi madre y Hervey paseaban en góndola. No sé si Fulvia me creía siempre, pero le gustaba escucharme. «Cuéntame más», me decía.

Y, al hablar de Hervey, en el fondo, yo no hacía sino hablar de mí misma. Le atribuía mis propios deseos e impulsos, en mi relato le prestaba el lenguaje de mis monólogos junto a la ventana. Tanto es así, que me parecía que era yo quien acompañaba a mi madre en sus románticos paseos, era yo quien se sentaba a su lado al piano. Y, si ella bajaba saltando las escaleras, era para reunirse conmigo.

Después nos quedábamos un rato calladas. A veces, Fulvia trataba de recuperar su aplomo con una risita nerviosa y burlona. Íbamos juntas por la calle cogidas del brazo, desoladas, en las largas tardes de verano, cuando una mísera quietud se apoderaba del barrio. Mi madre nos exhortaba con insistencia a no cruzar el puente que nos separaba del resto de la ciudad. Era para ella como una tierna obsesión, como si con eso pudiera impedir que me hiciera mayor. Fulvia me incitaba a incumplir mi promesa, sugiriéndome que mintiera luego al volver a casa.

—No —contestaba yo—, no me gusta recurrir a engaños.

Ella se asombraba de mi repugnancia a las mentiras y la confundía con cobardía.

—Pero si tu madre no se va a enterar —me decía para tranquilizarme.

—No es por ella —le expliqué una vez—, es por mí. Tú me crees muy buena, pero no es cierto. A mí me tienta el diablo, todo el día.

—¿Crees en el diablo? —me preguntó ella con ironía.

—Sí, creo que el diablo es esta acumulación de tentaciones,

de trampas, que nos tendemos a nosotras mismas continuamente. Hay días en que ya no lo soporto más, apenas puedo oponer resistencia. Si también aprendiera a mentir, estaría perdida.

—¿Qué es lo que te tienta?

Callé un momento. Estábamos sentadas en un parque cerca del castillo de Sant'Angelo, como dos soldados de permiso. La gente pasaba delante de nosotras y los niños correteaban.

Bajé la mirada para confesar:

—Todo.

Fulvia se volvió a mirarme, sorprendida por mi confidencia. Luego dejó vagar la mirada en el vacío y, pensativa de pronto, dijo:

—Qué difícil es todo, ¿verdad? Yo siento que, fácilmente, podría llegar a ser santa, o, con la misma facilidad, podría ser una de esas mujeres a las que pagan los hombres. Quizá no puedas entenderme y dejes de apreciarme.

—No, al contrario, te entiendo muy bien —contesté en voz baja y, tras una pausa, añadí—: A mí solo me ayuda una cosa, aparte de mi dificultad para mentir: cuando se me acercan demasiado, los hombres me dan un poco de asco. El otro día, en casa de Maddalena, cuando vinieron los chicos y bailamos, creísteis que me quedé al margen porque no sé bailar bien. Pero, en realidad, era porque no soporto el tacto de la mano de un desconocido sobre la espalda. Es como si me ardiera a través de la tela del vestido. A la mañana siguiente, flota en el aire un fuerte olor a tabaco, un olor a hombre que me molesta. ¿Me entiendes?

—Sí, te entiendo. Te entiendo. —Se quedó un momento pensativa antes de concluir—: Entiendo que a mí los hombres me gustan más que a ti.

—¿Por qué supones eso? —me apresuré a replicar.

—Porque es así. A mí no me molesta nada sentir la boca de Dario sobre la mía. Luego me seco los labios y puedo volver enseguida al salón donde bailamos, y ponerme a bromear con otro. Te habrás fijado, ¿no?

—Sí, me he fijado.

—No consigo entender lo que suele leerse en los libros, esa necesidad, ese instinto que tienen las mujeres de defenderse, las

dudas que las asaltan antes de ceder a un hombre o antes de besarlo, incluso.

Calló y luego prosiguió:

—El año pasado, iba a la playa, a Fregene, con Dario y los demás de la pandilla. A veces solo con Dario. Alquilábamos una barca y nos adentrábamos en el mar. Nos bañábamos y nos quitábamos los trajes de baño.

—¿En el agua?

—Sí. Arrojábamos los bañadores a la barca, era fantástico. El cabello se me pegaba a las mejillas, qué frescor... El mar era verde y azul celeste, nos rozábamos, buceábamos, nuestros cuerpos blancos parecían peces en un acuario. Yo me sentía contenta, como los peces y las algas marinas...

Reí para disimular mi turbación.

—¿Y si la barca se alejaba con vuestros trajes de baño?

—Estaba anclada —me explicó encogiéndose de hombros, antes de proseguir—: Dario a veces me acariciaba. Pero era una mano de agua, me hacía cosquillas. Me habría gustado sentirme turbada, ¿entiendes? Me habría gustado rebelarme o disfrutar de la audacia de mis gestos. Pero nada. Nada. Me gustaría sentir, al menos una vez, lo que tú sientes cuando se te acerca un hombre.

Paseábamos por el muelle Borgo, bajo la sombra móvil de los plátanos y los trinos de los gorriones que anidaban entre las ramas. Cantaban tan alto que ahogaban nuestras palabras. A esa hora pasaban también muchos curas, iban deprisa porque los alcanzaban de improviso las primeras sombras del ángelus.

—¿Cruzamos? —me preguntó Fulvia sonriendo, tirándome ligeramente del brazo al pasar delante de un puente.

—No, no —le supliqué.

—Mira que eres inocente —me contestó enternecida.

Bajé la cabeza, confusa por tenerla tan engañada. Yo ya sabía que mis continuos reparos y mis luchas solo servían para dominar mi naturaleza, demasiado ardiente. Mi físico me defendía: flaco, sin formas, infantil todavía. Los hombres pasaban por mi lado sin fijarse en mí.

—Eres inocente —prosiguió Fulvia—. Por eso me llamaste la

atención, desde la primera vez que me fijé en ti, en la escalera. Ibas con tu madre de la mano. Ya está, por fin he descubierto qué siente la gente al verte: el deseo irresistible de tomarte de la mano y meterte en su vida para siempre. Muchos hombres te pedirán que te cases con ellos, lo sé muy bien. Después de verte, nadie puede resignarse a tenerte solo una hora. Eres como tu madre.

Nadie me había hablado nunca de cómo era o de cómo me veían los demás. El interés agudo que suscitaba en Fulvia me iba moldeando poco a poco: ya no era una maraña de deseos, dudas y aspiraciones, sino una persona construida, con una fisonomía concreta. Hasta ese momento, creía que los demás no tenían opinión sobre mí. Por eso, escuchando las palabras de Fulvia, era como si me mirase al espejo por primera vez. Me aferré a su brazo, a su fina piel, a su calor.

—Ahí dentro está Antonio —dije al pasar delante del gran edificio de la cárcel.

Nos apoyamos en el parapeto del río, mirando las ventanas de barrotes y el cartel en la fachada: PRISIÓN PREVENTIVA.

—No, ahora está en una isla —dijo Fulvia bajando la voz.

—Pero ¿qué ha hecho? —le pregunté irritada.

—No se sabe.

La respuesta era siempre la misma. Ya casi no se hablaba de Antonio, me convencí de que de verdad nadie sabía nada. Mi padre se había molestado con mis preguntas repetidas y me había prohibido que me interesara por esos asuntos. Aida dijo que habían acusado a su hermano de imprimir unas octavillas.

—¿Qué ponía en ellas? —le pregunté enseguida.

—No se sabe —respondió Aida también.

Miraba las ventanas de la cárcel y, en mi fuero interno, llamaba a Antonio con tanta insistencia que, en un momento dado, me pareció ver su rostro detrás de los barrotes. En la desolación de su mirada se leía el abatimiento que la gente expresaba con esas tres palabras: «No se sabe». Recordaba lo que había dicho Aida el primer día, aquello de que Antonio y sus amigos no estaban contentos. Desde entonces, la conciencia de su penosa situación resonaba en mí sin cesar como una advertencia.

En la luz gris del crepúsculo, había muchos viandantes por la calle, entre nosotras y la prisión: iban hablando, leyendo el periódico, bromeando. Pasaron dos mujeres en un coche de caballos, una de las dos se empolvaba la nariz. Me parecía que lo hacía con aplicación, como para distraerse de sus preocupaciones. Sus días, y también los míos, se me antojaban una sucesión de acciones vertiginosas que se alternaban sin tregua en un intento concreto de impedir todo examen de conciencia. Quizá, si hubieran podido interrogarse, habrían descubierto todos ellos que no estaban contentos.

—Es terrible —murmuré.

—Sí —repitió Fulvia—: es terrible estar encerrado ahí dentro, mientras fuera hace tan bueno.

Miraba a su alrededor con avidez. El último y pálido sol de la tarde teñía de rosa los tejados de las casas y las cimas de los árboles del Janículo, detrás de la prisión.

—Ahí arriba está la villa Pierce, ¿no? —me preguntó.

Yo asentí con la cabeza.

—¿No se ve desde aquí?

—No —contesté con brusquedad—. No se ve desde aquí ni desde ningún sitio. Está oculta detrás de los árboles, no se la puede ver nunca.

Habíamos reanudado nuestro paseo, en silencio.

—¿Sabes qué? —dijo ella al cabo de un rato—. A veces es como si no existiera la villa Pierce, ni Hervey tampoco.

—¿Por qué?

—No lo sé, es una impresión que tengo. Recuerdo que una vez leí en un libro la historia de un hombre que cruzaba el bosque, de noche. Estaba hambriento y agotado, temía no poder resistir ya más al frío y al cansancio. De pronto, vio a lo lejos la luz de una casa: entró y encontró alimentos, y pudo calentarse junto a un gran fuego de chimenea. Lo acogieron un anciano elegante y una anciana, que lo trataron con una cortesía y una solicitud que él no había conocido hasta entonces. Lo acompañaron a la cama, lo arroparon, y el hombre se sumió en el sueño más plácido de su vida. Pero, a la mañana siguiente, despertó tirado en el suelo, en la

linde del bosque, junto a la carretera principal. La casa y los ancianos habían desaparecido.

—¡Oh! —exclamé yo—. ¿Quiénes eran?

—Sus padres, que habían fallecido siendo él un niño. Eran ellos, como si hubieran envejecido en otra parte, lejos de él. ¿No es una bonita historia?

—Sí, pero tú decías...

—Sí. Así me parece que es la villa Pierce. Siento que también hay algo espectral en Hervey, y en Eleonora. Ya ves, yo también tengo a veces la impresión de que ella va a desaparecer para no volver más, comparto tu temor.

—Calla —la exhorté con un escalofrío mientras volvíamos al damero regular que formaban las calles aledañas a nuestra casa.

Íbamos cogidas del brazo, un frío repentino nos mantenía muy juntas, y yo sostenía en mis manos la vida de mi madre, como quien lleva un bonito globo colorido, suspendido en el aire libre del cielo y unido a nosotros por la fina complicidad de un hilo.

El día del concierto, mi padre y yo comimos solos. Mi madre estaba invitada a almorzar en la villa Pierce. Era la primera vez que comíamos los dos solos, uno frente al otro, como ocurriría más adelante durante muchos años. Recuerdo que me pareció un mal presagio. Sin embargo, por una instintiva solidaridad con mi madre, estaba decidida a fingir sentirme totalmente a gusto. Estaba aún bajo la impresión del entusiasmo con el que había ayudado a mi madre a ponerse el vestido azul. Lo encontraba verdaderamente elegante: Lydia había insistido en que se lo hiciera una modista reputada y, para pagar la factura, Sista había tenido que hacer su primer viaje al monte de piedad a empeñar un broche de oro de la abuela. Mi madre estaba guapísima con el vestido azul. La seda se le abullonaba en el pecho y las caderas, disimulando así su delgadez, y el color iba a juego con sus ojos. Cuando la vi así vestida, en las habitaciones en las que siempre la veía ir y venir tan modesta, con sus trajes oscuros, me llevé las manos a la boca para ahogar un grito de sorpresa.

Avanzaba hacia nosotras, luciendo el vestido, como una

muchacha en su primer baile. Me parecía que, con esos andares ligeros, podría desaparecer de nuestras vidas para siempre, sin que nos pareciera grave. Así es que la miré largamente, con un amor intenso, y le dije adiós con la mano antes de echarme a llorar. Me abracé a Sista, escondiendo la cabeza en su hombro, y respiré ese áspero olor a cocina y a ropa negra, el olor de mis días solitarios.

Mi madre se detuvo perpleja.

—¿Por qué lloráis? Sandi, ¿por qué lloras? ¿Qué he hecho, Dios mío?

No podíamos decirle nada. Entre Sista y yo había un entendimiento tácito, semejante al miedo que nos atenazaba a ambas cuando la aguardábamos, sentadas en la cocina, y cada momento que pasaba, marcado por las grandes agujas del reloj, acrecentaba nuestro temor de no verla más. Ella no comprendía que su presencia era el único bien de nuestra vida. Sonreímos, mirándola a través de las lágrimas. Y ella también sonrió y nos abrazó, conmovida al vernos participar en cuerpo y alma de su alegría.

—Tengo un poco de miedo —dijo en la puerta, sin decidirse a salir—: tengo mucho miedo.

Pero enseguida superó su temor y bajó deprisa la escalera, asomándose de vez en cuando por la barandilla para mirarnos.

—¡Adiós! —nos gritó lanzándonos un beso, y la lúgubre escalera se iluminó con su sonrisa.

El automóvil volvió más tarde para recogernos. Yo estaba ya lista desde hacía un rato y, en cuanto oí el claxon, se me aceleró el corazón.

—Un momento —dijo mi padre fingiendo leer una noticia importante en el periódico.

Bajamos la escalera despacio, yo detrás de él, envuelta en su nauseabundo olor a brillantina.

Nos sentíamos incómodos, sentados los dos en el automóvil, un poco separados uno de otro. Mi padre se mostraba indiferente, aburrido incluso, pero yo sabía que lo enorgullecía ser conducido por un chófer con galones en un automóvil caro. Yo iba pensando

que mi madre recorría ese camino cada día para ir a la villa Pierce. Seguro que, durante ese trayecto, su monótona vida cotidiana resbalaba por su cuerpo. A su espalda quedaba la calle en la que vivíamos, el gran edificio, las habitaciones oscuras, mi padre, Lydia y Sista caían blandamente al suelo sin hacer ruido. Y, al enfilar la gran avenida arbolada del Janículo, puede que se olvidara incluso de mí.

La verja estaba abierta, el automóvil entró aplastando la gravilla, que respondió con un murmullo de agua hendida por los remos. En el vestíbulo, con el cabello blanco teñido de morado, Violet Pierce recibía a los invitados. Nos acogió con entusiasmo, como si estuviera allí solo para esperar nuestra llegada.

—¿Tú también tocas el piano? —me preguntó en tono voluble.

Intimidados, mi padre y yo nos sentamos al fondo de la sala. En las sillas había pequeños programas que anunciaban el «Concierto de la pianista Eleonora Corteggiani». La pianista Eleonora Corteggiani era mi madre: ese era el apellido de mi padre, el mismo por el que me llamaban a mí en el colegio, y, sin embargo, me parecía que ella no formaba parte de nuestra familia, que se trataba de una simple homonimia. Yo miraba a mi alrededor, pero no reconocía la sala de música tal y como me la había descrito mi madre.

Muchos de los presentes hablaban inglés: nos sentíamos atrapados en el malestar de quien se encuentra solo en un país extranjero, cuya lengua y cuyas costumbres ignora. Buscaba a Hervey con la mirada y me convencí de que no estaba allí. Para infundirme valor, miraba fijamente el piano ante el cual no tardaría en ver sentada la silueta de mi madre, tan querida para mí.

Era un piano de cola, muy largo y brillante, en nada semejante al viejo Pleyel vertical que teníamos en casa. Mi padre lo miraba con antipatía y, en ese momento, no pude por menos de sentirme unida a él porque compartía su malestar. Nuestra casa, Sista sentada en la cocina, las voces del patio, la escalera polvorienta y oscura, me parecían más adecuadas a nosotros, más

acogedoras incluso. «Vámonos», estaba a punto de decirle a mi padre, «volvamos a casa», cuando vimos a los criados de librea cerrar las puertas y a la señora Pierce alzar las manos pidiendo silencio. Entonces, por una puertecita lateral, apareció mi madre.

Avanzó hasta el piano con su paso ligero. Luego se paró, apoyó la mano en el atril y, en ese instante, la gente rompió a aplaudir. No era solo un aplauso a modo de homenaje, era también algo que su presencia arrancaba, como un grito.

Estaba muy pálida. El vestido hecho con los velos de Ofelia, que, entre las paredes de casa me había parecido tan sorprendente, allí dentro se veía anticuado.

—Tu madre está demasiado flaca —dijo mi padre—. Tiene que someterse a una cura reconstituyente.

Yo me volví a mirarlo. Con esas palabras, mi padre quería fingir que no se daba cuenta de que su esposa era una mujer extraordinaria. Le gustaba saborear su derecho a juzgarla, a imponerle su criterio. Me habría gustado responderle duramente, con ironía, pero justo en ese momento mi madre empezó a tocar *Preludio y fuga* de Bach.

Esa y las que siguieron eran piezas que yo había oído innumerables veces, pero, allí, también estas parecían distintas. Quizá porque la ocultaba el atril, yo casi dudaba de que fuera de verdad mi madre quien las interpretaba. La ejecución era la de una persona fuerte y valiente, diferente de aquella a la que estábamos acostumbrados a oír hablar en tono sumiso, obediente, plegándose dócilmente a las órdenes del marido.

Al final de cada pieza, el público se apresuraba a aplaudir con entusiasmo. Mi madre no se levantaba para dar las gracias, es más, bajaba la cabeza, mostrando a las claras lo confusa que se sentía. En esas pausas, Violet Pierce se paseaba entre los invitados, susurrándoles sin duda algún halago sobre mi madre, pues sonreía mirando hacia el estrado. Se deslizó también cerca de nosotros y se detuvo un instante para decir: «*Isn't she wonderful?* ¿No es maravillosa?». Era obvio que no recordaba quiénes éramos.

Luego se paró junto a un sillón en las primeras filas y se puso a hablar de corrido en inglés. Aunque no entendía nada de lo que

decía, por la expresión de su rostro intuí que hablaba con Hervey, y sentí de pronto una gran emoción. Era fácil adivinar que estaba tratando de persuadirlo de algo. Mi madre, que había mantenido los ojos fijos en las teclas, dirigió por fin la mirada hacia él, invitándolo. Hervey subió al estrado sin vacilar.

Mi madre nunca me lo había descrito lo más mínimo, yo solo sabía que era muy alto y que tenía el cabello claro. Sin embargo, desde el primer instante, su figura se adaptó a la imagen que me había hecho de él. Había tomado el violín y lo estaba afinando, vuelto hacia mi madre, preparándose para tocar con ella, indiferente al público. Pese a no verle la cara, descubrí los signos de una lejana afinidad con nosotros, semejante a la de ciertas plantas que forman parte de la misma familia. Y, tal vez por su silueta esbelta o por su nuca, que, inclinada sobre el violín, se asemejaba a la de un caballo, me parecía que en él se reunía no solo lo que me gustaba en un hombre, sino también todo cuanto yo amaba de la vida, la belleza de los animales y los árboles.

Empezó a tocar. No conocía esa pieza, de tema pastoral, su preferido, según me había dicho mi madre. En lugar de acompañarlo, el piano le daba la réplica a cada verso. El violín preguntaba, y el piano contestaba quedamente, era un diálogo sereno. Pero, paulatinamente, el tono y la intensidad aumentaron, como si las preguntas se fueran haciendo más insistentes, más acuciantes. En los compases finales, era como si el piano quisiera alejarse huyendo y el violín lo persiguiera.

Cuando la música cesó, teníamos todos el corazón desbocado, como si los hubiéramos seguido en su carrera. Hubo un momento de silencio antes de que el público se recobrase y empezase a aplaudir. Mi padre callaba, pálido en su traje oscuro.

Yo aplaudí, mientras dentro de mí resonaban grandes gritos de alegría que me costaba contener. El público aplaudía con frenesí. Violet Pierce subió al estrado para felicitar a los intérpretes. Era el final. Ruborizada, mi madre se levantó e hizo ademán de irse corriendo, pero Hervey la retuvo del brazo. Se miraron y sonrieron, confundidos por haber manifestado un sentimiento que, hasta entonces, ambos habían creído ignorar. Con

esa sonrisa en los labios, se volvieron hacia nosotros.

Conmovida, dejé de aplaudir: los miraba absorta, dejando que se me llenaran los ojos de lágrimas. Me sentía orgullosa y enternecida, como si yo fuera la madre y ella, la hija. A través de un velo de lágrimas, brillante y trémulo, veía a mi madre y a Hervey, que se separaban del suelo cogidos de la mano, y subían y subían, se elevaban por encima del vestido azul como sobre una nube. El velo de lágrimas me impedía distinguir sus rasgos, me parecía que eran los dos del mismo sexo, ni hombre ni mujer: ángeles. Ambos eran altos y, tal vez por el color del cabello, parecían hermanos. Esa duda me cruzó la mente un instante, sumiéndome en el asombro y la perplejidad. No alcanzaba a explicarme esa misteriosa semejanza, esa armonía que irradiaban. Separados del suelo, vibraban en el acuario iridiscente de mis ojos, y mi madre sonreía como cuando, hacía un rato, se había vuelto para despedirse de mí, antes de desaparecer en la escalera.

Al fin, rindiéndose al deseo del público, volvió a sentarse al piano y empezó a tocar *Murmullos de primavera*, la misma pieza que había interpretado la tarde en que nos anunció el concierto. De nuevo, la oímos reír a través de la música. Muchos de los asistentes se habían puesto de pie. Tomándome del brazo, mi padre me dijo: «Vámonos».

Cruzamos las grandes salas vacías, seguidos por las notas alegres y los arpegios. Fuera, aún era de día, pero los grandes árboles se habían envuelto en la oscuridad como en una capa. La música nos perseguía por las ventanas, empujándonos. Apretamos el paso, deseosos de alejarnos. Al otro lado de la verja, ya no se oía el piano.

Mi padre se apoyaba en mi brazo, como encomendándose a mí. Más adelante, cuando se quedó ciego, y yo lo llevaba de paseo, reconocería la manera de apoyarse que tenía aquella tarde. Su rostro había envejecido de pronto, se le habían formado bolsas debajo de los ojos, como suele suceder en momentos de cansancio a quienes conservan largo tiempo un aspecto juvenil. No hacía comentario alguno sobre el concierto ni se atrevía a insistir ya en que mi madre estaba flaca. Incapaz de expresar sus sentimientos

más que con reacciones físicas inmediatas, se desmoronaba, pesaba sobre mi brazo, arrastrando los pies. Y, en lugar de sentir lástima de él y de su vida, que decaía después de haber generado la mía, que yo notaba fuerte y joven, debo confesar que me alegraba su abandono. Sentía que mi madre y yo poseíamos el secreto de la eterna juventud: tanto hoy como dentro de muchos años, nos suscitarían alegría o entusiasmo las mismas cosas, superaríamos el paso del tiempo, así como el declive físico, gracias a placeres que mi padre no había conocido siquiera. En su persona, colgada de mi brazo, sentía que cargaba con todo lo caduco de nuestra vida: la carne que envejece y, un día, se pudre. Sentía asco, casi, repulsión, repugnancia, como cuando Enea había querido empujarme contra la pared para que conociera su cuerpo. Mi madre había sido el único puente a la poética verdad de la vida que mi padre había tenido. Había estado a su lado durante años, invitándolo a seguirla. Ahora se había ido y él se había quedado solo.

Lentamente, lo llevé de vuelta a casa por las callejuelas del barrio de Borgo. Las voces y los olores de las calles salían a nuestro encuentro, acogiéndonos. Era nuestro barrio, nuestra gente, un lugar donde mi madre parecía haber acabado por equivocación.

Miraba a mi padre, que, sin darse cuenta, dependía por completo de una chica joven como yo, de cuyas ideas y costumbres se había burlado tantas veces. Me llegaba el olor de su brillantina, lo recordaba sentado a la mesa, con el periódico abierto y su sortija de oro en el dedo, meneando la cabeza con ironía mientras nos observaba.

Movida a compasión por ese recuerdo, le dije: «Ven, papá, ven», ayudándolo a cruzar la calle.

Nada más entrar en casa, mi padre le preguntó a Sista si estaba lista la cena y, aunque aún era temprano, le ordenó que se la sirviera. Sista no se atrevió a decir nada. Dejó la sopera en el centro de la mesa y se quedó ahí como atontada, con las manos cruzadas sobre el delantal negro, mirando el lugar donde solía sentarse la señora. Mi madre doblaba su servilleta en forma de conejito. En ese momento, la visión de su servilleta me enterneció tanto como la de los juguetes de Alessandro, que ella conservaba

con mimo en un cajón. Al otro lado de la ventana caía la dulce sombra del crepúsculo que a veces contemplábamos juntas, pero yo ahora estaba sola. Me sorprendí sustituyéndola en los gestos que solía hacer por las noches: le serví la comida a Sista en un plato y, al dárselo, lo hice con las mismas palabras y el mismo tono afectuoso que mi madre.

Al oír mi voz, mi padre levantó los ojos y me miró. Se dio cuenta de que yo ya era una mujer y, como mi parecido con mi madre, en el aspecto y en los gestos, era muy acusado, enseguida me reconoció como una adversaria. Sista mordisqueaba un pedazo de pan, sentada en un rincón, y el silencio se instaló entre nosotros como una placa de hielo por la que ninguno se atrevía a aventurarse. Pero, al poco, oímos unos andares presurosos por la escalera. Yo me levanté de un salto, radiante, corrí a la entrada y abrí la puerta de par en par.

Aún hoy, cuando recuerdo a mi madre, tantos años después, suelo verla como en ese instante. Estrechaba contra el pecho un gran ramo de rosas que le habían regalado, y por el chaquetón le asomaba el borde del vestido azul, como si ya no cupiera en su modesto aspecto cotidiano. Estaba un poco despeinada, y su rostro, iluminado, me pareció fascinante. Se apoyó en la pared, como si necesitara sostenerse por un súbito mareo. «Oh, Sandi», murmuró, y pensé que nunca había pronunciado mi nombre con tanta dulzura. «Oh, Sandi», repitió entornando los párpados. Era muy bella. Me habría gustado que se tumbara en mi cama, con el vestido que había sido de Ofelia, y que me contara la fábula de su día como me narraba las historias de Shakespeare cuando era niña.

De repente, la voz de mi padre desde el comedor irrumpió en nuestra intimidad. Era una voz de manos enormes y cabello tupido y negro: la voz de los ogros en los cuentos.

—Eleonora —llamó—. ¡Eleonora! —repitió con fuerza, al ver que mi madre tardaba en responder.

Entonces ella apareció en el vestíbulo, nada asustada, y lo recibió con una sonrisa. Estaba tan feliz que se hacía la ilusión, al menos esa noche, de que él también compartía su alegría. Me pareció que a ella le habría gustado ir a su encuentro con

cordialidad a hablarle de Hervey, y que le habría gustado también que él la escuchara y participara de su felicidad. No me avergüenza reconocer que eso me parecía del todo natural, pues no veía ninguna relación entre el vínculo que los mantenía unidos y los sentimientos que la ligaban a Hervey.

—Ven conmigo —le ordenó él, echando a andar por el pasillo.

Mortificada, mi madre lo siguió enseguida. Parecía jovencísima, quizá por el chaquetón que le cubría apenas el vestido: una muchacha sorprendida al volver de un baile al que ha ido sin permiso.

Antes de entrar en la habitación, dejó caer las rosas, que yo me apresuré a recoger, pinchándome las manos. Luego, sin mirarme siquiera, cerró tras de sí la puerta gris.

Me quedé sentada fuera, sobre el suelo de ladrillo rojo, con el oído pegado a la puerta. Sista intentó arrancarme de allí en un primer momento, pero acabó acurrucándose a mi lado en el suelo. Primero hubo un silencio, seguido de la voz de mi padre, preñada de un odio mordaz que yo no le creía capaz de albergar.

—Es la última vez que vas a la villa Pierce —le dijo.

Supusimos que la había agarrado del brazo y se lo apretaba con fuerza, pues ella se quejó con voz ahogada.

Mi madre hablaba en murmullos, no oíamos lo que decía. Él le contestaba en el mismo tono. Parecía que ambos se avergonzaran de lo que se decían. Ese duro enfrentamiento me asustaba tanto como el silencio que, en tiempos, acompañaba sus veladas de amorosa y serena armonía, me devolvía mentalmente a esas horas en las que había probado por primera vez la amargura de mi soledad de hija ante la turbadora complicidad de los padres, descubriendo lo terrible que era siempre lo que ocurría entre un hombre y una mujer cuando se hallaban juntos a solas. Daba vueltas a lo que me había contado Fulvia sobre cómo se hacían los niños. No era un acto feliz, luminoso y puro, como debería haber sido, por ser el que transmitía la vida, y, de hecho, para llevarlo a cabo se elegía la oscuridad y el secreto de la noche. En las voces llenas de rencor que oía al otro lado de la puerta gris se manifestaba toda la miseria de la intimidad que establecen entre sí

un hombre y una mujer. También su modo de amarse, por lo que yo sabía, me parecía horrible y vulgar, como la lucha a la que estaba asistiendo en ese momento.

—Te voy a encerrar aquí —le decía él—. ¿Entendido?

Afligida, le apreté la mano a Sista. Me imaginaba a mi madre encerrada entre la gran cama de hierro, donde había muerto la tía Caterina, y la cómoda negra, con su lívida bandeja de mármol; imaginaba su cuerpo delicado oprimido por ese lúgubre mueble.

—Por favor, Ariberto, por favor —le decía ella con voz implorante y doliente—. Te lo suplico, te lo suplico...

Era como si se arrastrara de rodillas, ella, tan orgullosa, tan etérea, como si se aniquilara incluso, ante el hombre al que yo había llevado a casa del brazo compasivamente.

Aterrada, me volví hacia Sista:

—Hay que salvarla, hay que hacer algo, ¡hay que salvarla!

Sista no contestó. Apoyada en el quicio de la puerta, veía su sombra flaca a la débil luz de la lamparita que colgaba en mitad del pasillo. Su rostro estaba impasible, como de cera. La había visto preocuparse muchas veces si mi madre se retrasaba lo más mínimo, temerosa de que no volviera más; por eso, me asombraba que, en un momento tan grave como ese, consiguiera conservar esa rígida impasibilidad.

—¡Hay que salvarla! —repetí yo.

Ella seguía callada. Al fin, la sacudí varias veces del brazo, preguntándole:

—¿Qué podemos hacer, dime, qué podemos hacer?

Con la misma expresión petrificada en el rostro, me contestó:

—¿Qué quieres que hagamos? Es su marido.

Después de esa noche terrible, nuestra vida siguió exactamente como siempre había sido. Mis padres nunca sospecharon que yo había escuchado lo ocurrido, por lo que siguieron tratándose el uno al otro como en los días precedentes al concierto.

Se había producido un único cambio: ahora yo sabía lo que acontecía cuando se encerraban en su habitación, por lo que el tono afable que empleaban para hablarse se me antojaba un

fingimiento insoportable. Sin embargo, a partir de ese momento, mi madre se negó a contarme la crónica de sus días en la villa Pierce, y el hecho de que yo no la interrogara con ansia cuando regresaba, como había hecho hasta entonces, probaba que había intuido las razones de su reserva y de su silencio. Gran parte de los acontecimientos que relataré a partir de ahora, y que no ocurrieron en mi presencia ni en nuestra casa, los supe tras su muerte de boca de Lydia y por una libreta, que encontré escondida en el piano, en la que mi madre anotaba sus pensamientos, de modo que pude reconstruir los hechos con facilidad.

Pocos días después del concierto, Hervey se declaró a mi madre. Debió de ser el 21 de mayo, pues la fecha estaba subrayada dos veces en la libreta y, con su letra alta y sinuosa como un lazo, había escrito por toda la página: «Te amo, Eleonora».

Después de esa fecha, mi madre había anotado itinerarios románticos: «villa Celimontana», «he visto un almendro en el Palatino», «villa Adriana», «los gladiolos de la calle Appia». Prensado entre las páginas había un pétalo de esos gladiolos, que yo llevé un tiempo al cuello en un relicario de la abuela Editta.

Ese relicario fue la única joya que me quedó de ella. Mi madre acabó abandonando casi del todo a sus alumnos anteriores y, según supe más tarde, desde el momento en que conoció a Hervey, ya no quiso aceptar honorario alguno de la familia Pierce. A fin de mes, como había hecho durante tantos años, le entregaba un sobre con dinero a su marido: era el precio de su libertad diaria. Se lo pagaba puntualmente, quizá con cierto tono de desdén: «Aquí tienes el dinero, Ariberto». En esa época, Sista hizo muchos viajes al monte de piedad, y cuando mi padre, a la muerte de su esposa, abrió sus cajones, en el estuche de raso rojo, aparte del relicario solo encontró un mazo de recibos sujetos con un alfiler.

Mi madre me confió a las claras su propósito hacia el final del mes de junio.

Era sábado y hacía calor. Mi padre había salido, vestido de blanco de pies a cabeza y con una corbata azul de pajarita.

Yo leía junto a la ventana, y mi madre estaba sentada a mi

lado en un sillón. Hacía poco que me permitía leer novelas. Me las había ido recomendando ella misma, trazándome una especie de programa ideal de lectura.

Ese día, lo recuerdo muy bien, estaba leyendo la historia de Emma Bovary. Era un libro que mi madre debía de haber leído varias veces, pues estaba muy estropeado y había varios pasajes subrayados. Esos pasajes revelaban tal vez impulsos y sentimientos sobre los que, pese a la confianza que nos unía, nunca se habría atrevido a hablarme. Tropezar con una de esas confesiones involuntarias, mientras seguía la trama de la novela, me hacía sentir incómoda, como si hubiera cometido una grave falta de tacto. Sobre todo, no tenía ninguna simpatía por la señora Bovary, aunque fuera uno de los personajes predilectos de mi madre, y no quería descubrir las remotas afinidades que podía haber entre ambas, como tampoco quería saber las razones que la habían empujado a casarse con mi padre.

Me debatía en esos pensamientos cuando mi madre dijo:

—Hoy no voy a salir, Sandi: tengo que hablar contigo.

Me volví hacia ella, complacida:

—¿Nos quedamos aquí, junto a la ventana?

—Claro —contestó sonriendo.

Acerqué mi butaca a la suya y guardamos silencio, contentas. Yo ni siquiera me preguntaba qué querría contarme, aunque su tono grave me había sorprendido. Disfrutaba de estar con ella, en el radio de su mirada. Sentía fluir en mí la felicidad como un río tranquilo. Era lo mismo que me ocurría con Francesco en nuestros primeros encuentros.

Al cabo de un rato, mirando por la ventana, mi madre me preguntó:

—Sandi, ¿te gustaría marcharte de aquí?

Sentí un nudo en la garganta y se me aceleró el corazón. Temía que ella quisiera alejarme de su lado, engatusándome con la novedosa perspectiva de un viaje.

—¿Contigo? —le pregunté con un hilo de voz.

—Conmigo, claro.

—¡Oh, sí, mamá, sí! —exclamé.

Y, en voz baja, casi como instigándola a hacer algo arriesgado y malvado, añadí:

—Vámonos de aquí.

Ella no me contestó enseguida ni se volvió para mirarme. Sus ojos reflejaban el cielo enmarcado en la ventana abierta.

—Vámonos de aquí —repitió ella en un susurro.

Por el tono de su voz, comprendí que esas palabras eran para ella una idea constante, una obsesión, que esa frase resonaba en su fuero interno en todo momento, cuando yacía despierta, de noche, en la gran cama, y cuando iba y venía, de día, por la casa. Subyacía a cualquier otro pensamiento, a cualquier otra palabra que pronunciara. «Vámonos de aquí.» Inútilmente, sacudía la cabeza para ahuyentarlas de su mente: la rodeaban, la rondaban, la envolvían, estaban en el mismo aire que respiraba: «Vámonos de aquí».

Debía de ser un alivio pronunciarlas en voz alta por fin, era como liberarse de ellas, aceptándolas.

—Cruzaremos la frontera. Iremos a Suiza, tal vez.

Era como si se estuviera inventando un juego, como hacía cuando yo era niña, fingiendo irse conmigo a las ciudades extranjeras donde había actuado la abuela.

—Viviremos en el campo, lejos de las ciudades y de los grandes edificios, lejos de las calles llenas de gente y de los tranvías que pasan chirriando toda la noche. Nada más salir de casa, ya pisaremos la hierba. Y yo tendré un gran piano, y una habitación entera solo para el piano.

Yo le seguí el juego. Me gustaba poner en ese proyecto de nuestra vida futura todos los deseos que hasta entonces nunca había esperado poder cumplir.

—Yo saldré a pasear —le decía— y volveré a casa por los bosques, me guiará el sonido de tu piano, será como la estrella de Belén.

Ella asentía con la cabeza.

—Claro que sí. Y, en invierno, la nieve lo cubrirá todo, también nuestra casa. Nos quedaremos encerradas con el piano y los libros, y encenderemos un gran fuego en la chimenea.

Mi madre seguía hablando en voz baja. Yo veía en mi imaginación todos esos paisajes, todos esos días, como una función de teatro. Malignamente, me imaginaba a mi padre volviendo a casa, la noche de nuestra fuga. Nos llamaría con su voz impaciente e irónica, nos diría: «Tengo hambre», y preguntaría: «¿Está lista la cena?». Pero solo el silencio acogería sus palabras, magnificándolas. «¡Eleonora!», llamaría, «¡Alessandra!». Oía su voz, primero irritada, después colérica y, por fin, angustiada; veía el gesto con el que abriría de par en par las puertas de las habitaciones, donde lo esperaba el tétrico mobiliario para ahogarlo y oprimirlo, como había oprimido a mi madre durante tantos años.

—Sandi...

—Mamá...

Siguió un silencio. Entonces ella se volvió y me miró, muy seria, invitándome a salir del mundo de fantasía que esas imágenes habían suscitado a nuestro alrededor.

—Sandi —me dijo—: no estaremos solas.

—Oh, mamá —contesté sonriendo—: ni se me ha ocurrido pensar que pudiéramos irnos sin él.

Llevó su mano a la mía y me la apretó con fuerza, casi como si quisiera hacerme entrar dentro de sí, en sus sentimientos y sus problemas.

—Esto es algo muy grave —dijo.

—Tú no puedes vivir aquí dentro —protesté con vehemencia —, tienes que...

—Es algo muy grave —repitió ella interrumpiéndome—: quisiera que lo entendieras. Es algo de lo que una madre no debería nunca atreverse a hablar con su hija, con una muchacha. Pero, en realidad, y quizá este sea uno de mis errores, yo nunca te he considerado una hija, creo que nunca te he tratado como tal. Siempre te he tratado como a una mujer, desde que naciste, y te he acompañado día a día, consolándote, alentándote, yo, que sabía ya lo difícil que es ser mujer. Pues una mujer, en realidad, nunca tiene una infancia de verdad, es siempre una mujer, desde muy pequeña o desde que aprende a hablar. Quizá me haya equivocado. Temo, de hecho, haberme equivocado, pues, al actuar así, has crecido

débil e indefensa como yo. Cuando eras muy pequeña, me gustaba hacerme la ilusión de que eras un niño, como Alessandro, y entonces... Entonces un día te vi aquí, sentada junto a la ventana. Tenías solo unos pocos años, y te pregunté qué hacías, si no te aburrías de estar ahí sola. «No», me contestaste, «estoy muy contenta». Y yo recordé entonces una ventana junto a la que solía sentarme durante horas, cuando vivía con mis padres en Belluno. Yo sabía lo que era la soledad precoz. Sabía que sufrirías, que muchas cosas te harían daño, pero que otras, ¡oh, sí!, otras serían tu gloria. Porque había en ti, como en cualquier mujer, la posibilidad de convertirte en un ser extraordinario y maravilloso, un ser de gracia y armonía, como un hermoso árbol o una estrella. En una palabra: una mujer. Una mujer, Sandi, es el universo, alberga el mundo entero en sí, en su regazo, el sol y las estaciones, el cielo que envuelve los campos y las ciudades...

Hizo una pausa y luego se recobró:

—No sé cómo hemos acabado hablando de todo esto... ¿Qué te estaba diciendo? Tengo la mente confusa...

—Me decías que nos íbamos a marchar pronto —le dije.

Entonces mi madre se levantó de repente. La vi recorrer la habitación de un extremo a otro, parecía incapaz de contener su impaciencia: se retorcía las manos, miraba alrededor, buscando en las paredes, en los muebles, los signos de su vida monótona, de sus días sin sorpresas.

—Nos vamos..., nos vamos... —murmuraba sintiéndose a salvo, por fin, de la trampa que le habían tendido esas habitaciones durante años, con la inexorable tenacidad de las arenas movedizas —. Nos vamos..., nos vamos.

Abrió la puerta del saloncito, y desde allí nos llegó el tufo a rancio que los sillones traídos de los Abruzos nunca habían perdido.

—¡Nos vamos! —gritó, como un insulto, al vacío negro de la habitación.

Entonces se puso a dar vueltas, etérea, diciendo con su voz cantarina:

—Nos vamos..., nos vamos...

De pronto se detuvo:

—¿Y Sista?

Se quedó un momento indecisa y al fin dijo:

—Ve a llamarla, corre.

Encontré a Sista zurciendo en la cocina.

—Ven —le susurré agarrándola del brazo—, ven, ven.

Mi madre salió a su encuentro muy animada.

—Sista, nos marchamos —le dijo—. Y tú te vienes con nosotras.

—¿Adónde? —preguntó ella estupefacta.

—¿Y eso qué más da? Te vienes con nosotras.

—A un sitio precioso —le dije yo—. Hay árboles, vacas y prados. Ya verás. Nos vamos. ¿Lo entiendes? Nosotras tres... ¡Nos vamos, nos vamos, nos vamos!

Embriagada, mi madre se puso de nuevo a dar vueltas con gracia por la habitación, sus manos se abrían y se cerraban en tiernos gestos de despedida. Se volvió hacia nosotras y nos abrazó.

—Oh, queridas mías —murmuraba—, queridas mías, queridas mías...

Nos confió que nuestra partida era inminente.

Transcurrieron casi dos semanas sin que mi madre volviera a mencionar nuestro proyecto de fuga. Yo, sin embargo, me daba cuenta de que, cada vez que salía de casa, me abrazaba con más ternura que de costumbre, tranquilizándome: «No tardaré, querida», me decía con un tono afectuoso y agitado, como queriendo decir: «Ten un poco más de paciencia».

Esa espera secreta me mantenía en un estado de excitación constante que me costaba mucho contener. Temía que alguien notara mi locuacidad inhabitual y el brío que animaba todos mis gestos, aunque el verano, los días largos y las vacaciones habían contagiado al resto de los vecinos de la casa una nueva euforia. En el patio, las plantas habían florecido, y, agitada por un fuerte viento, la ropa tendida ondeaba y chasqueaba, como si nos saludara con alegría. Por las ventanas abiertas se veía inflarse las cortinas como velas. Las prendas de invierno habían sido sacudidas

con desprecio y enterradas en los baúles. Alentadas por sus vestidos nuevos, las mujeres alzaban el tono de voz, asumiendo una seguridad renovada. En resumen, el gran edificio gris se volvía alegre y bullicioso, y por las tardes respiraba por todas las ventanas abiertas. El martillo del zapatero remendón resonaba con un acento fortalecido y veloz, y la portera se sentaba contenta en el porche, mientras las niñas de los inquilinos jugaban a su alrededor con pendientes hechos de cerezas.

Yo salía a menudo con Fulvia, caminábamos al mismo paso, con ritmo ágil y juvenil. Charlábamos sin parar, al oído, y nos reíamos sin motivo o por tonterías. En verano, el barrio resonaba con los trinos de las golondrinas: ningún barrio de Roma conoce tan bien esos trinos como el de Prati. Temprano, al poco de salir el sol, se persiguen en un vuelo alto y alegre. Entre chillidos, nos retan a alcanzarlas en el azul velado del cielo. Por la tarde, en cambio, vuelan bajo, rozando las ventanas, y alzan voces desesperadas, tratando de escapar de la trampa de la noche. Y, cuando oscurece, callan de golpe, como los instrumentos a la señal del director de orquesta. Entonces, Fulvia y yo regresábamos deprisa hacia el gran edificio, donde muchas familias cenaban ya en la penumbra para ahorrar luz.

Dario solía acompañarnos. La cita nunca era concreta. «¿Sales?», le preguntaba con un gesto a Fulvia desde la ventana de enfrente, y ella contestaba que sí.

Una vez en la calle, no había rastro de Dario, pero, al poco, nos lo encontrábamos por el camino, cada día en un lugar distinto. Nos esperaba fumando, de pie en la acera, y espiaba nuestro paso con ojeadas lentas e indiferentes. «Hola», le decía Fulvia, y él se ponía a caminar con nosotras.

Era un chico flaco, con una barbilla puntiaguda, como de zorro. Sus rasgos eran más bien corrientes, pero sus ojos, azules y profundos, ennoblecían su frente ancha. Paseaba con nosotras sin hablar. Con un gesto nervioso de la mano, trataba inútilmente de recolocarse el cabello liso. Su silencio molestaba a Fulvia, que esperaba pasar una tarde alegre y agradable. Entonces hablaba ella, de los temas más peregrinos, tratando de despertar el interés

del joven, aunque con escaso resultado por lo general. Al principio, yo no entendía qué disfrute podía obtener de relacionarse con él, pero, con el tiempo, yo también empecé a pensar que el silencio huraño de Dario era preferible a la arrogancia hueca de otros compañeros de nuestra edad. Estos parecían decididos a ofrecer una imagen original de sí mismos, y fingían rarezas, para que creyéramos que tenían una personalidad marcada. Sin embargo, se parecían todos entre sí de una manera notable: vestían según los mismos criterios y se expresaban en jerga, como los soldados o los marineros. A mí me costaba acostumbrarme a ese lenguaje convencional que Fulvia, en cambio, manejaba hábilmente.

—¿A qué queréis dedicaros de mayores? —se me ocurría preguntarle a alguno de vez en cuando.

A esta pregunta, todos respondían con ironía, lo que me hacía sentir incómoda, como en el colegio, cuando mis compañeros se burlaban de mí porque sacaba buenas notas. «La vamos a palmar todos —me respondió uno una vez—. Tú también, por mucho que hayas sacado un nueve en Latín.»

—Sois chicas, no podéis entender estas cosas —solía decir Dario, lanzándonos una mirada afectuosa que rompía la frialdad apática de su rostro—. Con vosotras no es fácil hablar de estas cosas.

—¿Y eso por qué? —le pregunté yo, ofendida por la diferencia que quería establecer entre nosotros.

—¿Qué sabrá él? —dijo Fulvia—. ¿Acaso lo sabe?

Parecían perdidos en una soledad triste, pero, en lugar de dolerse, fingían bastarse a sí mismos y no necesitar ayuda alguna en la vida, ni siquiera la de la amistad o el amor. Afectaban un cinismo despiadado, una crueldad inútil, del todo impostada. Una vez, uno de ellos se jactó de haberle arrancado las plumas a un jilguero que tenía su hermana en una jaula. Los demás se rieron, también Fulvia, y la dulce y regordeta Maddalena. Yo me estremecí y protesté por ese alarde de maldad y de tontería.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté con vehemencia—. ¿Es que no te da vergüenza? Me das asco.

Los otros siguieron andando, entre risas, pero vi que se

alejaban incómodos, dejándonos solos.

Claudio, que así se llamaba el chico, trató de reírse otra vez, ahora con menos ganas.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así? —insistí yo.

Su semblante se fue oscureciendo. Los demás ya no podían oírnos. Paseábamos por una ancha avenida de Monte Mario, entre los trinos de los pájaros.

—¿Qué quieres que te diga? —contestó Claudio por fin, irritado.

Noté que quería desahogar una rabia y una impotencia mal disimuladas.

—Soy un cobarde, solo me atrevo a meterme con los que son más débiles que yo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté con afecto—. ¿Es que te ocurre algo?

Él se volvió a mirarme, sorprendido por el interés que le demostraba. Pareció calibrarme un momento, preguntándose si podía confiar en mí.

—No lo sé —dijo.

Entonces, temiendo que yo atribuyera su reserva a una falta de sinceridad, añadió:

—De verdad que no lo sé, Alessandra —repitió cogiéndome del brazo.

Tenía un brazo flaco, áspero y fibroso, y unas manos demasiado grandes para su estatura. Vestía una camiseta blanca con agujeros y llevaba la chaqueta sobre los hombros. Emanaba de él un olor acre a sudor y a piel no muy limpia, como todos los chicos que conocíamos. Suponía que no se lavaban mucho por las mañanas, presurosos por escapar de casa. En lugar de alejarme de él, ese olor, mezclado con el del tabaco malo que fumaba, me suscitó más simpatía.

—No estás contento, ¿verdad? —le pregunté en voz baja, con la mirada vaga, como cuando hablaba en mi fuero interno con Antonio.

—No —contestó él en el mismo tono bajo y controlado—. ¿Cómo voy a estar contento?

No había nada malo en lo que hablábamos, pero vi que Claudio miraba a su alrededor. A la derecha se erguía un alto cañaveral. Las hojas, movidas por el viento, susurraban, como si hubiera alguien escondido entre ellas, escuchando. A nuestra izquierda había grandes bloques de viviendas obreras. En las fachadas amarillas, las ventanas estaban muy cerca unas de otras, las prendas tendidas a secar se tocaban, emparentando a los vecinos entre sí.

—¿Cómo voy a estar contento? —me preguntó de nuevo—, no se puede hablar con nadie: esta es la primera vez que hablo, Alessandra, y ya me siento algo mejor, como si me hubiera liberado de un peso. Quizá solo se pueda hablar con sinceridad con una mujer. No aguanto más.

Yo bajé aún más la voz y me apoyé en él al caminar, aunque, en realidad, era él quien se apoyaba en mí, como mi padre la tarde del concierto. Claudio tenía tres años más que yo y ya parecía un hombre. La suya fue la primera amistad que tuve con una persona del otro sexo. Me habría gustado descansar en él, entregarle mi carga de incertidumbres y de dudas, y dejarme consolar. Pero él se me adelantó, y ya no me fue posible hacerlo. Nunca me fue posible ser débil, Dios mío, ni un instante siquiera. Tuve que aprender a ser el hombro en el que apoyarse, la mano que sostiene, la voz que consuela. Solo aquí, hoy, he hallado descanso, pese a que temía que nunca lo hallaría.

Caminábamos, pues, uno al lado del otro, y Claudio se apoyaba en mí. Tenía la impresión de que detrás de nosotros caminaban otras parejas, fingiendo el mismo abandono amoroso, cuando en realidad solo buscaban sostenerse mutuamente, hombre y mujer, crear una defensa sólida contra un peligro ignoto que nos asediaba por todas partes.

—¿Conocías al hermano de Aida? —le pregunté.

—Sí.

—Está preso.

—Lo sé —dijo Claudio en voz baja, y se apresuró a añadir, en tono despectivo—: Es pura cobardía, como desplumar a un jilguero o tirarse por la ventana. Es pura cobardía, créeme, Alessandra.

Rebelarse es fácil, bastan cinco minutos. Y luego te conviertes en un héroe, y en la cárcel ya no tienes más que entregarte al orden, a la reflexión y a la paz interior. Pero hace falta mucho valor para seguir viviendo día tras día con un padre que no te entiende y una madre que te da pena. Seguir viviendo, por ejemplo, detrás de una de esas ventanas —dijo señalando la gran casa amarilla—, ir a clase sin rechistar, ir a trabajar sin rechistar, no reclamar nada, no rebelarse jamás, y afrontar la vida fácil que te devora, que te arrastra poco a poco.

Seguíamos a los amigos, los oíamos hablar y reír no muy lejos de nosotros. Claudio me atrajo hacia sí, preguntándome:

—¿Tú me aprecias, Alessandra?

—Sí, te aprecio —contesté.

—¿Me amas? —me preguntó en voz más baja, apretando su brazo áspero contra el mío, como si quisiera fundirnos a los dos en uno.

Yo bajé la cabeza, avergonzada de negarle esa ayuda: me habría gustado contestar que sí, Fulvia lo habría hecho en mi lugar. Me suscitaba una gran simpatía espontánea, pero ante todo quería ser sincera y no me parecía que lo que sentía por él fuera amor. Conocía el rostro transfigurado de mi madre cuando volvía a casa después de haber estado con Hervey.

No contesté, y seguimos paseando en silencio hasta que nuestros amigos se pararon a esperarnos para regresar todos juntos.

Esa misma tarde, mi madre me cogió la mano en el pasillo oscuro, junto a la cocina, y me dijo en voz baja:

—Más tarde hablaré con papá, le diré que nos marchamos. Tú quédate con nosotros y no me dejes sola a no ser que te lo pida.

Había adoptado una expresión seria y grave, como movida por una determinación muy firme. Esos últimos días, sin embargo, se había mostrado más dócil que de costumbre, sumisa, dominando esos prontos caprichosos tan propios de ella. A veces me preguntaba con temor si había renunciado al proyecto de sus sueños, albergaba la esperanza de que solo quisiera fingirse una

mujer como las demás, una mujer vencida y dominada, digna de confianza.

—Ánimo —le dije dándole un beso ligero en la mejilla.

Cenamos. Mi padre hablaba de las cosas de siempre. Enrollaba los espaguetis en el tenedor con su afectación habitual, y yo me asombraba de que no intuyese lo que estaba a punto de ocurrir, que no notase el ambiente incierto en el que nos movíamos todos. Pero estaba tan sumido en su egoísmo que nada podía alcanzarlo. «Bobadas», decía siempre que se aludía a alguien que sufría por un sentimiento. Si se trataba de una mujer, añadía: «que se ponga a hacer calceta».

Sista quitó los platos y los vasos. Mis padres quedaron uno frente a otro, separados por el mantel blanco. Con un gesto de la mano, mi madre barría del mantel las migas de pan, como si quisiera que entre ellos todo estuviera limpio y despejado. Cuando su marido hizo ademán de levantarse, lo retuvo con una mirada y le dijo:

—Un momento, Ariberto, tengo algo que decirte.

Él se quedó sorprendido, desconfiando de las intenciones de su mujer. Volvió a sentarse de mala gana y preguntó escamado:

—¿Qué pasa?

Mi madre estaba muy tranquila. Cruzó las manos sobre el mantel, limpio ya de toda miga, y dijo:

—Dentro de unos días, me marcharé con Alessandra.

Nunca nos habíamos ido de viaje. Nuestras maletas, de cartón y de mimbre, de aspecto anticuado, yacían en lo alto de un armario.

—¿Que os marcháis? —preguntó él fingiendo una sorpresa divertida—. ¿Y adónde, si se puede saber?

—Nos vamos —contestó mi madre sin alterarse—. Nos vamos de aquí.

Hubo un silencio. Yo había acercado mi silla a la de mi madre, y ambas lo mirábamos muy serias.

—No queremos seguir aquí, en esta casa.

—¿Qué tiene de malo esta casa? Es cómoda y pagamos un alquiler razonable. ¿Qué tenéis en contra de esta casa?

Mi madre vacilaba, esperando que él comprendiera sin más explicaciones, solo con miradas, y ella pudiera ahorrarse la tarea desagradable de decírselo.

Por fin dijo:

—No queremos seguir viviendo contigo.

Él se quedó desconcertado, calibrando la seriedad de nuestras palabras. Estábamos sentadas una al lado de la otra, y pienso que él debía de estar viendo ante sí a dos Eleonoras, igual de firmes y decididas, que expresaban con toda su persona el deseo de abandonarlo.

Pero mi padre, tras mirarnos varias veces, se echó a reír. Reclinándose en el respaldo de la silla, reía de una manera odiosa. «Ja, ja», reía, «ja, ja», mirándonos como si hubiéramos dicho algo muy ocurrente, algo cómico incluso.

—Ja, ja, de modo que no queréis seguir viviendo conmigo.

Pálida, mi madre le contestó:

—No te pongas así, te lo ruego, esto es serio.

Él seguía riéndose. Era una tarde de bochorno y las ventanas estaban abiertas. La fachada de la casa de enfrente parecía más cerca por efecto del calor. Yo temía que todos, en nuestro edificio, en los edificios vecinos, en la calle, oyeran la risa de mi padre y, movidos por la curiosidad, vinieran a llamar a nuestra puerta para saber la causa de esa hilaridad incontenible. La causa éramos nosotras y la angustia que agitaba nuestra vida.

—¿Y cómo pensáis vivir? —nos preguntó de repente, dejando de reír y fingiendo una alegría benévola y llena de curiosidad—. ¿Cómo pensáis vivir? —repitió.

Una vez más, eso era lo que lo reforzaba en su poder: el sobre amarillo que le daban en el ministerio el 27 de cada mes. Con ese dinero, él creía haber comprado no solo el derecho de tratarnos como inquilinas o criadas, sino también el de reírse de nosotras, sin preguntarse qué había detrás de nuestra decisión.

—A ver, decidme, ¿cómo pensáis vivir? —insistió.

—Yo siempre he ganado dinero —contestó mi madre—. Y sé que puedo ganar aún más.

—¿Con los conciertos? —insinuó él irónico.

—Sí, también con los conciertos.

Mi padre volvió a echarse a reír. Con la risa, la camisa se le abría en el pecho, fuerte y velludo. Nuestras palabras ni siquiera arañaban su gruesa corteza. Seguro de sí, no se molestaba en disuadirnos de nuestro propósito. Nos señalaba incluso la puerta: ahí la teníamos, a dos pasos. Nos bastaba con abrirla para ser libres. Nosotras, sin embargo, nos quedamos clavadas al mantel blanco, mientras él seguía riéndose.

—Esto es serio, Ariberto —repitió mi madre tratando de abrirse camino entre las pausas de su risa—. Ya está decidido.

Entonces él debió de considerar que el juego había durado lo suficiente. Dejó de reír de pronto, se incorporó en la silla y cambió el tono de voz:

—Estáis locas —dijo mirándonos primero a una y luego a otra —. Locas —repitió—. Necesitáis una cura reconstituyente, una cura para los nervios, de bromuro. Os lo he dicho otras veces: tenéis algo aquí que no funciona.

Se llevó el índice a la sien y, haciendo el gesto de girar un tornillo, dijo con ironía:

—Aquí.

—¡No hagas ese gesto, Ariberto! —exclamó mi madre vivazmente—. ¡Te lo suplico, no lo hagas!

—Bromuro —repitió él.

Se levantó y, sin añadir nada más, salió de la habitación. Al poco oímos el ruido acostumbrado de la llave en la cerradura.

Siguieron días difíciles. Nuestra amistad con las Celanti se asemejaba a la afectuosa solidaridad, a la íntima y compasiva comprensión que une a las víctimas de una minoría perseguida.

A veces, por las tardes, mientras hacía los deberes, mi madre entraba en mi cuarto y, sin motivo alguno, me invitaba a interrumpir enseguida el estudio y a subir a casa de Fulvia. Si me resistía, intuyendo que se trataba de un pretexto para quedarse a solas con mi padre, me suplicaba con la mirada: «Sube, Sandi, por favor».

Nada más verme aparecer, las Celanti comprendían que mi

madre me había alejado para que no presenciara alguna conversación difícil o dramática, por lo que enseguida me colmaban de atenciones. Una tarde, oí a Lydia llamar por teléfono al capitán y decirle que no podía salir a causa de Eleonora. Me habría gustado rogarle que no se preocupara por mí, pero mi deseo de que no me dejaran sola era más fuerte. Nos sentábamos en la cama y apenas hablábamos, no hacíamos nada, solo esperar a que pasaran las horas. Hacerlo juntas parecía más fácil. Tensas, en alerta, nos sobresaltábamos con cada voz, con cada ruido, listas para correr en su auxilio. Y, mediante nuestra agónica espera, luchábamos también nosotras contra mi padre, con todas esas razones propias de las mujeres que los hombres no pueden entender.

Un día, nada más entrar, Lydia me dijo muy nerviosa:

—Hoy se lo va a contar todo.

—Todo, ¿de qué?

—De Hervey.

Me quedé apesadumbrada. Temía que una carcajada de mi padre pudiera ajar, ensuciar o hasta destruir el dulce cuento de hadas que vivía yo también a través de mi madre.

—Llegado un momento, hay que hablar con franqueza —dijo Lydia—, es necesario.

—Sí —reconocí—, pero no con mi padre. Mi padre no va a entender nada.

—Al contrario: por eso precisamente —replicó Lydia—. Hay que pensar en la ley.

—¿Qué pinta aquí la ley? Se trata de sentimientos.

—¡Oh! —exclamó Lydia—. La ley nunca tiene en cuenta los sentimientos de las mujeres.

—¿Entonces? —repliqué yo—. ¿Cómo se puede hacer una ley, que sea de verdad justa, desdeñando algo que para nosotras es lo más importante?

—Pues es así, pese a todo —dijo Lydia.

—¿Y para los hombres, mamá? —preguntó Fulvia al cabo de un momento.

—Es distinto: para los hombres no se habla nunca de

sentimientos, sino solo de la necesidad que tienen ellos de... ¿cómo decirlo?, es difícil de explicar...

—¿Te refieres a acostarse con una mujer? —preguntó Fulvia brutalmente.

—Eso es.

Yo sentía una indignación tal, un asco tan profundo, que no pude contenerme y me atreví a preguntar:

—¿Y de eso, en cambio, sí se preocupa la ley?

—Sí —contestó Lydia—: para los hombres, sí.

Se me subió la sangre al rostro, notaba que me ardía.

—Pero quizá podamos obviar esas cosas. Es difícil, pero lo veo posible.

Pensaba en Enea y hablaba sin mirar a mis amigas a la cara.

—Pero ¿cómo se puede obviar un sentimiento? —pregunté angustiada.

Fulvia y Lydia no contestaron. Poco después, Lydia me explicó cómo era la ley: cómo se le daba un significado distinto a la palabra *fidelidad*, según si concernía al hombre o a la mujer. Me dijo también que mi madre había decidido confesarle a su marido que estaba enamorada de Hervey, que no era su amante y que, por eso, quería marcharse para actuar de manera honesta y llevar, junto a él, una vida basada en gustos y aspiraciones comunes.

Mientras hablaba, yo empecé a llorar. Hacía mucho tiempo que no lloraba, quizá años: mi madre había hecho de mí una niña feliz. Me había enseñado a contentarme con pocas cosas materiales y a sentir que todas las demás las poseía en abundancia. De verdad no recordaba haber llorado nunca de niña. Tan solo una vez, con poco más de once años, había temido estar muy enferma. Me había sincerado con Sista porque no quería asustar a mi madre. Y ella me había dicho que no estaba enferma, sino que me había convertido en mujer. Sin pedir más explicaciones, dejé a Sista, me fui a mi cuarto, a la camita encajonada entre armarios, que era mi dulce refugio, y el nudo de dolorosa humillación que sentía dentro se disolvió en llanto.

—Hay que hacer algo por las mujeres —dijo Fulvia—. Dario dice que se hará, con el tiempo.

—¡Con el tiempo!... —exclamó Lydia—. Las mujeres esperamos siempre que llegue ese tiempo y, mientras tanto, se nos pasa la vida, se nos va...

—Pero Dario asegura que con el tiempo se hará algo. En Estados Unidos, las mujeres pueden votar y ser diputadas.

Tendida en la cama, yo lloraba bajito, el llanto me hacía bien. Fulvia seguía hablando, pero yo negaba con la cabeza, indicándole con ese gesto que callara. Apenas sabía lo que significaba votar o ser diputado, no tenía el más mínimo deseo de serlo, pero no quería que se hablara de hacer algo por las mujeres como si fuéramos seres inferiores o lisiados. Quería que nos dejaran vivir según nuestra naturaleza susceptible y delicada, como se le permitía al hombre vivir según su fuerza y su seguridad. No, decía, meneando la cabeza, no había que hacer algo por nosotras: también nosotras, como los hombres, por el mero hecho de haber nacido, debíamos tener derecho a que se respetara nuestra existencia.

Lloraba, y ellas me dejaban llorar. Lydia me daba palmaditas en los hombros, era el único consuelo que podía ofrecerme. Le tomé la mano regordeta y se la besé con mucha ternura.

—Ya habrán terminado —dijo por fin.

Bajé a casa. Todo estaba a oscuras.

Fui a la cocina, allí estaba Sista, planchando bajo la luz amarilla de la lámpara de pocas velas. Levantó los ojos al verme entrar, y yo le hice un gesto que quería decir: «¿Dónde están?».

—Tu padre ha salido —me contestó.

—¿Y mamá?

—Está en su cuarto, a oscuras. Debe de estar en la cama. Ha cerrado la puerta con llave.

Cogí una silla y me senté junto a la mesa donde Sista seguía planchando con dedicación. En su ir y venir, la plancha me arrojaba bocanadas ardientes.

Planchaba una camisa de mi padre, una camisa de mangas largas, difíciles de manejar. Pese a ser muy buena planchadora, Sista no era capaz de hacerse con esas mangas tan largas.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—No lo sé. Tu padre gritaba, y tu madre no paraba de llorar.

—¿Por qué?

Ella vaciló un momento y luego contestó:

—No lo sé.

—Estás mintiendo, Sista. Seguro que no has podido aguantar y has ido a escuchar detrás de la puerta. ¿Qué han dicho? —insistí con dureza.

Al cabo de un momento, ella confesó en voz baja:

—No he podido oír mucho, tu madre hablaba bajito. Él le ha dicho: «Se te pasará», y ella lloraba, diciendo: «No es posible, no se me pasará nunca», ha dicho: «mientras viva». Él respondía diciendo que las mujeres son...

—¿Son qué?

—Decía: «Son todas unas furcias».

—¿Le ha dicho eso a mamá?

—Sí.

Sista respondía con la cabeza gacha, sin dejar de planchar.

—Y luego ha dicho: «Te quedarás aquí, en esta casa».

—¿Y qué más?

—No lo sé. Recorría la habitación de un lado a otro, yo tenía miedo de que me descubriera.

La plancha iba y venía sobre la camisa de mi padre. Sista callaba, y yo ya no tenía fuerzas de seguir interrogándola. Miraba la camisa con los ojos muy abiertos, cegada por su blancura. Tampoco tenía ganas de moverme ni de ir a consolar a mi madre. Miraba a Sista, y en su rostro impasible, en sus ojos sin expresión, leía una costumbre a la obediencia, una costumbre de años y años. «¿Qué se puede hacer, Sista?», le pregunté una noche. Ella contestó: «¿Qué quieres hacer? Es su marido». «Son cosas suyas —dijo otro día—, cosas de gente que se ha casado y tiene que pasar la vida juntos. La vida es larga.» Yo no quería resignarme; sin embargo, impresionada, me di cuenta de que ya estaba abandonando a mi madre, la dejaba sola, sumida en su profunda angustia, exhausta de llorar, y me quedaba mirando a Sista planchar. Bajo la luz de la lámpara, con el agujero redondo del cuello, los puños y la forma de los hombros, la camisa parecía un

hombre vivo, invasivo, tendido cuan largo era delante de nosotras, triunfante y seguro de sí. Nosotras estábamos atentas a él y lo servíamos, lo atendíamos. Veía la plancha negra deslizarse despacio sobre la camisa blanca como sobre una piel tersa y lívida. La plancha parecía una asquerosa sanguijuela. Sista la metía debajo del cuello, ya planchado y rígido, para que también ahí la tela estuviera bien lisa. La metía una y otra vez, con saña. Parecía que la bestia negra quisiera atacarla al cuello y chuparle toda la sangre. De repente, en esos golpes duros e hirientes, descubrí una intención oculta.

—Tienes que enseñarme a planchar, Sista —murmuré.

Ella levantó los ojos hacia mí, asustada de que la hubiera sorprendido en su delito. Me escrutó, los ojos muy fijos devoraban su rostro demacrado. Tal vez quería negarse. Pero, al cabo de un instante, volvió a golpear la plancha negra y punzante sobre la frágil blancura del cuello.

—Sí —contestó bajito—. Es algo que todas las mujeres tienen que saber hacer.

Llegamos así al 12 de julio, el decimoctavo aniversario de la muerte de mi hermano. Desde hacía muchos años, en esa fecha, mi madre y yo íbamos solas al río: mi padre se había cansado de esa ceremonia que, una vez aplacado el desgarro del primer dolor, debía de parecerle inútil o incluso grotesca. «Hoy no puedo ir —dijo la primera vez, mientras nosotras nos preparábamos para salir, vestidas de negro—. Tengo un asunto importante.» Se lo veía incómodo al aducir ese pretexto, como si se hubiera servido de él para una mala acción. Por lo demás, sabíamos perfectamente que él nunca había tenido ningún asunto importante. El año siguiente, puso también una excusa, y desde entonces ya no dijo nada.

El 12 de julio, temprano por la mañana, mi madre convocó a Ottavia. Venía ya a nuestra casa con bastante frecuencia, aunque nunca coincidía con mi padre. Cuando Ottavia entraba, con su paso claudicante y decidido, la casa entera caía en su poder al instante.

Esos días, el propio Enea quedaba excluido del salón. Se

sentaba en la cocina con Sista, a esperar el final del diálogo sobrenatural. Me imaginaba que todos sus días debían de transcurrir así, de una cocina a otra, arrastrando de casa en casa esa actitud seria y comprensiva que se empeñaba en fingir. Si la sesión era larga, Sista le ofrecía un trozo de pan y un poco de queso. Mantenía su lúgubre expresión mientras comía, como si nada pudiera animarlo, ni siquiera comer hasta saciarse. Daba un mordisco tras otro, en silencio, sujetando entre las rodillas la tétrica bolsa de las hierbas y los amuletos.

En esas ocasiones, no se atrevía ni a rozarme con el deseo viscoso que solía brillar en sus ojos. Estaba muy concentrado en el gesto lento y glotón de alimentarse. Toda su animalidad oculta se plasmaba en la tarea de morder, masticar y tragar. Su hambre, su vida vagabunda y humillante, terminaban por suscitar en mí algo cercano a la compasión. Su apariencia apenas había cambiado con el paso del tiempo. Bajo la gran cabeza, su cuerpo seguía achaparrado, y la expresión astuta de su rostro se había envilecido al vivir experiencias de adulto. Seguía vistiendo de negro.

—He tenido algunas manifestaciones —me dijo el 12 de julio —. He visto dibujarse una cara en la pared y, una noche, oí claramente una voz que me decía: «Escribe».

—¿De modo que has elegido tú también este oficio? —le pregunté.

—No es un oficio —me corrigió—: es una misión.

Sista se había alejado para ir a espiar tras la puerta del salón, y él aprovechó para cogerme la mano. El tacto de su piel me turbaba profundamente, y me enfurecía que fuera precisamente un hombre como él quien me provocara esa languidez irresistible. En la bolsa donde guardaba las hierbas y los amuletos, los clientes metían unas pocas monedas de propina para él, o incluso un huevo o un trozo de pan. Pero no se sentía mortificado por su condición servil, al contrario, quería seguir aceptando esas limosnas toda la vida, aunque fuera fuerte y sano y pudiera desempeñar fácilmente un oficio.

—Déjame —le dije zafándome—. Me voy a ir pronto, ¿sabes? Me marcho. Tú y tu tía no volveréis nunca a esta casa.

Con una pizca de desprecio, añadí:

—Quizá esta sea la última vez que nos vemos.

Enea sonreía de una manera odiosa.

—No pienses en eso ahora, piensa en mí —me dijo tratando de deslizar la mano por el escote de mi blusa.

Me zafé dándole un empujón. Enseguida, como si quisiera acudir en mi auxilio, oí a mi madre salir del salón, descorriendo las anillas de la cortina como en un arpegio.

Nos abrazamos en el vestíbulo medio en penumbra. Tenía los ojos brillantes y una mirada trastornada.

—Hoy acudirá *él* también a la cita —me dijo.

Fuimos al río hacia el atardecer y bajamos hasta la orilla. El muelle ya no estaba desierto como cuando yo era niña. Pasado el puente del Resurgimiento y casi hasta el puente Milvio, se erguía una hilera de horribles bloques de casas verdes, amarillas y azul celeste. Pero, en el río, todo estaba como siempre, apacible. Allí seguía el alto cañaveral más allá del cual había querido ir a jugar mi hermano, y la hierba era verde y suave, salpicada de margaritas silvestres.

Mi madre se acercó al borde del agua y se inclinó sobre la corriente, arrojando flores. Luego se sentó junto a las cañas, sin apartar la mirada del río. El viento se colaba entre su cabello, y su grácil busto parecía ondear como un junco. «Mamá querida», le decía en mi fuero interno, con un amor arrebatado.

Ella no me miraba, estaba atenta al murmullo del viento entre las hojas afiladas de las cañas.

—¿Lo oyes? —murmuró—. Es él.

Me tendí en el prado, el frescor de la hierba me humedecía la nuca. A nuestro alrededor se había formado una zona mágica de silencio y quietud. No se oían voces ni chirridos. Por encima de mí se extendía el gran arco del cielo y, a mi lado, fluía el Tíber, plácido y perezoso. Sentía que Alessandro estaba de verdad presente en ese momento: nos rondaba, inmenso, con una gran capa de aire. Éramos una sola y suave corriente, él muerto, y nosotras vivas. La luna se dibujaba pálidamente en el cielo, y me

parecía que podría despegarla con la uña. Adiós, Enea, adiós, decía. El fluir del río me arrastraba, alejándome de los hechos brutales de la vida.

—Mamá, ya pronto nos marcharemos, ¿verdad? —le pregunté sonriendo.

—No lo sé —contestó ella en voz baja, y añadió—: No creo. No pienses en eso, Sandi. No lo pienses más.

Me quedé desconcertada, esperando que ella se volviera para reírse de mí, como solía hacer, burlándose con ternura de mi credulidad. Pero esta vez estaba inmóvil y seria. Sentí miedo de que desapareciera en un instante, de que hubiera elegido ese lugar de dulce soledad para abandonarme. Con un terror helado, me incorporé y exclamé casi gritando:

—¡Oh, mamá, no te vayas sin mí!

Ella se volvió, sorprendida por mi tono. Y, mirándome con inmensa ternura, me dijo:

—No, Sandi, no tengas miedo. Sería incapaz de irme sin llevarte conmigo. Por eso te he dicho que no pienses más en eso.

Hizo una pausa y luego añadió:

—Tu padre no quiere dejarnos marchar. Me ha dicho: «Vete, si quieres, pero a mi hija la dejas aquí».

—¿A mí? —exclamé atónita—. ¿Y eso por qué? No tenemos nada que decirnos, no tenemos nada en común.

—Ya. Lo sé. Pero dice: «La ley está de mi parte».

Enseguida, con una mueca triste, volvió a mirar el río. Estoy segura de que hablaba con Alessandro, de que dialogaba con él. Y, de repente, me sentí ajena por ese poco que albergaba en mí de mi padre, del que mi hermano había renegado con su muerte. Me parecía algo a mi padre, algunos decían que en las manos, otros, que en los dientes. Ni siquiera el amor sin límites que sentía por mi madre podía destruir esos signos que la ley le permitía reivindicar.

Al poco, mi madre se levantó, subimos la escalera y nos encaminamos a casa. Había mucha gente en el muelle porque era domingo, y las familias salían a pasear en silencio, entontecidas por la convivencia continua. Miraban a los viandantes con interés, esperando descubrir en sus rostros algo que pudiese distraerlos.

Caminaban despacio por las orillas del Tíber, que era el confín y la gloria del barrio. Algunos jóvenes empujaban sus bicicletas, otros sostenían el amoroso abandono de una mujer. Paseábamos bordeando las casas en las que descansábamos el cuerpo cuando estaba fatigado y saciábamos el hambre cuando la maraña de vísceras que llevábamos dentro reclamaba alimento. Las habitaciones llevaban el olor de nuestra piel y de nuestro sudor, el olor de lo que comíamos. En el muelle Mellini, se veían viejos bloques de casas como el nuestro, donde, desde hacía años, tanta gente nacía, se casaba y moría. Para mí, eran personas que se parecían todas físicamente, como si estuvieran emparentadas entre sí por una larga sucesión de generaciones. Yo habría querido rebelarme, pero algo me ataba, algo me lo impedía: quizá las miradas tristes y bondadosas de los que pasaban por mi lado, o la compasión que me inspiraba el paso tranquilo con el que transitaban por sus oscuras vicisitudes.

Mi madre se acercaba mucho a mí, como si juntas tratásemos de hendir una corriente compacta. Lidiando con una angustia inefable, me sentía mezquina y egoísta. Quería a mi madre, la quería desesperadamente, y, sin embargo, no tenía la fuerza de sacrificarme para liberarla. Por consiguiente, no la quería como siempre había pensado que debía ser el amor. Pero bastaba con abrir la mano para dejar volar a una mariposa.

—Mamá, vete sin mí —le dije.

Lo dije con desenvoltura, como si le estuviera diciendo una cosa sin importancia, mientras la gente nos separaba al pasar por nuestro lado.

—No —contestó ella de la misma manera—. No es posible.

Siguió un silencio. Pasó una compañera mía de colegio y me saludó. Yo contesté a su saludo y sonreí.

Entonces mi madre me cogió del brazo, para que nadie pudiera separarnos ya, y empezó a hablar bajito, casi como si hablara consigo misma.

—No puedo dejarte —dijo—. Lo que yo quiero hacer es una cosa hermosa, y, si actuara así, se convertiría en una cosa fea. He intentado hablar con franqueza con tu padre, esperaba que lo

entendiera. Pero no ha sido así.

—No puede entender —contesté yo.

Oscurecía, los árboles se adensaban en la sombra. Mi madre se detuvo y nos asomamos al parapeto. A nuestra espalda, la gente seguía paseando despacio.

—Marchémonos, mamá —insistí yo—, marchémonos ahora, de inmediato, sin pasar por casa. Papá no sufrirá, te lo aseguro: Sista se quedará con él, le preparará la comida y la cena, se ocupará de su ropa. ¿Qué otra cosa quiere él de nosotras? Estoy segura de que no moverá un dedo para buscarnos.

—No lo sé, igual es cierto lo que dices. Pero sería algo muy feo y desleal. Todo el proyecto de mi vida quedaría patas arriba, y lo demás sería inútil, ¿entiendes?

La gente seguía pasando por detrás de nosotras. Se oyó una voz de mujer que decía: «¿Tienes hambre, Gigino?».

—Todo sería inútil —repitió mi madre—, también el amor. Y no porque yo sea incapaz de transgredir una norma rígida. Oh, no, créeme, Sandi, no es así, y puede que eso esté mal; sí: está mal. Pero yo no sabría adaptarme a una vida espiritualmente mediocre ni a un amor mediocre. ¿De qué vale un amor mediocre? Amores mediocres los hay en todas partes —dijo—. Vuélvete a mirar: muchas de estas personas no se plantean ni uno solo de mis problemas. Viven una vida fácil, día tras día, sin preguntarse el porqué de su paso por la Tierra, ni el significado de sus gestos o de sus actos. Ellos han querido estas leyes inhumanas, leyes que son los primeros en intentar saltarse, a costa de pequeñas componendas, de pequeñas cobardías.

Yo no decía nada, solo miraba el río negro. Me habría gustado preguntarle a mi madre si de verdad creía que la vida de los demás era fácil, o si el mero hecho de vivir era un sufrimiento extenuante y profundo que nadie podía consolar. Pero estaba fascinada por ella, por el embeleso que me provocaba el más mínimo de sus gestos, escuchar el ritmo armonioso de cada palabra suya.

—Me he preguntado muchas veces —prosiguió— de qué parte está la razón, si de la mía o de la suya. Pensaba estar hecha de un modo anormal, como quien nace con dos cabezas o con seis dedos.

He intentado plegarme a sus componendas. Hasta que me persuadí de que soy yo quien tiene razón. Tengo razón. Tenemos razón nosotras, pero ellos son más fuertes.

Los notábamos pasar a nuestra espalda, algunos nos rozaban al andar, formaban una corriente amplia y dura que nos frenaba en su fluir. Nos sentíamos atrapadas entre dos ríos hostiles. Sobre el Tíber se extendía el reflejo de algunas luces, componiendo monstruosos rostros humanos, que después borraba la corriente. Más allá del parapeto de enfrente, todas las luces de la ciudad estaban encendidas y nos llamaban. Parecía una isla de felicidad frente a la cual nosotras estábamos retenidas en cuarentena, sin poder desembarcar.

—Es muy tarde —dijo mi madre.

Enfilamos la calle degli Scipioni. Allí los árboles acaparan todo el espacio. Son plátanos viejos, y sus largas ramas, con su carga de hojas y pájaros dormidos, se abrazan entre sí, ocultando la vista del cielo. Las casas son altas y oscuras. Por la noche, la gente se asoma a las ventanas de la planta baja, disfrutando del poco aire que pasa entre las hojas y los mosquitos. Tras algunas de estas ventanas se sientan el padre, la madre y un niño. A su espalda se entrevén interiores oscuros y míseros, y en sus ojos se lee la melancolía que, en ciertos monumentos funerarios, petrifica a familias enteras que han perecido por una terrible tragedia, un incendio o una inundación.

Mi madre y yo sentíamos que esos ojos nos seguían, de una ventana a otra. Aprisionadas entre los árboles, las casas y las miradas, teníamos la impresión de caminar por una baja galería de piedra, interminable, sin luz alguna al fondo. «Son más fuertes que nosotras», pensaba yo, y también lo pensaba mi madre, pues se alejaba veloz, con la gracia sin igual de su hermoso cuerpo. Me llevaba de la mano y solo aflojaba el paso en los cruces, esperando vislumbrar una luz, una salvación. Pero, a un lado y a otro, solo se veían otras calles rectas e inexorables, atestadas de plátanos gigantescos, casas grises y ventanas.

Llegada a este punto tan avanzado de mi confesión, temo no haber

sido siempre totalmente sincera, como me había propuesto. ¡Oh, Dios mío, temo que así ha sido! Pero ¿cómo podría haber hecho, si no? Esta es para mí la única verdad, no hay más verdad que esta. Me refiero en concreto al perfil de mi madre que estoy trazando. Temo haber narrado una fábula más que una crónica fiel de su vida. Quizá ella no fuera siempre tan perfecta como la voy describiendo, ni fueran siempre tan etéreos sus gestos ni tan armonioso el tono de su voz; quizá dijera alguna vez palabras duras, quizá tuviera algún sentimiento mezquino, como todas las mujeres.

Pero yo no recuerdo nada de eso. Ella ha quedado, en mi memoria, como esa leyenda de gracia y candor que me gusta emular, pues de verdad *fue* así para mí. Creo que la leyenda que queremos mostrar de nosotros mismos es la razón oculta de nuestros gestos y nuestras palabras, y ¿por qué no decirlo?, es incluso la razón de nuestra vida.

Mi madre era para mí la encarnación más amable de la mujer. Y, cuanto más se empañaba y se envilecía el proyecto de mi vida con el paso de los años, más brillaba su imagen.

Nuestra visita al río me dejó turbada. Me habría gustado hacer algo por mi madre, devolverle todo lo que ella sacrificaba por mí con su elegancia natural. Tenía miedo de que mi devoción sin límites ya no bastara para ayudarla. Y también Sista compartía tal vez mi temor, porque nos mirábamos, perdidas, y habíamos retomado la vieja costumbre de esperarla, asomadas a la ventana. En esos tiempos, Sista palidecía y perdía peso, como mi madre: parecía haberle entregado, para que lo gastara a su antojo, el patrimonio intacto de su juventud reprimida. A través de mi madre, ella se veía vivir con el ímpetu fogoso que seguramente siempre había escondido en su interior. Cuando la señora salía, también ella disfrutaba de una revancha personal, una rebelión, una fuga, aunque al instante se arrepintiera de sus impulsos. Se moría de impaciencia hasta que la veía regresar a casa.

Estábamos asomadas al alféizar, y yo miraba su perfil duro como de medalla. El nacimiento de su cabello en las sienes era hermoso, y tenía la dignidad sobria y discreta propia de las sardas.

—¿Cuántos años tienes, Sista? —le pregunté.

Ella se volvió hacia mí, extrañada de mi pregunta.

—No lo sé —dijo al cabo de un momento—. Haz tú la cuenta. Soy del 99.

—¿Tienes cuarenta años? ¿Eres apenas un poco mayor que mamá?

Sin contestarme, Sista volvió a mirar el final de la calle, hacia los árboles de la calle Cola di Rienzo. Yo le observaba el nacimiento del cabello en las sienes: vigoroso y tupido, me sugería la imagen de su cuerpo todavía joven enterrado vivo bajo la ropa negra, sometido a la agotadora tarea de servir en una casa pobre como la nuestra.

—Sista... —le dije, acercándome para abrazarla.

—¿Qué te pasa? —me contestó ásperamente—. Déjate de bobadas y mira tú también. Dentro de poco volverá tu padre. No entiendo... —murmuró, bajando la cabeza—, no entiendo qué hace tu madre todo el día con ese.

—Te prohíbo que hables así de él, ¿entendido? —le dije dándole un fuerte codazo—. No es un hombre como los demás.

Sista me miró de reojo con expresión compasiva y meneó la cabeza.

—Todos los hombres son iguales. ¡Una calamidad, eso es lo que son! —dijo en voz baja.

Se pasó la mano por la cara y por la frente, como si quisiera ahuyentar un mal presentimiento.

—Todavía no se la ve —murmuró entrecerrando los párpados para distinguir desde lejos la anhelada figura de mi madre—. No se la ve, no se la ve —repetía perdida, y su brazo temblaba sobre el mármol frío del alféizar.

Volvió después que mi padre, en efecto, y recibió con indiferencia sus reproches. Fue a acostarse temprano, sin cambiar una palabra conmigo. Era viernes por la noche.

Al día siguiente, se levantó nerviosa.

—Esta noche no he podido dormir —dijo—. Oía sin parar la voz de Alessandro llamándome.

Tenía una expresión exaltada, trastornada.

—Deberías dejar de consultar a Ottavia —le sugerí con dulzura.

—¿Por qué me dices eso? —replicó vivamente—. ¿Ahora tú también estás en mi contra? ¿Tú también empleas las mismas palabras?

Le dirigí una mirada reprobadora y afectuosa a la vez. Ese día soplaba el siroco y estaba nublado. Por la ventana que daba al patio, las nubes avanzaban, amenazadoras. La casa parecía aún más oscura que de costumbre y hacía un calor sofocante.

—Tenemos el temporal a flor de piel. Hay que calmarse, mamá.

Mientras, ordenaba la habitación y quitaba el polvo, esforzándome por contener en una acción precisa la inquietud que me dominaba. Desde niña, padecía la influencia del tiempo y el clima. Mi humor estaba ligado al viento o al sol, y, si sonaba un trueno en la distancia, me estremecía como si me bajara por la espalda.

—Me gustaría poder serenarme —dije—, recuperar un equilibrio. Esta mañana, nada más despertarme, he intentado estudiar, pero no he podido.

Mi madre me atrajo hacia sí y se miró en mi rostro como en un espejo.

—Quiero que me perdones —dijo—. Es culpa mía. Lo he hecho todo mal. Debía salvarte a ti al menos.

Volvió a interrogarme con la mirada y añadió rodeándome los hombros con el brazo:

—Tú debes salvarte. Tú tienes una fuerza secreta que a mí me falta.

La miraba, sin querer que fuera cierto. Yo tenía, y tengo, la tenacidad de los abuelos de los Abruzos, la fuerza de quienes están acostumbrados desde niños a luchar en soledad contra las trampas del alma y de la naturaleza. Ella percibía en mí esa actitud y casi me la envidiaba. Pero no entendía que, sin yo saberlo, poseía también, como muchos de esa tierra, un gusto por el rencor cultivado largo tiempo y la violencia impulsiva, así como la

incapacidad de perdonar.

—Le he suplicado a tu padre que nos deje marcharnos. Se lo he suplicado toda la noche. No debería contarte estas cosas —dijo apartando un poco el rostro—, pero es necesario que lo sepas. Esperaba socavar su decisión obstinada. «Creo», le he dicho, «que hay un momento en el matrimonio, quizá uno solo, en el que hay que ser amigos, amigos a la manera de dos extraños». ¿No te parece?

—Así debería ser.

—Exacto.

Hizo una pausa y prosiguió en voz más baja:

—Pero no ha querido entenderlo. Se ha limitado a decir: «Pediré un traslado a provincias, a los Abruzos, con mi familia, así se te pasarán esos caprichos». Eso ha dicho exactamente: «esos caprichos». Yo le he contestado: «No pienso ir». Y él ha insistido: «Vendrás». Lo ha repetido un sinfín de veces: «Vendrás, vendrás, vendrás». Y no lo decía para ayudarme, sino como si arrojara una piedra. «Tu sitio está aquí», repetía. Y yo miraba a mi alrededor... Oh, no, Sandi, no debería contarte todo esto...

—Sigue, mamá, sigue.

—Miraba a mi alrededor y veía el gran armario negro, la cómoda negra, esos muebles de su pueblo, que me parecieron hostiles desde el primer día. Cuando entré en esa habitación, nada más casarme, sentí como si me enterrasen viva en una tumba. Hay una secreta incompatibilidad entre ellos y yo, es una lucha que lleva durando años. No lo creerás, pero estoy obsesionada con esos muebles, que no me quieren desde hace años, que me rechazan. He intentado reír, cantar y soltarme el cabello, como para deshacer un sortilegio, pero, cuando me siento a peinarme, en el espejo del tocador se refleja el gran retrato de su hermana muerta, el que está colgado junto a nuestra cama.

—¿El de la tía Caterina?

—Sí. El tocador era suyo, ella sigue siendo la dueña. Su espejo me devuelve cada día la imagen contraída, deformada y llena de nudos de mi rostro. Es una crítica, ¿entiendes?, un choque entre su vida y la mía. Hay muchas cosas que no sabes... Caterina era una

mujer fuerte y dura: el marido la abandonó cuando era muy joven y se fue a vivir con una campesina a un pueblecito cercano. Ella no se mostró herida ni derrotada, y jamás, ni un solo día, quiso reconocer la verdad, jamás quiso admitir que había sido abandonada. Quizá porque no quería sentirse disminuida ni ante sí misma siquiera. Poco después de esa fuga, aunque todos sabían lo ocurrido, explicó que su marido se había marchado a América, donde lo esperaba un empleo muy bueno. Fingía recibir cartas, y giros de dinero, incluso. Se mostraba orgullosa de que su marido hubiera alcanzado una posición tan elevada en América. Mientras tanto, se paseaba por el pueblo la amante del marido, embarazada a veces de alguno de los muchos hijos que tuvieron. Pero esto no la llevaba a abandonar su actitud orgullosa. El pueblo entero la admiraba. Ariberto siempre me la pone como ejemplo. Murió joven y quiso mantener su valiente mentira hasta el final. Al atenderla en sus últimos momentos, el cura le decía que Dios premiaría la fuerza de la que había hecho gala en su infortunio. Creía reconfortarla así. Pero ella reunió en la mirada la poca fuerza que le quedaba y preguntó: «¿Qué infortunio?». No quería compasión ni siquiera de Dios. Era una mujer muy fuerte. La veo de pie, en las esquinas de la cama, con la boca torcida en una mueca patética.

Muy pálida, mi madre miraba a su alrededor asustada. Yo sentía que su juicio flaqueaba.

—Cálmate, mamá —le dije—, cálmate, te lo ruego.

—Yo no soy tan fuerte, Sandi, ya no me quedan fuerzas, ya no me queda ni un ápice de fuerza.

Su vida se iluminó en sus ojos, en una mirada inolvidable.

—Y lo amo —me confesó en voz baja, extenuada.

Yo la miré con una mezcla de compasión y de cariño: ¿qué fuerza podía tener mi madre en ese momento?

—Vete de esta casa —le dije—, vete a la villa Pierce. Márchate con Hervey, mamá. Yo me quedo aquí.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre. Lo dije con calma. Recuerdo que estaba muy tranquila. Mientras hablábamos, me obstinaba en sacar brillo a un viejo sujetapapeles oscuro que siempre me había producido una aversión singular. Representaba a

un jorobado con un trece en la mano. Quería dejarlo bien limpio y brillante. Quería encontrar la fuerza de seguir viviendo en esa casa, con paciencia, sacando brillo a otros objetos horribles, y liberarla a ella.

—No —contestó—, no puede ser.

Palideció aún más y añadió:

—Hay que renunciar.

Se apartó de mí como si quisiera ir enseguida a hablar con él. Cogió la gabardina, que estaba colgada en la entrada, y se la puso por encima de los hombros. Desde allí me llamó:

—Sandi... Alessandra...

Yo acudí y nos estrechamos en un abrazo desesperado.

—Vete —le susurraba yo—. No vuelvas, mamá, vete.

Ella no decía nada. La notaba frágil bajo mi abrazo. Tenía la mirada perdida en el vacío, y su rostro estaba suavemente iluminado. Me pareció que estaba convencida. Fui yo misma quien la empujó fuera de la casa. «Vete, vete», le decía, sintiéndome helada; toda yo era un bloque de soledad y terror.

—Vete.

La vi desaparecer en la escalera, que el temporal volvía tenebrosa.

No volvió a la hora del almuerzo. Llovía y soplaba el viento; luego el granizo golpeó las ventanas con dureza, a puñados. Esperamos hasta muy tarde, y por fin yo dije:

—No va a volver, con este tiempo. Se quedará a almorzar en la villa Pierce.

Mi padre me miraba, receloso. La escena de la noche anterior no había servido más que para suscitar en él una fría desconfianza de guardián. Nada más volver, creyendo que ni Sista ni yo lo veíamos, había abierto el armario que albergaba los pocos vestidos que poseía su mujer. Estaban todos.

—Sube donde las Celanti a hablar por teléfono —dijo—. Asegúrate de que está allí —añadió mirándome muy serio.

Yo obedecí, fingiendo serenidad. Salí a la escalera, subí unos peldaños y aguardé, pegada a la pared. Quería darle a mi madre el

tiempo necesario para ponerse a salvo. Quizá ya se hubieran marchado en el gran automóvil. Trataba de imaginar sus dos perfiles, uno al lado del otro, mientras por la ventanilla desfilaba el paisaje. Recuerdo muy bien que los veía escapar por una campiña muy verde y soleada. Mi madre ya no subiría esa escalera, ya no apoyaría la mano en la barandilla. Sentía un dolor agudo y frío en todo el cuerpo.

—Sí, está allí —dije al volver a casa—. El coche está estropeado. Volverá para cenar.

Por la tarde mi padre salió, y yo me senté junto a la ventana que daba al patio del convento. Dos o tres veces, Sista vino a sentarse detrás de mí, mendigando una palabra. Yo no me volvía: recostada en el sillón, fingía descansar, mientras, por dentro, me iba haciendo adulta.

Al atardecer, bajó Lydia a preguntar por mi madre, acompañada de Fulvia.

—¿Dónde está Eleonora?

—No está —contesté yo sin moverme.

Oscurecía, y la penumbra olía a tierra mojada, como en otoño. Era una tarde como tantas otras: del convento llegaba el sonido del armonio que acompañaba las vísperas. Sin embargo, me sentía como si fuera mi primer día en esa casa y tuviera que enfrentarme a una nueva costumbre. Fulvia y Lydia callaban, contemplando el patio cubierto de hojas, brillantes por la lluvia. Entonces Lydia preguntó:

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé.

La madre y la hija se quedaron conmigo a esperar. Lydia se sentó en el borde de la silla, quería hablarme, pedirme información, pero tenía miedo, y yo también tenía miedo de empezar a hablar de esas cosas. Ahora que estaba anocheciendo, ya no me sentía tan fuerte.

Entró Sista y se sentó con nosotras.

—Sista… —le dijo Lydia.

—Señora… —contestó ella con un gemido.

Sus voces, melancólicas y desamparadas, me daban

escalofríos. Mientras tanto, pasaban los minutos, y el día concluía con nuestra espera.

—¿Qué estáis esperando? —dije de pronto, volviéndome hacia las tres mujeres con dureza—. Mi madre no va a volver.

En la tenue luz de la tarde, vi sus ojos mirarme, incrédulos, antes de abandonarse a la aflicción.

—No va a volver —repetí—. Se ha ido.

—¿Te lo ha dicho ella? —me preguntó Lydia recuperando enseguida la calma.

—No, no me lo ha dicho, pero lo sé por cómo me ha abrazado. No ha venido a almorzar. Ya no volverá.

Tras un instante de vacilación, Lydia se volvió hacia su hija y le ordenó:

—Sube y llama a la villa Pierce.

Esperamos un tiempo interminable que quizá no fueran más de cinco minutos. Cuando Fulvia volvió, nos informó de que no estaba en la villa Pierce.

—¿Quién ha contestado? —quiso saber Lydia.

—Una voz de hombre.

—¿Era él?

—No lo sé. Ha contestado muy amable.

—Entonces será él.

—Los camareros de la villa Pierce son como señores. Ellos también responden con amabilidad.

Reanudamos la espera. Lydia hacía alguna conjetura, y yo repetía: «Se ha ido»; cada vez que decía esas palabras, un sudor frío me dejaba helada.

De repente, Sista se levantó como si solo entonces hubiera entendido lo que estaba ocurriendo. Se me plantó delante y me preguntó:

—¿Quieres decir que se ha ido con ese de la villa?

—Sí —contesté yo.

—No puede ser —afirmó con seguridad—. No se ha llevado nada. Sus cajones están ordenados. No ha cogido ni el cepillo para el pelo.

Entonces Fulvia se rio.

—Él tiene dinero de sobra para comprarle todos los cepillos que quiera, y blusas y vestidos y abrigos de pieles. ¿No sabéis lo ricos que son los Pierce?

—¿Eso qué tiene que ver? —objetó Sista—. Ese dinero no es de ella, ese no es su marido. La señora no se pondría vestidos comprados con el dinero de otro.

Esa observación de Sista me dejó perpleja. Quizá no tardáramos en oír el paso de mi madre en la escalera, y ella aparecería en el umbral como un milagro.

—Igual se ha llevado algo de oro —dijo Lydia.

—Todo el oro está en el monte de piedad —contestó Sista meneando la cabeza.

Reanudamos la espera. Mientras tanto, había anochecido, mi padre ya no tardaría en volver. Oíamos los pasos de otros hombres que volvían a sus casas, las llaves girar en las cerraduras, las puertas abrirse y cerrarse. Nos fuimos a la cocina y, aunque preocupadas por su regreso y por la noticia que debíamos darle, empezamos a prepararle la cena entre todas. Lydia se puso con la ensalada, mientras Fulvia pelaba las patatas.

Sista había ido a asomarse al hueco de la escalera.

—¿Quieres que nos quedemos contigo? —me preguntó Lydia rodeándome los hombros con el brazo.

Tenía una mirada afectuosa, y yo me acordé de cuando había sentido celos de ella. En ese momento, su presencia me reconfortó; también Fulvia me parecía distinta a cuando estaba tumbada en bata en su balcón. Eran mujeres, y se me acercaban para brindarme la ayuda que solo las mujeres saben darse unas a otras. Lydia se ofreció a llevarme a su casa y que durmiera con Fulvia, en su misma cama.

—No, gracias —contesté—. Estoy tranquila.

En ese momento, Sista se reunió con nosotras y, jadeante, anunció:

—Ya está aquí.

Las Celanti se fueron al instante, cerrando la puerta tras de sí deprisa y corriendo.

Mi padre entró y enseguida se asomó a la cocina. No hizo

ninguna pregunta, pero recorrió la habitación con la mirada, como si mi madre se hubiera escondido en un rincón. Nuestra expresión debería haberle dado a entender que estábamos solas. Yo lo miré, pero no le dije «buenas noches», porque la que se avecinaba no iba a ser muy buena. Recuerdo que él declaró que tenía hambre y que quería cenar enseguida, aunque luego los dos apenas probamos bocado. Era sábado, y noté que no dejaba tras de sí ese insoportable olor a brillantina.

En la mesa pronunciamos unas pocas frases desganadas. Entre los dos estaba ese sitio vacío junto al cual Sista había preparado, como cada noche, un pequeño vial con una medicina contra la anemia que mi madre tomaba antes de las comidas. Yo era fuerte, pero no podía mirar ese vial sin sentir ganas de esconder la cabeza entre los brazos y echarme a llorar.

Sista quitó la mesa deprisa, ansiosa por borrar ese sitio vacío. Yo tomé un libro.

Mi padre sacó del cajón una vieja baraja y dispuso las cartas sobre la mesa para hacer un solitario. Era algo que nunca hacía. También era raro que yo leyera a esa hora. Era como si ambos tratáramos de adoptar nuevas costumbres. Por la ventana abierta entraba la voz de la radio, era una cancioncilla, *Me ne vogl'i' a Surriento*.[1]Desde entonces, siempre que escucho esa canción, siento un escalofrío de la cabeza a los pies, *Me ne vogl'i' a Surriento*. Suponía que, a esa hora, mi madre ya estaría muy lejos, fuera de la ciudad y de los campos que yo conocía. Veía dos faros horadando la densa oscuridad, bajo la pendiente de una carretera de montaña. No escribiría, no daría noticias suyas. Consideraba que esa sería a partir de ahora mi vida cotidiana: la otra habían sido unas vacaciones, un regalo. Sin embargo, no sufría: conseguí incluso canturrear esa canción mentalmente: *Me ne vogl'i' a Surriento*.

Al poco, mi padre se levantó y cerró la puerta que comunicaba con la cocina. Me escamó que quisiera aislarme de Sista: instintivamente, me levanté de un salto y me apoyé en la pared para defenderme.

—Alessandra —dijo—, ¿adónde ha ido tu madre?

Había hablado en voz baja. No le conocía esa voz baja y

cortante: parecía un filo que quisiera forzar la cerradura de un cofre. Así hablaba con mi madre, claro, cuando se encerraban en la habitación. No contesté y lo desafié con una mirada dura.

Él avanzó unos pasos hacia mí y volvió a preguntarme:

—¿Dónde está?

Estaba cerca de mí, muy cerca: sentía el odioso calor de su cuerpo. Por el bolsillo de su chaleco asomaba la llave de la casa en la que estábamos condenados ahora a vivir juntos.

No sentía miedo: pensaba que mi madre estaba lejos y me correspondía a mí defenderla, aun a costa de sufrir. Por eso lo miré un momento y luego dije, violenta y precisa, como si le lanzara un cuchillo:

—Se ha ido.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes.

—No lo sé —repetí.

Quería que me creyera, así la vería aún más lejana e ilocalizable.

—¿Adónde ha ido? —insistió él concentrando en esa pregunta su rabiosa impotencia.

—Se ha ido. Lejos de aquí.

Me agarró de la muñeca y me zarandeó. Habría querido que me hiciera daño, que me hiciera crujir las articulaciones, que me hiciera sufrir físicamente. Quería que me obligara a mostrar una fuerza que en ese momento sentía flaquear. Pero, en realidad, él apenas me apretaba, tal vez me había cogido del brazo para apoyarse en mí.

—¿Adónde ha ido? —repetía.

—No lo sé.

Sentía correr en mi pecho el gran automóvil, sentía cómo se hacía uno con las curvas. «Rápido», la exhortaba mentalmente, «rápido», me parecía que una demora podría perdernos a todos, «rápido».

—No va a volver —repetí furiosa—. No volverá a poner un pie en esta casa.

—¿Con quién se ha ido? —me preguntó él en voz baja.

—¿Y yo qué sé? Se ha ido.

Notaba que tenía en los ojos y en el rostro una expresión arrogante, impertinente: quería irritarlo, hacerle entender que me había ido con mi madre aunque la ley me obligara a quedarme.

—Lo sabes —dijo él—. Lo sabes todo.

Entonces, bruscamente, preguntó:

—¿Qué hora es?

Levantamos ambos los ojos hacia el gran reloj que colgaba sobre el aparador. Faltaban unos minutos para las diez, dentro de poco se cerraría el portón del edificio, dejando fuera a mi madre. Ya estaba, se había escapado. Respiré aliviada.

No se oía un solo ruido. Los vecinos habían apagado la radio, los niños no jugaban en la calle, como solían hacer en verano antes de irse a dormir. Era como si el silencio nunca hubiera sido tan profundo: solo se oía el sordo tictac del reloj, monótono, inexorable y opresivo.

—Volverá —dijo mi padre—. Mañana le diré a la policía que la busque.

Salió deprisa de la habitación y se fue a su cuarto, sin cerrar con llave la puerta de casa, temiendo quizá, con ese gesto, destruir una última esperanza.

Sista y yo nos encontramos en el vestíbulo. Me sentía como si tuviera fiebre, y creo que la tenía de verdad. Me abracé a ella, para no ver su mirada hundida en las cuencas de los ojos.

—Está a salvo —le dije—. Mañana por la mañana será demasiado tarde, ¿verdad? Ya no podrá encontrarla, se ha ido.

Imaginaba cerrarse las fronteras como altísimas verjas, y ella ya estaba lejos, el gran automóvil corría, atravesando una campiña fresca y verde. Sentía despertar en la piel y en el estómago un intenso dolor.

—Se ha ido —repetía Sista sombríamente—, se ha ido, se ha ido.

Fue en ese momento cuando oímos pasos en la escalera. Yo me aparté enseguida de Sista, aterrada. Los pasos subían, estaban cada vez más cerca, se oían cada vez más claros, y llegaron hasta

nuestro rellano. Delante de nuestra puerta dejaron de oírse, y yo corrí a abrir.

Eran dos hombres vestidos de oscuro. Aunque era verano, llevaban el sombrero puesto y no se lo quitaron para saludar.

—¿Vive aquí Eleonora Corteggiani? —preguntó uno de los dos en voz baja. El otro tenía en la mano el bolso de mamá.

Los miré un momento, estupefacta. Luego dije bajito, moviendo apenas los labios:

—Está muerta, ¿verdad?

El que había hablado dijo que sí con la cabeza, muy serio. El otro miró a su alrededor, receloso.

Entonces yo me aparté de la puerta, corrí por el pasillo y entré sin llamar en la habitación de matrimonio. Por el ruido de la cerradura, mi padre debió de pensar que había vuelto su mujer. Severo y huraño, estaba de pie junto al tocador, esperando.

Estallé en una carcajada convulsa.

—¿Qué te había dicho? —dije—. Ya no volverá.

Él me miraba reír inseguro, desconfiado.

—Está muerta —le expliqué—. Se ha matado.

Vi los ojos de mi padre abrirse de par en par por un terror inhumano. Entonces caí al suelo, desmayada en mi risa como en un charco de sangre.

Dos días después, mi tío Rodolfo recibió la noticia de la desgracia. Nos lo encontramos en la puerta de casa cuando salíamos con las Celanti para ir al funeral. Los dos hermanos se abrazaron en silencio, y enseguida el tío Rodolfo me cogió del brazo, para sostenerme, y ya no me soltó hasta que volvimos. Apenas lo conocía, no me había escrito nunca en todos esos años, pero era mi padrino de bautismo y comprendí que en un futuro próximo me encomendarían a su cuidado.

En el portal encontramos al conserje, muy elegante, con cuello y corbata, y a algunos vecinos, reunidos en corrillo. Las mujeres vestían de oscuro. Nos miraron pasar, sin decirnos una palabra de consuelo, y echaron a andar detrás de nosotros, camino de la parada del tranvía.

En el tranvía yo iba sentada entre mi padre y el tío Rodolfo. Como los dos eran altos y tenían los hombros anchos y fuertes, me parecía estar atrapada entre dos murallas grises, insuperables. Frente a nosotros estaban sentadas Lydia y Fulvia. El señor Celanti se había acomodado junto a mi padre, y de vez en cuando le daba una palmada en el hombro. Las dos mujeres me miraban con cariño. Había vivido con ellas desde la muerte de mi madre hasta ese momento, pero ahora sabía que tendría que separarme también de ese afecto, y sentí que me faltaban las fuerzas.

El tranvía abandonó el muelle con un brusco volantazo y se lanzó por el puente del Resurgimiento. Mi madre se había quitado la vida muy cerca de allí, justo donde se había ahogado Alessandro. Me parecía que el tranvía pasaba por encima de su cuerpo, con el peso fragoroso de las ruedas, machacándolo.

En la puerta de la morgue, encontramos a otros vecinos, junto con Ottavia, Enea y la modista que vivía enfrente de nuestra casa y

nos hacía la ropa. Era aún temprano, hacia las nueve, y el día se anunciaba precioso. En el jardín del Policlínico, las adelfas despedían un olor áspero y fresco. Yo no sufría, recuerdo, no sufría en absoluto. Estaban también Aida, la hermana de Antonio, y Maddalena, que lloraba, aunque solo conocía a mi madre de vista. No se atrevían a acercarse, a causa de mi padre y del tío Rodolfo, y me miraban desde lejos con una mezcla de seriedad y curiosidad, tratando de asomarse al borde de mi dolor. Pero, como ya he dicho, yo en ese momento no sufría.

Estábamos reunidos en corrillo en la puerta de la morgue. El señor Celanti iba y venía, seguido de un viejo vestido de negro, y mi padre le dio las gracias con la mirada. Poco después apareció un hombre bajo con una bata y un gorrito blanco en la cabeza.

—Enseguida baja —dijo.

Entendí que se trataba de mi madre.

No la había visto muerta, mi padre no me había pedido que fuera a despedirme de ella y, de haberlo hecho, creo que me habría negado: quería conservar la imagen de ella que tanto me gustaba, animada por una inquietud febril; quería recordar sus ojos dulces, sus andares como si volara. Además, nunca había visto un muerto, temía sentir miedo o asco: no quería tener miedo o asco de mi madre. Tanto es así que tenía la impresión de que no estaba muerta, sino de viaje. Había vivido con Lydia desde la tarde terrible en que mi madre no había regresado. Nada más recobrar el conocimiento, había visto a Lydia a mi lado. Mientras mi padre hablaba con los agentes, ella me daba a oler un bote de vinagre. Fulvia me había tomado la mano y me la acariciaba. Sista estaba en el suelo, acurrucada en su vestido negro, rezando. Mi padre había entrado en la habitación, pálido, con los labios temblorosos.

—Señora —le había dicho a Lydia—, quieren interrogarla, usted era su única amiga. Se ha arrojado al río, allí donde se ahogó el niño. Les he pedido que no interroguen a Alessandra, pero igual quieren ver a Sista. Que quede bien claro que se ha matado porque no podía superar la muerte del niño. ¿Estamos?

Tenía una expresión dura bajo el color terroso del rostro. Habíamos asentido con la cabeza, mortificadas. Luego mi padre se

había ido con los agentes para reconocer el cuerpo. Sista había cogido mis sábanas y la colcha, y me habían hecho una cama en el suelo, en la habitación de Fulvia.

—Aquí viene —dijo el hombre del gorrito blanco.

Detrás de él, a hombros de unos hombres toscos y desconocidos, vimos llegar un estrecho ataúd de madera.

Entonces empecé a sufrir de una manera atroz. Desde que había recobrado el conocimiento, siempre había pensado en mi madre como en una suave forma que aleteaba en el aire. No era capaz de imaginarla inmóvil, encerrada dentro de esa caja. Pero esa macabra visión me dio la certeza material de que mi vida feliz había llegado a su fin. Me sentía sola entre las personas que me rodeaban, e intuía que ya no podría hablar de todas esas cosas que tan importantes eran para mi madre y para mí, y que los demás parecían ignorar.

El caballo avanzaba despacio: nosotros seguíamos a pie, yo iba entre mi padre y el tío Rodolfo. Sobre la caja habían puesto un gran cojín de rosas rojas que la cubría por completo. En el lazo no había ningún nombre escrito, pero todos sabían de quién era. Naturalmente, mi padre tuvo el impulso de decirles a los hombres de negro que se atareaban alrededor que lo quitaran, pero luego recordó que su mujer había muerto porque no era capaz de superar la pérdida de su hijo, por lo que no pudo decir nada. El aire era fresco y puro, los árboles se inclinaban ante el empuje ligero del viento. Y, poco a poco, al compás de los pasos que acompañaban a mi madre, tendida en paz bajo el cojín de rosas, creí descubrir una armonía resignada que me consolaba. Sentía alivio por poder apoyarme en el brazo del tío Rodolfo, un brazo fuerte, en el que uno podía descansar.

Entramos en la gran basílica de San Lorenzo, en una capilla que yo no había visto nunca. Era una capillita secundaria, porque la Iglesia no puede acoger en su seno a las personas que cometen suicidio. El cura salió con las vestiduras de luto y nos escrutó con una mezcla de compasión y de recelo, quizá porque éramos los parientes de una mujer que se había arrojado al río. Luego cubrieron el ataúd con una tela negra sobre la que pusieron el cojín

de rosas.

Encontré a mi lado a Fulvia y a Lydia: instintivamente, las mujeres se habían colocado a la izquierda, y los hombres, a la derecha del ataúd, como es costumbre entre los campesinos en las iglesias rurales. Y, sintiéndome de nuevo al calor de esas criaturas, mis semejantes, el dolor se difundió por mi cuerpo y se infló en mi pecho, hasta llenarme por completo.

Entre los clérigos, el cura recitaba la oración de difuntos. Indiferente a todo lo que este hacía, yo miraba, más allá del ataúd, al grupo de hombres que escuchaban serios, algunos con los brazos cruzados. Parecían más mortificados que dolientes: sus miradas traslucían la consternación por esos actos que las mujeres cometen de repente y de los que intuyen confusamente ser la causa. Sentía que la violencia de esas rebeliones repentinas los hacía estremecerse, porque estaban convencidos de que bastaba el reclamo de un niño, la presencia de un extraño o hasta un vestido nuevo para consolar a una mujer. El conserje había repetido muchas veces que, al salir de casa aquella mañana, mi madre lo había saludado cortésmente: «Buenos días, Giuseppe». Atónito, le contaba a todo el mundo ese detalle. Los hombres no entienden cómo pueden las mujeres decir «buenos días, Giuseppe», sonriendo, poco antes de morir. Sin embargo, algo las ata a la vida con tanta tenacidad que tratan de ser parte de ella hasta el último instante, esperando quizá que la salvación venga de la fuerza misma de la vida. Mi madre había pensado en llevarse la gabardina porque el tiempo estaba nublado, había saludado al portero, buenos días, Giuseppe, y se había arrojado al río.

Mientras tanto, había llegado bastante gente a la capilla. Detrás de una columna, vi al capitán, que fingía ser un curioso que había entrado por casualidad. Le apreté enseguida el brazo a Lydia, que asintió con un leve gesto de la cabeza. Entraron también otras vecinas del edificio, conmovidas y cautas, por miedo a resultar indiscretas. Algunas lloraban, y todas movían deprisa los labios, poniendo una intensidad dramática en la oración.

Su presencia y el impulso que las había llevado a mostrarse solidarias con mi madre, aunque apenas la conocieran, me

suscitaba una fuerza desesperada. Por eso, miraba fijamente a los hombres, reunidos en grupo al otro lado del ataúd. Me invadía una furia rabiosa, el deseo de echarlos de allí para que nos dejaran solas. Estábamos separados, como dos ejércitos que se preparan para un enfrentamiento, y entre nosotros ya había, en ese ataúd, un caído.

Mi madre fue enterrada en la fosa común. Los sepultureros pusieron encima el cojín de rosas, lo acomodaron, lo alisaron y lo remetieron como una sábana. Mi padre lo observaba todo sin burlarse ni amenazar: su poder había desaparecido.

—Vámonos —dijo por fin.

El tío Rodolfo me cogió del brazo, y Celanti dijo que a esa hora los autobuses pasaban vacíos.

Regresamos así a casa. Yo estaba muy cansada, solo quería tumbarme en la cama, no ver a nadie y dormir. Esperaba reunirme con mi madre en sueños y hablar con ella. Pero, en lugar de eso, mi padre le pidió a Lydia que me invitara a comer a su casa de nuevo porque él debía hablar con su hermano. Algo más tarde, me mandó llamar y me anunció que a la mañana siguiente saldría para los Abruzos con el tío Rodolfo.

En el tren nos sentamos uno enfrente del otro. No teníamos nada que decirnos porque nos conocíamos muy poco. Ambos fingíamos una confianza que debería haber sido la propia del grado de parentesco que nos unía. Pero, en cuanto él cerraba los ojos para dormir, yo lo observaba atentamente, de la misma manera que sentía su mirada cuando yo me quedaba traspuesta, esforzándose por adivinar qué había bajo mi apariencia dócil, bajo la suavidad de mis rasgos. Trataba de adaptar mi imagen al retrato que su hermano debía de haberle hecho de mí. Yo abría los ojos y sonreía, mostrando no oponer resistencia a su escrutinio.

—¿Qué edad tienes? —me preguntó de repente.

—Diecisiete años —contesté—. Cumplo dieciocho en abril.

—¿En qué curso estás?

—He terminado el instituto.

Asombrado, me preguntó:

—¿Piensas seguir estudiando?

—Claro, ¿qué otra cosa iba a hacer?

—Pues aprender a coser, a zurcir...

—Eso ya lo sé hacer —le dije—, y cocinar.

—¡Huy! —exclamó entonces, blandiendo el dedo en un gesto amenazador de broma—, verás qué examen te hace la abuela...

Contesté que seguramente suspendería, porque apenas sabía hacer lo mínimo, pero me parecía suficiente. Añadí que me gustaba estudiar, cultivar mi inclinación natural por las letras y la poesía, y le manifesté mi propósito de completar una carrera universitaria cuanto antes, para poder ganarme la vida.

Él pareció sorprenderse de mis intenciones.

—¿Qué necesidad tienes? —me dijo—. Eres una chica guapa, pronto te casarás, tendrás tu casa y tus hijos.

Sonreía al decir esas palabras. Pese a la ingrata tarea que debía asumir con respecto a mí, había sentido una simpatía instintiva por él nada más verlo. Me parecía una persona franca, y su aspecto sencillo me daba tranquilidad: no tenía esa delicadeza en la mirada y en los gestos que, en un hombre de la condición de mi padre, solo indicaba una sensualidad soterrada.

—Igual tiene razón Ariberto —dijo bajando la voz—: si tu madre hubiera tenido muchos hijos, no le habría quedado tiempo para tocar el piano. Según él, era la causa de todas sus desgracias.

Asustada, yo me retraía en el asiento. Me imaginaba escapando de un salto y saliendo del tren en marcha. Hasta entonces, había obedecido dócilmente, había aceptado mi partida como una solución natural. Todo cuanto me gustaba en la casa de la calle Paolo Emilio se había ido con mi madre. Sista había cubierto el piano con una sábana blanca, y ahora parecía un fantasma. En todas partes, pesaba ese aire opresivo que mi madre disipaba con un gesto o una palabra. Por eso, al anunciarme mi padre que me marchaba al día siguiente, había sentido consuelo. Fulvia y Lydia habían sollozado al despedirse, y con ellas lloraban también mi infancia, mi adolescencia y todo lo que había sido Alessandra hasta entonces. Lloraban la ventana, la escalera, el grifo de agua helada bajo el que me lavaba cada mañana, el patio y la

pared del vestíbulo, aquella contra la que me había empujado Enea y yo había entendido lo que es un hombre. Al ver a Fulvia y a Lydia, extenuadas por el dolor de esos días, las había consolado con afecto, repitiendo que era mejor así: no podría haber vivido con mi padre.

Me había despedido de él antes de marcharme. Era temprano, apenas se veía, y yo creía que él estaba aún en la cama, pues había decidido no acompañarme a la estación. Había entrado en su habitación, moviendo despacio el picaporte, y lo había encontrado sentado en una silla, completamente vestido, con la chaqueta puesta y la corbata anudada. Estaba sentado con las piernas abiertas, la espalda encorvada y una mano sobre la mesilla. En la luz fría que entraba por la ventana, parecía un hombre sin asomo de prestancia ni energía, un hombre viejo.

Se había vuelto y, al descubrirme en el vano de la puerta, vestida de negro, se había echado a llorar. «Nora», decía bajito, «Nora...», repetía desesperado mirándome, buscando, quizá, en mi rostro la imagen de ella.

En todos esos años, nunca lo había oído llamarla con ese apelativo cariñoso. Por eso, horrorizada, me había retraído de su intimidad.

—Quería despedirme, papá —le había dicho bruscamente.

Sí, sí, decía con la cabeza, mostrándose dispuesto él también a esa separación. Por la ventana abierta entraban los trinos de las golondrinas que oía de niña cuando me levantaba temprano para ir con Sista a comulgar. Trataba de retener ese sonido en los oídos, junto con el aire mismo de mi infancia feliz.

En el tren fingía dormir, para hacer silencio dentro de mí y volver a oír esas voces agudas, frescas y estridentes. Pero no lo conseguía, quizá por el ruido de los pistones. A duras penas lograba oírlas en mi imaginación.

El tío Rodolfo me dio una palmada en el brazo para despertarme del letargo en el que me creía sumida.

—Estás cansada, ¿verdad? —me preguntó con afecto, viéndome abrir los ojos con dificultad. Luego sonrió, como para animarme—: Dentro de unos minutos llegamos.

La abuela nos esperaba en el comedor, sentada en un sillón. A cada lado, como dos alas negras, estaban la tía Violante y la tía Sofia.

—Ven, ven, acércate, Alessandra —dijo la abuela—. No tengas miedo.

Pero sí que lo tenía. La abuela era una anciana muy alta, de rostro grande y nariz imponente, con el porte de un gran animal. El gesto con el que me indicaba que me acercara reunía todo el aire de la habitación. Estaba sentada en un amplio sillón tapizado de tela blanca, y sus hombros asomaban por encima del respaldo. Su voz, quizá a causa del acento, era semejante a la de mi padre.

Avancé despacio por las anchas baldosas blancas y negras. Empujada por mi tío, me detuve justo delante de ella.

—Bésale la mano —me susurró al oído.

Era la mano grande y fría de una estatua.

Cuando me incorporé, nos miramos. La abuela tenía los ojos negros y brillantes de mi padre, pero los suyos relucían por un orgullo natural que nunca le había visto a él. Me miraba calibrando mi estatura y la anchura de mis caderas, con una mirada rápida y precisa.

—No te pareces a Ariberto —dijo concluyendo su examen.

—No —contesté, y mi voz se perdió entre las altas paredes—: yo me parezco a mi madre.

Hubo un silencio frío después de que pronuncié esa palabra, pero a mí me bastó para recobrar un poco de fuerza. Miré a mi alrededor: las cortinas de tela blanca y las paredes del mismo color hacían que la sala pareciera el gran locutorio de un convento.

—Se está bien aquí —murmuré aunque tuviera la impresión de estar entre muertos, o quizá precisamente por eso.

—Sí —dijo la abuela—. Es una casa cómoda. Yo nací aquí y también tus tías. Y aquí nacieron tu padre, tu tío Rodolfo y la pobre tía Caterina, que está en el cielo. Aquí nació tu primo Giuliano, el hijo de Violante —me explicó, señalando a su derecha —. Aquí deberías haber nacido también tú, pero tu madre no quiso: prefirió una clínica en la ciudad. Ahora estás aquí tú también.

Sí, asentí con la cabeza, y la invité a sonreír, pero la abuela, como descubrí más adelante, no sonreía nunca. Seguía mirándome, y todo mi cuerpo se retraía, intimidado, bajo la ropa.

—Estás flaca —dijo ella también—: ¿has tenido alguna enfermedad de niña?

—No —contesté—, solo gripe y sarampión.

—Esas no cuentan. A lo mejor es que has crecido demasiado deprisa. No tienes pecho ni caderas, pero ya debes de haber cumplido diecisiete años, ¿verdad? Habrá que llamar al médico. Con un pecho así no se puede amamantar.

Me sonrojé y sentí la nuca dolorida y frágil. Notaba, a mi espalda, la presencia del tío Rodolfo, y era como si la abuela me hubiera desgarrado el corpiño.

—Coge una silla, Alessandra —dijo la tía Violante.

Yo me alegré de poder obedecer una orden, de plegarme, mostrando mi docilidad. Luego me preguntaron si tenía hambre o sed, y las tías, para darme una rosquilla, se alejaron del sillón, saliendo del cuadro que representaban.

Eran altas ellas también, pero, aun moviéndose, no podían dominar el gran busto de la abuela. Un solo gesto suyo bastaba para empujarlas del armario al aparador. Mientras tanto, el tío Rodolfo había desaparecido, con un breve gesto de despedida semejante a una señal de complicidad, y me quedé sola entre esas mujeres desconocidas, con las que debía fingir familiaridad.

—Come —me ordenó la abuela—, moja la rosquilla en el vino.

Yo comía, tratando de recogerme entera en ese acto y en el cuidado que ponía en no mancharme el vestido. Me parecía estar muerta yo también, como mi madre, y que ese fuera el más allá que, tantas veces, habíamos tratado de imaginar juntas. «Yo creo que nosotras viviremos de nuevo —decía mamá—, volveremos a empezar de cero otra vida como esta. Quisiera poder conservar al menos el recuerdo de los días que he vivido.» Era exactamente así, como ella había dicho. Cuando nombraba a mi madre, o la casa de Roma, la abuela y las tías fingían que mis palabras no tenían sonido.

—Mi madre nunca bebía vino —comenté para comprobar otra vez lo que ocurría.

De nuevo, fue como si no hubiera hablado.

Me comí la rosquilla a bocaditos, tomándome mi tiempo. Me preguntaba, consternada, qué haría después. Y qué haría hasta la noche, y al día siguiente. El mañana se me antojaba oscuro, aterrador. Veía posible aguantar aún el resto de la velada, pero no más. No entreveía siquiera que pudiera ser capaz de aguantar una semana, o un mes. Sin embargo, comprendía oscuramente que también era imposible volver atrás. Mi pasado no había sido Roma, una ciudad, una casa: había sido mi madre. Y estaba muerta.

—Ahora subirás a tu habitación —dijo la abuela—: la tía Sofia te acompañará. Puedes descansar si te apetece, más tarde te mandaré llamar para rezar el rosario con nosotras, antes de cenar. Acuérdate de coger el rosario.

—No tengo —dije.

La abuela me interrogó con la mirada:

—¿Quieres decir que te lo has dejado en Roma?

—No, que no tengo rosario.

—¿Tu madre no te llevaba nunca a la iglesia, entonces?

—Oh, sí, a veces, para escuchar la música.

La abuela calló. Estar sentada a su lado era como estar junto a una gran montaña, y me sentía perdida en un valle de soledad. Me habría gustado contarle cómo rezaba yo, recogida junto a la ventana, decirle que, por medio de Ottavia, hablábamos con Alessandro y con otras muchas almas del purgatorio. Pero no lo habría entendido.

Tras una larga pausa, me prometió que al día siguiente nos visitaría un sacerdote.

—Ahora sube —me ordenó.

Me disponía a obedecerla cuando la puerta se abrió y apareció la tía Clarice.

Era una ancianita minúscula, sonriente, suave y blanca como un merengue. Tenía la estatura de un niño de diez años, y su rostro conservaba intacto el asombro de la infancia. Llevaba colgado del brazo un pequeño escabel acorde a su tamaño.

—Quiero ver a la niña —dijo—. Me han dicho en la cocina que ya ha llegado.

Se acercó a mí con curiosidad.

—Soy Clarice —dijo con una risita, blandiendo el dedo, como si me diera una noticia sorprendente—: soy la tía Clarice.

—Es mi hermana —explicó la abuela.

—Qué pelo más bonito tienes —me dijo la tía Clarice—. Es el pelo de Eleonora. Cuando estuvo aquí, se lo lavaba a menudo y luego se lo secaba al sol. Sofia tenía envidia —añadió con malicia infantil—, porque a ella se le había caído el pelo por el tifus. Eleonora me dejaba hacerle compañía en la terraza. Era buena, Eleonora. Me daba dinero para caramelos. ¿Puedo tomar una rosquilla? —preguntó con una mueca, sentándose muy recta en su escabel.

Cuando se la dieron, se centró en comérsela, sin prestarme ya atención. La abuela me despachó con un gesto, y la tía Sofia me llevó hasta mi habitación. Era una casa muy grande: para ir de un cuarto a otro, había que cruzar pequeños pasillos oscuros en los que era fácil tropezar con los escalones. Las habitaciones estaban en pisos distintos, separadas unas de otras como celdas de un convento. Por las puertas, estrechas y gruesas, apenas cabía una persona. En mi habitación no había más que un armario, una mesilla, una silla y una cama de hierro.

—Llueve —dijo la tía Sofia—, será mejor cerrar la ventana.

Me explicó que esa era la habitación en la que dormía mi padre de pequeño.

—Aquí es donde debería haber nacido, ¿verdad?

—Quizá —contestó ella con una sonrisa.

Me miró, ofreciéndome una alianza que me pareció sincera.

—Espero que te encuentres bien aquí. Descansa un poco, coloca tus cosas y luego baja.

En cuanto me quedé sola, corrí a la ventana y la abrí de par en par. Caía una lluvia densa, un velo brillante temblaba entre el cielo y la tierra. La ventana, pintada de gris, era estrecha y larga, llegaba hasta el suelo de ladrillos rojos. En lugar de alféizar, había una barandilla gris que me llegaba casi a la altura del pecho. La

casa estaba plantada en medio del pueblo, dominaba al resto de las casitas, apiñadas unas al lado de otras, como si quisieran sostenerse hombro con hombro. Delante de estas, en lugar de calles o callejas, había amplias escalinatas de piedra en ligera pendiente, desgastadas por el paso de los campesinos y los burros. Por debajo de las casas se extendía un corto valle cruzado por un torrente, seco en esa época del año. Frente a mí se alzaba una colina cultivada en parte y árida el resto, salpicada de prados amarillos y de piedras. A mi derecha, más allá de las lomas más cercanas, se veía una montaña alta e imponente. Más tarde me enteré de que era la Majella.

Liberado de las nubes color óxido que se iban deshaciendo rápidamente en lluvia, pronto todo el paisaje se volvió brillante como el acero. Una niebla radiante subía al cielo, blanca como una luz de bengala, y el verde de los árboles era vivo y limpio. Por todas partes se oía correr el agua: parecía que la casa estuviera rodeada de alegres torrentes, pero eran solo los canalones. El olor que se elevaba de la tierra mojada me traía el recuerdo de los días en que mi madre y yo salíamos a pasear, en cuanto paraba de llover, protegidas por el arcoíris.

—Mamá —murmuré—. Mamá, sálvame, sácame de aquí.

Con sus paredes desnudas, el cuarto parecía la celda de una cárcel. Encima de la cama colgaba un crucifijo. Abrí el armario y, balanceándose, dos perchas chocaron con la madera con un sonido siniestro. La mesilla estaba cubierta por un tapete verduzco y liso que olía a moho. Vivir en ese cuarto significaba contentarse con el mínimo necesario para sobrevivir, día tras día. Frente a mí, clavado en la cruz de hierro, sobre la cama de hierro, Cristo mostraba que había que entregarse al sufrimiento y al sacrificio. Estaba atrapada en una trampa, encerrada, prisionera como Antonio.

—Antonio... —murmuré—, Antonio...

Me dejé caer de rodillas junto a la ventana y apoyé el rostro en la barandilla.

Enseguida, ese nombre me provocó una sensación de alivio y de paz. Me pareció incluso que, aunque estaba lejos y no lo había

visto nunca, Antonio era lo único que me quedaba de mi vida de antes. «No me olvides», me había dicho Fulvia abrazándome. Me había llevado a despedirme del balcón y del cuarto en el que jugamos juntas la primera vez que subí a su casa. «Cuántos años han pasado, Dios mío —decía Lydia suspirando—, yo acababa de conocer al capitán...» Y, frágil por el dolor por la muerte de su amiga, se compadecía de sí misma y de su pasado. «¡Qué tragedia! —exclamaba, enjugándose los ojos—. ¡Ay, qué pena el amor! Ay de ti si te veo enamorada, Fulvia, y ay de ti también, Alessandra. Debéis ser libres y felices, y casaros con un hombre rico... ¡Qué desgarro, el amor!», repetía. Nosotras nos habíamos quedado calladas, fingiendo aceptar el destino que ella nos auguraba. Pero, en nuestro fuero interno, ardíamos por ese amor que lleva a las lágrimas y a la muerte.

—No debería haberla animado —había dicho Lydia, con el rostro húmedo por el llanto—. Debería haberle dicho: «No lo veas más, reflexiona, tienes una familia». Hice mal, la culpa es mía...

Unos instantes después, aprovechando una breve ausencia del marido, había venido a decirme que Claudio me esperaba en la escalera.

Me había dirigido hacia allí sin entusiasmo porque no lo amaba, pero, desde el día en que paseamos juntos por Monte Mario, él seguía el curso de mi vida, dócil y fiel como una sombra. Nunca me había preguntado si el suyo era amor verdadero; a veces pensaba que solo amaba la posibilidad de indagar en sí y en su identidad que yo había sido la primera en proporcionarle.

—No se puede —decía—, no se puede de ninguna manera hablar con los padres. Hay que fingir que uno no piensa más que en comer, estudiar y dormir. Si tratáramos de hacerles entender que a veces no dormimos por la noche por los problemas que nos asaltan, y que a menudo esos problemas no nos ofrecen más solución que romper con la vida, que suicidarnos, ellos no sabrían ayudarnos, no harían sino reprendernos y amenazarnos, mi padre golpearía la mesa con el puño. ¿Qué te falta?, diría, sin suponer que no es lo que me falta, sino justo lo que tengo, lo que hay de bueno y de malo en mí lo que me coloca ante esas alternativas. Yo

creo que, reprendiéndonos y prohibiéndonos así que les contemos nuestras dudas y nuestras incertidumbres, los padres se defienden instintivamente del deber que tendrían de ayudarnos a resolverlas. Porque ellos ya saben que no hay solución, o al menos, muchas veces aún no han encontrado la suya. Les falta compasión. Pero tú, en cambio, Alessandra...

Me miraba como si fuera una aparición milagrosa en medio de una zona de turbulencias que él intuía que no podía superar, o que no quería superar, para dejarme, intacta, en el secreto que me rodeaba. Nada más salir al rellano, había visto sus ojos, muy abiertos por la ansiedad. Desde un escalón más arriba, le había tendido la mano, inmóvil como una estatua.

—¿Has visto? —le había dicho desconsolada, aludiendo a todo lo ocurrido esos días.

—¡Ay!... —había contestado él con un suspiro dramático e impotente.

—Y ahora me marcho.

—¿Podré escribirte? —me había preguntado tímidamente.

—No creo —le había dicho tras un momento de vacilación—. No creo que a mis parientes les guste.

Él había propuesto entonces enviarme alguna que otra postal firmada «Claudia».

—Mándame tú también una postal, de vez en cuando —había añadido con un ligero temblor en la voz.

La escalera estaba oscura ya, y la armonía de su forma en espiral me producía como un desaliento, una melancolía sin límites. Pensaba que me asaltaría un dolor desgarrador ante la sola idea de abandonar esos peldaños, animados dos días antes tan solo por el paso de mi madre. El sonido del agua que manaba de la fuentecita del patio me recordaba al de las ruedas del carro que se la había llevado.

Al fin, Claudio había dicho:

—¿Sabes?, he aprobado. He sacado un ocho en Filosofía.

—Bravo.

—En octubre iré a la universidad —había añadido—. Medicina. ¿Te gusta?

—Sí. No lo sé. Ya no sé nada.

Él me miraba fijamente. Lo miraba todo en mí, me lo robaba para conservarlo y volver a mirarlo durante mi ausencia.

—Quiero que sepas una cosa, Alessandra: esperaré tu regreso durante meses, años si hace falta. Siempre.

Había pronunciado la última palabra casi con rabia. Luego me había tomado la mano, me la había apretado un instante y se había ido corriendo sin darse la vuelta. Yo me había quedado inmóvil en la oscuridad, aferrada al hierro frío de la barandilla.

Ahora me aferraba a los hierros de una ventana que miraba a una colina árida y a la majestuosa gravedad de la Majella.

Me miraba en el cristal, que hacía de espejo en la madera gris del marco. Veía la línea suave de mi cuerpo acurrucado en el suelo, mis manos blancas apoyadas sobre el negro opaco del vestido. Trataba de entenderme, de interrogarme.

Pero la puerta se abrió, y yo me acerqué más aún a la barandilla. Era la tía Violante, flaca en su largo vestido negro.

—Oh, ¿qué haces ahí en el suelo, Alessandra? —dijo.

Su voz era dulce. Yo no me moví. La miraba impresionada, porque su entrada me había traído de vuelta de repente a una realidad que me veía incapaz de afrontar.

—Ni siquiera has deshecho el equipaje —dijo—. Lo entiendo. No puedes tener ganas de quedarte. Pero no hay más remedio. Son días difíciles, ¿verdad? Lo entiendo. Después te acostumbrarás, porque, en realidad, todos los días son difíciles. Es una suerte para ti haber venido aquí, al campo. La abuela te dejará unos días para que conozcas la casa y a la gente, y luego te hará trabajar. ¿Tú qué sabes hacer, Alessandra?

—Nada —contesté en tono agresivo.

Vuelvo a ver, con la distancia de los años, el rostro de la tía Violante sobresaltarse como si hubiera recibido un golpe. Calló, y luego, de pronto, el nudo de resentimiento que la había atenazado se disolvió, y me dijo con afecto:

—No te lo deseo. Pero sé que no es verdad. Ariberto solía escribirme que sabías cocinar, ordenar la casa...

—Quiero estudiar —dije en voz baja, llena de rabia—: el año

que viene quiero ir a la universidad. Tengo la maleta llena de libros.

—Si es lo que quieres —contestó—, nadie te lo prohibirá, o al menos eso creo. Pero quizá cambies de idea, dentro de poco. La ciudad está lejos de aquí, a veces parece como si no existiera. Y el día es breve en el campo: empieza con las campanas, y con las campanas termina, ahora, ¿las oyes?

Me levanté de un salto y me acerqué a ella, uniendo las manos en un gesto de súplica:

—Oh, tía Violante, por favor, te lo ruego, déjame estudiar, no debes impedírmelo...

—¿Yo? —exclamó sorprendida—. Yo no, Alessandra. Tendrás que quererlo tú, ¿entiendes? Tú misma. Es difícil resistirse, hay algo adormecedor en el ritmo de la vida cotidiana, algo que, poco a poco, sin quererlo, nos atrapa. Y no hay tiempo, nunca hay tiempo para nada. ¿Ves? —me dijo empujándome de los hombros —, ya es la hora del rosario.

Se sacó del bolsillo un rosario de cuentas toscas color tabaco y me lo tendió. La escalera estaba tenuemente iluminada, y también los pasillos, los corredores y los peldaños ásperos y porosos.

—Mira —dijo deteniéndose un momento ante un cuadrito en el que entreví, pintada, una mariposa—: esta la pinté yo, de jovencita. Tenía tu edad, estaba prometida.

—¿Y luego dejaste de pintar?

—No, todavía pinté algunos cuentos para Giuliano.

—¿Y después?

—Después ya no tuve tiempo.

Mientras, indicándome con un gesto que me callara, abrió con cuidado una puerta.

La abuela estaba sola en el comedor y parecía dormida: tenía los ojos cerrados y las manos en los reposabrazos; estaba muy erguida, como un caballo majestuoso. Habían corrido el sillón, y ahora se sentaba frente a un gran armario de madera negra, brillante y lisa. Me pareció extraño encontrarla en esa posición, pero no me atreví a preguntar nada porque también el rostro de la tía Violante se

había cerrado en una severa impasibilidad.

—¿Le has dado el rosario a Alessandra? —preguntó la abuela sin abrir los ojos.

Reconfortada, volvió a sumirse en su meditación. La tía Violante y yo nos acomodamos detrás de ella, en sendas sillas. Después entró la tía Clarice, se sentó a mi lado en su escabel y, con un breve guiño que invitaba a la complicidad, me enseñó un amplio bolsillo lleno hasta arriba de ciruelas. Entraron dos criadas y se sentaron en el suelo. Entraron también dos mujeres que habían venido a vender sus mercancías y habían coincidido con ellas en la cocina. Por fin entró la tía Sofia, con un velo en la cabeza, y abrió el armario.

Dentro había un altar. La tía Sofia se puso a encender las velas y, poco a poco, fue emergiendo de la oscuridad el rostro negro y terrible de la Virgen de Loreto. Todas las mujeres se arrodillaron, y yo las imité: solo la abuela siguió sentada, como si entre ella y el Cielo rigiera un pacto de igualdad. Su voz entonó el rosario, y yo uní mi voz al resto.

Como anochecía, la gran sala estaba iluminada solo por la luz de las llamas rojizas y trémulas de las velas. Impresionada, observaba a las personas que me rodeaban, desconocidas para mí hasta pocas horas antes, y que ahora, serias y taciturnas, me estrechaban en un sólido engranaje en el que intuía que sería fácil dejarse arrastrar. En vano intentaba evocar los recuerdos de mi vida pasada, la expresión astuta de Fulvia o la indulgencia de Lydia. Del tiempo transcurrido, solo reconocía, en la puerta del negro armario abierto, el rostro contraído de la tía Caterina, el mismo que había visto en la fotografía ampliada que presidía la habitación de mis padres. En esa puerta, en marcos negros semejantes entre sí, se veían uno al lado de otro los retratos de todos los difuntos de la familia. Eran viejas severas y jovencitas de ojos muy abiertos como si tuvieran miedo. Algunas tenían gruesas trenzas negras alrededor de la frente, otras, el cabello blanco y ralo; pero todas tenían en común un rostro fino y a la vez imponente y un pecho generoso. En comparación, los hombres parecían débiles y sumisos. Era ese pecho, sin duda, el que los

dominaba y los intimidaba, encarnaba la transmisión segura y poderosa de la vida, de generación en generación. Calvos en la vejez, imberbes y desamparados en sus uniformes de colegiales o de soldados, en esa macabra pared, a los hombres se los veía vencidos. Me imaginé el retrato de mi madre junto al de una anciana muy gruesa, una tía abuela, muerta hacía poco, ahogada en su obesidad. No, me repetía en mi fuero interno, no, no. Sentía a mi madre irradiar a mi alrededor como una aureola, sus fuerzas se unían a las mías. «Intentad someternos», me decía, desafiando a mis parientes arrodilladas y a la tía Caterina, clavada en la puerta negra.

Cuando terminó el rosario, descubrí en el fondo de la sala al tío Rodolfo, al tío Alfredo (el marido de la tía Violante) y a su hijo Giuliano. Los tres me miraban, incómodos de verme en su casa, entre sus muebles y sus costumbres.

El tío Alfredo me besó, pese a que era la primera vez que me veía. Giuliano me tendió la mano, blanda y húmeda como la de un clérigo. Nos llamaron a la mesa. La abuela se levantó, y fue la primera vez que la vi en toda su estatura. Era más alta que mi padre, más alta que el tío Rodolfo. Apenas cabía por las puertas, y por eso me pareció natural que su vaso fuera más grande que los demás y que se lo llenaran hasta arriba de vino. Comía en abundancia, mostrando un apetito considerable a pesar de su edad. Justo después de servirse ella, la fuente pasaba al tío Rodolfo, al tío Alfredo y luego a Giuliano, que se servía con malévola glotonería, poniendo cuidado de no dejar en el plato ningún bocado apetitoso. La tía Violante eligió para mí lo mejor que quedaba, y la tía Sofia y ella se repartieron el resto.

En esa amplia habitación, los muebles que, en la casa de Roma, parecían toscos y bastos revelaban allí una nobleza que me quedó patente desde mi llegada. Recortándose sobre las cortinas blancas, de un hermoso lino, los vestidos y los sombreros de las mujeres se veían aún más negros. Comíamos en silencio, como en los refectorios, y yo fingía una naturalidad que no sentía, pues la poca costumbre que tenía de hallarme en casa ajena me hacía estar muy tensa, animada por una curiosidad llena de desconfianza.

Miraba al tío Alfredo, que me observaba mediante rápidas ojeadas. Como el tío Rodolfo y como mi padre, tampoco él aparentaba la edad que tenía. Eso me llamó la atención entre los hombres del sur: tenían todos las mejillas de un rosa delicado, la mirada brillante y satisfecha, y los dientes muy blancos. Además, parecían cuidarse mucho las uñas, que conservaban de color rosa, mientras que las de las mujeres no tardaban en ajarse y amarillear.

A mi lado se sentaba Giuliano. Como estaba en mangas de camisa, su brazo desnudo se apoyaba sobre el mantel y rozaba el mío. Era como si, cada vez, al chocar con el mío, me frotara contra una ortiga, dejándome en la piel una molesta quemazón.

—Tenéis la misma edad —dijo la tía Violante en un momento dado—. Giuliano es solo un poco mayor que tú, pero no os parecéis nada, aunque seáis primos hermanos.

Nos volvimos el uno hacia el otro, observándonos, y yo vi que todo lo que me disgustaba en un hombre estaba reunido en él. No era feo, él también tenía los ojos bonitos propios de los hombres de esa familia. Sin embargo, le vi una expresión irónica y burlona, y su aspecto era desaliñado, estaba despeinado y tenía el rostro cubierto de pústulas rojas. Pero lo peor eran sus manos, oh..., sus manos, ¡qué horrendas! Toscas, sin gracia y cubiertas aún de sabañones invernales, remataban pesadamente unos brazos marcados de cicatrices y arañazos.

—No, no se parecen —dijo la abuela.

Quise mostrarme amable, venciendo mi aversión, y me volví hacia Giuliano para preguntarle:

—¿A qué te dedicas?

—¿A qué quieres que me dedique? —me contestó—. Trabajo en el campo.

—¿No estudias?

—¿Por qué debería estudiar? Ni que tuviera que hacerme cura.

—Yo tampoco tengo que hacerme cura —dije intentando reírme—, y, sin embargo, estudio.

—Pues se ve que te gusta perder el tiempo —concluyó él bruscamente.

Yo no dije nada. La mirada severa de la abuela iba de Giuliano a mí, calibrándonos. Ahora, con la distancia de los años, me atrevería a decir que se divertía instigándonos como a dos gallos de pelea, para ver cuál era el más fuerte. Yo no contesté, y me pareció que la abuela anotaba un punto en mi favor.

Mientras tanto, los hombres se habían levantado, sin esperar a que nosotras termináramos de comernos la fruta. El tío Rodolfo había salido a la era, mientras el tío Alfredo me rondaba, observándome. Su mirada resbalaba por mi cuello y por mi escote, y volvía a subir, desde mis pies, recorriéndome las piernas cubiertas por las medias negras. Yo sentía que debía permanecer quieta, inmóvil, prestándome dócilmente a su escrutinio.

—¿Estás cansada? —me preguntó la tía Violante, notando la palidez de mi rostro.

—No, gracias, no estoy nada cansada.

—Entonces, a trabajar —decretó la abuela—. ¿Quieres empezar una media, un calcetín?

—No sé hacerlo —confesé con un hilo de voz.

—¿Qué sabes hacer? ¿Dobladillos? —insistió con paciencia.

—Sí, dobladillos sí, eso lo hago muy bien.

Entre las cuatro, sentadas en corro, la tía Violante extendió una gran sábana blanca.

—Muy bien, pues haremos eso entonces. Cada una un lado.

—¿Y yo? —dijo la tía Clarice balanceando el torso como una niña—. Yo me aburro sin hacer nada, dadme un poco de trabajo a mí también.

—No es posible, Clarice —dijo la abuela severamente—, tú siéntate en un rincón y nos miras.

—Entonces, mientras vosotras trabajáis, yo canto.

—Está bien —accedió la abuela—. Dedícale un bonito cántico a la Virgen.

—Me pongo aquí, cerca de Alessandra —dijo.

Yo le sonreí. Tenía en los ojos verdosos un agua límpida, como la que se remansa en los ojos de los niños.

—Canta —le rogué.

—«Oh, María, vientre de rosa...» —empezó.

Estábamos inclinadas sobre el blanco inmaculado de la tela. Solo la abuela tenía la sábana a su altura, por lo que nos daba la impresión de coser a sus pies, como en penitencia. Esa impresión reforzaba mi celeridad: cosía deprisa, contrita, con aplicación. En cada punto, la aguja chirriaba sobre la fuerte trama de la tela: era como un grito, un sollozo. Chirriaba también bajo los dedos de la tía Violante y aquellos, vigorosos, de la tía Sofia. La abuela cosía más despacio que nosotras, tranquila, con sus manos de mármol. Me dolían los dedos, como las rodillas, cuando, de niña, me quedaba largo tiempo arrodillada en los bancos de la iglesia, pero no aflojaba el ritmo, igual que entonces tampoco me sentaba para descansar. También en esa época, el dolor me provocaba una especie de agotamiento muy dulce. Me emocionaban los rostros de la tía Violante y la tía Sofia, me suscitaban ternura. Volvía a sentirme abrazada por los gestos cotidianos de las mujeres: entre ellas, mi historia fluía ágilmente como un riachuelo entre orillas conocidas. Me rodeaba un silencio delicado, solo interrumpido a ratos por las voces y las estruendosas carcajadas de los hombres, que llegaban hasta nosotras desde la habitación contigua.

—¿Qué hacen? —pregunté apartando los ojos de la labor.

—¿Qué quieres que hagan? —contestó la abuela encogiéndose de hombros—. Jugar a las cartas.

Los primeros días en casa de la abuela fueron muy duros para mí. Nadie aludía nunca a la muerte de mi madre, hacían caso omiso de ella, hasta el punto de que casi me hacían dudar de si me la había imaginado para compadecerme de mí misma. El mundo en el que había vivido en Roma no me ofrecía ya ningún auxilio, y me costaba adaptarme al nuevo orden, riguroso e incomprensible, del que debía formar parte a partir de ahora.

Además, hasta entonces había pensado que tenía un carácter más bien huraño, pero en absoluto original. Estaba acostumbrada a vivir como de prestado, en la simpatía que mi madre suscitaba a su alrededor. Creía, incluso, que todos me veían como alguien insignificante por la dificultad que tenía para expresar lo que sentía.

En los Abruzos, en cambio, todos me consideraban caprichosa y extravagante, y era plenamente consciente de que el estupor que mi actitud les suscitaba estaba preñado de reproche. La abuela me concedió un largo periodo de libertad y de descanso, según ella para reponerme del cansancio del viaje y aclimatarme. Pero esa libertad, de la que disfrutaba con entusiasmo los primeros días, se me hizo difícil de soportar en cuanto me di cuenta de que se me otorgaba solo para poder observarme mejor. Tanto es así que, cada gesto mío, cada palabra, se convertía en una confesión. A veces, arrepintiéndome, me habría gustado retirar esa palabra, pero mis parientes ya se habían apoderado de ella, adscribiéndola inexorablemente a mi carácter.

En la severa rigidez de las costumbres de allí, la resignación con la que soportaba la desaparición de mi madre y la lejanía de mi padre sin duda debía de considerarse reveladora de un talante duro y soberbio. Nadie podía suponer lo desagradable que me resultaba la compañía diaria de mi padre. Y nadie, excepto la abuela, intuía el consuelo que me procuraba el poder vivir por primera vez en contacto con la naturaleza.

Me levantaba temprano por la mañana, y ya estaba allí la abuela, de pie en medio del huerto. Dirigía las operaciones de recolección sin moverse del sitio, con la ayuda de un largo bastón. Las mujeres trabajaban inclinadas, y sus anchas faldas salpicaban con alegres notas de color el verde del campo. El silencio era de una índole del todo nueva para alguien que venía de la ciudad: en ese silencio se oía elevarse el canto del ruiseñor, describiendo un garabato argentino en el aire transparente. Y, bajo el intenso sol de la mañana, todo resplandecía, las hojas que se movían al viento, la breve corriente de agua que fluía cerca, así como el verde esmeralda de las colinas y el pedregoso riachuelo de la Majella.

El huerto era pequeño, pero rico en hortalizas, y daba fe de un cuidado vigilante y atento. Detrás se extendían prados y pequeños bosques, accidentados porque, en esa zona montañosa, el terreno formaba por todas partes terrazas y niveles. En el bosque crecían encinas y arces; en otoño, las hojas de estos últimos se teñían de un rosa coral seguido de un rojo sangre. En esa soledad

total, yo hablaba con los árboles, me inclinaba a coger una flor desconocida y me quedaba embelesada ante el delicado diseño de una hoja. La pobreza de estas líneas no podrá expresar del todo el entusiasmo que sentía en esos momentos y cómo participaba de la vida y la actividad de la naturaleza. A veces, en ese silencio magnífico, oía al ruiseñor dedicarme un cumplido desde lo alto de una rama. O, sentada en la hierba, una mancha de sol me caía en el regazo como un fruto. Una tarde, me quedé dormida entre las raíces de una encina como en un abrazo.

—¿Te gusta el campo, Alessandra? —me preguntaba la abuela, viéndome volver de esos paseos—. ¿Te gusta vivir en el campo? —repetía, agachándose a arrancar una mala hierba para disimular el interés que ponía en la pregunta.

Pero cualquier pregunta de la abuela se asemejaba siempre a las del juicio final. Yo guardaba silencio, ella me miraba, y yo le sostenía la mirada. Era una mirada dura y voluntariosa. Sin embargo, en esos momentos yo percibía claramente que la abuela me quería.

Las primeras horas de la tarde, horas de un calor sofocante que solo interrumpía el canto de un gallo o el cencerro de una vaca, las pasaba estudiando. Por la ventana, a través del móvil arabesco de las ramas de los algarrobos, pasaba una luz verde tan dulce que a veces tenía que apoyar la cabeza sobre la mesa. A esas horas me costaba concentrarme, pero, por la noche, mi cuarto solo recibía la escasa luz de una lamparita tapizada de pequeñas perlas, por lo que no tenía más remedio que dormirme sin leer. Pensé con aprensión que esa nueva costumbre era la primera señal de esa renuncia que había anunciado la tía Violante. Aunque, por más que leyera con parsimonia, releyendo incluso algún capítulo, poco me iban a durar los escasos libros, novelas y poemarios, sobre todo, que me había traído de Roma, procedentes de la exigua biblioteca de mi madre. Necesitaba libros de texto.

Decidí hablar con el tío Rodolfo. Era la única persona con la que creía poder contar, pues no le había importado tomar parte, por mi causa, en una agria discusión con la abuela y las demás

mujeres de la casa. Me halagaba, sin embargo, que me reconocieran la capacidad de dar pie a dicha discusión.

Iba a verlo a su despacho casi todos los días. Él pasaba allí varias horas, para atender las necesidades de los jornaleros. Pero esa actividad era pura fachada, y él era el primero en saberlo y reírse de ello. En realidad, la abuela nunca dejaba que los jornaleros llegaran hasta él.

Me gustaba ese cuarto, es más, me fascinaba: parecía el despacho de un viejo notario, no tenía el aspecto conventual del resto de la casa. Con su pantalla verde, la lámpara difundía una luz tenue y agradable. Las paredes estaban cubiertas por estanterías muy altas, detrás de cuyos cristales se alineaban gruesos volúmenes encuadernados en pergamino. El tío Rodolfo me dijo que se trataba de libros en latín y de viejos códigos de mi abuelo, el cual había asumido en el pueblo el papel de abogado. Un día, me enseñó un gran volumen cubierto de polvo, diciendo que era nuestro libro de familia. No sin orgullo, me explicó que se podía trazar el linaje de nuestra familia varias generaciones atrás, que nuestros antepasados habían sido gente honrada y habían terminado sus días con una buena muerte. En esas palabras me pareció captar una alusión a mi madre que me hizo sonrojarme, herida. Pero enseguida comprendí que en el ánimo del tío Rodolfo no había intención alguna de ofenderme. Para disipar la incomodidad que se había creado entre ambos, me tomó del brazo y me indicó el dibujo enmarcado de un gran árbol frondoso, que representaba nuestra familia. Después me ayudó a encontrar mi nombre, escondido entre las ramas más jóvenes.

El árbol, tan robusto, se parecía al tío Rodolfo, y así se lo dije. Él se rio, mostrando una dentadura fuerte y blanca. Luego objetó que la comparación no era adecuada porque, para empezar, no tenía hijos.

—¿Por qué no te has casado, tío Rodolfo? —le pregunté.

Él no dijo nada. Volvió la mirada a la ventana y se dejó deslumbrar. Me pareció que estaba rememorando su vida, y guardé silencio respetuosamente.

—Quién sabe —dijo por fin, escondiéndose tras esas palabras

evasivas.

Con una sonrisa amarga, añadió:

—Hay ramas que se marchitan porque otras crecen más fuertes.

Su discreción me conmovió. Los rasgos de su rostro, ásperos y marcados, se habían suavizado con un pudor que yo siempre había intuido en su ánimo. Estábamos solos, unidos por una solidaridad fuerte y leal que me suscitaba ternura. Colgadas en la pared estaban sus escopetas de caza, su boina, su cartuchera y dos pipas, todo cuanto daba fe de sus gustos de hombre solitario y sencillo. Sobre el fieltro desgastado del escritorio había algunas viejas cosas de las que no se decidía a desprenderse: un portarrelojes, un pisapapeles en forma de león y un calendario en el que se leía «Recuerdo».

Mientras yo observaba todo eso, él me explicaba una gran tabla en la que la descendencia de la familia estaba representada en forma geométrica. Las parejas de hermanos colgaban como los platillos de una balanza. Las proles numerosas, en cambio, tenían forma de rastrillo. Junto a mi padre, Ariberto, figuraba mi madre con su apellido de soltera. Yo la veía enjaulada entre esas líneas, con el cabello claro recogido sobre la nuca, asustada y pálida, como cuando iba en la barca. En silencio, el tío Rodolfo trazó una crucecita junto a su nombre y escribió una fecha. Algo más abajo, colgaban en el vacío mi nombre y mi fecha de nacimiento, solos y perdidos.

Para hablar con el tío Rodolfo, elegí una tarde en la que la abuela y las tías se encontraban en la viña. La casa estaba en silencio, y las grandes habitaciones sin adornos acogían los primeros fríos de octubre. El despacho, en cambio, me pareció caldeado y acogedor. Mi tío estaba sentado en su vieja butaca de cuero, y yo frente a él, al otro lado de la mesa. Con la barbilla apoyada en la mano, escuchaba atento, mirando mi rostro iluminado por la lámpara. Tal vez se asombró de mi excitación. En efecto, era la primera vez que salía de la apatía con la que cumplía con las tareas cotidianas que otros disponían para mí. Hacía varias semanas que la abuela me

había asignado algunas tareas domésticas, aquellas que le habían parecido más adecuadas a mi naturaleza y a mis aptitudes. Se trataba, por lo general, de dar órdenes. Me di cuenta de que solo ella había entrevisto, tras la frialdad de mis rasgos y mis gestos, una firme capacidad de decisión. Recuerdo que, una vez, mi tarea consistió en bajar a la bodega, adonde debían transportar unas damajuanas de vino.

—Necesito las llaves, abuela —le dije.

Ella se detuvo, extrañada por mi petición.

—¿Las llaves? —repitió sorprendida.

En todos esos años, nadie se había atrevido nunca a pedírselas, y mi audacia la dejó desconcertada. Me miró y creyó ver en mi rostro una sabiduría, una determinación, incluso, que la resolvió a ceder. Se apartó el delantal despacio y se quitó de la cintura el grueso manojo plateado de llaves. Yo alargué la mano. Ella vaciló un instante todavía y luego dijo: «Toma», con una voz que no le conocía. Surgía de su fuero interno, de su pecho, era la voz con la que yo imaginaba que se le hablaba a un amante. Me estremecí al coger esas llaves, que brillaban en la penumbra del pasillo. Eran frías y pesadas, me parecía haber sacrificado algo al aceptarlas, como la novicia que ofrece la cabeza para la tonsura. Bajé precipitadamente las escaleras de la bodega, y al poco volví junto a la abuela sin aliento. «Toma», dije devolviéndole las llaves. Me sentía como si hubiera ganado una batalla.

El tío Rodolfo me escuchó muy serio, sin dejar de observarme. Entonces, con una sonrisita que de primeras me pareció irónica, se sacó del bolsillo un billete de cien liras y me lo ofreció.

—Esto es para comprar cuadernos —dijo—. Cuando necesites más dinero, pídemelo. Y prepara la lista de los libros: los mandaré traer de Roma.

Con el ímpetu de la gratitud, me puse en pie de un salto para abrazarlo, pero temí que mi gesto pudiera parecer descarado y me contuve.

—¡Gracias! —exclamé—. ¡Oh, gracias, gracias!

Me gustaba que nos uniera esa conspiración urdida para devolverme la paz y la felicidad.

—Por cierto —prosiguió él en voz baja, llamando mi atención con un gesto—, ¿tienes bolsillos?

Asentí sorprendida, enseñándole el delantal.

—Ven, coge esto. Llévalo siempre contigo.

Miré qué era lo que me había puesto en la mano: un cuerno de coral rojo.

—Guárdatelo en el bolsillo y no se lo enseñes a nadie. Este es un pueblo en el que se vive entre males y sortilegios. Sobre todo cuando uno no quiere quedarse escondido entre las ramas —añadió sonriendo y señalando nuestro árbol genealógico.

Entonces, cuando vi mi nombre aprisionado entre las ramas, sentí que me faltaba la respiración. Apretados alrededor del mío, se apiñaban otros nombres, y recordé lo que había dicho mi madre los días previos a su muerte: «No hay persona libre, nadie es libre. La libertad acaba pocas horas después de nacer, cuando nos imponen un nombre y nos injertan en una familia. Desde ese momento, ya no podemos escapar, desligarnos, ser verdaderamente libres. El edificio del registro es nuestra cárcel. Estamos todos aplastados en esos libros, machacados, hechos pedazos; también las mujeres jóvenes y los niños pequeños. Nuestro camino en la vida se sigue, se registra y se controla. Dondequiera que vayas, te persiguen los hombres que escriben en esos libros».

Miraba fascinada el cuadro en el que mi nombre aparecía encajado entre el de Giuliano y el de una prima, muerta en la infancia. Me habría gustado apartarme de esas ramas invasivas y abrirme paso. Las hojas, sin embargo, al esconderme parecían protegerme. Las familias que había conocido en Roma no podían compararse en absoluto con un hermoso árbol. Pero, desde que estaba en los Abruzos, sentía que también yo, como ese pino, tenía las raíces profundamente hundidas en la tierra, e intuía que eso se debía, sobre todo, a mi condición de mujer. Era como si, por esa condición, todos esperasen algo de mí, algo que yo aún no concebía con claridad, pero que intuía poseer con un desasosiego instintivo. Me acariciaba los pechos, pequeños, sin apenas relieve, y recordaba los rostros impasibles de las mujeres que me miraban cada tarde desde la pared negra del altar, con sus senos plenos y

triunfantes. Yo era la rama del árbol por la que pasaba la savia, blanca como la leche de las plantas. No, repetía en mi fuero interno, no, y me refugiaba pensando en mi madre. Su recuerdo me procuraba esa fatua ambición que se siente al tener un título nobiliario. Me adornaba con ella, me ensoberbecía. Ahora ya, la abuela me lo permitía. En virtud de ciertas cualidades sólidas que se iban manifestando en mí, ella me perdonaba esa manía inocente. A veces, cuando estábamos reunidas en la cocina o en el salón, me ponía a contarles las historias de Shakespeare, como hacía mi madre cuando yo era niña. La tía Violante dejaba la aguja, y su hermoso rostro de facciones regulares palpitaba, atento al desarrollo de la trama. La tía Sofia, en cambio, trabajaba con mayor empeño, fingiendo no escucharme. Al concluir, la tía Clarice aplaudía.

—¡Qué bien narras! —exclamó un día—. ¿Es una historia real?

—No —dijo la abuela secamente, anticipándose a mi respuesta—: en la vida no pasan nunca esas cosas.

Yo quise protestar, reuní mis recuerdos de historia para demostrar cómo los Malatesta, por ejemplo, habían vivido de verdad en la ciudad de Rímini, por lo que no era improbable que la tragedia tuviera una base real.

—No —se opuso la abuela, tajante—. No insistas, Alessandra. Cuando te cases, entenderás tú también que no son más que cuentos, patrañas.

—No quiero entenderlo, abuela —me rebelé.

—Lo entenderás aunque no quieras.

La estatura de la abuela hacía imposible aventurarse a discutir con ella. Llamé a mi madre en auxilio, pero su persona, confrontada a la de la abuela, era tan frágil que no podía proporcionarme ningún apoyo sólido. Además, había descubierto que, cuando yo no estaba presente, la abuela solía referirse a ella como «esa desgraciada», y los demás seguían su ejemplo. Esa palabra, dirigida a la criatura a la que yo más había querido en el mundo, me hacía sufrir atrozmente: no podía soportar oírla circular en voz baja por toda la casa. Por eso, un día decidí

hablarlo con la abuela, con franqueza. Era por la tarde, antes del rosario. Ella estaba sentada en el butacón, y yo, aunque estaba de pie, no conseguía superarla en altura.

—Esa palabra no tiene nada de ofensivo, Alessandra —respondió ella tras pensarlo un instante—. Solo expresa compasión y piedad.

—No quiero que se la compadezca —contesté en un arrebato —: prefirió morir antes que plegarse a componendas que otras mujeres aceptan fácilmente. No sé lo que pensáis de ella aquí, ni lo que habrán insinuado los curas. Mi madre nunca hizo nada malo, entiéndeme, abuela: nada de lo que debiera avergonzarse.

La abuela me miraba con una mezcla de asombro y complacencia: veía en sus ojos esa chispa imperceptible de los momentos en los que se divertía azuzándome como a un gallo de pelea.

—Lo creo, Alessandra —contestó tranquila—. Si tú lo dices, yo te creo. Pero, incluso después de lo que me has dicho, y quizá también por eso, seguiré pensando que tu madre fue desgraciada. Es una desgracia no saber ser dueños de nuestras reacciones, de nuestros instintos. Dueños de nuestra propia vida, vamos. Es una desgracia tener un carácter así.

Con frialdad, como para alzar entre las dos una barrera insuperable, dije:

—Mi carácter es igual que el suyo.

Vi que la había impresionado porque palideció, pero se recobró enseguida. La mirada con la que me recorrió de pies a cabeza pareció infundirle seguridad.

—No es verdad, Alessandra, creo conocerte ya lo suficiente: no es verdad. Y te equivocas cuando piensas que tu madre fue una mujer extraordinaria. Extraordinarias son las mujeres que no se dejan arrollar...

—Arrastrar por la corriente del río... —la interrumpí, siguiendo mis pensamientos.

—Como prefieras. Las mujeres que permanecen firmes, en resumen, que no se dejan tumbar por la corriente como arbolillos sin vigor.

Añadió con una mueca:

—Yo no siento ninguna indulgencia por ellas. Las mujeres viven una vida contraria a su carácter y a su naturaleza, a sus sentimientos y a sus impulsos: por eso deben ser muy fuertes. Los hombres no necesitan obligarse a ser fuertes: a ellos les ha tocado en suerte la valentía, como a nosotras la debilidad. Por lo demás, ellos no sienten jamás un verdadero impulso. Y, si lo hacen, lo siguen, sin más —añadió con resentimiento—. Si un hombre cae en la guerra, es un héroe, aunque no sea consciente de serlo. ¡Ah!

La abuela golpeó el reposabrazos con la mano y se irguió, con toda la majestuosidad de su estatura.

—Pero ¿cuántas veces tiene que morir una mujer conscientemente, en su vida miserable, día tras día?

Dijo esa frase con una voz terrible, que no he olvidado, pese a todo el tiempo transcurrido. Sus ojos despedían chispas en la tenue luz del crepúsculo. Y, al oírla hablar así, sentí un temor incontenible, como el día de mi llegada.

—No —murmuré negando con la cabeza—: no, abuela, no, no...

—Ven aquí —me dijo con una voz grave que sin duda a ella le parecía muy tierna—. Aun así, es hermoso ser mujer. Son las mujeres las que poseen la vida, como la tierra posee las flores y los frutos. Las flores tienen una vida tan breve como la luz clara de la mañana. Pero mira qué hermosa es la luz de la tarde. El error está en creer que se le puede pedir todo a la vida. La vida siempre nos pide algo a cambio, y hay que dárselo.

Al otro lado de la ventana se extendía la campiña que yo tan bien conocía ya, y la luz del atardecer, a la vez dulce y triste, me daba muchas ganas de llorar. Era la dulzura de la hora y el armonioso diseño de las montañas lo que me transmitía esa pena tan desgarradora.

—¡Abuela! —la llamé para que viniera en mi auxilio, pues sentía una desesperación sin límites.

—Hija —contestó ella acariciándome el cabello.

Entraron las tías y las criadas para el rosario. Pasaron por mi lado mientras preparaban las sillas, la pila de agua bendita y las

velas. Silenciosas en sus largas faldas oscuras, iban y venían, y sus pasos me ataban, me envolvían como hilos invisibles. No podía no admirar la melancólica altivez de los gestos que repetían, iguales día tras día, y que, precisamente por esa incesante melancolía, las mantenían prisioneras. Sentí un escalofrío: me habría gustado huir de allí, liberarme con un grito. Un instinto, sin embargo, me empujaba a añadir mi fuerza vibrante a ese orden taciturno y laborioso. Sentía la vocación de moverme con un paso semejante al suyo, ajeno a todo entusiasmo, a toda aventura. Arrodillada en un rincón, dediqué todo mi ardor a la oración. Pero era un ardor inextinguible.

Por las noches, cuando aún estábamos sentados a la mesa, solía venir a visitarnos algún pariente. Nuestra familia era enorme, porque, allí en los Abruzos, también los primos de tercer o cuarto grado se consideran parientes cercanos. Las visitas se habían hecho más frecuentes desde mi llegada, pues tenían todos, aunque no lo demostraran, una vivísima curiosidad por conocerme y por ver cómo era la hija de una descerebrada que se había matado por amor.

No tardaron en llamarme todos por mi nombre, tuteándome. Me pedían un vaso de agua, un cenicero o una silla, y lo hacían sin recurrir a las fórmulas de cortesía que habrían sido propias de nuestra escasa familiaridad. En cuanto volvía la cabeza, los parientes me observaban atentamente, deteniéndose en el más mínimo detalle de mi atuendo, pese a ser de lo más modesto. Solían venir en pareja, o a veces los hombres solos, explicando que sus mujeres estaban al cuidado de algún hijo, que, por enfermedad o por capricho, les impedía salir. A los hombres de ese pueblo los recuerdo joviales, de buen carácter y generosos. Si venían solos, se aventuraban a traerme de obsequio una fruta o una rosquilla, que sustraían de la despensa de su casa y se apresuraban a ocultar en el bolsillo. Bromeaban gustosos, eran diestros con los trucos de cartas y, en la conversación, ágil y desenfadada, solían contar anécdotas inocentes de su vida de solteros. Pero, cuando venían con sus mujeres, apenas me saludaban, y los más viejos se contentaban con

darme una palmadita en el hombro para expresarme la benevolencia con la que juzgaban mi carácter y la triste historia de mi vida. Su reserva me ofendía, pero no me atrevía a mostrar mi enfado.

Tenía la impresión errónea de que los hombres eran de estatura media, mientras que sus esposas eran altas e imponentes. Los primeros se reunían en grupo para charlar, y las mujeres, contentas de quedarse solas, solían vigilarlos de reojo, con una mirada atenta. Todas, como la abuela, sonreían poco, y si yo me dejaba llevar por un pequeño arranque de alegría, enseguida sus miradas severas e inquisitivas me manifestaban su sorpresa y su irritación. Vestían siempre de negro, por lo que sobre ellas pesaba un aire de luto reciente. La conversación, relativa por lo general a las vicisitudes cotidianas, estaba entreverada de suspiros y comentarios sobre la dureza de la vida de las madres o las amas de casa.

Las visitas se alargaban desde que el tío Rodolfo había comprado una radio muy moderna que captaba las emisoras más lejanas. Empezaba a difundirse en esas campiñas la noticia de que no tardaríamos en entrar en guerra. Era esta una palabra a la que yo no era capaz de dar un significado preciso: la otra guerra se había desarrollado antes de mi nacimiento, y cuando mi padre, que había participado en ella en los servicios de sanidad, la mencionaba, a mí me parecía que lo hacía para jactarse, que alimentaba una leyenda. Recuerdo que me era imposible entender cómo se hacía la guerra y cómo encontraban los soldados el valor de lanzarse al ataque, fríamente, por motivos que tantas veces ni conocían siquiera. Por eso, en esa época adquirí la costumbre de leer los periódicos, pero los artículos de política me aburrían enseguida, y dejaba a medias la lectura. Además, las noticias que publicaban los diarios eran siempre de una naturaleza que no suscitaba aprensión alguna. Al verme pasar, los campesinos dejaban sus pipas y me preguntaban: «Usted, que viene de Roma, señorita, ¿es cierto que habrá guerra?». Respondía que hacía tiempo que había dejado Roma y que, según los periódicos, todo iba bien. Tranquilizados por mis palabras, volvían al trabajo. Solo

las mujeres desconfiaban: escuchaban la radio cada noche y preguntaban «¿Qué dicen?», aunque la conversación hubiera sido muy clara. Su instinto natural las volvía recelosas, y por eso trataban de captar el significado verdadero de esas palabras, en apariencia inocuas. Mirando a Giuliano, la tía Violante decía en voz baja: «Ya están llegando las notificaciones». Cuando les llegaba la carta, los campesinos venían a despedirse de la abuela. Eran jóvenes, y en sus ojos se veía una incertidumbre llena de angustia. «Dicen que nos van a mandar a África», repetían todos. La abuela los animaba, asegurándoles que se trataba de un viaje precioso: conocerían nuevos lugares y volverían pronto, porque seguro que la guerra no se cebaría con nuestro país. Ellos sonreían, confiados y aturdidos, diciendo: «Estamos en manos de los de Roma».

Sonreían también los hombres que venían a escuchar la radio todas las noches. Para ellos, todo era algo así como un capricho inesperado cuyas causas no entendían del todo, pero que imaginaban benigno. «¿Quién entiende lo que quieren en Roma?», decían. No había aversión en su tono: si acaso una tolerancia indulgente, como si en la capital soplara un dulce viento de locura. Se creían cómplices de una broma que no traería consecuencias. Eran un poco originales en Roma, pero no eran malos. Yo en Roma solo había conocido a gente que iba a trabajar, regresaba a su casa, cenaba, dormía y volvía al trabajo al día siguiente.

—En Roma, la gente no está contenta —decía yo, recordando ciertas tardes lúgubres, cuando la oscuridad se cernía sobre el patio.

Pero ellos sonreían, meneando la cabeza.

—¿Y por qué quieren hacer la guerra ahora? —preguntaban las mujeres.

—Quién sabe —respondían los hombres.

Y añadían, como si se tratara de una broma graciosa:

—De tarde en tarde les da por hacer algo. A lo mejor también esta vez les sale bien.

Reían, y daban ganas de confiar en esa risa. Las mujeres, que al principio los miraban inseguras, al final cedían ellas también, adaptándose a la cómoda convicción de que han de ser los

hombres quienes traten de esas oscuras cuestiones de la política y la guerra. Poco a poco, yo también me iba dejando conquistar por su confianza. Reinaba un bonito silencio pacífico, la luna iluminaba la campiña y los árboles fieles: no parecía que nada malo pudiera ocurrir en el mundo. El Sangro retozaba alegremente a los pies de la Majella, blanca ya de nieve. Pronto llegaría la Navidad. Me reía: sí, claro, también esta vez saldría bien, aunque no supiera a qué nos referíamos exactamente. Pero quería que todo estuviera en paz a mi alrededor, que todo fuera una promesa alegre, porque era joven y me aguardaba una larga sucesión de años y de acontecimientos. Acompañábamos hasta la puerta a nuestros invitados, que se despedían de nosotros con efusividad. Yo ahuyentaba bruscamente el recuerdo de Antonio, pues me suscitaba un molesto sentimiento de culpa desde hacía un tiempo.

En esos días me angustiaban las condiciones de vida de los habitantes de las zonas rurales y de aldeas semejantes a la mía. Desde mi ventana se veía la aldea, con sus casas en pendiente hacia el valle y el torrente. Era un gran montón de piedras bajo el cual parecía imposible que alguien pudiera encontrar refugio, y solo el humo que salía de las negras chimeneas hacía sospechar un rastro de vida humana.

Enseguida le cogí gusto a perderme por las callejuelas, entre las casuchas. Pero la alegre curiosidad que siempre me suscita conocer nuevas costumbres y nuevos paisajes se apagó de golpe. Las casas eran todas de piedra tosca y ninguna descansaba sobre un suelo plano. Se sostenían unas a otras, y sus tejados formaban como escalones: así se aferraban a la falda de la montaña, buscando cobijo del viento y del frío, que en invierno era intenso. En verano, en cambio, el sol calentaba esas piedras calcáreas, por lo que sus habitantes se cocían como el pan entre las piedras del horno.

El valle era amplio, rodeado de colinas y montañas que lo ceñían en círculo. Las montañas se teñían de rosa o de amarillo según el movimiento del sol e, iluminadas por sus rayos, parecían benévolas y acogedoras. Pero, en sus laderas, separadas por valles

y riachuelos, surgían como champiñones o verrugas otras míseras aldeas, en cuyo centro se elevaba el campanario como un grito.

Abatida, me asomaba a las puertas de esos tugurios para ver el interior: eran antros oscuros y llenos de humo. Entraba algo de luz por un ventanuco estrecho, en cuyo tosco alféizar florecía un geranio en un cacharro. Ennegrecidas por el humo del hogar, las cocinas conservaban, sin embargo, esa nobleza que más tarde reconocería en cada casa y cada habitante de los Abruzos. Pese a la miseria del lugar y de los harapos con los que se cubrían mujeres y niños, entre esas paredes flotaba solo un buen olor a leña seca a punto de arder. Es más, ese olor era propio de toda la aldea, que era como una gran leñera. Un olor intenso que, incluso en pleno verano, hacía pensar en nieve y chimeneas.

Las mujeres tenían el rostro moreno y apagado bajo el pañuelo negro. Me observaban, y todo en mí las asombraba, desde los andares y los gestos hasta el color claro de mi cabello. «Buenos días», les decía con una sonrisa. Ellas nunca sonreían, se limitaban a responder «Entra», sin preguntarse el porqué de mi curiosidad ni de mi amabilidad. Me di cuenta de que todo les era indiferente: me miraban compasivas, como si yo, que paseaba con un perro, aún tuviera que entender cuánto nos machaca la vida cotidiana. Les preguntaba por los hombres, que rara vez estaban en la aldea durante el verano. «Están bregando», contestaban, sin ostentación ni pesar: porque la brega es lo propio del trabajo, y el trabajo trae el pan.

Una vez, una mujer contestó con desprecio:

—¡Huy, en verano los hombres se desloman! El trabajo de la tierra es duro, más que el de la casa. La casa protege, la tierra mata. Pero, en invierno, los hombres duermen junto al fuego, se fuman su pipa y descansan. Nosotras no. Los hijos nacen también en invierno, y hay que cocinar la polenta. La tierra descansa, pero la casa no descansa nunca.

Concluyó la frase con un tono de odio comprimido, acurrucado. Tras una pausa, prosiguió:

—Nosotras también vamos a trabajar en los campos cuando llega el tiempo de la cosecha o la siembra. Trabajamos incluso

cuando llega la guerra. La guerra es de los hombres.

Hablaba con serenidad, sin el malestar que habría sentido cualquier mujer de ciudad al contar algo así.

—Yo he tenido tres maridos. El primero murió en África, el segundo, en España. Ahora —añadió alzando un poco la voz aguda —, a ver adónde me mandan a morir al tercero.

Sabía que era una mujer joven, pero en la frente y en las comisuras de labios y ojos, las arrugas eran surcos excavados en la piedra; su piel, semejante al cuero, era tan morena como la de Sista. Igual que ella, no tenía edad. Aunque se había casado hacía varias semanas, seguían llamándola «la viuda Martina». Yo me había sentado y la miraba amasar el pan. Las mangas subidas descubrían unos antebrazos fuertes y musculosos, como los de un hombre joven. Las manos, abriéndose y cerrándose en la masa blanda y pegajosa, traicionaban un impulso violento que se descargaba en cada gesto. De repente, recordé la saña con la que Sista empujaba la plancha sobre la camisa de mi padre.

—¿Qué vais a hacer? —le pregunté en voz baja.

—¿Qué podemos hacer? —contestó amasando con fuerza—. Ellos están en Roma, ¡bien por ellos!, y nosotros aquí, esperando. Esperando y dando gracias a Dios de que no sea cosa nuestra decidir las guerras y mandar las notificaciones. A nosotros nos toca solo bregar. Lo demás es para la gente instruida, los que leen los periódicos y los libros.

Parecía que se dirigiera a mí personalmente. Por eso me alejé, deprisa, sin mirar dentro de las casas ni saludar a las mujeres. Desde hacía un tiempo, me sentía como si la muerte del tercer marido de Martina dependiera de mí.

Intentaba hablar de esas cosas con el tío Rodolfo. Me había acostumbrado a bajar a su despacho, y leía mientras él escribía, reunidos bajo el halo de la misma lámpara. En las pausas en la lectura, al alzar los ojos a la pared, veía una fotografía suya tomada en el frente, en la que posaba con aire bravucón y un bigotito insolente, con un pie apoyado en una piedra y los brazos cruzados sobre el pecho. Yo relacionaba ese aire orgulloso con las

ilusiones que debía de haber tenido, de joven, de ser amado por la suerte y por las mujeres. Si hubiera muerto en la guerra y hubiera dejado de sí mismo esa imagen, la gente habría dicho: «Qué lástima, tenía toda la vida por delante, quién sabe cuántas cosas habría hecho». Ahora era un hombre mayor, vivía en una casa vieja, en una aldea remota de los Abruzos, llevaba las cuentas de la finca en un gran registro, y yo sabía que estaba sometido a su madre, que disponía de él con un solo gesto.

Al considerar su destino, empecé a temer por el mío. No quería verlo decaer, adaptarse fácilmente a la mediocridad como había hecho el suyo. Me estremecía al pensar que quizá mi fuerza fuera solo aparente, como la del tío Rodolfo en la fotografía. Quizá yo también acabara ahogada, arrollada, porque me faltaba la dureza necesaria para resistir. Además, me daba cuenta de que no tenía ninguna experiencia de la vida. La soledad no había sido buena para mí, y la mayor parte de mis conocimientos eran solo literarios, aprendidos en los libros o de mi madre, que lo transformaba todo en cuento de hadas. «Yo siempre seré joven, siempre seremos jóvenes», decía, y su feliz excitación me tranquilizaba. Quizá también el tío Rodolfo pensara así, en la guerra, cuando posaba con el pie sobre la roca. Ahora mi madre estaba muerta, y al tío Rodolfo se le formaba papada al escribir en el libro de cuentas.

—¿Entonces estabas contento, tío Rodolfo?

—¿Cuándo? —preguntó él sorprendido levantando la cabeza de los papeles.

—Entonces —contesté señalando la fotografía.

Él se volvió, siguiendo mi gesto, y dijo:

—Entonces sí. Era un tiempo muy bonito, el más bonito de mi vida.

Sonrió con la mirada perdida en el vacío, como si estuviera viendo de nuevo a personas, lugares e imágenes, y esa sonrisa lo rejuveneció.

—Pero no solo por el hecho, muy importante, de tener poco más de veinte años. Entonces teníamos una confianza natural, una bondad civilizada, una solidaridad con el prójimo que nos hacía

reír con facilidad, contentos, sin reticencias ni recelos...

Calló de repente, casi como si temiera haber hablado demasiado, y hasta me lanzó una rápida mirada para controlar el efecto que habían producido en mí sus palabras.

—Ahora, en cambio —dije bajando la voz—, nadie está contento, ¿verdad?

—Eso es, ahora parece que ya nadie está muy contento.

Volvió a bajar la mirada a los papeles. Pero debió de reflexionar sobre mi pregunta, pues me miró de nuevo, tratando de adivinar lo que había detrás. Yo no me atrevía a profundizar en las causas de ese descontento, aunque, haciendo memoria, me daba cuenta de que siempre había estado ahí, denso, tupido y opaco, desde que era niña. Pero nadie se atrevía nunca a hablar de eso, ni siquiera Fulvia y yo, cuando estábamos solas en el balcón y tratábamos hasta los temas más escabrosos. El tío Rodolfo no quería que siguiera hablando y me lo pedía con una mirada humilde e incómoda.

—No se puede decir que no estamos contentos, ¿verdad?

—No —contestó negando con la cabeza—. Nadie lo dice. Ni siquiera yo lo he dicho nunca, hasta ahora. Y lamento que seas tú la primera en preguntármelo, porque perteneces a una generación muy distinta a la mía. Ahora hay cosas que a vosotros hasta os parecerán incomprensibles. Pero, cuando yo volví de la guerra, esas cosas reflejaban nuestra seguridad, nuestro orgullo. Entonces era natural adoptar ciertas actitudes. Por los peligros y el sufrimiento que habíamos padecido, nos parecía habernos ganado el derecho a imponer a los demás la presencia clamorosa de nuestra vida, nuestra fuerza y nuestra ley. No, vosotros nunca podréis entender cuán natural era todo eso entonces. Natural y sano, fácil, sin trampas. Teníamos más o menos tu edad, y el mundo parecía empezar con nosotros, con nuestras terribles experiencias. Eso era entonces...

Volvió a señalar su retrato.

—Después, yo volví aquí, al campo, y me encerré en este despacho y en el descubrimiento de mi vida personal, mi vida interior. Me enamoré, incluso... Es una larga historia —añadió con

una sonrisa tímida—. Me encerré, en resumen, en mis propios intereses: casa, tierra y familia. Perdí toda seguridad, toda arrogancia, y, tengo que reconocerlo, la vida cotidiana consumió en mí el entusiasmo, el apego sincero a ciertas cosas que pertenecían ya a un tiempo remoto, a una época lejana. Otros se encerraron en las oficinas, se casaron, formaron una familia. Ya nadie hablaba de ciertas cosas con el énfasis de antes. Y, mientras, esas cosas cambiaban, se transformaban, se hacían enormes. Nuestro silencio las hacía enormes. Y ahora... —concluyó abriendo los brazos.

Me miraba, esperando de mí la absolución o una respuesta vehemente. Pero yo no sabía bien a qué se refería en concreto. Solo comprendía que aludía a la dificultad de cumplir con los ideales que uno se fija, es decir, a la dificultad de vivir, que es ilimitada; una dificultad desalentadora que yo siempre había presentido, pues, aun en mis escasos momentos de alegría, siempre rondaba cerca la desesperación. Con pocos años, aún una niña, conocía ya los rostros melancólicos de las mujeres que se asomaban al patio. Veía a los hombres salir temprano, regresar para el almuerzo, y marcharse otra vez a la oficina, de la que volvían para cenar en casa y tirarse en la cama a dormir, embrutecidos por el cansancio. Conocía lo desalentadora que era la vida de los hombres: «Se ha acabado el dinero», dicen las mujeres. Mientras, los hijos esperan, hostiles, con los ojos muy abiertos. «Me las apañaré», contestan los hombres, y vuelven a salir a la calle, angustiados y preocupados. Mientras tanto, ocurren ciertas cosas, y es en ellas en lo que deberían pensar los hombres. Pero ya no son hombres fuertes y libres, son padres de familia. ¿Y qué puede hacer una familia ante ciertas cosas?

Sentía un deseo incontenible de cumplir con una misión peligrosa y, mediante ese riesgo, resarcirme de una responsabilidad cuyo origen me era desconocido, pero cuyos efectos dolorosos descubría ahora. Era libre, estando sola podía arriesgarlo todo, incluso la vida: huiría de noche, con el vestido negro que llevaba todos los días, y, tras un largo viaje agotador, llegaría a Roma. La ciudad permanecía en mi recuerdo como una mancha de sol blanco

y casas blancas, entre el verde deslumbrante de los árboles y el vivo azul del cielo. Vestida de negro, me veía andar segura por las calles, concentrada en una tarea precisa, que era la de decir: «Los campesinos no están contentos», la de hablar de las casas de adobe, de las casas de piedra sobre la ladera del monte y del descontento que nos asfixiaba. Pero me desanimaba la idea de no poder concretar ese descontento, de no conocer sus causas ni sus límites. Mi ignorancia me hacía estremecerme de rabia, me temblaban las manos. Miraba a mi alrededor, buscando ansiosa una señal reveladora. No habría sabido ni adónde ir; si pensaba en con quién debía hablar, sentía como si me fulminara un rayo. Un oscuro instinto me sugería que no lo hiciera, ¿estás loca?, no se puede hacer, hay que estarse calladitos, calladitos..., de Antonio siempre se hablaba en voz baja.

Me habría gustado hablar de esas cosas con Giuliano, pese a la desconfianza que me suscitaba su apariencia. Era la única persona de mi edad. Quizá pudiéramos hablar a escondidas de nuestra familia, como hacíamos Fulvia y yo, cuando se iban los adultos. Hablábamos del amor y de cómo nacen los niños, cosas que parecían tan secretas como estas. Pero nuestro odio mutuo se hacía más patente cada día. Se había percatado de la simpatía que me tenía la abuela, y se enfrentaba a mí, aunque yo no tuviera la más mínima intención de entrar en esa lucha. Con todo, intentaba denigrarme, y lo hacía con una ironía banal, evidente y burda. A mí no me ofendía la tosquedad de sus modales, pero sí la vulgaridad de los sentimientos que esta revelaba. Cuando me sentaba a leer, en el huerto o en el comedor, él daba vueltas a mi alrededor, chinchándome, con la esperanza de arruinarme el buen rato. Mi vida era como un círculo perfecto: era consciente de su armonía, y era esa armonía lo que molestaba a Giuliano. Tal vez aún no había estado con una mujer, y esa curiosidad lo devoraba, razón por la cual mi aspecto, sincero y casto, lo provocaba contra mí.

—¿Por qué te das esos aires? —me preguntaba siempre.

Una vez llegó a decirme que era fea.

—No me importa —le contesté sonriendo—. De verdad, Giuliano, te lo aseguro: no me interesa en absoluto.

—Eso lo dices porque eres una engreída. Pero es lo único importante para una mujer. Eres demasiado alta. Estás flaca. Las mujeres deben tener caderas, pechos grandes y bonitas mejillas redondas. ¿No ves lo flaca que estás? Ningún hombre te querrá como esposa, se haría daño al tropezar contigo en la cama.

Se me acercaba, riendo, y me miraba con malicia y desprecio. Veía vibrar en sus ojos el deseo, que él reprimía con soberbia. Me apartaba de él, abrazándome al libro o a la labor para taparme.

—No importa —respondía tranquila—, no tengo la más mínima intención de casarme.

—Pues menos mal, porque nadie querría casarse contigo. No deberías darte tantos aires.

—¿Por qué? —le pregunté.

Hice un esfuerzo por mantener la calma, pero, cuando me levanté, me temblaban las manos.

—Porque todo el mundo sabe que tu madre tenía un amante.

—Eso no es verdad —contesté fulminándolo con la mirada.

—Sí que lo es. Lo dice todo el mundo. ¿Por qué se mató, si no? Lo hizo por vergüenza.

—Eso no es verdad —repliqué con fuerza—, fue porque...

Pero no podía seguir. Era imposible definir los motivos precisos que conformaban la infelicidad de mi madre. Sobre todo, era imposible hacérselos entender a un hombre como Giuliano. Derrotada, salí corriendo.

Él corrió tras de mí enseguida.

—Tenía un amante, sí, lo sabe todo el mundo...

La casa estaba desierta, sentía que no ofrecía salida. No quería dirigirme a la cocina, debía evitar que las mujeres oyeran las palabras que Giuliano repetía mientras me pisaba los talones, y el instinto me decía que no subiera a mi habitación. Tapándome los oídos, dejé el pasillo y fui a parar a una pequeña galería, al fondo de la cual había un cuartito con un retrete. Me metí allí, sin aliento, y corrí el cerrojo de hierro.

Giuliano me hablaba desde la galería, al otro lado de la fina

puerta:

—Tenía un amante —repetía—. Abre. Lo sabe todo el mundo. Deja de darte tantos aires.

Sacudía el picaporte, el cerrojo no iba a aguantar. Conseguiría abrir la puerta, en lo alto de la cual había un ventanuco de cristal esmerilado.

—Abre, o rompo el cristal —decía.

El pequeño retrete estaba en voladizo, porque la casa, como ya he dicho, se erigía sobre la aldea. Sentía que solo podría salvarme si el suelo cedía bajo mis pies, dejando que me precipitara sobre las piedras afiladas de la calle. Me producía alivio imaginarme destrozada contra el suelo, inmóvil, tras mi gesto desesperado.

—Abre, estúpida, abre —repetía la voz de Giuliano.

Su mano sacudía rítmicamente el picaporte con una insistencia de pesadilla.

—Total, sé que me oyes: ¡tu madre tenía un amante, tu madre tenía un amante...!

Me invadió el terror. Estaba segura de que conseguiría abrir la puerta y, si lo hacía, yo no podría oponer ninguna resistencia, aunque no supiera a qué exactamente. Sus palabras me habían empujado allí dentro, privada de toda seguridad y toda libertad de movimientos. Por un ventanuco que daba al valle, veía el paisaje de los Abruzos, fuerte y dulce, que tanto me gustaba y que se había convertido en mi compañero predilecto. Pero, aunque era mi consuelo durante el día, no podía serme de auxilio en ese momento. El espacio era exiguo, a Giuliano le habría bastado un paso para empujarme contra la pared, y entonces no tendría más remedio que escuchar esas palabras, me las murmuraría al oído.

Vi que pegaba el rostro al cristal para mirarme. Distinguía sus ojos, sus labios carnosos y su nariz aplastada, una mancha de carne blanca.

—Te veo —dijo—, te veo muy bien.

Se reía de verme en ese sitio inmundo. No podía escapar de su mirada. Apoyada en la pared gris, me tapé el rostro con las manos.

—Te veo. Deja de darte aires, ¿entendido? Tu madre tenía un

amante. Es inútil que te encierres en el retrete.

Pasó mucho tiempo; no me aparté las manos del rostro para no ver la boca de Giuliano, lívida, aplastada contra el cristal. De repente, oí gemir al perro. Estaba al otro lado de la puerta y me llamaba, raspaba la madera con las uñas con paciente insistencia. El silencio me confirmó que estaba sola. Entonces salí con cautela del retrete y me acurruqué en el suelo de la galería junto al animal.

Ya era casi de noche, apenas distinguía sus ojos en la oscuridad. Se veía el perfil de la boca y el pliegue triste que tienen todos los perros en el hocico. Abandonó la cabeza en mi regazo y, tranquilizado por mi presencia, no tardó en quedarse dormido, respirando fuerte. El calor de su cuerpo bajo el pelaje suave se propagaba por mis miembros y me reconfortaba después de mi encierro humillante. Apoyé la cabeza en la pared y, alzando los ojos, vi algunas estrellas, blancas y límpidas, surgir en el manto pardo del cielo. Era una noche hermosa, pacífica. Yo acariciaba al perro. Al poco, oí la voz de la tía Violante llamándome por la casa: «Alessandra... Alessandra...». No contesté. Esperaba que me olvidaran allí, en la oscuridad, no solo esa noche, sino para siempre.

Apenas dormí y al día siguiente ocurrió lo del gallo. Fue este uno de los hechos que todos mencionaron como prueba de mi crueldad. Cuando me preguntaron, entonces y hace poco, por qué actué así, mi respuesta ha sido: «No lo sé». Todos pensaron que lo decía porque no quería hablar, pero en realidad es la pura verdad. Había en el gallinero muchas gallinas y un gallo precioso. De ese gallo se hablaba hasta en el pueblo, por la riqueza de su plumaje, de un verde dorado, y la audacia de su cresta. Había venido del norte en una jaula, y las criadas lo tenían en mucha consideración, como a un huésped de importancia.

No era nunca el primero en acudir cuando se echaba en el suelo el maíz. Sí acudían enseguida las gallinas, agitando alegres sus amplias pelvis como amas de casa atareadas. Picoteaban con avidez, rápidas, pero movidas por una respetuosa solidaridad. Después llegaba el gallo. Era alto, mucho más que todas las

gallinas, y su paso era majestuoso y grave. Caminaba levantando las patas, adornadas de espolones plumados. Se inclinaba sobre las gallinas y, apuntando al cuello, las picoteaba de repente, con golpes hábiles y crueles. Las picoteaba una tras otra, veloz, como asestándoles puñaladas. Con frecuencia, una gota de sangre manchaba el suave cuello blanco de las gallinas. Estas escapaban, dejándolo solo ante el alpiste sobrante. Entonces, revelando una súbita glotonería, el gallo devoraba deprisa, con picotazos precisos, los gruesos granos amarillos. Era espléndido. En el ímpetu de su voracidad, se le agitaban las plumas, el papo se le encendía en un vivo rojo sangre y su cresta se veía aún más altiva y turgente. Hinchado por la saciedad, era su cuello sobre todo lo que atraía mi mirada, un cuello rico en plumas y ligero a la vez, hermosísimo.

Lo llamé, engatusándolo con un puñado de alpiste. Se acercó, pues estaba familiarizado conmigo y con mi voz. Avanzaba con su paso cauto y solemne. Por un momento, bajo la cresta erguida, su ojo me miró, calibrándome, como hacía al acercarse a las gallinas. Arrodillada en el suelo, sentí que podía hacerme daño, picotearme de repente, no por maldad, sino por ese derecho que le era propio y que se le permitía ejercer. Nos miramos: su ojo era de piedra dura. Con un rápido movimiento, lo agarré del cuello. Mis dedos se clavaron entre sus plumas y, con un asco profundo, apreté su cuerpo blando y brillante entre las rodillas.

Tengo las manos largas y delgadas. Parecen débiles, manos femeninas y delicadas. Parecen, recalco. En realidad, siempre he tenido unas manos muy fuertes, así como el gusto de doblar cosas con ellas, de partir ramas y arbustos. Bajo el blando alboroto de las vistosas plumas, el cuello del gallo se revelaba frágil, pese a estar aún lleno de comida. Me lo imaginaba blanco, lívido, violáceo. Seguí apretando. Su cuerpo de alas vibrantes se debatía entre mis rodillas, lo que me producía un molesto repelús. Esa molestia me hacía apretar con más fuerza. Apreté y tiré, en el calor secreto de las plumas, hasta que el gallo quedó inmóvil y rodó al suelo, desde donde me miró fijamente, tembloroso, con su ojo de piedra dura.

Era tarde, casi mediodía. Hacía sol en la era, pero las hermosas plumas del gallo se iban apagando poco a poco, como si,

con la vida, también el color las abandonara. Yo seguía de rodillas, con el vestido negro sucio de polvo. Corrí a lavarme las manos en la fuente y subí la escalera, fresca en la penumbra. Cuando llegué a mi habitación, me arrojé sobre la cama con los ojos cerrados, exhausta.

Aunque no me había visto nadie, no tardé en confesar que había matado al gallo. Las criadas me miraban con respeto por lo atrevido de mi gesto. Discutieron largamente a quién le tocaba desplumarlo. Ninguna quería hacerlo, como si ello significara continuar el crimen. Por fin, una criada morena y robusta, llamada Adele, dijo: «Yo», y se entregó a la tarea con ahínco. Las plumas revoloteaban a su alrededor, y su cabeza rizada se agitaba con cada tirón.

—Todo plumas —declaró—, de cuerpo era muy canijo.

La abuela subió a mi habitación para interrogarme. Me habían anunciado su visita, por lo que la aguardaba tranquila, como había hecho con el director del colegio después de golpear a Magini.

Sin embargo, cuando oí su paso en la escalera, me embargó una agitación incontenible. Sentí que no iba a ser capaz de justificar mi acto, no alcanzaba a explicármelo ni a mí misma. Una vez más, como cuando era niña, me habría gustado creer que me poseía un ser sobrenatural, mi hermano Alessandro, al que podía atribuir cada acto vergonzoso o cruel. Pero ya no encontraba refugio en esas fáciles escapatorias. Me sentía responsable por completo, aunque incapaz de demostrar mi inocencia absoluta.

—¿Por qué lo has hecho? —me preguntó la abuela.

Estaba sentada frente a mí. Sujetaba el calentador entre sus altas rodillas. Su falda negra, que formaba pliegues sobre sus piernas, parecía un pedestal sobre el que su busto se apoyaba solemnemente.

—No lo sé.

No me creyó. Yo me interrogaba sin cesar, esperando descubrir de repente la misteriosa razón de mi gesto. Pero solo me sentía vacía y cansada.

—No lo sé —repetí.

—No es posible. ¿Es que tenías ganas de comértelo?

Yo negué con la cabeza sonriendo.

—Giuliano, quizá, lo habría hecho por maldad. Pero tú no, tú sabías que yo quería mucho a ese gallo. ¿Por qué, entonces?

—No lo sé, abuela.

Ella pareció decepcionada, resentida, incluso.

—Pensaba que tú nunca recurrirías a la mentira —dijo con pesar—. Estás perdonada. No quiero que me tengas miedo. Estás perdonada. Y, ahora, dime.

—No lo sé —repetí negando con la cabeza—. No lo sé.

Sentía una desesperación honda y salvaje. No sabía verdaderamente el porqué de ese gesto, que, pese a juzgarlo horrible, me había producido una dulce voluptuosidad. Recordé la seguridad con la que Adele arrancaba las plumas, el cuerpo flaco del gallo, su cuello delgado y flexible. «Lo ha matado muy bien», había dicho Adele, y todos me habían mirado las manos.

—Me gustaría que tuvieras confianza en mí, Alessandra —dijo la abuela—. Yo tengo mucha confianza en ti, muchísima. Desde que viniste, me siento más fuerte, aunque al principio tenía mucho miedo por ti, pues decías que te parecías a Eleonora. Pero no es verdad: tú no te pareces a tu madre.

Hizo una pausa y luego añadió:

—Tú te pareces a mí.

La miraba, fascinada por su aspecto imponente. Quizá ese parecido, que todavía no me resultaba evidente, se manifestara pronto de manera irresistible, como el impulso que me había llevado a matar al gallo. Me incliné hacia la abuela, sintiendo una nueva fuerza en mí que agigantaba mis rasgos y mi estatura.

—Quizá no te des cuenta enseguida —prosiguió—, ni yo misma sabía que soy como soy. Después, poco a poco, he ido adquiriendo esa fuerza: día a día, debería decir. Te pasas el tiempo leyendo, pero eso está mal. Los libros debilitan, te hacen sufrir, te hacen esclavo. No hay que sufrir; si uno quiere ser fuerte, tiene que eliminar el sufrimiento de su vida. Solo vale la pena sufrir para traer a los hijos al mundo. Con cada hijo que traía al mundo, me

sentía revivir.

La contemplaba, fascinada: era una deidad majestuosa, me parecía natural ofrecerle en sacrificio sangre humana y niños vivos.

—He visto que te gusta el campo, disfrutas paseando por la finca. Ahora ya te la conoces muy bien. Escucha —me dijo en voz baja—, la finca es tuya, mírala.

Me señaló el valle y la ladera de la colina.

—Mira qué hermosa es, tan bien ordenada. Mira el cuadrado perfecto de la viña, los campos de trigo en terraza hasta allá arriba, hasta los olivos.

Por primera vez, su voz sonaba tierna, conmovida: era la voz de una mujer y ya no la de una gran montaña.

—La propiedad se extiende a orillas del río, que la baña y nutre la tierra como la madre al hijo. La hierba crece tupida, y las espigas se alzan cada año más erguidas. Dentro de poco, en primavera, florecerán los frutales; luego vendrán los frutos: ricos, duros y plenos. La bodega está tan llena de fruta que su perfume resulta embriagador.

Me había tomado la mano mientras hablaba.

—Giuliano no tendrá nada —prosiguió—: solo la parte de su madre, que es poca, una miseria. Se parece a su padre. Se lo he dicho muchas veces: estudia, búscate un empleo en la ciudad. Yo esperaba una mujer. A ti te creía perdida. Cuando supe que tu madre había muerto, le dije a Rodolfo: ve a por ella, tráela aquí. La noche antes de tu llegada, no conseguí dormir.

Mirábamos las dos la campiña por el cristal de la ventana. Exaltados, los ojos de la abuela brillaban. Entonces se apartó despacio el delantal negro: sobre la falda, también negra, apareció el manojo plateado y brillante de las llaves. La luz del atardecer se concentraba sobre el acero, que despedía reflejos incandescentes. Con un gesto complacido, la abuela acariciaba despacio las llaves con su gran mano.

—Recuerdo el día en que me pediste las llaves. Fue como si ya estuviera muerta y tú hubieras ocupado mi lugar. Bajaste a la bodega con paso seguro. Tu cabello claro se distinguía en la oscuridad. A Sofia y Violante les da miedo la oscuridad, pero a ti

no. Tú eres como yo.

Me acarició ligeramente el brazo y el hombro. Su rostro mostraba la expresión resuelta e impaciente del zahorí que ha encontrado agua. Inmóvil, yo esperaba que me estrechara entre sus brazos.

—No debes leer más libros —murmuró—. Deja los libros para los hombres... Yo también leía, antes de casarme, y tocaba el armonio. Cuando tu abuelo murió, mandé guardar el instrumento en el desván y cerré con llave. Aún era joven, tenía poco más de treinta años, y cinco hijos que criar, más la casa y la finca. No me quedaba más remedio que ser una persona fuerte. Por fortuna, lo entendí. Y me hice fuerte, muy fuerte.

Se irguió al decir esas palabras. Quizá fuera a partir de ese momento cuando empezó a crecer. Sus manos se hicieron grandes, y su porte, noble.

—El armonio hace daño, igual que los libros. Tú no necesitas leer libros porque serás la dueña de todo.

Tentada por las palabras de la abuela, miraba el valle y la colina frente a mí, esforzándome en imaginarlos míos. Esperaba sentir una impresión intensa, un estremecimiento ávido y satisfecho. Trataba de imaginar que esa tierra era mía, como lo era mi propia carne, que el río fluía por mis venas. Pero, en lugar de eso, tenía la impresión de que era yo quien le pertenecía a la tierra. No se podía ser dueño de la tierra, eso era contra natura. De nuevo, y con más fuerza que nunca, descubrí mi repugnancia a poseer algo.

Todo el mundo llamaba a la abuela «la dueña». Era natural que la llamaran así: ese nombre le correspondía por un íntimo derecho que no le atribuía solo la propiedad. Comprendí que, en esa región, la condición social la establecía la propiedad: un campo equivalía a un título nobiliario. La abuela llevaba en la cabeza una corona de reina, aunque su propiedad fuera modesta. Pero, en cada gesto y cada palabra, ella revelaba la fuerza consciente que le daba esa propiedad. A veces, cuando el tiempo no estaba frío ni nublado, se sentaba en medio del prado. Una criada le llevaba una silla, una silla corriente, pero parecía más alta que las demás. Se

sentaba y, volviendo lentamente su gran cabeza blanca, respiraba el aire y el viento. Su falda cubría la silla, y era como si la tierra misma se levantara hasta ella para sostenerla en un trono. Por eso parecía justo que la tierra le perteneciera, así como los frutales, que se extendían hasta la meseta del olivar. Ella los dominaba desde lejos, como el director de orquesta a los instrumentos más apartados. Bajo su mirada, los árboles se estremecían y se despojaban de sus frutos, las aceitunas se dejaban prensar gustosas, ofreciéndole su jugo amarillo y denso. «Excelente», juzgaba ella, seria, lamiéndose el aceite del dedo.

Yo solía sentarme a veces junto a un cerezo de copa transparente.

—Pida que se lo regalen, señorita —me sugirió un día Adele.

La tía Sofia era dueña de los almendros, y la tía Violante, de una arboleda de nogales. Durante la cosecha, ambas se apostaban, vigilantes, junto a los árboles y calculaban rápidamente los frutos, como si de monedas se tratara. Pero a mí las palabras de Adele me causaban rubor, sentía que me instigaba a comprar un esclavo. Por encima de todo, esos árboles pertenecían a la abuela: ella los había mandado plantar, ella los había visto crecer, los había cuidado y podado. Contaban que, una vez, unos años antes, había nevado durante la noche, y a la nieve había seguido la helada: las ramas de los árboles crujían bajo el peso. La abuela había bajado al huerto con su largo bastón y, ella sola, se había puesto a liberar las ramas, haciendo caer el hielo, que se estrellaba contra el suelo con un sonido de vidrio. Por la mañana, había rechazado las protestas, solícitas y afectuosas, de la familia:

—También hacía frío las noches en que Rodolfo tardaba en volver a casa y yo lo esperaba en la puerta, y la noche en que Caterina murió y la velé.

Yo nunca había velado a los árboles como se vela a los hijos, por consiguiente, los árboles no eran míos.

Sin embargo, como me trataban con más deferencia, comprendí que la abuela debía de haber hablado con alguien de su propósito de dejarme la finca en herencia. Yo nunca había suscitado simpatía, excepto entre la gente sencilla. Los demás

parecían preguntarse quién era yo, en realidad, y qué quería. Más adelante, empezaron a entender que era la probable heredera de la finca, la casa y el alcor. Por eso, se hacía a mi paso ese silencio receloso que rodea la presencia de los amos. Un día, una niña de corta edad se levantó del escalón donde estaba sentada y se me quedó mirando asustada. Yo no estaba contenta, de repente sentí los miembros helados, como si hubiera recibido una siniestra advertencia. Y, sobre todo, tenía la sensación de que, desde ese momento en adelante, estaría sola, ya nunca podría comunicarme con nadie.

—¿Por qué te has levantado? —le pregunté cogiéndola del brazo.

Ella seguía mirándome perpleja, sin decir nada.

—¿Por qué? —insistí—. ¿Por qué?

La zarandeé más fuerte del brazo, pero no se rebeló. Con un gesto brusco, la obligué a sentarse de nuevo. La niña no lloró, parecía esperar ese gesto de mí, cualquier gesto incomprensible y despiadado.

Sería la dueña del cerdo. El animal tenía una pocilga sucia detrás de la casa. Salía y se quedaba mirando a la abuela, que se acercaba a pesarlo a ojo. Se miraban el uno al otro, midiéndose: una mirada aguda y malvada sostenía la grasa temblorosa del cerdo.

—Todavía no —decidía la abuela.

En el bosque, los arces estaban rojizos cuando mataron al cerdo. De la era se elevaba un grito humano desgarrador, un quejido lastimero. Nosotras cosíamos en el comedor, reunidas alrededor de la abuela, y a mí me temblaban las manos. Perturbada por ese horrible lamento, me habría gustado interrumpir la tarea, taparme los oídos y alejarme. Pero levantaba los ojos al rostro impasible de la abuela y seguía cosiendo. Al fin, se oyó un chillido más agudo, seguido de un borboteo.

—Ya está —dijo la abuela abandonando sobre el regazo el paño blanco de la labor.

Se habían llevado al cerdo sobre unas angarillas hechas con ramas, como a un adversario leal, derrotado en la batalla. En la era

quedaba el olor caliente y dulzón de la sangre.

Denso, el olor flotaba en la cocina mientras preparaban la carne del cerdo para el invierno. Se encontraban allí todas las mujeres, hermanadas por una insólita euforia. Unas estaban sentadas a la mesa, otras cruzaban la cocina hasta el gran fregadero, con los delantales blancos manchados de sangre.

—Ven, Alessandra —me invitó la abuela al verme en el umbral.

—Ven —dijeron todas, animadas por una alegría infantil—, ¡ven, ven!

Era bien entrado el otoño, los días eran cortos. La cálida luz de la lámpara que colgaba sobre la mesa avivaba el rojo tierno de la carne triturada, lista para las salchichas, y el bloque rojo oscuro de carne para conservar en salmuera. Avancé tímidamente, con la sensación de andar sobre esa carne viva. La abuela comprobaba a contraluz las tripas del cerdo: lívidas, apagadas, se hinchaban con un balanceo repugnante. Cuando juzgó que estaban intactas, se las dio a las hijas y a las criadas, para que las embutieran y las ataran. Las mujeres metían alegremente la carne en las largas tripas, tirando del cordel.

El rojo resplandeciente de la carne rebotaba sobre las paredes; en los rincones oscuros, parecían adensarse manchas rojizas. En un gran recipiente, la sangre brillante y roja reflejaba la luz de la lámpara. La tía Sofia desplazó el recipiente: el líquido osciló, se desbordó y cayó al suelo un chorro de sangre.

—¡Eso da buena suerte! —exclamaron las mujeres.

Todas quisieron mojar la punta del dedo. Adele se pintó las mejillas con la sangre.

—Ha muerto el cochino —canturreó, trazando con la sangre una cruz sobre el enorme morro, que estaba en el fregadero.

—Ha muerto el cochino —repitió la tía Clarice dando palmas.

Trabajaban con fervor, revelando una sorprendente habilidad, azuzándose unas a otras a ir más rápido. Con gestos violentos, metían la carne en la gruesa pata, y, entre risas, acercaban luego la pezuña a la cara de la vecina, para asustarla. Veía sus manos brillantes de sangre roja, sus manos opacas de sangre oscura

coagulada. Sentía en la garganta el sabor intenso y nauseabundo de la sangre. De pie, la abuela clavaba el cuchillo en la carne fría y firme. Yo sería la dueña del cerdo.

Grité con todas mis fuerzas:

—¡No!

Di media vuelta y escapé a tientas por el pasillo, cegada por manchas rojas de sangre que danzaban delante de mis ojos.

—¡No, no! —repetí.

Los retratos de mis antepasadas me acompañaban de pared en pared. Eran rostros serios, sombríos y severos. Leía en ellos la satisfacción profunda de haber sido las dueñas del cerdo.

—No —murmuré—, no.

No era esa mi historia. La mía estaba en la caja donde mi madre guardaba celosamente los velos de Julieta y de Desdémona.

Unos días después, la tía Clarice vino a verme a mi cuarto.

—Dime una cosa, Alessandra —dijo encaramándose a la silla y balanceando en el vacío sus piececitos calzados de negro—, ¿es cierto que Eleonora ha muerto?

Yo la miré un momento desconcertada, pensando que iba a tener que inventarme una mentira, como se hace con los niños.

—Si eso es verdad —prosiguió sin esperar mi respuesta—, me alegro mucho, porque así me la encontraré a ella también en el cielo. Allí me espera ya mucha gente: mamá, papá, Cesira, un montón de tías, primos y sobrinos, y mi abuela, que me quería mucho cuando era niña. Harán una gran fiesta al verme. Estoy deseando que llegue ese momento. No sé cómo será... Me gustaría poder llegar de improviso, mientras están todos sentados en círculo, diciendo: «¡Cuánto tarda Clarice!».

Estaba a su lado y le acariciaba el cabello blanco, liso y brillante.

—¿De verdad te alegrarías? —le pregunté.

—Claro —contestó casi resentida, encogiéndose de hombros con un gesto delicado, como de gato—. No tengo ganas de seguir aquí: ya soy vieja y me aburro. No hago nada en todo el día. El invierno se pasa deprisa porque, en cuanto llega la tarde, me

acuesto y me duermo; en verano, en cambio, los días se me hacen eternos. Me aburro. Me gustaría ir al cielo a oír música.

Su cuerpo olía a polvos de arroz y a peladillas.

—¿A ti qué música te gusta, tía Clarice? —le pregunté para animarla a hablar.

—Toda. Cuando escucho música, me parece estar en la iglesia y me siento bien. Eleonora tocaba el armonio cuando estuvo aquí, tú acababas de nacer. Una vez, subimos juntas al desván, donde está el armonio, y ella tocó una música que se llamaba, todavía lo recuerdo, *El sueño de un vals*. Tocaba bajito, para que tu abuela no la oyera, al parecer era algo malo. Yo no entiendo qué puede tener de malo la música, pero yo nunca entiendo nada. Las criadas se ríen de mí, en la cocina, cuando hablan de cochinadas, de las cosas que hacen los hombres. No entiendo y me alegro de no entender. No me gustan los hombres.

—¿Nunca te han gustado? ¿Ni siquiera cuando eras joven?

—¡Oh, no! Entonces me daban mucho miedo. Ahora ya no pienso en ellos. Además, ¿sabes qué? —añadió bajando la voz—: los hombres no entienden nada, te lo digo yo. ¿Quién se ocupa de la casa, quién lava, quién plancha, quién cocina y quién sabe hacer dulces? Las mujeres. Todo lo hacen las mujeres. Los hombres beben y se emborrachan, discuten de política, sin resolver nada. Cuando están en casa, hay que decir a todo que sí y luego hacer lo contrario. ¿Tú crees que un hombre sabría tocar *El sueño de un vals*?

—No lo sé —contesté bajito.

—¡Ya te digo yo que no! No sabría. Giuliano dispara y mata a los pajaritos: ¿qué tiene eso de valiente? Alfredo se lleva a las campesinas a la leñera, y luego salen coloradas y despeinadas, como las gallinas. Los muy tontos. ¿Sabes que Rodolfo se burla de mí porque quiero irme pronto al cielo? Se cree que es más bonito quedarse aquí, viéndolo jugar a las cartas y beber vino.

Tenía ahora una expresión enfurruñada.

—Pero tú no te angusties... —añadió muy solícita—, en cuanto llegue, le diré a Eleonora que te lleve enseguida para allá. ¿Estás contenta?

Sentada a sus pies, yo la miraba sin contestar. La luz que caía de su cabello la vestía entera de blanco: era como si en mi cuarto, por un milagro, hubiera entrado una paloma.

—No contestas —dijo—. Lo he entendido: tú tampoco quieres morirte. Será porque no quieres separarte de los hombres. Ya te han encandilado. Si no, ¿por qué no querría morirse una mujer? Allí arriba huele muy bien a lirios, como en la iglesia en el Corpus. Los santos llevan flores blancas en la mano, santa Cecilia toca música, y Eleonora toca *El sueño de un vals*. ¿Y aquí, en cambio? Aquí solo bregar, traer hijos al mundo, amamantarlos, trabajar en el campo, trabajar en la casa, trabajar todo el día. Y tener miedo de los hombres todo el rato, porque están malhumorados, porque tienen amantes y se gastan el dinero con ellas. Siempre temblar y llorar, siempre llorar por esos hombres tan antipáticos. Si no estuvieran encandiladas por ellos, ¿por qué no iban a querer morirse las mujeres?

Bajó de la silla de un saltito y me tomó de la mano.

—Ven —dijo—, vamos a preguntarle a la abuela a ver si quiere llevarnos al desván a tocar el armonio.

La abuela accedió. Sacó la llave de un armarito y, después de llamar a las hijas, nos precedió por la escalera oscura.

Subía despacio; nosotras, por respeto, aflojamos el paso. Como todas vestíamos de negro, parecía que fuéramos en procesión.

El desván, en cambio, era claro. En los rincones se amontonaban viejos muebles que ya nadie usaba. La ventana baja, que cerraba la huida a las viejas vigas polvorientas, se asomaba a las hermosas colinas y al cielo desvaído del atardecer inminente.

—Pues aquí estamos —dijo la abuela cerrando la puerta.

Había telarañas por todas partes, pero limpias y ordenadas, como el resto de la decoración. El polvo emborronaba los objetos, que perdían sus contornos precisos, mostrándose con la apariencia fantasiosa de los sueños.

Mirando a su alrededor, la tía Violante murmuró:

—Hacía mucho que no subíamos.

—¡Qué bonito! —exclamó la tía Clarice—. Cuando éramos

jóvenes, la abuela y yo solíamos ir al desván a abrir los baúles. Nos pasábamos la tarde mirándolo todo, tocándolo y probándonos todo. Están los vestidos blancos de todas las novias: el de nuestra madre, el de la abuela y los de muchas tías abuelas. Los colocábamos sobre las sillas, bien derechos, con los brazos extendidos. La seda habla todavía, hace frufrú. Cuando oscurecía, los trajes blancos parecían fantasmas. ¿Abrimos los baúles esta tarde? —propuso con una vocecita tentadora.

—No —dijo la abuela tajante—. Eso ya se acabó, somos demasiado viejas. Ya no quiero conmoverme. Un día, Alessandra verá todo esto. Nosotras hemos venido a estar tranquilas y a tocar una canción bonita.

El armonio era grande. En comparación, hasta los gestos de la abuela empequeñecían. Diré incluso que, cuando se sentó delante, por primera vez la vi como dominada. Pulsó una tecla en la que se leía «voz angélica», sacó una partitura y se puso a tocar.

Era un himno a la Virgen, que las tías cantaron con devota aplicación. Para leer mejor la letra, la tía Clarice se subió a un escabel.

Mediante ese canto en común, fui descubriendo una íntima afinidad entre todas las mujeres de mi familia. La abuela nos guiaba, y nosotras la seguíamos atentas, renunciando cada una al relieve personal de su voz, para que el canto fuera uniforme y grato para todas. El rostro doloroso de la tía Violante parecía abandonar su peso, y aquel, severo, de la tía Sofia se abría a la delicadeza de las palabras.

El desván nos reunía en una paz tranquila. Entonces, entendí de pronto lo fácil que era para una mujer entrar a formar parte de una comunidad religiosa, y el atractivo que yo podría haberle visto. Sentí un deseo muy vivo de esa vida de soledad y fervor, que se expresaba en el brío con el que me entregaba al canto.

Me imaginé una celda pequeña de baldosas limpias y una ventana semejante a esta delante de la cual me he acostumbrado a escribir. La sombra de la reja forma una gran cruz en el suelo. Adaptarse a esa cruz me parecía el bienestar supremo. Imaginaba, más allá de

las paredes, la soledad extenuante de otras mujeres como yo, y sentía aplacarse en esa soledad todos los problemas a los que se enfrentan las mujeres.

De vuelta de mis paseos, divisaba la aldea, gris, ruda y áspera, semejante a las que llevan los santos patronos en la palma de la mano. Era un oscuro montón de piedras. Las piedras formaban las casas y las casas nunca daban tregua ni escapatoria. Erguida sobre las demás, distinguía nuestra casa, con sus estrechas ventanas. Entraba y, viniendo de la luz del exterior, ceder a esa oscuridad era como plegarse bajo un yugo. Muchas noches no podía dormir. En invierno se oía correr el Sangro con un redoble lejano de tambores. Y la casa hablaba en el silencio; era una casa muy vieja, la abuela sostenía que tenía doscientos años. Todas las mañanas, durante esos doscientos años, las mujeres se habían arrodillado para descubrir las brasas entre las cenizas, habían soplado sobre el carbón, y el fuego había empezado a chisporrotear en la oscuridad de la casa dormida. En esa casa habían transcurrido regularmente todas las horas de su vida. Allí habían pasado de niñas a mujeres, habían conocido varón en el tálamo nupcial, habían parido a los hijos, habían envejecido y, al fin, golpeando las duras suelas sobre el pedernal de las callejuelas, los hombres habían cargado sus ataúdes al hombro y se las habían llevado. En el aterrador silencio nocturno, oía ir y venir, inquietas, por los pasillos y las escaleras, a todas esas mujeres muertas, haciendo tintinear las llaves colgadas de su cintura. La abuela decía haber oído reír a la tía Caterina, una noche, muchos años después de su muerte, cuando la amante de su marido lo traicionó. Decía también que, con frecuencia, se oía andar por la casa a una joven novia que había venido del Véneto, Ortensia Boni, muerta de parto. Yo oía el paso ligero de Ortensia, cuando se levantaba viento, y oía reír a la tía Caterina en el crujido de una cristalera. «Te casarás aquí», me repetían todas. La abuela hablaba de un matrimonio ventajoso. De modo que ese cuarto se convertiría en mi cámara nupcial, ese era el techo que vería mientras un hombre se tendía a mi lado, y allí pariría. «Son camas cómodas —decía la abuela—, camas de hierro a las que agarrarse.» Bastaría con descolgar el crucifijo de la pared y ponérmelo sobre el

pecho cuando me muriera.

Quería rebelarme contra ese sórdido destino. Sentía que albergaba la fuerza de transmitir, de alguna manera, el mensaje que me había confiado mi madre. Me imaginaba en un laboratorio, vestida de blanco, entre probetas y alambiques. No. Lo que siempre me había interesado era el ser humano. Me imaginaba entonces vestida con una toga, en un tribunal. Detrás de mí, en el banquillo, había una mujer de mediana edad, con las manos sobre las rodillas. Yo hablaba, enardecida: «Sálvenla —decía—, es inocente». Repetía: «Señores del jurado, es inocente, todas las mujeres lo son». Pero no podía ser abogada, mi timidez me lo impediría. Sentía, sin embargo, que me correspondía hacer algo por las mujeres, debía hacerlo, aun a costa de anularme y de sacrificarme. Una voz en mi interior me exhortaba: «Hazte santa». El calor de una comunidad femenina me atraía irresistiblemente. Anhelaba encerrarme en una celda austera, con un tosco jergón, como santa Clara en Asís. Me imaginaba el rostro demacrado de san Francisco detrás de una reja.

—Dios mío —murmuraba extendiendo los brazos a ambos lados del cuerpo—. Dios mío, aquí me tienes, Señor.

Pero no tenía fe. Cuando pensaba en hacerme monja, en realidad solo buscaba exaltarme. Me empeñaba en mejorar, quería ser cada día más limpia, más pura, un ser extraordinario, una mujer maravillosa. Podía ser santa sin orar, sin profesar los votos. «Sí —me animaba mi madre con su voz dulce—, sí, hazte santa.» El rostro descarnado de Antonio detrás de las rejas de la cárcel sustituía poco a poco al rostro pálido de san Francisco. Tenía los ojos brillantes de fiebre. «Alessandra —decía—, Alessandra.»

—Sí —contestaba exhausta, con un hilo de voz—, sí, santa por amor.

Fue precisamente en ese pueblecito de los Abruzos, cuando tenía un aspecto desaliñado, el cabello despeinado y el cuerpo sometido bajo el vestido negro, cuando tomé conciencia de mi atractivo físico.

Me contemplaba en el río y en los árboles, y los encantos de la campiña confirmaban los míos propios. La primavera me

embellecía, igual que adornaba y realzaba los arbustos y los macizos de flores. Mis manos se abrían como cólquicos sobre el negro opaco del vestido. «Qué guapa soy», pensaba, mirándome las manos a contraluz. Ardía como la tierra del prado, como la arena del río, y el latido de la sangre me traía a la mente una imagen en la que me reconocía a mí misma, mujer de pronto.

Había ocurrido pocos días antes. Bajaba la escalera exterior que llevaba a la era, con un recipiente lleno de agua fresca que había sacado de la fuente. Era la hora inmóvil y seca de la siesta. La esquina de la casa arrojaba una sombra azul en la escalera, y yo bajaba despacio para disfrutar de esa frescura. La era, el huerto y los campos yacían en la blancura cegadora del sol.

De pronto oí un jadeo ronco y rabioso, al que enseguida respondía otro igual. Me detuve, y el agua se balanceó en la jarra.

Dos hombres golpeaban el maíz en la era. Trabajaban con el torso desnudo, y tenían el pecho y los hombros brillantes de sudor. Sostenía cada cual una larga fusta, y mientras uno la dejaba caer sobre las panochas para vaciarlas, el otro, levantándola con un vigoroso tirón de brazos y hombros, la hacía girar en el aire. Uno se erguía y el otro se inclinaba, como dos mecanismos de una misma máquina. Habían adoptado un ritmo sostenido, monótono e hipnótico. Era al bajar la fusta cuando dejaban escapar ese grito ronco, desesperado, semejante a un estertor.

Yo estaba inmóvil, apoyada en la pared. Ese movimiento regular y rítmico me dominaba, no podía apartar los ojos de los dos hombres. Su torso brillaba al sol, la pátina reluciente del sudor era un espejo. La sombra de la escalera se volvió tan caliente que ardía, las cigarras estridulaban, y me latía la sangre en las sienes al ritmo audaz de esos brazos masculinos en movimiento. Los dos hombres no me habían visto, yo respiraba bajito para que no me descubrieran. Me quedé allí, fascinada, sin poder apartar la mirada de ese ritmo. Me sobresaltaba con cada golpe de fusta y, en la fría sombra, mi cuerpo se cubría de sudor como los suyos bajo el asalto del sol. No se cansaban nunca. Me parecía que era mi presencia oculta lo que los animaba. Quería que no parasen, que siguieran sin fin. Sentía que era yo quien se desmayaría, en esa escalera.

Cuando pensé que ya no resistiría más, acerqué los labios a la jarra y bebí con avidez. El agua fría resbalaba de mis labios hasta el escote del vestido.

—Has vuelto, Alessandro —murmuré—. Vete.

Desde entonces, y hasta el día en que conocí a Francesco, nunca más volví a creerme guapa. En efecto, en los Abruzos, mientras a las otras chicas de mi edad las cortejaban y las encandilaban, a mí todos me consideraban un ser extravagante, sin sexo ni edad.

Solo el tío Alfredo parecía encontrarme atractiva cuando me miraba. Sin embargo, en sus ojos descubría siempre una sombra de ironía condescendiente. Era como si estuviera al corriente de algún delito que yo había cometido y me tuviera atrapada, pese a concederme la libertad. «Qué bien actúas», me decía con los ojos. Fumaba en silencio, siguiéndome con la mirada mientras quitaba la mesa, cosía o cumplía con la tarea doméstica que fuera. «Sé cómo eres», decía su mirada. Me entraban ganas de volverme bruscamente para hacerle frente: «Pues, hala, habla, ¿qué quieres de mí? Pongamos las cartas sobre la mesa». No era capaz de estar tranquila mientras el tío Alfredo me miraba, su presencia lo enturbiaba todo. Era como si me reprochara que engañara a mis parientes, fingiendo ser una chica honesta. «Lo soy», me habría gustado responderle, pero, en lugar de eso, al guardar silencio, aceptaba su complicidad.

El tío Alfredo parecía haberse cansado de la compañía de su mujer y su cuñada, por las tardes prefería bajar a la cocina y saborear allí un vaso de vino, bromeando de pie con las criadas. Hacía algún tiempo que mostraba interés por mí, y me importunaba con bromas mezquinas. La tía Violante se lo permitía, tratándolo como a un niño con un capricho nuevo. Sin embargo, vigilaba hasta dónde llegaba ese capricho. «No», me dijo con la cabeza una noche en que él me invitó a acompañarlo a la colina a ver el eclipse de luna. Lo mismo hizo la tía Sofia una vez que lo oyó pedirme un poco de vino. Yo nunca pregunté el motivo de esas prohibiciones.

Él era el único que hablaba de mi madre. «Era bonita —decía

—. Iba al río a bañarse porque sufría mucho el calor. Era bonita.» Mientras decía eso, me miraba. Bajo su mirada, mi vestido se empañaba, toda mi persona se volvía abyecta y vulgar. No soportaba la idea de que también hubiera mirado así a mi madre. Cerraba los ojos, tratando de olvidar que ambas éramos mujeres y que nos unían muchas cosas, también las experiencias sórdidas y repugnantes que las mujeres se ocultan unas a otras. «Ven aquí —parecía decirme el tío Alfredo—, ven aquí, que sé que ya piensas en ciertas cosas.»

Lo despreciaba, era un cobarde. La bravuconería de la que hacía gala en nuestro amable círculo familiar no enmascaraba su cobardía natural. «Apagad la radio —decía, pálido y rabioso, si escuchábamos emisoras extranjeras—, apagadla, no quiero tener problemas.» Creo que era su cobardía precisamente lo que lo empujaba hacia mí, sacaba fuerzas de las pequeñas cobardías que todo ser humano alberga, incluida yo, y contra las cuales yo luchaba.

La abuela nunca lo escuchaba cuando hablaba. Una vez, me llamó con un gesto y me dijo: «Enciérrate en tu cuarto con llave por la noche». La tía Violante estaba presente, y también la tía Sofia lo oyó. Ellas no le preguntaron por qué. Yo sí quería hacerlo, con la esperanza de que me respondieran: «En el campo hay ladrones, ladrones de gallinas, podrías llevarte un buen susto». Pero nadie me dijo nada. Por las noches, al cerrar la puerta con llave, me temblaban las manos de vergüenza.

Me dediqué al estudio con pasión. Pasaba muchas horas sentada a mi mesa, hasta que los ojos se me enrojecían, cansados, y me dolía la espalda. Me decía que tenía que fortalecer el espíritu a toda costa y ampliar mis conocimientos. Siempre le pedía nuevos libros al tío Rodolfo, o dinero para comprar cuadernos. Escribía con frecuencia a Roma, mantenía el contacto con los amigos y los compañeros de clase, los informaba del curso de mis estudios y de mis lecturas, decidida a concentrarme en lo que más me interesaba.

En sus cartas, Fulvia mencionaba a menudo el propósito de

mi padre de mudarse a otra casa. En un principio, creí que era porque, en las oscuras habitaciones de la calle Paolo Emilio, el recuerdo de mi madre lo atormentaba demasiado. Tal vez la oía tocar el piano y suplicarle con insistencia que la dejara marchar. Fulvia me había escrito que Sista la buscaba por todas partes. Se sentaba a oscuras, en la cocina, y la llamaba: «Señora...». Una noche había entrado en casa de las Celanti, pálida y como extraviada: «He oído el paso de la señora en la escalera, subía aquí, a su casa», les había dicho.

En cuanto a mí, ya no sufría por la desaparición de mi madre. Estaba segura de que ella confiaba por completo en mi vida adulta. En efecto, el motivo y la manera en que había muerto me conferían una gran responsabilidad. No podía rebajarme sin rebajarla a ella.

Si hubiera hablado de esas cosas con la tía Violante, estoy convencida de que me habría entendido. Con el fin quizá de que habláramos de eso, solía subir a mi habitación y me hacía compañía mientras estudiaba. Leía los títulos de mis libros y luego me miraba con espanto.

—No creo que sea bueno saber tantas cosas —me decía—. Tengo la impresión de que, cuantas más cosas se saben, más difícil resulta vivir.

La tía Violante era muy guapa, pese a su rostro melancólico, un rostro de mujer de luto. Solía decir que de jovencita se pintaba las uñas, que tenía largas y almendradas. Al atardecer, abríamos la ventana y contemplábamos los árboles en flor y el verde de los prados. Yo empezaba a entender que hay una ventana en la vida de toda mujer. Nada más anunciarse el mes de abril, la tía Violante dijo en voz baja, con hastío:

—Lo que nos faltaba: la primavera.

La miré y se me contagió su pesar. En el cielo azul, tan invitante, en el blando abandono de la tierra, en todas partes veía una sutil amenaza a mi serenidad.

—Tía Violante —le dije bajito—, qué difícil es tener mi edad.

Me habría gustado que me reconfortara como quizá lo habría hecho mi madre. Pero, en lugar de eso, me contestó muy seria:

—Lo sé. Pero tú eres tan fuerte... En ti no podría reconocerse

la muchacha que era yo a tu edad. Cuando era joven, me parecía... No, es ridículo...

—Dime.

—Me parecía estar hecha de cristal. Cualquier tontería me hacía daño, me hacía llorar: bastaba la lluvia o algo que dijera mi madre. Con ella no se podía hablar, nos intimidaba. Teníamos que vivir con el corsé muy apretado. Vosotras tenéis suerte de haber abolido el uso del corsé. Entonces, mi único pasatiempo era prensar flores entre las páginas de un libro, y luego a veces las copiaba a la acuarela. Era difícil vivir con Sofia, con ese carácter suyo, tan soberbio y duro, y me criticaba siempre, sin compasión.

—¿La tía Sofia? —pregunté estupefacta.

—Sí. Ahora ha cambiado. Ha cambiado mucho. Han ocurrido tantas cosas en veinte años... Ha cambiado, pobre Sofia.

Hubo un silencio embarazoso, y luego prosiguió:

—Sí, la tuya es una edad inquieta, pero breve. La que viene después es más difícil. Cada día esperas que acabe de una vez. Pero es interminable, esta terrible mediana edad. Tú, por suerte para ti, eres fuerte. Yo soy muy religiosa y tengo a Giuliano. Cuando se case, tendré a los nietos. Siempre pienso en el nacimiento de los hijos de Giuliano. Entonces estaré muy ocupada; los niños lloran por la noche. A mí me gusta levantarme por la noche y acunar a los niños. Pero no es justo que una los acune todas las noches, los críe, los cuide, los eduque, y luego venga la guerra. Dicen que pronto habrá guerra. A mí me parece imposible: hay demasiados hijos en Italia para que de verdad se pueda entrar en guerra. ¿Crees que conseguiré ocultar a Giuliano? Temo que también esta experiencia tendré que sufrirla. Y luego me haré vieja, por fin. Vieja.

Al repetir esa palabra, la embargaba una paz maravillosa: cada músculo de su rostro se relajaba, su piel era de piedra pulida.

—¡Ah! —exclamó, exhalando un largo suspiro de alivio—. Tendré derecho yo también a mi vejez. Me gustaría engordar. No creo que quede muy lejos ya: tengo cuarenta y dos años.

—¡No los aparentas! —observé.

—No importa. He recorrido mucho camino ya. Tengo derecho

a envejecer —repitió con un leve resentimiento—. Sofia es mucho más joven que yo.

Desde allí arriba, veíamos a la tía Sofia moverse por el ancho espacio de la era. Daba órdenes a los braceros, precisa y seria, se concentraba en su tarea, a la que se dedicaba por completo, pero sin convicción. Por primera vez, reparé en que era esbelta, tenía las caderas redondeadas y los gestos delicados. Debía de rondar los treinta y nueve años, la edad de mi madre cuando tocó el concierto, la edad de Lydia cuando salía con su sombrero negro para reunirse con el capitán.

—Es joven —murmuré.

—Sí —dijo la tía Violante y añadió después de una pausa—: Ella también envejecerá.

La miraba con una intensidad rabiosa. La llamó incluso: «¡Sofia... Sofia...!», por el gusto de verla volverse, de obligarla a obedecer. Ella bajó la cabeza enseguida y siguió trabajando. «Ha cambiado mucho, pobre Sofia», había dicho la tía Violante. Una vez, Adele había aludido a un rencor entre las hermanas, había dicho de la tía Violante: «Está celosa». Recordé, de repente, el tono con el que el tío Alfredo la llamaba «Sofia», su mansedumbre al servirlo, echándole primero una rápida mirada a la hermana, casi como pidiéndole permiso. «No», me habían sugerido las dos con decisión, con la misma expresión consciente en los ojos.

—Ella también envejecerá, pobre Sofia —dijo la tía Violante, reclinándose en el respaldo, como abandonando la lucha—. Envejeceremos todas, gracias a Dios.

Ahora venían amigos y parientes casi todas las noches a escuchar la radio, porque se decía que pronto habría guerra. Nos sentábamos alrededor del aparato, esperando a que la voz arrogante de costumbre empezara a hablar. Ahora ya siempre hablaba de la impaciencia que teníamos todos de participar en la guerra. Aunque viviera en un círculo restringido, yo dudaba mucho de que eso fuera verdad, pues ninguno de nosotros sentía odio por aquellos a los que tendríamos que combatir, ni amistad sincera con aquellos a cuyo lado tendríamos que luchar. En realidad, nos eran

todos indiferentes de igual modo, y yo sentía que en esa indiferencia residía nuestra culpa.

A veces, parecía imposible que de verdad fuera a ocurrir algo nuevo: los días eran iguales que los que los habían precedido, y bastaba con no encender la radio para no saber nada, para disfrutar de la naturaleza y de la vida cotidiana. Yo pensaba en mi infancia, recordaba lo que me había dicho mi madre sobre la guerra, el horror que le había suscitado a Hervey desde niño. Me había explicado también lo que significaba ser «objetor de conciencia». Esas cosas, sin embargo, parecían hechas para Hervey, para mi madre, para el mundo extraordinario que a mí y a la gente de mi edad nos parecía vedado para siempre.

En sus cartas, Claudio solía referirse a la posibilidad de una guerra. Me asombraba que también él, tan pensativo y reflexivo, aceptara esa desgracia como se acepta un fenómeno meteorológico, una precipitación atmosférica. «Me gustaría volver a verte antes de marcharme», escribía. No se afligía por mí, por lo que pudiera ocurrirme. Pensaba tal vez que éramos ambos responsables de esa catástrofe y juntos debíamos expiarla; es más, su actitud me convencía de que mi responsabilidad era igual que la suya, y la de todas las mujeres era igual que la de todos los hombres.

Empecé a lamentar no haberme interesado nunca por la política, mi ignorancia me obligaba a guiarme por el criterio ajeno. Hasta entonces, aunque me apasionaba fácilmente por cualquier tema, los problemas políticos me habían aburrido. Y, en cuanto percibí en mí, aunque confusamente, la presencia de esa curiosidad, comprendí de inmediato que eran cosas que había que ocultar, como la presencia de Alessandro. Por eso, habría preferido hacer caso omiso de ellas, contentándome con participar en las conclusiones que nos proporcionaba la voz de la radio. Pero no podía evitar notar que era una voz antipática y que empleaba un tono y unas palabras distintos de aquellos que había aprendido a amar durante mi vida. La mía era una reacción instintiva. Entonces, siguiendo el hilo de esa reacción espontánea, trataba al menos de imaginar el dolor que sentiría al ver el país invadido por ejércitos extranjeros, por tropas que hablaban una lengua distinta a

la nuestra. Sé que podrá parecer una herejía, un sacrilegio incluso, pero recuerdo que esa hipótesis me dejaba del todo indiferente. Solo me rebelaba ante la idea del desorden que esos hombres sembrarían en la pequeña aldea en la que vivía. Me molestaba imaginarme el ruido de sus pasos en la era, aunque sabía que haría lo que fuera para impedirles, a ellos y a nosotros, una acción violenta. Trataba de encariñarme con el nombre de «Italia», me lo repetía mentalmente con afecto, hasta enternecerme con el recuerdo de algunas páginas de nuestra historia que había leído en el colegio. Entonces, siguiendo un arranque de emoción, salía al aire libre. «Esto es Italia», pensaba, mirando las cintas blancas de las calles por las que pasaba nuestra gente: mujeres que llevaban cántaros en la cabeza, campesinos con fardos de paja, chiquillos descalzos. Es nuestra gente, pensaba, y sentía por ellos un arrebato de afecto, un cariño suscitado no tanto por su condición de gente pobre que se esforzaba en trabajar, sino por la de gente que se esforzaba en vivir. Pugnaba por imaginar lo que sentiría si los campesinos que escardaban allí cerca fueran extranjeros en lugar de italianos. No sentía rebeldía ni hostilidad alguna, sino el deseo de hablar todas las lenguas, de entenderme con todos los pueblos.

Con frecuencia, por la mañana, en el cielo que dominaba las montañas, aparecían escuadrones de aviones brillantes, metálicos, que zumbaban. Ese zumbido penetraba en mis oídos como un taladro. Sí, ese ruido me era insoportable por la precisa determinación que expresaba. Cruzaban el aire azulado, rápidos y decididos, y a su paso todos los pájaros huían. El sol se reflejaba en sus alas abiertas con un resplandor maligno, la paz de la campiña quedaba enturbiada. En el valle estrecho, las laderas soñolientas de las montañas despedían el eco del fragor de los motores, la tierra se sacudía, los árboles temblaban y el agua del río se encrespaba, estremeciéndose. Haciendo pedazos los rayos del sol, los aviones arrojaban sobre el suelo una sombra fría, como las nubes que preceden un temporal. Esas sombras pasaban por encima de mí una tras otra, provocándome escalofríos. El zumbido borraba toda imagen de mi mente, toda palabra dulce de mis oídos.

En las alas de los aviones, pintados en círculo, se veían los

colores de la bandera italiana, y yo los odiaba. Los grandes círculos tricolores pasaban amenazadores, alternando sobre mí el calor del sol y la fría sombra. Sentía miedo. Nunca había conocido el miedo, y eso me llenaba de vergüenza y de asco.

Una noche, junto con los demás parientes vino un joven vestido de oscuro, y comprendí enseguida que era el que la abuela me destinaba como marido.

—Levántate, Giuliano —le ordenó para que el joven pudiera sentarse a mi lado.

Cuando se hubo sentado, lo calibró con una larga mirada; luego me miró a mí, como esforzándose por estudiarme con objetividad, y su rostro mostró una expresión satisfecha.

—¿Quieres otra fruta? —me ofreció el tío Rodolfo—. ¿Un poco de vino?

Comprendí que trataba con esas palabras de romper la gélida incertidumbre en la que estábamos sumidos, quería que pensara que era una noche como las demás y que yo seguía siendo la misma para él, una chica a la que tenía el deber de proteger. Lo miré a los ojos con dulce gratitud. Me volvió a la memoria la historia que me habían contado sobre su largo amor. Era una mujer casada, me había dicho Adele. Se encontraban por la noche: ella salía de casa, cauta, y lo esperaba en el fondo del huerto, con el rostro cubierto por un chal de tul. Al mirarlo, aquella noche, me pareció fácil entender que alguien pudiera esperarlo ansiosamente cada noche. Seguramente ella se arrojaba enseguida a sus brazos, a su ancho pecho. Me habría gustado estar en el lugar de esa tal Emilia que tanto lo había amado. Emilia, un nombre bonito. «Estoy enamorada de él», pensé con un escalofrío de horror. Era el hermano de mi padre, me sacaba treinta años. Sentía, sin embargo, que solo podía confiar en él. Me habría alegrado ir a su encuentro, como Emilia, y ofrecerme a él. Recordé un instante su manera de mirarme cuando entraba en su despacho. «¡Qué bien andas, Alessandra!», me había dicho un día. Yo me había sonrojado y me había reído para cambiar de tema, y él me había seguido el juego enseguida.

Nos mirábamos a los ojos, a un lado y otro del espacio blanco del mantel; estábamos solos, en una soledad religiosa. Entonces tuve claro que me amaba. Yo también lo amé un instante, desesperadamente: fue uno de los momentos de amor más intensos de mi vida. Nuestro lazo de sangre me atraía irresistiblemente, no sé qué antigua afinidad me empujaba a tejer un vínculo a la vez fascinante y peligroso. Tenía las manos bonitas de mi padre, pero las suyas eran fuertes y nobles. Me señaló a mi vecino y me dijo:

—¿No conoces a Paolo? No suele venir por aquí, vive en Guardiagrele.

Era un joven apuesto, aunque no muy alto. Enseguida me dedicó su atención, y me fijé en que tenía una sonrisa simpática.

—Usted estudia, ¿verdad? —me preguntó y luego quiso saber también si me gustaba el campo.

Fue Giuliano quien contestó en mi lugar.

—Le gusta, sí. Le gusta levantarse tarde y salir a pasear con el perro, y luego sentarse a leer debajo de un árbol. Le gusta volver a casa a mesa puesta e ir a echarse la siesta en el prado. Le gusta coger flores y hacer un ramo con ellas, arruinando el almendral. Le gusta poner las flores en jarrones, flores de campo, margaritas. También le gusta estrangular gallos y partir la leña con las manos, como hacen en las carbonerías. El cerdo crudo la horroriza, pero, asado, bien que se relame. Ya lo creo que le gusta el campo —concluyó con una carcajada áspera.

La abuela lo echó de la mesa con una mirada.

—¿Por qué, abuela?

Intenté disuadirla con una sonrisa. Me volví hacia mi vecino y le dije:

—Es la verdad.

Nos reímos juntos y, al hacerlo, les contagiamos a todos nuestro buen humor.

Paolo volvió con frecuencia, porque entre ambos se estableció enseguida una viva y sólida simpatía. Hacía mucho tiempo que yo no frecuentaba a personas de mi edad, aparte de Giuliano. Paolo era inteligente y franco: me bastaba mirar su rostro y el desaliño juvenil de su cabello para recuperar la alegría. Cuando estaba él,

me reía mucho, me divertía.

No recuerdo de qué hablábamos. Él no compartía mis intereses, creo que sobre todo me contaba su vida en el campo; pero su presencia daba a mis días un sabor sano y joven. En cuanto llegaba, yo iba a su encuentro, con una chispa alegre en los ojos, pasando entre las sombras negras de las tías. Miraba una y otra vez el reloj, y me entristecía cuando se marchaba. Nunca nos dejaban a solas, y esa vigilancia me molestaba porque expresaba una desconfianza que la relación que teníamos Paolo y yo no justificaba en absoluto.

Él me miraba sonriente, un poco sorprendido por mi desenvoltura. Yo tenía la impresión de que, de primeras, había estado a punto de juzgarme mal, pero enseguida lo había desarmado la franqueza de mi actitud. Y eso que siempre había sido demasiado reservada, como el resto de las chicas de mi edad... Pero, allí, mi costumbre de revelar mis gustos personales o de expresar opiniones se consideraba descaro: las mujeres ocultaban sus pasiones como si fueran culpas, y solo se atrevían a manifestarles sus sentimientos a Dios y a sus hijos. Por eso, a veces, como reprimían toda la carga de esas pasiones, ocurría que se excedían: rezaban de una manera teatral, sin pudor, y abrazaban a los hijos con tanta fuerza que sus frágiles cuerpos parecían asfixiarse. Paolo decía que yo era distinta a las demás chicas.

—Nunca coses —me explicó un día—, no preparas tu ajuar. Aquí, en nuestra región, las chicas preparan el ajuar desde niñas. Trabajan con paciencia. Cuando se las visita, siempre tienen el regazo cubierto por una gran sábana blanca en la que están trabajando.

—¿A ti te gustan esas chicas? —le pregunté.

—Sí.

Se impuso entre nosotros un silencio lleno de recelo. Yo tenía ganas de llorar. Durante unos días, se me quitaron las ganas de estudiar y, moviendo con esfuerzo mis largas manos, aprendí a tejer. Intentaba, en resumen, adecuarme a un modelo de mujer que no pudiera albergar sorpresas. Pero no lo conseguía. Pensé que Paolo no volvería a visitarme.

Pero siempre volvía. Me decía:

—Hablar contigo es como hacer una excursión en la montaña: en cada recodo del camino, se descubre un nuevo paisaje. Contigo se habla de cosas distintas a las que estamos acostumbrados a tratar con las chicas.

Pero, al poco, se interrumpía, arrepentido de haberse dejado llevar, y me preguntaba si me gustaban los niños.

En casa nadie me hablaba de él, y yo percibía el peligro de ese silencio. Cuando él venía, la tía Sofia me llamaba desde debajo de mi ventana: «Alessandra, está aquí Paolo». Muchas veces, en un arranque súbito, me habría gustado decir: «¡Hablad de él, venga, hablemos todos de él!». El silencio de mis parientes me acosaba, sentía que se estaba decidiendo algo, que algo estaba tomando forma, y quería medir hasta dónde iba a llegar ese dominio irrespetuoso al que me sentía sometida. Era un desafío entre la abuela y yo. Más todavía: entre mí y una tradición humillante. Yo sabía que, en los Abruzos, ninguna chica recibe a un joven con asiduidad si no es su prometido: de otro modo, nadie querría ya casarse con ella, no le quedaría más opción que encontrar marido en la ciudad. Además, quería rebelarme contra una costumbre bastante extendida entre los campesinos: la de casar a los prometidos nada más celebrarse la petición de mano y establecerse la dote. Después de la ceremonia, la muchacha vuelve con sus padres, y también el novio reanuda su vida en su propia familia. A veces, pasan años hasta que pueden formar un hogar e irse a vivir juntos, porque el matrimonio se celebra en cuanto dejan atrás la adolescencia. Pero, así, si él, cansado de esperar, abandona a su esposa, la reputación de ella no queda en entredicho.

En los campos se veían chicas acompañadas de jóvenes que las rodeaban por los hombros. «Es su marido», me decían. Se tomaban amorosamente de las manos y se besaban a la sombra de un árbol, ella apoyada en el tronco. «Es su marido», me tranquilizaban. Al atardecer, en la melancolía que precede a la noche, debían separarse para volver cada uno a su casa. Aparecían las estrellas en el cielo, los grillos limaban el aire embriagador del verano y la valentía necesaria para separarse. Las mujeres

acompañaban a los maridos un trecho, lo más largo posible, como si quisieran retenerlos. Los veían alejarse, inmóviles, despidiéndolos con la mano hasta que la oscuridad de la noche los consumía.

—¿Por qué no pueden estar juntos? —pregunté.

—Él todavía no ha reunido el dinero para comprar la cama ni para mantener a los hijos.

Me imaginaba a las chicas mirando a los hombres con una expresión acusadora y despiadada. Ellos les prometían: pronto lo conseguiré, pronto reuniré el dinero, aunque tenga que robarlo. Adele decía: «A falta de cama, está la hierba fresca del prado».

Me era ya muy difícil pasarme las tardes estudiando: era como si, con el encuentro directo con la naturaleza, se apagara toda curiosidad, y el movimiento del sol en el cielo revelara de por sí el misterio que rige el universo. La verdad de toda religión flotaba en el aire, así como la poesía y la música. El perfume de la hierba segada se me subía a la cabeza. Paolo anunciaba su llegada con un leve silbido.

Entonces cerraba los libros y bajaba corriendo la escalera. Entraba en el comedor y, del ímpetu, la falda negra revoloteaba alrededor de mis piernas. Sonreía, estaba a punto de cumplir dieciocho años. Sentía que tenía un bonito papel protagonista.

Desde que Paolo venía a verme, la vida se había vuelto más fácil, la casa, más luminosa, y mis parientes se mostraban de pronto más cariñosos conmigo. Un día, la abuela quiso que la acompañara a una habitación de la planta baja en la que nadie entraba nunca, salvo ella, y que en tiempos había sido una capilla.

—Entra —dijo empujándome por los hombros y cerrando enseguida la puerta.

Era una amplia estancia sumida en la penumbra, con las paredes pintadas de violeta y revestidas de armarios oscuros e imponentes, algunos de forma noble, como los que se ven en las sacristías. Tenía la impresión de haberme adentrado en un subterráneo en el que hacía tiempo que no llegaba la luz ni el aire. Armarios y paredes, negro y violeta, se confundían en una oscuridad opresiva.

—Aquí estamos —dijo la abuela.

Sus ojos expresaban la satisfacción de haberme arrastrado a una trampa: la gruesa puerta no dejaría pasar ni un grito de desesperación, y la ventana estaba protegida por una reja. Intenté protestar.

—¡Shhh!

La abuela me impuso silencio, obligándome a fijarme en sus gestos. Se apartó el delantal, y la oscuridad reaccionó al mágico resplandor de las llaves. Las tocó, las palpó, eligió una y, quitándose el manojo de la cintura, acercó la larga llave brillante a la cerradura de un armario negro. La introdujo delicadamente, casi con miedo de que el armario se rebelase contra esa violencia y se abatiese sobre ella, matándola de golpe. Al fin abrió las puertas, y la oscuridad de la sala quedó disipada por la blancura de la ropa de hogar ordenada en las baldas.

La abuela iba abriendo los armarios uno tras otro, espiando ansiosamente la admiración en mi rostro. La habitación se vestía de un brillante candor.

—Mira —me decía—, mira.

Me tomó del brazo y quiso que me acercara a un gran armario abierto.

—Toca.

Me animaba, guiando mi mano, acompañándola mientras se deslizaba por las sábanas frescas.

—Toca —insistía—. Hay muchas, ¿sabes cuántas?

Vaciló, calibrando mi capacidad de guardar un secreto, y luego dijo:

—Más de doscientas. Doscientas dieciséis. Algunas están nuevas, intactas, nadie las ha desdoblado nunca; igual lo haces tú, o una hija tuya. Mejor la hija de tu hija.

La abuela hablaba casi como si estuviera describiendo un sueño. Luego deslizó la mano por una sábana de lino bordado:

—Esta... esta es tu sábana nupcial. Lleva la inicial «A», la aportó en dote mi madre, que se llamaba Antonietta. Mira, una «A».

La inicial estaba enmarcada entre ramas y hojas. Encima tenía

bordado un pensamiento, como si fuera una muchacha con una flor en la cabeza.

—Estas son sábanas de niños.

Me abrazó. Nos quedamos inmóviles en ese blanco olor a espiguilla. Yo era casi tan alta como ella. La abuela me acariciaba la frente, reuniendo todos mis pensamientos en su gran mano. Me sentía como si ya no estuviera vestida de luto, como si ya no calzara zapatos negros, como si ya no llevara el cabello recogido en una trenza. Me veía ante el sueño de todas las chicas: estaba vestida de novia y todos me sonreían. «¡Qué guapa!», decían al verme pasar. Luego me acostaba sobre la sábana de lino bordado, y Paolo reía conmigo; éramos jóvenes juntos.

—Estoy tranquila —dijo la abuela—. Tengo preparada una tumba que mira hacia esta casa.

Desde el cementerio, que se extendía en la verde ladera de la colina, se dominaba la aldea como desde lo alto del cielo.

—Te veré. Tienes que levantarte temprano, ser siempre la primera. La casa duerme, los hombres también; son perezosos, esperan que se les lleve el café a la cama. A esa hora eres de verdad la dueña. Recorres las habitaciones y los pasillos, bajas a la despensa, a la bodega, aquí abajo, abres y cierras con las llaves. Llévalas siempre a la cintura. Cuando te acuestes, ponlas debajo de la almohada. Yo no podría dormir si no sintiera las llaves debajo de la almohada. El día que me muera, ya sabes dónde encontrarlas.

Desde esa noche, casi no se separaba de mí. Quería que me bastara un gesto, una mirada, para entenderla; y yo la entendía, en efecto. Era esa afinidad precisamente lo que me daba miedo. Ahora tenía incluso que estudiar a escondidas. Si oía su paso en la escalera, guardaba los libros. Acudí, de nuevo, al tío Rodolfo y le rogué que intercediera con la abuela para que me dejara ir a Sulmona a examinarme. Mientras ellos hablaban, yo esperaba sentada en el despacho, como quien espera un indulto. Cuando entró, sin embargo, abrió los brazos en un gesto de resignación: la abuela había dicho que no.

Me acerqué a la ventana para que no me viera los ojos llenos de lágrimas. Parpadeando con fuerza, veía el verde valle,

aprisionado por la Majella como por un cuerpo voluminoso e insuperable.

—Seguiré haciendo todo lo que esté en mi mano —murmuró el tío Rodolfo a mi espalda, disculpándose.

—Siento haberte hecho gastar dinero en libros —le dije sin volverme—. Te lo devolveré.

Le hacía daño, quería hacérselo. La abuela y él mantuvieron otra conversación. Hablaron largo rato, encerrados en el salón. Más tarde supe que él no había hablado solo de mí, sino también de mi madre, y de aquella Emilia a la que tanto había amado. Al fin, la abuela llegó a un acuerdo con su hijo:

—¿Dices que después de este diploma de bachillerato habrá terminado?

Hizo una pausa, en la que pareció calcular el tiempo, los días, y al final decretó:

—Está bien, que vaya.

Fui a Sulmona, acompañada de la tía Sofia. Íbamos bastante tristes, vestidas de negro, y todo el mundo nos miraba. Sulmona, recuerdo, estaba llena de polvo, y yo tenía siempre sed. Las chicas que esperaban conmigo para examinarse vestían trajes de flores, iban bien peinadas y con los labios pintados. Una de ellas me preguntó si era una novicia.

Contesté que no, pero me dio la impresión de estar mintiendo. Me atenazaba ese malestar que sufro siempre que estoy rodeada de mucha gente: una sensación de amor sin límites por quienes me rodean que soy totalmente incapaz de exteriorizar. Los exámenes no me parecían difíciles, en las pruebas escritas traté de ayudar a mis compañeros, sobre todo a las chicas. Aceptaban, pero luego me miraban con desconfianza, preguntándose con qué fin lo hacía; nadie intuía la verdad. Quería que al menos un examen me saliera mal, quizá entonces dejarían de mirarme así, me compadecerían, me consolarían. Pero siempre me iba bien. Al salir del aula, me sentía incómoda, y pensé que era por ser tan alta.

El último día, cuando fui a informarme de los resultados, me acompañó el tío Rodolfo. En las calles de Sulmona, la novedad de

hallarme a solas con él me cortaba la respiración. Caminábamos separados, sin mirarnos, y cuando nuestras miradas se cruzaban, apartábamos enseguida los ojos, como si quemaran. Mientras él me enseñaba la ciudad y los edificios, yo le hablaba de Paolo, le hablé incluso de Claudio, de las cartas que me enviaba, pero ni uno ni otro parecían existir de verdad, era como si me los estuviera inventando en ese momento.

Aprobé con matrícula de honor. Mientras leía las notas, algunos compañeros me observaban, y yo me reía, pensando que todo eso era un regalo, algo que me otorgaban sin merecerlo. El tío Rodolfo me cogió del brazo y, cuando salí, todo el mundo se despidió de mí.

Fuera hacía un sol radiante, las piedras centelleaban. Sentía una alegría incontenible, todo me hacía reír, y en todas partes me parecía ver una efervescencia insólita, suscitada, quizá, por mi presencia. El tío Rodolfo me miraba reír, andar y moverme, por eso me parecía hacerlo todo con más ganas. Nos tomamos un vermú y, como no estaba acostumbrada, ese poquito de alcohol aumentó mi euforia despreocupada.

—¡Soy vieja! —exclamé—. Dentro de unos meses iré a la universidad.

Ni mis venas, ni mis miembros ni mi cabello bastaban para contener mi juventud.

—Soy vieja —repetí.

Dijeron por la radio que había que escuchar una transmisión a las cinco de la tarde. Pensé que todos nuestros parientes vendrían a casa para escucharla y, quizá a causa del vermú, empecé a reírme de ellos como nunca lo había hecho.

—No me apetece verlos —dije—, no me apetece lo más mínimo.

Entonces el tío Rodolfo me propuso quedarnos a comer en Sulmona y regresar en el tren de las seis.

Tengo que resaltar este recuerdo entre tantos otros porque es muy importante. En los años que siguieron, cuando vivía con Francesco, y también ahora, ese recuerdo me cruza a menudo la mente, como un tren con los faros encendidos cruza la campiña

oscura y luego desaparece.

El tío Rodolfo me llevaba del brazo, y yo me apoyaba en él encantada, como desde aquel primer día, en el funeral de mi madre. Eligió un pequeño restaurante popular, con una pérgola transparente de hojas de glicinia. Bajo esa techumbre verde, se nos veía pálidos, pero era una palidez sana y cándida, como la de los niños. La encargada vino a nuestro encuentro sonriendo, con una mezcla de afecto y complicidad. Yo no me sentía incómoda, pese a que era la primera vez que iba a comer con un hombre. Ella nos observaba, preguntándose tal vez si yo era la amante o la hija del hombre que me acompañaba. Pero su opinión no me interesaba, se la adosaba al tío Rodolfo, de la misma manera que me apoyaba en él cuando caminábamos cogidos del brazo.

El sol se colaba entre los dibujos que hacían las hojas al moverse, y el mantel parecía agua turbulenta. Cogí el pan para partirlo y me di cuenta de que mis manos, normalmente tan fuertes, estaban ahora flojas y débiles.

—Pártelo tú —dije—, yo no puedo.

Parecía imposible que un hombre de cuarenta y seis años pudiera ser tan joven todavía. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan alegre, desde cuando iba con mi madre a robar flores a través de las verjas. Me reía, y él me miraba reír. Comí con avidez, él disfrutaba viéndome comer. Pidió para mí alimentos poco comunes, refinados, se irritó por no encontrarlos en la carta y luego se disculpó. Yo lo dejé hacer. Me sirvió el vino despacio de una botella polvorienta, y entonces se detuvo, indeciso:

—¿No te sentará mal?

Años después, todavía recuerdo la ternura que había en sus ojos al decir esas palabras. Se mostraba tan solícito, tan consciente de la fragilidad femenina, tan preocupado por mi bienestar y mi felicidad, que quise experimentar un poco más mi poder:

—No creo —contesté bebiendo un buen trago, antes de añadir —: Quiero fumar.

Rebuscó en sus bolsillos, avergonzándose de no ofrecerme cigarrillos finos. Yo di una torpe calada, exhalando el humo lejos. «Igual me sienta mal», pensé, sintiendo cierto aturdimiento. Pero

me tranquilizaba que él estuviera conmigo, me cogería del brazo y me sacaría de allí; él se encargaría de todo, y yo podría abandonarme a mi flojera y a mi malestar. Volvería en mí en una cama adornada con un dosel blanco; en la habitación vería flores claras, y a él arrodillado junto a mi cama, entregado y feliz. Sí, podría hasta desmayarme, si así lo deseaba. Nunca más me concedió la implacable vida cotidiana ese privilegio.

—Emilia no sentía miedo cuando acudía a la cita, ¿verdad?

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó estupefacto.

—¿Te molesta que lo sepa?

—No. Tú, no. Es más, he estado a punto de contártelo muchas veces, pero luego pensaba que no eran cosas de tu edad. Pero tú eres mucho mayor que la edad que tienes, contigo se habla como con una mujer hecha y derecha. Y esa madurez tuya me enternece, y a la vez me da mucha pena.

Me tomó la mano y la cubrió con la suya: mi mano se sentía refugiada, protegida. Aún hoy, si cierro los ojos, recordando ese episodio, veo una verde luz estival, y mi mano es una mano inocente de niña.

—Emilia murió, ¿verdad?

—Hace muchos años. Tú acababas de nacer. Murió en Cesena, donde habían trasladado a su marido. Ocurrió todo en pocos días.

Calló un momento, y luego siguió hablando con amarga ironía.

—A lo mejor la abuela no te ha dicho...

—No es ella quien me ha hablado de esto.

—Ah, ya. Ya. Bueno, la abuela tuvo un papel en esa historia, en esa época. Desde entonces, ya no somos los mismos. O, al menos, yo ya no soy el mismo. La abuela no puede cambiar. Y Emilia está muerta.

—¿Era guapa? —le pregunté en voz baja.

Él sacó una fotografía de su cartera. No me pareció guapa, tenía el rostro redondo, un velo blanco en el pecho y gruesos tirabuzones rubios sobre la frente. Parecía muy mayor.

—Aquí tenía veinticuatro años. Se marchó al año siguiente. Tú tienes el cabello claro, como ella.

—Tengo el cabello de mi madre.

—Ya. Yo a Eleonora apenas la recuerdo.

—Era una mujer extraordinaria.

—¿Como tú? —insinuó él sonriendo.

—¡Oh, no! —respondí con viveza.

Me puse a hablar de ella con fervor. Enseguida, convocada por mis palabras, entró mi madre y miró en derredor, perpleja. La blancura cérea de sus manos se veía verde, su rostro era una tierna hoja. Rápida y delicada, se acercó a nosotros, mientras yo describía sus andares y el sol se enorgullecía de ella. El tío Rodolfo la miraba fascinado.

Me sentía feliz. Sobre la mesa había un centro de flores silvestres con ramas de verbena.

—Me las llevo en el bolso.

Me despedí con afecto de la gruesa mujer que nos sonreía.

—Volveremos —dije.

El tío Rodolfo me miró y repitió conmovido:

—Volveremos.

Salimos a la avenida polvorienta; hay mucho polvo en Sulmona. Él me tomó del brazo y echamos a andar. Debería haberme llevado a otra parte, ese día, y así todo habría sido distinto. Yo era una mujer débil, y las mujeres se apoyan en los hombres como él, altos y fuertes. No puedo perdonarle que no lo hiciera. Mi pensamiento se ensaña en su contra, quisiera que leyera estas páginas. ¿Por qué no lo hiciste? Le golpeo el pecho con los puños: ¿por qué no me llevaste contigo?

En lugar de eso, dijo:

—¿Vamos a escuchar la radio?

Y yo contesté sonriendo:

—Sí, vamos.

Caminábamos en silencio, plasmando nuestra alegría en ágiles zancadas. Yo sonreía, creía aún que me apoyaba en él, pero, en realidad, con cada paso me alejaba de ese día de dicha y del cuento de hadas de mi madre; me convertía en Alessandra, en Alessandra de pies a cabeza, cada paso me conducía inexorablemente a Francesco, a Tomaso, a mi vida solitaria.

La radio dijo que había estallado la guerra.

Al día siguiente, al abrir la ventana, pensé que todo sería distinto. Por eso, me sorprendió ver que el sol resplandecía, que los prados estaban verdes y el cielo, despejado, y que los campesinos trabajaban en los campos. Tenía la esperanza de que todo fuera una pesadilla; pero las horas transcurridas el día anterior estaban aún tan vívidas en mí que esa esperanza feliz no tardó en desvanecerse. Observé a mi alrededor, dudosa, interrogué los rostros de las personas que pasaban por la era. Los vi serenos, no había rastro de maldad en su expresión. Por eso juzgué exageradas las descripciones de la otra guerra que nos habían hecho nuestros padres. Imaginaba que no habían tenido ni un solo día de calma y de sol, que el cielo siempre había estado oscuro, y el aire, desgarrado por zumbidos espantosos y surcado por el eco de gritos y lamentos. En lugar de eso, se oía el acostumbrado piar de las gallinas y el balido perplejo de las ovejas. Sonreí, pensando que no era tan terrible estar en guerra, a fin de cuentas.

Las semanas sucesivas, se marcharon varios jóvenes, pero lo hacían tranquilos, asegurando que volverían pronto. Los que se quedaban trabajaban de mala gana, se sentaban a fumar en la puerta de casa, esperando la notificación para unirse a filas. Paolo estaba en Guardiagrele, cuando volvió, se limitó a decir: «¿Te has enterado?». Pero él también fumaba mucho, y, cuando nos veíamos, ya no estábamos alegres. Yo no entendía el motivo, puesto que nada había cambiado, nada en absoluto. Claudio me escribía que también la vida en la ciudad seguía como siempre, solo que ahora la gente gastaba más en periódicos.

Sin embargo, presente en los ojos de las mujeres, en la palidez de sus rostros, en los gestos convulsos con los que vestían o acariciaban a sus hijos y en el tono lúgubre de las oraciones que se oían en las iglesias, flotaba en el aire una inquietud opresiva. Los días estaban velados por el temor y la incertidumbre. Y, como había vaticinado Giuliano, se tejía un velo odioso entre la poesía y yo. Arremetía desesperadamente contra ese velo, fruto de mi imaginación. Intentaba reaccionar, negándome a aceptar la guerra.

Era fácil, me decía, nada turbaba el curso normal de mis días. Leía, me imponía programas de estudio y de análisis; le escribía largas cartas a Claudio en las que no mencionaba los acontecimientos; me compré un vestido nuevo, y, recorriendo los pasillos de la casa, cantaba para ahuyentar la opresión que me asediaba. Ya no escuchaba la radio. No quería saber nada. Respondía distraídamente cuando me contaban alguna noticia. Eso hizo que me considerasen más fría y egoísta todavía. Hasta el tío Rodolfo me miraba perplejo, pero yo disfrutaba encerrándome en esa actitud. Con un pañuelo negro en la cabeza, recorría la aldea, tirando del perro Giuseppone por su correa, y dejando bien claro que no quería hablar con nadie. Pero la voz de la radio me seguía a todas partes. En casa siempre había alguien sentado junto al aparato, moviendo nerviosamente la aguja. Incluso encerrada en mi habitación, imaginaba una mano que se agitaba, ansiosa, sobre el botón. En la aldea, la voz de la radio se extendía por las calles, saliendo por las ventanas abiertas, me esperaba en la mesa del bar, en la farmacia y en el colmado. Me negaba a oír sus palabras, no las escuchaba. Pero el tono arrogante de la voz llegaba hasta mí, me agitaba las ideas y me suscitaba un deseo de rebelión. «¡Basta! —murmuraba con un furor contenido—. ¡Basta!, ¡basta!»

La abuela no hablaba nunca de la guerra. Igual que yo, no quería someterse a la odiosa prepotencia de los acontecimientos. Pero estaba ahora más pálida, parecía un cadáver grande. «¿Por qué? —habría querido protestar yo—. Pero si no ocurre nada. Apagad la radio. Basta con apagar la radio.» Por las noches, sin embargo, cuando la radio callaba, sentía el impulso de bajar de mi habitación, atravesar la casa oscura, entrar en el salón desierto, encender la lamparita y mover frenéticamente la aguja hasta encontrar la voz. Formaba parte ya del aire que respiraba: cuando callaba, sentía que me ahogaba.

Esperaba con impaciencia creciente las visitas de Paolo, aunque ya no me daban la misma alegría. Esperaba que él tuviera el poder de hacerme volver a ser la que era. Una tarde, de repente, nos dejaron solos. Paolo había cenado con nosotros, nadie había encendido la radio y parecía que todos quisieran refugiarse en una

tranquilidad artificiosa. La tía Sofia había sido la última en salir, llevándose consigo el gran mantel blanco para sacudirlo en la era y que, por la mañana, las gallinas picotearan las migas. Después ya no había vuelto al salón. Al principio, Paolo se había quedado desconcertado por la inusitada libertad que se nos concedía. Había mirado en derredor, tratando de entender a qué era debida, y al fin me había propuesto salir con él. Brillaba una bonita luna.

Subimos por el sendero que llevaba a un camino a media altura, bordeado de álamos blancos, cuyas cándidas hojas se movían como mariposas. En la hierba, los grillos agitaban tímidas campanillas de plata que no alcanzaban a cubrir el croar rabioso de las ranas.

—Paolo...

Él me cogió del brazo.

No me sentía feliz. Siempre había un velo tupido entre mis pensamientos y la felicidad, entre ese paseo y un paseo feliz. Intentaba reír, decir palabras agradables, leer, pero todo sonaba falso, preparado con una coquetería inconsciente y tonta. Desde la muerte de mi madre, las palabras ya no formaban a mi alrededor ese mundo poético y fascinante en el que yo había aprendido a sentirme viva, y sabía que, solo cuando pudiera hablar ese lenguaje con un hombre, conocería el amor y la felicidad.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Paolo.

Nos sentamos en una tapia, yo tenía los pies en la hierba, fresca de rocío.

—Eres muy distinta a las demás chicas —me dijo—. ¿Por qué no eres feliz ahora?

—¿Tú lo eres? —le pregunté.

—Yo sí.

Lo miré con recelo. Temía que, al ocultarme la melancolía de ese instante y de los días insidiosos que estábamos viviendo, quisiera tratarme como a una niña. Pero su expresión era sincera. Comprendí, entonces, que solo los hombres son fuertes y seguros. Ninguno de ellos tenía nunca la expresión desamparada de mi madre, ni aquella doliente de la tía Violante, ni aquella patética de Lydia cuando estaba lejos del capitán. Me embargó un deseo

repentino de apoderarme de la fuerza de los hombres. Quería robársela, arrebatársela, liberarme del velo tupido que me negaba la alegría despreocupada.

—A mí también me gustaría ser feliz —le dije.

Entonces Paolo se acercó a mí. Su rostro estaba muy cerca del mío, sus ojos, vivos y oscuros, se empañaron. Qué hermosos eran los rasgos de un hombre, esa nariz fuerte, esa frente ancha. Paolo tenía la piel bronceada, y de su camisa abierta salía un olor agradable a piel que ha estado mucho tiempo al sol. Aturdida, cerré los ojos.

Y así recibí mi primer beso. En realidad, no me parecía que fuera el primero: Claudio me había besado alguna vez, pero eran besos angulosos, rápidos y asustados. Los labios de Paolo se apretaban con tanta fuerza sobre los míos que me hacía daño. Entreabrí la boca para zafarme. Entonces él me besó largamente, forzándome a separar los dientes. Sentí un gran estupor.

Se apartó de mí. Yo habría querido salir corriendo, pero me retenía el temor de que Paolo no fuera una persona normal y me persiguiera para someterme a algún impulso brutal, aprovechando lo solitario del lugar. Volvió a besarme, y yo me dejé hacer, horrorizada y a la vez curiosa de volver a experimentar esa sensación turbadora. Sentía ganas de secarme la boca, pero temía que Paolo se ofendiera, como si me hubiera negado a beber de su vaso.

—¿Por qué? —me preguntó al ver que me había entristecido —. No te pongas así: yo te aprecio y estamos prometidos.

Al decir eso, me abrazó, acariciándome los hombros. No se preguntaba si su extraño modo de besar me resultaba agradable.

—No —dije yo.

—¿Por qué no? —preguntó distraídamente y se puso a besarme de nuevo.

—No —repetí secándome los labios—. No estamos prometidos.

—Claro que lo estamos —insistió, ansioso de reanudar el beso interrumpido—. Nos casaremos pronto, antes de que me llamen a filas.

—No —dije yo bajando de un salto de la tapia—. No estamos prometidos. Yo no estoy enamorada de ti.

Él se quedó sentado. Estaba despeinado, tenía la camisa blanca arrugada y el pantalón torcido, le asomaba la piel desnuda sobre el calcetín enrollado. Me miraba fijamente, con un estupor tan cándido que, de repente, sentí rabia contra mí misma, contra mi dificultad para ser feliz. Me topé entonces, por primera vez, con esa mirada infantil y perdida que más tarde habría de ver tantas veces en los ojos de Francesco. Oh, ha bastado siempre con que los hombres me mirasen así para que me sintiera un ser despreciable, presa de una especie de locura. Arrepentida, me habría gustado que Paolo olvidara lo que le había dicho, olvidarlo yo misma, pedirle perdón. «Paolo querido —le decía mentalmente—, ¡Paolo querido!» Y, enternecida por mi desengaño, le acaricié la frente para consolarlo. «Paolo querido, vamos, haz algo, líbranos de este peso que nos oprime.» Pensaba que bastaría con inventar con ternura una palabra, una de esas palabras gracias a las cuales mi madre suscitaba, como por arte de magia, la felicidad. Me sentía tan sola que ni las montañas, los árboles y las estrellas del cielo bastaban para hacerme compañía. En los montes ya no se veían las aldeas, la campiña estaba deshabitada: estábamos solos en el mundo, él y yo, hombre y mujer, condenados a vivir juntos para siempre.

—¿No quieres? —preguntó enfurruñado atusándose el cabello.

Hablaba en un tono seco, ya no era el amigo con el que me gustaba reír.

—No —dije.

—¿Por qué me has hecho creer que estabas contenta, que me apreciabas?

—Porque sí que estaba contenta.

Lo miraba fijamente a los ojos, para que entendiera que era del todo sincera con él.

—¿Entonces? ¿Por qué no quieres casarte conmigo?

—Pues..., mira, igual te resulta difícil entenderme... Yo espero que estar sola en el mundo con un hombre sea algo bonito y no

angustioso ni horrible. Espero...

Estaba a punto de decir: «Espero a Hervey», pero conseguí retenerme a tiempo. No lo habría entendido, ni Paolo ni ningún hombre. Por eso, lo acaricié maternalmente con la mirada, remediando el desaliño de su cabello. «Paolo querido —le decía en mi fuero interno—, Paolo querido.» Me parecía que él estaba en la orilla, en tierra firme, y yo en un frágil velero que se alejaba.

Fui varios días a esperarlo al atardecer, al límite más alejado de la finca. Solo Paolo podría apaciguarme, si volvía, y devolverme la certeza de ser una mujer como las demás. Escrutaba el sendero entre las hayas que solía recorrer para llegar hasta mí, pero solo veía hierba, árboles y cielo. Ni siquiera la voz arrogante de la radio llegaba hasta allí arriba.

En cuanto oscurecía, volvía a la era, con mi vestido negro impregnado de la melancolía de haber esperado en vano. Nadie se extrañaba de la ausencia de Paolo, por lo que comprendí que estaban enterados, pero no sabía hasta qué punto. Si me miraban a la cara, temía que me hicieran algún reproche, pues ahora conocía esa manera terrible de besar. Me dominaba una inquietud insuperable que me llevaba a esconderme, sentía que sobraba y que no me querían. Desde lo alto de mi ventana, veía a todo el mundo ocupado en sus quehaceres. Noté que sus gestos tenían una lentitud inexorable, el ritmo de los gestos se convertía en disciplina de vida. Ya no estudiaba ni ayudaba en casa, estaba fuera de esa norma laboriosa. Frágil, atrapada entre dos engranajes arrolladores, me limitaba a escuchar la radio horas y horas.

Junto al aparato estaba siempre el tío Alfredo. A veces me sentaba espontáneamente a su lado. Él me miraba con ironía, como miraba a todas las mujeres. Pero yo temía que estuviera al tanto del beso de Paolo, de las conversaciones con Fulvia y de la mano de Enea, que me había acariciado el pecho.

—Es cierto, te pareces mucho a tu madre —me dijo un día.

Al oír esas palabras, en apariencia inocuas, sentí ganas de taparme la cara y echarme a llorar. Me agitaba el remordimiento de haber mancillado su memoria. Ya no soportaba mi imagen

reflejada en los cristales de las ventanas. Veía el pecado en mí, en mi cabello rubio, en mi silueta alta y esbelta, una anomalía evidente en esa región. Ya no era suficiente con esconder mis libros, mis diarios y mis cartas. La mirada hostil de Giuliano y aquella, irónica, del tío Alfredo, los tristes ojos de las tías me aguijoneaban, me obsesionaban, me empujaban a abrir la ventana y a morir para esconderme.

—Abuela —le dije una noche—, ya no aguanto más.

Estaba sentada, blanca y majestuosa, como la primera vez que la había visto, el día de mi llegada. Le hablé en voz baja, sin atreverme a levantar la mirada hacia ella, pues era duro reconocerme vencida.

—Lo sé —contestó ella con tranquilidad.

Sus hombros asomaban por encima del respaldo de la butaca, su cabeza se recortaba en el vano de la ventana, sobre el cielo, más alta que las montañas. Estaba claro que lo veía todo desde esa altura, era inútil hablar. Me acurruqué a sus pies y le tomé la mano. Me sentía como en la iglesia.

Pero ella me hizo la pregunta que yo más temía:

—¿Por qué has actuado así con Paolo? Parecías contenta.

—Y lo estaba —contesté—. Lo esperaba ansiosa. Lo he esperado ansiosa todos estos días. Me gustaba verlo entrar en casa, ir a su encuentro...

—¿Te gustaba ir a pasear con él, sola, por la noche? —me interrumpió ella.

—Sí, pienso que, en el fondo, me gustaba.

—Entonces ¿por qué no quieres casarte con él? ¿Te gusta dejarte besar por un hombre pero no lo quieres por marido?

Vacilé antes de contestar. Con la severidad implacable que mostraba siempre la abuela, era difícil hacerle entender ciertas reacciones sutiles.

—Sí, me gusta —dije decidiéndome a hablar con franqueza—. Pero pienso que el amor es otra cosa.

—No lo es, en eso te equivocas. Todos los hombres son iguales: dicen las mismas palabras y hacen los mismos gestos. Son hombres. Paolo es un joven sincero y amable, te habría tratado con

mucho respeto. Al poco, podrías haber tenido un hijo. Cuando esperas un hijo, eres muy grata a los hombres. Entonces te sientes viva de verdad, tu cuerpo se expande y te invade una gran sensación de bienestar; tienes hambre, sed y sueño, y se renuevan en ti todos los instintos; posees la certeza de estar sana y de ser fértil, como la tierra cuando germina el trigo. Ya no sientes rencor por los hombres, también ellos son hijos tuyos. Es más, te embarga una compasión tierna y maternal al verlos agitarse en actos y problemas que te parecen tan vanos, tan pobres comparados con el triunfo de la vida.

—Yo no siento rencor por los hombres. Solo me gustaría tener esa seguridad, esa fuerza que tienen ellos y con la que siempre pueden contar.

—No es fuerza —contestó ella golpeando la butaca con su gran mano—: es falta de piedad. Pero solo es fuerte quien tiene piedad. ¿Lo entiendes? Recuérdalo. Temo que te has equivocado por completo al creer que son ellos los amos y al encomendarles tu felicidad. Te has equivocado. La casa es nuestra y nuestros son los hijos: nosotras los llevamos en el vientre y nosotras los alimentamos, por lo que la vida es nuestra. Lo mismo ocurre con el placer que te dan los hombres: es una cosa mezquina que hay que mantener en secreto, y ellos se sirven de ese secreto para tenerte sometida, para rebajarte. Solo adquieres seguridad al fin cuando esperas un hijo: entonces el vínculo que te ha unido a los hombres ya no es bajo ni despreciable, sino espléndido. Ahora somos nosotras quienes sacamos provecho de ello, de ahí viene nuestro orgullo. Engordas, te vuelves más guapa, se te infla el pecho de leche. Te bastas tú para saciar a tu hijo, él no necesita más. También el dolor que se siente al traerlo al mundo es como un placer terrible: si eres una mujer de verdad, deberías querer sentir ese dolor. El nacimiento de Ariberto fue muy difícil. Yo le preguntaba: «Hijo, ¿por qué quieres hacerme tanto daño? Ten compasión, sé delicado». En esos momentos, los hombres están fuera de la habitación, asustados, avergonzados e intranquilos. Solo tú tienes la fuerza de afrontar sola el momento terrible en que se transmite la vida.

Las palabras de la abuela caían sobre mí desde lo alto: eran rocas que arrastraban a su paso mi débil ser, así como los sueños que me importaban. «No —pensaba, rodando en la oscuridad—, no, no quiero tener esa horrible fuerza, ¡no quiero!»

Aplastada por la conciencia de mi propio desamparo, dije:

—Perdóname, abuela. Creía haberme hecho fuerte, creía parecerme a ti. Deja que me vaya, ya no aguanto más.

—Lo sé —repitió ella con voz dolorosa y sorda—. Te lo dije: deja a un lado los libros, deja a un lado la música. Hay que arrojarlo todo bien lejos, con decisión, ¡fuera, fuera!

Y, como mi madre, añadió:

—Me habría gustado que fueras feliz.

Me estremecí, abrazándome a sus rodillas. Oía fluir el río por debajo de mí, deprisa, y yo me aferraba a un tronco de la orilla, a una roca.

—Tengo miedo, ayúdame —murmuré agotada.

Se oía la voz de la radio desde la granja vecina. Entraba en la sala y llegaba hasta nosotros, la respirábamos. La apacible noche de verano se poblaba de amenazas. En la voz de la radio oíamos el zumbido de los aviones, su furiosa caída en picado, sus espirales de llamas. Tres aviones caídos, seis aviones caídos.

—Tengo miedo —confesé—. Abuela, tengo miedo.

—Todos tenemos miedo —dijo ella—. Creo, incluso, que este miedo no nos abandonará. A mí por poco tiempo ya, soy vieja. Pero no puedo olvidar la expresión de tu rostro cuando volviste de Sulmona, la noche del anuncio de la guerra. Habías entendido que nadie podría escapar a ese miedo. Por lo demás, este que estamos viviendo es tu tiempo, es justo que lo interpretes mejor que yo. Yo, entonces, aún tenía la esperanza de salvarte. Mi plan era mandar construir un refugio en la bodega: es un sótano sólido, de piedra. Me pasé la noche rumiando ideas absurdas y fantasiosas: forrar de acero una habitación, aunque no tuviera el dinero para costearlo. Esa habitación sería para ti..., y para Paolo —dijo en voz baja—. Quería esconder allí también la ropa de hogar, los sacos de trigo. Algo parecido, en resumen, al arca de Noé. Seré más fuerte que la guerra, pensaba. Pero no es posible. La guerra se cuela por todas

partes. Ha escrito tu padre. Dice que Sista tiene miedo y que quiere volverse a su pueblo, en Cerdeña. Él no puede estar solo, sin una mujer que se ocupe de la casa, que cocine, que planche y zurza la ropa. Al principio rompí la carta sin enseñártela siquiera, pensaba mandarle a Adele.

—Es mejor que vaya yo —dije.

—Sí —asintió ella tras una pausa—, es mejor.

Seguimos un rato abrazadas en silencio. La radio callaba. Se oía el canto de los grillos y el gañido de un perro. «Adiós —decía dentro de mí—, adiós, adiós.»

Entraron las tías y yo me puse en pie de un salto, pugnando por recobrarme, pero la silenciosa reserva que siempre habíamos mantenido entre nosotras se había roto. Nos conocíamos tan íntimamente como solo las mujeres pueden conocerse, aunque crean no haberse hecho confidencias.

—Alessandra se marcha —dijo la abuela.

Las tías no mostraron asombro alguno. Se decidió que me marcharía dos días después, el lunes. Esa mañana temprano, el tío Rodolfo se puso las botas para ir al campo.

—Lo siento —me dijo—, me habría gustado acompañarte a la estación. Te llevará el aparcero en la calesa. Yo no puedo, tengo mucho que hacer.

Me tomó la mano. Yo lo miraba. «¿Por qué no me besas? —le preguntaba con la mirada—. ¿Por qué no me besas como Paolo?» De nuevo me sorprendió pensar que un hombre de cuarenta y seis años es muy joven todavía, joven y atractivo. «Bésame —insistía yo —, abrázame y bésame.» Le imploraba así, para que me liberase de todo cuanto me esperaba en la vida, de todos los actos que tendría que hacer. Ambos sabíamos lo que significaba mi partida. Debía ponerme en marcha yo sola. Debía irme sola, por primera vez. La abuela me había dado lo necesario para el billete, y también me había entregado una pequeña cantidad de dinero, con un gesto solemne. No volvería más a esa casa, por eso miraba en derredor para despedirme de la vida pacífica que me había rechazado. En la pared, a la espalda del tío Rodolfo, veía sus escopetas, sus pipas, la fotografía tomada en el Carso, y mi nombre, en el gran árbol

genealógico, libre y solo, colgando de una rama, en el vacío.

—¿Lo entiendes? —me dijo—. No puedo acompañarte. Nos despedimos aquí.

Estaban todos en la puerta cuando subí al coche de caballos con el aparcero. La abuela en el centro, la tía Violante a su izquierda, la tía Sofia a su derecha, y, detrás, las criadas, como en una fotografía. Giuliano estaba sentado en el suelo, quitándose el polvo de los zapatos con la fusta. Hubo un momento de silencio, y entonces la tía Clarice estalló en llanto.

—¿Por qué se marcha Alessandra? —sollozó—. ¿Es culpa mía? ¿Qué he hecho? ¿He hecho algo malo?

Entonces, bajando la cabeza, la abuela dio una orden. Yo esbocé un gesto como para resistirme, para aferrarme. Pero el aparcero azotó al caballo, y el ruido de las ruedas sobre los adoquines no tardó en ahogar el llanto estridente de la tía Clarice.

Lo que más me sorprendió a mi regreso fue la penumbra en la que estaba sumida la ciudad a causa del oscurecimiento. Al entrar en la estación de Roma, fue como si el tren se inclinara para introducirse en un tétrico y peligroso túnel. En la oscuridad, apenas reconocí a mi padre, que había ido con Sista para ayudarme con las cestas. Durante esa larga separación, nuestra correspondencia había sido escasa y fría, por lo que juzgué inútil fingir efusiones de afecto. De hecho, enseguida se centró en las cestas.

—¿Tienes la cartilla de racionamiento? —me preguntó en voz baja.

Al decirle que sí, exhaló un suspiro de alivio.

—Llevo todo el día preocupado con eso.

Mi padre había dejado la vieja casa de la calle Paolo Emilio y se había mudado a un apartamento minúsculo en las nuevas edificaciones del muelle Flaminio. Eso reforzó mi sensación de haber llegado a una ciudad desconocida. Me adentraba en silencio entre el revoltijo de altas casas blancas, siguiendo a mi padre y a Sista como si fueran extraños. Avanzaba sin mirar a mi alrededor, cargada con una pesada cesta de mimbre que me arañaba la muñeca. El ascensor me dejó pasmada: era moderno, las puertas se abrían solas. Como a mi llegada a los Abruzos, me pregunté si no estaba muerta y eso era el más allá. Tal vez fuera posible morir varias veces, renunciando cada vez a algo o a alguien.

Las tres pequeñas habitaciones estaban asfixiadas por los viejos muebles negros. Mi padre había sustituido la cama de matrimonio por una estrecha cama de hierro. Todo rastro de mi madre había desaparecido, su ropa, sus fotografías, y hasta había vendido su piano. «He tirado las cosas inútiles», me dijo y, enseñándome el baño, los armarios empotrados y la cocina, me

preguntó satisfecho: «¿Te gusta?». Yo dije que sí, pero, en realidad, era algo que no me había planteado siquiera. No pedía más que un rincón donde dormir, pues, más aún que a mi llegada a casa de la abuela, me parecía que había cometido un grave pecado del que necesitaba absolución.

Con sus escasas velas, las lámparas difundían una luz tenue y amarillenta. En esa época, mi padre empezaba a sufrir los primeros problemas de vista. Abrió la ventana de par en par; la oscuridad era densa, un río negro me separaba del barrio en el que había vivido con mi madre.

A la mañana siguiente, me di cuenta de que la casa dominaba el puente y el cañaveral, por lo que, para nosotros, era como vivir en el cementerio. Mi padre, por supuesto, no había pensado en eso ni se sentía incómodo. «A vista de pájaro, estamos muy cerca del Vaticano —decía—, no creo que debamos preocuparnos por las bombas.»

Sista se ajetreaba, con aire perdido, ante unos fogones blancos y azules. Me llamaba «señorita» y ya no me tuteaba. Yo lo aceptaba sin protestar porque me parecía que todos habíamos cambiado y las viejas fórmulas ya no valían. No teníamos nada que decirnos y, cuando los hube puesto al día de todo lo relativo a la salud de la abuela y a la situación del campo, no supimos encontrar otro tema de conversación. Yo mostraba una gratitud servil: estaba contenta de tener una habitación para mí sola, con ventana. Me sentía en deuda, por eso acepté con entusiasmo cuando mi padre dijo: «Vas a tener que cocinar y ocuparte de la casa». Dije que al día siguiente iría a matricularme en la universidad y que pondría todo mi empeño en encontrar trabajo. Podía confiar en mí.

Él sonrió, más tranquilo.

—Ya verás —me dijo—, cuando Sista ya no esté, si tú me ayudas, podremos vivir bastante bien. Vamos a cobrar la indemnización por bombardeo. Un hombre del campo suele traerme un poco de carne. Y en esta casa se está bien. He conocido a un viudo, en la primera planta, con el que a veces juego a la escoba.

Hizo una breve pausa y me miró a los ojos para decir:

—Aquí nadie sabe nada. ¿Entendido?

El tono de su voz daba a entender claramente que la vida que habíamos llevado con mi madre era un cuento de hadas que nos habíamos inventado y del que debíamos avergonzarnos.

Dos días después, fui a visitar a Fulvia. Conforme me iba acercando a la calle en la que había vivido tantos años, sentí que me flaqueaban las piernas. Reconocía los lugares, los escaparates y a los tenderos sentados detrás de los mostradores, pero era como si en realidad no los hubiera visto nunca y solo me lo hubieran contado con detalle. Las golondrinas acudieron a mi encuentro y me saludaron con un fuerte grito: las reconocí, seguían siendo como de la familia. Rápidas, se lanzaban sobre la calle, llenándolo todo de dolor y desesperación. Las oía gritar dentro de mí.

Temblando, empecé a subir despacio la escalera. Me detuve ante el que, en tiempos, había sido nuestro apartamento. Esperaba ver abrirse la puerta de par en par de repente, y a mi madre acudir a mi encuentro con la gracia inefable de sus andares: «Oh, Sandi —diría—, ¡has vuelto...!».

Pero, en lugar de eso, en la puerta ponía «Ridolfi», y seguí subiendo. Cuando Fulvia vino a abrirme, le costó reconocerme. «¡Alessandra!», gritó al fin, y me abrazó temblorosa.

Estaba tan nerviosa que no sabía dónde recibirme. Estuvo a punto de abrir la puerta del saloncito japonés en el que nunca entrábamos, pero yo se lo impedí a tiempo. Nos sentamos en su cama, las paredes de su habitación estaban cubiertas de nuevas fotografías en las que posaba en bañador. Nunca la había visto vestida así, no me eran familiares ni su ropa ni su peinado. Sentí ganas de llorar.

—Sandi, cuánto me alegro de que hayas vuelto —dijo—, tengo un montón de cosas que contarte... ¿Cómo vamos a hacer?, tendríamos que pasarnos días, noches enteras hablando. ¿Por qué no te quedas hoy a dormir aquí? Siento que no esté mi madre en casa. Se ha ido...

—¿Con el capitán?

Fulvia calló un instante y luego dijo, seria:

—No, al capitán lo trasladaron al poco de morir tu madre. Fue un drama. Este... este es promotor, un promotor con motocicleta.

—Ah, entiendo. ¡Cuántas cosas!...

—Sí, muchas...

—¿Y Dario? —le pregunté sonriendo.

—Está ahí —dijo indicando con la barbilla el edificio de enfrente.

Nos asomamos a la ventana para ver la calle: era estrecha y polvorienta, un triste pasillo. La fachada de enfrente se veía lívida a la luz del crepúsculo. Dario no estaba sentado a su mesa, estudiando, como siempre lo había recordado durante mi ausencia. Por su ventana abierta se veía una cortina blanca y raída, un interior mísero. Durante unos instantes, me cruzó la mente el esplendor de las montañas de los Abruzos y el verde de los prados, luminosos, cegadores, como paisajes vistos en sueños. Pero mi vida estaba ahí: volví a ofrecerme mansamente a la melancólica calle.

—¿Cómo es? —pregunté indicando con un gesto la ventana de Dario.

—Amable —contestó ella—, cariñoso. Pero, otras veces, es de lo más antipático. No hay quien lo entienda, desaparece sin más. Tú, que vienes de fuera, no creo que lo entiendas, para los chicos es un periodo difícil. Lo llamaron a filas, pero lo declararon no apto por culpa de la vista. Yo pasé unos días terribles... Pero, por suerte, ya han quedado atrás.

—¿Por su partida?

—Sí, y sobre todo porque creía que estaba embarazada, imagínate.

Sobresaltada, me alejé de la ventana para ocultar el rostro en la oscuridad. Sentí que me sonrojaba violentamente, pero no podía apartar los ojos del rostro y el cuerpo de Fulvia. Pensaba que no la había entendido bien. Igual Dario y ella se habían casado en secreto. Sobre todo, sufría por haber estado al margen de esa confidencia, me sentía engañada, incluso, pues, durante todos esos meses, había seguido pensando en Fulvia como si fuera la misma de siempre.

—Ya —dijo apartando la mirada—. Ya, tú no te enteraste. Ocurrió en otoño, el 13 de octubre.

Seguí mirándola fijamente, con los ojos muy abiertos. La escuchaba pronunciar sin dificultad esas palabras, mientras apagaba un cigarrillo sobre el alféizar. Se había vuelto fumadora.

—Quería escribírtelo —prosiguió—, pero hay cosas que no se dicen bien por carta... Necesitaba hablarlo, y temía que tu correspondencia la leyeran otras personas. ¿Te acuerdas de que, en esa época, estuve varias semanas sin escribirte?

Asentí con la cabeza.

—Tú me pedías noticias, estabas preocupada, y a mí se me amontonaban tus cartas. No podía seguir escribiendo como antes, aunque nada hubiera cambiado en realidad. Después te dije: perdóname, han ocurrido cosas importantes... ¿Te acuerdas?

Yo volví a asentir.

—Pues era eso.

Mientras, dentro de mí crecía un amargo rencor contra ella por ese silencio. Durante largos meses, yo había seguido escribiéndome con un personaje que ya no existía. Ese engaño me hacía daño. No juzgaba su conducta, solo su falta de sinceridad conmigo. Además, desde muy jóvenes, nos habíamos jurado que, en cuanto una de nosotras se casara, le contaría a la otra todos los detalles de la primera noche de amor. Presentía que Fulvia no me contaría nada. Si le recordara el juramento, tal vez se reiría, tildándome de infantil. Recordé la alta silueta de Dario cuando nos esperaba en la esquina de la plaza, su paso indolente, y pensé que era el único responsable de la traición de Fulvia.

Ella se me acercó y me atrajo hacia la ventana. En la penumbra incipiente, se distinguía aún la ventana de Dario y su escritorio desierto. Se entreveía la blancura de una cama al fondo de la habitación, y una chaqueta sobre el respaldo de una silla. Esos signos de la vida cotidiana de un hombre nos parecían misteriosos, indescifrables.

—Ocurrió aquí —dijo—, una tarde que mi madre se había ido al teatro.

Tuve el impulso de volverme y mirar en derredor. Igual no me

había dado cuenta, al entrar, atenta como estaba a verla como siempre en mi recuerdo. Pero seguramente debía de haber cambiado algo, era imposible que eso hubiera ocurrido entre los viejos baúles, en esa misma habitación en la que había conocido a Fulvia, cuando éramos niñas. «Soy Gloria Swanson», me había dicho, recogiéndose el cabello sobre los ojos pintados de negro. «Ha sido aquí —pensé—, justo aquí.»

—Cuéntame —murmuré.

Fulvia empezó a hablar, mirando la ventana de enfrente con una mezcla de amor y de rencor. Dijo que se había resistido todo el verano.

—Pero era una resistencia terca, puramente formal: en mi imaginación, hacía tiempo que había cedido. Mi lucha era más conmigo misma que con él. Él lo entendía, y asistía a la lucha sin tomar partido, sabía que yo era su mejor aliada. Me dejó sola en esa terrible batalla. Nos veíamos todos los días, dos veces al día, y entre ambos había siempre un rencor que yo sentía que me perjudicaba, porque no sabía cuánto aguantarían mis buenos propósitos. Temía que mi resistencia respondiera solo a una convención social: habría cedido encantada si me hubiera prometido casarse conmigo. Pero él no me decía nada, a veces ni siquiera me abrazaba. O, si se dejaba llevar y me besaba o me acariciaba el brazo, luego me pedía perdón. Me irritaba la sonrisa irónica que descubría de tanto en tanto en sus labios, una sonrisita de compasión a la que no me tenía acostumbrada. Esa sonrisa era la única trampa que me tendía. Por lo demás, se había vuelto dócil, dulce, siempre dispuesto a acudir cuando lo llamaba. Ante su cariño generoso, yo me sentía un ser indigno y calculador, poseído por una avaricia sórdida y tenaz. Sobre todo me parecía estar interpretando un papel: fingía estar atormentada por el pecado que me disponía a cometer, pero lo hacía solo por respetar una tradición que me daba seguridad. Cuando tuve la certeza de que ese temor al pecado era ficticio, que yo, en realidad, estaba ansiosa por cometerlo, entonces...

—¿Entonces qué?

—Le dije: «Mi madre se va al teatro esta tarde, vente un rato a

mi casa, solo un rato, ¿entendido?». También en ese momento mentía, quería que él insistiera, que fuera él quien me forzara, quien me obligara...

—¿Y qué hizo?

—Dijo: «Está bien».

—Y... ¿cuando subió?

Fulvia calló un momento y luego murmuró:

—Temblaba.

Después de esa palabra, las dos nos volvimos con ternura hacia la ventana, acariciándola con la mirada. Recordaba el día en que Lydia me había dicho: «Ven a conocer a mi hija». Me había acercado tímidamente al mundo desconocido que Fulvia representaba para mí, sentía que empezaba una época nueva, y que ese encuentro sería una experiencia de graves consecuencias para mí. Mis juegos y mis confidencias eran un fiel reflejo de mi carácter, era peligroso compartirlos con alguien. Por eso temblaba. También Dario temblaba. Al entrar en esa habitación, había corrido un riesgo. Yo esperaba que nuestros juegos fueran más fuertes, y que él saliera derrotado, humillado.

—Nos veíamos con frecuencia —prosiguió Fulvia—, cada vez que mi madre salía por las tardes.

La palabra *verse* había adquirido para ella otro significado, y yo me sonrojaba al pensar que me convertía en su cómplice por reconocer el sentido oculto de esa palabra.

—Durante meses, no pasó nada. Empecé a tener miedo cuando volvieron a llamar a filas a Dario. No podía creerlo, era injusto que algo que habíamos hecho tan a la ligera, como chiquillos, pudiera tener las mismas consecuencias que un matrimonio celebrado en una iglesia, con el visto bueno de los padres, del cura y de todos. Se me hacía imposible precisamente porque estábamos acostumbrados a vernos aquí, en esta habitación: parecía una de las muchas cosas que hacíamos o decíamos a escondidas de mi madre y de la tuya. ¿Me entiendes?

—Claro.

—También me rebelaba ante la partida de Dario. Era tan injusto como la presencia de ese ser desconocido que se imponía

dentro de mí. No habíamos querido a ese niño como tampoco habíamos querido la guerra. Yo no le contaba a Dario mis dudas porque me parecían vergonzosas, humillantes, como esas artimañas a las que recurren las mujeres cuando un hombre está a punto de abandonarlas. Y tampoco él era sincero. Me decía: «Ya verás como vuelvo pronto, ¿de qué les sirve en la guerra un miope como yo?». Nos reíamos y nos íbamos de excursión al campo. Yo me tumbaba en la hierba, apoyaba la cabeza en su regazo y él me acariciaba el pelo. Nos habíamos acostumbrado a hablar de política, como entre hombres. Sí, leer el periódico y hablar de política eran nuestras palabras de amor. De vuelta en la ciudad, yo leía su nombre en las listas de reclutamiento pegadas en las paredes; lo seguía con el dedo, en la letra «C»: «Clerici Dario». Esas listas estaban en todas las calles por las que pasábamos. Clerici Dario estaba identificado en todas partes, seguido y vigilado, no podría escapar. Esas listas me dejaban sin respiración. No podía pensar en nada que no fuera esa duda terrible, esa ineluctable presencia que anidaba dentro de mí, semejante a un pulpo monstruoso que me apretaba, que me asfixiaba; semejante a la guerra. Dario se despedía de mí en el portal. «Hasta luego, Fulvia.» A veces yo le decía con indiferencia: «Pásate luego un rato, más tarde», y él me contestaba: «Bueno». Un día me dijo: «Tengo que unirme a filas mañana». Oh, Alessandra, tú no lo entiendes, no puedes entenderlo...

Era la primera vez que me decía algo así.

—Esos días —prosiguió—, pensé muchas veces en matarme. Pensé en arrojarme al Tíber. Miraba el agua y pensaba que sería fácil encerrarse dentro, sería como quedarse dormida bajo una suave manta. Pensaba también en tu madre, era como si me llamase, como si me dijera: «Ven, Fulvia, se está bien aquí abajo». Me veía saltando desde el parapeto, veía mi cuerpo sumergirse y desaparecer. Pero me quedaba inmóvil, pegada al parapeto, y no era por miedo. Tú lo sabes, no soy una cobarde; pero sentía que pertenecía a la tierra y a mi angustia, que debía saborearla bocado a bocado. Me parecía no poder escapar a la ley del dolor, igual que había obedecido de buen grado a esa otra ley, inherente a los que se aman. ¿Lo entiendes?

—Sí —dije.

—Después Dario fue declarado no apto, y mis dudas se disiparon. Qué alivio. Fueron días terribles... Ahora estamos tranquilos, hemos vuelto a discutir.

Guardamos silencio. Ella me apoyó una mano en el hombro.

—¿Sigues de luto? —me preguntó tocando mi ropa negra—. Cómprate un vestido claro, y córtate el pelo. Deberías tratar de...

—No —contesté bruscamente.

Luego la abracé, pues tenía miedo de haberla ofendido. Me puse a contarle del viaje y de mi regreso, pero era difícil volver a charlar ahora que ella estaba tan cambiada, en esa habitación que también había cambiado. Traté de amoldarme dócilmente. Le dije que tenía ganas de ver a Lydia, que me quedaría un poco más, aunque ya era tarde.

—Mi madre no vuelve a cenar —dijo ella algo incómoda—, cenará fuera.

Tras una pausa, añadió:

—Se va al teatro.

—Ah.

Nos quedamos calladas. Nos teníamos afecto, un afecto difícil y profundo.

—Entonces me voy ya —le dije—, mañana te llamo.

Bajé la escalera, despacio, en la penumbra, mientras veía a mi madre bajar deprisa, con su vestido azul, al encuentro de Hervey.

Los primeros días, me fue difícil acostumbrarme a vivir en la casa del muelle Flaminio. Mi cuarto era pequeño y estaba amueblado de cualquier manera, según el criterio utilitario de mi padre y de Sista. En un rincón había maletas y baúles amontonados, cubiertos por una tela basta y lúgubre llena de manchas. El pasillo y el baño, muy claros, y la moderna cocina contrastaban con el tono apagado del mobiliario, que, viniendo de la vasta austeridad de la casa de los Abruzos, desentonaba ya incluso en el apartamento de la calle Paolo Emilio. No conseguía encontrar un solo rincón acogedor. Mi cuarto tenía un pequeño balcón de escayola, semejante a una bañera. Las personas que se veían en el patio no tenían el aspecto

agradable de los vecinos de mi antiguo edificio. «No puedes asomarte», decía Sista, meneando la cabeza, pues, más de una vez, alguno había bajado la persiana verde para defenderse de su curiosidad. Cuando ella se asomaba al patio, recorría con la mirada los muros blancos y las persianas bajadas, y, suspirando, decía que la guerra le había cambiado el humor a la gente. Mi padre nos obligaba, primero a Sista y después a mí, a guardar largas horas de cola para comprar una variedad de fruta o de verdura que, en tiempos de paz, no le gustaba siquiera. Yo lo complacía sin rechistar, y esa nueva docilidad mía le gustó, no sospechaba que fuese más peligrosa que la rebeldía. A decir verdad, mi padre ya no me suscitaba rebeldía alguna, solo indiferencia y fastidio.

No tardé en darme cuenta de que soportar esa convivencia era más difícil de lo que había imaginado. Mi padre me mostraba una desconfianza continua, escondía cuidadosamente el dinero y me lo racionaba tanto que no me llegaba para comprarme medias ni para tomar el tranvía. Solo estaba contento cuando me veía ocupada en las tareas domésticas. «¿Qué hay de bueno?», me preguntaba. Si volvía a casa con un paquete de jamón o de anchoas, lo dejaba sobre la mesa, entre los dos, e insistía en ofrecerme para que no sobrara nada para Sista.

—Pues solo faltaba —decía—, jamón a la criada, con los tiempos que corren.

Cada día, el abismo que nos separaba se hacía más profundo. Yo pasaba mucho tiempo en mi cuarto, como si viviera en una pensión. Mi padre se iba a casa de los vecinos del primero y nunca me proponía acompañarlo.

En el nuevo edificio, todos me miraban al pasar, mi forma de vestir despertaba su curiosidad. Yo iba siempre de negro, aunque hubiera terminado el luto. Calzaba pesados zapatos negros, comprados en los Abruzos, y llevaba el cabello recogido en un moño. Cuando bajaba velozmente la escalera, con mi vestido largo, las chicas se volvían para mirarme. Ellas iban bien peinadas y maquilladas, se reían a mis espaldas y cuchicheaban alegremente.

—Señorita, ¿por qué no se pone los vestidos de la señora? —me dijo un día Sista, poco antes de abandonar nuestra casa.

Estaba segura de que, mientras ella estuviera allí, no me los pondría. Estaban todos guardados en un baúl. «Quería venderlos», me explicó Sista. Teníamos la costumbre de no aludir nunca directamente a mi padre.

Solo había unos cuantos, grises, negros y color avena. Elegí uno negro y cogí también la gabardina, que había aparecido en la orilla. En el baúl encontré también un paquete alargado envuelto en papel de seda.

—¿Qué es esto? —le pregunté a Sista.

—El vestido azul del concierto.

Hubo un largo silencio. Volví a oír el sonido decidido y vibrante del piano. Escuchaba a mi madre tocar y le sonreía, acariciando el papel blanco, que respondía con un gemido estridente.

—¿No sabes nada de él? —pregunté con un hilo de voz.

—No —contestó Sista—. Nada. Solo... Bueno: yo iba a menudo al cementerio a llevar flores, pero en los jarrones siempre había flores frescas, las flores silvestres que le gustaban a la señora. El guarda me dijo que las traía siempre el señor alto y apuesto: «el marido», decía.

Llevamos ambas las manos al papel de seda. No podía quitarme de la cabeza el tono alegre de *Murmullos de primavera*, esas notas impetuosas que sonaban como risas.

—No hay que volver al cementerio, Sista.

—No. Según la señora Lydia, es probable que no vuelva si se encuentra a alguien allí. Hay que dejarlos solos, me dijo.

—Sí —repetí yo—, hay que dejarlos solos.

—Por eso prefiero marcharme. No es por la guerra: le he dicho eso porque hay muchas cosas que no puedo explicarle. De algo hay que morir, y dicen que, en un bombardeo, no da tiempo a sentir nada. Me marcho porque no puedo más, bastante me ha costado ya esperarla a usted.

La acompañé al tren una mañana, al amanecer. «Me da miedo marearme», decía para disfrazar su inquietud. Yo sabía que en Cerdeña no la aguardaba nada. Sus padres habían muerto, se iba de criada a casa de un hermano. Pero no quería quedarse conmigo,

no soportaba verme andar: «Me impresiona —le había dicho a Lydia—, me parece ver a la señora». Amaneció nublado, la estación aún estaba oscura. En silencio, esperamos a que saliera el tren, como habíamos esperado a mi madre, perdidas en el crepúsculo y en el temor.

—La señora... —dijo Sista, cuando el tren arrancó—. ¡He robado todas sus fotografías!

Me quedé, pues, sola. Me acostumbré a estudiar en la cocina. Mientras la olla hervía al fuego, el borboteo del agua y la llama violeta del gas me hacían compañía. Mi padre estaba contento porque ahorraba luz. Nunca estuve tan sola como entonces.

Al poco de mi llegada, Claudio se marchó a la academia de infantería de Milán. Viví su partida como un alivio, casi, una liberación. En esos días, no había hecho otra cosa más que esperar el momento de verme, y si yo me entretenía estudiando o me iba a visitar a Fulvia, me parecía cometer una crueldad. Alguna vez le permitía acompañarme, él disfrutaba de estar conmigo. Cuando me miraba, estaba casi guapo, los sentimientos más nobles se reflejaban en su rostro. Me parecía que debía morir en esos instantes, pues ya no tenía nada más que esperar de la vida.

—Mañana me marcho —me dijo una tarde—. Dentro de veinticuatro horas.

Parecía tranquilo; el sufrimiento lo llenaba todo, no dejaba espacio a la desesperación.

—Si no estás cansada, me gustaría pedirte que volvamos a esa avenida, en Monte Mario, donde comprendí por primera vez que estaba enamorado de ti.

Accedí. Me imaginé que quería volver al inicio de su tierna sumisión, para encontrar la fuerza necesaria para aceptar la nueva que lo aguardaba. Allí habíamos hablado de Antonio, y él se había mostrado despectivo, nada comprensivo, lo había acusado de cobardía. Había dicho que era más cobarde rebelarse que aceptar todas las cosas dolorosas que nos impone la vida.

Me apoyaba en su brazo, y se entregaba todo él, con devoción, a ofrecerme apoyo. Me parecía que era yo quien sufría el atropello que le hacían a él al obligarlo a marcharse. Ya no podía

seguir haciendo caso omiso de la guerra, si esta alcanzaba a mis compañeros de infancia, a mi mejor amigo.

Mis compañeros no hablaban nunca de la posibilidad de ir al frente, o lo hacían con despreocupación, bromeando; pero, como los jóvenes campesinos de los Abruzos, ya no encaraban la vida con ganas. Se levantaban tarde, pasaban horas en la cama, leyendo y fumando, mientras sus madres y sus hermanas los atendían, solícitas, reconociéndoles el derecho a descansar, a holgazanear. Sentían que pertenecían a la guerra, aguardaban a que esta los llamara, y, cuanto más odio sentían por esa llamada, más inexorable les parecía su deber de esperarla. Quizá fuera esa conciencia lo que los había vuelto huraños desde niños. Ni siquiera el profundo amor que me tenía bastaba para despertar en Claudio un deseo de rebeldía. Las mujeres se rebelan porque la guerra no forma parte de su destino: la abuela pensaba en construir un refugio, la tía Violante, en ocultar a Giuliano, y yo sufría de permanecer ajena a la relación misteriosa y despiadada entre Claudio y la orden recibida, entre Claudio y su posibilidad de morir.

Como la víspera de mi marcha a los Abruzos, me suplicaba que le escribiera. Hasta pocos días antes, su última carta llevaba la firma de «Claudia», una artimaña infantil. «Remite la carta al cadete de infantería Claudio Lori», me pedía ahora, temiendo que pudiera olvidárseme algún dato, y la carta tardara mucho o se extraviara. El cadete Lori no tenía ya nada en común con el chico al que había conocido en el balcón de Fulvia. Me parecía que olía ya a cuero, como todos los soldados. Me lo imaginaba en posición de firmes, hablando con esa voz inhumana que requiere el uniforme para poder contestar «A sus órdenes», para poder ordenar: «Se le ordena partir de inmediato y hallarse en el frente africano dentro de dieciséis días, donde, a las 00.28, tendrá que morir».

—¡No te vayas! —le pedí con rabia.

Conmovido por mis palabras, me explicó largo y tendido que al día siguiente vencía el plazo concedido para unirse a filas en la academia de infantería de Milán, y, sabiéndome ignorante de todo

lo relacionado con el ejército, añadió sonriendo que él sería uno de los que lucen los fusiles dorados en la gorra. Sin embargo, ese comentario traducía su amargura de no poder presentarse ante mí vestido de uniforme. Esperaba que su aspecto jugara en su favor, que fuera para mí una agradable sorpresa, o que me suscitara, incluso, un sentimiento de amor por él. No sabía que, desde niña, siempre había tenido aversión por los chicos que jugaban a la guerra. En el patio de mi casa había uno que nunca se quitaba el gorro de la infantería ligera. Cuando lo miraba, se pavoneaba ante mí y, disgustado de no suscitar mi envidia ni mi admiración, hacía el gesto de apuntarme con el fusil, diciendo «pum, pum». Era un niño débil y frágil, solía salir a la galería envuelto en un chal, con el gorro de infantería en la cabeza. Mi madre decía que quizá solo se sentía sano y fuerte con ese gorro, lo que lo hacía digno de compasión. «¿Ves? —decía—, la guerra no es una prueba de fuerza, sino de debilidad. Una prueba de miedo —añadía—. Solo el miedo y la debilidad pueden llevar a los hombres a matar a otros hombres que no han hecho nada malo.»

El verdadero peligro de la guerra, en efecto, parecía radicar precisamente en el miedo y la apatía, que, paulatina e inexorablemente, como una niebla densa, se apoderaban de nosotros, quitándonos toda confianza en el futuro. Los más viejos, al menos, podían apoyarse en el pasado, en los recuerdos. En efecto, se afanaban en custodiarlos, como custodiaban celosamente los bienes materiales. Algunos enterraban las joyas y el dinero, sin darse cuenta de que, con ese gesto, condenaban su derecho a disfrutar de ellos. A los jóvenes, dueños solo del futuro, no les quedaba nada.

Miraba a Claudio y, recordando la fotografía del tío Rodolfo que había visto en los Abruzos, traté de imaginármelo con esa actitud bravucona, con los brazos cruzados y un pie apoyado en una roca, pero no lo conseguí, pese a que afrontaban la misma experiencia y lo hacían a la misma edad. El tío Rodolfo me había hablado muchas veces de esa época, y el tono vigoroso de su voz daba fe de que había participado en la guerra como en una exhibición de atrevida exuberancia viril. Cuando, en la penumbra

del despacho, me hablaba de la partida de las tropas, de su paso de marcha, alegre y seguro, de los himnos, de las flores que les arrojaban las mujeres desde las ventanas, de las banderas que restallaban al viento, a mí me parecía oír un sonido marcial de fanfarria, cada vez más cerca, y me ardían los ojos.

Ahora, en cambio, por las noches se oía en la calle un correteo sordo y desordenado. Pasaba un grupo de jóvenes con expresión triste, con sus camisas de verano; llevaban en la mano un paquete o una maleta, y caminaban en silencio detrás de un soldado de uniforme. Al oír ese melancólico ajetreo, la gente se revolvía en la cama, suspirando. Las ventanas permanecían cerradas por discreción. Era de noche cuando los reclutas abandonaban la ciudad, de noche se embarcaban, y de noche zarpaban los barcos de las aguas negras del puerto. Embutidos en sus toscos uniformes, con los pies apretados en las botas, ya ni siquiera les quedaba odio para sostenerse, ni les valía esa instintiva arrogancia masculina que, de niños, los había hecho jugar a la guerra, pues sabían que no podrían medir su valor de hombres con el de otros hombres. Conscientes de la fragilidad del heroísmo humano frente al duro choque de las máquinas y los artefactos, sabían que les esperaba sobre todo el gesto cobarde del hombre que corre a esconderse en un agujero y tiembla, sacudido por las explosiones de las bombas; tiembla, avergonzado de su propia impotencia. Todas las noches, oía ese ruido melancólico de botas. También Fulvia lo oía, porque vivíamos ambas cerca de un cuartel. Los más viejos dormían, pero nosotras no podíamos conciliar el sueño. Eran los pasos de nuestros amigos de infancia, los pasos que habíamos oído en el patio del colegio, los pasos que habían acompañado los nuestros en los paseos de enamorados. Hasta que se alejaban, y ya no se oía nada. Al alba, del paso de los reclutas solo quedaba un rastro de colillas y mondas de naranja.

Podía creerse así que no ocurría nada. Roma era una ciudad tranquila. Los aviadores enemigos la descubrían desde lo alto, blanca e inocente, reunida alrededor de la gran cúpula, como si estuviera rezando. Por eso se alejaban enseguida, con respeto. Pero en las plazas ya no se oía el murmullo amigable de las fuentes; la

plaza Navona guardaba silencio, con el gesto aterrado de sus cuatro ríos. En lugar del agradable sonido del agua, se oía la voz arrogante de la radio. De noche, cuando estaba en la cama, atravesaba la débil defensa de las paredes y se colaba en mi habitación. Si dormía, entraba en mis sueños, con el grito desgarrador de las sirenas. Me despertaba empapada en sudor, con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad. «Estos son nuestros mejores años —decía Fulvia—, esto es lo que habíamos esperado: el amor, la juventud... Tenía tantas ganas de cumplir los dieciocho para tener un vestido de noche, de tul rosa con volantes...»

Callados, Claudio y yo subimos la gran avenida cogidos del brazo.

—Está oscureciendo —dijo angustiado—, ya no distingo tu rostro. ¿Cuándo volveré a verte?

Era un lugar desierto, nos apoyamos en un árbol para hablar. Pero, desde la única casa cercana, enseguida nos llegó la voz de la radio. Imitaba engañosa el piar de los pájaros, y luego la voz inexorable empezó a hablar. Claudio pareció no darse cuenta, su mirada trataba de imponerse sobre la penumbra para seguir viendo mi rostro. Él pertenecía ya a esa voz; era como si la voz me mirase con amor, engatusándome.

—Dame un beso —me suplicó.

«Un beso antes de morir», pensé yo, pero la trampa mortal que albergaba en su interior, en su obediencia sumisa, me suscitaba una repugnancia incontenible. Aparté el rostro para sustraerme a la dulce insistencia de sus labios.

«Oh —decía Fulvia—, qué suerte tenían nuestras madres, que podían matarse por amor.»

Siguió un periodo oscuro, un periodo de lucha, hostilidad y desaliento. Me había matriculado en la Facultad de Letras, para disgusto de mi padre. Sin embargo, no se opuso, con la condición de que encontrara un empleo. No sabía a quién acudir, pues no teníamos amistades. Se lo dije a Fulvia y a Dario, y consultaba los anuncios de los periódicos. Me puse a estudiar mecanografía yo sola, con la ayuda de un manual. Me quedaba dormida sobre el

libro, en la cocina, y me despertaba, tarde por la noche, helada.

Me sentía muy cansada porque no estaba acostumbrada a soportar todo el peso de las tareas domésticas y encima mis estudios. Me levantaba al despuntar el día y me acostaba tarde. Nunca había pensado que lavar los platos o barrer el suelo pudiera ser tan pesado. Tampoco lo creía mi padre, pues siempre decía que la casa no estaba limpia y que no cocinaba bien.

Por la tarde salía a buscar trabajo. Cuando me preguntaban qué sabía hacer, me quedaba callada antes de responder: «Podría hacer cualquier cosa...». Querían saber si tenía familia en el frente, apuntaban mis señas y decían que ya me escribirían, pero nadie lo hacía.

Me presenté incluso en una perfumería donde buscaban una «muchacha de buena presencia». Una joven rubia, elegantemente vestida, vino a mi encuentro y me preguntó con fría cortesía qué quería, observando mi vestido negro y mi gabardina. Dije que había ido por el anuncio. Me pidió que aguardara, y me alegré de poder quedarme un poco allí dentro, entre los frascos claros alineados y ese aroma dulce a polvos de maquillaje. Volvió enseguida y me dijo que el puesto ya estaba cubierto. Yo le di las gracias, sin dejar de mirarla, porque era muy guapa. Unos días después, me hice una fotografía para el carné del tranvía y, al verla, comprendí que no debería haber contestado al anuncio.

«¿Alguna novedad?», me preguntaba mi padre todas las tardes, inexorablemente, en cuanto volvía a casa. Lo oía subir la escalera, el ascensor ya no funcionaba por falta de suministro. Con cada peldaño, su paso pesado y sordo se acercaba y, con él, el reconocimiento de mi derrota. Yo temblaba mientras él leía con desprecio los títulos de los libros que estudiaba y hojeaba los apuntes. «Las mujeres que de verdad tienen intención de ganar dinero estudian Obstetricia o se hacen modistas», me dijo una noche.

Estaba tan sola que a veces sentía miedo. Nadie venía a visitarnos, el teléfono no sonaba nunca. Vencida por una crisis de depresión, ni siquiera tenía fuerzas para salir de casa, para cruzar el puente. «No puedo —le decía a Fulvia—, tengo que zurcir, tengo

que planchar.» Lo decía con amargura infantil, como si estuviera castigada. A veces, en cambio, lo dejaba todo de lado y enfilaba la calle Paolo Emilio, donde soplaba un viento frío.

La presencia de Lydia y Fulvia me provocaba una sensación inmediata de bienestar. A ellas siempre las animaba algún propósito que las enardecía. Unas veces, era la tela de un vestido que había que cortar e hilvanar porque tenía que estar listo a toda costa para el día siguiente; otras, era una rifa organizada en favor de una vecina. Mientras se peinaba, Fulvia me preguntaba si había encontrado trabajo. «¡Qué mala suerte!», comentaba, aplicándose el rímel. Lydia hablaba al teléfono con el promotor, escondiéndose detrás de una cortina para que no la oyéramos. Lo mismo hacía Fulvia cuando hablaba con Dario. Luego salían de detrás de la cortina y me lo contaban todo.

Se estaba a gusto en esa calidez femenina, entre la ropa interior tirada aquí y allá, los rulos y los vestidos. Me dejaba caer sobre la cama de matrimonio, como solía hacer mi madre. «Descansa», decía Lydia, poniéndome en las manos la botella de agua caliente.

Un día, Fulvia me llamó por teléfono.

—Ven enseguida —me dijo.

—¿Ha pasado algo malo?

—No. Es algo bueno. Ven.

Y, sin esperar mi respuesta, se despidió y colgó.

Llegué jadeante, pues había subido los escalones de dos en dos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté nada más entrar, quitándome la gabardina.

—Adivina... —contestó Lydia.

—Se lo cuento yo —la interrumpió Fulvia.

—¿Por qué tú? No, se lo cuento yo.

Tras una pausa, que sirvió para nimbar la noticia de tensión, Lydia anunció:

—Te ha encontrado él un empleo.

«Él» era el promotor. Se trataba de un empleo modesto, por ahora, en la administración de su empresa, pero había que mirar al

futuro, decían, y, quizá, al cabo de no mucho tiempo podría sustituir a una secretaria que se cambiaba de ciudad porque se casaba.

—Espero que no se te ocurra presentarte con ese vestido —me dijo Fulvia.

Nos sentamos en la cama y estuvimos un rato alabando las virtudes de mi benefactor.

Lydia dijo con modestia:

—Creedme, es alguien muy distinguido.

Me enteré de que era ingeniero y se llamaba Mantovani. Lydia me rogó discreción, no por protegerse a sí misma, explicaba, pues el señor Celanti ya vivía él solo en Milán, sino porque el ingeniero estaba en una posición delicada, y su mujer sufría del corazón.

—¡No quisiera tener ese peso en la conciencia! —suspiraba Lydia, pestañeando con dramatismo.

El ingeniero era un hombre bien entrado en los sesenta, turinés, afable y resuelto. Lydia me llamó enseguida por teléfono y, con lisonjera condescendencia, me contó que le había causado buena impresión: «Ha dicho que eres alguien especial». Pensé que era por el viejo traje de chaqueta de mi madre, que por fin me había decidido a ponerme. Suspiré aliviada, pues había perdido la confianza tras el fiasco de la perfumería.

De primeras, el episodio me había dejado indiferente, pero después había empezado a pensar en ello de vez en cuando, en parte porque solía pasar por delante del gran escaparate, en la calle del Corso; era una de las perfumerías de más renombre de toda la ciudad. En su interior había siempre clientes elegantes, y las empleadas podrían haber estado a su altura, de no haber sido porque exhibían unos modales refinados en exceso que resultaban afectados e impostados. La luna del escaparate reflejaba mi rostro áspero y mi delgada silueta, ceñida en la larga gabardina. Detrás de mí se veía el asfalto gris de la calzada, la gente que pasaba deprisa, absorta en sus pensamientos, chicas que volvían del trabajo, otras chicas como yo que no encontraban empleo y cuyos padres les preguntaban «¿Alguna novedad?» para oírlas contestar que no, mientras pelaban patatas y se escaldaban los dedos. Me

quedaba mirando a las señoras que, sentadas en el interior, elegían indecisas el color del pintalabios. Un hastío incontenible me embargaba: me habría gustado romper la luna de una pedrada. Trataba de justificar mi resentimiento atribuyéndolo a una rebeldía contra las injusticias de la sociedad, pero en realidad era solo envidia, celos. Pensaba que quizá esas señoras fueran mediocres y estúpidas, con intereses superficiales. Pero esas consideraciones, que les arrojaba con violencia, como insultos, no alcanzaban a mermar el poder de su belleza. En esos momentos, sentía que habría renunciado incluso a la memoria de mi madre para parecerme a una de esas señoras.

Humillada, me apartaba del escaparate. Imaginaba lo feliz que debían de sentirse los hombres que se citaban con ellas. La alegría que mi presencia había suscitado en la mirada de Claudio empequeñecía hasta desvanecerse por completo. Recibía largas cartas suyas, pero, como ya he mencionado, no escribía bien: se eternizaba hablándome del curso y de la vida militar. Mis días eran un túnel oscuro. «Ninguna novedad», respondía a mi padre. Pelar patatas, lavar la ropa, reflejarme en el agua sucia de la colada, parecía que nada de eso fuera suficiente para compensar el espacio que ocupaba para dormir y la escasa comida que consumía. «No puedes seguir así, sin hacer nada», me decía mi padre.

Le alegró saber que me habían contratado en la empresa de Mantovani. Sin embargo, su aparente satisfacción ocultaba en realidad la decepción de no poder seguir humillándome cada noche, cuando volvía a casa. Tras mi primer día de trabajo, me preguntó: «¿Qué tal?», y recibió mi respuesta con un comentario condescendiente y una sonrisita de compasión por la empresa Mantovani, que tenía que contentarse con una empleada como yo.

Yo le permitía atacarme sin intentar defenderme siquiera. Seguía avanzando por el túnel oscuro e interminable de mis días. Así transcurrió ese triste periodo de mi vida, que duró más de dos años. La naturaleza de mi trabajo no suscitaba mi interés, ni tampoco me eran simpáticos mis compañeros. Como mi padre, casi todos se proponían trabajar lo menos posible, considerando que, para justificar su sueldo, bastaba con que consintieran en

permanecer encerrados entre esas cuatro paredes desde las ocho hasta las dos en punto. En cuanto oían el primer toque de la campanilla, se precipitaban al exterior, con una expresión de revancha en la mirada. No me gustaba mi trabajo, pero prefería hacer cuentas o escribir a máquina antes que charlar con mis compañeros, que no me interesaban lo más mínimo. Con la ayuda de un infiernillo, estos se las ingeniaban para preparar un pésimo té, solo porque el director les había pedido que no malgastaran electricidad. Escondían luego el infiernillo, cambiándose bromas sin gracia y contando chistes de política o incluso procaces. Les molestaba el repiqueteo incesante de mi máquina de escribir. Era frecuente que, al término de la jornada, yo siguiera concentrada en el libro de cuentas, debatiéndome con esas cifras hostiles que se me resistían. Ellos, que tenían mentalidad de escolares, me cogieron manía, como a la primera de la clase.

El contable desconfiaba de mí y revisaba todas mis cuentas. Como en mi padre, descubría en él una ligera irritación cuando me felicitaba. Pero me daba cuenta de que se comportaba de igual modo con mis compañeras que más destacaban. Los hombres consideraban con cierta desconfianza el trabajo de las mujeres. Siempre estaban esperando que nos equivocáramos, para tener ocasión de perdonarnos un error. El contable recorría el pasillo, mientras la cajera cuadraba las cuentas. Ella lo oía pasear arriba y abajo, al otro lado de la puerta, y ese paso monótono la ponía tan nerviosa que los números se confundían e iban a parar a otras casillas. El contable pensaba tal vez que bastaba con recorrer el pasillo veinte veces más para que la cajera se rindiera y pidiera ayuda: «No me cuadran las cuentas, señor contable». Un día, acudimos tres o cuatro en su auxilio, todas mujeres. Se llevaba las manos a la frente, nerviosa. Era una mujer madura, madre de tres hijos. La ayudamos, yo me presté incluso a prepararle un café con el odioso infiernillo. «Cálmese —le decíamos—, tranquila, no se agobie.» Estábamos todas detrás de ella cuando el contable abrió la puerta, al cabo de las idas y venidas que juzgó convenientes.

—¿Y bien, señora? —preguntó.

Estábamos pálidas.

—Todo en orden, señor contable.

No, no había mucha justicia para las pobres chicas que trabajaban conmigo. Igual no siempre eran muy simpáticas, ni de apariencia agradable. Algunas eran desaliñadas, se pintaban las uñas y dejaban que el esmalte se fuera descascarillando, o llevaban el pelo teñido, y las raíces negras las delataban. A veces se ponían nerviosas, porque, como muchas de mis compañeras de universidad, aún no se habían decidido del todo entre hacer carrera de verdad en el trabajo o encontrar marido, y esta incertidumbre se manifestaba en su manera de hacer las cosas. «Usted, que es tan puntual, fiche por mí, señorita», decían los hombres. Ellas nunca se negaban, estaban contentas de complacer a los hombres, como habían hecho sus madres y sus abuelas.

Se levantaban con las primeras luces del día y apenas se lavaban, porque a nadie le apetece lavarse con agua fría en invierno, pero calentaban el agua para los hombres; ordenaban su habitación y, después de prepararles el desayuno al padre o a los hermanos, o de llevar al colegio a las hermanas pequeñas, se apresuraban a subirse al tranvía, atestado de gente. A veces tenían que correr para no perderlo. Las mujeres, cuando corren, son todas ridículas, pero no era eso lo que más temían, sino ser impuntuales. Llegaban a la oficina jadeantes, con el tiempo justo de fichar bajo el reloj. Si llegaban tarde, y la puerta se cerraba severamente, se quedaban paradas, incrédulas, ante esa entrada vetada; trataban de tomárselo a broma, pero por dentro temblaban, porque conservaban intacta su timidez de colegialas. Cuando volvía a abrirse la puerta, el bedel declaraba con voz áspera: «Al despacho del contable». Se presentaban ante este, algunas llevaban una bolsa con la compra para el almuerzo. «No olviden que en las oficinas ya hay demasiadas mujeres», decía el contable. Yo llegaba siempre con las medias mojadas, pues solo tenía un par y nunca daba tiempo a que se secaran del todo en el breve espacio de mi descanso nocturno.

En periodo de exámenes, apenas dormía dos o tres horas. Estudiaba en la cocina porque hacía menos frío, allí flotaba más tiempo el calor de la sopa. Mi padre se acostaba y roncaba. El

sonido regular de su sueño apacible me daba unas ganas incontenibles de dormir. Todas las ventanas del patio estaban apagadas, y respiraba el sueño de los vecinos como un humo denso y soporífero. Las palabras se confundían ante mis ojos, bailaban entre las líneas y se colaban en mis breves sueños, cuando daba cabezadas sin darme cuenta, con los ojos cerrados. A veces eran pesadillas agotadoras: el profesor me preguntaba, y yo no podía responder porque el bedel me besaba en la boca, mientras la puerta se cerraba y no llegaba a tiempo a fichar bajo el reloj, por lo que el profesor me expulsaba de la universidad. Abría los ojos sobresaltada, apenas habían transcurrido unos minutos en el gran reloj de la cocina. Los monótonos ronquidos de mi padre roían la quietud de la noche. Iba al fregadero, me enjuagaba la cara y me ponía de nuevo a estudiar.

Mi padre nunca me preguntaba si estaba cansada. No quiero decir con esto que me tratara mal, pero fingía creer que las tareas domésticas eran mi interés principal. Nunca me preguntaba si me gustaba mi trabajo, solo se molestaba en señalarme los aumentos de sueldo y las perspectivas para los empleados de mi categoría. «Bueno, ¿cómo te ha ido?», quería saber cuando volvía de un examen, frunciendo el ceño y fingiendo una aprensión excesiva. Yo aprobaba fácilmente, con notas bastante buenas. Él se alegraba, y por la noche traía a casa una botella de vino, aunque sabía que yo no bebía. Una vez a la semana, me proponía que saliera con él, y lo acordado era que yo aceptara. Me llevaba a tomar un helado, como cuando era niña. Creo que en esas ocasiones se felicitaba de haber sido siempre muy buen padre, a costa de grandes sacrificios.

Por las mañanas, antes del amanecer, le llevaba una jofaina con agua caliente para afeitarse. A veces tenía que sostenerle delante un espejo, pues ya no veía bien. Si tenía expresión cansada, me comentaba: «¿Qué habrás hecho?». Recelaba de las cartas de Claudio, creo que las leía a escondidas, porque luego me encontraba el cajón desordenado. La desconfianza instintiva que le suscitaban las mujeres había empeorado por mi negativa a casarme con Paolo. A su juicio, eso demostraba una falta tal de sentido común que lo llevaba a suponer que yo albergaba una intención

rastrera. Por eso, husmeaba toda mi jornada, con la esperanza de llegar a descubrirla. Ya lo irritaba bastante que yo fuera a concluir pronto mi diploma universitario, cuando él apenas había llegado a terminar el bachillerato. «Ya no vale la pena tener un título universitario, lo consigue todo el mundo», decía tan tranquilo, dando a entender que si él no lo había obtenido era porque no había querido.

Solo le gustaban las mujeres que se atenían al modelo tradicional, o aquellas a las que se acudía en busca de placer o distracciones. Una vez que estaba enferma con gripe, Lydia vino a visitarme. Me di cuenta de que, al dirigirse a ella, mi padre lo hacía con palabras galantes, ligeramente indecentes y cargadas de sobrentendidos, como la mirada del tío Alfredo. Pese a que nunca había tenido simpatía por mi padre, recibía gustosa sus cumplidos anticuados, y le hablaba con coquetería, quitándose el chaquetón por un repentino sofoco, mientras soltaba ávidas risitas. Al reírse así, se le agitaban los pesados senos. «La suya era una generación distinta a la actual —le decía—, ustedes sabían cómo tratar a las mujeres. —Y, con un suspiro, añadía—: Los hombres del sur, además...» El capitán era del sur. A causa del oscurecimiento, mi padre decidió acompañarla a casa. Ella declinó su ofrecimiento, pero en el fondo le halagaba su galantería.

Nos quedamos solas mientras mi padre se ponía el gabán.

—Estoy preocupada por Fulvia —me susurró—, deberías convencerla de que hable con Dario, de que tome ella la iniciativa. Tenéis más de veinte años. Tú también, pobrecita mía...

Se despidieron y me quedé sola en casa. La risa de Lydia seguía resonando en la escalera, fingía que le daba miedo bajar a oscuras, mientras mi padre la alumbraba con su linterna. Esa noche, su risa me hizo comprender que ya no era una mujer joven.

La última carta de Claudio me llegó cuando Dario ya se había enterado por su familia de que lo habían hecho prisionero. Él y Fulvia vinieron a darme la noticia y me llamaron desde debajo de mi ventana. Apenas pude oírlos, porque por el muelle pasaba en ese momento una columna militar. Se había convertido en algo

frecuente, al pasar hacían mucho ruido.

Fulvia me indicó con un gesto que bajara. No quería subir ella para no coincidir con mi padre.

Bajé y me reuní con ellos en medio del polvo y el estruendo.

—Tenemos una mala noticia —empezó diciendo Dario—: Claudio...

—No es grave —lo interrumpió Fulvia al verme palidecer—, no es grave: lo han hecho prisionero.

La carta que recibí, pocos días después, traducía su desánimo, pero se lo notaba resignado. En esa amarga resignación, presentí una nueva obediencia, una nueva humillación. «Quizá esta sea la última carta que te escribo», decía. En Monte Mario me había dicho: «Es la última vez que te veo». Con solo veintidós años, muchas cosas habían sido ya las últimas para él.

Todas las noches, la radio transmitía los nombres de algunos prisioneros, para tranquilizar a las familias. El frío, la oscuridad, la pobreza y el miedo encerraban a los ciudadanos tras las paredes de sus casas, como estaban presos los demás tras las alambradas. Y la radio, que hasta entonces había sido la voz inexorable de la guerra que los separaba, era ahora lo único que los mantenía unidos.

La radio transmitía pocos nombres cada vez, unos diez o doce.

Entre un nombre y otro, se extendía una pausa de silencio. Era un silencio de una naturaleza nueva, angustiosa y terrible, en el que creía uno oír la lenta respiración del mar. Una pausa que dibujaba la desierta tierra africana en el vacío negro de la noche insidiosa. En ese vacío, surgía el frágil nombre de un hombre y vibraba un instante, pronto borrado por otra larga pausa. La casa parecía habitada por esos nombres sin rostro que se agazapaban en los rincones, como los espíritus después de las visitas de Ottavia.

Aún no habían dicho nunca el nombre de Claudio. Cada noche, después del último nombre, volvía a formarse entre nosotros el vacío. «Quizá mañana», pensaba yo en voz alta. «¿Por qué te entristeces, si no quieres casarte con él?», me preguntaba mi padre. En esos momentos, no tenía fuerzas ni para enfadarme con él. «Intenta entenderlo, papá —le decía—, es mi mejor amigo.» Esas noches, ni siquiera mi padre se atrevía a hablarme con

aspereza, los nombres lo intimidaban, lo llenaban de un respeto melancólico. «Cuando yo era joven —me contestaba—, las chicas no tenían amigos.» Imaginaba que era cierto, y sentía una benévola compasión por él, por la crudeza que siempre había caracterizado su relación con las mujeres. Mientras, él me observaba, con una mezcla de curiosidad y recelo.

Sentí muchas veces esa mirada sobre mí, también por parte de mis compañeros de universidad. Solo asistía a clase por las tardes, pues por las mañanas iba a la oficina, donde había ascendido ya a secretaria. Me compré ropa nueva: una chaqueta gris y una falda plisada. Fulvia me criticaba porque elegía un estilo anticuado y llevaba la ropa demasiado larga. También me corté el pelo, pero lo tenía demasiado fino, por lo que me caía liso y sin gracia a ambos lados de la cara. Fulvia meneaba la cabeza, aunque Lydia decía: «A mí me gusta. Es su estilo, y era el de Eleonora. También ella parecía vestir la ropa de una mujer muerta hace muchos años».

Esas palabras, pronunciadas a la ligera, me causaron una honda impresión. Le rogué a Fulvia que me dejara probarme un vestido suyo.

—No, tienes razón —reconoció ella misma—. Mejor quítatelo.

Volví a ponerme la camiseta de cuello alto y la falda larga, pero seguí mirando el vestido de Fulvia, de flores rojas y blancas. Ese vestido me tentaba, me habría gustado ser una chica rolliza y sonriente, con el cabello ondulado y los labios carnosos, como ella. Con esos vestidos y esas facciones me parecía fácil adaptarse a la vida y disfrutarla.

—No —decía Fulvia, cerrando el armario—, tú no puedes vestir así.

Nos veíamos cada vez menos. Ahora su vida dependía de los horarios y del humor de Dario.

Por eso, los domingos me había acostumbrado a salir con un grupo de estudiantes. Eran de provincias en su mayoría, y vivían en cuartos amueblados, lejos de la vida en el centro de la ciudad, con cuyas casas y costumbres apenas tenían contacto, no conseguían formar parte de ello. Yo me sentía bien en su compañía, su incertidumbre era también la mía. Como no teníamos

dinero, pasábamos el rato en Villa Borghese o paseábamos por Appia Antica. Los domingos por la mañana, íbamos a visitar museos. Algunos de esos jóvenes me acompañaban a casa en tranvía y me llevaban los libros. Todos creían que era mayor que ellos y se maravillaban al enterarse de que aún no había cumplido los veinte. Me tenían tanta confianza que, una vez, uno de ellos llegó incluso a pedirme prestado algo de dinero. Era una cantidad ridícula, la tenía en el monedero y se la di.

—Perdona —me dijo—, no me atrevería a pedírselo a ninguna otra mujer.

Cuando nos separamos, se subió al tranvía en marcha y me tiró un beso. Yo volví a casa andando porque me había quedado sin dinero. Mientras andaba, me imaginaba que iba al encuentro del tío Rodolfo. «Estás cansada —me decía—, no quiero que te agotes así.» Paraba un coche de caballos y me llevaba a cenar a una taberna, llena de luces alegres y música bonita, y me compraba una flor para ponérmela en el vestido.

Lo llamaba, pero él no venía, y yo sola no sabía salir del túnel oscuro. En esa oscuridad, dejaba a veces que alguno de mis compañeros me acompañara un trecho; me dejaba besar, incluso, en el bulevar de Valle Giulia. Una vez me dejé besar en un refugio, durante una alerta aérea. Pero eran besos ásperos, con sabor a tabaco barato, me sentía como un hombre que aceptaba el beso de otro hombre. «No me llames por teléfono —les decía, tuteándolos con gran esfuerzo—, a mi padre no le gusta.» Cuando volvía a casa, sentía un gran alivio al verlo, le estaba agradecida por la defensa que representaba para mí, sin él saberlo.

«Es tarde», me decía sin reproche. Desde que la enfermedad de la vista lo obligaba a quedarse en casa, había empezado a perder su cortante seguridad en sí mismo. Durante un tiempo, había conseguido ocultar su minusvalía. Había consultado con un oculista sin decirme nada, y llevaba siempre gafas oscuras. Un día le ofrecí una taza de café y no la vio. «Papá», le dije para avisarlo. Él se sonrojó y alargó la mano con un gesto inseguro, murmurando: «Ya no veo muy bien...». Poco tiempo después, no tuvo más remedio que revelarme el escondite donde guardaba el

dinero.

No tardó en volverse un hombre triste, aunque la enfermedad había sido beneficiosa para su carácter. No se le agrió, como suele ocurrir en estos casos. No quiso tampoco probar a operarse, porque le habían dado pocas esperanzas al respecto. «Quizá más adelante —decía—, cuando ya no vea nada en absoluto. Todavía veo algo —aseguraba—, lo veo todo como detrás de un velo blanco. —Y más adelante—: Todavía veo sombras.»

Ni siquiera mi presencia lo consolaba. Yo no lo quería y, por lo demás, si echaba la vista atrás a mis primeros recuerdos, me daba cuenta de que él nunca me había querido como había querido a mi hermano. Al parecer, cuando yo nací, él recorría nervioso los pasillos de la clínica. «¡¿Una niña?!», exclamó. Se puso el sombrero, disgustado, y fue a sentarse a un café. Mi madre lloró, y después me contó que yo también lloraba lastimeramente, casi como si intuyera que había venido al mundo sin ser muy deseada.

Cuando yo era niña, mi padre mencionaba con frecuencia ese episodio. Quizá, como todos los adultos, no pensaba que pudiera hacerme daño. Lo contaba riendo, y luego me hacía una caricia en la mejilla. Pero ese gesto me humillaba, pues leía en él una mezcla de indulgencia y de perdón.

Había tenido que pedirse ya la baja laboral. A fin de mes, le entregaba su sueldo y el mío, no para que siguiera teniendo la impresión de ser el cabeza de familia, sino para que fuera consciente, pues distinguía perfectamente los billetes, de que ganaba mucho más que él. Y tanto que era consciente, pues decía: «Qué bien pagan ahora a las mujeres». Enseguida se corregía, añadiendo que era a causa de la guerra. «¿No es así?», me preguntaba. Yo no le contestaba. «¿O es que acaso pretendes que una mujer gane lo mismo que un hombre? —decía con un gesto de desdén—. Ya veréis cuando termine la guerra.» «Sí, veremos entonces», le contestaba yo.

Mi tranquilidad lo exasperaba. Me esforzaba en mostrarme cada vez más obediente y servicial, anticipándome a sus deseos. Me olvidaba de mí misma, contentándome con mis obligaciones. El trabajo, los estudios, las tareas domésticas y los cuidados a mi

padre me agotaban, pues, aunque era resistente, no era muy fuerte. Estaba exhausta cuando me iba a la cama por la noche. Él se iba debilitando más y más, y llegaba a preguntarme:

—¿Estás cansada, Alessandra?

—No, no lo estoy —respondía para perpetuar el enfrentamiento que manteníamos desde que yo era niña y del que salía siempre victoriosa.

La señal de su derrota se puso de manifiesto una noche. Estábamos sentados a la mesa, después de la cena.

—¿Quieres que te lea el periódico? —le pregunté.

—No —me contestó—, ya no quiero saber cómo van las cosas.

Vencida por el cansancio, no me decidía a afrontar el esfuerzo de levantarme, desvestirme y lavarme los dientes, pese a que la dulzura que me prometía el lecho era indescriptible. Había adoptado la costumbre de meter entre las sábanas una botella de vino llena de agua caliente. Era la única presencia afectuosa que me recibía al término de la jornada.

—Oye... —me dijo mi padre.

El tono inhabitual de su voz me preocupó. Era el mismo que había empleado para decir «Nora...» la mañana en que me había marchado a los Abruzos, por lo que intuí que se disponía a hablar de mi madre. Nunca habíamos vuelto a mencionarla, y esa voluntad tácita era uno de los pilares que nos ayudaban a soportar la convivencia.

—¿Tú lo conociste? —me preguntó en voz baja.

Recuperé la respiración y sentí que una sonrisa imperceptible me relajaba el rostro y los labios.

—Sí —contesté—. Claro. Lo veía a menudo.

En su silencio me pareció percibir una clara invitación a hablar. Aunque, como él, apenas lo había entrevisto el día del concierto, empecé a hablar de Hervey, describiendo su apariencia, su voz y sus gestos. En la oscuridad de los ojos de mi padre, esas imágenes pinchaban como agujas. En cuanto callé, sin embargo, me hizo otras preguntas, tímidas primero, y luego cada vez más concretas. Yo respondía lacónicamente, para obligarlo a

interrogarme sobre los más mínimos detalles.

Así fue como nos acostumbramos a hablar de mi madre y de Hervey. Todas las noches, cuando el vecino no subía a hacerle compañía, me presentaba implacable en el cuarto de mi padre y me sentaba frente a él en la oscuridad. El silencio se volvía denso de imágenes. Por fin, él me decía: «¿Y bien?».

Yo empezaba a contar. Cada noche enriquecía con nuevos encantos la mágica figura de Hervey. Mediante el recuerdo de lo que me contaba mi madre y con la ayuda de mis fantasías amorosas, reconstruía la historia de sus encuentros, sus conversaciones y hasta sus miradas. Él nunca se extrañaba de que yo tuviera tanta información. Me escuchaba con una expresión impasible, petrificada. Por sus preguntas, comprendía que no había pensado en otra cosa en todos esos años, incluso cuando parecía ocuparse solo del racionamiento, el dinero y las provisiones. Lo irritaba que mi madre no hubiera consumado el adulterio, combatir un amor solo espiritual era una empresa demasiado ardua para él.

—No necesitaban ser amantes —le dije atravesando su melancólica oscuridad—. Eran mucho más que eso.

Sabía que esas palabras le hacían daño.

—¿Crees que tu madre me odiaba? —me preguntó una vez.

—¡¿Odiarte?! —exclamé.

Me indignaba que se creyera capaz de suscitar semejante sentimiento.

—No, no —respondí en tono conciliador—. Solo sentía compasión por ti.

—Entonces, ¿fue por eso por lo que no se marchó? ¿Por compasión?

—No —contesté decidida a cortar el último vínculo con el que creía tenerla atada—. No se marchó para no separarse de mí.

De repente, en cuanto pronuncié esas palabras, me di cuenta de que en su rostro de piedra había una expresión de alivio. Entonces, la capa de hielo que cubría su rostro pasó a mí y me bajó por la espalda. Sentí miedo de pronto de haber sido yo la responsable de la muerte de mi madre. Sí, yo, con mi amor la

había mantenido atrapada, prisionera, yo la había empujado al río; yo, con mi peso, la había arrastrado al fondo y le había llenado la boca de agua. Ahora mi padre tenía la certeza de que la culpa era mía, pero no dijo nada: quería atarme mediante una repugnante complicidad.

Cuando salía, cruzaba los parques públicos y me paraba a observar a los niños. Algunos eran muy bellos, y todos parecían tener una expresión abierta e inocente. Las madres se sentaban en los bancos y los vigilaban mientras hacían punto, con ovillos de lana azul y rosa. Yo también me sentaba en el banco y llamaba a los niños con la mano. «Ven aquí», insistía, hasta que, vencidos por la amenaza que leían en mi mirada, se acercaban. Les cogía los brazos: eran suaves, lisos y regordetes. «Sí», pensaba, recordando las palabras de la abuela: «Son dulces los hijos. Dulces, suaves e inocentes». Nos mirábamos y yo sonreía, acariciando su tierna carne, me contemplaba en el azul de sus ojos sin culpa. Pero, poco a poco, en su mirada cándida y asombrada veía surgir una fuerza implacable, que nacía precisamente de esa inocencia confiada, de esa fragilidad inerme. En efecto, su seguridad venía de esa carne tierna que nadie podía atreverse a herir, de la incolumidad de la que disfrutaban los débiles, los que necesitan ser protegidos. Las madres devanaban veloces la hebra azul, la hebra rosa, inconscientes de la capacidad que tenían los niños de atar, asfixiar y matar con la ternura traicionera de sus manos regordetas. Mi sola presencia había bastado para matar a mi madre.

Un día, ahogada por el remordimiento, corrí a la calle Paolo Emilio. Lydia me liberó de mi pesadilla.

—¿Qué responsabilidad tienes tú? —me dijo con dureza, para que reaccionara—. No sabes lo que ocurría entre ellos, durante esas noches. Tu madre le suplicaba, se arrastraba de rodillas. «No puedes marcharte», respondía tu padre. «No podrías hacerlo ni aun dejando aquí a Alessandra. Daré tu descripción a todos los guardias de fronteras, como marido tuyo que soy puedo hacerlo, haré que te detenga la policía. ¡Intenta marcharte!», le decía.

—No —le contesté a mi padre—: no creo que te haya querido nunca, ni siquiera cuando accedió a casarse contigo. Eso no era

amor.

Mi padre no contestaba y, con ese silencio, reconocía su culpabilidad. Solo una noche, su rostro perdió toda impasibilidad:

—Calla —me dijo—, ¡cállate, víbora!

Me levanté y lo dejé solo. Ya no era capaz de estar solo: en la oscuridad de sus ojos, tal vez lo asediaban los recuerdos, lo atemorizaban. Yo lo convencía de que mi madre no estaba en el cementerio, sino bajo su ventana, en las verdes aguas del río. Le decía que entraba en casa con frecuencia, que la oía andar con su paso ligero. «Ahí está —le anunciaba—, ¿no la ves?» Pero él no podía verla.

Al rato, me llamaba con voz lastimera y suplicante:

—Alessandra, ven aquí. Perdóname.

Le llevaba la sopa y el vino, y extendía con delicadeza el mantel delante de él, pensando en las manos inocentes de los hijos.

Era octubre cuando un compañero de la Facultad de Arquitectura se ofreció a acompañarme a la inauguración de una exposición en la Galería Borghese. Me gustaba mucho estudiar Historia del Arte. Consultaba a menudo al joven profesor que sustituía al catedrático, que estaba de baja por enfermedad. Se llamaba Lascari. Pensaba que, llegado el momento, estaría bien preparar la tesis con él. Mientras tanto, visitaba los museos y, como no disponía de mucho tiempo, a veces pasaba allí la hora del almuerzo, comiéndome avergonzada un bocadillo escondido en un periódico. A esa hora los museos estaban desiertos, las estatuas parecían esperarme. Me presentaba en la puerta de las salas y, sonriendo, murmuraba: «Aquí estoy». Esto quizá pueda parecer una falta de modestia por mi parte, pero, cuando me encontraba sola ante la naturaleza o ante una obra de arte, me parecía que habían esperado con impaciencia mi llegada para revelarme su secreto esplendor. Lascari me sorprendió una vez que entraba en una sala, imitando sin darme cuenta los andares de mi madre. «¿Qué hace usted aquí?», me preguntó con fingida severidad. Ruborizada, escondí el bocadillo detrás de la espalda.

Me habría gustado pedirle consejo sobre el método de estudio

que debía seguir, pero no me atrevía. Él era el único que no me tomaba en serio, me trataba como a una niña. En su presencia, no encontraba las palabras adecuadas, de hecho, empleaba verbos impropios y adjetivos equivocados. Estaba segura de que me consideraba poco inteligente, y por eso temía que no quisiera supervisarme la tesis.

En la inauguración de la exposición estaba también Lascari. Al verlo, de primeras lo rehuí, por miedo a que me interpelara con irónica simpatía, como era su costumbre, preguntándome qué hacía allí entre adultos. Ese día, me sentía aún más tímida por la emoción embriagadora que había sentido al cruzar la villa a pie para llegar hasta la galería. Había llovido y, de repente, el cielo se había liberado de las nubes, mostrando un azul de lo más provocador. Sobre el seto de boj, temblaban perlas iridiscentes, y el petirrojo cantaba, revoloteando entre las ramas de las acacias, de las que caían, rápidas, pequeñas gotas frescas que aterrizaban sobre mi rostro como alfileres.

—Perdona —le dije a mi compañero, que me esperaba en la puerta de la galería—, llego tarde, he venido caminando despacio.

Su aspecto desagradable me irritó, tenía las manos moradas y no iba bien peinado. Pero, sin él, tal vez no me habría atrevido a abrirme paso entre la multitud. Ese estudiante conocía a mucha gente y se iba parando a saludar, presentándome solo por mi apellido. Yo me sonrojé, incómoda, y me quedé callada. No entendía nada, me aburría y me sentía perdida. De pronto vi pasar de nuevo a Lascari y tuve como un impulso repentino.

—Adiós —le dije al estudiante.

—¿Adónde vas? Espera —dijo intentando retenerme.

—No —contesté—, no puedo.

Me agarró de la manga.

—Espera.

—Que te he dicho que no puedo, tengo que ir a hablar con Lascari.

Me retuvo, y yo traté de zafarme de él. Me irritaba su prepotencia, sentía que me embargaba una rabia violenta. Lascari había empezado ya a bajar la escalera, acompañado de un amigo.

Me agobió la idea de no llegar a alcanzarlo. Entonces, libre por fin de mi compañero, crucé la sala y enfilé la escalera deprisa, cada vez más deprisa, como si volara. Era una escalera de caracol, como la de la calle Paolo Emilio. Mi larga falda plisada se abría en redondo, y sentía un ligero mareo. Los dos hombres habían llegado ya a la puerta.

—¡Profesor! —lo llamé.

Me detuve, jadeante, con las mejillas encendidas.

Ambos se volvieron a mirarme.

—Oh, Alessandra... —dijo Lascari.

Retrocedió unos pasos y me presentó a su amigo. Yo sonreí, todavía sin aliento por la carrera. Era Francesco.

Desde ese momento en adelante, lo recuerdo todo, cada detalle de lo que fue después mi vida. Lo voy a contar todo, con crudeza y con una sinceridad implacable. Quizá sea ahora cuando la historia se vuelve de verdad relevante para el fin con el que la he escrito. Pero no podía omitir todo cuanto precedió a nuestro encuentro: Francesco estaba en mí desde el principio, desde que nací y mi padre se disgustó porque no era un varón. Era Francesco quien me hacía compañía, mientras tejía pulseras de margaritas, sentada junto a la ventana. Por eso lo reconocí cuando lo vi pasar y, bajando veloz la escalera, lo obligué a volverse a mirarme.

También ahora Francesco está sentado a mi lado mientras habla. Me dice: «Alessandra, qué guapa estabas en ese momento. Te costaba respirar, y te llevaste la mano al corazón. Lascari te dijo una tontería, ¿te acuerdas? Dijo que parecías sacada de un cuadro del siglo XIX. Yo me avergonzaba de las bobadas que los hombres dicen a las chicas, no quería adoptar ese lenguaje, no me parecía digno de ti, y, por eso, desde ese momento aprendí a hablarte con mi silencio. Eras tan guapa, nunca había visto toda la gracia del mundo reunida en una única persona. Te pusiste entre los dos y echamos a andar. Lascari podía andar sin dificultad a tu lado, pero yo no era capaz de acompasar mis pesadas zancadas, tan masculinas, a tu paso elegante. Me sentí incómodo y torpe. Y así fue siempre, desde ese momento, por eso me mostraba huraño. Oh,

eras tan guapa, Alessandra...».

En efecto, se despidió de nosotros con brusquedad, y yo lo miré alejarse, solo, por la avenida. Sonriendo, Lascari me explicó que Minelli tenía un carácter cerrado y sombrío, lo conocía desde hacía años, habían sido compañeros de clase. Mientras hablaba, yo me quedé seria, muda.

Al día siguiente, Francesco me llamó por teléfono.

—Disculpe —dijo—, Lascari me ha dado su número. Según parece, ayer me comporté como un grosero.

—Oh, no... —contesté confusa.

—Sí, yo creo que sí. ¡Es que tenía mucho que hacer!

—Oh... —dije.

No me salían las palabras.

—Me gustaría verla —dijo, y añadió—: Para disculparme. Mañana por la mañana iré a la facultad, a la clase de Lascari.

Le contesté que muy bien. Recuerdo que, nada más colgar, quería llamarlo y decirle que no podía, porque por las mañanas iba a la oficina. Pero había desaparecido, no sabía dónde vivía ni quién era, toda la ciudad estaba vacía de él, y, sin embargo, todo me lo recordaba. Me había quedado al lado del teléfono, todavía tenía la mano en el auricular. Mi padre oyó el peso de mi silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó irritado.

—Mañana por la mañana tengo que estar en la facultad —contesté tras una pausa.

Cuando me oí decir esas palabras, «mañana por la mañana», la espera me pareció infinitamente larga, no sabía cómo aliviarla. Me volví hacia el teléfono, duro, negro y mudo. Me decía: ¡mañana por la mañana no, enseguida! Mi mente se agitaba, recorría toda la ciudad. Entonces cogí la guía telefónica y la hojeé nerviosa: Minelli era un apellido corriente, y yo aún no sabía que Francesco se llamaba Francesco.

«Yo, en cambio, sí sabía que te llamabas Alessandra —me dice mientras dejo de escribir para escucharlo—. Estaba contento de no haber conocido nunca a ninguna mujer que se llamase como tú, porque ninguna se parecía a ti. Esa noche pronuncié muchas veces tu nombre, para que, a la mañana siguiente, algo tuyo me fuera

familiar. Lo pronuncié con entonaciones distintas. Estaba en el despacho, a solas; tendría que haber estado preparando una clase y, en lugar de eso, estaba sentado en el sillón, con la cabeza apoyada en el respaldo, diciendo "Alessandra" con naturalidad, como si te llamara de una habitación a otra, "Alessandra" con ironía, "Alessandra" con malhumor, con rabia. Pero tu nombre parecía rebelarse, por lo que empecé a decirlo con dulzura, con un leve tono de súplica. Fumaba, la habitación estaba llena de un humo oloroso y denso. "Alessandra", dije con amor. Me resultaba fácil decir tu nombre de esa manera. Quería oírtelo pronunciar a ti, ver cómo ponías los labios. Por eso, a la mañana siguiente, te pregunté enseguida cómo te llamabas. Te quedaste sorprendida, un poco decepcionada.»

Esa pregunta me dejó helada. Caminamos un momento en silencio. Pensé que le suscitaba tan poca curiosidad que ni siquiera le había preguntado mi nombre a Lascari al llamarlo por teléfono.

Me humillaba haberme preparado un papel que nadie me pedía que interpretara. Hubo un silencio, y me perdí en ese silencio, caí en picado en él. Pasó un estudiante y dijo: «Buenos días, profesor».

Traté de recobrarme.

—¿Enseña usted? —le pregunté.

Francesco asintió.

—Filosofía del Derecho. Soy profesor titular.

Su voz tenía un tono grave, casi malhumorado, como si le molestara hablar de sí mismo. No era fácil saber si se alegraba de acompañarme o si se plegaba con renuencia a una tarea que le hubieran encargado y de la que no podía librarse. No recuerdo de qué hablamos al principio, pues lo hacíamos con ese lenguaje al que se recurre cuando no se tiene nada en común con la otra persona y se trata de entablar una conversación con cualquier pretexto. Por un momento, pensé en rebelarme contra esos temas sin interés, pero después comprendí que los disponíamos entre nosotros como un dique para retener otras palabras que no queríamos decir. Nos abandonábamos por completo a la asombrosa novedad de caminar juntos, sin consultarnos sobre qué dirección

tomar. Yo siempre había caminado sola, quizá apoyándome en el tío Rodolfo o dejando que Claudio se apoyara en mí, y, ese día, en cambio, descubría por primera vez el armónico equilibrio de nuestro paso juntos, que nos conducía por calles que no distinguía, por franjas de asfalto que se extendían delante de nosotros y árboles que nos hacían compañía. No estaba particularmente contenta, la emoción era tan fuerte que me vetaba la felicidad, pero la idea de interrumpir el paseo me espantaba, como si, de golpe, hubiera tenido que dejar de respirar.

—¿Y usted cómo se llama? —le pregunté de repente.

Caminábamos sin mirarnos y él no se decidía a responder, casi como si dudara en entregarse.

—Francesco —dijo en voz baja.

Me sonrojé como si hubiera recibido una confesión íntima. Sostenía su nombre suavemente entre los dedos como algo frágil, recién nacido. Yo pensaba «Francesco», él pensaba «Alessandra», y el saber que su nombre habitaba en mí, y que el mío había anidado en él, nos turbaba y a la vez nos procuraba una sensación de dicha. Empujados por esos nombres, salíamos del secreto de nosotros mismos, nos presentábamos el uno al otro. Cada uno hablaba de sí mismo con indulgencia, como de un amigo excéntrico al que se le tiene cariño pese a sus debilidades.

De pronto, me di cuenta de que habíamos llegado al río. Bastaba girar a la derecha y allí estaba mi casa, a unos pocos pasos.

—¡Oh...! —exclamé.

Debió de dibujarse en mi rostro una expresión de hondo pesar, pues él enseguida me preguntó:

—¿Dónde vive?

—Allí —dije con un gesto desamparado, casi como señalando a un enemigo que me esperase al acecho.

—Cuando era niña vivía en Prati, al otro lado del río.

—Yo siempre he vivido en una vieja casa, en la plaza del puente Sant'Angelo.

—Nos separaba el río.

Nos reímos, y sentí que esa frase me arrastraba a un temor indefinido. Francesco me preguntó mi edad.

—Yo estaba al otro lado del río once años antes que usted —comentó.

Soplaba viento y se me alborotaba el cabello, tenía que retenérmelo con la mano.

—Qué pena no haberlo sabido. Mi madre me tenía prohibido cruzar el puente.

Él se rio, creyendo que se trataba de una broma.

—¿Y ahora?

Por el muelle corría el viento y se llevaba nuestras palabras nada más pronunciarlas.

—Ahora mi madre está muerta. Vivo con mi padre.

—Debería arrepentirse de haber llegado tan tarde —dijo.

Yo me sonrojé.

Volvimos la espalda al viento, el cabello me barría las mejillas. Como obedeciendo a una obligación penosa, me dijo:

—Tengo que volver a verla.

—¿Cuándo? —preguntamos a la vez.

Nos habría gustado decir «esta noche», pero en lugar de eso dijimos: «Mañana».

Tengo que poner en orden mis ideas, revisarlas y reunirlas, pues, cuando recuerdo ese periodo de mi vida, los dulces días de mi encuentro con Francesco, enseguida se agitan, se levantan, ondean y se encrespan, como si un viento impetuoso las sacudiera. En esos días, tenía siempre un ritmo alegre y acelerado, como si hubiera corrido, y sentía el deseo de desfogar ese maravilloso ímpetu que me animaba. Andaba con paso ágil y vibrante. Cuando bajaba la escalera, a las vecinas les costaba seguir con la mirada el paso veloz de mi vestido negro. En la oficina, si el ingeniero Mantovani me llamaba, abría la puerta de su despacho con un brío alegre del que luego me avergonzaba. Escribía a máquina deslizando el carro con un arpegio. El sonido de las teclas se asemejaba al de una tormenta de verano. Perplejos, mis compañeros se asomaban a mi despacho, y yo les daba los buenos días con una alegre sonrisa triunfante. Abría de par en par las ventanas, dejaba correr el agua en el baño, batía los huevos y frotaba la ropa con ese ritmo

acelerado, y todo el mundo se volvía, se detenía y se asombraba.

El caso es que me pasaba el día corriendo a mi cita con Francesco, y, mientras corría, me resultaba fácil cumplir con mis obligaciones cotidianas. Solo me detenía cuando estaba a su lado; en cuanto él venía a mi encuentro, sentía que había llegado el momento de parar. Tras unos instantes de silencio, en los que solo oíamos relajarse nuestros nervios y nuestra respiración hacerse más tranquila y firme, empezábamos a hablar. Nos contábamos deprisa las cosas, con ansia, interrumpiéndonos el uno al otro y disculpándonos con una sonrisa.

—¿Qué te dice? —me preguntaba Fulvia.

—Nada —contestaba yo, y se me iluminaba la cara—, no me dice nada.

Así era: cada cual se afanaba solo en hablar de sí mismo, cada cual se sustraía de su pasado oscuro y se presentaba ante el otro. Y todo cuanto, hasta entonces, había sido celosamente mío ardía ahora en deseos de compartirlo con Francesco. A través de esas narraciones, me iba conociendo a mí misma, al fin, a la vez que lo conocía a él. Era una sensación maravillosa.

Le describía a Fulvia ese nerviosismo feliz, y ella me escuchaba, con las manos unidas como si rezara. «Le he hablado de ti», le decía. Ella sonreía, agradecida de haber sido admitida, aunque solo fuera unos instantes, en el hechizo de nuestras conversaciones.

—También le he hablado de esta habitación, de nuestros juegos de pequeñas.

—¿Y todavía no te ha dicho nada?

Habían transcurrido cinco o seis días desde nuestro primer encuentro.

—No, nada.

—Debe de estar muy enamorado, para no hablar —consideró ella.

Un día, tuve al fin la impresión de que la nuestra era una cita de amor. Llovía, por lo que habíamos decidido quedar en un café. Yo llegué bajo una lluvia fresca que me cosquilleaba en la cara. Llevaba la larga gabardina de mi madre con la capucha puesta.

Nada más entrar, vi a Francesco sentado a una mesita, sobre la que había una taza de café. Intimidada, crucé el ambiente desolado de la sala desnuda, dirigiéndome a él, que era un hombre alto, delgado y ligeramente calvo. Era como si solo lo conociera por su aspecto exterior: el traje gris, la corbata y el abrigo doblado sobre la silla. Él se levantó y, en el espacio angosto entre dos mesas, se inclinó con un saludo cortés, como se saluda a una mujer con la que se tiene una cita. En la otra esquina de la sala había otra pareja sentada, el hombre vestía uniforme militar. Se miraban, cogidos de las manos. Y, reflejándome en ellos, de repente me sonrojé. Francesco siguió mi mirada y dijo:

—Discúlpeme, se me ha ocurrido encontrarnos aquí porque es cerca de su casa. No quería que se mojara demasiado con la lluvia. ¿Nos vamos?

—No, ¿por qué? —contesté.

Pero la lluvia me helaba los hombros y la espalda. No quería quitarme la gabardina, para no llegar a familiarizarme con ese lugar melancólico. Recordé aquel día en que había sorprendido a Lydia en una lechería con el capitán.

El camarero me trajo un café en una tacita de cristal y me lo bebí sin ganas, pensando que era el rito que había que cumplir en las citas como la nuestra. Mientras, Francesco seguía con una mirada tierna cada uno de mis gestos. Yo también lo observaba a él, pues, cuando caminábamos juntos, solo me mostraba un perfil duro, de mandíbula marcada.

Ese día, en cambio, podía mirarlo de frente. Poco a poco, como la otra pareja, nos fuimos acercando el uno al otro. Sentí sus rodillas duras, le vi el áspero rostro y la frente alta y, al descubrirle un pequeño arañazo rojo en la garganta, supe que esa mañana se había cortado afeitándose. Él me miraba los ojos y los labios, y yo no me sustraía a su mirada, es más, me ofrecía, sin sonreír, con una expresión intensa. Y, en el impulso que nos llevaba a querer conocernos mejor, creí reconocer la angustiosa presencia del amor.

—Sí —le dije a Fulvia esa noche—, quizá tengas razón, quizá esté enamorado de mí.

Eso despertó su curiosidad.

—Cuéntame, cuéntame más —me pidió—. ¿Cómo es Francesco?

Lo llamaba por su nombre, algo a lo que yo nunca me atrevía. En la distancia era fácil coger confianza con él. Empecé a hablarle de él, a describirlo, y ya no me parecía tan esquivo. Se dejaba observar, como un cuerpo desconocido del que, hasta entonces, no nos habíamos permitido tener una imagen precisa. Yo dudaba.

—No, igual no es guapo —dije—, no sé. Es alto, mucho más que yo. Y... No, da igual, no lo entenderías.

—Dime.

—Pues mira: su nuca me recuerda a la de un caballo. Pero no puedes entenderlo, es una tontería.

—Qué va, sí que lo entiendo; dijiste lo mismo de Hervey, el día después del concierto. Me impresionó mucho: miraba a tu madre y pensaba en la nuca del caballo. Bueno, yo entonces era joven. Pero, al oírte hablar, tengo la impresión de que lo que me cuentas es la continuación de la misma historia.

Estábamos tumbadas en su cama, en el cuarto de juegos donde ahora se veía con Dario.

—La mía —dijo Fulvia con amargura— es la continuación de la historia de mi madre.

Francesco me esperaba en la plaza de San Pedro. El lugar de la cita lo había elegido yo, con el deseo inconsciente de recorrer las calles que les gustaban a mi madre y a Hervey. Nos pusimos a pasear entre los viejos edificios de la curia.

Nos fuimos alejando poco a poco de las casas, subiendo al Janículo por un bonito camino campestre, el mismo que había recorrido, tantos años atrás, para llegar al concierto en la villa Pierce. Aunque yo misma había provocado ese recuerdo, me cogió tan desprevenida que me conmovió.

—A mi madre le gustaba mucho este camino —dije.

Nunca había hablado de ella con Francesco, ni con otras personas que no la hubieran conocido. A mi regreso de los Abruzos, me había atenido escrupulosamente a la versión que me había sugerido mi padre. En mis conversaciones con Francesco, me

había limitado a aludir a un hecho que me había sobrecogido profundamente, hasta el punto de cambiar, tal vez, el curso de mi vida.

—Mi madre era muy feliz cuando pasaba por aquí —dije.

Y, venciendo con suavidad esa mezcla de temor y de reticencia que me frenaba, me puse a hablar de ella, de sus gustos y de la forma extraordinaria que tenía de andar. Le hablé también de la abuela Editta.

—Mi madre me leía a Shakespeare en voz alta, a escondidas, porque a mi padre no le gustaba que lo hiciera. Yo tenía siete u ocho años. Por las noches, en la cama, repetía esos versos, y así aprendí a rezar.

Él me escuchaba con un interés que mis palabras nunca habían suscitado. No era la atención humilde y modesta de Claudio, ni la extrañeza divertida de Paolo, y la intimidad que se establecía entre nosotros a través de esas confidencias no parecía provisional o casual, sino generada por hondas raíces, como si lo supiéramos todo el uno del otro desde hacía mucho tiempo. Enardecida por mi narración, me volví hacia Francesco y vi que me miraba con una emoción tan nueva en el rostro que me interrumpí, sonrojándome.

—¡Cómo se parece a su madre! —exclamó afectuosamente.

—¿Yo? —pregunté confusa.

—Sí, así lo creo: cuando habla de ella, es como si se retratara usted misma.

Bajé la cabeza, turbada. La presencia de Francesco ya no me procuraba solo una felicidad serena, sino también algo parecido a un temor inquietante. Quizá tampoco mi madre fuera solo feliz mientras recorría ese camino, quizá también ella sintiera miedo.

Desamparada, me volví para mirar a Francesco. Estábamos inmóviles en el atardecer, en medio de una luz roja muy intensa que le coloreaba el rostro como si lo embargara una gran agitación interior. En sus facciones regulares, veía todo cuanto hasta entonces había amado solo en mí misma y en la naturaleza. Un impulso irresistible me atraía hacia él como hacia los árboles, las corrientes de agua y mi imagen reflejada en el espejo. Ahora, con

tan solo una mirada, lo más oculto y secreto que albergábamos pasaba de uno a otro fácilmente. ¡Ah!, cuando recuerdo ese momento y los que siguieron, la luz de esos encuentros, el esplendor del paisaje, la tibieza del aire y la presencia viva de Francesco, siento que me faltan las fuerzas y me invade una dulcísima languidez, los ojos se me llenan de lágrimas de emoción y las palabras se confunden y tiemblan sobre el papel.

—Mi madre —dije con un hilo de voz— se mató por amor.

Anochecía cuando regresé a casa. Le había pedido a Francesco que no me acompañara, aduciendo un pretexto, pero en realidad quería estar sola unos momentos. A esa hora, las calles de mi barrio estaban llenas de gente. En la densa penumbra del oscurecimiento, se veía a los viandantes pasar rápidamente, entrar y salir de las tiendas para las últimas compras antes de la cena. Yo caminaba distraída, con el rostro encendido, buscando el frescor de un viento ligero que me alborotaba el cabello. Al pasar, la gente me rozaba con el brazo, me golpeaba, pero yo ni siquiera me volvía. Tenía ante los ojos el rostro de Francesco, lo llamaba y él me respondía, hablábamos una lengua que nadie podía entender.

Desde ese momento, mi amor por él siempre fue parte de mí, era un huésped que había acogido con una gratitud dichosa y emocionada y que no había tardado en invadir todo mi ser, mi sangre y mi espíritu. Me gusta detenerme en este punto. Desde entonces, y también ahora, pese a las cosas tan difíciles y terribles que han ocurrido entre nosotros, su rostro siempre ha llenado mis ojos. Más allá de su rostro, como en transparencia, veía todo lo demás: el campo, los prados, las casas, las calles de la ciudad y hasta los árboles. Solo podía verlos detrás de su rostro, como si estuvieran pintados sobre un velo traslúcido. También el rostro de Tomaso y su risa amable los veía a través del rostro de Francesco, al que acariciaba, desde esa tarde, no solo con mis pensamientos amorosos, sino con todos los pensamientos, buenos y malos, que siempre he albergado, desde que nací.

Subí la escalera con paso ligero y entré en casa. Corrí a asomarme a la ventana de mi cuarto. «Mañana —murmuré,

repitiendo los detalles de nuestra cita—, mañana a las cinco.»

Mi padre me llamó y acudí. Estaba sentado tranquilamente en la habitación, iluminada apenas por la gélida blancura de la luna.

—Es tarde, Alessandra —dijo—, me gustaría cenar.

Su voz ya no traducía irritación ni enojo. La miseria de su estado parecía haberle conferido solemnidad a su persona y ennoblecido sus rasgos. Vestido de oscuro, formaba un todo con la silla, también oscura. Con su cabello, blanco ya, y su piel lisa, como de mármol, parecía una estatua él también, como la abuela.

Cogí una sillita y me senté a su lado. Miraba por la ventana, aunque apenas veía ya, y todo en él, forma y pensamiento, parecía concentrarse en un nombre, «Nora», que se empeñaba en repetir y en atesorar. «Nora», había aprendido a decir, un día, como aprendía yo ahora a decir «Francesco». Al sentimiento que había cultivado por mi madre debía yo el haber nacido y conocer a mi vez un sentimiento igual. El rencor que me había atenazado durante tantos años se desvaneció de repente, postrándome en un arrepentimiento sincero. Recordé mi propósito de abandonarlo, la alegría cruel con la que me ensañaba contra él cada noche para herirlo. El amor desbordaba fuera de mí, la bondad me embriagaba, y creí que los impulsos de generosidad que sentía debían ir dirigidos a mi padre, sobre todo, y converger en él. Lo miraba con agradecida ternura, recordando su costumbre de llevarme a tomar un helado, cuando era niña. También ahora, me decía de vez en cuando, por humillante que resultara la contradicción: «Acompáñame, que te llevo a tomar un helado». Pero lo que más me enternecía era el recuerdo de sus monótonos días, pautados solo por el horario de oficina, y el desaliento en el que lo había sumido ese ritmo de vida. Su ingenua mediocridad, su presuntuosa vacuidad y, en general, todo lo que me había irritado, o que había despreciado incluso, de repente me conmovió profundamente. Pues también a todo eso le debía haber acudido hoy a la cita en la plaza de San Pedro.

Era tal el fuego de mis pensamientos que él no pudo por menos de percibir su calor. Se volvió hacia mí ligeramente y me preguntó:

—¿Qué te pasa, Alessandra?

No le contesté enseguida, no quería mentirle. En mí ya no había espacio para una sola mentira más, para un solo engaño. Nerviosa, aguardaba la confirmación de lo que me estaba ocurriendo. Cuando la tuve, confesé con una voz apenas audible:

—Estoy enamorada.

Esperaba que él me abriera los brazos, sonriendo, y yo pudiera al fin refugiarme en él, apoyar la cabeza en su hombro y llorar, quizá, derramarme. En lugar de eso, se sobresaltó por la sorpresa, creo, y preguntó:

—¿Quién es?

—Se llama Francesco.

Me estremecí nada más pronunciar su nombre. Sentí que había cometido una grave indiscreción, temía que, en su casa, en su despacho, donde siempre se encontraba a esa hora, Francesco levantara la cabeza bruscamente, al oírse llamar, y me pareció leer en su rostro una expresión irónica y perpleja. No había sabido resistirme a la tentación de pronunciar su nombre entre las paredes de mi casa. Como todas las mujeres, era incapaz de guardar un secreto.

—¿Ni siquiera sabes su apellido? —observó mi padre disgustado.

Intuí vagamente que había hecho mal en hablar de él.

—¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica?

—Oh, sí que lo sé —contesté en voz baja, asustada—. Se llama Minelli, Francesco Minelli. Es profesor en la universidad.

—¿Profesor? —repitió él con un ligero tono de desprecio—. La peor categoría de empleados del Estado. Son todos unos muertos de hambre, arrogantes y pretenciosos. ¿Dónde lo has conocido? ¿Y por qué no ha venido a hablar conmigo?

Yo me había levantado, sin decidirme a responder. Cada palabra suya disipaba un poco la mágica sensación que me había embargado hasta entonces.

—¿Por qué? —pregunté tímidamente, tratando de reconducirlo a la imagen afectuosa que me había construido de él —. ¿Por qué debería haber venido a hablar contigo, papá?

—Porque es lo que hace un hombre honesto cuando quiere casarse con una muchacha.

—Pero él no quiere casarse conmigo, nunca lo ha dicho.

—¿Ah, no? Mira tú qué bien. ¿Y qué quiere entonces? ¿Divertirse?

Yo guardaba silencio, horrorizada. Desde sus primeras preguntas, quería suplicarle que callara, que no me quitara la alegría que por primera vez me estaba permitido sentir.

—¡No quiere casarse contigo! Solo divertirse. No me cuesta creerlo. Y tú vienes y me lo dices tan tranquila.

Trataba de entender el sentido de la palabra *divertirse* referida a nosotros dos, a Francesco y a mí. Y esa palabra, en apariencia inocente, me hacía sonrojarme sin poder evitarlo. Temía que Francesco pudiera escuchar nuestra conversación y alejarse, disgustado y decepcionado, con una mueca en los labios.

—¿Qué tienes que decir?

—Nada, papá. Voy a preparar la cena.

La casa estaba oscura, silenciosa y triste. Me habría gustado esconderme en esa oscuridad y desaparecer. Estaba tan sola que ni siquiera pensar en Francesco me hacía sentirme acompañada. Pensaba que ya no iba a atreverme a presentarme ante él, llevando como llevaba encima las palabras humillantes de mi padre. El agua de la olla silbaba en el fuego, pronto tendría que colar la pasta y calentar la salsa. Tampoco esa noche podía librarme; después, me esperaba un cesto de ropa que planchar. No podía tirarme en la cama a llorar. Mi madre me abrazó. «Oh —dijo—, yo tampoco quería que fueras una niña.»

El teléfono sonó en el silencio. Vacilé un momento, sorprendida de que alguien llamara a esas horas, y luego acudí corriendo.

—Soy Francesco.

No había vuelto a llamar desde la primera vez. Tenía una voz cálida, contenida, y yo veía su rostro en el agujero negro del teléfono.

—Oh, gracias..., gracias —contesté.

—¿Por qué?

—Por llamarme.

—Ah. ¿Le ha molestado?

—¿Molestarme? Al contrario...

—Discúlpeme, no podía esperar a mañana. Quería decirle una cosa.

—¿El qué?

Hubo un silencio. Era un silencio dulce, una oscuridad agradable.

—Bueno, no tiene importancia. Quería hablarle de hoy, pero...

—Entiendo.

—¿Entiende?

—Sí —dije bajito—. Yo también quería hablarle.

Hubo otro silencio. No teníamos, para ayudarnos, el ritmo acompasado de nuestros pasos, y las palabras se presentaban con su significado al desnudo.

—Se hace largo esperar a mañana.

—Oh, sí —confesé con un hilo de voz.

—Pero ahora ya está mejor.

—Mucho mejor.

—Discúlpeme. Buenas noches, Alessandra.

—Buenas noches, Francesco.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre. Nos quedamos callados un momento, unidos por el cable del teléfono. Oía su respiración por el auricular. Entonces él colgó, y yo colgué también, despacio, para que el *clic* que ponía fin a nuestra conversación no me hiciera daño.

Mi padre no dijo nada. Cenamos. Desde el otro extremo de la mesa, me notó fuerte y decidida.

Pocos días después, el 11 de noviembre, nos vimos en la Galería Borghese. Al proponerme volver al escenario de nuestro primer encuentro, la voz de Francesco temblaba. Yo lo había mirado seria y le había contestado que sí.

Buscaba a Francesco con ansia, de sala en sala, sin fijarme en los cuadros y las estatuas que tanto me gustaban, es más, rehuía su

misteriosa inmovilidad. Avanzaba deprisa, con el paso de mi madre, y solo me detuve cuando vi a Francesco inmóvil ante un lienzo. Miraba la pintura, pero, cuando oyó acercarse mi paso, ya no vio nada, según me contó después. Yo dije: «Aquí estoy», sin sonreír. Teníamos esa expresión dolorosa, afligida, de la que la felicidad inconsciente ha desaparecido para dejar paso a la desolación del amor.

Caminábamos cerca uno de otro, admirando los cuadros. En las paredes se veían los huecos que habían dejado las obras que se habían llevado a causa de la guerra. Nos deteníamos frente a esos huecos, asustados, mirando la urdimbre de la tela, el feo entramado de hilos. Pensaba que también yo podía quedarme desolada, como esas paredes. Y así fue como Francesco me cogió del brazo, y yo me abracé a él, para defendernos.

—No —dijo—, estoy exento, por la universidad.

Mis pensamientos gemían, embargados por un miedo repentino. Pedía auxilio a la abuela, recordando el refugio que quería construirme en la roca. Francesco estaba frente a mí y me miraba.

—Mañana podríamos vernos un poco antes.

—Sí —respondí—, a las tres.

Queríamos tener la certeza de poder vernos al día siguiente, y al otro, y al otro, por siempre, en una cadena ininterrumpida de días, para encontrar la calma necesaria para mirarnos. Quizá no resulte fácil entender que el fabuloso recuerdo de ese 11 de noviembre se resume en ese estar apoyada en la pared, y él frente a mí, mirándonos. Pero fue en su mirada donde fui consciente, por vez primera, de mí misma, de mis ojos, de mi boca, de la superficie lisa de mi frente, y entendí al fin por qué mi rostro había sido diseñado así.

No recuerdo cómo me dijo que me amaba. Hablaba de un modo brusco y confuso. Tal vez no dijo nada, y me lo dije todo yo, mirándolo. Pero todos los meses, durante años, cuando llegaba el 11 de noviembre, yo deseaba sentirme guapa como ese día. Desde luego no soy nada modesta cuando digo que siempre había creído ser más guapa que mi madre el día del concierto, más que la

abuela Editta en las veladas en su honor. Tenía su rostro romántico bajo el sombrero de plumas, el cabello de Ofelia y la capa de Desdémona.

Nos veíamos todas las tardes. El resto del día, me animaba una resolución inflexible, estaba resuelta a aislar la hora de la cita de las demás horas de mi vida. Ya no sentía la beatífica felicidad de los primeros momentos, sino una tenacidad ferviente que aplicaba a dedicarme por completo al amor. Me parecía que solo el amor podía ayudarme a ser mejor persona, una tarea que me ocupaba desde la adolescencia. En efecto, me había vuelto más inteligente, más despierta. En la oficina, la rapidez con la que realizaba mis tareas y el sentido de la responsabilidad que había adquirido me habían granjeado ya el respeto de los hombres. En casa cumplía a la perfección con las tareas, para llegar a la cita dejando tras de mí las habitaciones relucientes y la ropa recién lavada y ordenada. Me gustaba llevarme conmigo la claridad de la cocina limpia, de las páginas bien mecanografiadas y de los estudios enfocados con método. En esa época, me presenté a un examen y obtuve la nota máxima.

Acostumbrábamos ya a quedar en lugares solitarios para poder besarnos. La ciudad estaba cada vez más oscura por temor a las incursiones aéreas. Francesco y yo aprovechábamos esa cautela, aunque nos recordara la presencia insidiosa de la guerra. Cada mañana, sin reconocerlo, observábamos el tiempo para saber si por la tarde nos sería posible refugiarnos en la penumbra de Villa Borghese. Nos deseábamos ardientemente, y yo, aunque reticente en un primer momento, me había abandonado después a ese deseo, que ya no me daba tregua. Ver a Francesco moverse, incluso cuando nos sentábamos en un café, renovaba la turbación que había sentido en los Abruzos mirando a los campesinos que golpeaban las mazorcas en la era. Cada uno de sus gestos con las manos me suscitaba la misma sensación, tenía que impedirme mirarlo mientras se movía, indiferente, para no estremecerme como entonces. La primera vez que nos besamos, había sentido un intenso desprecio por mí misma: me parecía que no era necesario

recurrir a ese medio para saborear el fuego de nuestros sentimientos. Me retenía, además, un delicado pudor. En esos momentos, sentía que mis ojos perdían la dulce limpidez con la que estaba acostumbrada a mirar a Francesco. Mi rostro se transformaba, y temía que a él le sorprendiera descubrir en mí a otra persona, distinta en todo a la que conocía, y que me reprochara que lo hubiera engañado. Pensaba en Enea el día que, encontrándome sola en casa, se me había acercado para besarme, con esa expresión trastornada y malvada. Sentía que aceptaba ser su cómplice, acogiendo en mi rostro esa misma expresión. Era como si, tantos años después, lo llamara y le abriera la puerta. En la penumbra oscura de las hayas, Francesco me observaba el rostro, que yo me ocultaba con la mano. Él me apartaba la mano para conocerme también en ese aspecto, contra el que luchaba desde niña. «Vete, Alessandro», decía dentro de mí, y me erigía como modelo el rostro siempre casto de mi madre. Sin embargo, cuando Francesco me besaba, lo veía animado por el mismo ardor con el que se empeñaba en descubrir mis propósitos, mi pasado y mis pensamientos. En efecto, era fácil pasar de las confesiones más cándidas a los besos más arrebatados. A veces, era precisamente lo que le contaba a Francesco de mi madre lo que me empujaba al borde de ese dulce abismo.

Le había contado la historia de mi madre y de Hervey. No puedo juzgar si mi versión era fiel a la realidad porque, cada vez que se la contaba a mi padre, la adornaba con numerosas inexactitudes que ya no habría sido capaz de identificar. Nos habíamos acostumbrado a ir por la tarde a los muelles del Tíber, junto al lugar donde mi madre se había arrojado al río. Le hablaba de Alessandro, de los aniversarios, de mi madre, que tiraba margaritas al agua. «No quiero conocer a tu padre —me decía frunciendo el ceño, mientras contemplaba el agua y los árboles—, me basta con estar aquí para sentir que estoy en tu casa, con tu familia.» Oh, Francesco era de verdad un hombre extraordinario, y mi vida, al reflejarse en él, me parecía también extraordinaria. Él transitaba ya por mi infancia y por la historia de mi madre con afectuosa familiaridad. De su madre apenas me hablaba. Decía que

era una mujer seca, como él, y que siempre llevaba un sobrecuello de raso blanco. Cuando lo llamaba por teléfono, y contestaba ella, con una voz gélida, me parecía chocar con ese sobrecuello. No, desde luego ella no podía competir con una madre como la mía, que se había matado por amor. En el muelle que dominaba el cañaveral, los árboles eran verdes y ligeros. Al florecer, en primavera, se cubrían de pequeños penachos rosados que olían a polvos de arroz y a peladillas. Allí parecía que nos besáramos con más frenesí. Mientras Francesco me besaba, se oía correr el río. Paseábamos por el barrio de Prati como por una iglesia.

Francesco me había dicho más de una vez que sentía curiosidad por conocer a Fulvia, pero yo no me decidía a presentarlos el uno al otro, porque me parecía que, a través de mis relatos, hacía tiempo que ya se conocían y los unía una familiaridad cotidiana. Tendrían que volver atrás y fingir no conocerse, porque, si no, se habrían sentido incómodos de interpretar esa farsa delante de mí. Así lo presentía yo, y por eso aplazaba la ocasión. Francesco insistía, creía que Fulvia era la única persona al tanto de nuestros encuentros, pues yo había omitido contarle la desafortunada conversación con mi padre, y esa testigo desconocida lo incomodaba.

—Pero, a ver, ¿qué piensa Fulvia de mí?

—Huy, le caes muy simpático...

—¿Y eso por qué? —replicó él enseguida—. Si no me conoce de nada.

Yo le explicaba que hablábamos a menudo de él, y una inocente vanidad masculina lo llevaba a querer medirse con el personaje que yo le había dibujado. Pero sabía que, debido a su carácter esquivo, haría cualquier cosa para rebajarse. No me atrevía a pedirle que se mostrara amable y cortés. Me aferraba a la primera impresión que me había causado para vaticinar la que le causaría a mi amiga.

Por fin, un día, organicé el encuentro. Nos citamos en la calle. «Fulvia siempre llega tarde», comenté, deseando que no viniera. Francesco se sentía inseguro, quizá también él deseara lo mismo.

Recorríamos la calle arriba y abajo, separados uno de otro, y ahora que me disponía a compartir con una amiga nuestro secreto, me parecía no estar ya tan enamorada. Francesco llevaba un traje marrón que no me gustaba mucho. Habría preferido que Fulvia no lo conociera vestido así. «Si tarda un poco más, nos vamos», dije, pero justo en ese momento la distinguí a lo lejos. «Ahí está», anuncié. Iba vestida de manera vistosa, como para acudir a una recepción. Llevaba unos pendientes de oro que destacaban demasiado sobre su cabello moreno. Francesco, de hecho, dijo:

—¿Es ella? Me la imaginaba distinta.

Para Fulvia fue muy difícil. Fuimos a sentarnos a un café, y la conversación se arrastraba penosamente. Francesco y ella se observaban mediante rápidas ojeadas, sin piedad. Yo trataba de ayudarlos, ensalzando a uno y a otro. Pero sentía que Francesco era el más fuerte, porque tenía mi amor como respaldo. Fulvia solo podía verlo a través de ese sentimiento, por lo que le atribuía virtudes superiores a las que ponía de manifiesto nuestra sosa conversación. Pero ella, en cambio, estaba sola ante él. Consciente de su soledad, trataba de superarla con una vivacidad excesiva. Fui cobarde, lo recuerdo: para distinguirme de ella, me encerré en la más absoluta reserva, me aparté, acentuando con mi silencio la delgadez de mi cuerpo, que hacía parecer más provocativas las curvas de mi amiga.

En resumen, no fuimos capaces de sobreponernos a nuestra mutua incomodidad, y, cuanto más intentábamos sustraernos, más nos envolvía. No hubo un solo momento de tregua. Fulvia sirvió el té y la leche, sonriendo.

—Sin azúcar, ¿verdad? —dijo volviéndose hacia Francesco.

Yo noté que me ponía como un tomate.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó él extrañado.

Fulvia me miró desconcertada.

—He sido yo —dije—, ya no recuerdo bien de qué estábamos hablando... Qué buena memoria tienes —añadí fríamente.

La dejé ahogarse, mientras le suplicaba perdón en mi fuero interno.

Al fin, nos despedimos en la puerta. Fulvia había quedado con

Dario, que trabajaba ahora en una oficina. Se fingió apenada porque no hubiera podido conocer a Francesco.

—¡Lástima! —dije yo.

Francesco y yo nos pusimos a andar y tardamos un rato en volver a sentirnos a solas.

—Pobre Fulvia —suspiré.

Él no decía nada. Temía que ya no me amara. Bastaba un solo silencio suyo para suscitarme ese temor, para que toda mi mente se volviera hacia él, abatida y desamparada.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté.

—Es simpática —dijo, pero su voz sonaba insegura.

—¿Y qué más?

—No sé. Si me la hubiera encontrado por casualidad, no habría pensado que es amiga tuya.

—Hay que conocerla —admití.

—¿Y a tu madre le gustaba?

—Oh, bueno —contesté volublemente—, apenas la conocía.

Estaba irritada con él por obligarme a mentir. Yo no habría sido tan dura con ningún amigo suyo, le habría pedido que me contara qué cosas hacía Francesco de niño. Él no le había preguntado nada, no había visto en Fulvia el balcón ni el patio, no había entendido lo necesario que había sido, en determinados momentos de mi vida, que ella existiera. La había juzgado por lo que era y no por lo que representaba para mí. Habíamos dormido abrazadas la noche de la muerte de mi madre. Y, sobre todo, acusaba a Francesco de no haber entendido que precisamente todo cuanto habíamos sido la una para la otra le había impedido mostrarse espontánea y segura de sí. Conocerlo, y admitirlo en nuestra relación de cariño, la había intimidado tanto como para necesitar recurrir a ese traje vistoso y a esos pendientes de oro. Me agarraba al brazo de Francesco, pidiéndole una palabra amable para Fulvia.

—Sabía que no tomo el té con azúcar —observó con ironía—. ¿Tú se lo cuentas todo, entonces, absolutamente todo?

No contesté. Su carácter, aunque franco y agradable, a veces parecía reservarme algunas zonas de sombra en las que me era

difícil penetrar. Me costaba, por ejemplo, estar al tanto de lo que hacía durante el día. Se mostraba siempre evasivo, huidizo. No me hablaba nunca de su trabajo, más allá de breves e irónicas alusiones, señal tal vez de una gran modestia. Desviaba siempre la conversación hacia nosotros, y yo no oponía resistencia.

Todas las noches, sin embargo, al despedirme de él, me parecía que había omitido contarme algo de sí mismo, algo muy importante. Si no hubiera sabido dónde vivía, quiénes eran sus padres y cuál su profesión, habría dudado incluso de conocer su verdadera identidad. A veces, sospechaba que tuviera esposa, en alguna parte del mundo. Por eso, no me cansaba de repetir que el matrimonio no tenía importancia para mí, que solo importaba el amor. Ahuyentaba también otra sospecha que solía asaltarme, a saber: que tuviera una amante a la que no se atrevía a dejar. Este temor nacía del hecho de que a veces llegaba tarde a nuestras citas o las aplazaba en el último momento. Una tarde, en Villa Borghese, lo vi volverse de repente, casi como si temiera que alguien lo estuviera siguiendo. Su humor era cambiante: de pronto, su semblante se ensombrecía sin razón alguna. No era por mí, estaba segura; es más, en esos momentos, solía abrazarme con fuerza.

Una tarde que paseábamos juntos, Francesco me estrechaba contra sí de esa manera rabiosa, que era la primera señal de que estaba inquieto. Parecía querer desafiar un viento contrario que tratara de separarnos, un temporal. Yo no le pregunté nada, solo me mostré cercana, como si yo también quisiera librar esa batalla, aunque no conociera al adversario. Luego nos sentamos en un banco apartado y encendimos un cigarrillo.

—¿Te preocupa algo, Francesco? —le pregunté.

Él, mientras, sacudía el cigarrillo para que cayera la ceniza, fingiendo desenvoltura. Me arrepentí de haberle pedido una sinceridad que él, pese al amor que sentía por mí, aún no me había concedido.

En un primer momento, me observó, molesto de que sus sentimientos quedaran al descubierto de manera tan evidente. Luego, apartando la mirada, me dijo que sí, y me tomó la mano con un gesto tierno, apretándola entre las suyas.

—No tiene nada que ver contigo —añadió con un tono cálido y tranquilizador—, no tiene nada que ver con nuestro amor —precisó en voz baja, con la reserva con la que siempre pronunciaba ciertas palabras—. O, al menos, no más que todo lo demás, que toda nuestra vida.

—Explícate —le rogué.

Tuve una sensación de frío bajo la piel, un miedo repentino.

—Hoy no —dijo—, no me lo pidas, no tengo ganas. Te lo aseguro: es algo que no tiene relación directa contigo y conmigo.

—Está bien —cedí, y ya no insistí más.

Él me miraba con ternura, apreciando mi discreción, y no porque descubriera en ella esa torpe mansedumbre femenina que tanto lo irritaba, al contrario, sino porque era la prueba de nuestra confianza mutua.

Me despedí de él como todas las tardes. Sonreí, y él intentó devolverme la sonrisa. Me abrazó con fuerza, en la oscuridad del portal.

—Adiós —dijo alejándose bruscamente.

Esperé a que llegara a su casa y lo llamé por teléfono, pero no estaba. Lo llamé más tarde, y me dijeron que no volvía a cenar. Estaba segura de que ese abrazo era un adiós. Me asomé a la ventana esperando que él pasara por allí, por casualidad, y pudiera al menos verlo por última vez. En la penumbra se distinguía la orilla cubierta de hierba y los juncos. «Ayúdame», le decía a mi madre, «ayúdame», decía, lanzando mi llamada al agua negra del río. El Tíber, que pasaba por delante de mi casa, llegaba hasta la de Francesco. «Ayúdame», sollozaba, encomendándole un mensaje desesperado.

Lo llamé también durante la noche, pero, en cuanto oí el timbre del teléfono, al imaginar que sonaría en el silencio de las habitaciones, colgué enseguida, asustada. Tal vez Francesco lo entendiera y me llamara. Esperaba junto al teléfono en camisón, en la oscuridad, por miedo a despertar a mi padre. Francesco no me llamó. Estaba segura de que se encontraba con otra mujer. «No importa —murmuré—, llámame de todos modos.»

Conseguí hablar con él por la mañana, después de una noche

de insomnio. Él siempre se mostraba lacónico al teléfono.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Nada. Entonces, ¿nos vemos a las seis?

—Claro, muy bien.

Nos vimos en un pequeño café. Estaba feliz de mirarlo, de volver a ver el color de su piel, sus rasgos y su camisa azul un poco gastada. Pese a todo, seguía presa de una angustia incontenible. Me habría gustado poder adoptar la actitud de reserva que me había propuesto y no hablar de nada, contentarme con verlo. Sabía que no era buena idea poner de manifiesto mi curiosidad, los celos que me atormentaban, pero su presencia anulaba en mí todo propósito. Estaba sobrecogida. Me parecía que los demás clientes me miraban recelosos.

—Salgamos —dije al poco—, aquí no se puede hablar.

—Sí, mejor.

Me asustó que se mostrara de acuerdo. Entonces sí que ocurría algo, no era una sospecha mía, una ridícula suposición. Había algo, y él accedía a confesármelo. Tal vez quería dejarme, porque ya no me amaba. Albergaba aún la esperanza de que se tratara de un tema de dinero, una deuda de juego. Me disponía a aceptar cualquier confesión.

Seguimos andando un rato en silencio, y entonces él dijo:

—Me vigila la policía.

Me sobresalté, asustada y aliviada a la vez.

—¿Por qué? —le pregunté en voz baja, abrazándome a él—. ¿Qué has hecho?

—Nada —contestó con una amarga sonrisa—. Soy antifascista.

Recuerdo que, al oír esa palabra, sentí como si me hubieran dado un fuerte golpe en el pecho. Era una palabra que me aterrorizaba, aun sin entender su significado. En realidad, no habría sabido precisar en qué consistía eso de ser antifascista. Nunca había visto a ninguno. De vez en cuando, leía en el periódico que alguno había urdido una conspiración, había puesto una bomba o había sido fusilado por la espalda. Estaban fuera de la ley, eran individuos sospechosos, al margen de la sociedad.

Francesco pertenecía a esa especie, y hacía meses que yo me paseaba con él sin saberlo. El corazón me latía con fuerza y sentía una ligera náusea, como si acabara de revelarme de pronto que padecía una enfermedad vergonzosa.

Todos esos pensamientos me cruzaron la mente en un instante, pero, tras un silencio, me limité a decir:

—Ah.

—¿Te disgusta? —me preguntó con desdén.

—No —contesté—. ¿Por qué debería disgustarme?

Tenía miedo de él. Miedo de que pudiera maltratarme, pegarme o sacarse una bomba del bolsillo. Sentía que había caído en una trampa e, inconscientemente, me hice la lista, fingiendo aceptar la noticia sin sorpresa ni desaprobación. Pero no me habría atrevido a repetir la palabra *antifascista*, como tampoco me habría atrevido a leer en voz alta ciertas palabras escritas en las paredes que, de niña, buscaba en el diccionario. Pensaba que lo sabía todo de él; en lugar de eso, de repente, se había convertido en un personaje indescifrable y misterioso, como Antonio. Hacía mucho tiempo que no pensaba en él. Para que viera que no tenía prejuicios, dije:

—Al hermano de una amiga mía lo detuvieron con los comunistas.

—¿Cuándo? —preguntó él parándose en seco.

—Hace mucho tiempo, en el 36, me parece.

—Ah, eso es agua pasada. Ahora siguen deteniendo a mucha gente. Hace unos días, recibí una advertencia de la policía.

No conseguía aplacar una inquietud interior, unas infantiles ganas de llorar. La gente pasaba, y no me atrevía a levantar la mirada, humillada de ir del brazo de un hombre manchado por una tara secreta. De pronto, me puse nerviosa al pensar que, quizá, el hecho de preferir a un hombre sospechoso o culpable siempre había sido un rasgo de mi carácter. Por eso me había marchado de los Abruzos, por eso me había negado a casarme con Paolo, y por eso todos habían recelado siempre de mí. Mi padre, por ejemplo, cuando se llevaba un dedo a la sien y hacía como que daba vueltas a un tornillo, y el tío Alfredo, cuando me miraba como diciendo

«desnúdate». Bajé la cabeza.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Francesco—. Igual habrías preferido que fuera fascista —añadió con irónica amargura.

—No, no —contesté, asustada de pronto—. O, bueno, no lo sé, nunca me lo he planteado. Sobre todo no pensaba que los antifascistas fueran gente como tú.

—Ah —dijo casi divertido—. ¿Y cómo pensabas que eran?

—Pues gente ordinaria...

—¿Qué significa *ordinaria*?

—Personas de otra clase social distinta a la tuya, terroristas...

—Y, según tú, ¿un profesor no podría ser un terrorista? ¿No podría matar, si fuera necesario?

Parecía irritado.

—Sí, sí —dije—, claro que sí.

Al mirarlo, me sorprendió su expresión, agradable y amable: la misma que el día anterior.

—No sé —murmuré—, no sé nada.

—Sí, esa es la verdad: no sabes nada.

Dijo esas palabras con dureza, y yo callé, mortificada. Tenía miedo de que me abandonara por considerarme una mujer sin valentía. Era peor que el que tuviera una amante: todo había acabado, ya no me amaba.

—Y es precisamente porque son demasiadas las personas que no saben nada por lo que soy antifascista.

Dijo esa frase con la voz que empleaba todos los días al hablarme, y me reconfortó reconocerlo en esa voz. Me contenté con eso, mi inquietud desapareció casi, y no le pedí más explicaciones. Estábamos en una calle apartada detrás del castillo de Sant'Angelo, una de mis queridas calles de Prati. Me sentía rodeada por el brazo de Francesco y el recuerdo de Antonio. «No están contentos», decía Aida. Yo tampoco encontraba ya la fuerza de estar contenta. Era quizá peor que si me hubiera dejado. Ya no estábamos contentos, él no lo había estado nunca.

Me apoyé en la pared, en la oscuridad, y me puse a llorar.

Francesco se me acercó y me rodeó los hombros con el brazo. Era la primera vez que se atrevía a abrazarme en la calle. Se caló

un poco más el sombrero sobre los ojos. «Un antifascista —pensaba yo—, estoy abrazada a un antifascista.»

—¿Tanto te disgusta? —me preguntó mirándome con ojos enamorados.

Dije que no con la cabeza.

—¿Me quieres?

Asentí.

—¿Por qué lloras?

Me encogí de hombros y él añadió:

—No llores. Te quiero tanto... Perdóname, tendría que habértelo contado enseguida, pero son cosas de las que no se habla con una desconocida. Y, después, tenía miedo de perderte. Temía que me dejaras. No me vas a dejar, ¿verdad?, dime, ¿me vas a dejar?

Dije que no con la cabeza, sin alegría. Al pasar, la gente nos observaba con curiosidad.

—Dime que me quieres —insistió él—. ¿Eres mía? Dímelo. Sonríe. Puedes estar tranquila. No creo que me detengan, pero, si así fuera, tienes que pensar que será por poco tiempo. Van a perder la guerra...

Yo miraba a un lado y a otro, aunque Francesco hablaba en voz muy baja.

—Se irán. Y, entonces, por fin, podremos estar contentos... Para entonces ya estaremos casados, trabajaremos juntos, y tú también estarás de verdad contenta... Estoy seguro de que nunca has estado verdaderamente contenta.

Veía sus ojos exaltados bajo el ala oscura del sombrero. Sentía que conocía por vez primera su verdadero aspecto, como había visto a Paolo por primera vez cuando estaba sentado en la tapia, después de besarme.

—Piénsalo bien: ¿has estado contenta alguna vez? —insistió.

Y, al recordar toda mi vida, desde mi barrio pobre, desde los grandes edificios de viviendas donde la jornada se desarrollaba a un ritmo extenuante, implacable, me pareció de verdad dolorosa y mísera, después del breve cuento de hadas que había vivido con mi madre. Nunca había estado verdaderamente contenta. Esperaba

que mi inquietud se calmara, al fin, se aplacara del todo en él, en nuestro amor. Pero, en lugar de eso, había que seguir recorriendo juntos un túnel sórdido y oscuro.

—Es cierto —dije mirándolo con intensidad—, nunca he estado contenta.

En lugar de consolarme, él sonrió, radiante, como si solo en ese instante hubiera sabido que lo amaba. Me besó largamente en la boca. Y, mientras me besaba, pensé que ya no era el mismo que el día anterior, era un hombre al que no conocía en absoluto. Humillada, sin alegría ni placer, le devolví el beso. En sus labios, el sabor frío del tabaco se mezclaba con el sabor salado de mis lágrimas.

Tal vez parezca una exageración, pero, esa noche, al volver a casa, tenía la impresión de que alguien me seguía por la escalera. Desde el momento en que Francesco me hizo esa terrible confidencia, era como estar bajo un foco helador que nos espiaba. Y, al volver a casa, sentí una angustia incontenible: la radio estaba encendida, y la voz arrogante, que circulaba por el interior, parecía buscarme, señalándome severamente. Miré de reojo el teléfono, la puerta, temía que todos lo supieran, que a mi padre lo hubiera advertido el vecino y callara para tenerme a su merced. Por supuesto, también Lascari estaba al corriente y parecía contrariado al saber lo íntima que era ya mi amistad con Francesco.

Esa noche, embargada por un fuerte sentimiento de culpa, serví a mi padre dócilmente, pero lo cierto es que desconfiaba de él y hasta de su ceguera. Temía que fingiera para estudiarme mejor, que se quitara la máscara de repente y se dirigiera a mí a quemarropa, acusándome de frecuentar a Francesco como quien está afiliado a una secta. Si me hubiera dicho algo en su contra, le habría contestado con arrogancia: «Sí, yo también soy antifascista, desde hace años, desde que detuvieron a Antonio».

Me maravillaba esa coincidencia tan singular. «Igual soy una mujer débil —pensé—, y me acerco a los hombres fuertes de manera instintiva.» Con la misma perplejidad, me preguntaba también si eran de verdad más fuertes, o más débiles, como

sostenía Claudio. Francesco lo tenía todo en su contra. Me había hablado de las dificultades que encontraba con sus alumnos, por culpa de los rumores que corrían sobre él y que aludían incluso a que pudiera perder la cátedra. Hasta ese día, había creído que era un hombre seguro de sí mismo, arrogante incluso. Ahora, sin embargo, intuía la razón de su áspera soledad. Era la compasión por esa soledad lo que en el pasado me había empujado hacia Antonio, y lo que ahora me hacía permanecer junto a Francesco, deseosa de brindarle consuelo.

Trataba de llegar con esos pensamientos hasta su casa, que no conocía. Lo admiraba, lo reconfortaba como a un personaje inquietante y romántico que hubieran encomendado a mi cuidado. No imaginaba cuál era su actividad, y por eso no podía seguirlo en la doble vida que llevaba. Me imaginaba que, a la manera de los conspiradores del siglo pasado, salía de noche, disfrazado. Lo recordaba con el sombrero calado hasta los ojos, como cuando me había abrazado en la calle de Prati, y me sentía dispuesta a acompañarlo donde fuese, quedándome quizá en la puerta para vigilar si llegaba la policía. Estaba indisolublemente ligada a él por una complicidad que ni siquiera conocía. Me daba vergüenza preguntarle: «Pero ¿qué hacen los antifascistas?».

Esa fue una de las noches que oímos la sirena de alarma. Había una en el tejado de la casa de al lado, y su grito estridente se colaba por mi ventana. A la primera señal, nos quedamos parados, pero cada vez que la señal se repetía, mi padre palidecía un poco más. Yo también estaba asustada, porque era como si ese sonido me exigiera rendir cuentas de mis pensamientos más secretos. Cada grito de la sirena me sacudía por los hombros, me forzaba a huir y a esconderme.

—¿Quieres que bajemos? —le pregunté.

Salíamos de casa cuando Francesco llamó para tranquilizarme, pero el tono seguro de su voz casi me llevó a pensar que entre los aviones y él había una de esas relaciones misteriosas que no me atrevía ni a imaginar. Sus ánimos, en lugar de calmarme, me dejaron preocupada.

Por la noche no conseguí dormir. Llevaba todavía en la ropa el olor a moho del sótano habilitado como refugio. No había habido ningún bombardeo. Sin embargo, como las noticias de la guerra eran cada vez más amenazadoras, y los bombardeos sobre las demás ciudades eran ya cotidianos, tampoco en Roma teníamos la sensación de estar a salvo. En el refugio, estábamos sentados en unos bancos de madera alrededor de las cuatro paredes, y mi padre se cogía de mi brazo. Junto a las mujeres estaban los niños, soñolientos, que intentaban disfrutar de la aventura nocturna. Miraban los ojos de mi padre con una mezcla de espanto y curiosidad. Los hombres iban y venían entre la puerta exterior y el refugio, dándonos breves informaciones para tranquilizarnos. «No vienen —decían—, no se atreven a venir a Roma.» Hablaban siempre mediante alusiones. «No están», anunciaban, volviendo al refugio, o: «No disparan». Igual que aquella vez que Aida había dicho: «No están contentos».

Me parecía que hablaban de los amigos de Francesco y, por eso mismo, implícitamente, se estaban refiriendo a él y a mí. Una señora que temblaba me preguntó de dónde sacaba tanto valor. Los niños soñolientos me miraban, tratando de mostrarse inocentes e indefensos, para que Francesco no los golpeara. Veía a las otras mujeres, abrazadas a los hijos, desaliñadas y desamparadas, con una expresión de espanto. Los hombres las animaban con mentiras evidentes, sin mirarlas a los ojos y sin cogerlas del brazo, como Francesco cuando me había preguntado: «No me vas a dejar, ¿verdad?, dime, ¿me vas a dejar?». Yo podía ya soportar cualquier cosa, incluso la guerra. Apoyé la cabeza en la pared rugosa del refugio, que olía a moho, y me bastó cerrar los párpados para encontrarme con Francesco. «Para entonces ya estaremos casados...», me había dicho. «Bajaremos juntos al refugio —pensé —. Si tiembla bajo las bombas, nos diremos: “Ten valor, te amo”.» Era lo que había querido decirme cuando me había llamado por teléfono. Cuando terminó la alarma, todos empezaron a reírse con nerviosismo: «No se atreven a venir a Roma», decían, y parecía que me mirasen con bravuconería. Yo tenía una expresión dura. Era ya cómplice de Francesco, que decía: «No hay duda, perderemos la

guerra. Entonces estaremos contentos».

Sin embargo, no conseguía entrar en calor entre las sábanas frías. Veía los ojos de los niños, interrogándome, las gruesas mujeres que temblaban. «¿Por qué haces esto, Francesco?», le pregunté, mientras oía el zumbido de los aviones. Los niños trataban de reír y de pronto callaban, pálidos. «¿Estás seguro de que esto servirá para salvarlos? ¿Y estás seguro de que quieren ser salvados?» Me preguntaba si tenía el derecho de poner su vida patas arriba, la vida de esas mujeres que quizá solo pedían parecerse a mi madre. También ponía patas arriba la mía, y yo lo aceptaba, aceptaba su condición, aceptaba la desgracia que fuera. Iría todos los días a la cárcel a llevarle la comida, esperaría en la cola con las demás mujeres, como hacía Aida, con un bote de sopa caliente. Esperaba que me dijera que, para él, yo era siempre lo más importante, más incluso que ese corrosivo descontento. Pero, en lugar de eso, había dicho que nunca habíamos estado contentos. Me habría gustado llamarlo y suplicarle: «Háblame, dime que en la Galería Borghese estabas contento». Pero no podía hacerlo porque su madre dormía, y seguramente él también. Pensé que podían detenerlo por la noche: los vecinos me habían parecido muy débiles, recién salidos del sueño en el que los había sorprendido la sirena. Lo veía pasar soñoliento por el puente del castillo de Sant'Angelo, entre las blancas estatuas, flanqueado por dos guardias de paisano. Se lo llevaban lejos de mí. «Francesco...», murmuré, extenuada por el amor y el miedo.

Los encuentros con Francesco eran inquietantes y angustiosos. Igual que, en los primeros tiempos, nos las apañábamos para tener por delante una serie de días libres, también ahora establecíamos lo que haríamos si detenían a Francesco. Él temía que, frecuentándolo todos los días, yo acabara por ser identificada. «Perdóname —me decía, besándome las manos—, no puedo renunciar a verte.»

Eran esos los momentos en los que el amor aún me procuraba alegría. Me habría gustado que vinieran a detenerme, que me llevaran a la cárcel, que me torturasen, y ser capaz de no

pronunciar su nombre. «No tengo miedo», le decía; es más, ese miedo opresivo intensificaba el sabor de nuestros encuentros. Cada noche, nos despedíamos saciados, temiendo no volver a vernos al día siguiente. Pero, nada más separarnos, volvíamos atrás para una última despedida, entre palabras deslavazadas y confusas. Hasta que él se separaba de mí bruscamente, y la oscuridad absorbía su dulce sombra.

Vivía sumida en un estado de tensión nerviosa, pese a que, en apariencia, nada había cambiado. Eso me dejaba sin respiración, me angustiaba: habría preferido que la amenaza se manifestara de alguna manera, para poder combatirla más fácilmente.

—Explícame —le dije a Francesco—, cuéntame cómo ha ido.

—Me han llamado, a mí y a un amigo mío. A él lo han detenido, a mí solo me han advertido.

—¿Y después qué?

—Después nada: si sigo y me descubren, me detienen.

—¿Y qué vas a hacer?

Me miró con ternura, me cogió una mano y me la besó una y otra vez, sin responder.

—Vas a seguir, ¿verdad? —insistí.

—¿Cómo podría no hacerlo? Ya no sería yo, tendría que cambiar el trazado de mi vida y de mis pensamientos. No me reconocerías, puede que ni siquiera me amaras.

«¿Cómo podría no hacerlo?», le dije yo también a Fulvia. Había resistido varios días a la tentación de hablar con ella, pero, al cabo de unos días, se me hacía imposible mentirle, disimular el tono de mi voz al teléfono. «¿Qué te pasa?», me preguntaba ella siempre. Ante mi silencio obstinado, llegó a suponer que Francesco ya no me amaba, y fue esa sospecha lo que me decidió. Nos encerramos en el cuarto de juegos y se lo conté. Fulvia tenía una mano en mi regazo y me escuchaba seria. Al final, me preguntó tímidamente si tenía intención de seguir viendo a Francesco.

—¿Cómo podría no hacerlo? —le contesté.

Miré el cuarto que tan familiar me era, con sus viejos muebles.

—¿Recuerdas el día en que Aida anunció que habían detenido

a Antonio? Maddalena le arrancó los ojos a su muñeca.

Sentía que todo había empezado en ese momento. Luego Fulvia me preguntó por la actividad de Francesco, pero yo no sabía nada. Él me había hablado de reuniones, de arengas a los estudiantes, de octavillas impresas...

—¡Como Antonio! —exclamó ella.

—Sí —respondí y constaté que nada había cambiado en todos esos años—. No están contentos —repetí.

Su descontento llegaba hasta nosotras, oprimiéndonos. Me habría gustado rebelarme, gritar.

—¿Cómo puede uno acostumbrarse a no estar contento? —dije—. Es mejor dejar que te metan preso, es mejor arrojarse al río.

Nada más decir eso, sentí que me embargaba un miedo helado. Recordé las palabras melancólicas de la tía Violante, y aquellas, orgullosas, de la abuela. Aunque me aconsejaban que me acostumbrara pronto a la resignación, expresaban el mismo conjunto de amargas experiencias. La abuela y la tía Violante me habían hablado con severidad: ambas me apreciaban, y por eso no querían que me acostumbrase a la felicidad. También mi madre, cuando era niña, me arrancaba a veces de la ventana donde me entretenía, absorta en mis fantasías. La abuela había guardado el armonio bajo llave en el desván.

Ahuyenté esos pensamientos, refugiándome en el recuerdo de Francesco: había que luchar juntos para defender el círculo amoroso de nuestra vida. Nunca me acostumbraría a estar descontenta con él ni a rebajarme a las pequeñas obscenidades que habían alterado el orden del cuarto de juegos. «Nos casaremos», le anuncié a Fulvia.

Francesco y yo hablábamos a menudo de eso, y, al referirnos libremente al futuro, era como si quisiéramos experimentar su seguridad y su intangibilidad. Así, poco a poco, nuestra relación se había impuesto a todo lo demás. El peligro se había convertido en la sal de nuestros días, y el penoso trabajo de la casa y la oficina, que antes soportaba sin dificultad, me pesaba ahora como una cruel obligación. Había dejado de estudiar y tenía la casa descuidada. La ceguera de mi padre me parecía reveladora de la

ceguera en la que se había desarrollado su vida. Lo acusaba de no haber luchado nunca, de haber dormido tranquilo, confiando en el Estado y en la perspectiva de cobrar su pensión.

Francesco me había prestado algunos libros, que yo escondía entre la ropa interior. Los leía de noche y luego los ocultaba, pero la casa, con sus paredes y sus muebles, parecía traicionar su presencia. Ahora yo también era culpable por esas lecturas, que bastaban como prueba de mi complicidad con Francesco. Estaba impaciente por casarme con él para ahondar en esa complicidad. Él me miraba, admirado, con una tierna luz de gratitud en los ojos. Yo misma me admiraba reflejándome en él. Oh, qué días tan bonitos aquellos.

—Quisiera que nos casáramos lo antes posible —me dijo Francesco—. Me gustaría hablar con tu padre.

Le abrí la puerta a Francesco con mucha timidez. Hasta entonces, solo me había conocido a mí y mi cuento de hadas. Le había hablado de los muebles de los Abruzos que habían oprimido nuestra casa y mi infancia, de la pesadilla que su presencia había representado para mí. Temía que, al verlos, le parecieran comunes e inofensivos, y pudiera juzgarme exaltada y fantasiosa, aunque yo solo le había dicho la verdad. En efecto, nada más entrar, observó con simpatía un gran armario que nuestro vecino había considerado de valor: era el gran armario negro que ahogaba mi cama de niña, y que yo creía habitado por Cola porque crujía de noche.

Francesco miró a su alrededor, pensando quizá que éramos una familia de condición modesta. Su casa, como vi más tarde, era distinta. Su padre había sido magistrado. Por todas partes se veían libros guardados en vitrinas, incluso en la entrada. En la nuestra, en cambio, había una balanza romana en la que mi padre pesaba la harina que nos llegaba del campo.

Lo había informado el día antes. En lugar de recibir la noticia con alegría, tuvo un momento de fría vacilación, de contrariedad casi. Francesco ya no se correspondía con el personaje que le gustaba imaginar para molestarme. Con todo, nos dimos un abrazo.

Por la mañana, mi padre quiso afeitarse y vestirse de oscuro, y me preguntó el color de la corbata que le había elegido. Yo había comprado flores y, pensando en ofrecerle un café a Francesco, había sacado del aparador unas bonitas tazas que nunca usábamos.

Los dejé a solas. Cuando volví con el café, ya habían llegado al tema principal del encuentro. Francesco le había dado alguna información sobre su familia y sobre sí mismo, le había dicho que pensábamos casarnos dentro de un mes, y se había enterado de que yo no tenía un céntimo de dote, solo el ajuar que la abuela haría llegar desde los Abruzos, así como un terreno, que heredaría a su muerte. Cuando entré, mi padre estaba hablando de ese trozo de tierra, y me sentí como si estuvieran negociando la venta de un animal. Con total naturalidad, habían asumido entre hombres esa tosca tarea de la que parecían avergonzarse en mi presencia. Ya no sentía amor por Francesco, solo el deseo de rebelarme y huir. En realidad, él no había opuesto ninguna objeción, es más, había dicho que esos detalles no le interesaban. Mi padre añadió que yo era un ama de casa bastante buena y que ganaba un buen sueldo en la oficina. Francesco se rio. Los odiaba. Les serví el café con resentimiento. Al salir, Francesco me dijo: «Es un buen hombre», y yo cerré la puerta tras de él como si de un extraño se tratara.

Esperaba al menos recuperar la felicidad con la inminencia de nuestra boda, pero, en lugar de eso, me sentía atrapada en una rueda que no podía parar. Desde el día en que Francesco vino a hablar con mi padre y hasta el día en que nos casamos, nos pasamos el tiempo persiguiéndonos. Debíamos resolver problemas relativos en apariencia a nuestro amor, pero que, en realidad, no hacían sino distraerlo. Acostumbrada a la soledad y a los encuentros clandestinos, me sentía desorientada. Me parecía que estábamos cometiendo un grave error admitiendo a tanta gente y tantas cosas en nuestra celosa intimidad. Le manifesté mi temor a Francesco, que sonrió, creyendo que bromeaba, y luego me besó. Cuando lo hacía, yo dejaba de pensar que estábamos a punto de cometer un error.

Éramos pobres, por lo que no teníamos muchos preparativos que hacer. Nuestra casa, sin embargo, estaba en Parioli, en una

finca elegante que en un primer momento me intimidó. Sobre todo el portero, que saludó respetuosamente al «profesor» y, mirándome de reojo, dejó claro que desaprobaba la elección del profesor.

Esos juicios me hacían sufrir, temía no gustarle a Francesco. Esos días, él me miraba menos porque estaba muy ocupado. Cuando él no me miraba, yo dejaba de creerme guapa. Me compré algunos vestidos, pero, como era Fulvia quien me aconsejaba, Francesco temía que fueran excéntricos o vistosos. Esos días, Fulvia y Francesco se conocieron mejor e hicieron lo posible por ser amigos, pero no consiguieron ni tutearse.

Mientras tanto, el miedo, que al principio solo parecía haberse alejado de nosotros, fue desapareciendo poco a poco del todo. Era imposible que alguien pudiera pensar en hacer daño a dos personas sinceramente ocupadas en sus preparativos de boda. En ese tiempo, Francesco no podría haber negado que estaba contento. A veces pensaba que había exagerado incluso al imaginar que se hallaba en peligro, y esa idea fortalecía mi amor por él y mi deseo de acompañarlo y protegerlo. Y, desde que visitamos la nueva casa, también se había desvanecido mi temor por haber perdido nuestra apreciada soledad. Se trataba solo de unas pocas semanas, y luego toda la vida sería como en el Palatino y en Villa Borghese.

Había decidido que la boda fuera la culminación de una serie de días idílicos. Era ya primavera. La ciudad, el río, el color del cielo se transformaban, y me habría gustado disfrutar de todo eso con mi amado. Cada día, preparaba un itinerario romántico para el día siguiente; pero al día siguiente no teníamos tiempo. Una tarde volvimos a Villa Borghese. Las hojas nuevas volvían transparentes los árboles y el sol se ponía tarde, los días eran más largos. No nos fue posible encontrar un poco de sombra. Nos besamos deprisa, con miedo a ser descubiertos. Yo esperaba que pasáramos una dulce velada, como en los primeros tiempos. Imaginaba incluso que sería aún más bonito, ahora que no teníamos miedo ni sentimiento de culpa. Pero ya no sentíamos el mismo ardor. Pensé que esos besos robados ya no nos satisfacían, ávidos como estábamos de la libertad total que nos aguardaba.

—Escucha una cosa —le dije a Francesco—: quiero que volvamos con frecuencia a Villa Borghese a besarnos. También después de casarnos —le precisé—, no quiero perder esa bonita costumbre.

La tarde primaveral era apacible, invitante.

—Seguiremos yendo al Janículo, al Palatino...

De pronto, le aferré el brazo:

—Francesco, tengo miedo. Ninguna de las parejas que pasan por aquí está casada.

—Que sí, mujer, claro que sí —dijo él.

—No —insistí yo asustada—, no, estoy segura. Preguntémosles.

Él se reía con cariño. En los últimos tiempos no lo había visto reír mucho. Un miedo repentino me empujó hacia él.

—Tengo miedo —repetí—. Los casados no vienen nunca a Villa Borghese. Solo vienen los domingos con los niños. No será así, ¿verdad, Francesco? ¿Me juras que no será así? Seguiremos paseando juntos, ¿verdad?

—Sí —me aseguró mirándome con una mezcla de seriedad y dulzura—. Sí, te lo juro.

Me dijo eso exactamente, tenía que creerlo. Volvimos despacio sobre nuestros pasos, cogidos del brazo. Yo le iba contando de la calle Paolo Emilio, la miseria de la convivencia conyugal, la vida difícil y melancólica que había visto llevar a todas las mujeres. Los primeros años, las recién casadas esperaban el domingo con impaciencia, con el anhelo de recuperar en el marido al enamorado ardiente y devoto del pasado. Al cabo del tiempo, ya no lo esperaban, se limitaban a aprender a hacer una rica tarta para el domingo. Rebuscaba ansiosa en mis recuerdos, con la esperanza de encontrar al menos una pareja que se hubiera salvado.

—Ninguna —le decía asustada—. Oh, Dios mío, ni una sola. Si salen juntos, es para ir al cine. Fulvia y yo los veíamos bostezar en el intermedio.

—¿Cómo sería eso posible entre nosotros? —decía Francesco.

Se ponía a hablar de mi fantasía, de mi carácter, y yo me

tranquilizaba: me gustaba tanto oírlo hablar de mí... En las tardes fragantes volvía a sentirme despreocupada y feliz. Sonreíamos mientras, sin saberlo, salimos felices de Villa Borghese por última vez.

En esa época, Francesco me presentó a algunos amigos suyos que compartían su descontento.

Estaba satisfecho de que me gustaran sus amigos, y enseguida se dio cuenta de que era recíproco. Cuando coincidíamos con ellos, yo tenía una conversación agradable y hacía siempre comentarios inteligentes. Pero ya no era Alessandra, sino la Alessandra que encarnaba a la mujer amada por Francesco. Me gustaba que él amara a una mujer singular. Alberto y Tomaso me escuchaban, atraídos por mi forma de ser, que despertaba su curiosidad. El primero era filósofo, ya había cumplido los cuarenta. Había dejado de enseñar, ahora escribía libros que estaba prohibido publicar y que circulaban, mecanografiados, entre los amigos. Tomaso era periodista: no estaba contento, pero lo parecía. Él decía que era por su oficio, pero yo entendí que era por su carácter. Tenía veintisiete años y, de broma, llamaba a Francesco «el jefe». Al principio, habían dudado un poco en compartir conmigo a su amigo Francesco, sobre todo Alberto. Al poco fueron ellos mismos quienes me lo ofrecieron, mirándome con simpatía. Me sentía muy amada por Francesco, mientras nos alejábamos los dos solos y él me llevaba cogida del brazo. Éramos altos, nos acompasábamos al andar. Pero nuestro paso se había vuelto demasiado seguro.

El encuentro con su madre no fue tan fácil. Habría preferido presentarme acompañada de Francesco, pero él me había dicho al teléfono: «Te esperamos», y no me había atrevido a protestar.

Era una tarde preciosa: el cielo amarillo se reflejaba en el espejo gris del río. Exaltada por la nueva estación, llegué un poco aturdida, despeinada y con expresión distraída. Eso también le ocurría con frecuencia a mi madre, distraerse justo cuando mejor impresión quería causar. Enseguida me intimidó el vestíbulo espacioso, con sus muebles antiguos y sus cortinas rojas. No pude

evitar compararlo con nuestra entrada, dominada por la balanza romana.

Me faltó sobre todo la ayuda de Francesco, que, por primera vez, ya no era solo mío, sino también el hijo de la señora mayor del sobrecuello blanco. Tuve una sensación rara: no me atrevía a mirar a mi alrededor, como si me diera vergüenza conocer las cosas entre las que vivía Francesco, pues me suscitaban una profunda melancolía. Su madre me observaba. No estaba contenta con nuestro matrimonio, porque yo era pobre y me veía obligada a trabajar. Sin embargo, no manifestó su contrariedad y hasta se mostró cortés conmigo. Solo incidentalmente me preguntó si era buena mecanógrafa, y Francesco se apresuró a precisar que trabajaba de secretaria del director. Era cierto, pero lo dijo porque se avergonzaba de mí, y eso que siempre había mostrado valorar el trabajo que hacía. Él mismo se lo había contado a Alberto y Tomaso, añadiendo que también encontraba el tiempo para estudiar en la universidad. Su madre dijo que lamentaba no poder ayudar a su hijo, para que yo pudiera dejar mi empleo en la oficina.

—¿Por qué, señora? —repliqué—. No sería justo. Aunque Francesco fuera muy rico, aun así me gustaría igualmente trabajar, contribuir a nuestros gastos. Es una sensación desagradable la de pesar sobre el trabajo de un hombre. Por lo demás, también mi madre trabajaba, iba todo el día de aquí para allá dando clases de piano.

Hubo un silencio frío, y me di cuenta de que había hecho mal en decir eso. Luego entró una doncella con la bandeja del té, había unas tacitas preciosas. También ellos, pensé, han sacado sus mejores tazas. Pero eso no bastaba para hacerme sentir vergüenza de mi madre.

Con fingida desenvoltura, ayudé a la doncella a servir el té. Francesco me miraba satisfecho, y también la señora pareció apreciar mi gesto, que era en realidad fácil y obvio. Cualquier chica habría sabido hacerlo, mientras que no todas podrían haber ocupado mi puesto en la oficina. La conversación se centró en nuestros preparativos de boda, y yo empecé a coger confianza. Me

puse a mirar las fotografías enmarcadas. La señora Minelli no aprobaba la elección de nuestra casa, aunque fuera muy difícil encontrar una en esos tiempos. Era demasiado pequeña, decía.

—Hay que prever el futuro. Os casáis para tener hijos, es obvio...

—Oh, no, señora —la interrumpí, creyendo que así la tranquilizaba—, nosotros no nos casamos para eso. Nos casamos para estar siempre juntos.

De nuevo, mis palabras crearon entre nosotros un silencio penoso. Francesco me rodeó los hombros con el brazo.

Su madre esbozó una sonrisa agria, sirviéndose otra taza de té. Le lanzó una ojeada a Francesco y luego dijo:

—Es encantadora, en su ingenuidad.

Quise protestar, explicar que no era ingenua, que no lo había sido nunca. Pero, apretándome el brazo, Francesco me indicó con ese gesto que callara. Cambió de tema para disipar el momento incómodo, y yo me sentí como si hubiera caído en una trampa. Hablaban de parientes y de amigos a los que tenían que enviar la invitación de boda. Se preguntaban si era necesario invitar a la ceremonia, que iba a ser muy íntima, a la señora Spazzavento, daban mucha importancia a las reacciones de unos y otros. Yo confesé que no tenía parientes en Roma. Cuando lo dije, no suponía que la tía Sofia vendría desde los Abruzos para asistir a la boda. Dije que tenía solo una amiga que vivía en mi antigua calle. Eso los decidió a invitar a la señora Spazzavento. Yo los escuchaba, sumida en la melancolía. Sentía que esa ceremonia y esos preparativos ya no tenían nada que ver con lo que Francesco y yo habíamos comentado en Villa Borghese o en el Janículo.

—¿Y adónde pensáis ir de viaje de novios? —quiso saber la señora Minelli, cuando ya nos dirigíamos a la puerta.

Francesco me llevaba del brazo, por lo que me sentí más fuerte.

—Disculpe, señora —le dije amablemente sonrojándome—, pero eso es nuestro secreto.

Ya en la calle, Francesco no parecía contento con mi respuesta. Yo traté de explicarle que no había querido revelar el

lugar en el que habíamos decidido pasar nuestros primeros días porque quería recuperar, de alguna manera, nuestros tiempos clandestinos, secretos. Él me atrajo hacia sí, a la sombra de los plátanos, en los muelles del Tíber, y me dijo:

—Claro, y me gusta ese capricho tuyo.

Me esforcé en explicarle que no se trataba de un capricho.

—Fulvia lo entiende —le dije—, lo entiende perfectamente.

—Sí, claro —asintió.

Estaba impaciente porque abandonara mi actitud belicosa, pues quería besarme. Desde que habíamos fijado fecha de boda, a veces me cogía de la cintura y me besaba de repente, consciente de su derecho. Conforme aumentaba su aplomo, el mío, en cambio, disminuía. Desde hacía un tiempo, no pensaba más que en la primera noche que nos disponíamos a pasar juntos, era incapaz de distraerme de esa espera, dulce y angustiosa a la vez. La idea de esa noche, con todos sus detalles, ocupaba mi mente incluso cuando contestaba al teléfono, en la oficina, cuando escribía a máquina o taquigrafiaba las cartas que me dictaba el ingeniero Mantovani. Hasta me turbaba probarme el salto de cama que había encargado. Era azul, en recuerdo del vestido de mi madre. Me dormía imaginando a Francesco deshaciendo el lazo del salto de cama. Era como una película que se desarrollaba ininterrumpidamente en mi fantasía. Y no era tanto el deseo lo que me atraía cuanto el sentido religioso del rito que cumplíamos al unirnos. Me extraviaba pensando en las palabras que Francesco pronunciaría. Como cuando estaba en la iglesia, me sentía desbordada por un torrente sin fin de palabras de amor. Me figuraba sus gestos y cerraba los párpados. Me imaginaba entrando en nuestra habitación, presentándome a él con gracia. Era una habitación distinta a cuantas yo conocía: espaciosa, elegante, las pesadas cortinas ahogaban todo ruido, mientras yo avanzaba por una suave alfombra; la luz era discreta, en una esquina había flores fragantes de altos tallos. Nunca había visto una habitación como esa, me imaginaba que así serían las de la villa Pierce.

Un día, nos quedamos los dos solos en la casa nueva. Los mozos de la mudanza ya se habían marchado, después de colocar

los muebles relucientes del dormitorio, regalo de la señora Minelli. Cuando se hubo apagado el sonido de la puerta al cerrarse, nos encontramos uno frente a otro, Francesco y yo, a un lado y otro de la cama matrimonial. Los muebles nuevos, impecables, parecían estar aún en la vitrina de la tienda. Con su blancura insolente, el colchón invadía todo el espacio.

Besándome, Francesco me empujó hasta tenderme en diagonal sobre la cama, y él se tendió a mi lado. Su rostro tenía una expresión distinta cuando estaba tumbado. Era un rostro nuevo, lo acaricié para familiarizarme con él. Nunca había estado tumbada con él. Me besaba, y ya no le veía la cara. Nos llegaron unas voces de niños que jugaban en el patio.

—Estamos solos —susurró Francesco—, ¿quieres? —me preguntó.

Empezó a desabotonarme la blusa. Me aparté de él y me levanté de un salto. Él me siguió, diciéndome que no tuviera miedo.

—No tengo miedo —le dije—, pero ¿tú querrías, aquí? ¿Aquí?

Miré la fría habitación, el colchón blanco y el cable que colgaba del techo.

—¿Aquí? —repetí imaginándome con el salto de cama azul.

«No, claro que no, no ocurrirá la primera noche —pensé—. Me será ya tan difícil el mero hecho de estar a solas con él en un hotel...»

Él se atusó el cabello despeinado y me dijo:

—Perdona. Te amo tanto... Vámonos de aquí.

Nos casamos en una iglesita romántica, San Onofre, al pie del Janículo. Había elegido esa iglesia en recuerdo de nuestro primer paseo y porque mi madre solía hablarme de ella. Al atardecer, bajaba con Hervey desde la villa Pierce, paseaban despacio y luego entraban en esa iglesia para descansar un rato. Cuando fuimos juntos allí la primera vez, tuvimos la sensación de entrar en un lugar doblemente sagrado. «Estarán ellos también», dije yo, recorriendo los bancos con la mirada, fascinada.

La tarde anterior a la boda, Francesco me acompañó hasta el

portal de mi casa, como en los primeros tiempos. Había llegado ya la tía Sofia, la habíamos instalado en un catre para dormir. Se había vuelto imposible encontrar un momento de soledad y de libertad. Parecíamos socios desviviéndose por concluir un negocio provechoso: nos llamábamos brevemente por teléfono para acordar asuntos, y pasábamos horas en los pasillos grises del registro. Al volver a casa esa tarde, me encontré a Fulvia, que me esperaba con la tía Sofia. Estaban admirando las sábanas que había mandado la abuela desde los Abruzos, mientras mi padre las calibraba al tacto. Habían extendido una entre los tres; era preciosa.

—¿Qué estáis haciendo? —les pregunté—. ¡Dejad eso!

Me disculpé enseguida, aduciendo que estaba muy nerviosa. Pero, al poco, me impacienté de nuevo.

—¡Volved a doblarlo todo! —les ordené antes de ir a encerrarme con Fulvia en mi cuarto.

Esa tarde, Fulvia se portó muy bien conmigo. Era una tarde terrible, la más difícil a la que me había enfrentado hasta entonces, más difícil aún que aquella en que se habían presentado en nuestra casa los dos policías con el bolso de mi madre en la mano.

Una vez cerrada la puerta, Fulvia me miró con ternura. «Sandi», me llamaba, mientras yo recorría, nerviosa, la habitación de un extremo a otro. Luego la abracé, apoyando la cabeza en su hombro.

—Te he traído un regalo —me dijo tímidamente.

Era caro, imaginé que había necesitado la ayuda del ingeniero Mantovani para comprarlo. Le di las gracias y me eché a llorar.

Fulvia me acariciaba. Nunca se había mostrado tan dulce conmigo, ni volvería a serlo en el futuro.

—Ánimo —me dijo y luego añadió—: ¿Es que no lo amas tanto?

—Sí —le contesté—, por eso precisamente.

Miramos la maleta abierta, lista para nuestra partida al día siguiente. Se veía mi salto de cama azul, ya doblado. Yo nunca había tenido una prenda de seda, y Fulvia lo sabía. Estábamos sentadas en un baúl en la habitación desordenada, había zapatos tirados por el suelo, cartas rotas y fundas de percal descoloridas.

—Cuántos años... —dijo Fulvia.

Sentía un profundo vínculo entre ella y yo, entre esos baúles y la vieja máquina de coser con la que, de niña, me había pinchado una vez en un dedo. Pensaba que iba a tener que abandonar todo cuanto me había acompañado hasta entonces.

—Tengo miedo —dije levantándome de repente y mirando a Fulvia a los ojos—. Tengo miedo de no estar contenta.

Nerviosa y asustada, añadí:

—¿Sabes?, en este momento ya no lo amo, ni siquiera recuerdo su rostro.

Fulvia me dedicó una mirada tan compasiva que casi sentí miedo.

—Cálmate —me dijo—. Hoy estás así, y mañana será peor...

—¡¿Peor?!

—Sí, quizá —dijo poniendo las zapatillas de casa sobre el salto de cama azul—. Luego eso se pasará y serás muy feliz.

Durante la ceremonia, pensaba en las palabras de Fulvia, esperando que volviese la alegría, pero no volvía. No sentía emoción alguna, era como estar en la misa de Pascua o de Navidad. La iglesia estaba preciosa, Fulvia la había adornado con flores. Lydia y ella lloraron, conmovidas de verme en el altar. Tenían los ojos enrojecidos y se sonaban la nariz ruidosamente. La señora Minelli se volvió a mirarlas, también Francesco, sin descruzar los brazos sobre el traje oscuro. Las juzgaban, claro, sin entender que estaban pensando en Dario, en el ingeniero Mantovani y en el capitán, estaban emocionadas por las cosas que piensan las mujeres cuando una de ellas se casa.

Yo llevaba un vestido blanco, corto, que luego me puse todo el verano, y un pequeño tocado que había pertenecido a la abuela Editta. Al hablarle a Francesco de ese tocado, al principio había dado muestras de apreciar mi toque romántico, pero poco después me preguntó: «¿No será demasiado teatral?». Su comentario me mortificó. No entendía qué idea tenía él del teatro y, sobre todo, de mí. Pero esa mañana, mientras me dirigía al altar, acompañada de mi padre, por primera vez Francesco me susurró: «Estás muy

guapa», e, incómodo, me tendió un ramillete de gardenias.

De toda la ceremonia, lo único que me conmovió fueron esas gardenias y el canto de los pájaros, que nos llegaba desde la quietud de la lejana plazuela, insinuándose entre las notas del armonio. Me llevé el ramo al tren. Al salir de casa, volví atrás, exclamando: «¡Las gardenias!». Todos se despidieron de mí con besos. La tía Sofia me dijo: «Me gusta tu marido», mirándonos por turnos, como comparándonos. Mi padre había decidido mudarse a los Abruzos y se marcharía con ella al cabo de unos días. Quiso que nos despidiéramos a solas en su habitación.

—Bueno, Alessandra —dijo—. Hasta aquí hemos llegado.

Me tomó la mano, y de nuevo sentí el calor seco de su piel. Seguía llevando la sortija de oro en forma de serpiente. Recordé su mano tendida hacia la de mi madre, mientras pensaba en Francesco, que esperaba detrás de la puerta.

—¿Eres feliz?

—Sí —contesté.

Pero no era verdad, solo lo dije porque tenía prisa.

—Menos mal. Pensaba que te sería difícil ser feliz... Bueno, ya sabes a qué me refiero.

Era la primera vez en veinte años que mi padre y yo hablábamos de tú a tú.

—Me gusta tu marido —dijo él también, como la tía Sofia, lo que me provocó un temor difuso—. Espero que vengáis pronto a vernos a los Abruzos, me gustaría que Francesco conociera a la abuela.

—Claro. O vendrás tú aquí, puedes alojarte en nuestra casa.

—No, gracias —contestó decidido. Y repitió—: Hasta aquí hemos llegado.

Francesco me llamaba, así que salimos de casa alegremente, presurosos. «Adiós», me dijo Fulvia, asomándose al rellano. «Adiós», repetí yo, agitando la mano por el hueco de la escalera. Se abrieron algunas puertas a nuestro paso, el portero sonrió con simpatía, así como algunos vecinos, reunidos en el zaguán. Desde el tercer piso, una muchacha nos arrojó un geranio que había cogido del alféizar.

El error fue haber esperado ese viaje con demasiada ansiedad. Pasamos semanas y meses imaginándolo, pero luego transcurrió deprisa, gesto a gesto, minuto a minuto.

Tuvimos que renunciar a Capri y Nápoles por culpa de los bombardeos, de modo que elegimos Florencia. Yo estaba contenta de que fuera una ciudad con un bonito río. Al llegar, Francesco se irritó con el mozo de cuerda, era la primera vez que lo veía alzar la voz. Era tan justo lo que defendía, que yo misma me contagié de su irritación. Por otro lado, nada más llegar al hotel, hubo una discusión porque no nos habían asignado una habitación con vistas al Arno. Yo había expresado ese deseo, y Francesco había escrito a la dirección del hotel con mucha antelación, por lo que estaba justificado que se disgustara. Discutió con el encargado y con el director, sin comprender lo incómodo que me resultaba a mí asistir a ese altercado.

—Lo pedí claramente en mi carta: una habitación con vistas al Arno —repetía mientras los demás protestaban.

Yo estaba sola junto al equipaje, con las gardenias en la mano. Al fin nos dieron la habitación. Nada más cerrar la puerta, fuimos a asomarnos a la ventana. «¡Oh!», exclamó él en tono de revancha, pero demasiado enfadado todavía para disfrutar de la vista del río.

Sí, el error fue ese, haber esperado demasiado ese día. Quizá tendríamos que haber esperado que pasase. Pero, en lugar de eso, ni siquiera cenamos. Yo misma dije que no tenía hambre, porque lo único que quería era que se disipara ese malhumor y ese frío malestar. Deseaba sentirme feliz, y me esforzaba por serlo; sonreía, tratando de concentrarme en la dulce novedad de estar a solas con Francesco. «Ayúdame —lo exhortaba dentro de mí—, ayúdame, háblame.» Necesitaba oírlo hablar de mí, de él, de nuestro amor, para volver a centrar toda mi atención en nosotros dos. No podía evitar pensar que él sentía lo mismo que yo, y sonreía y me besaba solo porque en ese momento tenía el preciso deber de hacerlo. Mejor habríamos hecho en salir a pasear a orillas del Arno, disfrutando de caminar acompasados. En lugar de eso, nos

quedamos en la habitación, fingiendo no poder resistir al deseo. Yo no conseguía quitarme de la cabeza el rostro arrogante del mozo de cuerda, y en mis oídos seguían resonando las ásperas palabras del director del hotel. Pensaba en Fulvia al ver el salto de cama azul arrugado en el suelo. Sobre la pared blanca, los huéspedes que nos habían precedido habían aplastado dos mosquitos.

Después, Francesco se quedó dormido. El silencio era pesado; el tictac del pequeño despertador que me había regalado Fulvia medía el interminable transcurrir del tiempo. Los hombros desnudos de Francesco asomaban fuera de las sábanas, y yo observaba fríamente su piel desconocida. Tenía siete lunares dispuestos en un orden que recordaba la constelación de la Osa Mayor. Su nuca era lisa y suave, invitante. Lo llamé: «Ayúdame», le dije mentalmente: «Despierta, háblame, abrázame». Me respondió el ritmo regular de su respiración, que hacía más hondo el silencio y más angustiosa mi soledad.

Todo fue distinto a como lo había imaginado: había anticipado que Francesco me besaría las manos, rozándome apenas con la mirada, y, poco a poco, con palabras amorosas, me llevaría a aceptar la audacia de sus gestos. En lugar de eso, no me dirigió una palabra. Tal vez creyera que, en determinados momentos, los gestos pueden ser amor. Pero no es así. Aunque él me sacaba once años, yo era mujer y sabía que el amor son las miradas y las palabras más que los gestos, que sirven para expresar sentimientos totalmente distintos. Él, que solía ser tan cariñoso, se volvió severo, todo fueron gestos apresurados. Hacia dondequiera que me volviera, chocaba con sus brazos. Lo aparté de mí para mirarlo a los ojos, para sentirme viva y amada en su mirada, pero enseguida volvía a tener encima sus brazos, y ya no alcanzaba a verle la cara. «Francesco, amor mío —le susurré mentalmente—, mírame.» Sentía que todo mi cuerpo expresaba súplica, también esa voz secreta que tantas veces él había mostrado saber oír.

Debo confesar, con total sinceridad, que la intimidad con un hombre no me sorprendió, ni suscitó siquiera en mí la rebelión y el asombro del primer beso de Paolo. Entonces yo no imaginaba ese

beso ni su desconcertante novedad. Al no estar enamorada de él, no se me había pasado por la cabeza imaginarlo. En cambio, como de Francesco sí estaba enamorada, había fantaseado ya con cada gesto y lo había aceptado por amor. Lo único que me sorprendió fue que, después, no me mirase con ternura, ni me llamase «reina mía», arrodillándose ante mí. Nos quedamos tumbados un momento, uno al lado del otro, y luego él cogió los cigarrillos de la mesilla de noche. Yo sentí que se me helaba toda la sangre. A pesar de todo, fumé como si nada, mirando el techo blanco y las cortinas ajadas. «Tío Rodolfo —llamé mentalmente—, tío Rodolfo, ven, ayúdame.» Recordé su mirada, el día de nuestro almuerzo en Sulmona.

Francesco y yo nos pusimos a charlar mientras fumábamos, para fingir una desenvoltura que no teníamos. Él recordó algún detalle del día, propuso itinerarios para el día siguiente y comentó incluso la discusión con el director, mostrando una satisfacción muy masculina por el éxito obtenido.

Las gardenias emanaban un denso aroma junto a la cama. Desde entonces, cada vez que siento ese aroma, es como si reviviera esa noche. Al verlas, me reproché el ser tan injusta y haber olvidado todo lo que su presencia allí representaba. Me imaginé a Francesco entrando en la floristería y señalando las gardenias. Me halagaba que, pensando en mí, hubiera elegido esas flores suaves, tiernas y perfumadas.

—Francesco —le dije—, tus flores me han hablado durante todo el día. También lo hacen ahora, y me reconfortan mucho. Quería darte las gracias: los gestos de amor tienen mucha importancia para mí.

En un primer momento, él guardó silencio, y luego me dijo:

—Bueno, tengo que decirte la verdad. Ha sido Fulvia. Reconozco que a mí no se me habría ocurrido. Igual es un defecto mío, o quizá es que los hombres no piensan nunca en estas cosas. Fulvia me llamó y me preguntó discretamente si ya te había comprado flores. Yo le dije que no, que no sabía, no sabía qué flores escoger, cuáles te gustarían más. Vamos, que no sabía qué decir. Entonces ella fue tan amable de ofrecerse a ayudarme. Me

dijo que se ocuparía de todo, me dio la dirección de una floristería y me dijo que no tenía más que pasar a recogerlas. Se mostró muy atenta. No me era simpática, ya lo sabes, pero con ese gesto he entendido el cariño que te tiene. ¡Insistió tanto en que no te dijera nada! Pero yo he querido hacerlo, para que la conozcas aún mejor, y también quiero decirte que ahora entiendo por qué eres amiga suya. Mañana le enviaremos una postal —añadió.

De modo que había sido cosa de Fulvia... Y eso que me había sonreído, animosa, al enseñarle yo las gardenias, diciéndole: «Mira qué detalle más delicado ha tenido Francesco». «¡Oh!», había exclamado, alegrándose. Al volver de la ceremonia, me había abrazado, murmurando afligida: «Te vas..., te vas...», antes de despedirse, sonriendo entre las lágrimas, desde el hueco de la escalera. Se quedaba en casa a hacerle la maleta a mi padre y a lavar las copas de champán.

—Sí —asentí—, una bonita postal con una vista del Arno.

—¿Qué tienes, Sandra? —me preguntó Francesco sorprendido por mi voz.

—Nada, ¿qué voy a tener?

Era cierto: solo tenía rencor.

Me quedé despierta mucho rato. De vez en cuando, Francesco movía un brazo, y yo me alejaba más de él. Cuando la grisura de la aurora aclaró el cielo, tras los postigos cerrados, me dormí por fin, agotada por la melancolía. De nuevo me despertaron los brazos de Francesco, en la oscuridad en la que se colaba la luz del sol. Ya no me sentía su enemiga, como antes de mi breve sueño. Me abrazó mientras hablábamos, con la mirada perdida. Conversamos de unas cosas y otras, de proyectos. Ya no de nosotros, como hacíamos antes, para conocernos y buscarnos. Numerosos personajes entraban ahora en nuestro círculo cerrado: la señora Spazzavento había mandado un bonito regalo y le había dicho a mi suegra que yo era guapa pero demasiado delgada. Francesco le daba la razón y se proponía velar él mismo porque siguiera un tratamiento. Pudorosa, me subí la colcha hasta la barbilla.

Luego Francesco se levantó y abrió la ventana, anunciándome

que hacía bueno y que podíamos salir a pasear. Luego me dijo «disculpa, querida» y, atusándose el cabello con un gesto desenvuelto, entró en el cuarto de baño y me dejó sola. Oí correr el agua en la bañera y el ruido de un cepillo. «Se lava los dientes —pensé—. No sé cómo es Francesco mientras se lava los dientes.» Era como si la pared fuera de cristal, y cada cual pudiera ver los gestos del otro, que fingía hábilmente que estaba solo. Lo oí meterse ruidosamente en la bañera, luego se puso a enjabonarse, con un enérgico masaje. «No es posible que haga eso todas las mañanas: exagera para disfrazar su incomodidad. Sí, exagera porque estoy aquí, oyéndolo todo.» Se frotaba con fuerza y se daba rápidas palmadas en los hombros, canturreando. Esa mezcla de arrogancia y timidez me provocó un arranque de ternura incontenible. Me habría gustado ayudarlo a superar el difícil comienzo de nuestra intimidad cotidiana, si yo misma no hubiera estado tan turbada.

Encendí otro cigarrillo, pero eché en falta un cenicero junto a la cama. Así deshecha, esa cama me provocaba un intenso malestar. Cerré los ojos para volver a dormirme y evitar así esa jornada difícil, pero las sábanas ya no emanaban solo mi olor. Al moverme, notaba el aroma a lavanda de la brillantina de Francesco, el mismo que emanaba de él el día en que nos conocimos, y el que percibía cuando se me acercaba y cuando me besaba: el olor de nuestro amor. En ese momento, sin embargo, me pareció del todo extraño, turbada como estaba por percibirlo en mi lecho. Ese olor despertaba recuerdos ásperos, llenos de sentimiento de culpa: pertenecía al desaliño de mi persona y de mi cabello, estaba ligado al chapoteo que venía del baño, a la voz masculina que canturreaba segura, al abrigo gris que colgaba del perchero, bajo un sombrero negro, y que ya no era el viejo abrigo gris con el que Francesco venía a mi encuentro en nuestras citas. Era el de un hombre que se había desnudado para yacer con una mujer. Me sentía sola, ajada y marchita, aunque ese fuera el primer despertar tras mi boda. No pensaba que también esa mañana fuera a ser necesario hacer los gestos de siempre, creía que todo ocurriría como por arte de magia.

—¡Francesco! —lo llamé desamparada.

Apareció a los pocos segundos. Llevaba un batín de rayas, no muy nuevo, y, al cuello, una toalla con la que se frotaba las mejillas embadurnadas aún de jabón aquí y allá.

—Perdona, querida —me dijo solícito—, ¿qué pasa? —preguntó mientras seguía frotándose la cara.

Lo había llamado con un grito, movida por un impulso. Me gustaba que llevara un batín viejo, seguramente era el mismo que se ponía cuando acudía a responderme al teléfono, tenía el bolsillo algo dado de sí por el peso de los cigarrillos. Si, en lugar de ese, hubiera llevado un batín nuevo, creo que lo habría insultado: «¡hipócrita, mentiroso!», le habría dicho. Esperaba que no reparase en lo pretencioso que era mi salto de cama azul de seda artificial. Me propuse no vestirlo, me pondría el abrigo encima del camisón, como hacía en los Abruzos. Pese a todo, su viejo batín y sus zapatillas de casa con el talón doblado me suscitaban unas irrefrenables ganas de llorar. Me parecía fácil injertar la una en la otra dos vidas efímeras, cuidadosamente preparadas para un encuentro agradable y rápido. Si la cama no hubiera estado deshecha, si el mísero cuarto se hubiera transformado en una habitación lujosamente amueblada, si todo, a nuestro alrededor, hubiera manifestado desahogo e indiferencia a los apuros cotidianos, y nosotros mismos nos hubiéramos mostrado conformes al modelo de nuestros ideales estéticos, quizá mi estado de ánimo habría sido despreocupado y feliz. «Francesco —le habría dicho con esa entonación que tan bien conozco y que hacía volverse a los hombres, sorprendidos y emocionados, como cuando oyen la música de un carillón—, Francesco, por favor, pide el desayuno.» Habría tenido mucha hambre, el hambre caprichosa de los ricos. En lugar de eso, resultaba difícil entrelazar nuestras vidas de personas pobres, acostumbradas a luchar en soledad y comprometidas con un amor profundo. Le rogaba: «Esconde ese salto de cama, escóndelo enseguida, Francesco; no finjamos ser quienes no somos, debemos aceptarnos tal cual somos, en el desorden de este lecho, con mi cabello despeinado y con tus viejas pantuflas... Ven aquí —lo llamaba desesperadamente—.

Afrontemos juntos esta mañana difícil».

En lugar de eso, él dijo:

—Perdona, cariño, enseguida te dejo libre el baño.

Seguía secándose la cara, el cabello ralo se le levantaba en las sienes. Le volví la espalda y me eché a llorar. Hundía el rostro en la almohada para sumirme en el olor de la noche transcurrida, en ese olor a sueño masculino que conocía por primera vez. El fondo amargo de mi desesperación era mi gran amor por Francesco, que habría querido libre de la servidumbre de la cama y de las sábanas; deseaba que hubiéramos podido unirnos de una manera angelical, mística, inocente, escapando a las leyes comunes a todas las criaturas. «Francesco —murmuré—, Francesco...» Volvió a mi memoria la imagen del jardín de los Pierce, con sus grandes cedros del Líbano habitados por caballos, de Emilia cubriéndose el rostro con un velo de tul para acudir al encuentro de su amado. Y yo, ahí, sin bañar todavía, entre esas sábanas.

—Dime —insistió él abrazándome—, ¿he hecho algo que te haya molestado? Dime, por favor, seguro que sí. ¿Cuándo ha sido? —me preguntó con ansia—. ¿Ayer por la tarde? ¿Anoche? ¿Esta mañana? Debes decírmelo. ¿Cuándo? Debes decírmelo todo, todo.

—No —contesté entre sollozos—. Te lo aseguro, no has hecho nada.

—No es posible —insistió él—, perdóname, querida, ¿qué he hecho? Sandra, dime...

Un poco más tarde, salimos. Persistía ese velo tupido entre la felicidad y yo. «Lo he estropeado todo —pensé—, la culpa es mía.»

«Sí», me dice él ahora, y su voz se vuelve vibrante, agresiva. Solo cuando hablamos de esa noche, siento que él trata de defenderse. Quizá porque, al rememorarla, tampoco yo soy capaz de escribir con serenidad, de dominar el dolor y el enojo. «Sí —insiste él—, la culpa fue tuya, pero reconozco que la primera en sufrir fuiste tú. Oh, Alessandra, no sabes lo difícil que era afrontar esas horas que llevaba meses viviendo en mi imaginación. Es difícil estar a la altura de lo que uno se ha imaginado, arriesgarse a hacer esos gestos que en la fantasía no tienen peso ni impacto, pero que, al

hacerlos, asumen su aspecto más crudo. Si no te hubiera amado, debes creerme, ahora te exijo que me creas, todo habría sido muy fácil. Con otra mujer, podría haber actuado con frialdad y hasta superar con creces la imagen mental que se hubiera hecho de mí. Pero eras Alessandra, y te amaba. Cuando te vi entrar con tu salto de cama azul, sentí una emoción tan fuerte que fue como volver vertiginosamente atrás, a la turbación que sentía cuando, con ocho años, veía asomarse a una niña de la que estaba enamorado. Cuando nos veíamos, nunca era capaz de hablarle. Ella me llamaba "mudo" y "estúpido", mientras yo la miraba, adorándola, y luego se reía de mí. Oh, estabas tan guapa, te movías con tanta gracia... Los gestos que debíamos hacer, para salir de esa obligación ineluctable, me parecían todos vulgares comparados con tu encanto. Además, esa noche yo no te deseaba en absoluto. Te dije "vámonos a cenar", solo quería contemplar cómo te movías, con ese hermoso color que te adornaba, besarte las manos, y quizá marcharme, humillado de ser un hombre. Pero la idea de ese deber que me aguardaba, dulce y despiadado a la vez, y un tosco desprecio masculino me empujaban a ser más fuerte que mis miedos. Me habría gustado que tú entendieras todo eso, aun sabiendo que no podías porque yo era el primer hombre que conocías. El error vino del gran amor que te tenía y que me hizo tratarte con tanto respeto. Lo que ocurrió esa noche tendría que haber ocurrido enseguida, nada más sentir que nos habíamos enamorado, y tendría que haber ocurrido de repente, antes de que nos diera tiempo a fantasear con ello. Entonces, al verte con tu salto de cama azul, yo no habría estado en desventaja con la imagen de mí que habitaba ya tu fantasía. Fue un grave error aquel, que me empujó a liberarme lo antes posible de la angustiosa obligación de no decepcionarte. Desde ese momento, surgió en mí un rencor contra tu madre, que no tuvo el valor de afrontar la realidad palpable de un amor, su costumbre, su decadencia, quizá, y su final. Si hubiera llegado a ser la amante de Hervey, no nos habría hecho tanto daño. Me habrías hablado de eso de otra manera, tú misma habrías sido distinta. Me ensañaba, en mis pensamientos, contra ella, la acusaba de cobarde y de hipócrita, la

insultaba casi. Oh, Alessandra, era casi un enfrentamiento entre ella y yo, en el que te revelaba cómo son de verdad los hombres. Te amaba tanto... Dentro de mí decía "querida", decía "reina mía", me parecía imposible dirigirme a ti con tanta familiaridad. Estaba tan extenuado por esas amargas luchas internas, esas incertidumbres, que, después, me quedé dormido enseguida. No quería ser testigo de tus pensamientos, no quería saber si sufrías. Eso fue lo único que hice mal. Oh, Alessandra, entonces no era fácil hablar contigo, eras una chica tímida, en su primera noche de bodas. Ahora eres una mujer. Hoy puedes entenderme. Perdóname.»

De verdad creí perdonarlo enseguida. Nada más salir al aire libre, reconocí su forma de andar, que me era familiar. Me parecía incluso que podría olvidarlo todo, hasta las gardenias. Por la tarde me atreví a ponerme una en el ojal del vestido negro. No sabía que, desde entonces, esa noche angustiosa me habitaría siempre, conquistando sutilmente mi sangre y cada fibra de mi ser, como un germen maligno. En esos días, sin embargo, supo ocultarse, lo que me permitió ser feliz, tanto que le envié a Fulvia dos postales con textos tontos y exagerados. El ocio y la posibilidad de dedicarnos por completo al amor nos fueron de gran ayuda. Fuimos a los Uffizi, y Francesco se paró delante de un cuadro:

—Ahora, sal de la sala —me dijo sonriendo—, y luego acude a la cita, como aquel día en la Galería Borghese.

Volví a entrar, con una expresión tan dramática y exaltada que se rio.

—Inténtalo otra vez —insistió.

Volví a entrar de nuevo, interpretando la caricatura de mí misma. Nos besamos riendo. Nos sorprendieron así dos turistas alemanes, que también se rieron. Estábamos tan felices que la risa de los alemanes nos alegró más todavía. Íbamos a las tabernas, que tenían pequeñas orquestas, y nos sacamos una fotografía en la plaza dei Colli. Nos ateníamos, divertidos, a los típicos itinerarios de los viajes de bodas. Por las noches nos dormíamos tarde, abrazados.

Volvimos a Roma el día antes del final de mis vacaciones. No nos quedaba un céntimo, en la estación tuvimos que llevar nosotros mismos el equipaje. Eso fue muy divertido, Francesco se admiraba de mi buen humor. Quizá no recordaba que estaba acostumbrada a la pobreza. Le dije que podía cobrar mi sueldo con dos o tres días de antelación, y él se rio, diciendo que su sueño siempre había sido ser un mantenido. Esa noche fuimos a cenar a casa de su madre, y yo le pedí a Francesco que no le dijera que nos habíamos quedado sin dinero. No quería que pensara que había incurrido en demasiados gastos por mi culpa. Me conmovió su insistencia en comprarme un sombrero de paja florentino. Me iba muy bien a la cara, desde luego, y me daba pena no poder lucirlo, porque ya nadie llevaba sombrero. Abultaba mucho y, en la estación, cargada ya con las maletas, me vi obligada a ponérmelo. Aquello fue motivo de una pueril alegría, porque era el blanco de todas las miradas. El portero nos vio llegar a pie, con las maletas en la mano y el sombrero puesto. Fue un contratiempo desafortunado, porque se llevó una mala impresión de nosotros como nuevos vecinos.

La casa era un ático elegante. Frente a nuestra habitación había una amplia terraza de baldosas rojas. Pensé que podría instalarme allí tranquilamente a leer y a estudiar, pero al principio nunca encontraba el momento de ponerme con los libros, porque aún no disponíamos de todo lo necesario en casa y teníamos que andar poniendo parches. No le decía nada a Francesco, por temor a que le pidiera ayuda a su madre. Esta podría haberle echado en cara haberse casado con una chica pobre que, además, ganaba poco. Por eso decidí descuidar los estudios esos primeros tiempos, y dedicar las tardes a hacer horas extras en la oficina. El coste de la vida aumentaba sin cesar, para los pobres no resultaba fácil abastecerse, y menos aún para aquellos que, como nosotros, debían mostrar una aparente dignidad.

No tenía a nadie a quien recurrir en busca de ayuda: la casa de Parioli era más impenetrable todavía que la del muelle Flaminio. Las ventanas de los patios, brillantes como espejos, estaban siempre cerradas, y ni las criadas se asomaban por ellas.

No conocía los nombres del resto de los vecinos porque había pocas placas en las puertas. Por la escalera no parecía pasar nunca nadie, ni se entretenía nadie en los rellanos. En esa casa, se nacía sin alegría y se moría sin dramas, respetando las buenas maneras. El portero apenas nos saludaba porque no teníamos criada, y debo confesar que me avergonzaba pasar por delante de él con la bolsa de la compra.

Con frecuencia, para liberarme de esa cárcel inhóspita, bajaba paseando hasta Prati, contenta de sentirme de nuevo entre gente simpática y cordial, y volvía a la casa de la calle Paolo Emilio. Había mucho polvo en el zaguán. Me preguntaba si siempre había estado así de sucio, me resultaba imposible creerlo. Enseguida, la portera se informaba de mi salud y de la de mi marido, y disfrutaba llamándome «señora».

La difícil situación política de Francesco le impedía ejercer su actividad profesional, por lo que, una vez apagada la efervescente despreocupación de los primeros días, tuvimos que hacer frente a condiciones de vida muy duras. No eran solo los sobresaltos cada vez que sonaba el timbre, o que Francesco tuviera que mostrar una mayor cautela con las llamadas telefónicas y las reuniones con sus amigos, sino que también nos veíamos obligados a pasar hambre, aunque cada cual le asegurase al otro que había comido lo suficiente. Francesco ya no tenía acceso a esos pequeños trabajos que, junto con el exiguo estipendio de la universidad, nos habrían permitido vivir con menos estrecheces. Yo no era capaz de estudiar, y la casa no tenía la apariencia acogedora que yo deseaba. En el despacho no había más muebles que el pequeño escritorio de Francesco y unas pocas estanterías, procedentes de la casa de su madre. Era muy incómodo no tener sillones, solo sillas. De primeras, no caí en la cuenta de los inconvenientes que eso nos crearía. Se nos hacía imposible conversar, sentados en esas sillas, en el despacho frío y desangelado: teníamos la impresión de estar en la sala de espera de la consulta de un dentista. Era más fácil cuando los amigos venían a vernos y nos sentábamos alrededor del escritorio. Pero, figurándome que querrían estar a solas, yo no tardaba en fingirme cansada y me iba a la cama. Cuando

estábamos los dos solos, sentados en las sillas, era imposible entablar conversaciones interesantes sobre religión, sobre arte y sobre nuestros proyectos espirituales, que eran nuestros temas preferidos durante el noviazgo, en cuanto dejábamos de hablar de nuestro amor y nuestra futura vida conyugal.

Después de cenar, nos sentábamos en la cama, pero estábamos cansados, y Francesco decía enseguida: «¿Y si seguimos charlando tumbados?». Al poco nos quedábamos dormidos, de puro agotamiento. Yo me empeñaba valientemente en que nuestra vida fuera tal y como la habíamos imaginado, pero había dos cosas contra las que no podía luchar: el malestar que nos provocaba la ausencia de sillones y el estupor que le causaba a Francesco nuestra falta de dinero. Tenía la costumbre de entregarme lo que ganaba, que era muy poco; desde ese momento, y durante todo el mes, parecía creer que, en mis manos, el dinero no pudiera agotarse. «¿Se ha acabado?», me preguntaba estupefacto. En su sorpresa yo creía ver la sospecha de que era una derrochona. Sonrojándome, me afanaba en explicarle en qué lo había gastado, quería coger un lápiz y ponerme a hacer cuentas. «No, no —me decía él con galantería—, no tienes que rendirme cuentas de nada. Puedes gastar el dinero como quieras, puedes hacer con él lo que quieras.» Esas frases me sumían en un rabioso resentimiento, que lograba sin embargo dominar. Yo insistía en hacer las cuentas, pero él se oponía, por lo que permanecía bajo la acusación tácita de haberme quedado el dinero para mí. Un día, hice la lista de la compra y conseguí que la leyera: no había más gastos que los de la casa, reducidos ya al mínimo, a lo imprescindible. Después de leerla, me la devolvió, repitiendo: «Claro, querida, no hace falta que te justifiques: ya te he dicho que puedes hacer lo que quieras con el dinero».

Aplacé a la primavera mi propósito de presentarme a un examen, y tuve la suerte de poder impartir clases de lengua a una chica que estaba cursando el bachillerato de Letras. Era una chiquilla rica y presuntuosa que me hacía esperar y me llamaba «señorita», pues, según ella, todas las maestras eran unas solteronas. Tenía el vicio de merendar durante la clase, y los libros

se manchaban de chocolate y de café con leche. A esa hora yo solía tener mucha hambre, esperaba minuto a minuto a que llegara el momento de la merienda y me saciaba mirando comer a mi alumna. A veces, me ofrecía una tostada con mantequilla o un trozo de tarta. Francesco y yo nos manteníamos a base de ensalada de tomate y judías. Cada día, sin embargo, para mostrarle a mi alumna mi indiferencia o mi desprecio, me proponía seriamente rechazar su ofrecimiento. Pero nunca lo conseguía.

Desde que había accedido a dar esas clases, pensaba más a menudo en mi madre. Subiendo la escalera en la villa de mi alumna, me preguntaba si también en esos momentos mi madre era capaz de conservar la gracia inimitable de su paso, y, suponiendo que lo fuera, me sentía humillada. Cuando mi alumna estaba ocupada, el mayordomo me hacía esperar en el vestíbulo. Era un hombre gigantesco, y su estatura me hacía sentir aún más intimidada. Al cruzar el vestíbulo, la familia de mi alumna me saludaba con un rápido gesto de la cabeza.

No podía renunciar a esas clases, pero, una tarde, al salir de allí, para consolarme me compré dos macetas de jazmines para ponerlas en la terraza. Quedaba preciosa así adornada, y el perfume de las flores se colaba en nuestra habitación. Francesco tardaba en volver a casa y, cada vez que eso ocurría, yo era presa del mismo terror que cuando esperaba a mi madre. Nada más oír sus pasos en la escalera, un día me senté en un cojín en la terraza, rodeada por el toque alegre de las flores. Me había recogido el cabello sobre la nuca y me había puesto una ramita de jazmín. Francesco me buscó por toda la casa, pero yo no contesté. Decía «¡Alessandra!», con una veta de desamparo en la voz. Cuando me encontró, nos abrazamos, felices y reconfortados. Después de cenar, se sentó conmigo en la terraza a contemplar las estrellas. También las vimos algo más tarde, desde nuestra cama, enmarcadas en la ventana. A la mañana siguiente, temprano, corrí a casa de Lydia a que me prestara dinero para la compra. Me despedí de ella enseguida y, temiendo llegar tarde a la oficina, bajé deprisa la escalera con el paso airoso de mi madre. Francesco y yo adquirimos la costumbre de quedarnos en casa por las tardes.

Gracias a la terraza, no sufríamos el calor. Nos tendíamos en la cama, y, en esos momentos, yo no era pobre ni estaba cansada, solo enamorada. Ahora ya no chocaba con los brazos de Francesco cuando me estrechaba contra sí. Tenía los brazos muy largos, y yo me alegraba de ser delgada, pues me envolvían como una enredadera, encontraban su sitio natural alrededor de mis hombros y en el hueco de la cintura. Cuando no me abrazaba, sentía que mi cuerpo estaba indefenso.

Al principio del otoño, Francesco se vio obligado a aceptar por las tardes un empleo muy modesto con un pariente de Alberto. Era frecuente que no viniera a casa a almorzar, para asistir a reuniones con amigos que, como él, no estaban contentos. Cuando tardaba, yo siempre temía que lo hubieran detenido. Llamaba por teléfono a Tomaso para que me diera noticias. Él mismo, que siempre había sido muy hábil, me confesó que ahora encontraba muchas dificultades en su trabajo. A Francesco ya no le estaba permitido escribir y se topaba con una frialdad creciente a su alrededor. Iba sin ganas a la universidad, donde ya todos lo evitaban, pero no tenían el valor de decírselo abiertamente. Volvían la cabeza a su paso o lo saludaban apenas, temerosos, como los niños cuando los padres les tienen prohibido hacer algo. Hasta el propio Lascari lo eludía, con el pretexto de estar muy ocupado.

Era una situación muy triste, agravada por nuestra pobreza, cada vez más agobiante. Estábamos en deuda con el droguero, y yo salía de casa rápidamente, haciéndome la distraída, por miedo a que me dijeran algo en presencia del portero. Su actitud me era insoportable. En esa época, los porteros estaban todos al servicio de la policía, por lo que suponíamos que estaba al corriente de la postura política de Francesco. Este me había pedido que me mostrara prudente e incluso cortés con él. En efecto, hacía tiempo que el portero parecía deseoso de pararse a charlar conmigo. Aludía a las propinas escasas que recibía de los demás vecinos, a la ropa que la señora del segundo le regalaba a su mujer, una ropa preciosa, que parecía nueva. Sobre todo trataba de averiguar quiénes eran los amigos que venían a ver a Francesco. Yo le

contestaba con evasivas y corría a refugiarme en casa.

Cuando volvía, estaba siempre cansada, agotada incluso. Cada día hacía largos trayectos a pie, para ahorrar. Caminando por el asfalto gris, entre las casas grises, recordaba mis bonitos paseos en los Abruzos. Desde que me había casado, la abuela me escribía con frecuencia. Se informaba sobre mi vida y mis estudios, con su estilo sobrio y seco. Yo le contestaba que todo iba bien. Me preguntaba en cada carta si tenía alguna novedad que anunciarle, es decir, si estaba esperando un hijo.

Encontraba sus cartas al volver jadeante de la oficina, cargada con la compra. Tenía que cocinar y ordenar la casa deprisa para llegar puntual a la clase con mi alumna. Por la tarde, volvía a casa preocupada por todo lo que había quedado sin hacer: planchar y zurcir la poca ropa interior que teníamos. Pensaba en la abuela sentada en el huerto, disfrutando de la paz y el bienestar del campo. Si le hubiera contestado que sí, me habría enviado las sábanas destinadas a los biznietos y un saco de polenta. Yo me habría visto obligada a dejar de trabajar, y Francesco habría tenido que afrontar él solo todos los gastos, pues haberle dado un hijo me habría asegurado para siempre el derecho a ser una mantenida. Ya nunca me presentaría a él separada del niño, estaría siempre con nosotros, dormiría en nuestra habitación, lo llevaría de la mano, entre nosotros, durante nuestros paseos. Y, cada día, le anunciaría cándidamente a Francesco que el niño necesitaba zapatos y vitaminas, y que tendría que apañárselas para conseguir el dinero. Bastaba que trabajase más todavía, renunciando, por el momento, a sus queridos estudios. Y si, al final, debía renunciar a ellos para siempre, por los gastos añadidos y por no poder contar ya con mi sueldo, podría contentarse con la idea de que, al cabo de veinte años, quizá su hijo se dedicara a esos mismos estudios que él había tenido que sacrificar. La abuela podría añadir una rama más al árbol en el que se había injertado su vida, segura y vigorosa. «No creo que tengamos hijos por ahora —le escribí—: soy demasiado pobre, o quizá aún no lo sea lo suficiente. Y, sobre todo, estoy demasiado enamorada, quiero estar sola con Francesco. Nunca seré capaz de renunciar al amor. Si lo fuera, me habría casado con

Paolo y me habría quedado contigo.»

La abuela guardó silencio unos días y luego contestó: «Querida Alessandra, eres muy temeraria. No me disgustan las personas temerarias. Pero, a mi juicio, privarse de tener hijos no es solo un grave pecado, sino también un grave peligro. Espero que consigas ser feliz sola con tu marido. Pero, si no lo consigues, ni siquiera podrás atribuir la causa de tu derrota a los sacrificios hechos por los hijos».

Esas palabras de la abuela me causaron una honda impresión. Resonaban todo el día en mi cabeza, severas e inexorables como ella misma. «Espero que lo consigas.» Espoloneada por ese reto, trabajaba con más destreza y ahínco, intentando hacer algún que otro descanso en la jornada. Era difícil, con la vida que llevábamos, pero aun así conseguía estar siempre limpia y bien vestida, serena, sonriente y armoniosa. Planchaba y me renovaba yo misma la ropa, solo lamentaba no poder comprarme nunca un bonito par de medias, las que llevaba tenían remiendos. Por eso, escondía siempre las piernas, pese a saber que no las tenía feas. Me negaba a que la pobreza pudiera imponerse sobre nuestro amor. Trataba de convencerme de que todo dependía del hecho de que Francesco no estaba contento. Era objeto de una investigación en la universidad, y nos preocupaba mucho el resultado. «Perderán la guerra —me dijo un día—, entonces seremos libres y estaremos contentos.» Es doloroso verse reducido a desear que tu país pierda la guerra, pero yo lo deseaba con todas mis fuerzas. Durante las alarmas, nunca bajábamos al refugio. Salíamos a la terraza, en pleno frío, y nos abrazábamos. Esperábamos que cayeran las bombas y al fin nos mataran o nos liberaran.

Alberto y Tomaso venían a vernos con mayor frecuencia, y ahora también nosotros, como Fulvia y Dario, hablábamos siempre de política y dejábamos que en nuestra casa resonase la voz arrogante de la radio. Era como si hablara en ese tono para advertirnos, para amenazarnos. Por la noche, cerrábamos las puertas, nos sentábamos en el suelo, apretando el oído contra el amplificador, y escuchábamos las emisoras prohibidas. Esperábamos en silencio, mientras Francesco hacía girar la aguja.

Al fin, oíamos unos golpes graves, insistentes y cautelosos. Era como si estuviésemos en la cárcel y, desde fuera, alguien golpeara en la pared para infundirnos valor. Pensaba en lo que me había contado mi madre sobre Hervey: cuando, de niño, imaginaba en su delirio que golpeaba el casco del submarino hundido. «¡No responden! —gritaba como un loco—, ¡ya no responden!» Pensaba que, dentro de poco, tampoco nosotros podríamos responder.

Nos quedábamos hasta tarde sentados en el suelo, muertos de frío. Por la mañana, yo tenía que irme temprano a la oficina, y Francesco me abrazaba diciendo: «Tienes cara de cansada». Nunca me miraba y, si lo hacía un instante, no se le ocurría otra cosa que decirme. Sí, estaba muy cansada y seguro que se me veía en la cara, pero no debería habérmelo dicho, porque esas palabras me quitaban gran parte de la fuerza. Además, él sabía que no podía permitirme escapar de ese cansancio. Por eso, empecé a temer que también estaba fea.

Solo ahora, desde que estoy aquí, Francesco me mira. Está sentado en uno de los dos grandes sillones de cuero que yo tanto había deseado tener y que un día conseguí traer a casa, sólidos y fiables en su elegancia. Francesco está, pues, sentado en su sillón y, cada vez que levanto los ojos hacia él, me lo encuentro mirándome con amorosa devoción.

Había soñado con colocarlos uno frente a otro, precisamente para que Francesco me mirase. Estaba convencida de que gran parte de nuestra infelicidad dependía de la ausencia de esos sillones. «Sí —había dicho Fulvia—, los sillones son necesarios.» Se había ofrecido a avalarme en una tienda donde vendían a plazos. Yo preferí pedirle a Mantovani un anticipo de la paga extra de Navidad.

—¿Van mal las cosas? —me preguntó levantando los ojos de sus papeles.

—Bueno..., un poco. Pero me gustaría comprar dos sillones. En casa no tenemos dónde sentarnos.

Él pareció estupefacto.

—Bueno, sí —añadí sonrojándome al momento—, tenemos algunas sillas, naturalmente, pero no es lo mismo. Mi marido

estudia hasta tarde por las noches. No se estudia bien sentado en una silla incómoda. Además, está siempre cansado y...

—¿Y usted no está cansada, señora Minelli? —me preguntó reclinándose en el sillón giratorio y mirándome.

—Sí, claro, yo también. Pero yo suelo quedarme en la cocina, haciendo las tareas domésticas.

—¿Y sus estudios?

—Están un poco..., ¿cómo decirlo?, un poco parados, por ahora. No tengo más remedio que dar clases por las tardes, de modo que...

Hubo un silencio, mientras él me miraba. El señor Mantovani siempre había sido muy bueno conmigo. Me maravillaba que fuera tan bueno, porque era muy rico, y los ricos suelen ser distraídos.

—De verdad creo que también usted tiene derecho a un sillón, señora Minelli.

Llamó al cajero y dio orden de que me entregara una pequeña cantidad. «Hoy mismo», dijo.

—¿Cómo tengo que registrar este ingreso? —preguntó el cajero.

Mantovani lo pensó un momento y luego dijo:

—Gratificación extraordinaria. Gratificación... por motivos de reposo.

La cifra superaba en poco la necesaria para la compra de los sillones. No me atrevía a mirar al cajero porque sentía vergüenza. Miraba fijamente al señor Mantovani y lo veía borroso por unas lágrimas, tontas e incontenibles, que me empañaban los ojos.

—¡Oh, gracias! —le dije en cuanto nos quedamos solos—. Quizá no debería...

—Sí que debe —me dijo con firmeza y, cambiando el tono, añadió—: Yo vengo de una familia pobre, pero mi padre, que era maestro de obra, tenía un sillón. Lo recuerdo perfectamente: tenía una funda de percal rojo. A saber dónde estará ahora ese sillón... Éramos ocho hermanos y mi madre trabajaba mucho, trabajaba más en casa de lo que lo hacía mi padre en la obra. Iba a cortar leña, a coger agua, y, pese a todo, nunca se atrevía a sentarse en ese sillón. Mi padre no se lo cedía nunca. Al hacerme mayor,

cuando pensaba en su modo de actuar, sentía rencor por él. Y, para cuando yo pude comprarle un sillón a mi madre, ya estaba muerta. Por eso la recuerdo sentada en una silla, en la cocina, trabajando hasta tarde para sus ocho hijos.

Se perdió en otro silencio y luego concluyó:

—Oh, sí, estoy más que convencido de que usted, señora Minelli, tiene derecho a un sillón.

Hice una leve inclinación de cabeza y salí. Estaba demasiado emocionada para poder hablar. Pero seguro que él lo entendió, él, que lo entendía todo de las mujeres y los sillones.

Por desgracia, el día en que Francesco los vio por primera vez, hubo un contratiempo que arruinó en gran parte la sorpresa que había preparado. Era su cumpleaños, y él no esperaba regalo, sabiendo que no teníamos dinero. Según mis órdenes, los sillones llegaron por la mañana, en su ausencia. Yo estaba libre porque su cumpleaños caía en festivo. Me había pasado la mañana limpiando el despacho, había comprado flores y, al haberme manifestado mi suegra su deseo de hacerle un regalo a su hijo, me había atrevido a pedirle la alfombra que tenía en su antigua habitación de soltero. Me la dio encantada, y yo la coloqué entre los dos sillones. Así amueblado, el despacho me pareció muy acogedor. Sentada en el sillón, me imaginaba a Francesco sentado frente a mí, mirándome como cuando estábamos en la Galería Borghese.

Pero, cuando oí la llave en la cerradura, junto a la de Francesco oí también otra voz masculina. Volvía a casa con Tomaso, a quien había invitado a almorzar. Era una casualidad, por supuesto, pero no había considerado lo mucho que me habría gustado almorzar a solas con él el día de su cumpleaños. Entraron, y yo me sonrojé, como si me hubieran sorprendido en falta.

—¿Y esto? —preguntó Francesco parándose en seco.

—¡Son espléndidos! —exclamó Tomaso sentándose en los sillones para probarlos.

—Es mi regalo —dije.

—Pero ¿de dónde has sacado el dinero?

—He recibido una gratificación.

Él también se sentó en el sillón, probando los muelles.

—Muy cómodo —señaló. Y, mirando a Tomaso, le dijo—: ¿Qué te digo yo siempre? Cásate.

»Gracias —añadió después levantándose y acercándose a mí —, te lo agradezco mucho.

Cogiéndome de la barbilla, me besó. Tomaso carraspeó ante nuestras efusiones.

—La alfombra es regalo de tu madre —le dije.

Me fui a la cocina a preparar la comida. Había previsto dos copas de macedonia, que tuve que dividir en tres. «Al dividirlas — le expliqué a Tomaso mucho tiempo después—, por primera vez tuve una impresión desagradable.»

Sí, los cumpleaños y los santos son fechas difíciles en el matrimonio. Yo, por desgracia, conservaba de esas ocasiones un recuerdo incomparable desde mi niñez. Mi madre era pobre, no sé cómo conseguía a veces comprarme un regalo. Nunca eran, sin embargo, regalos utilitarios, nunca zapatos nuevos, guantes ni bufandas. Recuerdo que, para mis doce años, me regaló un jilguero. Vino a despertarme con una sonrisa alegre. «¿Qué tengo aquí?», me dijo enseñándome sus bonitas manos, que escondían algo. Yo estaba pálida, con el corazón acelerado. Ella abrió las manos y el pájaro revoloteó por la habitación y se posó sobre el armario.

Sí, la de las fechas es una cuestión de importancia entre un hombre y una mujer. En el curso de nuestro matrimonio, Francesco olvidó con frecuencia nuestras fechas y, cuando se acordaba, yo suponía siempre que, como con las gardenias, había recibido una previsora llamada de Fulvia. Por otro lado, los regalos de Francesco me provocaban una honda melancolía: eran esos obsequios propios de quienes no pueden permitirse malgastar dinero en un capricho, una locura. Una vez me regaló un par de medias, demostrando así haberse dado cuenta de la falta que me hacían, había visto los remiendos, las anchas carreras zurcidas, y, lo peor, no me lo había comentado. Era una humillación inesperada y, para no echarme a llorar, me refugié detrás de una irónica dureza.

—¿Por qué te has gastado tanto dinero? —le pregunté—. Hoy es mi cumpleaños y habría preferido unas flores y una nota en la que lamentaras que hubiera tardado tanto en llegar.

—¿En llegar? —repitió él desconcertado, pero enseguida se corrigió—: Oh, sí, querida, perdona, ya te entiendo. Es verdad, habría sido muy buena idea, a ti siempre se te ocurren esas cosas.

Miraba con pena las bonitas medias sobre la cama, la forma alargada del pie.

Esa mirada mortificada se me clavó en el alma.

—No —me apresuré a protestar—, no, era solo una broma, son preciosas. Era una broma, perdóname... ¿Me has perdonado? Entonces volvemos a ser felices.

Pero, pese a mi deseo de serlo, al poco volví a reprender a Francesco sin querer:

—¿Por qué no me escribes más cartas de amor?

Él se quedó dolido y perplejo.

—Es verdad —respondió—. Quizá porque ahora puedo hablarte cuando quiera.

—Pero nunca me hablas de amor...

—¿Nunca te hablo de amor? Ten paciencia conmigo, Alessandra, últimamente estoy muy nervioso. Están pasando muchas cosas significativas, y me es difícil distraerme de todo eso. Igual, al ser mujer, no puedes entenderlo.

—Hasta ahora siempre habíamos hablado de ti y de mí —observé fingiendo indiferencia, pero sentía que me dolía hasta el alma—, no de los hombres y las mujeres. ¿Recuerdas? Nos habíamos propuesto no hacerlo nunca.

—Ya —asintió—, pero quizá no sea posible. Me he dado cuenta hace un momento, cuando me has dicho lo de la nota que te habría gustado recibir hoy por tu cumpleaños: tú esperas siempre de mí lo que harías tú en mi lugar. Tú, como mujer.

—Pero a mí esto me hace sufrir —estallé abandonando todo propósito de contenerme.

—Lo sé —dijo él—, y lo entiendo. Pero yo soy así.

Su sinceridad me entristeció mucho. No reaccionaba, no protestaba. Se limitaba solo a contraponer a mi naturaleza de

mujer romántica y sensible la suya de hombre firme y decidido, sin compasión.

—Entonces, ¿por qué parecías distinto en la Galería Borghese y en el Janículo? —le pregunté—. ¿Por qué me has engañado?

—Oh, Alessandra, ¿por qué dices eso? Yo he sido siempre el mismo, te lo aseguro, nunca he actuado de un modo diferente a como soy. A veces, perdóname, me asalta el miedo de que me hayas creído distinto a como soy en realidad. Nada ha cambiado en mí; es más, yo hoy te aprecio aún más. De nuevo, lo único que ocurre es que nunca tenemos tiempo.

—Entonces sí lo encontrábamos...

—Ya. De verdad no sé cómo hacíamos entonces. Además, yo cada día estoy menos contento con lo que está ocurriendo, siempre parece que lo hemos conseguido, pero en realidad no. Es desalentador no poder trabajar, no poder expresar tu opinión...

—Yo tampoco he podido seguir estudiando.

—Lo sé, y me entristece tanto... Pero tú, al menos, te expresas en el amor. Temo que sea siempre así, entre hombres y mujeres. Cada pareja piensa poder sustraerse a esto, poder escapar...

—¡No! —le grité—, te lo ruego, no digas eso, ¡calla!

—¿Lo ves, querida? —prosiguió él tan tranquilo, después de una pausa—. También esto es una ventaja de las mujeres, querer siempre ignorar la verdad.

—Entonces ¿tú piensas que debo rendirme? ¿Que debo renunciar?

—No, no es eso, querida, pero tenemos una manera distinta de sentir. Es como lo del vaso.

—¿Qué vaso? —le pregunté perpleja.

—Oh, es muy sencillo: cuando yo veo un vaso lleno hasta la mitad, pienso que está medio lleno, pero tú siempre piensas que está medio vacío.

Me reí, pero por dentro estaba helada. Con esas palabras, parecía haber definido nuestras formas de ser: opuestas, inconciliables. Era inútil, por tanto, desvelarle otra causa de mi sufrimiento, a saber: la costumbre que había adoptado de no decirme ya «te amo», sino «te quiero». Él me habría contestado que

era lo mismo. Pero yo tenía a Fulvia, a Lydia, a la abuela, a muchas personas que me querían, y solo a él para amarme.

No dije nada más. Él cambió de tema, convencido de haber disipado nuestro malhumor con sus bromas. Igual no se daba cuenta de lo graves que eran las palabras que nos habíamos dicho. Yo sí lo pensaba, en cambio, cuando, poco después, me sentí sola en la cama, detrás del muro de sus hombros.

Hacía aún frío en nuestra habitación, la terraza de nuestras bonitas veladas estivales dejaba que nos asediara el frío. Despierta, me atormentaba una pesadilla: en el apartamento de encima del nuestro, en el de al lado, en los blancos bloques modernos de viviendas que se elevaban junto al nuestro, en todas las casas de Roma, en todas las casas del mundo, veía a las mujeres despiertas en la oscuridad, detrás del muro infranqueable de los hombros masculinos. Aunque hablábamos lenguas distintas, todas tratábamos en vano de hacer oír las mismas palabras, pero nada podía atravesar la inexpugnable muralla de esos hombros. Debíamos resignarnos a estar solas, al otro lado del muro, y a abrazarnos unas a otras, a sostenernos, a formar un núcleo de sufrimiento y de espera. Era el único consuelo al que podíamos optar, además del de trabajar, parir y llorar. Ese era de verdad nuestro alivio: llorar, solas, sentadas en las cocinas azules que se vuelven lívidas y tristes al atardecer, en las cocinas grises donde los niños juegan en el suelo y muchas veces lloran ellos también con voces lúgubres, de adulto ya. Algunas de nosotras, como la abuela, encontraban contento en ser las dueñas de grandes armarios de ropa de cama, oscuros y solemnes como ataúdes. Otras se reducían sin saberlo a olvidarse incluso de sí mismas en una sucesión de días ricos, fútiles y mundanos. Pero todas, a veces o siempre, dormían con frío detrás de un muro. Todas. Las oía gemir y suplicar sin ser oídas, porque la voz de una mujer no es más que un pobre soplo de aire, y el muro es piedra, cemento, ladrillo.

Sucedía siempre que, tras un pequeño desencuentro, Francesco se mostraba más cariñoso conmigo durante varios días. El primer año, eso me hacía abandonar mis temores y multiplicar mis esfuerzos

por defenderme de la trampa de la costumbre y el abandono. Me empeñaba en mostrarme siempre serena y sonriente, pensando que nuestra felicidad primera podría renacer más fácilmente en una atmósfera tranquila, en lugar de en amargas discusiones y acusaciones mutuas. Se me calmaban los nervios, dentro de mí parecía extenderse un bonito mar tranquilo. Seguían así días tediosos, que giraban en torno a nuestros monótonos horarios de trabajo. Nos veíamos solo para almorzar y, a esa hora, yo tenía las manos ocupadas con platos, vasos y sartenes. Por las tardes, solíamos quedarnos en casa, pero Francesco no podía mirarme porque estaba siempre oculto tras un periódico abierto. Por las noches, leíamos hasta tarde, luego apagábamos la luz y nos acostábamos, haciendo siempre los mismos gestos, vencidos ya por el sueño. Tendernos juntos en la misma cama ya no nos turbaba, era solo un descanso para las piernas doloridas, para el cuerpo que el cansancio volvía pesado, como cuando estaba sola. Sin embargo, en medio de ese cansancio, comprendía enseguida si Francesco no tenía ganas de dormir. Se acercaba a mí, preguntándome: «¿Qué lees?», me quitaba el libro de la mano, lo miraba apenas y lo dejaba sobre la manta. Esos eran los preámbulos. Después, sin una sola palabra de amor, se sucedían siempre los mismos gestos, en el mismo orden silencioso. Estaba tácitamente convenido que, si yo retenía el libro, Francesco retomaba su lectura o me daba la espalda para dormir.

Esos tristes coitos me provocaban un amargo sentimiento de humillación, no podía evitar compararlos con las dulces tardes en que subíamos a Villa Borghese sin dejar de hablar durante todo el camino, ávidos de conocernos. Era como si solo cediéramos a los besos y las caricias para conocernos más y amarnos mejor. A mí me habría gustado reanudar ese discurso interrumpido, tan agradable para mí, y hablar de mí, de mis recuerdos, pero Francesco ya se los conocía todos. Además, si trataba de dirigir nuestras conversaciones a los temas de entonces, empleando la misma voz y los mismos adjetivos, Francesco me miraba con recelo, y me sentía como si estuviera interpretando un papel. Ya ni siquiera podíamos hacernos ilusiones sobre nuestra vida futura,

pues la conocíamos: era la que vivíamos.

Y yo sabía que esa vida no bastaría para hacernos felices: habíamos crecido, era mayor nuestra estatura humana, ya ni siquiera podía satisfacernos la alegría inocente de los días de Florencia. Yo me había hecho más grande que una costumbre conyugal, me sentía oprimida como cuando se queda pequeña la ropa. Además, durante nuestro noviazgo, no nos habíamos planteado el matrimonio como un objetivo, una meta. Pensábamos solo en ser más fuertes, siendo dos, para ayudarnos a realizar nuestros íntimos propósitos, en ser mejores, en resumen. Por eso, al darme cuenta del declive progresivo de nuestra convivencia, pensaba que la culpa era mía, que yo misma había decaído tanto que ya no merecía la atención de Francesco. Me esforcé entonces por reafirmarme en mis orgullosos propósitos, por combatir mis flaquezas, y a veces cantaba victoria. No podía comprarme libros, pero Tomaso me los prestaba sin parar, los sacaba de la biblioteca de su padre, un estudioso de la teosofía. Tomaso tenía una inteligencia rápida, viva y expansiva, me gustaba charlar con él. Cuando hablaba, me miraba todo el rato, con esa expresión asombrada que suelen tener los ojos grandes y claros. Pero, en lugar de consolarme, el creciente interés que me suscitaban esas conversaciones me provocaba una intensa amargura. Me habría gustado que fuera Francesco quien prestara atención a mis problemas y a mis lecturas, él además era mucho más inteligente que Tomaso. En lugar de eso, por un pudor inesperado que se había establecido entre nosotros después de la boda, Francesco y yo nunca hablábamos de temas importantes para mí. Cuando me ofrecía a hacerle algún favor, él me pedía que mecanografiara sus escritos, algo que hacía ya desde hace tiempo con diligencia y entusiasmo. Otra vez me pidió que le cambiara el forro a una chaqueta. Quizá fuera él, de hecho, quien le sugiriera a mi suegra que me invitara a su casa, en mis ratos libres, a tejer para los soldados.

Reunía a varias amigas por las tardes con ese fin. Mientras tejían, intercambiaban recetas de tartas sin azúcar y sin huevos, y de infusiones para sustituir al café. Participé dos o tres veces en

dichas reuniones, pero nunca tenía ninguna receta que proponer. Por eso, las señoras me observaban perplejas, sin dejar de tejer, enarcando las cejas y juzgándome, quizá, holgazana o perezosa, aunque ninguna de ellas trabajaba y todas tenían criada. Me obligaban a reconocer: «No, yo no sé hacer tartas», y luego enseguida miraban a mi suegra de reojo, con aire entendido, compadeciéndose de mí. Además, se me daba mal tejer: mis agujas no repiqueteaban veloces como las suyas, al ritmo de sus comadreos. Por el tono despectivo con el que hablaban de otras mujeres, yo imaginaba que esas señoras eran todas perfectas, lo que me provocaba un ligero sentimiento de envidia. En nuestra casa no había apenas ninguno de los utensilios que mencionaban; yo no iba nunca a la peluquería, y cuando me lavaba el pelo, me lo secaba al sol en la terraza; no conocía los comercios de más renombre, hacía la compra en el barrio. Y, cuando decía que Francesco y yo nunca íbamos al cine, las señoras se me quedaban mirando, incrédulas, recelosas incluso, como si temieran que pudiera estar tomándoles el pelo.

En esos momentos, mi suegra se volvía hacia mí y me acariciaba el cabello. Quizá ella también lamentaba que no supiera hacer tartas, que no fuera, en definitiva, como las hijas y las nueras de sus amigas. Pero Francesco le contó que habíamos pagado los sillones con mi gratificación. Una vez, cayó enfermo con fiebre alta. Temíamos que fuera tifus, pero resultó ser solo una intoxicación por el pésimo tabaco que fumaba. Llamé enseguida a mi suegra y, al abrirle la puerta de casa, le pedí: «Ayúdeme, tengo miedo». La miraba moverse por la habitación con gesto seguro. Yo no tenía experiencia en asistir a enfermos, porque siempre había gozado de buena salud. Me senté junto a la cama, mirando a Francesco y poniéndole compresas en la frente, que eran como besos, fervientes oraciones de súplica para que se curara. Permanecía horas en la cabecera de su cama, inmóvil, mirándolo con la lealtad de un perro. Me di cuenta de que su madre me observaba. En esas tardes, para estar más cómoda, se quitaba el sobrecuello blanco, y su vieja piel colgaba flácida.

—No, Alessandra no sabe hacer tartas porque a mi hijo no le

gustan, ni siquiera de niño le gustaban.

Hizo una pausa y se le movió el sobrecuello, como para dejar pasar algo.

—Además, no tiene mucho tiempo —explicó—, es secretaria en una oficina. Gana un sueldo, y así ayuda a su marido.

Pero las señoras siguieron mirándome con fría hostilidad. No había que tenérselo en cuenta: habían crecido en una sociedad en la que se cree que las mujeres que trabajan son distintas a las demás.

Francesco vino una tarde a recogerme y, al verme, sonrió con ternura. Quizá por mi manera de vestir, que se había quedado algo anticuada, o por la expresión modesta que tenía siempre, parecía una huérfana a la que las señoras hubieran acogido por compasión.

Mientras volvíamos a casa, Francesco sonreía, recordando mi imagen entre aquellas amigas de su madre. Había cambiado un poco desde que vivía conmigo, por ejemplo, ya no le importaba lo que dijera la señora Spazzavento.

—¿Sabes? —le dije—, cuando estoy con ellas, tengo la misma sensación desagradable que cuando estaba con mis compañeras en la escuela primaria. Era alta, más que todas ellas: la más alta apenas me llegaba al hombro. Por eso, me miraban como si me hubiera colado en la clase con alguna artimaña. Además, también sacaba las mejores notas, lo que me hacía sentir más incómoda todavía. Esta vez, al menos, los calcetines que estoy tejiendo me están quedando feísimos.

Francesco se reía, pero yo me puse seria de repente.

—Mira —proseguí—, no sé tejer calcetines. No puedo hacer como las demás y paliar el mal producido por la violencia: me gustaría trabajar activamente para que no se recurriese a la violencia. ¿Me entiendes, Francesco?

Caminábamos despacio por la avenida, llamada entonces de los Mártires Fascistas, una pendiente asfaltada y tortuosa. A un lado y a otro, había descampados en los que se amontonaban residuos y basura.

—Vamos, que me gustaría trabajar contigo —le dije.

Francesco tardó en contestar. Veía su áspero perfil, que se

recortaba sobre un cielo algo más claro ya, que anunciaba la primavera. Me sonrojé, como si hubiera faltado a mi reserva femenina al atreverme a declarar mi amor la primera. Pero había hablado siguiendo un impulso, como cuando le había rogado a mi madre que no se marchara sin mí.

—No sé qué podría hacer concretamente —insistí—. Pero seguro que tú lo sabes. La otra tarde, Tomaso me dijo que yo podía ser útil.

—¿Quién ha dicho eso?

—Tomaso.

—Tomaso está soltero —contestó con dureza.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tomaso no entiende nada.

—¿Por qué dices eso? Cuando tú sales y no me dices adónde vas, sé que te vas con los compañeros, y yo me quedo en casa, atada a las tareas domésticas, la cocina sobre todo. Pero siento entre nosotros un lazo de solidaridad tan fuerte que a veces casi duele. Remuevo la sopa, y cada vuelta que doy con la cuchara está guiada por una voluntad tan precisa, un sentimiento tan profundo de unión contigo, que llego a creer que mi gesto casero y pacífico puede producir, como por un milagro, los mismos efectos que tu riesgo y tu lucha. Y lo mismo siento cuando voy a hacer cola para comprar temprano por la mañana, antes de ir a la oficina, mientras tú aún duermes. En invierno todavía es de noche y hace mucho frío, todas las mujeres se quejan, no están contentas. Y, cada vez que avanzo un paso en la cola, pienso en ti, dormido en casa. Siento que solo podrás descansar si yo no abandono mi puesto, aunque ya no sienta las manos de puro frío. Pero esto ya no me parece suficiente. Me he vuelto tan fuerte, dentro de mí, tan vigorosa...

Al decir esto, me acaricié la frente para disfrazar mi timidez.

—Sé que podría ayudarte.

Seguimos caminando en silencio un rato más. Francesco me tomó el brazo y lo apretó con fuerza. Lo soltó, y lo volvió a tomar para apretarlo de nuevo. Éramos una sola persona, un solo paso. Flotaba un ritmo de suave marcha que nos empujaba. Emocionada,

pensé: «Estamos casados».

—No —dijo él—, no puede ser.

—¿Por qué? —le pregunté decepcionada.

—Porque no son cosas de mujeres.

—Pero hay muchas mujeres entre vosotros, mujeres que trabajan. Es más, Tomaso me ha dicho...

—Pregúntale por qué no deja que trabaje Casimira.

—¿Quién es Casimira?

—Una chica —contestó evasivo, y luego insistió—: Pregúntaselo.

—Igual a Tomaso no le parece que esa tal Casimira sea lo bastante valiente, o esté lo bastante preparada o...

—Exactamente: yo pienso de ti lo mismo que piensa él de Casimira.

Callé un momento y luego le pregunté, nerviosa e insegura:

—¿Quieres decir que no soy...?

Hubo un silencio, y por fin Francesco dijo en voz baja, con tono firme:

—Eso es.

Volvimos a casa en silencio. Ya no éramos una sola persona, sino dos personas distintas, y una tenía valor y la otra no.

«Sí —me dice Francesco ahora—, y la que no lo tenía era yo. Tú no sabías que, unos días antes, habían detenido a Marisa. Marisa era la novia de Alberto. Yo no tenía el valor de sufrir como sufría Alberto. No la conocías porque estaba embarazada y no quería que la vieras, la intimidabas mucho, ella estaba separada del marido. Era una mujer singularmente valiente, casi tanto como tú. Siempre quería transportar ella el material más comprometedor, decía que su embarazo la defendería, y, en efecto, era difícil que pudieran sospechar de ella. No vivía con Alberto, sino realquilada en casa de una modista. Desde que Alberto y ella trabajaban juntos, se mostraban muy cautos: no dejaban nunca en casa cartas ni nada que pudiera demostrar que eran amigos, se veían lejos de la mirada del portero. Marisa era una mujer muy inteligente, casi tanto como tú. Y, sin embargo, fue precisamente su embarazo lo que la perdió:

se desmayó un día mientras andaba por la calle del Corso. La llevaron al hospital más cercano, y allí le abrieron el bolso, que estaba lleno de octavillas. Fue una enfermera la que llamó a la policía: otra mujer. En cuanto se enteró, Alberto se refugió en casa de un amigo. Pensábamos que, en su estado, agotada como estaba, Marisa hablaría, y que lo haría de un momento a otro. Alberto esperaba con impaciencia la noticia de que habían ido a buscarlo a su casa, habría sido un alivio para él. Pero los días pasaban, y nuestra inquietud iba en aumento. Alberto quería ir a entregarse, pero le hicimos comprender que no habría servido de nada, que habría sido peor incluso, ella ya se había declarado culpable, y no sabíamos qué argumentos había elegido en su defensa. De entregarse, Alberto le habría perjudicado seguro. "Es culpa mía", repetía, "le pedí yo que trabajara con nosotros. Puede que mañana hable: si habla, la liberarán". Pero no habló, porque era valiente. También tú habrías sido valiente. Y por eso mismo no lo era yo.»

Las semanas que siguieron fueron frías, desagradables. Francesco apenas me hablaba, pasaba mucho tiempo fuera de casa, y yo fingía no querer saber dónde había estado. Un domingo, hice una tarta. Cuando la dejé sobre la mesa, él me interrogó con la mirada.

—Es la famosa receta de las amigas de tu madre —le dije.

Estaba malísima, apenas la probamos, y, como comíamos en el despacho, la tarta se quedó toda la tarde en medio de nuestro silencio.

Teníamos entonces bastantes amigos ya, venían a vernos con frecuencia. Al principio no me gustaba que turbaran nuestra soledad, y después era yo misma quien los invitaba, pues temía nuestras tediosas veladas a solas. Tomaso era de los más asiduos, y a veces venía también Denise, una señora algo mayor que llevaba una boina vasca y conocía a todos los compañeros que vivían en París. Tenía ademanes masculinos y me saludaba inclinando la cabeza, como hacen los alemanes. Hablaba toda la velada, sin dirigirme nunca la palabra. A veces parecía recordar de pronto mi existencia y las normas de la buena educación; entonces, con una sonrisa amable, me preguntaba si tenía hijos, olvidando que ya me

lo había preguntado en otras ocasiones. «Llegarán», me aseguraba después maternalmente y, volviéndose a los hombres, reanudaba los temas que le interesaban. Hablaba siempre de cuando llegara la libertad. Pensaba que a mí, en cambio, solo me importaba que llegaran los hijos.

La presencia de esa mujer me molestaba.

—Pero no le falta razón —me decía Lydia, suspirando—, deberías tener un hijo.

—Sí, yo también lo pienso, pero más adelante. Cuando tenga treinta años, por ejemplo, y se me haya pasado un poco el ansia de vivir para Francesco, para nosotros dos.

—No. Mejor ahora —insistía Lydia—. Con treinta años, tendrás aún más ansia de vivir, y más todavía con cuarenta. Los hijos atan a los hombres, los retienen. Cuando hay hijos, el hombre siempre vuelve, aunque te traicione.

—¿Vuelve por los hijos?

—Claro. Pero, de ese modo, tampoco te abandona a ti.

—¡Oh, qué horror! —exclamé cubriéndome el rostro—. ¡Qué vergüenza!

Imaginarme a Francesco con otra mujer me encendía de celos. Lo veía junto a la compañera Denise, la del cabello opaco que asomaba de la boina. «No puedo dejar a Alessandra —le decía—, no puedo dejarla porque tenemos un hijo.» La miraba amorosamente, mientras yo esperaba en casa, consumida, con un niño en brazos.

Quería que pudiera dejarme como se deja a un hombre, a un compañero. Quizá, después, sería una buena ocasión para bajar deprisa la escalera. Me veía dirigiéndome al río, con el viento ahuecándome la gabardina. A Francesco ya no le gustaba oírme hablar de mi madre. Una vez me dijo que tenía una edad en la que hay que saber renunciar. Dijo también que mi padre debía de ser un buen hombre, en el fondo.

—¡Pero ella no podía contentarse con un buen hombre! —le contesté yo con desdén.

—Entonces ¿por qué se casó con él?

—Igual no lo sabía, o igual se creía más fuerte... Siempre nos

creemos más fuertes.

—Tonterías —me dijo—. Además, a ti te ha hecho mucho daño.

—¿¡A mí!? —protesté—. ¿Me ha hecho daño mi madre?

—Sí, y no creo que ese macaco valiera la pena.

Al oír esas palabras, me aparté de él, horrorizada. *Macaco* era una palabra con la que solo me había topado en los libros, tenía un sonido que me daba grima, como cuando derrapa el cuchillo en el plato. No podía soportar que Francesco llamara a Hervey con esa palabra, rebajando la romántica historia de mi madre. Yo sabía que él la condenaba: a mi suegra le había contado que se había ahogado por accidente. «Qué mujer más extraordinaria», había murmurado Tomaso al admirar sus fotografías.

En el pasado, Francesco y yo estábamos siempre de acuerdo, compartíamos gustos y opiniones. Ahora, en cambio, cuando discutíamos con otra gente, él estaba siempre en el bando contrario. Con frecuencia, yo compartía la opinión de Tomaso, quizá porque me sacaba pocos años. Pero lo que me dolía sinceramente era darme cuenta de que, mientras sus amigos me escuchaban con gusto, afirmando que tenía una lucidez notable y una cultura válida incluso en temas de política, Francesco nunca parecía tomar en consideración lo que yo decía. Yo lo justificaba pensando que él ya me veía ocupada siempre en las tareas domésticas, y suponía quizá, como mi padre, que eran mi interés principal. Una noche, en el transcurso de una de esas discusiones, Francesco me dirigió un comentario algo áspero. Yo me callé, y Tomaso salió en mi defensa. Lo miré con gratitud. Él también me miró, como disculpándose por lo que había dicho Francesco. Tomaso tenía un rostro bonito, claro y franco, y el cabello castaño lleno de vida, brillante y ondulado, como el de mis amigos de infancia. Con ese recuerdo, me invadió una cálida oleada de ternura. «Gracias», volví a decirle con los ojos, y, al despedirnos, nos estrechamos la mano unos segundos.

La virtud más engañosa del matrimonio es la facilidad con la que se olvida, por la mañana, todo lo ocurrido el día anterior.

Reconfortada por el suave color de los primeros rayos de sol, por el ritmo enérgico de los gestos cotidianos, era siempre la primera en volver hacia Francesco.

Llevábamos más de un año casados. Los días se sumaban unos a otros, los meses se sucedían veloces, y se repetían una a una las estaciones. Yo decía siempre: «Trabajo ahora y luego seré feliz, lavo ahora los platos y luego seré feliz, hago cola ahora y luego seré feliz». Francesco se había acostumbrado a besarme en las mejillas, rozándome apenas, ya no me besaba en la boca, y eso que en el pasado no conocíamos otra manera de besarnos. Después solo me besaba en la boca cuando me buscaba por las noches. Al cabo del tiempo, adoptamos la costumbre de leer antes de dormir, y dejó de besarme por completo. Ya no me contaba lo que su amor por mí le hacía sentir, igual pensaba que era superfluo hablar de ello. Sin embargo, el amor consiste precisamente en la necesidad de expresarlo continuamente y en el deseo de oírlo expresado. Yo ya no sabía nada de lo que lo animaba en su fuero interno. No podía permitírselo todo solo porque sabía que tenía hambre, sed, sueño, poco dinero o dificultades políticas.

Cuando me buscaba, por la noche, nunca pronunciaba mi nombre. Yo, en cambio, lo llamaba apasionadamente: «Oh, eres Francesco...», le decía, queriendo en todo momento confirmar que era él de verdad, el ser más amado del mundo, el que me procuraba las alegrías más turbadoras. Pronto, los breves encuentros nocturnos se convirtieron para ambos en una zona secreta, prohibida, en la que solo nos estaba permitido actuar a escondidas, cada cual con el permiso del otro. Por la mañana, Francesco no hablaba nunca de lo que había ocurrido, como si quisiera olvidar una flaqueza, un abandono reprobable.

Tomaso llamaba a menudo por teléfono, con voz alegre y juvenil.

—No estés todo el día en casa, Alessandra. ¿Quieres salir un rato? Te acompaño, vámonos a Prati. Me gustaría ver la casa en la que vivías. Por las tardes, en Prati siempre huele tan bien a madreselva... Venga, vámonos, ¿quieres que se lo diga a Francesco?

Le contestaba que estaba muy ocupada, aunque, en realidad, sus invitaciones despertaban en mí el deseo de volver a mi antiguo barrio. Pero quería volver allí con Francesco, esperaba que él también se diera cuenta de que había llegado la primavera. Me despedía brevemente de Tomaso y volvía a la cocina, sintiéndome una hipócrita. No quería que Francesco se fijara en la primavera, sino en mí.

Soltaba el plato que tenía en la mano y me dejaba caer sobre la silla. Estaba sola en casa, como cuando era niña, pero el fervor que me enardecía ya no lo suscitaban los árboles ni el cielo que veía por la ventana: se vertía todo en mí, en mi vida física. La sangre corría bajo mi piel con el ritmo veloz y regular de la juventud. Me levantaba e iba a tumbarme en la cama, en la habitación sombría y fresca. Sentía los labios secos y una gran sed.

¡Hacía tanto que nadie me besaba en la boca! Me parecía imposible incluso que fuera un modo natural de besar y que yo lo hubiera probado. Cerraba los ojos e imaginaba que una boca se posaba sobre la mía, con esa insistencia rabiosa de los besos conquistados tras una larga espera o tras una batalla. Yo me resistía, dubitativa, como se mira al río antes de zambullirse en él, y luego me abandonaba, dejándome arrastrar. Trataba de recordar en detalle cómo era un beso, cómo era el momento en que, vencida, entreabría los dientes. Pero la sensación exacta se me escapaba. «¿Cómo es? —me preguntaba abatida—. Ya no recuerdo cómo es.»

Entonces me levantaba, me cepillaba el pelo, me cambiaba de ropa y me maquillaba con mimo. No me ponía carmín porque sentía que tenía toda la sangre agolpada en los labios. Y luego esperaba, sin hacer nada, distraída, sin poner la mesa ni cocinar: desde luego, no se nos habría pasado por la cabeza comer.

Un día, al volver Francesco, lo esperé detrás de la puerta. En la penumbra del vestíbulo, mi vestido blanco era una gardenia fresca.

—Oh, querida —dijo—, qué contento estoy de volver a casa.

Fue al cuarto de baño, el agua que corría en el lavabo reavivó en mí esa sed furiosa.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Nada, cariño —contesté.

Deseaba que, al volverse hacia mí, viera mi espera y la recibiera como un regalo.

—¿No está lista la comida?

—No.

—Tengo hambre.

Se fue al despacho y yo lo seguí.

—No hay nada listo, cariño —le dije—, comeremos más tarde, después, a las cuatro.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? Si estás cansada, puedo ayudarte —me propuso solícito.

Yo lo miré con intensidad. Toda mi vida estaba contenida en esos labios sin carmín. «¿Cómo es un beso? —le pregunté dentro de mí con angustia—. Ya no lo recuerdo, Francesco...; es terrible, ayúdame, no quiero perder ese recuerdo.» Tenía sed, sentí que iba a caerme al suelo, extenuada por la sed.

—No —contesté—, gracias. Lo decía de broma. La comida estará lista enseguida.

Crucé despacio el vestíbulo, volví a la cocina y preparé una tortilla con queso, uno de los platos preferidos de Francesco. Lentamente, la sed me fue abandonando, resbalaba sobre mí, despreciándome. En lugar de esa dulce sed, en mi interior se instaló un llanto solitario y agotador, como el gañido de un perro.

Al día siguiente, lo olvidaba todo. Era una alternancia extenuante de mañanas esperanzadas y tardes desesperadas. Las noches eran pausas oscuras. Un domingo, la jornada empezó con un acto de pereza involuntaria, porque se nos olvidó poner el despertador acorde al cambio de hora. En un primer momento, fue motivo de aprensión —Francesco iba a llegar tarde a una cita—, y, después, de alegría infantil. Era como si hubiéramos decidido no ocuparnos ya de lo importante y disfrutar de nuestro día de asueto. Por las persianas entreabiertas, el sol nos animaba a despertar.

—Quédate, Francesco —le dije con ternura—. Quédate.

—Quédate tú —me dijo él, mientras lo retenía de la manga

del pijama—. Quédate en la cama. Yo tengo que irme ya. Te diré lo que vamos a hacer: veámonos en el centro, y luego volvamos juntos a casa, paseando y disfrutando del sol.

—¿Quedamos en la plaza de España? —le propuse entusiasmada.

—Si quieres.

Antes de salir, abrió la ventana de par en par, y el sol cayó sobre la cama, a mis pies, como un chorro de agua.

—Adiós, Sandra —me dijo.

—Adiós —le contesté sonriendo con coquetería.

Me sentía como si hubiera pasado mucho tiempo en la cama por enfermedad y me levantara por primera vez, iniciando así la convalecencia.

De hecho, ese día, cuando salí del portal, todo me parecía una fiesta. El aire era tibio, ni fresco ni cálido, y la ropa se me hacía tan ligera que era como si no la llevara puesta. En las ventanas colgaban telas de colores, y la gran mimosa del jardín de enfrente había florecido. Resplandecían las naranjas en los cestos, y, en los escaparates, las botellas de vino tinto parecían grandes rubíes. El tranvía corría, tocando alegremente la campanilla, y, desde la ventanilla trasera, un niño agitaba la mano, creyendo sin duda que viajaba a bordo de un bonito tren. Pasaba mucha gente por la calle, todo el mundo me miraba con insistencia. Estaba sola, pero andaba deprisa, como quien tiene una meta precisa, una cita incluso. Sin duda, todo el mundo se daba cuenta de que tenía una cita con un hombre y por eso mostraba un aplomo tan evidente.

Entré en la calle Veneto como en un escenario. Mi paso dominaba la acera, mi mirada era arrogante. La tierra y la belleza de la primavera se inclinaban ante mí. Era una reina altanera con una fusta en la mano. Los hombres me miraban con una insistencia que, normalmente, me habría molestado. Ese día, sin embargo, me mostraba ligeramente invitante, mientras me alejaba deprisa hacia mi cita de amor. Contemplaba mi reflejo de un escaparate a otro y me encontraba irresistiblemente atractiva. Me reconocía incluso un rasgo que nunca había creído poseer: esa actitud provocante en las formas que, más que admiración, suscita el deseo inmediato en los

hombres. Tal vez fuera por la respiración alegre que henchía mi pecho debajo de la chaqueta, una vieja prenda, fiel y segura, de buena hechura, que me alegraba de llevar puesta ese día, como una amiga en la que siempre se puede confiar. Esa chaqueta gris le gustaba mucho a Francesco. De hecho, de pronto recordé que era la que llevaba el día en que nos conocimos. Ese recuerdo me sobresaltó, por un instante me sentí aturdida incluso. Me habría gustado entrar en una tienda para llamar a Francesco y decirle: «Oye, voy a tu encuentro vestida como el primer día. Llego enseguida, espérame, Francesco». Pero, al no saber dónde estaba en ese momento, me embargó una angustia irracional. ¿Seguirá vivo?, pensé. Lo veía tendido en el suelo, pálido, con un corrillo de gente alrededor, como ocurre cuando hay un atropello, mientras yo me abría paso entre la muchedumbre. «Soy su mujer —decía—, déjenme pasar.» La angustia era tal que me lamentaba, gimiendo. «Francesco —gritaba dentro de mí—, Francesco, espera, tenemos que vivir este día de felicidad.»

Entré en la plaza de España desde Propaganda Fide, una calle aristocrática que siempre me había intimidado.

Me detuve en la esquina de la plaza, porque la acera estaba cubierta de ramas de melocotonero.

—No —le decía una señora a la florista—, son demasiado caras.

Las ramas tenían el aroma de los huesos de albaricoque que, de niña, me gustaba aplastar contra el alféizar, un aroma amargo y prohibido.

—Me las llevo yo —dije.

Me gustó mi tono de voz. «Qué voz tienes, Alessandra —me había dicho Tomaso un día—. Cuando hablas, a veces no consigo entender el sentido de lo que dices. Perdona si te parezco grosero, pero me entran ganas de cerrar los ojos, como hago en los conciertos, y escuchar la música.» Pagué con el último billete de cincuenta liras que me quedaba y me guardé el cambio con un gesto desenvuelto.

Francesco estaba ya allí, bajo las palmeras. Recordé lo que solía decirme, cuando éramos novios: «La palmera es un árbol que

se te parece: alto, esbelto y con el cabello despeinado en la coronilla». Esa comparación me halagaba mucho. Quizá él había elegido ese lugar a propósito. No podía dejar de sonreír, embebida de mí y de su amor. Me recreé andando despacio, para hacerlo esperar un poquito. No me había visto todavía, se creía solo, lo veía pasear de un lado a otro, impaciente.

—Francesco... —murmuré con fervor.

—¡Oh, querida! —exclamó—. Una mañana desperdiciada. He llegado tarde, ya se habían marchado. Todo por culpa del maldito cambio de hora.

Entonces, volviéndose hacia mí, dijo:

—Qué flores más bonitas.

Y, absorto de nuevo en su contrariedad, dijo:

—Tengo que hablar por teléfono con Alberto.

—¿Volvemos a pie? —le pregunté, invitándolo con la voz a prestarme atención en esa mañana espléndida.

—No, no, es demasiado tarde. Si me llaman, no me encontrarán.

Apartó el ramo de flores y, cogiéndome del brazo, echamos a andar. En el tranvía, se quedó junto a la ventanilla, sosteniendo el ramo, que abultaba bastante.

—Francesco... —lo llamé, más tarde, para sacarlo del sueño con dulzura.

Seguía esperando, con paciencia, mi alegre día de asueto. Había llamado Alberto. «Todo bien —había dicho—, dentro de pocos días llegará la tía.» Eso quería decir que, al cabo de unos días, los enemigos desembarcarían en Sicilia. Todas las noches, los oíamos llamar por la radio a las puertas de nuestra prisión. Ahora venían hacia nosotros, tronchando a su paso los almendros, los naranjos y las bergamotas. Estaba contenta, pese a que sentía troncharse esos árboles dentro de mí. «¿Estás contento?», le decía a Francesco, pero él seguía encerrado en las rígidas paredes de sus pensamientos. Después del almuerzo, se tumbó en la cama, cogió un libro y se quedó dormido. Yo esperaba, dócil, como un niño a quien le han prometido algo. Sentía en mí una gran calma que

amenazaba con derrumbarse, arrollándome a su paso. Miré el libro que Francesco había dejado sobre la mesilla. Siempre lo dejaba abierto, bocabajo, para no perder la página. Lo dejaba de ese modo también antes de volverse hacia mí, por las noches, deseoso, después de ese breve paréntesis, de volver a la lectura. Era un pacto entre el libro y él, con el que se hacía perdonar el descuido momentáneo. A veces, yo fingía dormir, y se libraba una lucha entre ese odioso libro, de lomo duro y rígido, y mi orgullo herido.

—Francesco —volví a llamarlo.

Cuando despertó, le di un largo beso, como una invitación desesperada.

Después, me quedé tumbada en la cama. Para defenderme de la luz que se filtraba por la ventana, o quizá porque sentía una intensa vergüenza, tenía el codo doblado sobre los ojos. Me sentía como una de esas mujeres ultrajadas a las que después se abandona en medio del campo, con la ropa a medio quitar, desgarrada. Y a la vergüenza de la violación sufrida se añadía el hecho de haber solicitado yo misma ese ultraje, del que, por unos instantes, había obtenido placer.

A la oscuridad de la habitación, atravesada por algún que otro rayo de luz blanca, llegaban las voces despreocupadas de la calle. Francesco habría querido seguir durmiendo, pero mi silencio lo mantenía despierto. En ese silencio percibía una acusación de la que no conseguía librarse, pese a estar convencido de su inocencia. Sentía que era el miedo que me tenía lo que le impedía pronunciar una sola palabra, si bien yo intuía que, de haberla pronunciado, no habría sido la adecuada.

—Me gustaría hablar contigo, Francesco —le dije por fin.

Él no contestó ni mostró curiosidad alguna. Quizá ya sabía lo que estaba a punto de decirle. Su cuerpo desnudo reposaba sobre la sábana. Era un cuerpo joven y seguro que revelaba la presencia de una fuerza oculta en los músculos de los hombros, del cuello y de los costados.

—Así no puede ser, ¿lo entiendes?

—¿Qué he hecho? —preguntó tranquilo, al cabo de un

momento.

—Nada, no has hecho nada, pero tengo que hablarte. Ten paciencia, por favor.

—Te escucho.

Tenía una voz conciliadora que, en lugar de tranquilizarme, empeoró mi malhumor. Habría preferido que me confesara que ya no me amaba. Que hubiera actuado de esa manera, pese a amarme, era la razón de mi resentimiento.

—Tengo que hablarte. Un día, deberás recordar que te dije todo esto, no podrás reprocharme haber guardado silencio. Tengo que decírtelo todo, con sinceridad. No estoy irritada ni nerviosa.

Le tomé la mano, que reposaba sobre la sábana.

—Precisamente porque te amo, tengo que hablarte.

Vio que no estaba enfadada, y creo que eso agravó su temor. En sus ojos brilló una chispa dolorosa y dulce. Estaba muy guapo en ese preciso momento.

—Quiero hablarte con franqueza, quiero decirte las cosas que no se les dicen nunca a los hombres porque contestan de modo cortante y áspero. No contestes así, por favor, déjame hablar.

Mi voz era tan insólita que Francesco se volvió a mirarme, perplejo. Era la voz con la que hablaba a Fulvia, a Claudio, a Tomaso, con la que le hablaba a Francesco en los primeros tiempos de nuestro amor.

—Te engaño —le dije—. Te engaño, cada día, innumerables veces, con mi imaginación. No importa que te engañe con una imagen de ti mismo, porque esa imagen hace lo que tú nunca haces, dice lo que tú nunca dices, y, por lo tanto, no eres tú: es otro hombre. Del choque con ese personaje imaginario sales más empobrecido que si se tratara de otro hombre, un extraño. Si te engañara con otro, al menos sentiría remordimientos y pesar. Pero, así, solo siento rencor.

La habitación estaba sumida en una penumbra gris. En las persianas brillaban nudos de luz como estrellas, y los ruidos nos llegaban ahogados, lentos, con el ritmo de las olas del mar.

—Querías dormir —proseguí—. Tú siempre te duermes después, mientras yo me quedo despierta pensando. Hace tanto

tiempo que no hablamos... Tú ya no sabes quién soy, no sabes qué me pasa por dentro, qué valor le doy a cada gesto o a cada palabra de amor.

Dijo algo, aludió al deseo que había sentido por mí hacía un rato.

—Calla —le ordené, cogiéndole la mano—. No hables de eso. ¿Qué tiene eso que ver con el amor? No es amor si, después, se tienen ganas de llorar. Desde que era niña, yo sé muy bien lo que es el amor. Pensaba en el amor noche y día, asomada a la ventana o en mi cama, encajonada entre los armarios. Yo lo sé todo del amor, lo sé perfectamente. Todas las mujeres saben cómo es el amor, aunque a veces finjan olvidarlo, adaptarse, no pensar más en ello. No hay que confundir el amor con un mísero gesto que procura placer, que aplaca, que sacia, como el beber o el dormir. Tú mismo debes impedírmelo, no puedes permitir que me rebaje, que juntos nos rebajemos así.

—¿Por qué? —protestó con vehemencia—. Ha sido bonito.

—No, no ha sido bonito. Tu deseo ha nacido de la languidez que precede al sueño, no del amor por mí. El amor es otra cosa. Ni siquiera me has besado en la boca.

Al decir esto, me cubrí el rostro.

—El amor es buscarse sin tregua, besarse, abrazarse, mirarse, querer reflejarse el uno en el otro a toda costa, sufrir el temor constante de perderse, justo cuando parece que se está más unido, «¿me amas, Alessandra?», dudar siempre, «¿me amas, Francesco?». No me digas que estás seguro de mi amor, porque entonces te confesaré que, muchas veces, cuando me tomas, no te amo. Y tú no te das cuenta, eres obtuso, estás aprisionado en tu cuerpo, persigues un objetivo concreto, solo tuyo. No me amas, porque, si me amaras, no me dejarías sola. Es terrible estar solo en esos momentos. No basta con que me tengas afecto. El afecto basta para justificar que viva contigo, trabaje contigo y coma contigo. No justifica que yo esté aquí tumbada contigo, desnuda, en la cama.

—¡Alessandra! —me reprendió con suavidad.

—No me reprendas, no actúes como un marido, como un pariente. Si me reprendes, no seguiré hablando, y es necesario que

sepas lo que tengo que decirte. Solo el amor justifica que esté aquí, contigo, de este modo. Y el amor no es esto, ¿lo entiendes?, no está en estos gestos. Mira, nuestra vida no es fácil, no tenemos dinero, los dos trabajamos y yo a veces estoy cansada. Desde que era niña, la vida no ha sido fácil para mí, pero antes no me daba cuenta porque poseía un patrimonio ilimitado de amor que siempre ha impedido que me sintiera pobre o cansada. De niña, me sentaba junto a la ventana y esperaba, tranquila, serena y dócil. Esperaba. Las mujeres son capaces de cualquier esfuerzo o sacrificio mientras esperan. Pero, después, no quieren llorar, no quieren tener ganas de llorar y cubrirse el rostro con la mano. No pueden, ¿entiendes?, es una condena: las mujeres no pueden renunciar al amor. Por eso te engaño. Te engaño cada día. Y, con esta imagen que me invento de ti, paseamos, leemos juntos, hablamos, nos sinceramos de manera tan íntima que cada cual lo sabe todo del otro, cada cual conoce el ángel y el demonio que todos llevamos dentro. Tenemos noches largas, alegres, jóvenes: la luz del alba entra por la ventana mientras él me tiene aún abrazada y me habla dulcemente al oído. No te rías, por favor; te aseguro que, si pensara que tienes ganas de reír mientras te digo todo esto, todo habría terminado entre nosotros.

—No me río —dijo él.

Me tomó la mano, y su cuerpo ya no parecía tan musculoso, sino débil y cansado.

—Podría suceder incluso que te engañara con otro, algún día.

La figura de Tomaso me cruzó la mente. La rechacé bruscamente, con antipatía y asco.

—Tal vez no tendría mucha importancia. Seguiría viviendo contigo, sincera, cariñosa y honesta. Seguiría siendo la misma.

Podía hablarle con franqueza porque, llegados a ese punto, él no contaba ya para mí más que yo misma.

—Estoy segura de que no tendría mucha importancia. Pero he querido hablarte para que entiendas, para que sepas que las mujeres hacen todo lo posible para resistir al amor, pero el amor es siempre más fuerte que ellas.

—Sí —dijo—. Entiendo.

Me atrajo hacia sí. Desnudos, nos fundimos en un abrazo triste y desesperado.

Y, al día siguiente, lo olvidaba todo. Sin embargo, si Francesco tardaba en volver a casa, temía que, en lugar de acercarnos más, mi sinceridad hubiera excavado entre nosotros un abismo insuperable. Lo esperaba inquieta, asomada a la ventana. A veces, por no seguir angustiada unos minutos más, iba a su encuentro a la parada del tranvía. En cuanto lo veía, tenía una sensación agradable de calor en las venas. Mi amor resistía, inquebrantable, cada sacudida. Eso me provocaba un sentimiento de rabia y, sobre todo, de miedo. Me parecía terrible que mi amor pudiera sobrevivir pese a la infelicidad.

Lydia me sugirió que fuera a una echadora de cartas. Me dio varias direcciones, pero me dijo que, entre todas, ella tenía mucha confianza en la señora Adele, que le había vaticinado que el capitán la abandonaría y le había recomendado incluso que le hiciera un conjuro. «No lo hice —confesó negando con la cabeza—, me parecía imposible...» Yo quería retomar el contacto con Ottavia. Todas las noches, mi madre me visitaba y me miraba, triste por no poder comunicarse conmigo.

Una noche, en casa, hablamos largo y tendido de espiritismo. Francesco se negaba a dar crédito a esos fenómenos y se encogía de hombros, pese a que Tomaso afirmaba haber tenido experiencias interesantes.

—Oye, Alessandra —me dijo cuando nos quedamos a solas—, quiero pedirte que no pienses más en estas cosas. Te remueven, te hacen daño. No hagas caso a Tomaso...

—¿Estás celoso de él? —le pregunté con una sonrisa maliciosa.

—No, ¿por qué iba a estarlo?

—Porque me corteja.

—Ah, lo sé, se pasa la velada mirándote.

—¿Y entonces?

—Entonces ¿qué quieres que haga? ¿Prohibírselo? Hace muchos años que lo conozco, sé que lo hace para pasar el rato, o

quizá incluso por cortesía. Al fin y al cabo, tú eres la única señora...

—Ya veo. Vamos, que tú crees que nadie puede interesarse de verdad por mí, ¿no?

—No, mujer, y te lo he demostrado, ¿no crees? Es mucho más fácil cortejar a una mujer casada. ¿Quieres que de verdad me preocupe por Tomaso?

—¿Por qué no?

—Pues, para empezar, porque te conozco. Y, después —añadió tras una breve pausa—, perdóname la falta de modestia, porque pienso que valgo más que él.

—Oh, eso es cierto, pero...

—No me gusta hablar de estas cosas. Tomaso no va en serio, lo conozco bien.

Pero yo sabía que Tomaso sí iba en serio. Otras veces que traté de hacérselo entender a Francesco, me contestaba siempre de la misma manera. Me disgustaba que me considerase tan fatua como para engañarme respecto de las intenciones de mi admirador. Una noche lo llamó estúpido.

Al día siguiente, salí por primera vez con Tomaso sin que lo supiera Francesco, pero fue solo porque quería ir a buscar a Ottavia, y él no quería que la viera. Nos sentíamos alegres como chiquillos, y reíamos imaginando lo que nos diría Francesco si se enterase de nuestra escapada. Tomaso imitaba la voz de Francesco, el tono de sus reproches. Yo reía, enternecida, pensando que de verdad lo conocía muy bien. Él me miraba reír.

—¡Es tan extraordinario, Francesco!

Después de decir esto, los dos nos sentimos un poco incómodos.

Ottavia ya no estaba, se había vuelto a su pueblo. Decepcionados, nos quedamos en la puerta, en una vieja calle junto a la plaza Navona, mirando a nuestro alrededor un poco perdidos, y, como no sabíamos cómo ocupar el tiempo que teníamos disponible, fuimos a un café. Era un local pequeño, frecuentado por parejas. Yo le dije sonriendo a Tomaso que estar ahí con él me comprometía, y él contestó que, pobre de él, ojalá fuera cierto.

Pasé un momento de vergüenza con el camarero, que nos trató con malos modos, y escondí la mano en la que llevaba la alianza. Se lo confesé a Tomaso, y él bromeó, haciéndose el ofendido:

—¿Por qué? ¿Es que no podría ser yo tu marido?

Nos reímos. Nos reímos muchas veces esa tarde, pero con un tono forzado, incómodo. Luego empezamos a hablar del matrimonio y, sobre todo, de las relaciones entre hombres y mujeres: en una palabra, del amor. Cada cual tenía muchas cosas que decir, y nos interrumpíamos el uno al otro, nuestras frases se solapaban incluso. Mientras, el café se había vaciado. Miramos el reloj, y yo me sobresalté.

—¡Oh! —exclamé confusa—. Qué tarde es ya.

Tomaso me miraba con una sonrisa en los ojos claros.

—Qué guapa eres, Alessandra —dijo.

Caminamos juntos un trecho y luego nos separamos.

—Podríamos confesarle a Francesco que hemos ido a casa de Ottavia; total, no la hemos visto... —dije sonriendo.

—No, Alessandra, te lo ruego —me interrumpió él—. Por supuesto, podríamos hacerlo. Pero me gusta tener un secreto contigo, aunque sea inocente como este.

Pensé que podía concedérselo, y concluimos así ese día tan agradable. Hacía mucho que no pasaba un día así, reflexioné mientras subía la escalera con melancolía. Alguien tocaba la armónica bajo nuestras ventanas. Al asomarme desde lo alto de la terraza, vi que eran unos obreros. «Qué brisa más agradable y dulce.» Me habría quedado horas escuchando la armónica.

Le dije a Francesco que había estado en casa de Fulvia, y me quedé confusa, esperando que se volviera hacia mí y me reprochara con amargura: «¿Por qué me mientes?». Me sonrojé, pese a que no había hecho nada malo. Pero Francesco estaba sentado en el suelo, escuchando la radio. A causa del volumen bajo, parecía que le hablaran a media voz, al oído.

—He ido a casa de Fulvia —repetí.

Esperaba que se diera cuenta de que era mentira. Él asintió con la cabeza para mostrarme que me había entendido y, con un gesto, me invitó a sentarme a su lado.

Veía a Fulvia cada vez menos. Una mañana, fuimos juntas a la echadora de cartas que su madre nos había recomendado y que vivía en una calle alejada, cerca del Coliseo. Tuve que pedir unas horas de permiso en la oficina, no recuerdo con qué pretexto. El subterfugio, y sobre todo la libertad de la que no estaba acostumbrada a disfrutar a esa hora de la mañana, me llenaron de alegría. Subimos entre risas la estrecha escalera polvorienta y gris. La señora Adele vivía arriba del todo, en una buhardilla. Nada más entrar, vimos a numerosas mujeres que esperaban pacientemente, sentadas en hilera a lo largo de las paredes, mirando a la puerta acristalada, al otro lado de la cual se veía la sombra de la señora Adele.

Era una casa muy pobre. En las paredes, además de algunas oleografías, había numerosas estampas de santos de entre los más acreditados. La entrada era oscura, iluminada apenas por dos lamparitas minúsculas que ardían ante una estampa de san Antonio. La luz rojiza encendía como chispas en los ojos de las que esperaban, en su mayoría mujeres humildes. Una tenía en brazos a un niño, al que le decía de vez en cuando «tranquilo», para que no se moviera. Había también algunas señoras más vistosas, con el cabello oxigenado, que mostraban su impaciencia, fingiendo estar allí para cumplir con un deber molesto. Y estaba también Fulvia, que había venido para saber si Dario se casaría con ella, y yo. Yo ya no era la niña que se sentaba junto a la ventana, ni la muchacha que bajaba deprisa la escalera para ir al encuentro de Francesco: era una de tantas mujeres que ya no confiaban en sí mismas y tenían que recurrir a conjuros y sortilegios. Tenía quizá la mirada desamparada de la mujer sentada a mi lado, que dejaba colgar el bolso entre las piernas. Como todas las que estaban allí, no me daba pudor confesar a otras mujeres mi derrota. Las recorrí con la mirada, y su miseria me suscitó compasión e indignación.

—Hay demasiada gente —le dije a Fulvia, sacándola a la fuerza de allí.

Había invitado a Fulvia a comer conmigo. Francesco llevaba unos días fuera, había ido a una reunión en Milán con algunos compañeros. Yo tenía la costumbre de acompañarlo a la estación y

nos sonreíamos hasta el último momento, pero, cuando el tren se alejaba, deslizándose despacio sobre las vías, era como si la sangre abandonara mi cuerpo. Mi sonrisa se apagaba y volvía a embargarme ese miedo que ahora ya formaba la trama de nuestra vida. Cada vez, separarnos me parecía un peligro, como si, por un descuido de ambos, nos arriesgáramos a no vernos nunca más. Volvía a casa, y el bloque me parecía una gran caja vacía. La puerta gemía al abrirse; el sonido que hacía al cerrarse resonaba siniestramente en el apartamento desierto. La primera noche era terrible, no conseguía conciliar el sueño. Después, poco a poco, la quietud me envolvía como una venda blanca y suave, y la soledad me llamaba con su encanto seductor. Podía hacer cualquier plan por las tardes, pero ninguno me parecía a la altura de la libertad sin límites de la que era dueña y señora. Terminaba por quedarme en casa, cosiendo junto a la ventana. Fulvia me monopolizaba.

—¿No está Francesco? —me preguntaba—. Entonces, voy a tu casa. Tengo muchas cosas que contarte. Cuando están los hombres, nunca se puede hablar de nada.

Era verdad. Pasábamos semanas sin vernos, diciendo: «Es inútil». Si Francesco estaba con nosotras, yo le concedía a Fulvia una atención limitada, casi como si fuera una visita. Fulvia no se extrañaba, sabía que eso era parte del papel que toda mujer debe interpretar, y sabía también que yo era sincera en mi papel. El papel de una mujer que tiene a un hombre al lado es muy distinto al que interpreta cuando está sola.

Con frecuencia, terminábamos por encerrarnos a hablar en el cuarto de baño. Yo desaprobaba esas artimañas, pero no podía evitar recurrir a ellas.

Éramos las primeras en sentirnos rebajadas por esa actitud. Sin embargo, cuando llegaba Fulvia, estábamos las dos deseando quedarnos a solas. Las primeras frases que intercambiábamos eran puramente convencionales, y reconozco que, dijera lo que dijese Francesco, apenas le contestábamos. Necesitábamos hablar de lo que era esencial para nosotras, y dejar a Francesco en la soledad en la que se quedaba de todas maneras, aunque estuviéramos nosotras. De hecho, cuando le preguntaba a Fulvia, sonriendo:

«¿Quieres peinarte?» o «¿Quieres quitarte el abrigo?», nos convenía a los tres. Francesco cogía el periódico, y nosotras nos alejábamos por el pasillo, dejando que resonaran entre las paredes nuestras frases sin importancia. Cuando giraba la llave en la cerradura, Fulvia perdía su desparpajo y su insolencia, y se apresuraba a preguntarme:

—¿Y bien?

Yo me dejaba caer sobre el borde de la bañera, diciendo:

—Estoy desesperada.

—Pues si vieras yo... —contestaba ella con un suspiro, señalándose a sí misma.

Teníamos la expresión tensa y la mirada perdida. De vez en cuando, callábamos, acercando el oído a la puerta, y luego seguíamos hablando en voz baja.

—Figúrate que ayer puse flores en la mesa porque era 11, y el 11...

—Ya, lo sé...

—Pues, nada, él sonríe y me dice: «¿Qué celebramos hoy?». Yo me habría echado a llorar, pero le dije: «Adivina». Me había puesto el mismo vestido que ese día y me había peinado, dejándome el cabello liso y suelto, como entonces. «Adivina», repetí sonriendo. No se acordaba de nada. Tuve que decírselo todo.

—¿Y qué hizo él?

—Por la tarde me trajo un frasquito de perfume.

—Es extraño —dijo Fulvia—, los hombres creen poder arreglarlo todo con cosas que cuestan dinero...

Mientras hablábamos, seguíamos atentas a la puerta, llevándonos un dedo a los labios, y decíamos alguna que otra palabra en voz alta, para disimular. Me disgustaba pensar que, pese a amarlo tanto, o precisamente por eso, quizá, tuviera que rebajarme actuando de esa manera.

Estábamos almorzando solas, pues, y en la casa había ese ambiente a la vez relajado y efervescente que crean las mujeres cuando están a solas entre ellas. Yo iba y venía de la cocina, y servía a Fulvia en la mesa, con naturalidad. No tenía que estar controlándome todo el

rato, y eso era un descanso enorme. Cuando estaba con Francesco, temía siempre que bastara un gesto o una palabra para que me juzgara mal. Una mujer siempre comprende lo difícil que es la vida de otra mujer, sabe que es fácil equivocarse cuando se está cansada, y las mujeres siempre lo están. Fulvia miraba con cariño la casa, que yo ordenaba, barría y limpiaba cada día, y su mirada era una agradable caricia sobre mi piel.

Comimos en una mesa plegable en el despacho.

—Qué bien se está aquí —dijo Fulvia.

El sol apretaba contra los postigos cerrados, tratando de irrumpir en la penumbra. El aire, caliente ya, así como una desesperación tenaz que me embargaba, no me dejaban respirar.

—No tengo ganas de comer —dije—. Perdona que esté todo tan malo. Es por Francesco, no puedo arriesgarme a tener provisiones en casa, ni siquiera un grano de arroz o un poco de aceite. No se atreven a detenerlo sin más, porque es una persona demasiado conocida, pero lo harían encantados con el pretexto de un pequeño delito de ese tipo. Es lo que suelen hacer.

Comprendí que mi desesperación venía también del temor de que pudiera haberle ocurrido algo mientras estaba solo, en una ciudad desconocida. Pese a que había tenido noticias suyas el día anterior, de repente se formaba en mí la certeza de que lo habían detenido, en Milán o de regreso a Roma. Lo veía bajar del tren, entre guardias, imaginaba el dolor que sentiría al enterarme, lo sentía en la garganta, como si me ahogara, como si me estallara dentro, pero sabía que ni siquiera entonces podría haberme muerto para ahorrármelo, que solo sería otro largo sufrimiento. Me pasaba la mano por la frente para liberarme de esa pesadilla o, mejor, de ese amor.

—Ven —le dije a Fulvia cuando terminó de comer—, vamos a mi habitación y nos tumbamos en la cama a hablar.

En mi cuarto se estaba muy bien.

—Perdona, me voy a desnudar —dijo ella—, así estoy más fresca y no se me arruga el vestido.

Se tumbó en la cama con una corta combinación negra que le dejaba al descubierto la bonita forma de las piernas y el pecho

generoso bajo el encaje. Yo continuaba hablando, sin seguir bien del todo el hilo de lo que iba diciendo. Fingía mirarla a los ojos, pero en realidad le miraba los pechos, redondos y blancos. «Qué cosa más dulce un pecho femenino», pensaba.

—Desnúdate tú también —me animó—, se está mucho más fresca.

Vacilé. Me ocupé en estirar bien la sábana, sin decidirme a quitarme el vestido porque me avergonzaba de mi delgadez. Me propuse hacer una cura para aumentarme el volumen del pecho.

—¡Qué grácil eres! —exclamó ella cuando me desvestí—. Eres como un junco —añadió con un ligero tono de ironía—. Nunca he visto un junco, es una palabra que solo se lee en los libros, pero te va bien, me gusta cómo suena: junco. Es una palabra medio hombre, medio mujer. Y ¿qué es, a todo esto?

—Es una planta que crece cerca del agua —le expliqué sonriendo—. O, al menos, eso creo. Una planta muy flexible.

—¡Ah! —dijo pensando ya en otra cosa—. Ven aquí, túmbate, descansa. Cuando dos mujeres están juntas a solas, acaban siempre tumbadas en la cama, charlando. ¿Recuerdas tu madre y la mía?

—Sí —contesté absorta.

—Siempre hablaban de Hervey. Crecí con una curiosidad tan grande por conocerlo... Pero quizá sea mejor así. ¿Sabes?, cuando Dario me hace sufrir, siempre pienso en Hervey, para vengarme. Pero, si lo hubiera conocido, me habría parecido un hombre como los demás.

—No creo —observé con un tono severo de reproche.

—Sí, sí, y hasta peor quizá. Te confesaré, incluso, que una vez, el año pasado, esto nunca te lo he dicho, oí hablar de los Pierce. Estaba con un grupo de gente que suele ir a conciertos. Hablaban de la madre, y hablaron también de él. ¿Y sabes lo que decían de Hervey?

—¿De Hervey? —repetí palideciendo—. Cuéntame.

—Decían que está loco, que es un maniaco. Que sufre obsesiones. Es más, me pareció entender incluso...

—¿Qué?

—No sé, igual fue solo impresión mía, pero el caso es que...

Calló, muy incómoda. Me miraba, como esperando que yo adivinara lo que se disponía a decir.

—Dime —le pedí—, ¡cuéntame!

—Bueno, decían que no es un tipo normal. No..., ¿cómo decirlo? No le gustan las mujeres.

—¡Qué tontería! —exclamé—. ¿Cómo va a ser eso?

—Es verdad —reconoció enseguida—. No puede ser.

Nos quedamos en silencio, fumando. «No hay nunca nada en él que me haga daño —decía mi madre—. Yo hablo, y él responde como respondería yo misma.»

Hacía calor; pese a los postigos cerrados, el aire era como de bochorno, se hacía insoportable. Yo tenía un poco de sueño, solo me mantenía despierta el deseo de seguir hablando de esas cosas. Era increíble que un hombre no se equivocara nunca en un gesto, en una palabra.

—O quizá... —murmuré, admitiendo la posibilidad de esa conjetura desoladora, sin atreverme a volver los ojos para no cruzarme con la mirada de Fulvia.

—Sí —contestó ella.

Callamos. Nos embargó una dulce melancolía, así como una necesidad de consuelo. Mientras tanto, fumábamos, diciendo aquí y allá alguna palabra sin importancia, para aliviar el peso de ese silencio. «Toma, el cenicero; gracias; disculpa.»

—No se lo digas a Francesco, si alguna vez sale este tema... —le rogué.

—¡Huy, ya ves! Pero si ni siquiera te lo había contado a ti. Yo misma ya ni me acordaba. No sé cómo, ahora...

—Sí, sí, claro...

—Igual porque estábamos hablando de tu madre, de cuando éramos niñas. Siempre, cuando recuerdo esa época, siento ganas de volver atrás. ¿Por qué nos hemos hecho adultas, por qué hemos conocido a los hombres y todas esas cosas?

Sonriendo, añadió:

—Creo que nunca te he contado que, de niña, estaba enamorada de ti.

—¿De mí? —repetí perpleja.

El corazón me latía con fuerza.

—Sí, por eso te trataba mal. Pero luego me echaba a llorar.

—Oh —contesté con una risita insegura.

—Me gustaba tu nombre, la elegancia de tus gestos, tu vestido cerrado hasta arriba, todo lo que te hacía tan distinta a mí. Por eso me comportaba de ese modo insolente y exagerado, para molestarte. Te dejaba de lado y me iba de paseo con Aida y con Maddalena, para darte celos y hacerte sufrir.

—Pues sí —contesté con un hilo de voz—, de hecho, estaba celosa.

Tenía la mirada perdida en el vacío, delante de mí. Pero, en la memoria, contemplaba el rostro de Fulvia de niña, su cabello negro suelto sobre la almohada de Francesco, su hermoso cuerpo suave, las dulces colinas de sus pechos. Oh, qué maravillosas son las mujeres, ¿por qué nadie sabe verlas, por qué nadie sabe amarlas de verdad?

—En el fondo —dijo en tono de broma—, es una pena que las dos seamos mujeres. Si no, podríamos habernos casado. ¿Tú te habrías casado conmigo?

—Claro —contesté—, y te habría llevado de luna de miel a Venecia.

Soltó una risita ligera y yo la imité. Pero ambas sentíamos una mezcla de emoción y azoramiento. Me parecía que ese momento que estábamos viviendo no era una simple casualidad. En mí nacía una fuerza precisa, junto con la diabólica determinación de no dejar salir a Fulvia de esa habitación. Nos encerraríamos juntas en la casa, entre el orden y el desorden femenino, que nos envolvería como un valioso anillo. Era como si pensamiento y deseo corrieran libres entre ella y yo, como si nos entendiéramos de forma natural. Le pediría que se quitara la combinación y me dejara verle el pecho. Somos las dos mujeres, le diría, ¿qué hay de malo? Tenía la piel de nácar. Dentro de mí se libraba un agrio enfrentamiento con Francesco. Me habría gustado enseñarle que yo conocía la devota atención que se le debe a una mujer; yo habría sabido qué palabras decir, qué fantasías inventar. Sentía un rencor rabioso al recordar que él no me llamaba nunca

por mi nombre en los momentos que deberían haber sido los más dulces, y que, en cambio, eran ásperos y crudos.

—Sí, habría sido precioso casarnos. Pero así como somos: dos mujeres.

Tras decir esto, exhalé un suspiro de pesar que expresaba toda mi amargura de no ser acompañada y comprendida.

Fulvia me cogió la mano para consolarme. Deseaba tanto verme en paz que, me atrevía a suponer, seguro que si le pidiera que hiciera algo por mí, algo como descubrirse el pecho, lo haría.

Me entretuve un momento estrechando su mano regordeta y suave: era un descanso para mi mano fuerte.

Sonó el timbre, y yo me sobresalté, como si me hubieran sorprendido en falta. Decidí no contestar.

—No voy a abrir —dije.

El timbre volvió a sonar con insistencia.

—Espera —exclamé levantándome de un salto—, podría ser un telegrama de Francesco.

Me puse la bata y volví con un vestido de seda en los brazos.

—Es de la tintorería. Ha quedado bien, creo, ¿qué te parece?

—Sí —contestó incorporándose en la cama—, yo creo que sí.

—Ha sido honrada —reconocí—. Solo me ha cobrado ochenta liras.

Busqué el dinero en el bolso y fui a pagarle. Cuando volví a la habitación, encontré a Fulvia de pie, abotonándose la blusa. Hubo un momento incómodo, y me pareció que estaba de malhumor.

Entonces me acerqué a ella.

—Vuelve esta tarde —le dije en voz baja—. No voy nunca al cine, vamos juntas y luego te vienes a dormir conmigo, estamos solas. Aquí por la noche hace fresco, esta ventana da a la terraza. Se está bien, huele a jazmín.

Ella me miraba, sin decidirse, mientras yo le apretaba la muñeca.

—Te vienes, ¿entendido?

—Sí —contestó en voz baja, y no hablamos más del tema.

Acudí muy puntual a la cita, pero Fulvia no estaba. Los hombres

me miraban pasear en la puerta del cine, sola, esperando, me apuntaban con la luz blanca de las linternas. Estaba irritada, temiendo que Fulvia faltara a nuestro pacto. Por fin llegó; quiso disculparse por el retraso, pero no le dejé tiempo porque la última sesión estaba a punto de empezar.

Había comprado las localidades más caras. Fulvia no se hizo la sorprendida, actuaba como si estuviéramos juntas por primera vez. No hablamos de Francesco ni de Dario, éramos como dos conocidas que tienen todavía poco en común. Ella evitaba mirarme, pero, sintiendo mi mirada, que la buscaba una y otra vez en la oscuridad, controlaba su actitud, mantenía los hombros erguidos en un gesto elegante y se acomodaba el cabello. Yo me sentía nerviosa por el temor de que algo pudiera impedirnos volver juntas a casa, temía incluso que ella hubiera olvidado mi invitación. Por eso le dije:

—Si esta noche hubiera una alarma, en mi casa hay un refugio seguro.

Fulvia no contestó, y yo me tranquilicé: vendría.

Cambiamos impresiones sobre la película, que era mala y no nos interesaba en absoluto. Eran comentarios más bien tontos, y yo comprendí que estábamos tratando de recuperar la confianza que teníamos de niñas, adoptábamos el mismo lenguaje y, sobre todo, de nuevo teníamos la impresión de estar haciendo algo malo cada vez que nos encontrábamos a solas. Solíamos ir al cine acompañadas de Sista. En la oscuridad, mientras la película nos proponía abiertamente problemas que no nos atrevíamos ni a mencionar siquiera, nos sentíamos diferentes. Para disimular su incomodidad, Fulvia siempre hacía algún comentario en voz alta. Una vez, mientras los protagonistas se daban un largo beso, estalló en una carcajada. Ahora yo conocía la clave de su grosería de entonces y de la repentina indiferencia que fingía ahora para protegerse.

—Toma —le dije—, te he comprado chocolatinas.

El cine no estaba lejos de mi casa. Le fui indicando el camino, como si no lo conociera. Era una noche luminosa de luna, y el barrio nuevo era blanco, me parecía estar en una ciudad

desconocida de Argelia o de Marruecos.

—Es un barrio bonito —dijo Fulvia.

Le respondí animadamente, para que no oyera a los viandantes comentar lo invitante que era para los aviones ese cielo claro e iluminado.

Subimos a tientas la escalera oscura, yo guiaba a Fulvia de la mano. La incertidumbre que le causaba esa inesperada oscuridad trababa su paso, como si se resistiera a subir. Espoleándola, tenía que tirar un poco de ella para que me siguiera. Esa también era una escalera de caracol, interminable, envolvente, como una alucinación. Reflejaba nuestra respiración, y me temblaba la mano cuando abrí la puerta despacio. Le indiqué con un gesto que guardara silencio.

Seguí guiando a Fulvia por la casa oscura. La luna entraba como agua gélida por las ventanas abiertas, y la habitación olía a jazmín. En ese aroma, me parecía encontrarme con Francesco. Ahuyenté su recuerdo.

—Ya estamos —le dije a Fulvia—, mira qué bonito es todo desde aquí arriba.

—Oh —exclamó ella sorprendida.

Desde la terraza se veían las nuevas casas de Parioli y la campiña plana y solitaria, tristísima. El río, con su caudal bajo entre las orillas, era una franja oscura. Pero las grandes casas, la extensa llanura, los árboles y las colinas, todo se perdía en la vastedad sin límites del cielo. Parecía, en efecto, que solo el cielo tuviera vida, con su luz de luna, el leve movimiento de las nubes y el vívido brillo de las estrellas. En la alta terraza del noveno piso, Fulvia y yo parecíamos destinadas a tratar las primeras con ese elemento admirable y traicionero.

—Da miedo... —dijo ella.

—No —la animé—: no vienen. Hay que volver a mirar el cielo con confianza...

Entré en la habitación y me afané en buscar, entre mi escasa lencería, un camisón para Fulvia. Opté por ofrecerle el mejor, el de mi noche de bodas. Luego cerré la persiana y, al volverme en la oscuridad, la rocé sin querer. Ella se sobresaltó y soltó un grito

ahogado.

—Espera —le dije.

Fui al baño y volví con el camisón puesto. Me movía de manera expeditiva, pero esa seca determinación y el tono cortante de mi voz traducían mi incomodidad. La habitación seguía a oscuras. Cuando encendí la luz, vi a Fulvia de pie, inmóvil. No se había atrevido a dar ni un paso. Estaba tan perdida que sentí el deseo de consolarla hablándole mucho rato, acogiéndola en el amparo de mis brazos. En lugar de eso, le pregunté bruscamente, sin mirarla:

—¿Prefieres desnudarte en el cuarto de baño?

—No, gracias —contestó con timidez—, ya lo hago aquí.

Daba vueltas y vueltas al camisón, diciendo que tenía mucho que hacer a la mañana siguiente. Al fin, se quitó la falda de flores y se quedó solo con la combinación, que le dejaba al descubierto las rodillas, rollizas y enrojecidas por el calor. La combinación estaba raída. Ella me adivinó el pensamiento e, indicando su ropa interior y la mía, dijo:

—Hay una tienda, en Prati, donde venden a plazos y sin cartilla.

Vaciló un instante, con una vaga sonrisa, entre ambigua y asustada. Luego se quitó la combinación y se quedó desnuda, mientras desdoblaba el camisón.

Su cuerpo blanco reflejaba la escasa luz de la lámpara: era una gran mancha lechosa que hería la mirada. No conseguía deshacer un lazo que le impedía pasar la cabeza por el escote del camisón. Movía todo el cuerpo, en su prisa por cubrirse, apretaba las piernas y agitaba nerviosa los brazos dentro de la seda blanca que le ocultaba la cabeza. Mientras, yo podía mirar su cuerpo a mis anchas, sin que sus ojos me lo impidieran. Era un cuerpo joven bajo el inmaculado esplendor de la piel, pero, al ser Fulvia algo entrada en carnes, parecía ya ajado. Aunque el suyo era más fuerte y redondo, le vi cierto parecido con el mío. A causa de esa semejanza, me embargó una compasión arrolladora por los sufrimientos que se infligen a todo cuerpo de mujer. Desde la estremecedora afrenta de la adolescencia hasta la violencia de la

noche de bodas, desde la deformación del blanco vientre hasta el desgarro de la maternidad, el agotamiento de la lactancia y los humillantes padecimientos de la edad, cuando la juventud lo abandona. Miraba el cuerpo de Fulvia con una compasión tan intensa que ella debió de notarla. Se debatía tanto dentro del estrecho camisón que pensé que estaba a punto de desgarrarlo entero con tal de liberarse de mi mirada. Al fin, con un grito rabioso, exclamó:

—¡Ayúdame!

Me acerqué a ella y deshice el lazo. Pasando la cabeza por la abertura, soltó un suspiro de alivio. Miró en derredor, casi como si temiera que hubiera cambiado algo en la habitación en esos breves instantes. Más tranquila, se volvió hacia el espejo.

Nos vimos las dos vestidas de blanco, como ángeles; a nuestra espalda, la blanca superficie de la cama. Sin carmín en los labios y con el cabello recogido con sencillez, aunque muy distintas una de otra, parecíamos dos hermanas jóvenes que comparten habitación y esperan juntas el porvenir y que se cumplan sus sueños. La rodeé por la cintura.

—¡Qué bonito es este camisón! —exclamó sacándole el vuelo con un gesto elegante.

Atravesando con la mirada su silueta soñadora retratada en el espejo, Fulvia superaba las fronteras de la habitación y llegaba hasta alguien, para ofrecerse a él. También yo, contemplándome, me tendía hacia mi rostro enamorado. Inmóviles, traspasábamos la lámina brillante del espejo; descalzas y ligeras, íbamos al encuentro de Hervey.

—Ayúdame —le dije a Fulvia desplomándome sobre la cama entre sollozos.

—Ayúdame —me dijo ella también.

Decíamos «Dario...», «Francesco...». Dormimos abrazadas toda la noche.

A veces sentía que solo en la vejez podría encontrar consuelo. Tal vez entonces pudiera alcanzar la límpida quietud a la que aspiraba. Me proponía envejecer rápido, enseguida, pero era difícil porque

era muy joven y la juventud trae consigo la acuciante necesidad de referirlo todo al amor. «Quizá una relación solo platónica podría serme de gran ayuda», me decía, y me deleitaba en esa esperanza, pensando en Tomaso. Una tarde me lo encontré, y paseamos juntos largo rato. Nada más volver a casa, se lo conté a Francesco. No le dije, sin embargo, que todo el tiempo habíamos estado hablando de mi madre. Tomaso había querido saberlo todo, cada detalle, hasta me había preguntado si tenía una fotografía de Hervey. Cada vez que veía a Tomaso, al volver a casa me quedaba un rato asomada a la ventana de la terraza, pensativa. Después corría de repente junto a Francesco y me abrazaba a él.

Le hablaba a través de ese abrazo. Me sinceraba con él, sin palabras, ocultando la cabeza en su pecho. Pero ni siquiera entonces era él capaz de oír mi voz. Ahora temía incluso que, si la hubiera oído, me habría reprendido, como hacen los parientes. Me habría pedido que no viera más a Tomaso, sin molestarse en entender por qué me hacía tan feliz verlo. Él se sentía acompañado con sus escritos y con la lucha que libraba junto a sus amigos, era ese también un modo de hablar, de expresarse. No era justo que yo no tuviera mi propio modo de expresarme.

No quisiera, sin embargo, que en este relato Francesco parezca distinto a como era en realidad. Era un hombre bueno, y el más inteligente que yo había conocido en mi vida. Yo, en cambio, era una chica como hay tantas, y por eso me extiendo hablando de mí, para darme a conocer. Todo el mundo sabe quién era Francesco.

Me gustaba tanto... No era guapo, ya lo he dicho, pero tenía esa gracia natural que en los hombres se plasma en reserva y sobriedad. Había observado más de una vez cómo todos los demás, en algún momento, resultaban feos o desagradables. Francesco, en cambio, me gustaba siempre. A veces, cuando estábamos en casa de otras personas, aunque no estuviéramos cerca, yo siempre me sentía unida a él por un hilo invisible. Él sostenía el extremo de ese hilo sin mirarme siquiera. «Te amo —le decía, y era como si, entre todos los demás, volviera a escogerlo a él—. ¿Te enteras? Amor mío, vuélvete a mirarme. Te amo.» Pero él nunca oía lo que le

decía dentro de mí. «Es un hombre odioso —pensaba—, egoísta y frío», y sentía que el hilo invisible me apretaba en las muñecas. «Déjame —le decía—, quiero respirar.» Pero también el rencor que sentía por él nos unía indisolublemente. Era mi marido, y esas dificultades, esas decepciones hirientes nos pertenecían; le reconocía el derecho de serme hostil.

Lo amaba y no pretendo acusarlo: solo quiero que se sepa lo que era para mí. Pues todos conocen su valía por sus escritos, saben lo que era para sus alumnos; sus amigos saben qué clase de amigo era, y su madre, qué clase de hijo era, pero solo yo puedo saber de él como marido. Él no pensaba nunca que yo era la misma mujer que había amado y deseado un día, y que tenía el mismo carácter y las mismas exigencias de entonces. Francesco era muy inteligente y, sin embargo, pensaba que todo había cambiado en mí por el mero hecho de haberme convertido en su esposa. Me había dicho: «Todo tendrá que empezar, después»; si me hubiera dicho: «Todo tendrá que acabar», quizá no me habría casado con él, porque sabía que no era tan fuerte como para poder renunciar a todo. Yo seguía siendo la misma y, además, lavaba los platos en los que él comía, sacaba brillo a los zapatos que él calzaba, hacía cola en los comercios, mecanografiaba sus escritos y luego los escondía en lo alto del aparador de la cocina. Habría preferido comer solo pan con aceite y no lavar los platos ni guardar cola. No es verdad que hacer esas cosas sea vocación de las mujeres. Las hacen cuando es necesario y sobre todo para ser útiles y agradar a los hombres, igual que hacen otras muchas cosas por ellos cuando los aman, incluso las cosas horribles y crueles que he hecho yo. Y los hombres creen compensarlo todo porque creen que son ellos quienes las mantienen. Pero, en realidad, rara vez es así. Naturalmente, hay mujeres que duermen hasta mediodía y, cuando salen de casa, es para ir a la peluquería, a la modista o al teatro, mientras que los hombres trabajan día tras día para darles una vida desahogada, con todas las comodidades, joyas y suntuosas pieles, y ellas se conforman con eso. Yo no conocía a ninguna de esas mujeres, no me las encontraba nunca porque pasaban deprisa en sus automóviles. Conocía, en cambio, a las mujeres que trabajaban

conmigo, a las que vivían en la calle Paolo Emilio y a las que hacían cola en los comercios, muertas de frío, con un niño en brazos; las que se sentaban a mi lado, en el tranvía, cuando iba a la oficina o a dar clase. Casi todas trabajaban en su propia casa como criadas. Pero a las criadas no se les dice nunca «yo te mantengo», porque ellas trabajan para ti a cambio de un sueldo, techo y manutención. La esposa, en cambio, hace el mismo trabajo que una criada, y el de una mujer a la que se le paga, y amamanta a los hijos, los cuida, les cose la ropa y zurce la del marido, sin aspirar siquiera al sueldo de una criada. Y, pese a todo, el marido puede decirle: «Yo te mantengo».

Yo me plegaba gustosa a todo eso y, al hacer la cama, pasaba la mejilla por la almohada de Francesco; volviendo los puños de sus camisas, me parecía tener sus muñecas entre mis dedos, y hacía cola para comprarle calabacines, que tanto le gustaban, y, cuando no llegaba a tiempo para llevármelos, sentía una rabiosa envidia por las mujeres que podían cocinarles calabacines a sus maridos. Mecanografiaba sus escritos y sentía miedo cuando tardaba en volver a casa; lo animaba a trabajar con los compañeros en la lucha, y me vestía para él, me peinaba para él, lo hacía todo para él. Habría hecho las cosas más bajas, que las hice, para que se diera cuenta de que seguía siendo la misma que volaba escaleras abajo en la Galería Borghese, y para que me mirase asombrado, como se mira a una criatura maravillosa. Las mujeres hacen todo eso, y traen hijos al mundo, y, a cambio, solo piden alguna que otra palabra de amor.

Yo aplazaba de un domingo a otro la esperanza de oír esas palabras. Quizá pueda parecerle ridículo a quien, no habiendo trabajado nunca, no conozca la máquina inclemente de las horas y el ciego movimiento del engranaje de las semanas. Me encantaban los domingos; me parecía que el sol brillaba más fuerte, que el cielo estaba más límpido, y creo que de verdad era así. No iba nunca a la iglesia, pero disfrutaba oyendo las campanas. Me gustaba ver la expresión atrevida de las muchachas con sus vestidos nuevos y mirar por la ventana a las criadas, que se alisaban el cabello con brillantina y luego salían, algo perdidas,

ebrias de libertad.

También esperaba que llegara el domingo en mi corazón. Por la mañana, aplazaba a la hora del almuerzo el momento tan esperado. Por la tarde, Francesco trabajaba y yo leía o cosía a su lado. «No son más que las seis —pensaba—, aún hay tiempo.» Él levantaba la mirada y me decía con afecto: «Pareces cansada». Eran las ocho, las ocho y media, y yo misma capitulaba, preguntándole: «¿Quieres cenar?». «Sí, gracias», contestaba él, desperezándose ligeramente. Me iba a la cocina. «Se acabó —pensaba—, hoy también se acabó.» Tenía la garganta seca, árida, como leñosa, y bajo mi piel corría un escalofrío de llanto. Pero, al día siguiente, ya lo había olvidado. Si llovía, ponía mi esperanza en el siguiente día de sol. Si trabajaba, en el siguiente día de asueto. Llegaba incluso a confiar en el poder de un vestido nuevo. «Hoy —me decía—, quizá mañana.» Pero nada valía, ya no me sentía joven ni guapa, y eso que solo tenía veintiún años. Andaba por la calle y me parecía que solo yo, entre todas las mujeres, no tenía ya ojos, ni andares ni manos.

Los domingos, cuando volvía a casa, Francesco siempre me traía pasteles. Vivíamos en un callejón sin salida bastante estrecho, bordeado por casas nuevas llenas de balconcitos a los que se asomaban los vecinos los días de fiesta, cuando hacía sol. El paquete blanco resaltaba sobre el traje oscuro de Francesco, por lo que eso era lo primero que veían los vecinos en cuanto embocaba la calle. Se asomaban para mirarlo, pensando sin duda que ese tierno detalle contrastaba con la austeridad aparente del profesor, el cual debería haberse preocupado, sobre todo, por su postura política, que ni era clara ni suscitaba aprobación.

—Sandra, te he traído unos dulces —me decía.

—Oh, gracias —le respondía sonriendo, como si fuera una sorpresa cada vez.

Recordaba nuestro noviazgo, cuando Francesco y yo íbamos a algún café para sentarnos a hablar con más calma e intimidad. Poníamos cuidado en evitar los cafés apartados, lugares predilectos de las parejas, pues no queríamos que su relación pudiera

confundirse con la nuestra, que nos parecía del todo distinta a la de los demás enamorados. Éramos asiduos de los cafés frecuentados por señores mayores, que pasaban allí la tarde entera. En uno de la calle Nazionale solíamos coincidir con un grupito de funcionarios jubilados que se reunían para hablar de política, por lo que lo hacían en voz baja y cambiaban de tema en cuanto se acercaba alguien.

Nada más sentarnos, Francesco y yo nos poníamos a hablar deprisa, ansiosos por decirnos todo lo que teníamos que contarnos en el poco tiempo del que disponíamos. El camarero se acercaba a nuestra mesa, y nos volvíamos hacia él, irritados, para acabar cuanto antes con la molesta tarea de pedir las consumiciones. Cuando se alejaba, enseguida volvíamos a sonreír felices, como si hubiéramos conquistado nuestra soledad a costa de un esfuerzo heroico. Pero el camarero venía a dejar en la mesa un plato con algún pastel, *cannoli*, suspiros de monja o bandejitas con cerezas, y su presencia era para nosotros un insulto, una afrenta incluso, porque dejaba suponer que nos habíamos citado allí para comer o porque era una pastelería de renombre.

Solíamos coincidir con una pareja taciturna. El hombre hojeaba el periódico, mientras la mujer comía con glotonería una copa de helado con fruta confitada. Acabado el helado y el periódico, ambos se distraían observando al resto de los clientes. Rara vez intercambiaban alguna palabra o algún gesto. «Son marido y mujer», decíamos nosotros riendo. El marido revisaba la cuenta, y la mujer también, frunciendo el ceño. Yo, en cambio, apartaba la vista mientras Francesco, avergonzado, se apresuraba a dejar unos billetes sucios en la bandeja. Luego nos marchábamos, cogidos del brazo.

Al cabo de algo más de un año de casados, casi nunca salíamos juntos ya y, cuando lo hacíamos, era siempre por un motivo concreto.

No habíamos vuelto a ir nunca a Villa Borghese a besarnos, ni a un café a charlar. «¿Qué necesidad hay? —me dijo él un día—. Ahora ya podemos charlar en casa.» Pero, en casa, Francesco leía y escribía, y yo cocinaba, hacía la cama y planchaba, de modo que

nunca podíamos charlar. Muchas veces, me habría gustado proponerle que fuéramos a charlar al café como cuando éramos novios y yo me reunía con él, libre de tareas domésticas, sin saber si él tenía en el bolsillo lo suficiente para pagar la cuenta. Ahora, sin embargo, temía que, si volvíamos al café, no tuviéramos nada que decirnos; él abriría el periódico, y puede que yo sintiera celos de él por haberse llevado lectura y yo no.

Al final, sucedió lo que más nos temíamos. Francesco llegó a casa una tarde diciendo que había terminado la investigación sobre él en la universidad. Yo lo miré, pálida, interrogándolo con la mirada. Tras una breve pausa, me dijo en voz baja:

—De ahora en adelante, no podré seguir enseñando.

Nos abrazamos en silencio. Era algo tan grave que ni siquiera encontramos la fuerza de hablar de ello, ni ese día ni los siguientes. A los dos nos costaba conciliar el sueño. «Buenas noches, querida», me decía, «buenas noches, mi amor», le contestaba yo, y la oscuridad caía sobre nosotros, densa y opresiva. Sentía a mi alrededor, por todas partes, presencias invisibles y amenazadoras; oía detenerse un automóvil delante del portal, y se me aceleraba el corazón. Francesco estaba inmóvil, supongo que dormía. La noche se hacía interminable. El despertador marcaba todos los minutos que nos separaban del día en que Francesco dejaría de no estar contento. «Estoy aquí, querido, duerme», le decía en mi fuero interno, y me parecía que se refugiaba en mi sangre y en mis miembros, como dentro de un estuche. Quería ocultarlo, defenderlo de los ojos invisibles que lo vigilaban, de los dedos invisibles que lo advertían, de la voz arrogante de la radio.

En el amplio lecho, no nos rozábamos siquiera, y sin embargo era como si estuviésemos cogidos de la mano, yo me sentía unida a él por una solidaridad indestructible, una voluntad incondicional de defendernos. Llevábamos el mismo apellido y no nos bastaba con vivir en la misma casa, queríamos compartir el lecho, las sábanas y el sueño.

—Francesco... —murmuré llamándolo a mi lado.

Él, que estaba despierto, se volvió. Nos buscamos, animados

por un deseo repentino de poner a prueba nuestra intimidad. En la noche amenazadora que se cernía sobre nosotros, queríamos afirmar que seguía siendo nuestra la libertad de nuestro deseo y nuestros gestos. En esos días, nos entregamos con frecuencia el uno al otro con la terquedad de la gente pobre, desolada y oprimida que solo dispone de ese medio para manifestar su poder. Cada noche podía ser la última que pasáramos juntos, pronto podíamos oír llamar a la puerta, y esa entrega era un acto de valentía y de desprecio. Por la ventana abierta, se veía el hermoso cielo de junio y las estrellas. En esos momentos, ya no nos sentíamos débiles ni humillados.

Después llegó el tiempo en que solo comíamos patatas hervidas. Se había corrido la voz de que Francesco había caído en desgracia, y todo el mundo nos rehuía. Hasta mi suegra nos recibía de mala gana y nos mostraba su desaprobación con las palabras de la señora Spazzavento. Me daba cuenta de que todas las acusaciones que le hacía a su hijo iban dirigidas, sobre todo, contra mí; se alegraba incluso de que su marido hubiera muerto antes de verse involucrado en ese desgraciado asunto. Después de cada comentario desagradable, me miraba de reojo para asegurarse de que me hubiera enterado. Se sentaba en una butaca rígida, y nosotros enfrente, en dos sillas. Nos hablaba con severidad, pero yo sonreía. Sentía que Francesco ya no era hijo suyo, sino mi marido. Recordaba mi primera vez en esa casa, sentado él en el reposabrazos del sillón de su madre, y yo frente a ellos. Ahora, en cambio, se sentaba a mi lado, y ella estaba sola. Francesco había perdido también el pequeño empleo de las tardes con el pariente de Alberto. «Como usted comprenderá...», le había dicho este. Y Francesco lo había comprendido. Al ver la noticia en los periódicos, también la madre de mi alumna me había dicho: «Como usted comprenderá...».

Mi suegra nos preguntó un día cómo íbamos a hacer para afrontar los problemas cotidianos. Expresaba su deseo de revancha en esa pregunta, que había dejado a propósito para el final. Esperaba, tal vez, que le pidiéramos ayuda. Yo le dije que nos

quedaba mi sueldo y que contaba con poder hacer algunas horas extras. De nuevo, mi modesta independencia le suscitó una contrariedad evidente.

—¿Se da cuenta, señora? —le dije—. Es bueno que también las mujeres trabajen, así los hombres no se ven obligados a aceptar condiciones humillantes para poder mantenerlas.

—¿De modo que tú apruebas a tu marido? —dijo irritada de no encontrar en mí una aliada—. ¿Lo apruebas, lo animas?

Qué absurdas me parecían esas palabras, qué vieja esa casa con sus cortinas rojas y sus muebles negros, y qué presuntuosa la doncella con su delantal. Tuve claro que salía de allí por última vez, ya nunca volvería a oír hablar de la señora Spazzavento. Recordé, sin embargo, la noche en la que Francesco había estado enfermo, y me dirigí a mi suegra con amabilidad.

—Intente comprender, señora —le dije—. Es mucho más que eso: lo amo.

«Siempre fue una mentirosa», dijo ella más tarde, «una hipócrita y una mentirosa, aunque se fingiera dócil y mansa. Pero yo me di cuenta enseguida de cómo era en realidad». Hizo de mí un retrato en el que, sinceramente, no me reconozco. Afirmó incluso que envidiaba su casa y sus porcelanas. «Oh, no es verdad, ¿por qué dice eso, señora?» Habría querido convencerla, pero no me dejó hablar. Dijo incluso que no amaba a Francesco, fue la única persona que lo dijo. Y yo la perdoné, porque, después de mí, era quien más sufría, desde luego. Pero recordaba la soledad en la que nos habíamos visto, Francesco y yo, al salir esa tarde de su casa, en la plaza del puente Sant'Angelo. Ya no era la dulce soledad de nuestros primeros encuentros, sino un gélido vacío, animado por su voz, que nos condenaba. Me habría gustado decirle a Francesco que, para nosotros, no había nada más importante que nuestro amor, pero sabía que él se limitaría a asentir sin convicción. No estaba contento, y por eso no lo estaba tampoco de mí. Es más, la valentía que yo me veía obligada a mostrar lo reafirmaba en su descontento.

A veces, parecía irritarlo que yo aún tuviera la posibilidad de trabajar. Cuando salía para ir a la oficina, apenas se despedía de

mí. Se había vuelto gruñón y huraño. Decía incluso: «Otra vez patatas». Habíamos recibido un saco de los Abruzos, la abuela era la única persona a la que no me molestaba pedir ayuda, pues ella no podía pensar que yo fuera una interesada o que no fuera valiente, sabiendo como sabía que había renunciado a la finca y que no podía permitirme comprar ni un saco de patatas. El poco dinero que teníamos era para los cigarrillos, que Francesco fumaba sin parar. No era fácil conseguirlos. Un compañero de la oficina me cedía su ración. El bedel los vendía, pero no quería vendérmelos a mí porque era contrario a las ideas políticas de Francesco. Detrás del escritorio había colgado un gran mapa en el que, en los primeros meses de la guerra, fue poniendo una arrolladora avanzada de banderitas. El bedel se mostraba sonriente, jovial, y se jactaba de tener un hijo en el frente. Al cabo del tiempo, las banderitas habían ido desapareciendo una a una, y, en el mapa, a su espalda, se veía Eritrea perdida, Libia perdida. Desde que Francesco había sido expulsado de la universidad, el bedel Salvetti me miraba con severidad, como si la retirada de las banderitas fuera culpa mía. Pese a todo, sabiendo que él podía proporcionarme los cigarrillos, se los pedía todos los días.

—Pero ¿usted qué se cree, que me dedico al contrabando? ¿No sabe que mi hijo es combatiente?

—Por favor, Salvetti —le insistía.

Él volvía a contestar que no y le echaba una mirada elocuente al mapa.

Una vez, sufrí un desmayo en la oficina. Todo el mundo se apiñó a mi alrededor, diciendo que quizá había tomado algo caducado o en mal estado.

—No es posible —contesté—, anoche solo comí patatas.

Entonces me percaté, molesta, de que mis compañeros se miraban entre ellos, y luego uno me preguntó en voz baja si tenía hambre. Yo lo negué, no quería que se compadecieran de mí, habría sido como ponerme en contra de Francesco. Dije que comía carne con frecuencia y judías que me hacían llegar de los Abruzos, que de verdad nunca había sufrido hambre. Vi entonces que todos observaban con lástima la delgadez de mis brazos y mi busto. Me

parecía injusto que culparan a Francesco de mi delgadez congénita.

—Estoy perfectamente —dije en tono agresivo—, estamos los dos perfectamente.

Una chica propuso hacer una colecta, y yo le di las gracias, declarando, sin embargo, que no podía aceptarla precisamente porque mi marido estaba en el paro por razones políticas. Entonces, algunos compañeros se me acercaron y, hablándome con las manos en los bolsillos, me aconsejaron que no fuera tan orgullosa. Amenazábamos con acabar en un enfrentamiento desagradable, y eso me entristecía, porque eran mis compañeros de trabajo desde hacía mucho tiempo. Me volví sobre todo hacia las mujeres, pero era consciente de que daban rienda suelta al fin a la desconfianza que siempre habían sentido por mí. Me hicieron el vacío. Solo Salvetti, el bedel, me dijo cuando salía:

—¿A mí sí me acepta una cajetilla de cigarrillos, señora Minelli?

No quiso en modo alguno que le pagara. Volvía la cabeza y escondía las manos, como los niños.

—Me gusta que una mujer defienda a su marido —dijo.

Le agradecí el regalo y le estreché la mano. Nada más llegar a casa, le di los cigarrillos a Francesco, contándole lo ocurrido. Él me dejó terminar y luego estalló en cólera, diciendo que no necesitaba limosnas. Cogió los cigarrillos y los retorció. Yo di un respingo, me parecía estar ofendiendo a Salvetti. Finalmente, anunció que proveería él a todos los gastos: al día siguiente, iría a vender la alfombra. Era la primera vez que lo oía hablar en ese tono, como lo había hecho con el mozo de cuerda a nuestra llegada a Florencia.

—¿Dónde está la alfombra? —me preguntó con brusquedad.

No contesté. Él insistió:

—Alessandra, te he preguntado que dónde está la alfombra.

Tuve que confesarle que ya la había vendido.

—¿Cuándo?

—Hace tres meses.

—¿Y por qué? ¿En qué gastamos el dinero? Comemos solo patatas hervidas, limosna de tu abuela, y yo ni siquiera puedo fumar sin rebajarme a aceptar una limosna del bedel.

Yo callaba, estupefacta. Había vendido también el alfiler que me había regalado la tía Violante y empeñado en el monte de piedad dos sábanas del ajuar.

—Venderemos los sillones —dijo.

Entonces yo estallé:

—¡No, los sillones jamás!

—Ah, porque esos son tuyos, ¿verdad? ¿Porque los has pagado tú, con tu dinero?

Qué afligido debía de estar Francesco para decir esas cosas. Fui a su encuentro para abrazarlo y hacerle entender por qué no quería vender los sillones.

Pero él seguía:

—No venderé tus sillones, venderé mis libros. ¿Satisfecha? ¿Tengo derecho a vender mis propios libros?

Sufría de verlo en ese estado, y por eso me alejé sin responder. En la cocina solo había patatas hervidas y un trozo de queso. Francesco tenía razón, no era justo que él sufriera así, pero yo ya no tenía más recursos. Me senté junto al fregadero, como solía hacer Sista en la cocina de la calle Paolo Emilio. Ella decía siempre que el hombre tiene derecho a comer. Compraba carne para mi padre, mientras que nosotras nos contentábamos con sopa de verduras y ensalada. «Da igual», decía también mi madre, «lo importante es que para él haya de todo», y, en la mesa, contestaba amablemente: «No, gracias, Sista, no tengo hambre».

Debía encontrar una solución, y estaba segura de poder hacerlo. Estaba dispuesta a ir a la oficina a pie, pero eso no serviría de nada. Tenía que pedirle un paquete de harina a la abuela. No se me daba muy bien hacer pasta, pero, si me esforzaba, seguro que haría progresos. Temía que no bastara con eso y me desesperaba. «¡Oh, Francesco, Francesco!», decía dentro de mí, como quien dice «¡Oh, Dios mío, Dios mío!». No quería que vendiera sus libros. Mejor los sillones, uno solo por el momento, total, yo apenas tenía tiempo de sentarme. Corrí al despacho para decírselo.

Me lo encontré intentando reconstruir uno de los cigarrillos retorcidos, que escondió al verme entrar.

Pocos días después, fue el primer bombardeo de Roma. Entre los muertos estaba Antonio, el hermano de Aida. Como Francesco, tampoco él podía trabajar. Liberado del confinamiento, había tenido que abandonar su oficio de tipógrafo y contentarse con descargar mercancía en la estación de San Lorenzo. Vivía cerca de allí con su hermana, casada ya. Desde sus ventanas se veía el cementerio. «De día es triste, si no estás acostumbrado», había dicho Aida una vez, «pero de noche es precioso, se ven todas las luces encendidas; mi hijo siempre aplaude cuando se asoma». A Antonio lo alcanzaron en el vientre, tuvo que sujetarse las vísceras con las manos hasta que vinieron a recogerlo para llevarlo al hospital. Allí, enseguida comprendió que no había nada que hacer, y dijo: «Qué lástima». No dejó de repetir esas palabras, hasta que murió, esa misma noche. «Qué lástima.» A los demás pacientes del hospital, que lo animaban, a su hermana, que lloraba, al sacerdote, que le aconsejaba que aceptara la voluntad de Dios, les explicó al fin:

—Me da lástima morirme justo ahora, que falta tan poco.

Contaba Aida que los presentes creyeron que deliraba, pero él siguió hablando con mucha dificultad:

—Llevo diez años esperando, en la cárcel y en el confinamiento... Y me voy justo ahora que falta tan poco.

Y repitió hasta el final, incluso en su último estertor: «Qué lástima, qué lástima...».

Durante el bombardeo, yo estaba en un viejo sótano de la calle Venti Settembre. Las otras mujeres tenían mucho miedo y gritaban, invocando a la Virgen. Yo también tenía mucho miedo e invocaba a Francesco, no sabía dónde estaba, suponía que en casa de Tomaso. Circulaban las noticias más absurdas: que las bombas habían alcanzado a toda la ciudad, que el barrio en el que vivíamos y donde vivía también Tomaso había quedado destruido. Al salir del refugio, corrí a llamar por teléfono.

—Tomaso —le dije llorando—, ¿está ahí Francesco?

—Sí, está aquí conmigo.

—¿Cómo está? Dime.

—Está sentado fumando.

—Oh, no bromees, por favor. Pásamelo.

—Aquí lo tienes.

Y, en tono de broma, añadió:

—Para que te quedes tranquila: yo también estoy bien.

Le pedí perdón, culpando a los nervios, y él se rio.

Francesco decía que Tomaso siempre estaba de broma. Lo dijo también esa noche. Estábamos en la terraza, contemplando el humo rojo de un incendio. Dijo que Tomaso estaba muy preocupado por mí, mientras caían las bombas, sin darse cuenta de que eso se contradecía con la opinión que tenía de él.

—Yo, en cambio, estaba tranquilo —afirmó—: cerca de tu oficina no hay objetivos militares. ¡Y tú eres siempre tan rápida, tan práctica, tan decidida! Tomaso temía que estuvieras en la calle, tratando de reunirte conmigo.

Yo no dije nada, me limité a sonreír.

—¿Por qué sonríes?

—Porque Tomaso me conoce bien.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que, en efecto, había salido de la oficina para volver a casa, pero en la calle Venti Settembre me pararon y me obligaron a meterme en un refugio.

Dos días después, fui con Tomaso a ver el barrio bombardeado. Estábamos en la explanada del Verano cuando nos llegó el olor de los caballos muertos. Era tan intenso que tuvimos que taparnos la cara con el pañuelo, y Tomaso me cogió del brazo. Las bombas habían alcanzado una cuadra de lleno, la cuadra en la que estaban los caballos negros de los transportes fúnebres, nos dijeron. Los que acudieron a ayudar oyeron los fuertes relinchos, desesperados. Las voces de los hombres sepultados vivos en los sótanos no se oían, en cambio. Los caballos no habían dejado de relinchar durante toda la operación de socorro, y, cuando callaron por fin, también se extinguió el último grito humano bajo la matanza.

El barrio de San Lorenzo estaba desierto. En las fachadas de las casas, entre los escombros, colgaban colchones, ropa, retratos, y pesaba el silencio en los patios ahogados por los cascotes y el

polvo. Por todas partes flotaba ese olor dulzón y nauseabundo.

—Tomaso, ¿a qué huele? —le pregunté pálida.

Él me tomó del brazo y me estrechó contra sí.

—Son los caballos —murmuró.

Nos cruzamos con un viejo que llevaba un cubo para llenarlo en la fuente.

—Acababa de salir a la calle —dijo—, y la casa se ha derrumbado tras de mí.

No dejaba de repetir esas palabras. Yo quería preguntarle por ese olor atroz, pero Tomaso no me dejó:

—Son los caballos, ¿verdad?

El viejo asintió, repitiendo: «Acababa de salir a la calle y la casa se derrumbó tras de mí». Dos soldados dijeron también que se trataba del olor de los caballos, y lo mismo una mujer flaca, que calzaba zapatos de hombre y llevaba una bata negra. «Sí, sí, son los caballos.» Luego se volvió hacia Tomaso y le dijo que ese no era lugar para traerse a la esposa.

—Déjame —le dije a Tomaso, que insistía en sacarme de allí.

Veía a mi madre andando por delante de nosotros, en las calles desiertas. Se asomaba a los zaguanes a mirar, asombrada por esa muerte que no conocía. Avanzaba elegante, con sus andares ligeros y gráciles, sin mancharse los pies de polvo. Veía también a la abuela Editta, que caminaba despacio, majestuosa, con el rostro empolvado bajo la gran pamela de plumas. Me parecía que la suya no era una muerte de verdad como la de Antonio, que se sujetaba las vísceras con las manos blancas de ceniza, ni como la que podía sorprendernos a nosotros; no era una muerte como la que estaba por todas partes y dejaba ese olor a caballo muerto. «Qué lástima —había dicho Antonio—, porque falta tan poco...» Yo era aún una niña cuando Aida nos había contado que no estaba contento. Ahora Aida estaba casada, su hijo se divertía con las luces del cementerio y yo esperaba que Francesco estuviera contento. Después, podríamos volver a caminar como mi madre y como la abuela Editta.

—Ya falta poco —le dije a Tomaso.

Estaba inquieta, trastornada.

—Ya falta poco, y luego estaremos contentos.

Volvimos atrás cogidos del brazo. Yo seguía tapándome la nariz con el pañuelo porque había caballos muertos en todos los sótanos, en todas las calles. Apreté el paso, asustada, pues temía que volvieran los aviones, ahora que estaba oscureciendo. No quería decir yo también «qué lástima», como Antonio. Estaba ansiosa por regresar junto a Francesco, por esperar con él y salvarnos, ya que faltaba tan poco.

—Sí —dijo Tomaso—, pero yo ya no podré estar contento como tú y como Francesco...

—¿Por qué? —le pregunté, y me detuve, perpleja.

Tomaso me miraba, y me quité el pañuelo blanco de la cara. De ese modo, a la vez que percibía el olor dulzón de los caballos muertos, lo oí confesarme:

—Porque te amo.

Las noches siguientes, me quedaba siempre despierta al otro lado del muro. El calor asediaba nuestro lecho, y yo me pasaba la mano por la frente para apartarme el cabello y ahuyentar la voz de Tomaso, que decía: «Te amo». Francesco se levantaba y salía a beber a la terraza, descalzo y desnudo.

—¿Estás despierta? —me preguntaba.

—Ya falta poco, ¿verdad, Francesco? —le contestaba yo.

Me decía que quizá fueran solo unas pocas semanas. Tenía que llegar pronto ese día, para que Francesco volviera a ser el de antes. Por culpa de la voz de Tomaso, me había embargado un miedo irracional a que no me diera tiempo a estar contenta con él. Entonces, cuando volvía a tenderse en la cama, lo abrazaba y le decía: «Te amo». Francesco me pedía:

—Perdona, échate un poco para allá.

Era culpa del calor, pero yo me sentía abandonada, peor aún: rechazada. Daba vueltas y vueltas en la cama para librarme de las palabras que me había dicho Tomaso y que me atenazaban, se me enroscaban en el cuello como un lazo, te amo te amo te amo, como una espiral interminable. Estábamos despiertos, tumbados bocarriba en la oscuridad, mirando hacia la ventana.

Ahora nos llevábamos las patatas hervidas junto a la radio y nos las tomábamos sentados en el suelo. Francesco las comía con apetito. El sábado siguiente llegó la harina que le había pedido a la abuela. El domingo por la mañana, nada más marcharse Francesco, me puse a hacer la pasta. Estaba contenta de quedarme sola en casa, mi único temor era que pudiera subir el portero. Al ver que recibía tantas cartas seguidas de Claudio, me había preguntado muy atento si tenía un pariente en la cárcel, a lo que yo había contestado que se trataba de un amigo. Desde entonces, había adoptado la costumbre de entregarme el correo en mano, con aire entendido, casi bajo cuerda. Una vez, me dijo incluso: «Ha llegado esta mañana», dándome a entender que no le había parecido oportuno entregársela a mi marido. Yo se lo había contado a Francesco. Él decía que era más prudente dejarlo correr, aguantar, porque nos exponíamos a una denuncia o a un registro. Temía que me leyera el pensamiento y pudiera chantajearme al respecto, entrando en casa y preguntándome con dureza: «¿Dónde están los escritos del profesor?». Pensaba que, con suerte, me daría tiempo a correr a la habitación, coger el revólver que Francesco guardaba en la mesilla y disparar. Tenía miedo de verme obligada a disparar. Por eso, corrí el cerrojo en cuanto se fue Francesco y me puse a hacer la pasta.

Me gustaba hundir las manos en la blanda masa, era una sensación agradable que me subía por los dedos y los brazos y me llegaba al cuello, a las comisuras de la boca y a la nuca. «Te amo», me susurraba Tomaso, y yo trataba de apartar las manos de la masa, pero esta me retenía. «Déjame, Tomaso —decía yo—, déjame.» Mi madre circulaba a mi alrededor y se asomaba a la ventana, exclamando: «¡Qué domingo más bonito!». Yo le suplicaba, suplicaba a Tomaso: «Déjame, déjame tranquila». Me dolían los brazos del esfuerzo. «Ya falta poco —gemía—, dejadme tranquila.» Extendí una amplia hoja de pasta, lisa y resistente, y me sentí como si hubiera superado un reto.

Francesco no podía girar la llave en la cerradura por culpa del cerrojo. Llamaba con insistencia, presuroso. Decía: «Soy yo, Alessandra, abre, Alessandra». Me gustaba oírme llamar por él, con

esa ansia. Nada más entrar, me abrazó.

—¿Qué ocurre? —le pregunté siguiéndolo mientras se dirigía a la radio.

—Hay que escuchar la radio el día entero.

—Pero ¿por qué, qué ha ocurrido?

Vaciló un momento:

—Al parecer... Bueno, han dicho que hay que escuchar la música.

Al poco, quise volver a la cocina, y él me dijo:

—No, ven aquí, no te alejes.

Escuchamos la radio todo el día, sentados en el suelo. Comimos pan y queso, él dijo que no tenía hambre. De vez en cuando, yo pensaba en la hoja de pasta y decía: «Qué pena». Nos quedamos en el suelo incluso cuando la radio ya no transmitía nada, abrazados, acunados por ese zumbido. Oh, era un domingo sin esperanza, un bonito domingo. Estábamos cansados, teníamos los huesos hechos trizas y los nervios consumidos, pero seguíamos escuchando. Si sonaba el teléfono, yo acudía corriendo, y Francesco me decía: «Date prisa». Tomaso había llamado para decirnos que no nos perdiéramos el programa de música. Ese día, sin embargo, la voz arrogante parecía hablar con mayor insistencia, como con furia, con bravuconería casi. Yo miraba a Francesco, interrogándolo.

—Esperemos —dijo—, esperemos un poco más.

Hasta Fulvia había llamado para decir que estaba escuchando la música.

—Gracias, nosotros también —le contesté.

Oímos que también en el apartamento contiguo y en el de debajo pasaban la tarde escuchando la radio. Francesco quería hablar con Alberto, pero las líneas telefónicas estaban siempre ocupadas; de un aparato a otro, pasaban veloces voces circunspectas que decían: «Escuchad la música». Oscurecía ya, y yo empezaba a creer que también ese domingo iba a concluir sin esperanza.

—Francesco... —murmuré desamparada—, es tarde.

Como todas las noches, me dijo:

—Cierra ya la ventana.

Todas las noches, a esa hora, mientras cerraba la ventana, veía a las mujeres de la casa de enfrente cerrar la ventana, pese al calor sofocante, y nos mirábamos un instante. Esa noche nos miramos con mayor intensidad. Volví junto a Francesco y, acercando el oído a la tela que cubría el altavoz, oímos unos golpes sordos. Parecían decirnos que tuviéramos confianza, que esperásemos.

Pero sabíamos que, esa noche, ya no nos bastaría el consuelo de la emisora prohibida. Francesco movió la aguja en el dial y volvimos a entregarnos a la voz arrogante que llevábamos años escuchando, en silencio, a la espera. Nuestra rebelión se expresaba precisamente mediante ese silencio, mediante esa espera paciente, mediante la paciencia de Antonio, que esperaba en la cárcel o descargando mercancía en la estación, sin ceder; mediante el miedo de Alberto, el miedo de Francesco, que ambos soportaban sin ceder; mediante el miedo inmenso que tenía yo, porque amaba a Francesco, y que soportaba sin ceder; mediante la paciencia con la que comíamos siempre patatas hervidas, esperando; mediante la paciencia con la que mis amigos de infancia se marchaban y Claudio esperaba, callado, al otro lado de las alambradas; mediante la paciencia de la ciudad entera, del país entero, que, cada noche, cerraba la ventana porque tenía miedo y, sin embargo, prefería cada noche sentir miedo antes que renunciar a escuchar a los que estaban fuera de la cárcel. Sabíamos que nuestra rebeldía más tenaz estaba en ese quedarnos callados, en ese sentir miedo y esperar. Pero, esa noche, parecía haberse manifestado en nosotros un cansancio repentino: yo estaba deshecha, pálida, el calor se hacía opresivo detrás de las ventanas cerradas, y aun así Francesco no me decía «échate a un lado». Se había quitado la chaqueta y nuestros brazos sudados se tocaban. «Esperaremos toda la noche, traeremos aquí el colchón, esperaremos tumbados, agotados», bastaba con no cansarse de esperar. Sabíamos que, con nosotros, la ciudad entera se quedaría despierta, esperando.

De pronto se hizo el silencio tras la tela amarilla de la radio. Era un silencio largo y temible, más temible y largo que el que se

establecía entre nosotros y los nombres de los prisioneros, en el que, en lugar de la respiración del mar, se oía la de todos aquellos que estaban a la escucha, con el rostro iluminado apenas por la linterna. Ya no parecía que fuéramos nosotros los que escuchábamos, sino que el aparato nos escuchaba a nosotros. Me levanté de un salto y me alejé de la radio, a punto de gritar. Era la primera vez que experimentaba de verdad el miedo.

—Francesco —le dije cogiéndolo de los brazos—, si vienen, no les abrimos la puerta, ¿verdad? ¡No les abrimos!

Fue en ese momento cuando habló la voz nueva, sin arrogancia, dolorosa y grave. Y, porque no la conocía, en un primer momento me inspiró un miedo más intenso que el miedo al que estaba acostumbrada. Supimos que la voz arrogante no volvería a hablar nunca más. Yo tendría que haber estado contenta de que Antonio, muerto tan solo seis días antes de poder oír esa voz nueva, hubiera repetido tantas veces «qué lástima», y de que, al oírla, Francesco la reconociera como la voz de un amigo. Pero estaba sola frente a esa voz sabia y modesta, y, pese a estar contenta de no sentir ya miedo, me eché a llorar, humillada porque mi época hubiera estado marcada por la voz arrogante.

Enseguida, a la mañana siguiente, Francesco descosió el forro de una maleta donde guardaba escondidos los ejemplares del periódico clandestino, los dobló y se los guardó en el bolsillo. Se fue a recoger a los amigos que salían de la cárcel, como si fuera a recogerlos a la salida del colegio. Yo llamé a la oficina, pero me contestaron riendo: el señor Mantovani se había marchado de viaje, no se sabía adónde, y la oficina permanecería cerrada varios días. Entonces llamé a Lydia y la encontré angustiada: decía, llorando, que Mantovani se había ido por motivos de salud, y lo decía con el mismo tono circunspecto que habíamos empleado para decir que había que escuchar la música. Entendí que se había marchado porque tenía miedo. Yo, sin embargo, esperaba que ya nadie tuviera miedo nunca más.

La noche anterior había sido todo muy bonito. Mientras lloraba, Francesco me había abrazado, diciéndome: «Cálmate,

Sandra, cálmate», y con esas palabras se calmaba él también. Después fuimos a abrir la ventana: era una noche límpida, iluminada por la luna. En el silencio, en lugar de la voz de la radio, se oía cantar a los grillos. Nos asomamos y, contemplando la noche y el cielo, me embargó una paz luminosa. Entonces comprendí que, desde mi nacimiento, siempre había habido algo que me había impedido pararme a escuchar el canto de los grillos. Esa noche, en cambio, se abrían las ventanas una tras otra. Frente a nosotros había un gran edificio blanco en el que vivía mucha gente, y todo el mundo se asomaba confiado a la ventana y salía a los balcones para disfrutar de la noche estrellada y del canto de los grillos, y, aunque se conocían, no se saludaban unos a otros ni se hablaban de una ventana a otra, estaban acostumbrados a guardar silencio, desde hacía muchos años, por lo que se contentaban con abrir la ventana y escuchar a los grillos. Hacía muchos años que nadie pensaba ya en la importancia del canto de los grillos en verano.

Francesco y yo estábamos asomados, hombro contra hombro, mirando en silencio a los de la casa de enfrente. A mí siempre me había gustado mirar a la gente a la cara e imaginarme su historia y sus pensamientos. Pero, cuando estaba en el tranvía, me sentía incómoda y triste porque veía a la gente absorta, con el ceño fruncido, y sabía que estaba cansada de trabajar y que pensaba en todas las cosas angustiosas de la vida: la escasez de dinero, los parientes que estaban en la guerra o prisioneros... Sabía que esa gente se pasaba el tiempo esperando algo: el correo, que llegara fin de mes o que terminara la guerra. Esa noche, en cambio, disfrutaba mirando a la gente; la veía tranquila y serena, ya no parecía tener pensamientos tristes, solo de color de rosa, así como esperanzas realizables. Se veía a las mujeres hablar con los maridos en voz baja, y yo imaginaba que les parecía que hasta los sueños más felices fueran a cumplirse esa noche, incluso todo aquello que habían esperado inútilmente desde la infancia. Todos pensaban seguro que podrían estar siempre contentos, las parejas pobres pensaban que se harían ricas y las estériles, que pronto tendrían un hijo; los que estaban cansados pensaban que podrían descansar, y los niños se imaginaban un mundo sin castigos y sin exámenes; las

muchachas sonreían como si acabaran de prometerse en matrimonio. Y los que tenían parientes en el frente pensaban que, al día siguiente, al despertar, los encontrarían sonrientes en la puerta de casa, de regreso al fin. Los enfermos se dormían pensando que al día siguiente estarían curados.

Y, también yo, que había vivido noches atribuladas y melancólicas, vivía ahora una noche agitada y dulce, llena de esperanza. Era aún más dulce que las noches que me entretenía en la ventana, contemplando el río, cuando acababa de conocer a Francesco. Tal vez solo había estado así de contenta de niña, la noche antes de recibir los regalos de Navidad. Francesco estaba asomado conmigo y me hablaba como no lo había hecho en mucho tiempo. Después, nada más entrar de nuevo en casa, fui a coger sus escritos, que seguían en lo alto del aparador, y los puse sobre la mesa.

Oh, ese fue un momento importante. Hasta entonces, cada vez que oíamos pasos en la escalera, teníamos que esconder esos folios, mirando alrededor, temerosos de que se nos quedara alguno sin ocultar. Francesco trabajaba inseguro, como si se dedicara a una actividad vergonzosa, y, al mecanografiarlos, yo tenía la impresión de escribir palabras vulgares, frases obscenas. Pero esa noche, en cambio, en el foco de la lámpara, los folios estaban donde tenían que estar, destacaban blancos sobre la madera oscura de la mesa. Los contemplamos abrazados. Francesco los releyó despacio, repasando así los días transcurridos, la angustia pasada, el hambre y el miedo. Nuestra vida, en resumen.

Sin embargo, desde la mañana siguiente, ya no pudimos pasar mucho tiempo juntos, porque Francesco estaba siempre ocupado. Yo no podía acompañarlo, pues se trataba de reuniones en las que, según me explicaba, las mujeres nunca participaban, excepto Denise. Por lo demás, los primeros días yo misma no tenía muchas ganas de salir de casa, porque en la calle todo el mundo gritaba, y no me gustaba oír gritar a la misma gente que durante tantos años había estado callada. Hasta nuestro portero gritaba. En la oficina, todos me trataban con deferencia, como si de pronto me hubiera convertido en una anciana, y se mostraban muy satisfechos de lo

que había ocurrido. Solo Salvetti, el bedel, estaba encerrado en una lúgubre melancolía. Se pasaba la mano por la cabeza calva y decía que, desde esa noche, no había podido dormir.

—Daría cualquier cosa —decía—, incluso el puesto al que he llegado, este escritorio, la casa: todo.

Yo me sentaba con él y hablábamos. Me entristecía que Salvetti no estuviera contento y, para consolarlo, me habría gustado confesarle que yo tampoco lo estaba.

Ya casi no veía a Francesco. Almorzaba sola con frecuencia. Lo llamaba mucha gente, y, cuando a su vuelta le decía quiénes habían preguntado por él, tenía que pasarse al teléfono la mayor parte del poco tiempo libre que le quedaba. Por la noche estaba tan cansado que, nada más meterse en la cama, se quedaba dormido sin leer una línea, y a veces hasta se olvidaba de apagar la luz de la mesilla. Yo me levantaba para hacerlo, y antes observaba largo rato el rostro de Francesco, sus pensamientos tras los párpados cerrados, y lo besaba despacio, sin que se diera cuenta, antes de volver a tenderme en la cama, al otro lado del muro, con un suspiro. Todavía no quería reconocer que sufría: Francesco me desatendía a causa del trabajo, pero debía de sentir un entusiasmo inmenso por poder volver a trabajar y a hablar libremente. Todos sus alumnos le habían hecho llegar muestras de afecto. Su firma aparecía ahora con frecuencia en los periódicos, y una tarde vino un editor a recoger el manuscrito que habíamos tenido escondido un año entero sobre el aparador de la cocina. Cuando se marchó, en el lugar del manuscrito dejó un anticipo. No era una suma desorbitada, pero bastante importante para nosotros, que siempre habíamos sido pobres. «Ahora, come —me decía Francesco—, cómprate carne.» Cuando él no volvía a casa, me comía la carne yo sola en la cocina.

Volvió el señor Mantovani. Parecía más viejo, menos resuelto. «Estará contenta ahora, ¿no?», me preguntó, por primera vez sin su amabilidad de costumbre. Todos me hacían la misma pregunta: «Estará contenta ahora, ¿no?», y a mí se me hacía cada día más arduo contestar que sí. Alguno aludió incluso al hecho de que mi marido ahora ganaba bastante, por ese cargo que había asumido y

que lo mantenía siempre lejos de mí. Esa pregunta me ofendía, pues dejaba suponer que Francesco lo había hecho todo de forma interesada, aunque ahora ganara lo mismo que los demás habían ganado siempre, una cantidad modesta que apenas nos alcanzaba para comer, y eso teniendo cuidado y no derrochando. El dinero del editor lo empleé para desempeñar las sábanas del monte de piedad. Pero, al pasar delante del portero con el paquete, me sentí como si las hubiera robado, y también me sonrojé al saldar la cuenta en la droguería.

Estaba siempre sola. Desde hacía un tiempo, me faltaba incluso la amistosa complicidad de Fulvia. Si me iba a su casa, ella enseguida se ponía a ordenar la habitación, escondía las medias abandonadas en las sillas, y yo sentía que lo hacía por el nuevo cargo de Francesco. «¿Es cierto que lo nombrarán diputado?», me preguntó Lydia. Un día, al pasar por la casa de la calle Paolo Emilio, la portera me pidió humildemente que recomendara a su hijo a mi marido.

—¿Te acuerdas de cuando todo el mundo nos retiró el saludo? —me preguntó Francesco riendo—. ¿Sabes quién me ha llamado esta mañana? ¡Lascari! Lascari, que siempre tenía prisa cuando me encontraba con él. Me ha dicho incluso: «Dale recuerdos a tu mujer».

Me confesó que lo había tratado con frialdad.

—Oh, no, Francesco —le dije—, no deberías haber actuado así. Él fue quien nos presentó.

Francesco sonrió, mientras comía deprisa porque tenía que salir.

—Oye, Francesco, no hemos tenido ni un momento para nosotros —le dije yo entonces—. Nunca hablamos...

—¿Ah, no? ¿Y qué estamos haciendo ahora, según tú?

—Sí, bueno, claro..., pero tú sabes a qué me refiero. Decías que, después, estaríamos contentos...

—¿Y es que ahora no estás contenta? ¿Querrías volver al tiempo de antes? —me dijo limpiándose la boca.

Me gustaban sus gestos, incluso el de limpiarse la boca.

—Oh, no, claro que no. Pero es que estoy siempre sola...

—¿Por qué no sales con Fulvia, por qué no vas al cine?

—¡Al cine! —exclamé casi irritada—. ¿Y tú crees que sería lo mismo ir al cine que pasar una tarde contigo?

—Ya lo sé... Pero, bueno, lo digo por distraerte...

—No necesito distraerme, para eso ya tengo la oficina y las tareas de la casa...

—Podrías contratar a una asistenta, unas horas quizá, para que te ayude...

—Pero si yo no me quejo de eso...

—Pues a mí me parece que sí te quejas.

No conseguía hacerme entender, y él ya miraba el reloj, impaciente.

No podíamos separarnos así, por eso lo retuve:

—Te lo pido por favor, no te vayas, quédate un momento todavía.

Lo esperaba despierta y trataba de hablar con él cuando regresaba. Una noche, se quedó dormido mientras le hablaba.

Estaba sola, terriblemente sola, como todas las personas a las que los demás creen felices. Leía muchas novelas, y tras cada lectura me enamoraba más de Francesco, y mayor era mi deseo de ser feliz con él. Dejé las novelas y retomé los estudios. Francesco me felicitaba con la misma voz distraída de mi padre. No era culpa mía si no me divertía pasear mirando escaparates ni ir al cine. Cuando estaba melancólica, llamaba a Tomaso, y siempre lo encontraba dispuesto a consolarme, lo que me devolvía la confianza en mí misma. También él me preguntaba si estaba contenta, y yo le contestaba que sí, pero con una voz insegura y sin consistencia. Me parecía que solo con él podía ser sincera.

Ahora, entre Fulvia y yo se había levantado un muro. Una tarde, Dario le había dicho: «Subo un rato a tu casa, que tengo que hablar contigo seriamente». Ella entonces me había llamado, feliz, y le había pedido a su madre que volviera tarde a casa. Se había arreglado con sencillez, pintándose apenas los labios. Pero, a la mañana siguiente, me llamó y me dijo nerviosa:

—Voy a tu oficina, ¿puedes salir un momento?

Fuimos a sentarnos a un café, y allí me confesó que esperaba

que allí mismo, en el cuarto de juegos, le pidiera matrimonio.

—Me pasé toda la tarde en la iglesia —añadió.

En lugar de eso, había sido una tarde como tantas otras. Después, Dario había encendido un cigarrillo, le había cubierto el cuerpo con la sábana y le había dicho: «Será mejor que no nos veamos ya tanto. He conocido a una chica con la que quiero casarme». Mientras Fulvia me repetía esas palabras, las lágrimas resbalaban por sus mejillas. El camarero nos miraba, curioso, y yo recordaba la audacia de Fulvia, de niña, el día en que se había quitado la combinación. Me contó que se había humillado hasta el punto de decirle: «¿Por qué no te casas conmigo?». Dario le había contestado que no era posible porque ya lo sabía todo de ella, hasta las mentiras que le contaba a su madre cuando quería recibir a un hombre en casa. Ya no tenía confianza en ella. «Igual que has hecho con tu madre, lo mismo podrías hacer conmigo», le había dicho. Esas palabras eran tan humillantes que yo también lloraba con ella. Dario la condenaba precisamente por haber cedido a su insistencia, por haberlo amado. Recordaba la voz irónica que empleaba mi padre para describir los paseos en barca con mi madre, cuando aún eran novios: delante de mí, se atrevía a burlarse abiertamente de la turbación de mi madre. Fulvia prosiguió:

—Era muy difícil para mí decirle «cásate conmigo», más difícil que para cualquier otra chica: era como si quisiera inducirlo a casarse conmigo por lo que hemos hecho y no porque lo ame. Oh —suspiró—, qué difícil es que te entiendan siendo mujer.

Él le había prometido que se verían a menudo, pero con cautela: le diría a su mujer que se marchaba por negocios, y en lugar de eso se iría a su casa.

—Ah, ¿de modo que eso es lo que hará con su mujer? —le pregunté.

—Sí. Sonreía diciendo que las mujeres siempre se creen estas cosas —me contestó—. Me dijo que podré llamarlo a la oficina para decirle cuándo se va mi madre de casa. Yo le dije que no quería verlo solo en esos momentos, que eso no era lo importante para mí. Pero era difícil hablar vestida solo con una sábana...

En el café habían entrado dos chicos jóvenes, y nos lanzaron una mirada maliciosa, cargada de insinuaciones.

—Qué asco —dijo Fulvia irritada—, vámonos, siento asco.

Era agosto, el sol nos mordía los hombros y las piernas, y ella lloraba detrás de los cristales oscuros de sus gafas. Sin embargo, al pasar delante de un escaparate, dijo: «Me vendría bien esa tela». Traté de hablarle de mi soledad, pero ella meneaba la cabeza, contestando que estaba casada con Francesco y que ya solo por eso debía estar feliz. Insistí, diciéndole: «Compréndeme», pero ella contestó: «No, no puedo comprenderte». Otra vez le dije: «Quizá sea mejor así: deja que coma con otra y que duerma con otra. Luego, tendrá tiempo de salir de paseo y de irse a la cama contigo». Ella se ofendió, y estuvimos varias semanas sin vernos.

Sin embargo, nunca había apreciado tanto a Fulvia como en esos momentos. Estaba con ella como había estado ella conmigo la víspera de mi boda, como cuando había llamado a Francesco para decirle que me llevara gardenias. También yo la había condenado entonces. La compadecía porque no sabía nada de los hombres. Fulvia había recibido a un hombre, de noche, en el cuarto de juegos, pero no había dormido detrás de un muro, y solo así se conoce a los hombres. Esa experiencia separa a las mujeres casadas de las que no lo están, a las mujeres que han tenido amantes de las que han tenido marido.

Me quedé así sola por completo. Era además el mes de las vacaciones anuales que me concedía la empresa Mantovani. Quería rechazarlas, pues recelaba del ocio, pero el ingeniero me dijo que él mismo se marchaba, por lo que el edificio permanecería cerrado. Todos se iban, en realidad, asustados por los bombardeos. Yo había retomado los estudios, sin muchas ganas, con la impresión de hacer algo que ya no era propio de mi edad, y no solo porque me examinaba por libre, sino porque ya no me interesaba sacarme el título. Prefería leer, sin orden ni programa, pero solo el estudio regular y metódico podía granjearme la atención de Francesco. Me habría gustado quedarme en casa con él, cada cual con sus libros, pero ahora él estaba siempre ocupado y nervioso, se irritaba con cualquier cosa. Una vez, lo oí hablar por la radio y, al oírlo decir,

en nuestro salón, todas esas palabras ajenas a nosotros y a nuestra vida, me pareció que lo había perdido de verdad. Él se movía siempre entre personas e intereses lejanos a mí, estaba encerrado en su mundo, que lo llenaba de energía y de vida. Todo cuanto había sido nuestro mundo había dejado de interesarlo. «Qué buenos tiempos», decía suspirando, cuando le rememoraba Villa Borghese o el Janículo. Todo el mundo le decía que nuestra casa era muy agradable, y él sonreía, satisfecho de poseer una casa acogedora y una mujer simpática.

—Francesco, tengo miedo de que te vuelvas ambicioso —le dije un día.

No le sentó bien este comentario. Yo le decía siempre la verdad, pero quizá me equivocaba, quizá debería haberlo adulado. Cuando volvía a casa, yo emergía de las sombras, como cuando volvía mi madre. Tenía un sinfín de cosas que decirle, en los libros había subrayado párrafos que me habría gustado releer con él, por lo que le pedía al menos una hora para nosotros dos. Una vez, antes de salir, me tomó el mentón y me lo levantó hacia su rostro. Yo creía que quería besarme en la boca, llevaba meses sin hacerlo, toda la vida, me parecía a mí. Esperaba su beso, nerviosa como la primera vez. En lugar de eso, me dijo con voz solícita, la voz de alguien mucho mayor que yo:

—Querida, ¿no te gustaría tener un niño?

Me proponía tener un hijo como si tal cosa, como si de un pasatiempo se tratara, como aquella vez en que me había propuesto que saliera al cine con Fulvia. Hacía ya tiempo que no me buscaba por la noche. Sin embargo, si hubiera contestado que sí a su pregunta, quizá esa misma noche se habría girado hacia mí, para proporcionarme la posibilidad de distraerme cosiendo, tejiendo, amamantando y cuidando de un niño. Era un hombre muy inteligente, todo el mundo lo conocía y leía sus artículos, y yo era una chica del montón, nadie sabía nada de mí fuera del estrecho círculo de nuestras amistades, fuera de la calle en la que vivía ahora y en la que había vivido antes. Y, sin embargo, de los dos, yo era la única que entendía lo importante que era traer al mundo a un hijo.

—No, gracias —le contesté con una cortesía cargada de ironía.

Esa noche lloré contra su espalda, envuelta en su buen olor.

—Duerme, querida —me dijo él—, duerme, que es muy tarde.

Al día siguiente, le dije:

—Oye, Francesco, ¿no podrías dejar de trabajar en tantas cosas? Podríamos vivir perfectamente con tus artículos, la universidad y mi trabajo.

—Pero ¿por qué?

—Siempre dices que estás muy ocupado y que por eso nunca puedes sacar tiempo para nosotros, para hablar...

Consultó su reloj y luego se sentó diciendo:

—Pues, hala, venga, hablemos.

Eso estuvo muy mal por su parte. ¿Cómo íbamos a hablar así? Lo miré, tratando de hacerle entender lo que yo pensaba que era el matrimonio. No era fácil expresarse con prisa, en pocas palabras.

—Perdona —le dije—. Gracias. Perdona.

Me tranquilicé un poco cuando fui comprendiendo que podía hablar con él por mediación de Tomaso.

Lo comprendí por completo, por primera vez, con ocasión de mi santo, el 26 de agosto.

Tomaso me llamaba todos los días y pasábamos largo rato charlando. Desde hacía un tiempo ya, me hablaba abiertamente de su amor por mí y, mientras él hablaba, yo miraba el retrato de Francesco. Con una mirada cargada de súplica, le decía: «Escucha, por favor, escucha cómo me ama Tomaso». Estaba de vacaciones, y Tomaso me llamaba por las mañanas, cuando estaba aún en la cama. Su voz era agradable y, además, al estar enamorado, tenía ese tono inconfundible de la sinceridad. Escucharlo era para mí como mirarme en un espejo y encontrarme guapa.

Al principio, me pedía a menudo que saliera con él, pero yo declinaba siempre, por lo que dejó de pedírmelo. Cuando venía a casa, Francesco estaba siempre presente, y yo solo me mostraba atenta a mi marido, olvidando la familiaridad de nuestras llamadas cotidianas. A la mañana siguiente, Tomaso me llamaba más

temprano que de costumbre.

—¿Está el jefe? —me preguntaba en tono de broma.

Y, al enterarse de que estaba sola, cambiaba de tono y me preguntaba angustiado:

—¿Por qué te comportaste así?, dímelo, Alessandra. Anoche no me dirigiste la palabra. No me miraste una sola vez. Solo tienes ojos para él.

—¿A quién te refieres con eso de «él»?

—Pues a él..., a Francesco.

—Ah —le decía con frialdad, para hacerle entender que debía llamarlo por su nombre—. ¿Que lo miraba? Puede ser. Lo miro siempre. Sabes muy bien que lo amo.

Me gustaba hablar de eso, aunque sabía que Tomaso nunca había tenido una amistad sincera con él. Francesco era de una estatura distinta a la suya, más serio, más inteligente. Yo le decía siempre que era el mejor hombre que conocía; le hablaba de su valentía, de su dignidad, de los éxitos que cosechaba. Y Tomaso, que nunca lo había apreciado, lo apreciaba menos todavía porque era suya.

El 26 de agosto, Francesco no se acordó de que era el día de mi santo. Se lo recordé yo misma, durante el almuerzo, y él lo lamentó y se disculpó, me dijo que lo había apuntado en la agenda y luego se le había olvidado consultarla. Pero yo estaba sonriente y serena. Esa mañana, Tomaso me llamó y me preguntó tímidamente: «¿No es hoy tu santo, Alessandra?». Yo le contesté, asombrada: «Pues sí, gracias, ¿cómo lo sabes?». Me explicó que, unos meses antes, había revisado con atención todo el calendario. «Vaya, gracias», le respondí yo, conmovida. Y, más tarde, ese mismo día, le dije a Francesco:

—No importa: tenemos toda la tarde para nosotros. Podemos sentarnos en la terraza: he comprado una planta de gardenias que huele divinamente.

Era mentira: la planta había llegado esa mañana, poco después de la llamada de Tomaso.

—Imposible —contestó él—: dentro de poco llegará Tomaso, tenemos una reunión.

—Ponle una excusa, cariño. Entiéndelo, es mi santo.

Vaciló un momento y decidió:

—No, no puede ser.

—Manda a Tomaso a la reunión en tu lugar —dije cruelmente.

Entonces él me explicó:

—Es por Tomaso, sobre todo. Se trata de un periódico nuevo, es importante para él. Llevamos tiempo hablándolo, y esta tarde ya debería zanjarse el tema. Voy sobre todo por Tomaso, que no tiene un empleo seguro.

Pero dieron las diez, y Tomaso no llegaba.

—Igual es un malentendido y Tomaso me espera allí directamente —dijo.

Me abrazó al salir y añadió:

—Mañana lo celebramos como se merece, querida.

Me volví a la habitación. Miraba con doloroso pesar la gardenia que me había puesto en el cabello, los cojines preparados en la terraza, cuando Tomaso llamó al timbre.

—¿Está el jefe en casa? —preguntó.

Iba vestido de blanco de pies a cabeza y olía a limpio.

—No —contesté—. Te ha estado esperando hasta hace un momento. Acaba de salir, si te das prisa, lo alcanzarás en la parada del tranvía.

Él me cogió la mano y la besó. Hizo ademán de marcharse pero se detuvo, diciendo:

—¿Y tú te quedas sola?

—Sí, no pasa nada. Estoy un poco cansada, la verdad, así que...

—¿Sola, la noche de tu santo? —me interrumpió volviendo a entrar.

Yo no quería que se quedara, no quería que fuera mejor que Francesco. Insistí, diciéndole que era una reunión muy importante para él, igual iba a conseguir el empleo. Pero él dijo:

—¿Y si estuviera enfermo? ¿Y si tuviera cuarenta de fiebre? Me esperarían, ¿no? Todo el mundo puede esperar, cuando se trata de ti.

Al día siguiente, para celebrar mi santo, Francesco volvió a casa con un bolso. Era un bonito bolso de tela roja, y yo lo abría y lo cerraba, admirándolo. Lo comparamos con mi otro bolso y lo encontramos mucho más bonito. Hablamos de lo difícil que era encontrar bolsos en esa época, y yo comenté que Fulvia quería comprarse uno. Dijimos que, una vez terminada la guerra, ojalá terminase también la dificultad para hacerse con uno. Él me confesó que, en el fondo, ahora ya me lo podía decir, creía haber hecho un buen negocio. Y yo le confirmé que sí, que en efecto lo había hecho. Lo abracé y él me dio palmaditas en el hombro. Luego se puso a trabajar, yo volví a darle las gracias, y con eso terminó la celebración de mi santo.

Me fui a la habitación y arrojé al suelo el bolso. Me sobresalté con el ruido, era como si hubiera golpeado a Francesco en la cara. Me agaché a recogerlo, le sacudí el polvo y lo dejé sobre la cama. Era de verdad un bonito bolso rojo, me habría gustado sentirme contenta, me conmovía pensar que se había gastado mucho dinero en mí. No era la primera vez que me conmovía pensar en el dinero que se gastaba Francesco en mí.

Me dolía que solo fuera capaz de expresar su amor de esa manera. Me habría gustado que supiera expresarse como Tomaso, por ejemplo. Y me molestaba mucho reconocer que alguien sabía hacer algo mejor que él. «Pero si no lo consigues...» De noche, la voz de la abuela me hablaba al oído en el silencio de nuestra habitación de matrimonio, el mismo silencio que pesaba en la de mi madre y que tanto miedo me daba cuando era niña.

Esa noche, Tomaso se quedó conmigo cerca de dos horas. Sentado en el sillón de Francesco, me miraba sin parar. Yo le hablaba, enardecida, porque era apasionante poder contar de nuevo todas esas cosas que no podía contarle a Francesco porque ya las había oído más de una vez, y así solía recordármelo amablemente. A Tomaso esas cosas le parecían extraordinarias. Le enseñé también algunas viejas fotografías que saqué entusiasmada de un baúl, rebuscando y desordenándolo todo. Le mostré el retrato de mi hermano, y, tras observarlo atentamente, me dijo:

«Parecéis gemelos». Yo me sonrojé, y él quiso saber qué me ocurría. Sin mirarlo, le confesé que era siempre Alessandro quien despertaba en mí todas las tentaciones.

Él guardó silencio un momento antes de decir:

—No es a Alessandro a quien yo querría conocer, sino a ti.

Como siempre cuando estábamos juntos, el tiempo transcurría de un modo distinto, mucho más rápido, y yo veía acercarse con pesar el momento en que de nuevo habría de quedarme sola. Sin embargo, fui yo misma quien lo despidió bruscamente. Nos quedamos en silencio en la puerta, lejos uno de otro. Yo no me decidía a darle la mano, me parecía que era un gesto comprometedor. Cuando por fin se la di, la retuvo en la suya, besándola con devoción. Me sentí inocente y contenta.

Francesco siempre decía que aún no podíamos estar contentos porque quedaban por venir días difíciles. Pero a mí me parecía que, detrás de ese temor, en realidad ocultaba su indiferencia por mí, su ambición. Es cierto que, con su trabajo, trataba de mejorarse a sí mismo mejorando la sociedad en la que vivíamos. Pero en esos tiempos no era fácil entenderlo. Estaba rodeado de mucha gente mezquina y con ambiciones rastreras, y su frío sentido práctico parecía contrastar con los ideales por los que había luchado. Cada vez que me había ofrecido a ayudarlo, él se había negado con una sonrisa. Quizá no me considerase tan inteligente como Denise, con la que trabajaba gustoso.

Un día vino a almorzar con nosotros. Ya nunca me preguntaba si esperaba un hijo. Se dejaba servir por mí como si fuera su criada. Después de almorzar, mientras hablaba con Francesco, me fui a la cocina a lavar los platos. Luego se marcharon juntos, y Francesco apenas se despidió de mí porque solo estaba pendiente de ella. Era una mujer muy mayor, su cuerpo se veía informe bajo el traje de chaqueta. Sin embargo, me parecía que Francesco la prefería a mí.

Estaba celosa. Llamé enseguida a Tomaso y le dije:

—Quiero verte.

Le hablé secamente, como me habría gustado hablarle a Francesco de Denise. Me reuní con él en el centro y, de camino, iba

pensando que ese encuentro no me costaba el esfuerzo siquiera de mentirle a Francesco, pues él no me preguntaba nunca adónde iba. Echamos a andar cerca uno de otro, y la gente nos miraba con simpatía, como no me miraba nunca a mí cuando estaba sola o con Francesco. La gente se maravillaba, quizá, de vernos encerrados en una isla solo nuestra, fértil y serena, pese a la preocupación de la guerra, pese al calor y al polvo. No sabía dónde estaría Francesco en ese momento, junto al paso torpe y pesado de Denise.

Estábamos en una callecita solitaria cerca del Panteón, cuando yo me detuve de pronto:

—Tomaso, ¿quién es Casimira? —le pregunté.

Él me miró asombrado y luego sonrió. Yo sufría terriblemente.

—¿Quién es Casimira? —repetí.

Contestó como Francesco:

—Una chica.

Habíamos reanudado el camino sin mirarnos. Casimira existía, pues.

—¿Estás enamorado de ella?

—¿Yo? No —se apresuró a decir—. En absoluto.

—¿Pensabas casarte con ella?

—Yo no; ella, quizá. Me llamaba al periódico todas las tardes. Es una chica cariñosa.

—¿La ves con frecuencia?

—No... Ya nunca la veo.

Suspiré aliviada.

—Qué lástima —dije—: deberías casarte con ella. Francesco me ha dicho que es una chica simpática...

—¿Francesco? —repitió él sorprendido.

—Sí, ¿por qué?

—No sé, creía que no la apreciaba...

—Al contrario. O eso espero, al menos: siempre dice que tenemos el mismo carácter...

—¿Eso dice Francesco?

—Más o menos.

Entonces Tomaso confesó bruscamente:

—Perdóname, pero siempre he pensado que Francesco no se merece una mujer como tú.

Caminábamos despacio, y él iba hablando de mí como si fuera una persona a la que yo apenas conocía. Me reconocía en la imagen que Tomaso iba dibujando con sus palabras amorosas. ¿Por qué decía Francesco que me parecía a Casimira? Tomaso sabía muchas cosas de mí, aunque yo nunca se las hubiera contado. Sabía la dedicación con la que vivía, mis luchas, mis dudas y el camino que pensaba seguir. Temía que conociera también el muro tras del cual dormía.

Más allá de la isla de nuestro caminar, la gente avanzaba absorta, presurosa, parecía más preocupada que los demás días. Tomaso había dicho que tenía que ir al periódico, pero no se acordaba. Yo pensaba que quizá Francesco había vuelto ya a casa y me esperaba allí. Me habría gustado que me recibiera sonriente y que me abrazara también cuando lo informara de mis encuentros con Tomaso. ¿Por qué no podía ser así? Yo lo recibía feliz al término de su trabajo, aunque este nos separase, lo reafirmaba en su valía masculina, lo servía mientras comía con Denise y debía disfrutar de sus espléndidos éxitos, que ya no eran de los dos, sino estrictamente suyos. Si me amaba, ¿por qué no podía alegrarse de que yo también viera confirmada mi valía? Me habría gustado contarle todo lo que me decía Tomaso.

—Es tarde —murmuré al ver oscurecerse el cielo.

—¿Qué importa? —me contestó Tomaso.

La gente pasaba deprisa a nuestro alrededor. Algunas personas se pararon a hablar, formando un corrillo, y luego se dirigieron a una tienda desde la que se oía la radio. Yo sentía miedo cuando la gente se apiñaba para oír la radio, era siempre una señal funesta. En los Abruzos, estaban todos dispersos en los campos; aquí, se entretenían en las calles, en las largas tardes de verano. Estaban en sus casas, sentados a la mesa, algunos trabajando, otros, enamorados; parecían indiferentes, protegidos, y, sin embargo, tenían que interrumpir enseguida cualquier otro quehacer y acorrer dócilmente a escuchar lo que decía la radio. Esta ya no era un invento milagroso que transmitía música o

llamadas para salvar barcos. Era un poder inexorable: el curso de nuestras vidas dependía en gran parte de lo que dijera la radio. «Espera», le dije con la esperanza de que a nosotros dos, al menos, nos diera tiempo a salvarnos, pero Tomaso me cogió del brazo, como había hecho el tío Rodolfo. Llegamos justo a tiempo de oír las últimas palabras y nos quedamos callados y pálidos, mientras unos soldados lanzaban al aire la boina, alegrándose de que se hubiera firmado el armisticio.

En ese momento, empezó la larga jornada en la que no pude hallar descanso. En realidad, me parece no haber conciliado el sueño ni un momento, no haber comido ni sonreído nunca, no haber descansado hasta hoy, aquí, al fin.

La noticia no suscitó comentarios. Desde hacía años, aun sin reconocerlo, la gente entendía cuándo era bueno o malo lo que anunciaba la radio. Y la gente, esos días, había olvidado muchas cosas, pero no esa capacidad de entender. Todo el mundo echó a andar de nuevo, absorto cada cual en sus propios pensamientos. Al contrario del día en que la radio anunció que había estallado la guerra, nadie tenía prisa por reunirse con su familia ni por encerrarse en casa. Ahora ya todo el mundo sabía que las casas no eran refugio suficiente, ni tampoco los afectos. Por eso la gente andaba tranquila, mostrando que estaba acostumbrada a los días largos y oscuros, al hambre y al olor de los caballos muertos.

Yo caminaba al lado de Tomaso. Era apenas unos años mayor que yo y tampoco él recordaba bien cómo eran los días en que vivíamos tranquilos, sin temor a lo que decía la radio. Pasó un niño y oímos que le decía a su padre:

—Ahora encenderemos todas las luces en las calles, ¿verdad? No recuerdo cómo son las calles iluminadas.

Entonces yo también me volví hacia Tomaso y le pregunté:

—Tomaso, ¿cómo son las calles iluminadas?

Él me cogió del brazo, sin responder, y yo pensé en las calles iluminadas por las que pasaban chicas como mi madre, que estudiaban para sacarse el diploma de piano, y chicas como mi abuela, que estudiaban para interpretar a Shakespeare.

—Es un momento difícil, ¿verdad? —le pregunté.

Él contestó que no, pero en realidad pensaba que sí.

—¿Podría ocurrirle algo a Francesco?

—No creo. Esto ya lo preveíamos.

Me habría gustado tranquilizarme con su respuesta, pero, en lugar de eso, al cabo de un momento le pregunté angustiada:

—¿Qué va a ocurrir ahora, Tomaso?

Ya no estábamos en una isla feliz, ahora caminábamos junto al resto de la gente, mientras oscurecía. Desde esa tarde, teníamos la impresión de que ya nadie nos era desconocido en la ciudad: nos mirábamos, sin interés ni curiosidad, como personas de una misma familia, aunque no nos habláramos, como se comportan precisamente los parientes entre sí. Tomaso me acompañó a casa, sin pedirme permiso siquiera. Caminamos en silencio, en silencio subimos al autobús, entre otra mucha gente que tampoco hablaba. Un silencio opresivo, como de bochorno, pesaba sobre la ciudad a oscuras. Tomaso me dejó en el portal, ya no me importaba lo que pudiera pensar Francesco al vernos juntos. Nos separamos en silencio, pero apenas había subido un par de tramos cuando oí a Tomaso, que me seguía jadeando. Su traje blanco se veía lívido a la luz azulada de la lámpara, y todavía recuerdo el intenso ardor de su mirada cuando me paré y él me alcanzó.

—Escucha, Alessandra —me dijo—, tengo que confesarte una cosa: haré lo que sea para separarte de Francesco. Perdona, pero quería decirte la verdad esta noche. ¿Entiendes?

Lo miré. No tenía siquiera la fuerza de contestarle, de reaccionar ni de oponerme. Dije que sí con la cabeza. Él me cogió la mano y me la besó, mientras yo seguía subiendo la escalera. Lo oí alejarse. Estaba tranquila, resignada a la voz de la radio y a la suya.

Francesco volvió muy tarde y me dijo:

—¿No te dije que aún no podíamos estar contentos?

Me habría gustado responderle que la nuestra era una época en la que había que adaptarse y estar contentos aunque solo fuera unas pocas horas, una tarde, una noche; lo que se pudiera. A Tomaso le había dado tiempo a pasar una tarde feliz conmigo,

antes de que hablara la radio. Pero, al ver a Francesco, comprendía que yo solo podría ser de verdad feliz con él: era parte de mi vida, como también lo era sufrir por él, como el largo día que comenzaba y que no podía negarme a vivir.

—¿Qué te dije yo? —repitió Francesco.

Había en su voz como un reproche, aunque mi única culpa hubiera sido la de haber tratado a toda costa de estar contentos juntos.

Salimos a la terraza a interrogar a la noche, al aire, al viento, que eran más fuertes que nosotros. Mi madre me había enseñado a ser amiga de los árboles, del cielo y hasta de la lluvia, que deja a su paso el arcoíris. Pero ese tiempo había pasado y no me quedaba más que el vago recuerdo de un cuento de hadas.

Era una noche blanca y amenazadora: el cielo, henchido de nubes, vibraba con un lejano estruendo, como cuando se acerca un temporal. Yo me abrazaba a Francesco, con la cabeza apoyada en el hueco de su hombro, buscando refugio en él. Sentía que esa era la última noche que nos quedaba: los dos sabíamos que estaba a punto de empezar el largo día en el que las mujeres y los hombres ya no podrían yacer juntos en el lecho, ni hablarse ni amarse. Se levantó entonces el viento, que duró tres días. Parecía acompañar todas las horas difíciles de mi vida, mi humor estaba ligado a la naturaleza. Un viento caliente barría la terraza. Francesco miraba al sur y parecía a la escucha, como cuando, junto a la radio, esperábamos oír llamar a la pared de nuestra prisión.

—No les dará tiempo a llegar —dijo.

Y estaba bien que así fuera, que solo halláramos auxilio en nosotros mismos. Sabía que no aceptaría la ayuda de Tomaso, aunque, con frecuencia, para superar un momento difícil, sacara fuerzas de pensar en él, como habíamos resistido durante años escuchando los golpes en la radio.

De nuevo estábamos solos, Francesco y yo; nadie podía ayudarnos, y esto, que era nuestra condena, era también nuestra fuerza, una fuerza desesperada. Oh, nunca podré olvidar la terraza desnuda, el cielo blanco, y blancos nosotros también, en esa luz, entre las casas blancas, las ventanas cerradas y las altas terrazas

desiertas. Desde allí arriba se veía toda la ciudad, sola también en la miseria desolada de su campiña: indefensa, en la vigilia del largo día, como estábamos indefensos nosotros dos. Y yo sentía que en ese momento era necesario hablar, romper la reserva que hasta entonces nos había atenazado, porque era necesario que dos compañeros se hablaran, en una noche como esa, y que evocaran sus sentimientos, sus impulsos y sus recuerdos, lo único con lo que podían contar, como contaba la ciudad con todos nosotros, con nuestras casas, con las armas escondidas en los sótanos y con una tradición que había que respetar a pesar de todo. Esperé toda la noche. Al alba llamó un compañero y habló de un desembarco que se estaba intentando para acudir en nuestro auxilio. No era verdad. Yo sabía que no había auxilio posible. Recordaba las palabras de Tomaso en la escalera y el estruendo que se oía a lo lejos y que anunciaba el temporal. Era necesario reunir todas las fuerzas, no ignorar que también nosotros dos estábamos en peligro, no solo la ciudad. Francesco hablaba con los compañeros, se llamaban, se decían dónde buscar ayuda y armas, y yo esperaba junto al teléfono, en bata, sentada en un taburete. Yo también quería ser ayudada.

—Habla conmigo —le dije a Francesco, persiguiéndolo mientras se preparaba para salir.

—Querida, ¿te parece momento este?... —contestó acariciándome la frente.

Pero, sí, al contrario, era en momentos como ese cuando había que hablar. Durante todo el día, las iglesias se llenaron de gente que rezaba para asegurarse de que algo subsistía, de que algo era cierto, aunque el estruendo se acercara cada vez más y se supiera ya que no era un temporal lo que anunciaba.

Francesco cogió la pistola y se la guardó en el bolsillo mientras se dirigía a la puerta. Luego volvió atrás y me dijo:

—No. Es mejor que te la quedes tú. Nunca se sabe. Escóndela, pero al alcance de la mano. ¿Tienes miedo?

—Creo que no —contesté—. ¿Qué hay que hacer?

—Está lista: basta apretar aquí.

Era terrible tener una pistola, pesada y fría, entre las manos.

—¿Tienes miedo? —repitió Francesco al verme palidecer.

—No, aunque preferiría no verme obligada a disparar.

—Claro, seguro que no es necesario. Pero a veces se trata de defenderse.

—¿Adónde vas, Francesco?

—A casa de Alberto, por ahora; después, ya se verá.

—No me dejes así —le dije en la escalera.

Nos abrazamos. Mientras me abrazaba, él ya estaba lejos, hablando con sus amigos. Volví a casa, y al poco llamó Tomaso. Tampoco él pensaba que les fuera a dar tiempo a acudir en nuestro auxilio.

—Me gustaría verte —me rogó—, unos minutos, aunque sea.

Le dije que no, que me quedaba en casa a esperar a Francesco.

Aún tenía el revólver en la mano. Lo guardé en el cajón de la mesilla. Me pasé la mañana al teléfono, contestando a los amigos que preguntaban por Francesco. Tomaso volvió a llamar más tarde y me informó de que había combates a las puertas de la ciudad.

—¿Dónde está Francesco? —le pregunté angustiada.

—No lo sé. Ahora tengo que dejarte, me voy con los demás. Escucha: quería decirte que te amo.

Era necesario que hablara a toda costa con Francesco, que le impidiera irse con Tomaso. Salí, pero el portero me retuvo.

—Señora, ¿qué dice el profesor? —me preguntó.

Lo miré un momento y sentí que me embargaba el odio, un viejo odio al que ya no estaba acostumbrada. Pero detrás de él estaban su mujer y su hija, que llevaba en brazos al hermano pequeño. Todos me miraban angustiados.

—¿Llegarán a tiempo? —insistió el portero.

—No, me parece que no.

La mujer miró la bolsa de la compra, que llevaba en bandolera, y dijo:

—Las tiendas están cerradas, pero puedo darle un poco de nuestro pan.

En una noche habían cambiado muchas cosas. La gente se hablaba por la calle, aunque no se conociera. Yo buscaba a

Francesco por todas partes; lo buscaba en los carros que pasaban, llenos de soldados harapientos y tristes, entre los hombres extraviados, sentados en las paradas de los tranvías, vestidos de paisano, pero con las cartucheras puestas. No había medios de transporte ni vehículos, por lo que seguía a pie, nerviosa. A trechos me unía a grupos de mujeres pálidas, que andaban sin fin, buscando ellas también a un hombre cuyo nombre repetían sin cesar.

Seguía soplando el viento, caliente y opresivo. En casa de Alberto se hacinaban cincuenta o sesenta personas en dos habitaciones, escuchando la radio. Llegaban jóvenes en bicicleta que traían mensajes escritos a lápiz. Después llegó Denise, ella también traía un mensaje y me escrutó, molesta.

—Váyase a casa, señora —me dijo—, a su marido no le gustaría encontrarla aquí.

Lo conocía muy bien. En efecto, cuando Francesco volvió, no le gustó verme allí, me lo dijo con la mirada. Su aire severo acabó con el optimismo que sostenía aún a los compañeros. El programa de radio de la una no había dicho nada de los combates.

—Nos han abandonado —dijo Francesco—: estamos solos, solo podemos contar con los compañeros.

Yo también estaba sola, porque él, al hablar, no se volvía nunca hacia mí. Una vez más, lo miré y lo escogí entre todos, aunque no me mirase. Lo rodeaban muchos otros hombres, algunos de su edad, otros eran ancianos y muy pocos, más jóvenes que él. Estaban serios, reunidos en grupo, y, pese a todo, a mí me parecía que, incluso en esos momentos, a los hombres les resultaba muy difícil comunicarse entre sí, se lo impedía una timidez congénita, así como el pudor de mostrarse débiles. Sus rostros manifestaban el esfuerzo que hacían por aceptar el sufrimiento; un esfuerzo superfluo para las mujeres, acostumbradas a padecer. Eran menos fuertes que nosotras, aunque manejaran fusiles y pronunciaran palabras muy graves, palabras absolutas, a las que yo ya sabía que era casi imposible atenerse.

Llegó un mensaje de Tomaso del barrio periférico en el que se estaban desarrollando los combates. Al final pedía: «Llamad a la

señora Minelli y decidle que su marido ha vuelto a la ciudad, que puede estar tranquila».

Todos me miraron y yo me sonrojé. Luego Francesco se acercó a mí para aconsejarme que volviera a casa y asegurara provisiones en previsión de las dificultades del día siguiente. En la calle vi a algunas mujeres empujando carretillas con los hijos y unos pocos bártulos. Decían que venían de los barrios en los que se luchaba, y seguían empujando las carretillas, sin llorar ni quejarse, sabiendo ellas también que había comenzado el largo día en el que lo único que había que hacer era marcharse.

Desde esa tarde, había que volver pronto a casa por el toque de queda. Sonaba la alarma y bajábamos a los refugios. De día, hacía cola en el horno; mientras, por las calles pasaban continuamente motocarros llenos de alemanes que nos miraban, calibrándonos como si fuéramos ganado. Nunca veía a Francesco antes de la noche, a veces ni me llamaba siquiera. Tomaso, en cambio, lo hacía a menudo y me daba noticias en clave, porque de nuevo teníamos miedo de la voz arrogante. Al volver a oírla, todos habíamos tenido escalofríos, pero ahora ya sabíamos que no era parte ineluctable de nuestra vida, como yo había creído tantos años.

Mi padre nos escribió para ofrecernos pasar unos días en los Abruzos. Se lo dije a Francesco, proponiéndole que aceptáramos la invitación. Al enterarse de esa posibilidad, Tomaso palideció. «No te vayas —me dijo, y luego, deplorando su egoísmo, añadió—: Si tú no estuvieras aquí, no sabría cómo seguir adelante.»

—Sí, tienes que ir: pero tú sola —dijo Francesco—. Lo he pensado seriamente, hoy mismo, y he decidido mandarte con tu padre.

Hablaba de mí como de una niña o de un mueble, y yo sabía que eso no me traería nada bueno.

—¿Y tú? —le pregunté.

—Yo tendré que dejar esta casa esta misma noche o mañana. No es prudente que me quede aquí.

—Entonces, ¿por qué no nos vamos juntos a los Abruzos?

Hizo una pausa antes de responder:

—No. Lo he pensado mucho. La idea me tentaba, porque estoy tan cansado... Pero no es posible. Tengo que quedarme con los amigos, ahora que por fin vamos a empezar a trabajar. No creo que esto acabe pronto, igual quedan dos meses todavía. Esta noche me iré a casa del hermano de Tullio.

—¿Y después?

—Después me iré a otro sitio, si es necesario. Pero quiero estar tranquilo respecto a ti, saber que estás a salvo, que duermes bien, que comes...

—Ya, claro...

No se había dado cuenta de que todo eso nunca me había importado mucho y ahora ya no me importaba en absoluto.

—Y, así, si te pasara algo, yo me salvaría, naturalmente.

—No me va a pasar nada.

—Pero si te pasara...

—Claro, estaría más tranquilo sabiéndote a salvo.

Callé y luego dije amargamente:

—Eso es algo que siempre me ha dado que pensar.

—¿El qué?

—Ese empeño que tienen los hombres en salvar a las mujeres de dos cosas nada más: el hambre y la muerte, dos cosas que las mujeres temen como las teme la mayor parte de vosotros. Pero nunca se os ocurre querer salvarlas de todas las demás cosas, mucho más temibles, que las rodean, que están en su interior. Yo no quiero que me pongas a salvo.

Le supliqué de nuevo:

—Francesco, por favor, deja que trabaje contigo.

Estaba sentada a los pies de la cama. Él estaba tumbado, con la cabeza hundida en la almohada, por lo que levantó una mirada fría hacia mí:

—No —dijo al cabo de un momento—. Es mejor que te vayas a los Abruzos.

—Tienes miedo de que hable, ¿verdad? —le contesté airada —, de que no tenga la suficiente sangre fría, de que sea una mujer como Casimira, ¿verdad?

—No, no es eso.

—Sí, aprecias más al último de tus amigos que a mí, porque soy mujer...

—Cálmate, por favor, Alessandra...

—No puede ser: este es un día decisivo. Si no quieres venir conmigo a los Abruzos, déjame seguirte. Hasta ahora, has hecho siempre lo que has querido, pero ahora tengo miedo, tengo miedo de que todo termine, ¿lo entiendes? Y lo único importante somos tú y yo.

Él trató de convencerme. Dijo algunas cosas que yo sabía que eran ciertas pero que no quería creer porque lo amaba. Si él hubiera hablado también de nosotros, de nuestro amor, tal vez lo habría entendido, pero no lo hizo.

—¿Y todo esto es más importante que nosotros dos? —le pregunté al fin.

—Es más importante que todo, sí —me contestó él—. Tú siempre dices que cada cual tiene que ser fiel a su propio camino, ¿verdad?

Yo decía eso, sí, pero él tenía una manera de repetir mis palabras que me hacía lamentar haberlas dicho.

—Y este es justo el momento de serlo, ¿entiendes?

—No —dije con frialdad—. No, no lo entiendo.

Al poco llegó Tullio con su hermano y le dijeron que era mejor marcharse enseguida. Los dejó esperando en el despacho y volvió a la habitación a anunciarme que se iría antes del toque de queda. Todo había acabado, se marchaba. Quedaba menos de una hora para el toque de queda, pero quizá aún tuviéramos tiempo de hablar.

—No pienso moverme de aquí —le dije—. Quiero quedarme cerca de ti, para tener noticias tuyas. ¿Me entiendes?

—No —respondió él a su vez—, pero eres libre de hacer lo que prefieras.

—Te amo... —le dije desamparada, abandonando la lucha.

Nos quedaba aún media hora, todavía podíamos salvarlo todo. Cogí la maleta, la puse sobre la cama y empecé a llenarla.

—¿Qué traje quieres?

—El que llevo puesto.

—¿Uno solo? No es prudente.

—Ya. Pues el más viejo, entonces.

Camisas, calcetines; esperaba aún que me dijera: «No, Alessandra, no soy capaz de marcharme». Estaba segura de que no llegaría a terminar la maleta antes de que él dijera algo.

—¿Nada más? —le pregunté.

—No, gracias.

Esperaba que dijera: «Tu fotografía, la que está sobre la mesilla». Quizá dijera: «Ven tú también» antes de que yo cerrara la maleta. Nos quedaban aún unos minutos, aunque Tullio ya lo llamaba. Cerré la maleta. Al menos diría: «Perdóname, no puedo hacer otra cosa, pero me desespera dejarte aquí y te amo, te amo».

Pero solo dijo:

—Estate tranquila. Te mandaré noticias.

Y, demorándose en esos detalles, recorrió el pasillo y me abrazó delante de Tullio. Yo también fingí aplomo. Cuando bajó el primer tramo de escaleras, lo llamé, gritando:

—¡Francesco!

—¿Qué pasa? —me preguntó deteniéndose.

Tullio y su hermano miraron también hacia arriba.

—Si necesitas algo, dímelo.

Luego corrí a la terraza para verlo. Tres hombres se alejaban hablando entre sí. El alto, vestido de gris, era Francesco.

Pocos días después, Tullio me trajo una nota de Francesco. Mientras la leía, Tullio estaba de pie delante de mí, mirándome. «Está bien», le dije. En su nota, Francesco me sugería que, a cualquiera que me preguntara, contestara que me había separado de él y que no sabía dónde estaba, que suponía que se había mudado al norte.

—Hay que quemar la nota enseguida —dijo Tullio.

Era un hombre soltero de unos cuarenta años, rubio y de aire severo. Me dirigió una mirada gélida desde detrás de las gafas. Sentía que era enemigo mío, así como de la debilidad que yo representaba para Francesco.

—Por favor —dijo pidiéndome la nota para quemarla—.

Francesco quiere también todas sus cosas —añadió—. No olvide nada, señora, del baño y de los armarios. Guárdelo todo en una maleta. Yo, mientras, espero aquí.

Buscó en el escritorio y cogió todos los papeles, con gesto tranquilo, preciso, inexorable. Le escribí una nota a Francesco, para tranquilizarlo, y sobre todo para agarrarme a las palabras escritas. Pero cuando Tullio se fue, llevándose la maleta, me saludó con fría cortesía, como si ya no fuera la mujer de su amigo Francesco.

Era peligroso entrar en ese juego: todos habíamos asumido una nueva identidad y debíamos convencernos de que era la única verdadera. Tullio ya no era arqueólogo: en su documento ponía que era comerciante de madera. Yo era una mujer separada del marido. A veces, me arrepentía de haber aceptado, me sentía como si hubiera caído en una trampa, llegaba a temer incluso que Francesco se sirviera de ese medio desleal para abandonarme. Era muy difícil permanecer fieles a todo cuanto había ocurrido antes del largo día: llevábamos el recuerdo de nuestro pasado como un escapulario. A veces, hasta el rostro de Francesco se volvía borroso en mi memoria. No le gustaba hacerse fotografías, por lo que solo conservaba una pequeña instantánea suya, tomada durante un congreso universitario. Posaba serio, con el sombrero y el abrigo puestos. No me parecía la misma persona que iba conmigo a Villa Borghese, pero era como si en ese retrato hubieran plasmado su auténtica apariencia. Me lo imaginaba siempre así, sombrío y severo, con el abrigo y el sombrero puestos, entre Tullio y los demás compañeros. Y los rasgos de su rostro, las inflexiones de su voz, se iban desdibujando, como se habían desdibujado los de mi madre.

Me era más familiar el rostro de Tomaso, de hecho, se había convertido en el único rostro familiar en mi vida. Tenía que hacer un esfuerzo para olvidarlo, y a veces lo llamaba yo misma para aliviar mi soledad. Él seguía fielmente mi vida, que ahora le era ignota a Francesco. Él también cambiaba con frecuencia de casa, pero aun así me llamaba varias veces al día. Se anunciaba diciendo: «Aquí estoy...». Empecé a esperar con ansia sus llamadas.

Durante nuestras conversaciones, me molestaba el juicio del encargado de la censura telefónica, pero luego me tranquilizaba pensando que me consideraban una mujer sola, separada del marido, y eso serviría para confirmar esa versión.

Los primeros días, ver la ropa y los libros de Francesco en la casa vacía me había causado un dolor terrible. Recorría la casa, llamándolo, pasaba la tarde sentada en su sillón, como si estuviera en sus brazos. Por eso, cuando Tullio se llevó su ropa, sentí un amargo alivio. Iba y volvía de la oficina, y comía la triste comida que comen las mujeres cuando están solas. Creía llenar fríamente las horas que me separaban del regreso de Francesco. Pero, en realidad, me pasaba el día esperando a que llamase Tomaso.

No podía pensar en otra cosa. Me parecía estar combatiendo sin cesar lo que empezaba a sentir por él. Recordaba su rostro claro y franco, la manera que tenía de sonreír, achinando un poco los ojos. Solía pensar en ciertas novelas decimonónicas, tratando de parecerme al personaje de alguna mujer fuerte y valiente que se debate para ahuyentar de sí un sentimiento culpable y volver al amor casto y legítimo. Pero, buscando entre los recuerdos de mis lecturas, me daba cuenta de que esas luchas siempre habían sido ficticias e inútiles: cada asalto servía para acercar más a la heroína al amado adversario, por lo que la lucha la agotaba, dejándola más próxima a la rendición. La inevitabilidad de ese final me aterraba.

Hacía entonces acopio de todas mis fuerzas y me resolvía a no volver a verlo más. Durante unas horas, me sentía segura, decidida, más dichosa incluso por la decisión tomada. Pero luego consideraba que toda huida era imposible: él llamaría, vendría a buscarme a casa. Tenía que darle una explicación y, para eso, debía verlo una última vez, hacerle entender cuál era el sentimiento que me unía a Francesco. Pensaba que sería conveniente llamarlo al día siguiente para citarme con él. Quizá incluso esa misma noche, o de inmediato. Mejor de inmediato, así me quedaría más tranquila después: todo estaría claro, zanjado.

—Hola —lo llamé—. Soy yo, Alessandra.

Me gustaba hablarle así, con gracia, por última vez.

—¿No tienes miedo? —le pregunté.

—Mucho; pero parece que no me están buscando. Buscan a la gente importante, a Francesco, por ejemplo, o a Alberto o a Tullio. Si me detuvieran, cualquiera podría sustituirme fácilmente. A Francesco o a Alberto no puede sustituirlos cualquiera.

Y, mientras tanto, poco a poco, Tomaso intentaba ocupar el lugar de Francesco a mi lado, y era precisamente la tenacidad de su amor lo que me asustaba. Me trataba como a una niña, me pedía permiso para besarme la mano o para cogerme del brazo. Yo temía la feliz inocencia de nuestros encuentros, la certeza que tenía de no estar haciendo nada malo.

Pronto ya no me quedó siquiera el trabajo para distraerme: el señor Mantovani había aceptado numerosos encargos importantes que lo obligaban a trasladarse al norte. Volvía a ser un hombre decidido y resuelto. Había puesto una radio junto a su escritorio, y la encendía de vez en cuando, solo un instante, como para asegurarse de que la voz arrogante seguía hablando.

—Usted se viene conmigo al norte, ¿verdad, señora Minelli? —me preguntó una mañana.

Nos separaba la superficie lisa de la mesa, con su protector de piel de jabalí y los bonitos útiles de escritorio que deseaba tener desde que era niña. Ahora ya, cuando nos separaba esa mesa, pese a la generosa cortesía de mi superior, o quizá por ella precisamente, yo sentía que él era rico y yo, pobre; él muy fuerte y yo, muy débil. Ese día, en cambio, aunque él hubiera recuperado su seguridad y Francesco se hubiera visto obligado a huir, me sentía mucho más fuerte que Mantovani, porque yo siempre había sido pobre y, sin su ayuda, sin duda me habría muerto, como su madre, sin haber tenido nunca un sillón. Pero me preguntaba qué habría hecho él sin ese bonito escritorio, sin los teléfonos y sin la reverencia que le hacía el bedel Salvetti al abrirle la puerta. Sin la voz arrogante de la radio, sobre todo, que lo tranquilizaba. Francesco y yo estábamos acostumbrados a vivir sin seguridades.

—Gracias —le dije—, créame que siento no poder seguir trabajando con usted, pero no tengo más remedio que quedarme aquí.

—¿Por su marido?

—No —contesté tras una pausa—: ya le he dicho que estamos separados. Es porque temo perder la casa.

—Ya —dijo él—, entiendo.

Era fácil comprenderse, aun hablando en clave, por eso no nos parecía estar mintiendo. Lydia anunció que haría frecuentes viajes a Milán. Yo acompañé a Fulvia al ayuntamiento y leímos todos los bandos para saber cuándo se casaba Dario.

Fue Tomaso quien me dijo que fuera al día siguiente a ver a Francesco, a la hora del almuerzo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté asustada.

—Nada —me contestó—. Quiere verte.

Me daba cuenta de que Tomaso estaba celoso. Se preguntaba quizá si su amor no era más fuerte que el derecho que tenía Francesco sobre mí. Pero yo quería que entendiera que no se trataba de derecho, que yo estaba contenta de ir a verlo porque lo amaba. Me acerqué a Tomaso para decírselo y para consolarlo, y así fue como nos abrazamos por primera vez. Hacía años que nadie me abrazaba de esa manera, y me asombró ver que sentía placer, aunque quien me abrazara no fuera Francesco. Hasta entonces, había confundido a Francesco y a Tomaso, pero eso ya no era posible. Sentí lo que era la intimidad con un hombre que no era mi marido y, con ella, la traición y la culpa.

—Vete, por favor —le dije.

El recuerdo de ese abrazo persistió en mí mucho tiempo, incluso cuando hablaba con Francesco.

Di un largo rodeo por miedo a que me estuvieran siguiendo. El hermano de Tullio se llamaba Luigi, tenía mujer y cuatro hijos. Se suponía que Francesco era su cuñado y, por lo tanto, formaba parte de la familia. Vivían en la cuarta planta de una casa en el Aventino a la que se llegaba subiendo una larga escalera muy soleada. Acudió a abrirme la mujer de Luigi. Yo no dije nada, ella me calibró con la mirada y luego sonrió, diciendo: «Adelante».

Francesco estaba sentado en el comedor, escuchando la radio, con un niño en el regazo. Cuando aparecí en el umbral, se volvió y dejó al niño en el suelo para abrazarme. Este se puso a llorar,

mientras los hermanos mayores nos miraban. Era un abrazo distinto al de Tomaso. La mujer de Luigi nos miraba conmovida, sonriendo. Era algo gruesa, con un rostro simpático. Yo habría querido quedarme a solas con Francesco, pero ella no hacía ademán de dejarnos. Quizá pensaba que las cosas que se dicen entre marido y mujer las puede escuchar siempre cualquiera. En efecto, nos dijimos «¿Qué haces? ¿Cómo estás? ¿Comes bien?». Yo deseaba tomarlo de las manos, abrazarlo, volver a sentir su manera de abrazarme, el olor de su nuca. Pero, en lugar de eso, me senté a la mesa puesta, entre esos desconocidos con los que Francesco ya había trabado amistad. Me contaron cosas que habían pasado, temblando aún por momentos de angustia que yo no había vivido con ellos. Me revelaron la existencia de una puertecita, oculta detrás de una librería, que llevaba a la buhardilla. Allí se celebraban reuniones, y Francesco y los demás podían esconderse en caso de peligro. Me sentía una extraña.

Después de comer, Francesco me dijo:

—Ven a ver mi cuarto.

Era el del hijo mayor, que tenía doce años. En las paredes había fotografías de futbolistas conocidos, y en los estantes, libros de aventuras y soldaditos de plomo. No me gustaba que durmiera en ese cuarto, quería volver a dormir detrás de sus hombros como fuera. Se oía jugar a los niños al otro lado de la puerta acristalada.

—Vuelve a casa, Francesco —le dije y añadí—: Perdona, sé que es imposible, pero es que no sé estar sin ti.

Nos abrazamos largo rato. Yo lo amaba con todas mis fuerzas, con toda la fuerza con la que me defendía de Tomaso.

—Quítate la chaqueta —me dijo él—, ¿no tienes calor?

Fue hasta la puerta y la cerró con llave. Al rato, vino un niño a llamar con los dedos sobre el cristal. Yo pensaba en la mujer de Luigi, que seguramente se imaginaba por qué motivo quería un marido quedarse a solas con su mujer después de dos meses.

—Péinate —me dijo Francesco ajustándose la corbata delante del espejo.

Seguían oyéndose las voces de los niños, uno llamaba a su madre lloriqueando. Sobre el espejo había un dibujo de

Blancanieves pegado. Mientras me peinaba, Francesco se acercó a hablarme. Su presencia me suscitaba una felicidad tan honda y, a la vez, un sufrimiento tan intenso, que deseaba marcharme cuanto antes para que ese conflicto cesara.

—Sandra, quería decirte que mañana dejaré esta casa. Me iré a una casita en el campo, donde tenemos también una emisora. Hay que empezar a trabajar: hemos reunido hombres, armas y explosivos.

—Es muy peligroso, Francesco.

Él vaciló un instante, como si ahuyentara un pensamiento.

—No, no lo creo —dijo después—. Y, sea como sea, tú debes entender que no puedo hacer otra cosa. Debes entenderme. Entiéndeme, por favor. Sé que estaremos un tiempo sin vernos. ¿Necesitas dinero?

—No.

Le contesté con dureza, sonrojándome. Me estaba poniendo la chaqueta y me sentía como si él quisiera pagarme.

—Escúchame, Alessandra —prosiguió tomándome la mano—: quiero que seas valiente.

—No lo soy en absoluto.

—Lo sé. Y yo también, por lo demás, me siento más fuerte cuando estamos lejos. Puede que, en estos momentos, sean muy distintas las reacciones de un hombre y de una mujer. Pero espero que entiendas aun así todo lo que está ocurriendo. Hasta ahora, hemos tenido poco tiempo para nosotros. Yo nunca he sido como tú querías que fuera. Pero no me sentía libre todavía: sentía, sabía que había que pasar también por esto para estar al fin contentos.

Hacía frío en el cuarto, Francesco se había puesto el abrigo y estaba como en la fotografía.

—Pronto, quizá, lo entenderás. Y yo te entiendo a ti, aunque no lo creas. Tenemos que liberarnos.

No contesté. Pensé que era de mi amor por él de lo que yo quería liberarme.

—Ahora, salgamos.

De nuevo se mostraba impasible y distante como hacía un rato. Nunca lograba franquear el muro que nos separaba. La mujer

de Luigi nos esperaba en el pasillo, sonriendo, y yo me sonrojé, temía haber dejado el cuarto desordenado. No quería aceptar su benévola complicidad. Apenas me despedí de ella. Francesco me abrazó, mientras un niño se le agarraba a la pierna.

—Te amo, tengo miedo —le murmuré al oído antes de desaparecer deprisa en la escalera.

Unos días después, hablaba una tarde al teléfono con Tomaso cuando oí llamar a la puerta con insistencia. Había pasado la hora del toque de queda, y esa insistencia me escamó.

—Discúlpame —le dije a Tomaso—, llaman a la puerta, igual son ellos, te llamo enseguida, adiós.

Era la hija del portero. Estaba pálida.

—¡Vienen hacia aquí, tenga cuidado! —me dijo.

Luego subió unos peldaños más y se escondió en el cuarto de los depósitos de agua.

Yo corrí a la habitación, cogí la pistola y la escondí en la tapicería de uno de los sillones, en el despacho. Oía ya un fuerte ruido metálico de pasos en la escalera; eran los pasos que se oían en las calles, todas las noches, los pasos que buscaban a Francesco y que ahora estaban en el umbral de mi casa. «Basta apretar aquí», me había dicho Francesco.

Su manera de llamar a la puerta se asemejaba a sus pasos y a su mirada dura. Eran tres, me saludaron al entrar.

No tenía miedo, me sentía encerrada en una gélida impasibilidad. A sus preguntas, respondí que hacía tiempo que mi marido no vivía conmigo, que estábamos separados y que suponía que se había establecido en Milán. Hablaba tranquila, segura, me habría gustado que pudiera verme Francesco. Ellos me miraban con recelo, y yo les devolvía la mirada, sintiendo una amarga alegría al imaginar que apretaba el gatillo. Eran altos y rubios, tenía en común con ellos la estatura y el color de los ojos y el cabello. Los conocía bien: mi madre siempre me había hablado del carácter de la abuela Editta. Parecíamos los cuatro de la misma familia, y por eso debían saber que yo no diría nada. Me preguntaba solo si sabría resistir al dolor físico. Se mostraban

respetuosos y corteses, dijeron «con permiso» al entrar en el despacho, y yo me senté en el reposabrazos del sillón. Hojearon hábilmente los papeles y, aunque no había motivo, yo temía que pudieran encontrar algo. Fue su metódica precisión lo que me tranquilizó. Ellos buscaban sin equivocarse, pero yo tampoco me había equivocado destruyendo. «Al pecho —pensaba—, hay que golpearles en la arrogante seguridad del pecho.» La pistola me daba mucha aprensión, me parecía que el sillón era transparente.

Los soldados salieron del despacho y yo hice ademán de seguirlos. El oficial dijo: «Por favor, señora», dándome a entender que debía quedarme con él mientras los otros dos registraban la casa. Me invitó a sentarme, por lo que me encontré a pocos centímetros de la pistola.

—¿Lee usted mucho? —me preguntó mirando los estantes.

—Sí, es mi ocupación favorita.

—Bien —dijo y se puso a coger los libros.

Los hojeaba buscando algo, claro, y sentí desprecio por ese inútil fingimiento.

—No encontrará nada en los libros —le aseguré.

Entonces el oficial se volvió hacia mí, perplejo.

—No estoy buscando nada —dijo—. Además, ya me he dado cuenta de que no encontraremos nada. Es difícil encontrar algo en casa de una persona que lee tantos libros —añadió con leve ironía.

Tenía miedo, temía que me conociera demasiado bien, quizá sabía que no soportaría largo rato el dolor físico. «En la espalda —pensé—, mientras coge otro libro.»

—Disculpe —dijo—: si la molesto, paro.

Le indiqué con un gesto que me era indiferente.

—Gracias. Hace mucho que no veo libros. Desde que me marché de mi casa. Ahora está destruida por completo, también los libros. Una lástima. No se pueden comprar tantos libros a la vez, hay que hacerlo poco a poco. Espero que no pierda usted sus libros.

Lo miré sin responder: no entendía bien lo que quería decir con eso. Oía los pasos de los soldados en mi habitación, oía sus movimientos. Estaban desplazando un mueble. Igual trataba de que

me olvidara de lo que estaban haciendo, o quizá estudiaba la manera más oportuna de convencerme para que hablara.

Se acercó a mí y lo miré fijamente. Era joven, apenas algo mayor que yo.

—Entro con frecuencia en las casas de esta ciudad —dijo, y había como un malestar en su voz—. Pero nunca encuentro muchos libros, como en las casas de mi pueblo.

Creyendo que me había ofendido, añadió:

—Disculpe. ¿Por qué tiene usted tantos libros?

—He estudiado Letras.

—Yo también —dijo muy serio—. Estaba preparando la tesis sobre este poeta, cuando la guerra me obligó a marcharme.

Me enseñó el libro que tenía en la mano: eran los poemas franceses de Rilke. Se sentó frente a mí, en el otro sillón, mientras yo oía a los soldados rebuscar por toda la casa.

—¿Conoce estos poemas?

—Sí, claro.

—Lea el que prefiera, por favor.

Me alargó el libro. Mientras lo cogía, intentaba adivinar dónde estaba, en todo eso, la trampa para Francesco.

—¿Cuál? —le pregunté mirándolo fijamente, con la esperanza de descubrir la trampa.

—El que usted quiera, por favor.

Nunca había imaginado leer un poema con la mano a pocos centímetros de una pistola. Pensaba en la gente que habría oído detenerse el automóvil delante del portal, en la noticia que circulaba ya por la corta calle, en los vecinos, que se habrían despertado, aterrorizados, en los pocos hombres que quedaban, agazapados en sus escondrijos. Quizá leer un poema pudiera ser también una manera de ayudarlos.

—Sí, hay uno que me gusta más que ninguno —dije.

Hojeé el libro, mientras él esperaba rígido y atento.

Tous mes adieux sont faits. Tant de départs
m'ont lentement formé dès mon enfance...

Seguí leyendo, mirándolo cada poco, pues temía que se aprovechara de alguna manera de mi buena fe. No debía creer que lo odiaba menos por estar leyendo un poema.

—*«Tous mes adieux sont faits…»* —repitió.

Oí a los soldados acercarse por el pasillo: me parecía que llevaban entre ellos a Francesco, estaba segura de haberlo entregado yo, con ese poema. *«Tous mes adieux sont faits»*, pensaba, acercando la mano a la pistola.

Entraron y le enseñaron al oficial dos fotografías: una era la de Francesco, y la otra, una de Tomaso en la que salía riendo y que yo guardaba escondida entre la ropa interior. Hablaron entre sí sin que pudiera entenderlos. Naturalmente, gracias a esas fotografías, encontrarían a Francesco. Dentro de mí había un perro deseando morder.

—Por favor, señora —dijo el oficial, evitando mirarme las manos, que seguían sujetando el libro abierto—. Necesito que me diga cuál de estos dos hombres es su marido.

Me mostró las fotografías: la sangre se me heló un instante y luego volvió a fluir, ardiente.

—Este —dije señalando la de Tomaso.

—Gracias. ¿Y el otro?

—Es un amigo —contesté sonrojándome.

—Entiendo —asintió con un leve gesto de la cabeza.

Tomó la fotografía de Tomaso y se la guardó en el bolsillo.

En el umbral, cuando ya habían salido los otros dos, me dijo:

—Sé que estas visitas no son agradables. Espero no volver más. No quisiera destruir el recuerdo de Rilke.

Oí sus pasos en la escalera, resonaban en toda la casa. Seguro que todos temían oírlos detenerse en su puerta. Oí cerrarse la puerta del portal y ponerse en marcha el motor. El automóvil se alejó. Cuando cesó el ruido, corrí al despacho, cogí la fotografía de Francesco y la quemé. Ya no estaba, lo había sustraído, lo había salvado.

Me dirigí nerviosa al teléfono para llamar a Tomaso, y solo entonces comprendí la gravedad de lo que había hecho. Era un acto vil, abyecto: Francesco me habría despreciado. Quería avisar a

Tomaso de inmediato, marqué su número con dificultad, pero nadie respondió. Volví a marcarlo con frenesí. La llamada, que sonaba en el vacío, me aportaba la certeza de que ya lo habían detenido. Me convencí de que era imposible, mientras pensaba desesperada en su rostro, en el bolsillo del oficial.

Subió el portero a buscar a su hija, que se había quedado escondida todo ese tiempo en el depósito de agua, temblando de frío. Se abrieron las puertas de los rellanos y salieron los vecinos en bata.

—Podría haber sido peor —decían.

Preguntaron por qué habían venido. Les contesté con evasivas. Al fin nos quedamos solos el portero y yo.

—Señora —me dijo en voz baja—, me han enseñado la fotografía y les he dicho que sí.

Me subió un intenso rubor a las mejillas. Él prosiguió:

—El señor de la fotografía está en la puerta, quiere entrar.

—¿Dónde está?

—Abajo. Los ha visto marcharse, quiere entrar. Le he indicado que espere, pero ahora es mejor que..., es mejor que no se quede en la calle..., por el toque de queda.

—Sí —dije sin mirarlo.

—No van a volver —añadió—. En cualquier caso, recuerde el cuarto de los depósitos de agua. El último a la derecha está vacío.

Al poco oí el paso de Tomaso en la escalera, se acercaba, rápido y ligero. Entró jadeante, cerró la puerta y nos abrazamos con frenesí en el vestíbulo oscuro. «Alessandra», dijo, «Tomaso», dije yo en tono desesperado. Pensaba en la fotografía. «Tomaso, Tomaso...», repetí, abrazándome a él. Entonces él se inclinó y me besó en la boca. Un beso largo. Era una sensación maravillosa sentir la boca cálida y viva, el cuerpo joven y libre.

—Te amo —me dijo—. He tenido miedo. Después de tu llamada, he salido enseguida para venir aquí.

—¿Y el toque de queda?

—Qué importa eso. Me he escondido entre los árboles, enfrente de tu casa. Veía el automóvil parado en la puerta, y no bajaban nunca...

Me hablaba sin dejar de abrazarme y de besarme.

—Oh, Alessandra, qué miedo he pasado. Estás aquí, por fin se ha acabado todo. Pensaba sin parar: «Si se la llevan, disparo». No podían ser más de dos o tres. Amor mío...

—Amor mío... —contesté.

Pasamos la noche en el despacho, yo sentada en el sillón y él a mis pies. Le acariciaba el cabello, mirando el rollito de papel quemado que era la fotografía de Francesco. Hablamos toda la noche, también de Francesco. Él me preguntaba: «¿Tanto lo amas?», y yo decía que sí con la cabeza: un sí desolado y perplejo. No dije nada de la fotografía. Quise que se marchara antes de que amaneciera. Nos demorábamos, incapaces de separarnos. Volvimos a besarnos en la penumbra de la escalera desierta.

Las semanas siguientes, no conocí la calma ni el descanso. No podía librarme del remordimiento de haber expuesto a Tomaso a un grave peligro, por lo que no dejaba de pensar en él. Sabía que, cuando le confesara el acto tan vil que había cometido, él no solo seguiría amándome, sino que me comprendería y hasta admiraría mi gesto. Por eso quería ver a Francesco y obtener consuelo de él. Pedí hablar con Tullio, y este me citó en casa de Luigi. No me gustaba volver a esa casa, sobre todo no me gustaba lo ocurrido en el cuarto del hijo. Acudió a abrirme la mujer de Luigi. Tullio me esperaba en el comedor. Los niños guardaban silencio, intimidados por la presencia de su tío.

—Necesito ver a Francesco —le dije.

Tullio contestó que no era posible: después de la visita que había recibido, tal vez me seguían, y eso podría ser el fin no solo de Francesco, sino también de los demás compañeros. Él estaba bien y, como de costumbre, Tullio me entregó una carta suya que leí en su presencia. Era una carta muy bonita en la que me tranquilizaba sobre él y me infundía valor, refiriéndose siempre a sentimientos más elevados que nosotros, a deberes a los que había que plegarse. Era una carta de verdad noble, como las que escriben los revolucionarios a sus familias antes de ser ajusticiados, y que luego se publican en las antologías. Después de leerla, me daba

vergüenza darle a Tullio la carta deslavazada en la que le expresaba a mi marido cuánto necesitaba su amor y su presencia. Tullio inclinó la cabeza sonriendo al coger la carta. Le pedí que me revelara el lugar donde se escondía Francesco. Él me corrigió: «No está escondido, señora: está trabajando», pero no quiso decirme dónde se encontraba. Frente a Tullio, yo mostraba siempre la peor imagen de mí: tenía los ojos llenos de lágrimas, me temblaban los labios y me expresaba sin seguridad. «Por favor...», traté de insistir. Pero él se negó tajantemente, aunque con cierto pesar. Seguramente le contaría a Francesco que era una mujer nerviosa y débil.

—Sin embargo —añadí mientras salía de la casa—, era muy necesario que yo hablara con mi marido.

Al despedirse, Tullio me dijo fríamente:

—Si le preguntan al salir de aquí, diga que ha venido a ver a mi cuñada. Se llama Maria.

No me encontré con nadie. Por la tarde, me reuní con Tomaso en un café. Estaba nervioso.

—Desde que fueron a tu casa la otra noche, cada vez que tardas, temo siempre no volver a verte —me dijo.

Ahora ya nos veíamos todos los días. Él sabía lo que hacía hora a hora y el dinero que me quedaba. Me había conseguido una traducción del francés para un editor que trabajaba en la clandestinidad. Le dije que no estaba segura de traducir bien. Pero cuando, sonrojándome, le pedí que leyera las primeras páginas, él se quedó atónito y me miró con admiración.

—Pensaba que iba a tener que revisarla entera —dijo—, pero no va a ser necesario, bien que lo siento. No hay manera de ayudarte en algo. Cuando uno se acerca a ti, recibe siempre, aunque su intención sea dar. Acabarás revisando tú mis artículos —concluyó sonriendo.

Esa misma tarde escribí a Francesco y le conté lo de la traducción. Me habría gustado escribirle una bonita carta que pusiera de manifiesto lo que me había dicho Tomaso, pero cuando me dirigía a él, mis sentimientos eran siempre más intensos que la calma necesaria para escribirlos.

Ahora ya me parecía imposible llegar hasta él: no sabía nada de su vida cotidiana, ni él de la mía. No me había atrevido a confesarle que había intercambiado su fotografía con la de Tomaso, aunque lo culpaba secretamente por haberme empujado a un acto tan despreciable, dictado por el amor que sentía por él. Poco a poco, nacía en mí la sospecha de que mi matrimonio había sido un error y que, en realidad, yo pertenecía al hombre amoroso y entregado con el que compartía ahora las horas más importantes de mi vida. Quizá ni él ni yo valíamos tanto como Francesco, pero nuestra jornada era un círculo armonioso, un anillo de dulzura. Charlábamos animadamente y luego solíamos trabajar juntos, bajo la luz de la misma lámpara, a un lado y otro del escritorio. En esos momentos, la vida parecía tan plena y hermosa que, cuando él levantaba los ojos de su trabajo para mirarme, algo que hacía a menudo, yo me sonrojaba y sentía ganas de llorar. Estábamos siempre unidos y compartíamos una misma opinión. Él me avisaba cuando salía a hacer alguna misión arriesgada, y luego me llamaba nada más terminar para decirme, en clave, que todo había salido bien. Lo hacía todo con una gran sencillez.

—No, nunca seré un héroe —decía sonriendo—, el destino nunca me dará la oportunidad. O quizá es que nunca pongo el empeño necesario para conseguirla.

En ese tiempo, la ciudad estaba llena de personas que nunca tendrían la posibilidad de convertirse en héroes. Sin embargo, entre nosotros había una solidaridad tan honda que muchas veces rozaba el heroísmo, aunque fuera con miedo. Por eso, quizá, nos entendíamos fácilmente, bastaba un gesto o una mirada. Las casas se abrían a los perseguidos, acogiéndolos en su miseria, como si al fin todos nos hubiéramos decidido a mostrarnos tal cual éramos. Sí, verdaderamente fue una época que hizo mejores también a aquellos que no tenían la ambición de ser héroes pero que, pese a todo, sentían el deber de ser fieles a sí mismos. Quizá pueda parecer extraño, pero yo sentía que hasta los soldados altos y envarados, que tanto temor nos infundían, lo hacían movidos por ese mismo deber ineludible. No podía creer que estuvieran satisfechos de infundir temor en mujeres y hombres a los que no

conocían. Y, al contrario de lo que algunos pensaban entonces, intuía que sentían que sus razones iban perdiendo fuerza, y por eso trataban de sostenerlas mediante el terror. Pensaba así quizá porque mi madre, pese a haber vivido en tiempos muy distintos a los nuestros, me había enseñado a ser clemente con quienes recurren a la violencia.

Comprendí, también, por qué Claudio no había vuelto a escribirme desde el armisticio. No podía olvidar lo que me había dicho, cuando aún éramos muy jóvenes. Él entonces condenaba el valor de Antonio, a quien yo tanto admiraba. Lo juzgaba inferior al valor necesario para someterse a las humillaciones propias de esos tiempos: la de vivir, en un anonimato silencioso, en el seno de una familia para la que se es inevitablemente un extraño, soportar la pesada carga de nuestros deberes, sin más satisfacción que la de obedecer.

Era, pues, necesario aceptar no ser héroes ni protagonistas. Y yo tendría que aceptar el matrimonio, con la soledad que conlleva, el declive y el fin del proyecto romántico según el cual nos habíamos inventado a nosotros mismos. Había que tener el valor de vivir al otro lado del muro, como vivía Claudio al otro lado de la alambrada. Pero yo no tenía ese valor, como Francesco no había tenido el de aceptar la aniquilación de su propia libertad moral. La imposibilidad que teníamos de adaptarnos a los modelos que se nos proponían en todas partes era un vínculo que nos emparentaba indisolublemente, por encima de nuestras maneras de ser, tan distintas, y del sufrimiento que nos infligíamos el uno al otro. Las cartas que intercambiábamos, de hecho, eran quizá exaltadas o retóricas, pero, aun refiriéndose a sentimientos distintos, hablaban un mismo lenguaje y expresaban una misma voluntad de no capitular.

Por las tardes, me paseaba, envuelta en un chal, por la casa heladora, sumida en apagones que duraban horas. En la oscuridad fría y silenciosa, pensaba en lo tentador que sería rendirse. Eran tan dulces las horas que pasaba con Tomaso, cuando él se interesaba por mis pensamientos, por mi pasado, por mis propósitos, y luego me preguntaba: «¿Me amas?»... «No», le

contestaba siempre: «solo amo a Francesco», pero, en esos momentos, ya ni siquiera creía que fuera verdad. No tenía nada sobre lo que sostenerme, salvo el recuerdo de la noche en que murió mi madre. «Ayúdame», le pedía, y, en lugar de verla con la expresión trastornada que tenía cuando salió para arrojarse al río, la veía con el vestido azul del concierto. «Ayúdame», le decía, pero ella no me respondía y seguía andando, seguía bajando la escalera como si volara, para ir al encuentro de Hervey. «Espero que lo consigas», oía a la abuela repetirme una y otra vez, mientras la imaginaba mirando con recelo mi delgadez, como a mi llegada a los Abruzos.

Me proponía una y otra vez dejar de ver a Tomaso, pero era muy difícil estar sola a mi edad: tenía poco más de veintiún años. Era más fácil resistir cuando dormía cada noche al otro lado del muro y la intimidad con un hombre parecía algo sucio y humillante. Pero era difícil resistir cuando Tomaso se sentaba a mis pies, me miraba con ojos enamorados y me decía todas las palabras que yo siempre había deseado oír. Estábamos siempre en casa y, a nuestra edad, la satisfacción de los deseos amorosos habría parecido no solo inocente, sino natural. A veces sonaba la alarma, por la noche, y a la mañana siguiente se sabía que alguna casa se había derrumbado. En el periódico, junto al nombre de las víctimas, se leía «58 años», «60 años», pero muchas veces también «30 años», «21 años». Y, entonces, no podía evitar pensar si era justo que, con veintiún años, una mujer solo se llevase a la tumba el recuerdo de las noches en que dormía al otro lado del muro o de los días en que hacía cola en los comercios, lavaba los platos y se refugiaba en un sótano. «No es justo», pensaba Tomaso al dejarme, cuando tal vez era la última vez que nos veíamos, pues podían detenerlo de un momento a otro. «No es justo», repetía desde que me había pedido por primera vez que lo dejara quedarse en mi casa.

—No pienso irme de aquí —dijo un día—, iré a hablar con Francesco, nos será fácil entendernos; es fácil entenderse entre personas que han arriesgado juntas la vida.

—No —le contesté—, te lo ruego, no me quites la

tranquilidad que tanto necesito. Sabes muy bien que no dejaré a Francesco, sabes muy bien que lo amo.

Le pregunté:

—¿De verdad querrías que nuestra historia fuese la típica triste historia de la mujer que está lejos del marido, que veranea sola y...?

—¿Solo eso sería?

—Sí. Solo eso —contesté evitando mirarlo.

Esperaba que él dijera: «No importa, déjame quedarme igual». En mi interior, le rogaba que actuara así, para poder tener un motivo para despreciarlo. Pero él se apartaba de mí, respirando con fuerza, como si reemergiera, y me decía, besándome la mano: «Perdóname, adiós».

Yo me quedaba pegada a la puerta. Por la noche, me abrazaba a la botella de agua caliente para no perderme en la cama tan grande. Sonaba la sirena, bajaba al refugio y oía el ruido de las bombas y los golpes sordos de las defensas antiaéreas. No tenía demasiado miedo, pero no dejaba de pensar «30 años», «21 años».

Sí, en esos momentos era difícil resistirse.

No tenía a nadie que pudiera ayudarme.

Era muy duro reconocer que mi amistad con Fulvia había terminado. Ya no teníamos nada en común, salvo nuestros recuerdos de infancia. Yo siempre decía que me habría gustado volver a vivir en ese barrio, con esa gente, pero igual no era verdad. En realidad, puede que con eso solo quisiera decir que me habría gustado volver a ser la que era antes de que muriese mi madre, antes de que empezara la guerra y conociera a Francesco y luego a Tomaso. Pero eso no era posible. Tampoco me era posible continuar una amistad sincera con Fulvia, y eso me producía una amarga desolación, pues su calor siempre me había consolado, y ahora ya no me quedaba ni ese consuelo siquiera. Ya no nos unía nada, ni intereses ni personas.

Dario se había casado, su mujer era la hija de un droguero adinerado. Vivían cerca, y Fulvia y Lydia habían adoptado la costumbre de asomarse a la ventana con la esperanza de verlos

pasar. Yo también los vi, una vez. Ella era gruesa y más bien vulgar; se apoyaba en su marido al andar. Dario también había engordado, y yo no entendía qué atractivo podía verle Fulvia a un hombre que había elegido vivir junto a esa mujer solo porque era rica. Fulvia y Dario se veían dos veces a la semana, siempre por la tarde. Él decía que prefería esa hora por el toque de queda. Lydia, que se llevaba bien con su hija, esos días pasaba la tarde fuera de casa.

La última vez que fui a visitarlas, nos sentamos a charlar en la cama de Fulvia. Yo me había propuesto no volver más a su casa, en parte para salvar el recuerdo del cuarto de juegos. «Era una habitación como de cuento —le dije un día a Tomaso—. Los muebles proyectaban grandes sombras en el suelo, en las que nos refugiábamos; la cama, con su manta verde, era una pradera sin fin...» La primera vez que Fulvia dejó entrar a Dario en ese cuarto eran aún unos chiquillos, y aquel parecía un juego peligroso, prohibido. Me resistía a imaginarme a ese joven engreído y rechoncho desnudándose allí y tendiéndose en esa cama, junto a Fulvia, que se mostraba dócil y complaciente con él.

Dijeron que había tenido suerte de casarme con Francesco, y les di la razón. Me preguntaron si era feliz, y en esa pregunta yo sentía la última esperanza que tenían de poder quitarle importancia, con el ejemplo de mi infortunio, al bienestar de Dario junto a la hija del droguero. Hacerlas partícipes de mi amargura habría sido la única manera de rencontrarnos. Pero no podía sincerarme con ellas, porque nuestras aspiraciones eran ya del todo distintas. Opuestas, incluso. Por eso contestaba que sí; y, para borrar del recuerdo de Fulvia la confesión de mis primeras decepciones, les dije que el matrimonio era algo a lo que hay que acostumbrarse, porque en un principio desconcierta, pero después es una condición ideal, perfecta. Ellas me miraban como miraban pasar a la hija del droguero, y, desde ese día, sentí que pertenecía legítimamente a ese edificio donde todos eran felices.

Fulvia se alejó para prepararme una copa de vermú que estaba empeñada en ofrecerme.

—Ya —me dijo Lydia mientras tanto—, es triste ser la amante

de un hombre casado. Cuando acabe la guerra, mandaré a Fulvia a Milán, a casa de su padre. Las chicas que son forasteras en una ciudad encuentran marido fácilmente.

—Pero ella no querrá... —objeté.

—Ya, lo sé —asintió Lydia suspirando—. Espero convencerla, no quiero que acabe como yo. Cuando se es joven, todo está bien, pero luego... No sé explicarlo, pero seguro que me entiendes. Tú eres culta, lees muchos libros. Es extraño: no soy capaz de expresar muchas de las cosas que siento, muchas veces no sé ni concretarlas, pero es mejor, así no me hacen sufrir. Luego, cuando las leo en las novelas, las entiendo de verdad, y muchas veces me entran ganas de llorar. Estos días, me he leído una novela que trata de una mujer que es la amante de un hombre casado. No me acuerdo de cómo se llama el libro, a mí los títulos siempre se me olvidan, pero explicaba muchas cosas mías, cosas de mi vida. Por ejemplo, en un momento dado, él, el casado, querría ir a verla, pero la esposa lo retiene en casa, y entonces la llama y le dice: «Disculpe, comendador, no puedo ir esta tarde». Las primeras veces, esas artimañas les hacen gracia a los dos. Él también suele hacer eso conmigo, me llama «comendador». Qué bobada, ¿verdad?, pero una se queda muy mal después de colgar el teléfono. Ahora, por ejemplo, yo le escribo a la dirección de un bedel suyo, muy leal, un tal Salvetti. Siempre por lo de su esposa, claro. El bedel finge que las cartas son suyas. Me vas a decir que es una bobada, ¿verdad? Sin embargo, no sé explicarte por qué, pero esta correspondencia con el bedel me resulta muy humillante.

—A mí no me lo parece... Lo importante es recibir y escribir esas cartas.

—Ya, eso es lo que parece cuando se es joven, como te decía antes. Pero no es así. De joven te parece bonito hasta citarte con él en habitaciones de alquiler u hoteles. Es como una aventura. Pero luego, en realidad, tú te vuelves a tu casa, sola, y él vuelve con su mujer, se va al teatro con su mujer, duerme junto a ella...

—Pero quizá ni siquiera la mira, quizá ni siquiera le habla...

Temía haberlo confesado todo con esa frase, estaba a punto de corregirme, pero Lydia prosiguió:

—Sí, lo sé. Sé lo que quieres decir. Yo también estuve casada muchos años y, en el fondo, nos separamos por ese amor propio exagerado de Domenico.

No entendía cómo podía llamar así a todo lo que había ocurrido con el capitán.

—Lo sé —prosiguió—. No se es feliz tampoco estando casada, pero es distinto. El marido es el marido. No sé explicarme. Por lo demás, tú igual no lo entenderías, como tampoco lo habría entendido Eleonora. Yo, en cambio, entiendo lo que siente Fulvia cuando se pasa horas en la ventana y luego dice «Qué gorda está», riéndose de la mujer de Dario...

Me despedí de Fulvia en la esquina de la puerta de casa, donde ella me había abrazado una vez, de niña. Me invitó a volver otro día, pero, desde que Dario se había casado, yo sentía que ya no teníamos nada que decirnos.

—¿Recuerdas? —me preguntó asomándose a la barandilla de la escalera, mientras yo empezaba a bajar, despacio. Sí, asentí con la cabeza, reconociendo que ya nunca podríamos sentirnos felices como cuando no conocíamos a Dario ni a Francesco. La escalera por la que mi madre bajaba ligera estaba a oscuras, el zaguán estaba obstruido en parte por sacos de arena. Tomaso me esperaba allí cerca, igual que esperaba el capitán a Lydia, escondido detrás del quiosco de periódicos.

Al poco, empecé a trabajar con Tomaso. Eran los últimos días de marzo y la ciudad estaba sumida en el terror. En las casas, la gente solo parecía aguardar el momento en que vendrían a llevársela: familias enteras, extenuadas por el hambre y el miedo, sentadas en la oscuridad de las casas todavía frías, esperando a que por fin se oyeran los pasos que pondrían fin a su angustiosa espera. Las calles estaban cada día más desiertas, la gente pasaba deprisa, con la cabeza gacha, como huyendo de una epidemia. Fulvia me llamó para decirme que a Natalia Donati, mi compañera de colegio, se la habían llevado, con su hijo recién nacido, porque era judía. Recordé cuando íbamos a sentarnos en el jardincito público y ella me leía las cartas que creía que le había escrito Andreani. Ni

siquiera recordaba que era judía. Era una chica como yo, habíamos tenido la misma infancia, los mismos maestros.

—Se los llevaron en un camión —me dijo Fulvia—. Gritaban.

No había vuelto a ver a Natalia desde los tiempos del colegio, por eso la recordaba con su chaquetón verde, sus largas trenzas pelirrojas y sus gruesas gafas. Así la veía subir al camión, una niña todavía, llevando en brazos a un niño pelirrojo. Gritaban, me dijo Fulvia. Me parecía que la vida de las mujeres se había vuelto demasiado difícil, si ya no se les ahorraba siquiera la muerte cruel que los hombres reivindican, también en tiempos de paz, como un glorioso privilegio suyo.

Todo empezó una tarde que Tomaso tenía en el bolsillo unos mensajes para llevar a la radio y temía que lo parasen en la puerta de la casa de Tullio.

—Yo los llevo —le dije.

Él se opuso, pero yo insistí, muy seria:

—Quiero llevarlos yo.

—Francesco se enterará —objetó él. Pero me daba cuenta de que esa complicidad lo tentaba.

—Pues tanto mejor —dije yo.

Paseábamos por los muelles del Tíber, no muy lejos de la casa donde vivía mi suegra, que había venido un día a que le diera noticias de Francesco. Yo le dije que nos habíamos separado. Ella me miró fijamente, con frialdad. Siempre desconfiaba de lo que le decía, le costaba creerme, pero se contentó fácilmente, pues le demostré que había hecho bien en recelar siempre de mí.

Entre los plátanos se veían las sombras de otras parejas.

—¿Cómo hago para pasarte los mensajes? —me preguntó Tomaso.

—Bésame —le contesté—, pásamelos mientras me besas.

Estábamos muy cerca, cada cual sentía el calor del otro bajo la ropa primaveral. Tomaso me besó largamente, deslizando la mano en mi escote. Se topó con mi piel desnuda y me metió los mensajes debajo del sujetador. Nunca había besado a un hombre de esa manera tan peligrosa. Luego seguimos andando, cogidos del brazo, y, pese a las dudas de Tomaso, al poco nos separamos.

Una vez sola, sentí mucho miedo. Me parecía que todo el mundo veía los mensajes. Quería abrocharme mejor la chaqueta, pero temía que ese gesto bastara para delatarme. Nunca había sentido tanto miedo, temía haber confiado demasiado en mis propias fuerzas. Cada vez que se acercaba un automóvil, sentía que me fallaban las piernas. Me preguntaba si también Francesco sentía tanto miedo como yo, y me persuadí de que sí. Sin embargo, actué con desenvoltura, pagué el billete en el tranvía, diciendo «Disculpe, gracias». Por fin, Francesco reconocería que yo no era como Casimira.

En casa de Tullio me abrió una vieja y dijo que no había nadie en casa. Yo insistí, y ella me miró asustada. Entonces, Denise salió de una puerta acristalada que estaba entornada y tras de la cual había una habitación a oscuras, y le dijo que me dejara entrar.

—Hay que llamar seis veces —me explicó.

Me miraba insegura, reteniéndome en la puerta.

—Tranquila, su marido está bien.

—Gracias. Pero no venía a pedir noticias suyas —contesté—. He venido a traer los mensajes. Tomaso temía que lo siguieran.

Después de ver de qué se trataba, me dijo:

—Bien. Pero ¿por qué ha venido usted, señora? Su marido no estaría contento y...

—Ya no importa si está contento o no —contesté secamente —. Lo importante es que ciertas cosas se hagan, y Francesco no puede impedirme que sienta la necesidad de hacerlas.

Le hablé con dureza, y Denise me miró como si me viera por primera vez. En efecto, unos días después, vino una tarde a refugiarse en mi casa, antes del toque de queda. Dijo que se atrevía a pedirme hospitalidad no solo porque se lo había sugerido Tullio, sino también porque, después de nuestra breve conversación, había sentido ganas de volver a hablar conmigo.

—Me marcharé mañana temprano —dijo—, estos son días muy difíciles.

Enterramos juntas unos papeles en las macetas de la terraza, entre las raíces de los jazmines, y yo pensaba en el día en que había comprado esas plantas. Algunas ramas habían florecido ya y

despedían un tenue aroma. Después charlamos; yo le dije que podía estar tranquila: el portero era de fiar y, en caso de necesidad, estaba el depósito de agua.

—No creo que vengan —dijo ella.

Se quitó la boina y le vi el cabello, gris en la raíz, del color del hierro.

—Nosotros solemos exagerar el peligro y, cuando vamos de casa en casa, solo buscamos calmar nuestra inquietud. A veces pienso que ellos tienen tanto miedo de encontrarnos como nosotros de que nos encuentren. La lucha se basa en la capacidad de soportar más o menos tiempo este miedo.

—Sí —dije—, y quizá el sufrimiento que nos imponen no sea menor que el que les imponemos nosotros al obligarlos a mostrarse inhumanos y crueles.

—Pero es más fácil soportar la crueldad que ser crueles —añadió ella y, tras una pausa, prosiguió—: nosotros venceremos precisamente porque la crueldad es contraria a toda ley natural de la vida. La razón, al final, está siempre del lado de los pacientes y los débiles.

—No lo creo —contesté—, y, en cualquier caso, yo nunca me resignaré a ser paciente y débil.

—Ya me doy cuenta —dijo asintiendo con la cabeza—. Soy mucho mayor que tú, puedo tutearte, ¿verdad? También yo pensaba así, hace tiempo. Pero quizá sea un error.

Mientras hablaba, se quitó la camisa masculina que le ocultaba los pechos, gruesos y pesados.

—Cuando venía a ver a Francesco —prosiguió—, me gustaba verte moverte a su alrededor, siempre elegante en tu amabilidad femenina. Esperaba que no fueras inteligente. Las mujeres nunca deben ser muy inteligentes si quieren ser felices. Para los hombres es distinto: ellos nunca entregan toda su vida al amor. No lo consideran un sentimiento muy importante, a veces lo juzgan menos importante incluso que la ambición. Es más, lo consideran una debilidad. Se avergüenzan de haberse equivocado en su carrera o en una operación financiera, pero no se proponen siquiera no equivocarse en el amor. Las mujeres, en cambio, si son

de verdad inteligentes, reconocen que no hay sentimiento más importante que el amor.

—¿Y entonces? —le pregunté angustiada.

—Entonces comprenden que la relación entre un hombre y una mujer es la raíz de la vida, la cual, por lo demás, se perpetúa en esa relación. Todos los demás sentimientos son menos importantes, con frecuencia ni siquiera son innatos, sino creados por la sociedad concreta en la que vivimos. Además, uno no puede conformarse del todo a ellos más que a través de la conciencia del amor. Pero los hombres no aprecian a las mujeres que entienden estas cosas y que saben qué es lo que los mueve, lo que los hace actuar: prefieren encerrarse en sí mismos, no consienten someterse a un juicio, pues se exponen a ser condenados.

—¿Y entonces? —insistí yo.

—Entonces nada, cuando una mujer es inteligente y no puede resignarse, tiene que acostumbrarse a estar sola.

Apenas distinguía su perfil ojeroso en la penumbra. No tardó en quedarse dormida, y ese cuerpo como amontonado a mi lado me dio miedo. El sueño la encerraba en una soledad amarga y resignada que me suscitaba una rebeldía incontenible. «Es vieja —pensé con desprecio—. Habla así porque es vieja.» Sin embargo, observándola con atención, consideré que podía tener cuarenta años como mucho y que su aspecto era tal vez algo voluntario. Fue un alivio para mí verla marcharse, por la mañana temprano. Antes de irse me encomendó algunas tareas: su voz era distinta a la que tenía cuando me preguntaba si esperaba un hijo.

Enseguida le escribí una larga carta a Francesco en la que le pedía que me ayudara a ver con claridad en mí, a entender la relación a la que, desde el primer momento, ambos nos habíamos atenido con tanto afán. Él me contestaba siempre con el mismo tono afectuoso y tranquilizador, por lo que mis cartas quedaban siempre sin respuesta. Sentía que la única manera de llegar hasta él era la de trabajar juntos, aunque fuera a distancia. Por eso, seguí al pie de la letra las instrucciones de Denise, la cual, sin embargo, no volvió a hablarme como esa noche, sino como hablaba a los hombres y, sin duda, como Francesco le hablaba a ella.

Por otro lado, y en parte por el terror que me habían provocado sus palabras, cada vez era más reticente a evitar los encuentros con Tomaso. Él participaba en la lucha clandestina de una manera distinta a los demás compañeros. Estos eran serios, solemnes, estaban encerrados en su melancolía de costumbre. Tomaso, en cambio, no actuaba con método, frialdad y precisión, como Francesco, sino con el entusiasmo caprichoso que me animaba a mí también cuando cumplía con las misiones que me encargaban. Una vez terminado el trabajo, íbamos a relajarnos a la campiña de la periferia. Allí, nos tumbábamos en la hierba como dos estudiantes y, pese a la jornada peligrosa que acabábamos de vivir, sentíamos una alegre savia de juventud en nuestras venas, semejante al fervor de la primavera. «¿Me amas?», me preguntaba él, y yo le contestaba siempre, en tono de broma: «Un poco». En verdad, incluso en esos momentos, sentía que solo amaba a Francesco. Sin embargo, encontrarme con Tomaso, oírlo hablar y reír, verlo mirarme, me daba una alegría sana, joven y feliz que no recordaba haber sentido nunca.

Solíamos volver juntos a casa. Mientras estábamos en la calle, yo sentía que no hacía nada malo, pero, de repente, leía mi culpa en los ojos deferentes del portero. Yo vivía sola, Tomaso era un hombre joven que pasaba horas y horas en mi casa. Además, el portero conocía la historia de la fotografía, y eso hacía que siempre me sintiera intimidada en su presencia. Me habría gustado pararme a hablar con él, convencerlo de que ese joven no era, como él imaginaba, mi amante. Pero no me habría creído. Nadie lo habría creído, viéndonos volver juntos a casa cogidos del brazo, encerrados en nuestra isla. Y yo misma, en realidad, tampoco lo creía. Sentía que teníamos en común mucho más que una intimidad física: la intimidad de los sentimientos y los pensamientos. Pese a todo, cuando él me preguntaba si amaba a Francesco, era profundamente sincera al responderle que sí.

A veces, temiendo haberme vuelto ya como Denise, me desnudaba y me miraba en el espejo. «Francesco...», decía, pero oía la voz de Tomaso decir: «¿Por qué no quieres, Alessandra?». Daba vueltas por la casa, como enajenada. La palabra *adulterio* me

perseguía, la oía sin fin. Me acordaba de mi madre y su predilección por la historia de Emma Bovary, veía el libro en su mesilla de noche, las páginas señaladas en el margen con la uña. Quizá lo leía de noche, cuando estaba al otro lado del muro. La lucha sostenida de mi madre se añadía así a la mía, era como si ella me hubiera encomendado la responsabilidad de ganar la batalla por las dos. A veces, en cambio, me convencía de ser solo esclava del temor convencional que inspiraba la palabra. «Voy a ceder —me decía a mí misma—, voy a ceder para liberarme de ella.» Me sentía aliviada, por fin respiraba, pero duraba solo un instante. Enseguida me asaltaba una desesperación intolerable y fría. Sí, ceder era tal vez la manera de liberarse. Después, me arrojaría a la calle desde la terraza. Sentía incluso que, a fuerza de llamarla con tanta insistencia, de implorarla casi, al final la muerte vendría espontáneamente en mi auxilio. Pero no, no venía. Ahora ya solía llevar los manifiestos en el bolso, los echaba en los buzones, los metía entre las rejas de las verjas, en los zaguanes desiertos. De vez en cuando esperaba oír a mi espalda una ráfaga de ametralladora.

Vi a Tullio y le entregué una carta para Francesco, una carta orgullosa y desolada a la vez, en la que le decía, entre otras cosas: «Existen muchas maneras de llegar a comprenderse mutuamente, yo he elegido la más peligrosa y la más difícil. Es de verdad muy difícil. Ayúdame». Supe por Tullio que Francesco había embarcado clandestinamente rumbo al sur y había vuelto hacía poco de la misma manera, para cumplir una misión muy peligrosa. Guardar el secreto conmigo de esa forma tan rigurosa, en un momento que había sido peligroso, ya no me parecía observancia del deber, sino una señal de desconfianza. Desde hacía un tiempo, sin embargo, Tullio me miraba con ojos menos distantes, pero igual de fríos que siempre.

—Trabaja usted muy bien, señora Minelli —me dijo—, pero hemos pensado que es mejor no informar de ello a su marido, hasta hoy, para no robarle la calma ni la serenidad.

Disponía, pues, de nosotros a su antojo, como yo sospechaba. No obstante, yo también sentí la necesidad ineluctable de

respetarlo y obedecerlo. Estaba más flaco, pero su mirada conservaba su dureza cortante. Al día siguiente, cuando volví a casa, el portero me recibió muy pálido, mientras su mujer sollozaba.

—¿Qué ha pasado? —grité.

Me dijeron que Francesco había vuelto a casa y, en la misma puerta, lo habían detenido.

Al atardecer, me sentaba largas horas en la terraza, a esperar. No hacía otra cosa más que esperar, y las tardes, en esa época del año, se hacían largas, interminables. A veces venía a verme la hija del portero, una niña grácil, de tez clara, que se peinaba con dos trenzas, como yo a su edad. Ella apenas recordaba el tiempo en que no había guerra, y quizá por eso sus ojos siempre tenían una expresión de espanto.

—¿Qué hace, señora? —me preguntó un día sentándose a mi lado en el pequeño taburete.

—Espero a que esto termine —le dije.

—¿Y cuándo va a terminar?

Como hice un gesto vago con la mano, murmuró:

—Tengo miedo de que no termine nunca.

La tarde de la detención, subió corriendo la escalera tras de mí. Me tomó la mano y me la besó para consolarme. Era una niña de verdad encantadora y delicada, me entristecía que tuviera que vivir esas cosas.

Tomaso me llamó unas horas después y hablamos con el lenguaje de los momentos difíciles. Me preguntó si podía venir a verme. Me habría gustado decirle que no, que era peligroso, seguía pensando en la fotografía que le había dado al oficial, pero el portero me dijo que había sido ese mismo oficial el que había detenido a Francesco. Tuve claro que ya entonces sabía que le había mentido, y comprendí las palabras que me había dicho en la puerta, sobre sus visitas y Rilke. Seguramente también él había supuesto que Tomaso era mi amante y, al verme señalar su fotografía con tanta seguridad, debía de haber pensado que era una mujer despiadada y cruel, por muy bien que leyera a Rilke. Pero

eso ya no tenía mucha importancia. Ya nada tenía importancia desde el momento en que Francesco, al enterarse de que trabajaba para él y lo comprendía, había venido a decirme que me amaba y que también él, por fin, lo había comprendido todo. Pero tampoco esa vez habíamos llegado a tiempo.

Recibí a Tomaso en silencio. Se sentó frente a mí y estuvimos largo rato callados. Debí de mirarlo con rencor, pues él me dijo bajito: «Lo sé: me reprochas que yo esté libre».

La expresión de su rostro era culpable, en efecto. Se aventuró a preguntarme si todo seguiría igual entre nosotros, y yo le contesté que sí, él siempre había sabido que yo amaba a Francesco. Por eso me miraba como si me hubiera vuelto mucho más fuerte en esos momentos. Sin embargo, desde que habían detenido a Francesco, me sentía absolutamente indefensa, pues si él había tenido que rendirse, me parecía que yo tampoco tendría ya valor ni motivo para seguir luchando. Tal vez, si en ese momento Tomaso me hubiera preguntado: «¿Quieres, Alessandra?», yo lo habría llevado a mi habitación y me habría tumbado en la cama. Ya nada tenía importancia si Francesco estaba perdido. Traicionarlo habría sido una pequeña ruindad, como tantas otras de las que yo era testigo.

Estuve muchos días sin salir. La hija del portero iba a comprarme el pan, y yo me lo comía con patatas, como los días en que esperábamos a que la voz arrogante de la radio dejara de hablar. Todo eso me parecía ya muy lejano. Una de las cosas propias de ese tiempo era que pareciera distante lo que había ocurrido tan solo unos meses antes, y eso les daba a los jóvenes la impresión de haber vivido mucho.

Tullio me hizo saber que quería verme y que me esperaba en un café de la avenida Giulio Cesare. Tomaso quiso acompañarme. Esa avenida es una de las arterias principales del barrio de Prati. De camino, nos paramos a asomarnos al pretil del puente del Resurgimiento. Cruzaban el puente pesados camiones llenos de soldados altos y envarados. A su paso, el puente, de un solo arco, temblaba. También nosotros temblábamos.

—¿Ves? —le dije a Tomaso—. Allí se mató mi madre.

Entonces había un bonito cañaveral, la orilla estaba cubierta de hierba, y el agua, de un verde transparente, parecía fluir sobre las hojas.

Estaba segura de que Tomaso no me creía. Parecía imposible, en efecto, que yo hubiese sido feliz de vivir en ese barrio, en esas casas: o, mejor dicho, parecía imposible incluso que yo hubiera sido feliz. Sentía que había conocido la verdad de repente, como si hasta entonces hubieran tratado de aplacarme con mentiras piadosas. El Tíber era un río fangoso, y ese barrio, bajo y plano, uno de los más tristes de la ciudad. Toda pasión se había apagado en mí, no solo el intenso odio contra mi padre que tantos años me había animado, sino también el recuerdo de mi madre. Y ya no acompañaban mis días el río, los árboles y el alegre vuelo de las golondrinas, sino el paso de los soldados, la humedad de los refugios, la oscuridad y el puente que temblaba bajo el peso de los camiones.

Tullio nos esperaba en la salita gris de una cafetería. Estaba pálido, demacrado, y, sin embargo, de sus ojos emanaba una intensa fuerza que lo sostenía, como una armadura. Nervioso y cauto a la vez, nos puso al corriente de las últimas noticias, casi como si quisiera compartir con nosotros un valioso botín. Creía tranquilizarnos así, pero yo le dije que nada tenía importancia ya para mí. Aguardaba, y sin duda llegaría el día en que me llamaría para decirme que a Francesco no le había dado tiempo a estar contento, por eso lo miraba, esperando oírlo pronunciar la condena que siempre había leído en su rostro. Imperturbable, él me contestó que, al contrario, tenía buenas noticias de mi marido, el cual, una vez libre, apreciaría en su justo valor todo lo que yo había hecho. Tomaso estaba sentado a mi lado, y por eso parecía que Tullio quisiese referirse a la batalla que yo libraba conmigo misma, porque esa era una empresa de verdad difícil. Como de costumbre, el rubor que me subía a las mejillas traicionó mis pensamientos. En un arrebato, me volví hacia Tullio, y este pudo ver en mis ojos el paisaje de mis días. Le dije que quería hacer más, mucho más, y no solo misiones peligrosas, sino también tareas humildes y pacientes. Quería decirle que había ido muchas veces a

sentarme en un poyete en la calle della Lungara, a mirar el gran edificio de la cárcel, fijamente y largo rato, como miraba a Francesco cuando se sentaba en el sillón. El muro de la cárcel se parecía a los ojos de Francesco, que no me contestaba nunca, se parecía a sus hombros impenetrables, tras de los cuales yo estaba despierta, de noche, llorando. Era como estar con él, tenía el mismo anhelo de llegar hasta él y el mismo sentimiento de impotencia y desesperación. En lugar de eso, le dije que quería ir a la puerta de la cárcel y llevarle la comida a Francesco, como había hecho Aida por Antonio, esperar en la cola, con la fiambrera, durante horas. Pero Tullio contestó que con esas cosas no podía ayudar a Francesco, solo con mi voluntad y con mi trabajo.

Y así fue como le dije que sí cuando me pidió hacer una misión que él consideraba muy difícil: la de la bicicleta y las bombas. Yo accedí enseguida y, por un instante, la mirada de Tullio se enterneció. Cuando Francesco salió de la cárcel, todos los compañeros le hablaron de ese episodio, y a mí me pareció que querían rebajarme, quitarme mérito. Yo sabía que había llevado a término una empresa mucho más difícil, pero ellos no lo sabían y, en cualquier caso, no la habrían considerado como tal, porque los hombres y las mujeres valoramos la valentía de una manera distinta.

La tarea de verdad difícil fue otra y, después de esa, pensaba que podría afrontar cualquier cosa con facilidad. La dificultad era mayor también porque era primavera, y, aunque la ciudad estuviera invadida por el miedo, y los hombres, centrados en la lucha clandestina o en ocultarse, y las mujeres estuvieran solas, ocupadas en la búsqueda de alimento, nerviosas por la falta de dinero, los árboles seguían llenándose de flores nuevas y, en los jardines, que ya nadie tenía tiempo de cultivar, crecían las flores de las viejas raíces y asomaba la hierba entre las piedras, incluso bajo las botas de los soldados. En mi terraza, en la maceta donde habíamos escondido los documentos comprometedores, florecían de nuevo los jazmines que tanto le gustaban a Francesco. He mencionado ya que yo sentía intensamente el influjo de las estaciones; así, en invierno me entristecía, y en primavera sentía

que de mí brotaban yemas y hojas.

Era una de esas mañanas cuando llamaron a la puerta y, cuando acudí a abrir, oí la voz jadeante de Tomaso:

—Abre, Alessandra.

Cerró deprisa tras de sí. Estaba pálido.

—Temo que me estén siguiendo —dijo—. Tengo en el bolsillo los mensajes para la radio y el nuevo código de cifrado.

—¿Cuántos mensajes son?

—Cuatro.

—Dámelos, que me los aprenda de memoria.

Los leí varias veces con mucha atención camino de la cocina. Allí quemamos la hoja en la que estaban escritos. Luego escondí el código en una grieta en lo alto del aparador.

—Mira —me dijo Tomaso—, este es mi nuevo nombre.

Me tendió un documento falso. En la fotografía se lo veía con bigote, cabello corto y gafas. De hecho, hacía ya un tiempo que tenía ese aspecto. Me di cuenta de que había elegido mi apellido de soltera: Corteggiani. Se llamaba Francesco Corteggiani.

—Soy tu hermano —dijo—, ¿entendido?

—Sí —contesté.

Me asustaba el estrecho vínculo familiar que nos unía ahora. No sabía a qué atenerme en la realidad ficticia en la que nos movíamos. Me puse a repetir su nombre: «Francesco...». Él me interrumpió.

—¿Por qué has elegido ese nombre? —le pregunté con dureza.

—No lo sé. Es el primero que se me ocurrió, quizá porque tú lo repites tan a menudo... Tengo que quedarme aquí unos días.

—¿Aquí? —pregunté perpleja.

—Sí. Tu casa es la más vigilada y, por eso mismo, quizá la más segura, justo porque piensan que nadie vendría a refugiarse aquí después de la detención de Francesco. Por lo demás, no ha sido decisión mía, sino de Tullio...

—¡¿De Tullio?!

—Sí, yo he intentado negarme, incluso, poner algún pretexto. Pero él insistía, decidido: «Te digo que solo estarás a salvo en casa

de Minelli». Igual pensaba en las terrazas contiguas, en el cuarto de los depósitos de agua...

No, Tullio no pensaba en eso. Yo callaba, inmóvil, apoyada en el fregadero, sin mirar a Tomaso, que ahora se llamaba Francesco. Pensaba que Tullio no podía pretender también eso de mí, era demasiado difícil.

—No tengo más cama que la mía —dije.

—Dormiré en el despacho, sobre los cojines de los sillones. Perdóname, pero no es culpa mía: ha sido cosa de Tullio. Te aseguro que, en un primer momento, me negué. Sin embargo, pensé que, si insistía demasiado, todos podrían pensar que...

Hizo una pausa y luego añadió en voz baja:

—Te confieso, sin embargo, que no me he opuesto con mucha convicción: estaba feliz de tener una autorización concreta, la obligación casi de venir a tu casa para quedarme. De la misma manera que he elegido ese nombre, inconscientemente, por el deseo que tengo de vincularme a tu vida, de ser a la vez tu marido y tu hermano. Además, ya falta poco, lo sabes bien, y no quiero que Francesco vuelva a vivir contigo. Ya no tiene derecho.

—¿Justo ahora te da por pensar eso?

—Sí, ¿por qué no? ¿Porque está preso? ¿Qué tiene que ver la cárcel con estas cosas? Podrá tener derecho a una medalla, si acaso, a una condecoración. Pero ya no hay nada suyo en esta casa.

—Sí, estoy yo.

—Ni siquiera, piénsalo bien: ya no estás. Hace un momento, subía los escalones de dos en dos, alegrándome de que algo más fuerte que nosotros nos obligara a aceptar lo que ya tengo decidido hace tiempo, y que tú también has aceptado. Y me parecía que el derecho que tiene Francesco de volver aquí es, como mucho, igual que el mío. Subía la escalera alegremente, sin preocuparme ya de si oía a alguien seguirme.

Yo, en cambio, sentía mucho miedo, nunca en mi vida había tenido tanto miedo. Tullio no lo sabía y por eso se asombró de que yo no tuviera miedo el día de la bicicleta. Ese día, aunque me hubieran detenido, nada habría cambiado entre Francesco y yo.

—Mientras subía la escalera —prosiguió Tomaso—, ya no

pensaba en los mensajes, ni en el código ni en todo lo que ocurrirá si no los transmitimos...

—Los transmitiremos —dije—, iré yo.

—No, no es posible. Pero, ahora que estoy aquí, nada tiene importancia. Lo importante era subir, venir hacia ti. ¿Entiendes?

Sí, lo entendía. En ese momento, me habría gustado pedir ayuda a Francesco, pero él nunca era capaz de llegar hasta mí. Me lo imaginaba serio, como en la fotografía, con el sombrero y el abrigo puestos, severo e impenetrable como el muro de la cárcel. Pensaba que lo habían detenido justo cuando venía a hablar conmigo, al fin, a decirme todo lo que esperaba oír de sus labios. Pero no le había dado tiempo, y su gesto permanecía abstracto frente a la presencia concreta y las palabras de Tomaso. Tenía tanto miedo, que deseaba oír detenerse un automóvil ante el portal, deseaba oír las pesadas botas subir la escalera, en un silencio aterrorizado. «Vendrán —pensaba esperanzada—, y se lo llevarán.»

—Alessandra —me llamó.

Estaba sentado a la mesa de mármol y me miraba sonriente. La sonrisa le descubría los dientes, blancos bajo el bigote que le sombreaba el labio. Tenía los ojos claros como yo, era mi hermano. «Vendrán —pensaba—, vendrán seguro y se lo llevarán.»

—Oye, Alessandra —dijo Tomaso alegremente—, tengo hambre.

Ese día comenzó así nuestra convivencia. Yo lo servía, porque me había sido asignado como compañero, y él me seguía siempre con la mirada. «Qué guapa eres», me decía, y, cada vez que pasaba por su lado, me tomaba una mano para besarla. El estruendo se oía con mayor claridad cada vez, pero, en el brillante cielo de mayo, parecía solo la benévola amenaza de una tormenta de primavera.

—Me gusta vivir en esta casa —decía Tomaso sonriendo y, mirando alrededor, hablaba del despacho como hablaba yo del cuarto de juegos de Fulvia.

Resistir al encanto de una vida tan armoniosa y serena era un martirio: no sabía si tendría la fuerza suficiente. Esperaba que

vinieran a llevarse a Tomaso, me alegraba incluso de haberle dado al oficial esa fotografía. «Vendrán, sí, vendrán seguro.» Y, con esa esperanza, me abandonaba a la felicidad de ese día juntos. Esperaba, sin embargo, que vinieran pronto, pues, de otro modo, Tomaso se quedaría conmigo toda la noche. «Vendrán antes», me decía para tranquilizarme. Mientras tanto, acariciaba secretamente la esperanza de que no vinieran, para poder achacar a esa negligencia, a ese descuido, la responsabilidad de tener a Tomaso en mi casa. Imaginaba la ciudad oscura y muda, sumida en la disciplina del toque de queda, que ya no parecía una medida amenazadora, sino un respeto de nuestro bienestar. Las noches eran largas en ese silencio inmóvil. A la mañana siguiente, teníamos que entregar el código. «Iré yo», le había dicho a Tomaso, y ese propósito me tranquilizaba. Iré, me detendrán y me fusilarán. Sucedería así, estaba segura: pero, al menos, me daría tiempo a pasar una noche feliz. Intuía confusamente que nadie podía disponer de ese tiempo si no estaba dispuesto a pagar con una moneda cruel el derecho a la felicidad. Sin duda era esa la razón por la que Tullio le había dicho a Tomaso que viniera a mi casa. Comprendí también el motivo de la compasión fugaz que había leído en su mirada. También Tullio quería que me diera tiempo.

Me sentía libre, pues, de imaginar la noche que me aguardaba. Escuchaba a Tomaso, sus palabras, su forma de reír, en resumen: todo aquello propio de la juventud y que me correspondía por derecho. No quería volver a dormir al otro lado del muro. Tomaso me estrecharía contra su pecho para que durmiera en sus brazos. Me había dicho una vez: «Me gustaría ver cómo eres cuando duermes, cuando te despiertas por la mañana. Hay todavía tantas Alessandras a las que querría amar y que aún no conozco». Con frecuencia, sin importarle si yo estaba de acuerdo, es más, mostrándose seguro de tener mi aprobación, describía cómo sería nuestra vida cuando terminara la guerra. Decía: «Dejaremos Roma: aquí nunca podremos estar verdaderamente contentos. En las calles, en las piedras, quedará la señal de estos días de angustia. Aquí sentiremos siempre, como ahora, el impulso de escondernos. Iremos a Capri, tendremos una

gran mesa, delante de una ventana, donde haremos juntos las traducciones. Me gustaría intentar escribir un libro, pero no sé si seré capaz, no se me da bien escribir: solo soy un periodista del montón. Ganaremos lo justo para vivir, estamos acostumbrados a gastar poco. Y yo no tengo más ambición que la de vivir contigo». También ese día dijo cosas parecidas. Y yo lo escuchaba, embelesada. En mi fantasía, abría la ventana que daba al pequeño puerto que olía a algas, ponía flores en la mesa en la que trabajábamos juntos. Todavía no habían venido a llevárselo, tal vez no vinieran nunca. La vibración vehemente de los cañones sonaba cada vez más cerca y, del mismo modo que aquella noche en que la voz arrogante había dejado de hablar, parecía fácil abandonarse a los sueños más felices. «Ya falta poco —pensaba—, quizá sea la última noche», y no quería morirme a la mañana siguiente diciendo, como Antonio, «qué lástima». Bastaba seguir resistiendo, como resistía Francesco en la cárcel.

—Tomaso —le dije—, tienes que marcharte de aquí, antes del toque de queda.

Estaba sentada en el sillón, él a mis pies, y le acariciaba el cabello. Me dolía el cuerpo entero mientras le decía esas palabras.

—¿Por qué? —dijo él volviéndose de repente hacia mí.

—Porque no soy tan fuerte como tú crees. Solo hay una cosa muy fuerte en mí, aunque a veces no lo parezca, y es mi amor por Francesco. Si te quedaras aquí, todo se derrumbaría, lo sabes muy bien. Todo cuanto he sido desde el día que nací, todo cuanto fue mi madre, todo cuanto fue mi abuela Editta, todo cuanto he creído hasta ahora y que se plasma en mi amor por Francesco. Por eso, estoy dispuesta a lo que sea para defenderme. He deseado todo el día que vinieran a detenerte para no verme obligada a ser tan fuerte esta noche. Ser fuerte siempre es difícil, pero nunca como ahora. Quizá fuera a esto a lo que se refería Tullio cuando me preguntó si podía contar conmigo en cualquier momento. No creía que fuera tan difícil, no creía que se pudiera sentir más miedo que cuando llevo los mensajes y los manifiestos en el pecho y las pistolas en el bolso.

Tomaso me miró, pálido, y luego preguntó ansiosamente:

—¿Y yo?

—No lo sé, no me interesa. Esta decisión es tan despiadada para mí que no puedo tener piedad por nadie.

Apenas lo oía suplicarme, decir palabras confusas y angustiadas, decir «te amo», repetir un sinfín de veces «te amo». Después dijo:

—Ya no tengo nada.

Entonces, no sé cómo, se me ocurrió contestarle:

—Tienes a Casimira.

Tomaso se quedó mirándome desconcertado. Y, de repente, me pareció comprender que ella seguía existiendo, que no era un nombre dicho al azar.

—La ves de vez en cuando —me aventuré a decir.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Es que vas a negarlo?

—No, ¿por qué? Me llama a menudo para saber noticias de lo que está ocurriendo. Es una chica débil, nunca sabe cómo actuar estos días, si debe marcharse o quedarse: tiene mucho miedo. Al teléfono no se puede hablar de esas cosas, por eso la veo de vez en cuando.

—Entiendo.

Sentí que se me rompía el corazón, como cuando mi madre se marchaba para ir a casa de Hervey. Pero, como entonces, me embargó una dolorosa felicidad.

—Me alegro —dije—, siempre he pensado que era mejor así. Ella quiere casarse contigo, ¿verdad?

—Sí —contestó él bruscamente—, pero ¿qué tiene eso que ver? Yo te amo a ti, Casimira me trae sin cuidado.

Sin embargo, yo entendía que, si al final tenía el valor de echarlo de mi casa esa noche, él acabaría casándose con ella.

—¿Sabe Casimira que nos vemos con tanta frecuencia?

—Claro. Sabe que trabajamos juntos; pero no entiende nada de estas cosas, quizá te imagina muy distinta a como eres...

—¿Como Denise?... —dije riendo con una amargura insoportable.

—Sí, más o menos. Cree que las mujeres que trabajan con

nosotros no son como las demás. Le parece imposible que piensen en el amor, por ejemplo. Es una chica un poco simple.

—La aprecias, ¿verdad? —le pregunté con una sonrisa indulgente.

—Pues sí, eso mismo: la aprecio. Me inspira compasión y ternura. Tú sabes que esos son sentimientos que están muy lejos del amor.

—Lo sé —dije—. Lo sé perfectamente.

Había abandonado la cabeza en el respaldo del sillón y miraba a Tomaso con una sonrisa fija, angelical.

—Me imaginé que habías quedado con ella ese día en que tenías tanta prisa por dejarme y yo no entendía por qué.

—Sí —confesó con una sonrisa inocente—. No he vuelto a verla desde entonces; ha pasado casi un mes. Me esperaba en un café, estaba muy contenta porque llevaba un vestido nuevo. Por eso le disgustaba tanto que me retrasara. Pero yo le dije la verdad, ¿sabes?, le dije que había estado hasta entonces contigo.

Sonreía, imaginándome en qué términos le habría hablado de mí. No le habría dicho que era guapa, claro, como me repetía a mí continuamente. Tal vez le había hablado de mi apariencia modesta, de mi delgadez. Casimira debía de ser una de esas chicas de cabello ondulado y pechos generosos.

—Oh, Alessandra —dijo él asustado por la impasibilidad de mi rostro—. No tendría nada si tú me dejaras.

Me tomó las manos.

—Quiero volver a como era antes —dijo al fin con un tono pueril de capricho—, como antes de que me dijeras que me fuera.

—No es posible —contesté sonriendo con ternura—. Era muy difícil decirlo: ahora me siento como liberada de un peso. Será aún más difícil en cuanto te hayas marchado y me quede sola, y, quizá, también los días sucesivos. Pero ya falta poco, y Francesco volverá, y esa chica dejará de tener tanto miedo. Tú ya no deberías participar en misiones arriesgadas, porque Casimira volverá a esperarte en el café, con un vestido nuevo, pero tú podrías no llegar en absoluto. ¿Cuántos años tiene?

—Veinte —contestó distraídamente.

—Claro. Es muy joven.

Hablaba como si yo hubiera dejado atrás la juventud hacía mucho tiempo.

—A esa edad, muchas cosas siguen siendo incomprensibles, lo sé muy bien. Mañana por la mañana le llevaré yo a Tullio el nuevo código.

—No, no insistas.

—Te lo aseguro, es fácil para mí. Me recojo el cabello y lo escondo en el moño: ya lo he hecho muchas veces.

—Oh, Alessandra —dijo Tomaso—, no quiero que hagas eso por mí.

Era difícil explicarle que no lo hacía por él, sino por mí. No me habría creído.

—Deja que me quede —me pidió—. Quiero quedarme para siempre.

Yo negaba con la cabeza, sonriendo, mientras le acariciaba el pelo, pues esa que había elegido era la mejor manera de quedarme con él para siempre. Caminaría siempre entre Casimira y él: florecería junto a ellos, de repente, cuando ella revelara de algún modo la miseria y la ruindad que existe en cada una de nosotras. Echarlo de mi casa, esa noche, era más difícil que lo que había hecho mi madre para quedarse con Hervey.

—Alessandra —dijo Tomaso—, no sonrías así. No pienso irme. Sé lo mucho que me amas.

—No, no te amo tanto —le contesté sin borrar todavía esa sonrisa distante—, un poquito solo. Es a Francesco a quien de verdad amo.

Seguía acariciándole el cabello para consolarlo. Sentía un dolor muy intenso bajo la piel de la mano, en los dedos, en las falanges. Cuando ese dolor se hizo insoportable, miré a Tomaso y le dije:

—Es tarde ya: debes irte.

Unos días después, recordando el momento en el que había dicho esa frase, me habría gustado tranquilizar a Tullio, decirle: «Créame, eso era mucho más difícil que pasar delante del puesto de control».

Tomaso me miró y, despacio, casi como si calibrara el peso y el valor de cada palabra, me preguntó:

—Que yo me marche, esta noche, tiene un significado distinto a las otras noches, ¿verdad?

—Sí, tiene un significado distinto.

—¿Por qué? —insistió con un ansia amorosa en la mirada.

—Porque, ¿sabes, Tomaso?, llegado un momento, hay que elegir entre rendirse o plantar cara. No se puede vivir siempre en la incertidumbre y el miedo. Así hicisteis vosotros: primero os escondisteis, y después empezasteis a trabajar.

—No es lo mismo.

—Sí que lo es. Dicen algunos que es más difícil rendirse, y tal vez lo sea si yo, esta noche, tengo tanto miedo de rendirme; pero yo soy de aquellos que no tienen más opción que plantar cara, como Francesco. Él lo entenderá, cuando vuelva.

—¿Por qué cuando vuelva? —preguntó con toda la intención —. ¿Es que viviendo contigo no lo ha entendido todavía?

—Sí, claro, pero...

—No —dijo—, no ha entendido nada, lo sé. Y tampoco lo entenderá cuando vuelva. Mira, Alessandra, yo pienso que todo lo que está ocurriendo ahora, en el mundo, es por una razón. Y quizá sea precisamente para que la gente entienda. Pero eso no quita que muchos no entenderán, y pagarán las consecuencias. De esto quiero que trate mi libro, pero no me veo muy capaz de escribirlo. Quizá otros lo hagan, Alberto, o quizá el propio Francesco. De la misma manera, todo lo que ocurre entre un hombre y una mujer, entre tú y yo, esta noche, por ejemplo, es también por una razón profunda, que se nos escapa a primera vista. Quizá todo esto haya sucedido para que alguien entienda...

Lo interrumpí, no quería que siguiera.

—Es tarde —le dije—, es mejor que te vayas.

—No, déjame terminar —contestó bruscamente antes de abrazarme—. Porque no es justo que a tu amiga de infancia, ¿cómo se llamaba? Natalia, Natalia Donati, se la lleven en un camión con su hijo en brazos, en obediencia a una ley contraria a todas las leyes que constituyen el derecho de toda persona. Así como

tampoco es justo que yo me marche esta noche. Sin embargo, a Natalia se la llevaron, por más que se aferraba y gritaba. Y yo me voy, por más que ahora me aferre a ti, y después gritaré, dentro de mí, toda mi vida, y quizá me aferre a Casimira. Quizá también esto suceda para que alguien entienda.

Estábamos en la puerta, él me besaba y me acariciaba el cabello. Todo era dolor en mí, hasta la sangre. «Dentro de un minuto», pensaba.

—Amor mío —dijo él dulcemente—, ojalá fuera yo el que no entiende.

Volvió a abrazarme y luego salió al rellano. Nos separaba el umbral.

—¿Adónde vas? —le pregunté en voz baja.

—No lo sé, a lo mejor aquí cerca, a casa de Saverio, no tiene importancia. Dame esos papeles.

—No —dije como asustada.

No podía desprenderme también de eso.

—Vete, rápido.

—Cierra tú la puerta, si quieres que me vaya. Cierra.

«Dentro de un segundo, dentro de un instante», pensé. Y cerré la puerta despacio.

Volví al despacho, ya casi había oscurecido. En el sillón se veía aún la huella del cuerpo de Tomaso y una cajetilla de tabaco vacía y arrugada. No me atrevía a sumirme en esa soledad. Me abandoné en el sillón y apoyé la cabeza en el respaldo. En la distancia se oía un piano, que hacía aún más desierto el silencio que me rodeaba. Empecé a llorar, por fin. Lloraba, entregándome por completo a las lágrimas, sin recordar siquiera por qué lloraba. En ese momento, llorar era lo único importante. «En cuanto se vaya, lloraré», había pensado para sostenerme todo el tiempo que Tomaso había estado allí.

A la mañana siguiente, fui a casa de Luigi, donde se alojaba Tullio. Estaba sentado detrás de un escritorio, tranquilo, pálido y severo, como de costumbre. Pero ya no me infundía el temor de los primeros días. Diría, incluso, que, al verlo, sentí algo parecido al alivio. Había llorado hasta las primeras luces del alba. Luego había

oído abrirse las ventanas de la finca, golpear los postigos, y me había decidido a abrir la ventana para que se fuera hasta el olor de los cigarrillos de Tomaso.

—Tenga —dije sentándome frente a Tullio y sacándome la hoja del moño—: Tomaso...

—Lo sé —me interrumpió él.

—Se fue anoche, antes del toque de queda —le expliqué en voz baja sin mirarlo—. Estaba convencida de que no se hallaba a salvo en mi casa —añadí—, por eso, pese a su consejo, he creído mejor actuar así.

Era el único compañero a quien llamaba de usted, y también él me trataba con una distancia respetuosa.

—Ha hecho bien, si estaba convencida de que no iba a hallarse a salvo. Sería una lástima perderse justo ahora que falta tan poco.

El rostro de Tullio no se iluminaba nunca, ni siquiera cuando decía que faltaba poco. Al rato llegaron otros compañeros, también ellos tenían una expresión grave y melancólica, pero les brillaban los ojos como a mí. Para poder hablar con más tranquilidad, desplazamos la librería y subimos a la buhardilla por la escalerita oscura. Los estruendos se oían cada vez más cerca y, quizá porque era primavera, parecían las salvas que se disparan en las fiestas de pueblo. Enmarcados en la ventana, se veían los árboles sobre la verde colina del Palatino. En cuanto dejara de oírse ese estruendo, podría volver al Palatino con Francesco.

En esas semanas, un aire de confianza había reanimado la ciudad, y circulaba ya, inadvertido, un despertar dichoso por las calles y las casas, como circula la savia nueva por los troncos aún desnudos de los árboles. Salía todo el mundo a las terrazas, a los balcones, y se sentaba allí a esperar, con calma, a que terminara el largo día. Las muchachas iban en grupo a lo alto de Monte Mario, se sentaban en la hierba, mirando hacia el sur, y se ponían a hablar del futuro, como hacía tiempo que no lo habían hecho. Los viejos salían del bracete a disfrutar ellos también del paisaje desde algún mirador. Grandes camiones pasaban veloces, y los soldados recorrían las calles cada vez más alertas. Iban de dos en dos o en

grupos, y todos, en la impasibilidad de la expresión y de los ojos, revelaban una desesperación cruel. Les habría gustado que la ciudad pidiera clemencia, extenuada por el terror. Sentían, con más urgencia que de costumbre, el impulso de mostrarse despiadados, inhumanos, hasta olvidarse de sí mismos. Pero no podían hacer nada, no podían detener a mujeres, viejos y niños solo porque se sentaban en las terrazas y miraban al sur.

Yo también me sentaba en mi terraza a esperar. La hija del portero esperaba conmigo. Como yo era más alta, a veces me preguntaba lo que veía. Le tenía mucho cariño: éramos quizá las únicas de todo el edificio que de verdad nos sentíamos perdidas en esa espera, ella por su edad, y yo por mi amor por Francesco. Estábamos bien juntas, aunque yo sabía que ella no volvería a tener la mirada que deben tener los niños. Quizá, dentro de poco, los niños pudieran volver a tener la mirada que les corresponde por derecho a esa edad; entonces ya sí me habría gustado tener un hijo. La hija del portero reconocía el tipo de aviones, los señalaba con el dedo, pero no se sabía un solo cuento ni una sola poesía. Yo esperaba que mi hijo sí pudiera conocer los cuentos y las poesías.

En las terrazas, los grupos de personas eran cada vez más numerosos. Era primavera, y parecía que solo quisieran pasar tiempo al aire libre. Pero los soldados sabían que en las casas había muchos hombres jóvenes detrás de las ventanas cerradas, mirando como mirábamos nosotros desde la buhardilla. Y, porque cada uno de nosotros, en ese largo día, había hecho las cosas más difíciles de su vida, los soldados sabían que, solo por defender la maravillosa novedad de esa espera, no habríamos dudado en seguir haciendo cosas difíciles. En efecto, de vez en cuando Tullio nos mandaba hacer algo, y uno de nosotros se alejaba, callado, para no turbar la espera de los demás compañeros.

Tomaso no estaba con nosotros, era más prudente que se quedara en casa de Saverio. Así lo había decidido Tullio, y él había obedecido. Yo sentía cierto alivio al encomendarme por completo a Tullio. Llegó así el día en que estábamos todos reunidos en la buhardilla, y él preguntó si había alguna chica que supiera montar bien en bicicleta. Ese día la bicicleta pesaría mucho, añadió.

Todos comprendimos que no se podía contestar a la ligera. Hubo un silencio que Tullio achacó a nuestra indecisión. Yo era buena ciclista y me propuse. Vi que Denise quería retenerme.

No, no fue tan difícil, pues el peligro estaba fuera de mí y no en mi interior: por eso podía entregarme por completo a afrontarlo. Recuerdo que me peiné con esmero y me puse la falda plisada y ancha que le gustaba a Francesco. Estaba ya un poco gastada, pero seguía teniendo esa amplitud que me hacía sentir como si volara.

En esos tiempos, todas las mujeres iban a buscar verdura a los huertos de los arrabales. Y, como estaba prohibido desplazarse en bicicleta, todas habían convertido las suyas en triciclo, añadiendo dos ruedecitas coronadas por un cajón o una cesta. Por las tardes, se veían largas filas de esos vehículos conducidos por mujeres. A la vuelta, cuando pasaban delante del puesto de control, los soldados miraban en las cestas y en los cajones. A veces se contentaban con mirar, otras, metían la mano, rebuscaban y se llevaban un puñado de guisantes.

A la ida, me sentía como de excursión por el campo. Pedaleaba ligera, y el cajón daba tumbos alegres detrás de mí. Pero, a la vuelta, iba seria y decidida, como cuando hacía cola con las demás mujeres, por la mañana temprano, mientras Francesco dormía porque tenía prohibido trabajar. Entonces me parecía que cada paso mío podía ayudarlo, y, ese día, también cada pedalada. Éramos muchas y, aun sin conocernos, al pasar nos decíamos algo, aunque solo fuera «Cómo pesa la bicicleta». La mía era muy vieja. Pesaba más que las demás porque debajo de los guisantes llevaba lechugas y, debajo de las lechugas, las bombas. Pesaba tanto que el manillar amenazaba todo el rato con dar un bandazo. Tengo las manos fuertes y, pese a todo, me costaba sostenerlo. Tuve que hacer un esfuerzo de voluntad aún mayor cuando, a unas decenas de metros, vi el puesto de control. Las otras mujeres que iban delante de mí se encorvaban con fatiga sobre los manillares y, como tenían que pasar de una en una, iban poniéndose en fila india. Yo murmuraba «Francesco» dentro de mí, con lo que no me parecía estar dirigiéndome al puesto de control, sino a su

encuentro. Me lo imaginaba de pie, como en la fotografía, con el sombrero y el abrigo puestos, esperándome. Me temblaban mucho las piernas, quizá por la emoción de avanzar hacia él. Hubo un momento en que creí que me faltarían las fuerzas para seguir pedaleando. Apoyé un pie en el suelo, estaba justo delante del puesto de control. El soldado metió la mano en el cajón, pero la sacó enseguida, decepcionado. «Siempre guisantes», dijo. Nos miramos, y comprendí que estaba cansado de estar ahí, controlando a las mujeres que pasaban cargadas de verdura. «Siempre guisantes...», repetí mecánicamente. Se veía que yo también estaba muy cansada, de modo que le dio un empujón al sillín, sin saber que, sin esa ayuda, yo no habría podido ponerme en marcha de nuevo porque ya no sentía las piernas y las bombas pesaban demasiado.

Era una antigua avenida, junto al puente Milvio. En el silencio del crepúsculo, se oía el paso de las bicicletas sobre la tierra batida, un ruido uniforme y reconfortante. Entregadas a ese sonido, semejante a un leve zumbido de oficina, pedaleábamos todas juntas, sin mirarnos. «Siempre guisantes», había dicho el soldado, suspirando. Miraba las nucas de las mujeres, semejantes a las de mis compañeras de colegio, y me habría gustado acariciarlas con ternura. Algunas de esas mujeres se consumían en la búsqueda paciente de alimento para los hijos, en la búsqueda del dinero necesario para mantenerlos. Trabajaban todas, pues los hombres estaban lejos, algunas iban a robar en los vagones de mercancías alcanzados por las bombas, otras se acostaban con los soldados. Porque a las mujeres se les podía pedir cualquier cosa, no había límite: Tullio pedía preparar una cama, lavarle la ropa interior a una compañera que necesitaba refugio, cocinar a cualquier hora, para todo el que pasaba, había que servir a todo el mundo, encontrar alimentos para todo el mundo y a veces dinero; pedía incluso alojar a Tomaso, y luego preguntaba si sabíamos montar en bicicleta. A los hombres solo les pedía montar en bicicleta.

Me detuve, como estaba convenido, delante del negocio de un estañador, cerca de la casa de Luigi. Con él trabajaban dos hombres más, vestidos con mono, que tenían las manos

curiosamente finas para ser obreros.

—He traído la verdura —dije entregándoles la bicicleta.

Ellos me miraron, recelosos de mi aire exaltado. Rebuscaron en el cajón y se quedaron tranquilos. Entonces entré en el portal y empecé a subir la escalera. Recordaba la primera vez que había entrado en esa casa para encontrarme con Francesco: titubeaba, emocionada. Y ahora subía los peldaños alegremente, como había bajado los de la Galería Borghese. El día de mi primera visita, Francesco y yo éramos aún dos personas que no tenían mucho en común más que ese momento de intimidad en la cama del chico, entre las fotografías de futbolistas. Y, muchas veces, uno de los dos decía «las mujeres», y el otro «los hombres», y ambos habíamos dicho alguna vez: «No entiendo». Al subir esa escalera, estaba segura de que yo ya lo había entendido todo, al máximo: le había cerrado la puerta en la cara a Tomaso y había llevado verdura en el cajón de la bicicleta.

Nada más abrir la puerta, la mujer de Luigi me abrazó. Luego desplazamos la librería y subí por la abrupta escalerilla que llevaba a la buhardilla.

Allí estaban todos, hasta Alberto, al que llevaba tiempo sin ver. Los que faltaban estaban presos, como Francesco, o reunidos en casa de Saverio, como Tomaso, o habían tenido que salir, como yo, y se esperaba su regreso. Algunos nunca habían vuelto, como una chica que se llamaba Laura y un joven profesor llamado Pino. Por eso, todos esperaban con ansia que volvieran los compañeros. «Es Alessandra», los oí decir, alegrándose, y su espera me era aún más grata, pues a mí nadie me había querido nunca, ni mis colegas de oficina ni mis compañeros de clase. Nadie había intuido cuánto amor albergaba en mi interior ni cuánto deseaba expresárselo a los que me rodeaban, y ahora, al fin, me sabía apreciada, por eso aparecí en la puerta de la buhardilla como entraba mi madre en casa por las tardes.

Tullio vino a mi encuentro e, inesperadamente, me llamó por mi nombre:

—¡Cuánto has tardado, Alessandra! Hemos pasado mucho miedo.

—¿Miedo? —repetí yo—. ¿Por qué?

Sabía que había superado otros peligros, mucho mayores, y desde luego también ellos, en el transcurso de ese largo día. No entendía por qué le daban tanta importancia a la aventura de la bicicleta y las bombas. En esa, solo arriesgaba la vida.

—Tampoco hay que exagerar —dije.

Los demás me rodearon sin decir nada, y me gustó pensar que ese silencio era la prueba de su afecto.

—Deberíais saber —añadí— que estas misiones no son tan difíciles.

Pero vi que no entendieron bien mis palabras, debieron de creerme altanera, quizá, o presuntuosa. También Tullio me miraba desconcertado, y todos justificaron mi actitud achacándola a mi angustia por Francesco. En efecto, me aseguraron que no se lo llevarían y que, en cualquier caso, todo estaba preparado para que su liberación fuera segura. «Ya falta poco», decían todos, mirando a la ventana y escuchando el ruido de los disparos, como en los días de fiesta. Yo miraba el cielo velado del atardecer y el Palatino.

—No tengo miedo —dije—. Estoy segura de que Francesco volverá.

Al poco, volví a casa en la bici. Tullio me sugirió que durmiera esa noche en casa de Luigi, pero yo le dije que no veía la necesidad, pero le pedí que me dejara volver a mi casa en bicicleta. Él objetó que estaba prohibido, y yo contesté, sonriendo, que todo lo que llevábamos haciendo desde hacía un tiempo estaba prohibido. Tullio rebatió que no valía la pena correr riesgos sin motivo. «Créame, Tullio —insistí yo—: siento que sí hay motivo.» El estañador desenganchó el cajón, y me marché enseguida, sonriendo, con un gesto alegre de despedida. Sin el lastre del peso, la bicicleta corría fácilmente. Era el primer día de junio, una brisa ligera me alborotaba el cabello y, pedaleando deprisa, sentía de nuevo el vigor juvenil circular por todo mi cuerpo. Bordeé el río, que, en el verde atardecer, había recuperado su bonito color de agua que fluye sobre las hojas.

Pedaleaba deprisa junto al río, hablando con mi madre. Ella ya no pasaba por mi lado sin verme, como la tarde en la que

paseaba con Tomaso, entre el olor dulzón de los caballos muertos. Yo la llamaba, y ella me respondía, empleábamos el mismo lenguaje. Ya nadie podría impedirme hablar con ella. Pasaba con insolencia delante de los soldados, llevando entre los dientes una hoja de lechuga que había cogido mientras el estañador desenganchaba el cajón. Pedaleaba deprisa, moviendo los hombros y haciendo serpentear la bicicleta, casi como si bailara. Los soldados me miraban sin recelo, olvidando incluso las órdenes recibidas, que ya no parecían válidas si una mujer joven podía volver a permitirse la alegría de montar en bicicleta. Por otra parte, ya no se mostraban tan envarados, tan hostiles y seguros de sí mismos, por más que intentaran conferir dignidad a su miedo. Quizá, dentro de poco, podría escribir de nuevo a la abuela, hacía meses que no sabía nada de mi padre ni de ella. «Lo estoy consiguiendo —le escribiría—, lo he conseguido.» Había conseguido incluso cerrar la puerta ante los ojos angustiados de Tomaso. Recordaba sus palabras y, animada por esos recuerdos, pedaleaba más deprisa, por miedo a no llegar a tiempo a reunirme con Francesco. Quizá porque su regreso estaba próximo, ahora su recuerdo me volvía nítido a la memoria. Ya no tenía la expresión severa de la fotografía, con el sombrero y el abrigo puestos. Estábamos en la Galería Borghese, era 11 de noviembre y él me miraba con amor. Por el ímpetu de la bicicleta, la falda me hacía mucho vuelo, como cuando había bajado deprisa la escalera. Iría a su encuentro como entonces. Le abriría la puerta y le diría sonriendo: «¡Debería arrepentirse de haber llegado tan tarde!».

No pude decírselo. De nuevo, fue cosa del azar: la suerte nunca estaba de nuestro lado. Los últimos dos días no había querido ver a nadie. Tampoco quería recibir noticias; algunos se asombraban de que no temiera por Francesco, pero, en realidad, desde el día en que había logrado alejar a Tomaso, no había albergado duda alguna de que Francesco volvería.

Por la noche, primero se oyeron pasar los camiones uno tras otro, sin interrupción y, luego, a intervalos cada vez más largos. Después, poco a poco, la última luz del último día se fue

desvaneciendo. Francesco volvería a dormir conmigo todas las noches. Ordené la casa, feliz de volver a cocinar en breve para él, de volver a ahuecarle la almohada. Sin embargo, la casa parecía ofrecer resistencia a esos preparativos. En los cajones, mi ropa se había asentado, ocupando todo el espacio; lo mismo ocurría con mis libros en los estantes y con mis útiles de tocador en el baño. El escritorio de Francesco estaba invadido por mis diccionarios y los manuscritos de mis traducciones. Parecía imposible que en esas habitaciones hubiéramos vivido dos personas, cada cual con su propia vida. Le hice espacio alegremente, en la casa y en mí, como habíamos hecho al conocernos, cuando él puso patas arriba mi soledad. Me imaginaba todo el tiempo que pasaríamos conversando: quería contarle todo lo que había ocurrido, y hablarle también de mí, largo y tendido, porque me parecía que, si no, no podría reconocerme. Quería hablarle enseguida de Tomaso. Le hablaría de las noches que había pasado sola, con miedo, pensando que podían ser las últimas. «¿Entiendes?», le diría, le confesaría haber besado a Tomaso, largamente, la tarde de la fotografía, pero le haría entender que lo buscaba a él en ese beso, que era su vida a salvo y libre lo que buscaba, «¿entiendes?», le diría. No quería que le tuviera rencor a Tomaso: Francesco era el vencedor, y por eso pensaba que tendría que mostrarse generoso con el rival, apreciar incluso la nobleza de sus sentimientos y de su comportamiento. Lo veía ir a su encuentro con la mano tendida. «Es natural que la hayas amado —le diría—, no se puede vivir a su lado sin amarla.» Abrazados, nos despediríamos de Tomaso; yo le pediría que me presentara a Casimira. Y, escuchando alejarse su paso por la escalera, nos quedaríamos solos en la casa, que, al fin, era nuestra, con espacio para ambos, con nuestra ropa mezclada, con nuestros libros y la cama grande en la que podríamos tumbarnos juntos, sin culpa.

Tomaso llamó para saber si necesitaba algo. Al final, me preguntó si estaba contenta.

—Sí, estoy muy contenta —reconocí en voz baja.

No pude evitar preguntarle:

—¿Crees que saldrá pronto?

Más tarde, recordaría la voz apagada con la que me contestó:

—Sí, creo que mañana a estas horas estará en tu casa.

Me habría gustado volver a llamarlo esa tarde, pero cortaron las líneas y se apagaron las luces. Los últimos camiones que abandonaban la ciudad quisieron dejar tras de sí oscuridad y silencio. En esa oscuridad, en ese silencio, yo oía el paso de Francesco subir los escalones de dos en dos, como hacía Tomaso.

Estaba obsesionada con los pasos de Francesco subiendo la escalera. «Mañana», pensaba. Me pondría mi vieja falda gris, que se arremolinaría a mi alrededor cuando abriera la puerta, sonriendo. «¡Debería arrepentirse de haber llegado tan tarde!» Echaba la cabeza para atrás, imaginando la violencia del beso de Francesco. Volvía a sentir el vacío de sus brazos alrededor de mi cintura. «Ya falta poco —pensaba—, solo unas horas.»

A la mañana siguiente, todo el mundo salió a la calle, con cautela; vigilantes, inspeccionaron las calles y las plazas, donde ya no se veían camiones ni soldados apuntando con los fusiles. En un primer momento, la desolación los espantó: temían que escondiese una trampa, una última treta. Pero fue precisamente la melancolía desierta de las calles humilladas y maltratadas lo que les aseguró que la ciudad había sido abandonada. Entonces, las casas se vaciaron en un abrir y cerrar de ojos, la gente salió corriendo como el agua e invadió las calles. Por todas partes volvían a oírse pasos y voces. Todo el mundo hablaba alto, la gente se llamaba de una ventana a otra, las muchachas corrían en bicicleta con el cabello al viento. Desde la terraza, veía a la gente apresurarse, impaciente, abarrotando las aceras de la gran avenida cercana a mi casa. Esperaban la llegada de quienes habían golpeado durante años, con tenacidad, el muro de nuestra cárcel, mientras nosotros raspábamos con las uñas desde el otro lado. Lentamente, el muro que nos separaba se había agrietado, se había reducido, y hoy, al fin, podríamos rencontrarnos. Acababan de salir, por las puertas del norte, los camiones llenos de soldados altos y severos, justo cuando entraban, por las puertas del sur, otros camiones llenos de soldados alegres y descamisados. Al torvo silencio del largo día inclemente seguían ahora gritos frenéticos y aplausos. Este era,

pues, el momento que habíamos esperado. Yo debería haber estado contenta, pero no lo estaba. No podría estarlo hasta que, entre los pasos de aquellos que volvían, reconociera el paso de Francesco. Asomada a la terraza, me aturdía con el aire libre de la primavera y con los gritos alegres que estallaban aquí y allá, como fuegos artificiales. De la ventana de abajo me llegaban voces que desaprobaban tan clamoroso entusiasmo, pero yo entendía que ese era el modo de aplaudirnos a nosotros mismos, de aplaudir nuestra valentía y nuestra paciencia, borrando así los duros días transcurridos, era el modo de aplaudir, gritar, chillar y saborear que el largo y tétrico día había terminado de verdad. Había que ser francamente despiadado para no entender que tanta vida contenida, reprimida y amordazada tenía que estallar de alguna manera. En mí, toda la vida se concentraba en el paso de Francesco subiendo la escalera.

Y así lo esperé durante dos días. Empezaba a sentir miedo. Pasaba largo rato en el vestíbulo, esperando. Y, con cada hora que pasaba, mi miedo se hacía más hondo. No llamé a Tullio para pedirle noticias. Cuando sonaba el teléfono, acudía corriendo, pero me faltaba valor para descolgar el auricular. El timbre sonaba agudo en la casa desierta, pero el aparato negro, frío e impasible no se sobresaltaría al transmitirme una mala noticia. «No quiero saber nada —murmuraba, negando con la cabeza y tapándome los oídos—. No conseguirán decírmelo.» Me quedaría siempre en casa, esperando; no saldría más, para no encontrarme con nadie que pudiera anunciarme que Francesco no volvería. «No —me decía, muerta de angustia—, no, Francesco tiene que volver y volverá.»

Esperaba sentada en una silla, en el vestíbulo. La luz del día se encendía y se apagaba, y en mí se hacía siempre más vivo el recuerdo de la tarde en la que había esperado a mi madre. En un momento dado, oí a varias personas subir la escalera, después los pasos se aproximaron y oí también unas voces masculinas. Los pasos y las voces avanzaban, «se pararán en el piso de abajo», pensé yo. Pero prosiguieron: más arriba no vivía nadie más que yo. Llamaron a la puerta. «No abro —me dije—, no quiero saberlo.» Pero fui a abrir.

Francesco me miraba alegre, sonriendo. Detrás de él había más gente que sonreía también.

Me tomó entre sus brazos y me besó en las mejillas, de un lado y de otro, y me abrazó.

—¡Oh, querida! —dijo.

Oí otras voces, eran las de los compañeros, las mismas que oía cuando él no estaba, por eso me parecía imposible que ahora también él estuviese con nosotros. Era imposible que su regreso ocurriera así, tan fácilmente. Lo había esperado durante meses y, ahora, ahí estaba, en un instante estábamos abrazados en medio de mucha gente que nos miraba. No me atrevía a apartarme de él, no me atrevía a mirarlo, tenía miedo de que fuera otro, de que hubiera cambiado; además, me daba vergüenza toda esa gente, no quería que presenciara mi emoción, los odiaba a todos. «No», decía, ocultándole mi rostro a Francesco. Era de verdad él, reconocía la forma de sus hombros.

—Cálmate —me dijo.

Levanté los ojos y vi que sonreía a los demás. «Es la impresión, es normal», decían. Francesco me acariciaba la barbilla, sonriendo apenas. Era de verdad su rostro, áspero, duro y severo. Lo amaba. Volví a abrazarlo.

—Échalos de aquí —le susurré al oído.

Él me indicó con un gesto que sí y, rodeándome por los hombros, entramos todos en el despacho.

Los amigos se apresuraron a acomodarme en el sillón. Francesco miraba a su alrededor, satisfecho, miraba la mesa y las estanterías, las tocaba despacio, con un gesto delicado. Yo esperaba que esa gente se fuera para que Francesco me mirase a mí como miraba la mesa, me tocase a mí como tocaba los libros. Después se sentó en el sillón, y todos se dispusieron en círculo, algo apartados de él, contándole sin orden ni concierto los últimos acontecimientos. Era el típico momento en que se ofrece una ronda de vermú.

—Estás contento de haber vuelto a casa, ¿eh? —le dijo Alberto.

—Sí —contestó él—. No paraba de pensar en una cosa: la

bañera.

Se rieron. Y entonces Francesco se puso a hablar con los compañeros, rememorando su vida en la cárcel. Mientras hablaba, me cogía la mano y me acariciaba los dedos, sin mirarme. Yo sentí que me embargaba una furia violenta. Me habría gustado echar de allí a toda esa gente, «¡largo todos!», quería volver a estar yo sola y esperar a Francesco. No tenía el menor deseo de entretenerme en esa estúpida alegría familiar. Pero, en ese momento, interrumpiendo a los demás, Luigi se volvió hacia Francesco y le dijo:

—Tu mujer ha estado a la altura.

—Lo sé. Es valiente, siempre está a la altura —asintió Francesco, acariciándome afectuosamente la mano.

—Sí, pero no sabes...

—Luigi, por favor —lo interrumpí.

Los demás protestaron, ellos también querían hablar con Francesco.

—No, os lo pido por favor —dije y, dirigiéndome a Luigi con dureza, repetí—: Luigi, por favor.

El bueno de Luigi... Se empeñó en hablar a toda costa, y acabó por estropearlo todo. Le contó lo que habíamos hecho, pero, ahora que los días difíciles habían pasado, yo estaba convencida de no haber hecho nada, y la generosa limosna de Luigi rebajó incluso el poco orgullo que mis acciones me producían.

—Caray —dijo Francesco—. ¿De verdad has hecho todo eso?

Me levantó el rostro tomándome de la barbilla y yo sonreí, inmóvil, cuando lo que quería era salir huyendo de allí y echarme a llorar. Ya no podría hacerle entender que esa había sido, sobre todo, una manera de conocer la parte de él que me hacía sufrir, que me era naturalmente ajena u hostil, e incluirla en nuestro amor. Ya tampoco podría confiarle que, cuando tenía miedo, decía «Francesco» como otros invocan a Dios. Alberto contó también lo de las bombas y la verdura. Francesco entonces me miró un largo momento y luego dijo: «Bravo». Sentí vergüenza. Ya no me quedaba nada que contarle.

Ellos siguieron hablando, mientras yo, ruborizada, me sentía

incómoda.

—¿Adónde vas? —me preguntó Francesco al ver que me levantaba.

—A la cocina, quiero calentar agua para prepararte un baño.

No había gas. Encendí el fuego y serví el agua, con esfuerzo, desde una pesada damajuana. Luego me senté junto a los fogones, esperando a que se calentara el agua.

Francesco acudió al cabo de un rato.

—¿Qué haces, Alessandra? —dijo—. Quieren decirte adiós.

Me despedí de los amigos, que me saludaron uno a uno, en la puerta de casa, como después de una boda o de un bautizo. Al fin, cerré la puerta y me apoyé en ella con todo mi peso. Francesco estaba enfrente de mí: yo lo miraba y, con mi mirada, corría a su encuentro como aquella primera vez en la Galería Borghese. Ahora entraba de verdad en casa: me estrecharía en sus brazos y me besaría. Sentí que mis labios cedían, ablandándose. Se me acercó y me dijo, mirándome con ternura:

—Deberías descansar, cariño, pareces agotada.

Sentí que toda mi piel se volvía gélida: era una sensación que no había vuelto a tener desde su partida.

—No, gracias —le contesté—, no tengo ganas.

Lo miraba fijamente, desesperada, preguntándome cuándo se decidiría a volver.

—¿Por qué has subido con esa gente? —le pregunté.

—Habían venido a recogerme y...

—Lo sé. Pero yo quería rencontrarme contigo a solas.

—Cariño, ahora estamos a solas... —dijo besándome.

Sus manos trataron de desabrocharme la blusa. Quizá pensaba que esa era la mejor forma de manifestarme la alegría del regreso. Ya no estaba acostumbrada a sus manos y, por eso, se me tensaron los músculos en un arrebato de defensa. Recordé la carrera ligera con la que había imaginado que acudiría a abrir la puerta, diciendo «¡Debería arrepentirse...!». Aparté a Francesco de mí dulcemente.

—Espera, amor mío —le dije en voz baja—. Te lo ruego, así no...

Pero ahora era ya muy difícil volver a empezar. Ahora sabía

que él no le había dado importancia al hecho de volver a verme a solas, que le había parecido natural besarme, por primera vez, en ambas mejillas y en presencia de extraños. La ansiedad me consumía, así como el propósito de resistir a la ira y al rencor.

Sentía que era absolutamente necesario que, antes, Francesco y yo hablásemos. Habían ocurrido tantas cosas en esos meses... Teníamos que rencontrarnos de nuevo y, casi, volver a elegirnos el uno al otro.

—Mírame —le dije—. Hace muchos meses que no nos vemos...

—Parecía imposible que durase tanto, ¿recuerdas? Siempre decíamos que ya faltaba poco. Pero no... He estado muy preocupado por ti. Decían que ya no había alimentos, que tomaban de rehenes a los familiares de los presos. Estaba de verdad muy preocupado.

—¿Era eso lo único que te preocupaba?

—Sí. Por lo demás, estaba sereno. ¿Sabes?, uno solo tiene miedo mientras no está obligado a rendirse. Después, se conquista la calma. Además, sabíamos que éramos muchos. En mi celda estábamos cinco, luego te cuento. Y oíamos a más personas alrededor: bastaba un golpecito en la pared, una mirada cuando salíamos a tomar el aire, para sentirnos un círculo cerrado. Y, sobre todo, estaba la sensación indescriptible de elegir tus propios pensamientos y reunirlos, porque podían ser los últimos. No puedes entenderlo, pero...

—Sí que lo entiendo —lo interrumpí.

—Perdona, cariño, pero no lo creo. Son cosas que solo puede entender quien ha estado preso, aunque solo sea un día. No sé si es algo bueno. Quizá... quizá no lo sea; pero, cuando sales, eres otro por completo.

—Yo también he cambiado mucho... —murmuré.

—Espero que no. Tú no has estado dentro.

—No. Pero, precisamente: hay cosas que solo puede entender quien no ha estado dentro.

Él se acercó a la ventana sin responder.

—Qué bonito es esto —dijo—. No pensaba que tuvieran tanta

importancia unas rejas que te separan del campo y del sol. Pero te dan a entender ciertas verdades que creías conocer pero que no conocías en absoluto. Son más útiles que todos estos libros. Es innegable que, al salir de prisión, uno tiene la impresión de poseer ciertos conocimientos esenciales que solo se pueden aprender allí dentro.

Hablaba sin mirarme. Barría el paisaje con la mirada, la campiña y los grandes bloques nuevos de viviendas.

—Uno es muy fuerte, allí dentro —prosiguió—. Yo solo estaba atormentado por ti y por mi madre. Ha envejecido un poco, pero está bien en general.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté perpleja.

—He pasado un momento a verla: su casa estaba más cerca de la cárcel. Está bien.

—Claro, has hecho bien —le dije.

Luego me volví y me dirigí a la puerta.

—¿Adónde vas? —me preguntó reteniéndome de una mano.

—A prepararte el baño.

Eran tres grandes ollas, las cogí con dos trapos porque las asas ardían. Las llevé hasta el baño, una tras otra, tambaleándome por el peso y por el movimiento del agua. Vacié en la bañera los chorros hirvientes, y el vapor me subió hasta la cara, provocándome un ligero mareo. Me habría gustado transportar un número infinito de ollas, para desahogarme con el gesto de verter de golpe el agua hirviendo, a chorros. Quería cargar con pesos y descargarlos, para sentir al menos un instante de alivio.

—¿Por qué no me has pedido que te ayude? —dijo Francesco, solícito, y luego exclamó—: ¡Oh, la bañera...!

Su asombro feliz me conmovió. «Sí, la bañera —me habría gustado decirle—, y la casa, y el sol libre detrás de las ventanas, ¡y yo, Francesco, amor mío, yo!»

Imaginé que querría reconducir la mirada hacia mí, poco a poco, a través de todo cuanto nos había acompañado hasta el momento de la separación: la casa, los libros, el panorama que veíamos desde la ventana. Pero, mientras tanto, había cerrado la puerta, y yo me quedé sola. En la entrada encontré su pequeña

maleta. Quizá viniera a mi encuentro desde esa maleta, pensé, aferrándome a esa mínima esperanza. Dentro solo había ropa interior sucia, un peine y un cuaderno. Hojeé el cuaderno al azar: era un diario. De repente, como en una iluminación, comprendí que Francesco me hablaría al fin desde esas páginas. Busqué mi nombre con atención, sentada en el suelo junto a la maleta abierta. No estaba. Leí con avidez, siguiendo los renglones con el dedo. Era un diario precioso, una larga carta del revolucionario la víspera de la ejecución. Cómo lo amaba al descubrirlo tan superior a los demás hombres. Volvía a enamorarme de él, me sentía unida a él, embelesada: ondeábamos juntos como una gran bandera. Sin embargo, en esas páginas no hablaba nunca de mí ni de ningún sentimiento amoroso. En un momento dado, decía, aludiendo a la posibilidad de su final, próximo en el tiempo: «Espero que mi madre y mi mujer lo entiendan».

Francesco se acostó temprano. Al extender despacio los miembros en la cama, dijo: «Mi cuarto, mis sábanas...». Yo había puesto un ramillete de jazmines en un vaso sobre la mesilla. Se alegró de encontrárselos aún vivos y floridos. Le conté de la noche en que Denise y yo enterramos los documentos en las macetas. Era un milagro que, después de servir para esos fines, las plantas siguieran floreciendo.

Mientras tanto, lo miraba con ternura y, al hacerlo, me era fácil imaginar los días tan duros que había pasado. Por el compromiso total que habían exigido de nosotros, los acontecimientos habían revelado la trama de nuestro carácter y cambiado nuestra manera de vivir y de considerar el mundo. Ambos nos habíamos vuelto mucho más generosos, mejores en todos los sentidos. Por eso, nuestra vida en común, enriquecida con experiencias de las que salíamos victoriosos, parecía comenzar de cero. Conmovida por la delicada belleza del momento que estábamos viviendo, me tendí a su lado y cerré los ojos dulcemente.

—He leído tu diario —le dije—: perdóname, ha sido una indiscreción por mi parte.

Después añadí con un tono cálido:

—Quería decirte que tu mujer lo habría entendido.

Él callaba. Proseguí:

—Es muy difícil entender todo lo que se interpone entre el amor y nosotros. Sin embargo, cuando se está muy enamorado, al final uno siempre acaba por entender. Yo empecé a entenderte la tarde en que salimos de casa de tu madre y estábamos completamente solos, ¿te acuerdas? Después... Bueno, poco a poco te lo iré contando todo. Hemos llegado a la misma conclusión por caminos muy distintos, pero lo que ambos queríamos salvar era la incolumidad del sentimiento que nos había llevado el uno hacia el otro. No sabes cuánto valor he necesitado...

—Lo sé, cariño. Luigi me ha dicho...

—No, Luigi no te ha dicho nada. Por lo demás, ahora ya sí tenemos tiempo de hablar de ello. A mí también me gustaría que mi marido entendiera. Por eso empecé a trabajar en la lucha clandestina: me parecía una manera de hablarte, de llegar a ti. Te lo escribí y...

—Ya —me interrumpió Francesco—, por eso me detuvieron. Naturalmente, la culpa no fue tuya.

—¿La culpa de qué? —le pregunté estupefacta.

—Vine a casa porque no quería que trabajaras con nosotros. Sabía que no podría convencerte por carta.

—¿Viniste para eso?

—Sí. Mi intención era quedarme unos pocos minutos, el tiempo necesario para convencerte. No imaginaba que el portal estaba vigilado.

—Ah. Entiendo.

Me besó como para perdonarme. Dijo que ya no había que pensar más en ello: ahora había que volver a empezar. Pero yo no podía volver a empezar así, no bastaba con retomar nuestra costumbre desgastada. Noté que Francesco se me acercaba, como cuando me preguntaba qué libro estaba leyendo.

—No pensemos ya más en nada, Sandra —dijo.

No podía permitir que se acercara a mí solo porque era mi marido, o porque había estado preso, si no se lo había permitido a

Tomaso, que lo comprendía todo y que me amaba. Pensé en eso y, a la vez, lo acogí entre mis brazos. «Francesco», le susurré amorosamente al oído. «Francesco», murmuré durante la noche, mientras, despierta al otro lado del muro, oía el monótono tictac del despertador medir el tiempo de mi soledad.

Al día siguiente, no lo olvidé todo. Conseguí conciliar el sueño hacia el amanecer, confiando en el consuelo que normalmente trae consigo el nacimiento del nuevo día. Pero, al despertar, recuperé, intactos, el rencor y el pesar. Era temprano, y el tictac del despertador, con su ritmo inhumano, inexorable, cubría los trinos de las golondrinas que volaban alrededor de nuestra casa. Hacía tiempo que estaba acostumbrada a dormir sola, por eso me sobresalté al ver el bulto de una silueta extraña que yacía junto a mí, bajo la sábana blanca.

Francesco dormía bocarriba; el sueño pesado, la expresión cerrada de su rostro no me concedían la más mínima rendija para llegar hasta él. Me pregunté por qué a ese hombre le parecía natural dormir en mi cama, sin darme ninguna justificación. Ese hombre que solo mostraba la obtusa satisfacción de dormir en mi cama no podía ser Francesco. Volviendo de una larga ausencia, él querría recuperar su lugar en virtud del amor y no del derecho.

Seguía mirándolo, sin atreverme a moverme. En el dormitorio, su ropa había alterado la armonía por la que yo me había dejado engañar: eran prendas oscuras, y los pantalones, largos y rígidos, colgaban de cualquier manera del respaldo de la silla. No era capaz de encontrar en él ninguna señal de nuestro pasado feliz. Me incorporé sobre los codos para observar mejor su rostro. Seguí con la mirada el contorno de sus mejillas, su frente, la línea de las cejas y los labios. Pero me era desconocido por completo. Sentí miedo. En ese miedo que me atenazaba, reconocí aquel que había sentido el día anterior, al regresar Francesco. «No», decía dentro de mí con furia, y ahora me parecía saber cómo resistir a una invasión arbitraria.

—Francesco —lo llamé, pero no se movió—. Francesco —insistí—, Francesco...

Temí que se hubiera vuelto sordo en prisión, por lo que no podría hablarle, ya no podría hablarle nunca más; daría vueltas a su alrededor con mis relatos sin que él pudiera escucharlos. Quizá se había vuelto sordo a propósito para quedarse encerrado en su mundo e impedirme llegar hasta él. Recordé que, hasta entonces, él había hablado solo de sí mismo, sin interesarse por lo que decía yo, sin molestarse en contestar a mis preguntas.

—Francesco... —lo llamé más fuerte.

Con solo abrir los ojos, Francesco hacía correr bajo mi piel un flujo cálido y benéfico. Me atrajo hacia sí de un brazo y me estrechó contra él.

Inmóvil, observaba el mobiliario de la habitación, los cuadros colgados en las paredes; tal vez temía volver a encariñarse con las viejas costumbres y no poder estar ya a la altura de los sentimientos expresados en el diario. Seguramente quería seguir siendo como había sido durante el largo día que nos había obligado a no rendirnos. Y también yo deseaba lo mismo para mí. Pero el largo día había terminado ya: nosotros aún éramos jóvenes y, por lo tanto, estábamos seguros de que nuestra vida sería larga. No nos habíamos dado cuenta siquiera de que había empezado una apacible invasión: Francesco había vuelto a casa, alegre y sonriente, y todos le hacían fiesta, así como, en las calles, todos aplaudían a los amigos que, a través de la radio, llevaban tanto tiempo llamando a la puerta de nuestra prisión y ahora recorrían la ciudad en esos camiones rutilantes, alegres y sonrientes, arrojando puñados de caramelos. Mientras, Francesco había invadido mi habitación con su ropa oscura, había invadido mi cama con su sueño pesado, sordo y hostil. Colgados en los muros de la ciudad, había carteles que amenazaban con la pena de muerte, y los edificios, las bonitas villas, los locales en los que ahora por fin podríamos distraernos, también esos habían sido invadidos, con sistemática benevolencia. Rondábamos como perros los lugares donde nuestros amigos comían o se divertían; y nosotros, que hacía tanto tiempo que no comíamos ni sonreíamos, reclamábamos la humillación de una limosna. Yo era un perro que velaba detrás de los hombros de Francesco, esperando un gesto de amor o una

palabra dulce.

Estaba absorta en esos pensamientos cuando Francesco se volvió y me acarició un hombro. Yo me volví hacia él sonriendo, pero vi que tenía los ojos cerrados. Tal vez creía que seguía en prisión. Por la mañana, al despertar, todos sus compañeros de celda, y también él, seguramente callaban, atormentados por el deseo de yacer con una mujer. Su caricia era tan insistente, tan limitada y precisa, que traicionaba el estímulo de una obsesión constante. Yo no quería servir solo para satisfacer esa obsesión, no podía rebajarme a protagonizar su fantasía. Me llamaría por mi nombre, me diría: «Alessandra», y, así, al rencontrarse conmigo, saldría de la pesadilla de nuestra lejanía. Pero él seguía callado, mientras su mano invadía todo el celoso territorio de mi persona. «No», murmuré, «no, Francesco», le dije con esfuerzo, pero él no oía mi voz, ya no nos conocíamos, ya no recordábamos nada de lo que cada cual había amado en el otro. Él conocía mi carácter romántico, ¿cómo podía haber olvidado todo eso y recordar solo los artículos del código que el sacerdote nos había leído? Me parecía que existía también un código íntimo que había que respetar y al que, hasta entonces, ambos habíamos querido ser fieles. Si hubiésemos vivido en los tiempos de la esclavitud, él habría reivindicado los derechos del ser humano, habría luchado, se habría dejado matar para impedir que un hombre fuera dueño y señor de otro hombre. Porque nadie tiene el derecho de poseer en propiedad el cuerpo de un ser humano. No se podía comprar el cuerpo de un esclavo, pero sí se podía disfrutar de la propiedad del cuerpo de una mujer. Uno lo adquiría junto con la obligación de mantenerla, exactamente como ocurría con los esclavos; y si yo decidía abandonar a Francesco, igualmente la ley le habría reconocido el derecho de seguir siendo dueño de mi cuerpo. Durante años y años, durante toda mi vida, podía impedirme disponer de mi cuerpo, aunque él fuera malvado conmigo, o infiel, o viviera, desde hacía años, a centenares de kilómetros de mí. Tiene más libertad un esclavo que una mujer. Y, si yo dispusiera libremente de mi cuerpo, no obtendría solo latigazos, como los esclavos, sino la cárcel incluso y la deshonra. La única manera que

tenía de disponer de mi cuerpo era arrojándolo al río.

Esa mañana temprano, Tullio vino a buscar a Francesco.

—¿Qué quiere? —le pregunté nada más abrir la puerta.

Él me dedicó una sonrisita, casi como para recordarme que, en lugar de eso, debería haber dicho: «Buenos días», como había hecho él. Quería hablar con Francesco. Objeté que estaba en el baño.

—No importa —contestó—: esperaré.

Conocía su firmeza inflexible, pero volví a mirarlo, pese a todo, calibrándolo: era rubio, flaco y no muy alto. Su determinación se expresaba entera en la fuerza de sus manos. Si hubiese luchado contra alguien, habría podido aniquilarlo fácilmente.

Fui a avisar a Francesco. Lo encontré afeitándose, con el torso desnudo, delante del lavabo. La espuma, blanca y voluminosa, le daba un aire cómico.

—Amor mío... —le dije, y él se volvió sonriendo.

Hacía meses que no veía a un hombre vivir en mi casa, con su presencia y sus costumbres, que podían plasmarse en una brocha de afeitar. Al aspirar el áspero olor del jabón, mezclado con ese otro, intenso, del tabaco, que flotaba en el exiguo cuarto de baño, sentí que mis poros respiraban y se me abrían los pulmones. El recuerdo del tiempo en que había estado sola me impulsó a rebelarme. Me acerqué a Francesco y le pregunté en voz baja:

—No irás a salir con Tullio, ¿verdad?

Me había liberado de la pesadilla que me había oprimido durante la noche. Reconociendo ahora a Francesco, me alegraba que fuera mi marido. De repente, por desprecio tal vez a la mujer sola que había sido hasta entonces, sentí una alegría insolente, una felicidad incontenible.

Francesco se volvió a mirarme, perplejo, con la cuchilla en alto.

—¿Me llevas a Villa Borghese? —le dije con una sonrisa traviesa, acercándome a su mejilla cubierta de espuma.

Me disculpé con Tullio por haberlo dejado solo en el despacho.

—Francesco viene enseguida —añadí—: ya está listo.

Tullio se había puesto de pie al verme entrar y, como yo iba a su encuentro, casi chocamos. «Perdón», dije sonrojándome, justo cuando él decía también «Perdón». Estábamos uno frente a otro, como el día en que había venido a llevarse la maleta de Francesco.

—Quería despedirme de usted, Alessandra —dijo.

Era raro que Tullio llamara a alguien por su nombre, lo hacía solo en los momentos que consideraba importantes. Normalmente, parecía huir de la familiaridad como del peligro de enternecerse o de ceder.

—¿Por qué? —pregunté en voz baja, escamada.

—Porque todos hemos creído estos días que al menos nuestra lucha había acabado. Yo también lo pensaba. Por un momento, he sentido la tentación de relajarme, de descansar. Pero luego he comprendido que no podía no reunirme con aquellos que aún tienen que liberarse.

—¿Usted piensa que de verdad es tan importante liberarse?

—No, quizá no —contestó él después de una pausa—. Sobre todo porque uno nunca se libera, y a una invasión sigue otra invasión. Pero es importante sentir la necesidad de hacerlo y luchar por ello.

—Entiendo —dije bajando la cabeza—. Tengo la impresión de que nunca terminaremos de luchar, también porque siempre habrá territorios invadidos y gente que quiera liberarse...

Francesco entró, y callamos. Tullio se marchaba esa misma tarde, por eso tenía que acordar cosas con los compañeros. Tuve aún la esperanza de que Francesco dijera: «Perdona, Tullio, pero no puedo: hoy lo más importante es quedarme con Alessandra». En lugar de eso, dijo:

—Venga, vámonos.

Echó una ojeada a la ventana, con la satisfacción visible de poder disfrutar del aire libre al cabo de un momento. Poco antes, en el cuarto de baño, yo le había dicho:

—Hazme caso, no hay nada más importante, hoy, que estar juntos los dos, que ir a Villa Borghese.

—Sé razonable —me había contestado él—: ¿por qué precisamente hoy?

Había tratado de hacerle entender que un delgado hilo nos unía aún a la posibilidad de hacer esas cosas a tiempo, pero que dentro de poco se rompería. Entonces, él me había consolado, sonriendo, con esa manera que tenía de tratarme, como si, después de casarnos, yo hubiera vuelto a ser una niña. Había dicho que siempre tendríamos tiempo para nosotros, que estos eran días difíciles, pero que pronto pasarían.

—Lo esencial —había dicho en un tono de amable reprimenda — es haber vuelto a casa.

Lo mismo había dicho la noche anterior. Comprendí que, a partir de ahora, me echaría en cara a menudo su regreso. Era como si, permaneciendo con vida, hubiera hecho un sacrificio por el que yo debía estarle agradecida para siempre. Había añadido que esos primeros días estaría muy ocupado. Había tratado de convencerme, empleando palabras y argumentos semejantes a los de la carta del revolucionario, pero adaptada a una niña pequeña. Yo lo había mirado, sin ver la más mínima rendija por la que mi amor pudiera llegar hasta él. Y, mientras hablaba, me había invadido una furia violenta. «¡Vete! —le había gritado con la mirada—, no me cuentes milongas, quizá podría haberte creído antes de llevar las bombas en el cajón de verduras o de leer a Rilke con la mano en la pistola.» Ya ni siquiera sentía compasión por él. Pensaba en lo que había dicho Lydia: «Verás como lo nombran diputado».

En la puerta, Francesco me abrazó; Tullio me estrechó la mano y me dijo:

—Adiós.

Entonces, de repente, me di cuenta de que, cuando él se marchara, ya no sabría a quién pedir ayuda. Durante muchos meses, Tullio había dispuesto los horarios y las tareas de nuestra jornada, y, al hacerlo, nosotros habíamos estado a salvo de nuestros impulsos, de nuestras reacciones. Me habría gustado retenerlo del brazo y preguntarle: «Y, ahora, ¿qué tengo que hacer? Pídame llevar más bombas, más manifiestos, vuelva a obligarme a echar a Tomaso de mi casa, oblígueme a mostrar la mejor versión

de mí misma». Pero estaba ya en la escalera con Francesco. Me quedé largo rato inmóvil, al otro lado del umbral, siguiendo con el pensamiento sus pasos, que se alejaban.

—Perdóname —me dice ahora Francesco con ternura—, perdóname, Alessandra... Di, ¿me has perdonado?

¿Cómo podría no perdonarse a un hombre que habla con un tono tan amoroso? Y, porque ese hombre es Francesco, yo enseguida me rindo, enseguida cedo.

—Perdóname —insiste él—. Sí: lo hice todo mal a mi regreso. Pero tal vez el error fuera mi regreso en sí. Habíamos sobrevivido todos al día de nuestra muerte. Pues, si hay un momento en el que se llega al límite último de nuestros recursos ideales, es aquel en el que se espera de hora en hora que vengan a llamarte para morir. Yo nunca había sido tan puro, noble y generoso como en esos días, y, precisamente porque me sentía así, me dolía morir. No comprendía que era justo ese adiós supremo lo que me impulsaba a ser el héroe de los mejores sentimientos viriles. Y, en efecto, quizá instintivamente, cuando supimos que éramos libres, yo me entretuve, fui el último en salir de la celda. Quería demorarme en el personaje que, allí dentro, parecía tan fácil ser. Estaba solo y, mirando a mi alrededor, murmuré: «Alessandra», pues cada instante de ese tiempo y cada progreso que había hecho en mí te los había dedicado. No hablaba de eso en el diario, porque me habría bastado con asomarme tan solo al vórtice de tu nombre, para que cada propósito mío quedara arrasado. Te habría escrito que me desesperaba morir, tal vez te habría pedido: «ayúdame», me habría rebajado, humillado. En lugar de eso, estaba orgulloso de ser el único de mis compañeros que no había llorado. Si hubieras leído esa amorosa desesperación en el diario, me habrías considerado un hombre débil, que había muerto lleno de sentimientos turbios, de odio y de rencor. Lo que yo quería era que pensases en un hombre para el que la fidelidad a sus principios morales era aún más fuerte que el amor. Quería permanecer, en tu recuerdo, semejante a como me habías visto los primeros días de conocernos. Muchas veces, al principio de esos amargos meses de

lucha, había estado a punto de ceder. No quería volver a trabajar con Tullio, después del armisticio. Tenía miedo. Y me fue muy difícil aceptar que no debía tener miedo, más aún, que debía luchar: si lo hice fue por ti, sí, aun a costa de que te pareciera que había perdido mi amor por ti. Prefería que me imaginaras así antes que, viéndome escondido en un sótano o vestido de fraile en un convento, pudieras recordar lo que te había dicho de mí, de mis propósitos, y constatar que no era más que un fanfarrón. Mira, ahora puedo hablarte con sinceridad: en la cárcel temía siempre que nos llevaran al paredón y nos fusilaran. Y pensaba continuamente en los gestos que haría en ese momento, en lo contenido que me mostraría, en la última palabra que pronunciaría. Me parecía que la elección de esa palabra era muy importante. Desde luego, no podría gritar «¡Alessandra!» al ver los fusiles apuntándome; y, sin embargo, era de verdad «¡Alessandra!» lo que habría gritado al gritar «¡Viva la libertad!». Te habría hablado enseguida de todo eso si, desde la celda, hubiera podido regresar, de un paso, a nuestro despacho. Pero, en lugar de eso, los compañeros fueron a recogerme y me fui con ellos. Entonces me di cuenta de que, desde que yo había ingresado en prisión, la ciudad no había cambiado nada. Lo primero que vi fue a una señora que llevaba guantes blancos y sacaba a pasear a un perro con correa. Estas son consideraciones nimias que los que no han estado en prisión quizá no puedan entender, pero resulta increíble que, mientras tú estás preso, entre cucarachas, alguien pueda pensar en sacar a pasear al perro. Son consideraciones expresadas tantas veces que se dan por sentadas, lo sé. Pero, con todo, nosotros pensábamos incluso que la ciudad entera estaba conteniendo la respiración, reunida alrededor de los que morían y de los que estaban presos. Luego vi a una pareja que andaba cogida del brazo, mostrando una afectuosa familiaridad en la forma de andar. Pensaba que la última palabra de amor que quizá pudiera dirigirte sería gritar tu nombre mientras gritaba «¡Viva la libertad!», y me parecía la manera más vehemente de decirte una palabra de amor. Pero, una vez más, no nos dio tiempo a expresarnos de la mejor manera. En los muros de la ciudad habían puesto placas con

indicaciones en otras lenguas, flechas y carteles. Pasaban otros soldados en camiones, pero estos sonreían y tenían las mejillas sonrosadas y bien afeitadas. Luego, cuando enfilé la calle en la que vivíamos, me asombró no ver nuestra casa carcomida, roída por el sufrimiento. En lugar de eso, nada manifestaba inquietud por mí, ni un solo cristal roto, ni una grieta en la pared de la escalera. Consideré fríamente que todo habría sido así aunque yo hubiera muerto. El error era mío, por haber sobrevivido. Mi única esperanza eras tú: creía que tú te habías quedado a salvo de todo padecimiento cruel, de los amargos regresos, y por eso me sustentaba en ti para volver a ser el que había sido en la cárcel y en el diario. Tú sola reconocerías en mí una cualidad superior; me contemplarías, atónita, yo podría contarte mi historia y tú la escucharías con espanto y admiración a la vez, sin intuir cuán fácil es, a veces, reducirse a la necesidad del heroísmo. Solo tú podrías salvarme, y me convencía de ello viéndote siempre igual, tan hermosa, pese a estar rodeada de cosas superfluas para la vida sencilla de un hombre. Aunque, poco después, me di cuenta de que habías adoptado la muletilla de decir «¿no?» de vez en cuando, como Tomaso. Cuando me informaron de lo que habías hecho, casi no podía creerlo, porque no quería saberlo. Pero ellos insistían. Y noté la vehemencia con la que querías impedirles que hablaran. Fue esa insistencia tuya lo que me sorprendió, pues reconocí en ella la tara secreta de todos los que han estado presos o han llevado bombas en la bolsa de la compra. Ahora tú, como yo, lo sabías todo: ya no podrías ayudarme. Por eso le pedí a Tullio que me dejara seguir trabajando con él, le rogué que me dejara trabajar como un poseso. Me remordía la conciencia dejarte sola, pero seguía haciéndolo, quería estar solo, solo del todo, como lo había estado en la cárcel, para recuperar mi aplomo de entonces. Y, poco a poco, sentí alejarse el tiempo de nuestra muerte, el modelo del héroe viril había desaparecido en mí. Sí, es verdad, me dijeron que saldría elegido diputado. Y, de la misma manera que, en la cárcel, escondía mi amor por ti tras el sentido del deber, escondía ahora tras las obligaciones imprescindibles que me empeñaba en hacerte respetar la mísera ambición de no ser solo alguien que había

sobrevivido al mito del héroe viril, sublimado en la muerte. Oh, perdóname, Alessandra, perdóname...

Pero yo ya no perdonaba. Desde que me había despedido de Tomaso, estaba siempre sola, no sabía con quién hablar, con quién sincerarme. Durante el día, apenas veía a Francesco, porque solía entretenerse en el centro y, al no poder avisarme porque las líneas telefónicas estaban cortadas, a veces lo esperaba para almorzar, pero tardaba y tenía que calentarle la comida a cada rato. Él estaba siempre ocupado con sus amigos y parecía querer mantenerme lejos de sus intereses y su actividad. A veces, me preguntaba por qué seguía amándolo: el rencor, el desprecio y todos los malos sentimientos que cultivaba por él eran otras tantas maneras de amarlo. Una tarde en que se quedó en casa, traté de hablarle del tiempo en que habíamos estado separados. Era consciente de que él eludía siempre ese tema. Esperaba al menos que se interesara por el trabajo que había hecho con Tullio y que él continuaba entonces. Francesco me concedía una atención cariñosa y distraída. Me rebajé incluso a hablarle de un vestido nuevo que quería comprarme. Pero mis palabras ya no suscitaban eco alguno en él, y, si de noche nos separaba un muro, de día lo hacía un libro.

Los compañeros venían con frecuencia a visitarnos, por las tardes, para hablar de Tullio y de lo que estaba haciendo en el norte. Rápidamente, el largo día se alejaba de la ciudad y, al desaparecer, asumía, a ojos incluso de quien lo había vivido, el valor de una leyenda heroica. Y, sin embargo, había sido nuestro tiempo más hermoso, el que debíamos tener en mente para justificar ciertos aspectos de nuestro carácter, como se hace con la infancia. En efecto, muchas veces, al hablar, decíamos: «¿Recuerdas?», como hacíamos Fulvia y yo. También entre compañeros, ya no teníamos nada que decirnos: la amistad que fingíamos tener era ficticia. En realidad, habían vuelto a ser los amigos de Francesco. Y, cuando traían a un nuevo amigo o compañero, me lo presentaban diciendo brevemente «la señora Minelli» y, arrastrándolo enseguida del brazo, pese a su voluntad de dirigirme alguna frase de cortesía, se lo presentaban a Francesco

con una voz muy distinta y se ponían a ilustrar las aventuras de mi marido, de sobra conocidas ya. Yo estaba contenta de que no aludieran a las modestas misiones que había hecho yo, pues, para mí, poseían un valor absolutamente personal, y me irritaba que otros dispusieran de ellas libremente. Sin embargo, a veces me daba por sospechar que las bombas que había transportado eran falsas, que solo las que habían llevado los hombres constituían un peligro verdadero. Dudaba del contenido de los manifiestos, recordaba que los mensajes eran en su mayoría frases insulsas, semejantes a las que aparecen en las gramáticas de lenguas extranjeras. Tal vez no significaran nada. Empezaba a creer que las habían preparado con el único fin de burlarse de mí. Pero, aun siendo falsas, no habría tenido importancia, pues yo las había llevado con el mismo miedo, igualmente había aceptado correr el riesgo. Y, ahora, estábamos todos aquí, todos a salvo, todos libres.

Por eso, intimidada, solía quedarme en un rincón, sin decir nada. Absorto en su discurso y en el círculo de simpatía que se formaba a su alrededor, en toda la velada Francesco solo se volvía a mí para decirme: «¿Me sirves un poco de limonada, por favor, querida?». Yo se la servía, y luego volvía a sentarme, callada, recordando la manera en que Sista planchaba la camisa blanca de mi padre, la saña con la que aplastaba la plancha contra el cuello. Eso debía de procurarle cierto alivio.

Casi a última hora de la tarde, se presentó Tomaso en casa.

—¿Está el jefe? —preguntó sonriendo.

Me sobresalté al verlo. Además, con esa frase que nos vinculaba al tiempo de nuestros primeros encuentros, temí tener que volver a empezar todo de nuevo.

—No —contesté a media voz—, no está.

Tomaso aún no había visto a Francesco porque, en cuanto la ciudad había sido liberada, había tenido que marcharse a Nápoles por un asunto del periódico. Todas las mañanas compraba el diario y, cuando veía su nombre, lo doblaba y me lo llevaba a casa bajo el brazo. En esos momentos todavía me sentía una mujer guapa.

Tomaso entró en el despacho y miró a su alrededor, despacio,

como había hecho Francesco. Pero me parecía que su mirada, ardiente y melancólica, me buscaba a mí en las paredes, buscaba los rasgos de mi rostro.

—¿Eres feliz, Alessandra? —me preguntó mirando un punto vago en el que seguro había encontrado mis ojos.

Vacilé un instante y luego dije en voz baja:

—Sí.

Hubo un silencio entre nosotros, pesado e incómodo.

—Ya, entiendo —dijo él—. Estaba más tranquilo cuando no podía salir de casa de Saverio o, después, cuando estaba en Nápoles. Pensaba que tú me esperabas y que me encontraría contigo a mi vuelta. Ahora ya no tengo ni un momento de paz.

Hizo una pausa antes de proseguir:

—Debería haberme quedado esa noche. No debería haberte obedecido. Aquellos días, valía más una orden de Tullio que un certificado de matrimonio. Debería haber aprovechado esas leyes. También por tu propio bien.

No quería que hablase así.

—Tomaso... —lo reprendí.

—Perdóname —murmuró arrepentido.

Calló un momento, y yo sentía un temor difuso pero irresistible. En dos pasos, como quien no quiere la cosa, puse entre los dos el escritorio lleno de papeles. Hojeando una revista, Tomaso preguntó:

—¿Dónde has puesto la traducción?

—Ahí, porque aquí...

—Entiendo.

En pocos días, el escritorio se había dejado invadir por Francesco sin oponer resistencia.

—¿Qué ha dicho de la traducción?

—¿Quién?

Tomaso seguía hojeando la revista sin responder.

—Ah —dije en voz baja—. No la ha visto todavía...

—¿Y no te ha pedido que...?

Lo interrumpí:

—Pero si ni siquiera sabe que la estoy haciendo...

Entonces, por primera vez, levantó los ojos para mirarme: su mirada expresaba una interrogación. Y, ahora que Francesco había vuelto, yo me sentía indefensa.

—¿A qué has venido? —le pregunté con hostilidad.

—A verte. Te he llamado nada más volver, pero las líneas siguen cortadas. Aun así, me parecía oír sonar el timbre en la casa: conozco las vibraciones, el eco. Sé que, al hablar, pones la mano entre tu boca y el micrófono, como si te avergonzaras de lo que dices.

Calló un momento, y sentí que se me cortaba la respiración de golpe. Pero Tomaso tenía miedo de herirme y, por eso, se puso a hojear la revista de nuevo y dijo, cambiando de tono:

—He venido a saludar al jefe.

Me di cuenta de que llevaba mucho tiempo sin hablar. Al final, Francesco volvió a casa y Tomaso y él se abrazaron. Estuve a punto de impedirlo: temía que, con ese gesto, Francesco se enterase de todo. Quizá apartara una mano, de golpe, y la mirase estupefacto, murmurando «¿qué ocurre?». Grité dentro de mí para advertirlo. «No —decía—, no, ayúdame, no lo abraces, insúltalo, échalo de aquí.» Pero Francesco no oía cómo resonaban mis gritos de súplica en la habitación: estaba sordo, y fue la única vez en que lo miré, disfrutando del engaño, como hice con mi padre cuando fui a llamar por teléfono a la villa Pierce.

—He venido a saludar al jefe —dijo Tomaso.

—Ya era hora —exclamó Francesco, reprendiéndolo con alegría—. Siempre estás de broma —le dijo y, dándole una palmada en el hombro, añadió—: Cuánto me alegro de verte.

Durante toda la noche siguiente, tuve pensamientos muy agitados. «No —me atormentaba—, no quiero que Francesco me reduzca a esto.» Cuando Tomaso se marchaba ya, le dijo: «Vuelve pronto», a lo que este respondió: «Gracias, quizá mañana», mirándome mientras lo decía, como para pedirme que le confirmara la cita. Conocía la tenacidad de Tomaso y sabía que la pondría en práctica, incluso en contra de mi voluntad. Al lavarme la cara esa noche, me miré al espejo. «Sí», repetí, para medir con cuánta firmeza había contestado a su pregunta sobre si era feliz.

Luego me aseguré de que las líneas seguían cortadas y suspiré aliviada. El día siguiente lo pasaría entero fuera de casa, pero no sabía adónde ir. Me di cuenta entonces de que mi madre y yo nunca habíamos tenido amistades. Tullio parecía ser el único que había intuido mi carácter y el fervor apasionado que albergaba. Pero ya no era posible comunicarse con Tullio: había cruzado el frente, y Francesco se arrepentía de no haberlo seguido.

—¿Por qué no lo has hecho? —le pregunté.

—Por ti —contestó.

Fui incapaz de contener una risa malvada, llena de desprecio.

—¿Por mí? ¿Y para qué? Si no hemos salido ni una sola vez juntos, no hemos hablado nunca, ni un momento siquiera.

Él protestó, y, al oírlo repetir que eran días particularmente difíciles, me incorporé en la cama de un salto, con una expresión que lo inquietó.

—Oh, no, Francesco, no, ¿eh? Tú y yo ya no creemos en esas cosas.

Él se volvió de lado y apagó su lamparita. En el pequeño círculo de luz, al otro lado de la cama, yo yacía junto a un abismo tenebroso.

Ya no era capaz de dominar mis pensamientos: veía la mirada de Tomaso llegar hasta mí a través de la exigua defensa del escritorio. No me sentía a salvo, pues me parecía que él había intuido mi debilidad. El despiadado tictac del despertador me advertía de que el paso fatal del tiempo no me permitiría prolongar ese conflicto. Tomaso vendría seguro al día siguiente. Lo oía subir los escalones de dos en dos. Era el paso con el que había imaginado que subiría Francesco a mi encuentro, a su regreso. No quería confundirlos en esa inaceptable promiscuidad, no quería que se saludaran con afecto. Los prefería adversarios, pero, en lugar de eso, se convertirían en amigos. Era eso lo que temía: se harían inseparables, manifestarían los mismos gustos, adoptarían las mismas costumbres. Tomaso vendría a casa cada vez más a menudo: todos los días. Si no pudiera venir algún día, Francesco notaría su ausencia, puede incluso que se pusiera de malhumor. «No», me decía, pero mi sangre circulaba al ritmo de ese paso en la

escalera. Al día siguiente, Tomaso llamaría al timbre y, al cabo de unos instantes de espera, volvería a llamar. Timbrazos cada vez más largos, sin parar: una llamada suplicante. «Tiene que abrir —se diría—, abrirá.» No es posible que una persona enamorada llame y nadie responda. Sin embargo, yo llamaba a Francesco toda la noche y él nunca respondía. Agucé el oído y oí un timbrazo sordo, insistente: ya estaba ahí Tomaso, llamando. El sonido brotaba sin cesar, incansable. Trataba inútilmente de distraerme, aplastaba la oreja contra la almohada para no oírlo, pero me taladraba la mente. «Rápido, Alessandra —había dicho Tomaso ese día—: me están siguiendo.» El sonido no cesaba. Entonces, me levanté y fui a la puerta, porque cuando alguien está en peligro, hay que responder siempre. «Aquí estoy», decía, respondiendo al sonido. Abrí, pero no vi a nadie, la escalera estaba oscura y las puertas, cerradas. El sonido persistía, implacable. Temí que fuera Francesco el que llamaba, y corrí enseguida a la habitación. Dormía, con el rostro inmóvil y los brazos cruzados sobre el pecho para defenderse. «Pero si no lo consigues...», me desafiaba la abuela. Le había contestado con insolencia: «Si no lo consigo, me mato».

Al día siguiente, salí por la tarde temprano, aunque no supiera adónde ir. No tenía dinero y, aparte, nunca había tenido, como tantas otras mujeres, el gusto por comprar, que es también una manera de hacerse valer. Le rogué a Francesco que saliera conmigo, pero estaba ocupado. Fui a sentarme a Villa Borghese. Me había traído un libro, como solía hacer cuando aún iba al instituto. Conforme declinaba la luz, me fue embargando un temor melancólico. Me habría gustado que nuestra casa tuviera una bonita ventana rodeada de árboles y que las golondrinas los sobrevolaran en círculos. Nuestras ventanas, en cambio, daban a unos campos tristes de los que nos separaba una hilera de casas blancas, altas, alineadas de cualquier manera. Al atardecer, las cocinas se iluminaban una encima de la otra. Cuando era niña, las ventanas iluminadas despertaban mi curiosidad: quería conocer la historia de sus habitantes. Pero ahora ya sabía que en las casas siempre hay historias tristes, por eso ya no quería mirarlas.

Volví bastante tarde, y el portero me entregó una nota de

Tomaso.

—Me ha dicho que se la diera cuando la viera a solas —me dijo escuetamente.

Mi primer impulso fue reprenderlo, pero me retenía la complicidad que se había establecido entre nosotros a causa de la fotografía. El suyo, por otro lado, era un oficio delicado en el que se saben siempre demasiadas cosas que hay que fingir no saber. Yo ya había comprendido que era un buen hombre: no quería dejarme sola la noche en que detuvieron a Francesco. Con frecuencia, me quedaba pensando con estupor que había mucha gente verdaderamente buena en el mundo. En realidad, nunca había conocido a nadie que fuera del todo malvado: hasta el oficial que había detenido a Francesco debía de ser bueno. Me había dado cuenta al oírlo hablar con tanto pesar de su casa y sus libros. Me parecía que, con tantas personas buenas en el mundo, sería fácil ser siempre felices. Pero ocurrían cosas que nunca nos lo permitían, por lo que uno estaba obligado a detener o a matar, en lugar de leer a Rilke.

Nada más entrar en casa, desdoblé la nota: Tomaso decía que había venido y había llamado al timbre cerca de media hora. Yo no había querido abrir, pero él volvería al día siguiente, y al otro, hasta que me decidiera a abrir. Todo eso estaba expresado amorosamente, como él siempre se dirigía a mí. Había caminado largo rato, estaba agotada, y me costaba pensar con claridad. Pensaba: «Sueño hambre Francesco Tomaso».

Fui a la cocina, cogí un trozo de pan y lo mojé en agua como hacía Sista. Reconocí ese sabor blando y fue como volver al tiempo en que mi madre estaba viva y la esperábamos en la cocina. También Sista era buena. La recordaba, inclinada, atándole a mi madre los zapatos. En el mundo éramos todos buenos, pero estábamos dispuestos a demostrarlo en momentos distintos, por eso no coincidíamos nunca. Si Tomaso hubiera tenido teléfono, lo habría llamado para decirle: «No llames a la puerta, te lo ruego, no lo hagas. No lo hagas —le habría suplicado—, porque, al final, claro, acabaré por abrir».

Después de cenar, Francesco y yo nos sentamos en el despacho. Él había vuelto a casa de buen humor, y yo había intentado acompasarme a él, esperando que nos diera tiempo a pasar una velada feliz. Al otro lado de la ventana se extendía la desesperante vastedad del aire del verano, pero, en el despacho, en cambio, el ambiente era íntimo y acogedor. Sin embargo, mirando alrededor, reconocía en todas partes las señales de la soledad que había vivido entre esas cuatro paredes. Los cojines de los sillones ya no estaban hinchados ni arrogantes, mostraban una docilidad hogareña. Francesco estaba sentado en el mismo sillón donde se sentaba Tomaso cuando venía a verme.

También las visitas de Tomaso, pensé con un escalofrío, habían servido para darle vida a esa habitación. Pensé incluso en que el despacho debía ese carácter intenso, que sorprendía a todo el que entraba por primera vez, a las horas que habíamos pasado juntos allí. «Qué agradable es esta habitación, Alessandra», decían. Y yo respondía siempre de la misma manera, se había convertido en una costumbre: «Se nota que la vida la hago aquí: la casa es tan pequeña que no tengo más remedio que pasarme aquí todo el día».

Desde el sillón donde se sentaba Francesco, veía venir hacia mí la mirada tierna y sonriente de Tomaso.

—No sé si me quieres más a mí o a esta habitación —le reproché una vez en broma.

—A las dos por igual —contestó él sin dudar—. Esta habitación eres tú: sin ti no tendría ningún encanto.

Yo sonreí, y él prosiguió:

—Es tu mundo. De tu mundo se enamora uno nada más conocerlo. Por eso, es imposible resignarse a aceptar de ti solo una hora o un día.

En la tibieza compacta de esa habitación, descubrí una especie de heroísmo: me parecía que se había vuelto tan íntima y acogedora a costa de mis padecimientos. Los reposabrazos de los sillones estaban suaves de tantas veces como había pasado las manos febrilmente por ellos, cuando no era capaz de dominar mi angustia por Francesco o el deseo de llamar por teléfono a Tomaso. Por eso, con una oleada de gratitud, rememoré todas las horas

atormentadas que había vivido allí, la noche en que leía a Rilke y tenía una mano sobre la pistola; mi inquietud, que se había mezclado con el humo de los cigarrillos baratos que fumaba cuando estaba sola. Había sido una prisión, una celda, una cámara de tortura, pero ahora tenía enfrente a Francesco, y podía mirarlo mientras leía. Había que defender esa habitación como nos habíamos defendido de la tentación de rendirnos.

—Francesco —le dije—, me gustaría hablar contigo.

Levantó los ojos del libro, sorprendido.

—¿Qué pasa? —preguntó rozándome apenas con la mirada antes de retomar su lectura.

Yo contemplaba su rostro, su figura bien proporcionada, sus manos, que, al moverse, suscitaban en mí un amoroso deseo. Oh, lo amaba intensamente. Resplandecía al mirarlo; me enriquecía con una dulce ternura, un orgullo consciente. Nunca había estado tan hermosa como en ese momento.

—Me gustaría hablar contigo —repetí con dulzura.

Francesco dejó el libro abierto sobre el regazo, en actitud de espera.

—En estos meses en que tú estabas escondido, primero, y luego preso, alguien se ha enamorado de mí. Yo estaba sola, y ese amor, tan entregado e insistente...

—¿Has tenido un amante? —me interrumpió serio pero tranquilo, tratando de disimular la gravedad de su pregunta.

—¡No! —contesté de inmediato, a medio camino entre el triunfo y el espanto—. No... Pero ha sido una tentación perturbadora.

Hice una pausa y luego añadí bajito:

—Era un amigo tuyo.

Francesco no me preguntó enseguida quién era, y eso me decepcionó. No quería que se imaginara un rival de poca categoría, un hombre mediocre, al que habría sido fácil resistirse. Esperaba que me preguntara «¿quién es?», formulaba esa pregunta en mi fuero interno, se la sugería, pero su silencio me desconcertaba.

Francesco jugueteó con las páginas del libro con un gesto de desprecio. Al fin dijo:

—No me gustan esos hombres que se aprovechan de la ausencia del marido para cortejar a la mujer. Sobre todo cuando el marido está preso. Ni son leales ni juegan limpio.

—¡Pero estaba enamorado de mí!... —protesté angustiada, temiendo que malentendiera a Tomaso, que lo rebajara.

—¡Sí, ya, bueno!... —exclamó Francesco con ironía—. ¡Enamorado, ya ves!... No, no me gustan esos hombres. Y estoy seguro de que tampoco a ti.

Dijo eso y acto seguido reanudó su lectura. No me preguntó de quién se trataba, no quería saberlo, como ocurría con otros muchos problemas que él descartaba enseguida, con un juicio somero. El temor de un juicio tal me hacía imposible seguir hablando. Si le hubiera confesado cuán fuerte había sido mi tentación, él me habría despreciado, tal vez, o habría dudado de mi amor por él. Por otra parte, era difícil hablarle después de haberlo oído decir «enamorado» como había dicho mi padre «divertirse», hablando de Francesco. Traté de mantener la calma, con el fin de defenderme y, a la vez, defender a Francesco y defender ese despacho. Para eso era necesario que me entendiera. Quería que entendiera que debatirse en una guerra como esa, sin más punto de apoyo que la propia conciencia, no había sido tan fácil como él creía. Quería hablarle de las noches que había pasado en vela, de las palabras que me había dicho Tomaso. Francesco no debía ignorar la batalla que yo había librado, las dudas que me habían asaltado, el deseo contenido, sofocado con violencia. Había tenido que combatir todo cuanto era bello, vivo y atractivo. Y si él había resistido a fuerzas brutales y malvadas, contra las cuales es natural luchar, yo había resistido al amor.

—Francesco...

Lo llamé así, sintiéndome desamparada, como suplicándole que entendiera que había sido muy difícil, y que no debía decir «las mujeres», sino «tú, Alessandra», una mujer, con el cuento de hadas que toda mujer alberga y que es más importante que nada, más incluso que la libertad. Lo miraba asustada, temiendo que no fuera ya el hombre con el que paseaba en el Janículo, si ya ni siquiera era capaz de recordar mi carácter romántico ni lo

importantes que eran ciertos sentimientos para mí. Temía que hubiera olvidado todo cuanto me había cautivado y llenado de alegría con él cuando lo esperaba, cuando estaba en sus brazos. Temía que mi marido se hubiera convertido en un mero pariente, en mi marido sin más. ¿Qué derecho tenía «mi marido» de sentarse en esa habitación?

—Ayúdame, Francesco —le pedí—. ¿Por qué nunca me has ayudado?

Él volvió a dejar el libro. Me miró sorprendido y hasta me pareció ver que estaba molesto conmigo.

—¿Cómo podría ayudarte, Sandra? —me preguntó sin alterarse—. Hay momentos en que cada uno sabe bien lo que debe hacer. Una mujer debe saberlo mejor que nadie, debe ser un saber inherente a ella. Tú lo has sabido, de hecho. Me parece inútil detenernos más en este tema.

Yo no contesté, enmudecida por su fuerza. No es verdad que una mujer sepa bien lo que debe hacer, lo sabe solo por principio, y los principios no cuentan. Yo no lo sabía en absoluto, sobre todo desde que él había vuelto, y su persona contrastaba con la imagen que me había hecho de él, en su ausencia, y en la que me había apoyado.

Me habría gustado echarlo del despacho, sacarlo de mis pensamientos y de mi vida, pero sentía que nunca me habría atrevido a cerrar la puerta tras de él. «Ayúdame, Francesco», le suplicaba dentro de mí, pues lo amaba demasiado para rebajarme a suplicarle con palabras. Me había acostumbrado a llamarlo con mi silencio, esperando que supiera oírme. «Todavía estamos a tiempo —le decía—, tú solo puedes salvarme: ¡sálvame!» Pero él nunca me oía.

Mis sollozos lo arrancaron de su lectura. Se me acercó y me acarició el cabello.

—¿Por qué lloras, querida? —me dijo con ternura—. Estoy seguro de que no has hecho nada malo.

Sí, reconozco que, desde esa tarde, mis recuerdos se han vuelto borrosos, confusos. Las sensaciones perduran nítidas en mí, aunque

embrolladas en modo sumo, no sabría asignarles una fecha ni una hora precisas, pues parecen dispersarse todas en una noche oscura e interminable.

Fue después de esa conversación, en apariencia pacífica, cuando comenzó la noche terrible. Se inició con un sueño pesado en el que sufrí una pesadilla que después volvió a asediarme con frecuencia en los escasos momentos en que conseguí dormir.

Soñé que era un perro. En el sueño, era consciente de mi nuevo estado. Era un perro viejo y, aunque no podía verme, sentía el peso del viejo pelaje sobre la delgadez humillante de mi cuerpo. Era de noche, yo caminaba con la cabeza gacha, quizá porque me colgaban las orejas, como las trenzas cuando era niña. Caminaba pegada al muro, porque este me protegía del frío; caminaba y caminaba, esperando que el muro se abriera y me acogieran en una casa caliente donde al fin pudiera descansar y dormir. Estaba exhausta, calambres de hambre me retorcían el estómago. De vez en cuando, sorprendía una puerta abierta y me apresuraba a pedir asilo. Animada por una alegría confiada, me sentaba, mirando a los habitantes de la casa y prometiendo dedicarles toda la vida que me quedaba. Los miraba, comprometiéndome en una grave promesa, que se plasmaba en el porte de mi cabeza y de mi hocico, noble y altivo. Pero todos me echaban enseguida duramente, y, de nuevo, me hallaba fuera, en la calle, sin haber saciado mi hambre y, sobre todo, sin haber podido demostrar mi amorosa fidelidad. Mortificada, me sentaba en el polvo, a la sombra del muro. Volvía a hacer lo mismo, y de nuevo era rechazada. A veces me sentaba durante horas en la puerta, esperando con paciencia a que me llamaran: era imposible que nadie quisiera a un perro bueno como yo.

Cuando despertaba, me costaba quitarme de encima la sensación de esa grave humillación. Poco a poco iba dejando de ser un perro, pero permanecía tensa y sobrecogida, el corazón me latía acelerado. Francesco dormía a mi lado, él podía dormir incluso cuando yo era un perro y todos me echaban. El despertador no paraba, no se saltaba un solo día, una hora. La noche se hacía interminable.

Despertaba a Francesco, le hablaba del perro, y él me confiaba que a menudo soñaba con que seguía preso. Creo que pasaba mucho tiempo sola, porque tengo el recuerdo de un timbre que suena insistentemente, y me veo paseando de un lado a otro, enloquecida, entre las paredes desiertas, retorciéndome las manos y tapándome los oídos, pero reuniendo pese a todo las fuerzas necesarias para no acudir a abrir.

Otras veces, no salía de la cama en todo el día. Francesco me acariciaba el cabello, me decía que estaba demasiado cansada, que tenía que llamar a un médico. Sufría un temblor constante, bajo la piel, y la frente y la nuca se me ponían rígidas como el acero. En esos días, oía sonar el timbre incluso cuando Francesco estaba en casa. Él estaba sordo, o quizá fingía no saber lo que significaba ese sonido. «Quédate conmigo», le rogaba. Pero estaba siempre sola, incluso cuando él se quedaba. Y me daba miedo quedarme sola: me sentía dominada por una fuerza que me arrollaba. «No me dejes», le suplicaba. Entonces él me señalaba el despertador, lo comparaba con su reloj de pulsera, se sobresaltaba y, al poco, oía cerrarse la puerta de entrada. Corría a asomarme a la terraza. Tal vez, si, arrojándome al vacío, cayera delante de él, Francesco me miraría, al fin. «Sí —pensaba, inclinándome sobre el parapeto—: justo ahí, donde termina el asfalto.» Francesco salía por el portal y, sin darse cuenta, me pisaba, sentía sus zapatos duros sobre mi rostro, sobre mi cuerpo tendido, inerte, en la dócil postura de la muerte. Me atormentaban las palabras de la abuela: «¿Y si no lo consigues?». «Si no lo consigo, me mato —le respondía—. Me mato, me mato.» Esas palabras se repetían en mí convulsamente, como un disco rayado. Nunca veía el rostro de Francesco. Trataba entonces de imaginármelo, con tanta intensidad que el llanto me empañaba los ojos. «Amor mío —me habría gustado decirle—, tengo miedo, tengo mucho miedo de que pueda ocurrirme lo que le ocurrió a mi madre.» Tenía la precisa sensación de que no sería capaz de dominar mis gestos. Me abrazaba a Francesco para que él, deteniéndome, me impidiera hacer aquello que me había propuesto hacer durante todo el día. Solo se me relajaban los nervios cuando imaginaba el frío de la pistola sobre mi sien. Entonces me quedaba

dormida, envuelta en un agradable frescor. «Duerme —anhelaba que Francesco me dijera—, duerme entre mis brazos, te amo tanto.» Era una bonita noche fresca, y mi madre daba vueltas a mi alrededor como la brisa. Yo era un perro, sentado en el jardín de la villa Pierce, a la sombra de un gran árbol: feliz, apoyaba el hocico en la hierba. Por fin podía ver los blancos pavos reales, que abrían sus plumas en abanico, y las orquídeas en los árboles, las mariposas de alas de colores y el gran cedro del Líbano, habitado por un caballo. «Sandi —decía mi madre, viniendo a mi encuentro con su paso elegante—. Oh, ¡deberías arrepentirte de llegar tan tarde!»

Me quedaba dormida junto al árbol. Quizá nadie pueda entender lo que significa para un pobre perro cansado apoyar la cabeza sobre la hierba tupida y húmeda de un prado. Tomaso se arrodillaba a mi lado y, acariciándome apenas el cabello, me decía que ya nunca saldría de la villa Pierce, que él velaría por mí, que no dejaría que nadie se me acercara. Me acariciaba con dulzura, y yo volvía a sentir en mis venas la fuerza de la juventud. Feliz, levantaba la cabeza para mirar a Tomaso a los ojos. Era la primera vez que los ojos de un hombre me mostraban tanta benevolencia.

Estaba en casa a todas horas, y la voz de Tomaso llegaba hasta mí por el teléfono, que volvía a funcionar porque Francesco era ahora una persona influyente, decían algunos que pronto sería subsecretario. Me proponía no responder, pero luego temía que fuera una llamada para Francesco. En realidad, sabía que era Tomaso. Le decía: «¿Me amas de verdad? Entonces, te lo ruego, pide en el periódico que te manden de viaje».

Pero ni siquiera Tomaso, que tanto me amaba, quería ayudarme.

Francesco y yo nos mirábamos como enemigos, o al menos yo lo miraba así. Era evidente que lo que más lo hostigaba era mi amor por él. Una noche que salimos juntos, me sentía nerviosa y turbada, como si fuera la primera vez que salía con un hombre. Pensaba que pasearíamos despacio, hablando sin mirarnos, como en los primeros tiempos, disfrutando de la dulce complicidad de la noche de verano. Sin embargo, él dijo que quería ver no sé qué

documental. Era un cine de barrio, cercano a nuestra casa. A la vuelta, caminábamos callados, soñolientos, entre casas blancas, por las calles desiertas y melancólicas. De pronto brillaron numerosas luciérnagas, la brisa traía un aroma a madreselva. Y, al verlas, la decisión que había tomado de morirme se tambaleaba, no resistía a la idea de no ver nunca más las luciérnagas, de no sentir el aroma de las madreselvas.

Estábamos en la cama cuando le dije a Francesco:

—Amor mío, tengo algo que decirte.

Él se volvió hacia el despertador y objetó:

—¿Ahora?

—¿Cuándo, si no? Nunca nos vemos.

—¿Me estás reprochando que trabaje?

—Oh, ¿por qué dices eso, Francesco? Pero trabajar no es lo único importante. No debemos reducirnos a eso. Yo estoy dispuesta a renunciar a todo salvo a estar contigo, a hablar. Ya no sé lo que piensas, y, si no sé lo que piensas, ya no sé a qué aferrarme. Por eso temo tomar una dirección distinta a la tuya...

—No, mujer —dijo él—, no te atormentes...

—Sí que me atormento. Ya todo es más importante que nuestras conversaciones, que nuestra intimidad, no lo niegues. Basta que llegue un amigo, que se publique un editorial importante, para que te distraigas. Mira, a un amigo le dices: «Perdona, no puedo recibirte, tengo una cita con Alberto», pero nunca le dices: «No puedo recibirte porque tengo que hablar con Alessandra». Si te convocan a una reunión, y tienes un compromiso previo, dices: «Disculpadme, lo siento mucho, pero no puedo». Sin embargo, accederías enseguida si el compromiso fuera pasar la velada conmigo. Para nosotros siempre hay tiempo, crees tú, pero al final nunca lo tenemos, pues tú hablas con todos menos conmigo, y todos te conocen, todos saben cómo piensas; solo yo no sé nada de ti.

—Hemos tenido toda la velada para hablar...

—¿Cómo íbamos a hablar en el cine, dime?

Estaba tan desconsolada que hice un último intento:

—Oye, ¿por qué no nos vamos a vivir a Capri, los dos juntos?

Tú podrías escribir libros, y yo gano lo suficiente con las traducciones. Además, estamos acostumbrados a gastar poco.

Le hablé del gran ventanal, de todo lo que había imaginado Tomaso. Pero él sacudió la cabeza, como mi padre.

—Ojalá —suspiró—. Más adelante, quizá.

Y, cuando me contestaba así, yo sentía que me invadía un intenso rencor. Me besó en la mejilla y me acarició el cabello.

—Ahora, duerme, querida —dijo disponiéndose a dormir.

Sufría tanto que su caricia me ardía en el cabello como una plancha al rojo vivo.

—Perdona, no puedo dormir, Francesco: hazme compañía. Tengo tanto miedo de...

Me avergonzaba confesarle la obsesión que me atormentaba: tenía miedo de que me reprendiera, como hacen los padres con los hijos.

—Es que... pienso que no viviré mucho más tiempo.

Me sonrojé al decir esto. Entonces pensé que, si me sonrojaba por confiarle mis pensamientos, todo había terminado de verdad entre nosotros. Él me tranquilizó, diciéndome que tenía una salud de hierro, y me aconsejó muy atento que fuera a pasar unos días con mi padre, ahora que el calor se había vuelto sofocante.

—Yo tampoco me encuentro bien —añadió.

Entonces me pareció necesario que él lo supiera, sentí el deber de comunicarle mi propósito desesperado, para que me brindara su ayuda.

—Escucha, Francesco —le dije—. Tengo miedo de acabar como mi madre.

Él demostró no dar mucha importancia a mis palabras.

—Qué bobada —dijo—. No debes pensar en esas tonterías. Tú eres muy distinta a tu madre.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté a la defensiva.

—Tú eres tranquila, seria, razonable...

Yo lo miraba estupefacta, preguntándome si era de mí de quien hablaba.

—Tu madre, en cambio...

No se decidía a seguir hablando, pero yo quise empujarlo a

sincerarse del todo:

—Mi madre, ¿qué? —insistí.

—No sé... —prosiguió inseguro—. Yo no la conocí, pero...

—Pero ¿qué? Dime, dime.

—Pienso que era un poco exaltada...

—Ah —contesté con un tono gélido—. Entiendo.

Francesco trató de disculparse:

—No sé, igual te molesta lo que he dicho. ¿Te molesta?

—No, ya ves tú.

—Pero es que lo pienso de verdad —prosiguió con seriedad—, es más, me gustaría que también tú pudieras convencerte de ello.

—Ya. Entiendo. Pero no es fácil.

Después callé, desbordante de ira. Me sentía como un lago liso, helado, bajo el cual el agua corre veloz, torrencial. Francesco le dio cuerda a su reloj y lo puso en hora con el despertador.

—Buenas noches, querida —dijo.

Tras besarme en la mejilla, me volvió la espalda, dejándome sola con mis pensamientos, al otro lado del muro.

Despierta, inmóvil, recordé la época en que éramos novios e íbamos a besarnos a la sombra de los muelles del Tíber, cerca de donde había muerto mi madre. Yo hablaba de ella, y Francesco me mostraba que me escuchaba con devoción. Quizá la juzgara severamente ya desde entonces. Sin embargo, seguramente se daba cuenta de que, después de hablar de ella, yo lo besaba con más ardor, y por eso me incitaba a hablar. Nos asomábamos al parapeto, en medio del viento, yo me subía el cuello de mi vieja gabardina. Él entonces era un hombre solitario, lo cautivaba descubrir el fantasioso mundo de una muchacha cuya madre se había suicidado por amor. Pero ahora se trataba de su mujer; poco a poco, de manera calculada, su intención era cambiar mis rasgos distintivos. Le habría gustado que, en mi vejez, me pareciera a su madre, con su sobrecuello blanco bien puesto, su doncella de uniforme almidonado y su bonito juego de té. Había dicho que yo era tranquila, serena, razonable: ¿cómo podía pensar de verdad eso de mí? Sospeché que, mediante esas palabras, Francesco quería proponerme un modelo de conducta. Una vez me había dicho: «Me

gustaría que vistieras con más elegancia». Quizá pensara ya en mí como en la mujer del subsecretario.

—Entonces —le pregunté en un momento de esa noche oscura, nebulosa—, ¿tú piensas que deberíamos resignarnos, aceptar el matrimonio?

Esperaba, temblando: todo en mi vida dependía de su respuesta. Él se encogió de hombros, suspirando, y dijo:

—Es la institución más antigua.

Me arrojé al suelo a su lado, me abracé a sus rodillas, suplicándole:

—No, Francesco, no, no...

El odio y el amor se confundían en mí de manera tan profunda que, a la vez que lo abrazaba, habría querido hacerle daño.

—Pero ¿qué he dicho? Es una consideración de orden general. Todo eso no tiene nada que ver contigo y conmigo. Yo te aprecio, Alessandra, el nuestro es un matrimonio feliz.

Oí cerrarse de un portazo la puerta de casa. Soñé que era un perro cansado que caminaba al otro lado del muro.

Había que aceptar el matrimonio. Por eso él nunca había querido que le hablara de Tomaso. Lo había intentado muchas otras veces. «Quisiera hablar contigo», empezaba diciendo. Francesco no levantaba la cabeza de sus escritos, del periódico, del libro. «Quisiera hablar contigo —repetía, tratando de que se oyera mi voz desde el otro lado del muro—. Escúchame, quisiera hablar contigo.» Pero siempre había un automóvil esperando en la puerta o un amigo en el despacho. Terminaría por no hablar ya más. Pues la del adulterio era una institución igual de antigua, y yo estaba demasiado enamorada de él para no ceder: aceptaba ya las notas que Tomaso me hacía llegar mediante el portero, ya no rehuía su complicidad. Es más, una vez, al darle las gracias, lo compensé con unas monedas. Esa noche, sin embargo, permanecí despierta mucho tiempo: no dejaba de pensar en Lydia, que escribía a la dirección de Salvetti, el bedel. Cuando, exhausta, me quedé dormida al fin, soñé que era un perro a la puerta de una cocina. Me deleitaba con el suculento olor de la comida, las criadas me

arrojaban las sobras. Además, siempre encontraba algo en la basura, por eso ya no tenía hambre; saciada, me quedaba apaciblemente dormida.

—¡Francesco! —exclamé nada más despertarme—. He tenido un mal sueño, una pesadilla, ha sido una noche terrible.

Me daba cuenta de que le costaba creerme.

—Ahora, duerme —me dijo—, no pienses en eso y duerme.

Lydia me había dicho que, de jóvenes, es bonito encontrarse a escondidas. De jóvenes se miente fácilmente, me había dicho, es un juego. Hasta citarse en habitaciones de alquiler se ve como una aventura fantástica. Yo era una mujer hecha y derecha, por eso tenía que perder la costumbre de sonrojarme con tanta facilidad. Francesco era una persona influyente y tenía derecho a pretender que su mujer vistiera con elegancia. Aprendería a salir de casa con aire desenvuelto: «Me voy a la modista —diría—, me voy a la peluquería». Él me felicitaría, al volver a casa, como felicitaba Tomaso a Casimira, que lo esperaba con su vestido nuevo. Ya no me dolerían sus silencios, ya no le diría: «Ayúdame» o «quédate en casa conmigo». Entonces él pensaría, satisfecho, que de verdad me había convertido en una persona tranquila, seria y razonable, como él quería, y que las mujeres solo están contentas cuando tienen un vestido nuevo. «Es lo único que piden», concluiría él con cierta amargura. Cada día, Tomaso me diría «qué guapa eres» y «te amo» y todas esas cosas inefables que siempre me decía. Éramos jóvenes, nos reiríamos, recorriendo con la mirada las habitaciones de alquiler. Entonces, mientras Francesco me creería en la modista o en la peluquería, Tomaso empezaría a desabrocharme con devoción el vestido nuevo.

No, me rebelaba con furia, no quería que él me empujase a eso. Si el amor que tenía por Francesco podía mancillarse o decaer, todo en mí podía decaer, estaba segura. Por eso, si me rendía, lo perdería todo. No quería rendirme. Además, él no había querido rendirse, cuando yo le había suplicado que lo hiciera: era él quien me había dado el ejemplo de esa penosa intransigencia. Al aceptar sus razones, de paso había reforzado las mías. Hay que resistir, me decía a mí misma. Oía la voz monótona de la abuela insinuarse en

mi sueño, turbar los largos duermevelas que aplacaban mis afanes: «¿Y si no lo consigues?». «Me mato —le respondía yo—. Me mato.» Ese pensamiento me calmaba. Sentía que yacía en el lecho del río: el agua corría sobre mi cuerpo, verde, iridiscente y brillante. Los árboles y el cielo se reflejaban sobre mí. A través del agua, veía a Tomaso inclinarse hacia mí, llamarme angustiado, desesperado; pero yo no oía nada ya y sonreía sin responder. Luego veía el rostro de Francesco, severo y triste, sus ojos fríos. «Alessandra —decía bajito, y su voz me acorralaba con el agua—. Alessandra.» A su llamada me levantaba enseguida. Francesco caminaba por delante de mí y yo lo seguía, pero, al seguirlo, era un perro, un perro cansado cuyo viejo pelaje chorreaba agua.

Nunca dejaría de amarlo, ni siquiera en la muerte. Mi madre, en cambio, descansaba en el río, tendida con gracia. Entonces sentía que me embargaba un rencor furioso contra ella. Habría querido que se fugara con Hervey, que vivieran juntos, años y años, en la misma casa, en el mismo lecho. Quizá entonces ya no fuera capaz de levantarse por las mañanas con el paso ligero con el que bajaba la escalera para ir a la villa Pierce.

—Francesco —lo desperté, sacudiéndolo del brazo—. Francesco, escúchame.

Aunque humillada por tener que mostrarle la amarga urdimbre de mi sufrimiento, le dije:

—Te lo ruego, no duermas: estoy demasiado agitada, tengo miedo.

Soñoliento, preguntó:

—¿Qué ocurre, Sandra?

—Esta noche no soy capaz de estar sola. Ayúdame.

Él contestó:

—Cálmate, querida, que mañana tengo que madrugar.

Era como si estuviera ya en el vestíbulo, con el sombrero y el abrigo puestos, como en la fotografía. Se despedía de mí, oía cerrarse la puerta con fuerza. Era un desconocido, aunque compartiera mi lecho. Miré su cabeza oscura sobre la almohada blanca.

—Francesco —murmuré.

Me habría gustado recordarle ciertas noches, en los primeros tiempos de nuestro matrimonio, cuando nos amábamos hasta la madrugada, envueltos en el fresco aroma que entraba por la ventana abierta. Después, conversábamos, fumando, con la mente despierta y el cuerpo joven, libre y feliz. Hasta que las golondrinas venían a advertirnos, y entonces nos apresurábamos a apagar la luz, como si nos hubieran sorprendido en falta. Muchas veces, Francesco tenía que levantarse apenas una hora después, pero nunca se quejaba del sueño perdido. Quería decirle: «No duermas esta noche, tengo miedo, pierde una noche por mí, Francesco, te lo ruego: regálamela». Pero, cuando me volvía hacia él, lo encontraba ya dormido. Quizá todo habría sido distinto si hubiéramos tenido habitaciones separadas y yo no lo hubiera visto dormir.

Me incorporé sobre el codo y miré fijamente a Francesco, llamándolo desesperada: mis ojos eran apelativos dulces, ardientes palabras de amor. En la penumbra, consumidas por la intensidad de mi mirada, las facciones precisas de su rostro se desdibujaban. A veces, tenía la impresión, incluso, de que su perfil descarnado asumía la firmeza maciza del perfil de mi padre. Se parecía a él, estaba segura: era él. Espantada, me froté los ojos para ahuyentar esa alucinación. Intenté tranquilizarme, pensando que no tenían nada en común, salvo que los dos eran anchos de hombros. En verano, Francesco dormía sin la chaqueta del pijama, y sus hombros desnudos se veían como una alta muralla blanca, inexpugnable. Y, solo de verlos, yo sentía invadirme un temblor que me agitaba de pies a cabeza, cada vez más violento. Yo era un perro furioso, sentía ganas de clavar los colmillos, de morder. Espantada por tan terrible sensación, traté de calmarme, de dominar el terror que me suscitaba esa rabia maligna, de sumirme de nuevo en el dolor. Pero ahora era un perro rabioso: el perro rabioso estaba dentro de mí. Para disipar esa impresión, me esforcé por recordar que a los perros rabiosos les repugna el agua, y yo había bebido en abundancia la víspera. Pero ya no me calmaba ninguna consideración. Caminaba bordeando un muro interminable, tenía la lengua seca y la cabeza gacha. Al otro lado del muro oía el paso de mi madre, un paso ligero de muchacha.

«Nunca has sabido andar como yo», decía, burlándose de mí. La oía reír, pero no alcanzaba a verla. El muro me separaba de todo: de las casas cálidas y acogedoras, de las cocinas donde conseguía las sobras, hasta del recuerdo de mi madre. Ella reía con Hervey, justo al otro lado del muro. Yo avanzaba tenaz y paciente, olisqueando, buscándolos. Al fin los encontré. Bastó un mordisco, y los vi caer al suelo, heridos de muerte: yacían inmóviles en el tiempo de su juventud, en la castidad de su amor sin fin y sin culpa. Me habría gustado destrozarlos, destruirlos. Me ensañaba con las patas en el rostro de mi madre, en los ojos, pero era como arañar el rostro y los ojos de una estatua. Seguí arañando horas y horas, raspando, era como excavar la arena del río, el fango gris y duro. El cuerpo de mi madre asomaba entre el fango, intacto, con su vestido azul.

Me desperté sobresaltada. La primera luz, todavía fría, se colaba entre las persianas. Conocía toda la ceremonia del despertar: primero cantaba el ruiseñor, solo y audaz, después los gorriones y, al fin, con el sol, llegaban los chillidos desgarradores de las golondrinas. Hacía tiempo que me parecía no haber visto la claridad que anuncia la aurora. Por eso, tenía la certeza de que, también la larga noche nebulosa, en la que se refugiaba mi conciencia, estaba ya a punto de rechazarme. Debía aceptar que se iniciara el implacable sucederse de los días. Cada día oiría la puerta cerrarse detrás de Francesco, luego sonaría el teléfono y yo respondería a Tomaso. «No, no —decía—. Francesco, ayúdame.» Me latía la sangre en las sienes, el perro rabioso estaba dentro de mí, jadeante. «No, no», suplicaba mi madre, acudiendo sin aliento en mi auxilio. Su paso era rápido y suave, parecía bajar por una escalera. La abuela Editta se acercaba despacio, sujetándose la falda con la mano. Se detuvo junto a mi cama, con expresión triste, a la espera. Y, pese a que las amaba tiernamente, me quedé helada al verlas aparecer. Tenía miedo, quería retroceder, huir. Me embargaba un miedo horrible que ya no era capaz de contener. También Natalia Donati se acercaba despacio, sin hacer ruido. Era una niña con trenzas pelirrojas, su mirada enamorada brillaba detrás de las gafas. «Conocerás esto tú también», me había prometido, leyéndome las cartas de amor en el jardín polvoriento

de Prati. Parecía que no hubiera cambiado nada desde entonces. Solo llevaba en brazos a un niño pelirrojo y tenía los ojos abiertos de par en par por el miedo.

La luz se iba haciendo más intensa poco a poco, las golondrinas volaban alrededor de mi casa como en el patio de la calle Paolo Emilio, la larga noche había llegado a su fin. Dentro de poco tendría que levantarme y volver a empezar.

—Francesco —le imploré—, por favor, Francesco.

Sus hombros eran un muro interminable de piedra. Mi madre estaba sentada junto a mi cama, acariciándome el cabello, y su mano de aire no me traía frescor ni sosiego. Me acariciaba así cuando era niña y pasábamos el rato junto a la ventana. Le dije que me habría gustado ver, al menos una vez, los pavos reales de la villa Pierce. Y volver al Janículo con Francesco, volver a Villa Borghese.

—Francesco —le supliqué—, vamos a Villa Borghese.

Lo llamé, con el rostro reblandecido por las lágrimas, pero no me escuchaba. «Pero ¿y si no lo consigues?» Estaba de pie frente a la abuela, como la primera vez que la vi. «Si no lo consigo, me mato», murmuré, sin sombra de arrogancia ya.

Abrí el cajón y cogí la pistola. Estaba fría y dura, y mi brazo, exhausto por el peso, cayó en un lado de la cama. El cansancio y la desesperación se aplacaban dentro de mí, y también el perro rabioso se tranquilizaba. Sería difícil, mucho más difícil que cuando había transportado las bombas debajo de la verdura. Más difícil todavía que la noche en que le había cerrado la puerta a Tomaso ante su rostro angustiado. Pero, después, ya no dormiría al otro lado del muro, ya no iría a mendigar las sobras a las puertas de las cocinas. Tenía miedo. También mi madre y la abuela Editta tenían miedo. Compadecidas, seguían mis gestos, mi madre estaba pálida en su vestido azul. Las llamé, pero no me respondieron. Pensé una vez más en huir, en refugiarme en la vieja casa de los Abruzos. Encontraría al tío Rodolfo sentado a su mesa, en su despacho en calma, con el cuadro del gran árbol que encerraba mi nombre entre las ramas. El tío Rodolfo era un hombre de mi sangre, podía confiar en él. Era el único que podía tomarme en

brazos y sacarme de allí para llevarme a una cama con cortinas blancas, en la que podría descansar. En toda mi vida, había conocido a una sola persona en quien apoyarme, y era él. «Tío Rodolfo... —repetí—. Tío Rodolfo...» No vino. Estaba sola al otro lado de los hombros de Francesco, un muro lívido en la frágil luz de la aurora. Sentía al fin el frescor de la pistola fría en la sien. «*Tous mes adieux sont faits* —me dije, mirando a mi madre a la cara —. *Tous mes adieux...*»

—¡Francesco! —exclamé desesperada—. ¡Ayúdame, Francesco...!

Él apenas se movió.

—Duerme —murmuró—, estate tranquila, duerme. Mañana hablamos.

El perro rabioso saltó dentro de mí y se lanzó. Me abalancé sobre Francesco y le descargué la pistola en la espalda.

Enseguida vi manar la sangre sobre la sábana blanca. Me vacié de todo pensamiento. Luego lo llamé: «Francesco», sacudiéndolo suavemente, como hacía siempre para despertarlo.

—Francesco, te amo. Perdóname, perdóname, te amo.

No respondía, y entonces lo sacudí más fuerte.

—¡Respóndeme, Francesco! —grité aterrada—. ¡Respóndeme!

Seguía sacudiéndolo y, cuando paré, su cuerpo cayó pesadamente bocarriba.

—Francesco —supliqué con voz ahogada—. Amor mío, respóndeme. ¡Respóndeme!

Al fin salté de la cama, pidiendo auxilio a gritos salvajes. Abrí de par en par las ventanas y la puerta de casa, gritando socorro.

Los vecinos me encontraron de rodillas a su lado.

—Hagan algo —les dije—, no me responde. Hagan algo — supliqué.

Todos habían acudido en bata, despeinados, y permanecían en silencio a nuestro alrededor, apartándose, formando un corrillo de curiosidad y terror. Nos dejaron solos. Yo acariciaba la mano de Francesco, miraba su rostro serio, cerrado, inexorable, su mandíbula dura, y le hablaba con el amor arrebatador que siempre había sentido por él, desde el primer día.

—Respóndeme —le dije—, no hagas esto, te lo ruego, responde.

Llevé los labios a sus manos.

—Te amo —le dije ante la mirada horrorizada de la hija del portero.

Más tarde vino la policía.

El día del juicio, todas las mujeres me vituperaron. Acostumbrada al silencio y al aislamiento en el que había estado sumida once meses en la cárcel de Le Mantellate, me di cuenta por primera vez de las reacciones que había suscitado mi gesto. Hasta entonces, había creído que estas solo me concernían a mí, a mi vida, y a los guardianes de la ley. Sin embargo, cuando entré en la sala, las mujeres parecían satisfechas de desahogar un odio largamente reprimido. Algunas gritaban, veía sus rostros furiosos volverse hacia mi banco, en sus ojos no había una pizca de compasión ni de humanidad siquiera. Las contemplé, pasmada: al menos ellas deberían haber comprendido; pero, al contrario, se ensañaban contra mí. Las que fueron llamadas a declarar apenas me conocían, y pese a todo aseguraron que Francesco había sido un marido excelente. Las vecinas dijeron que los domingos siempre me traía pasteles. Durante su testimonio, Fulvia no se atrevió a mirarme ni una sola vez. Era mi única amiga, y lo que declaró causó mucha impresión. Dijo que yo nunca había valorado la suerte de haberme casado con un hombre honesto y leal, y que, es más, indiferente a dicho privilegio, solía acusar a Francesco de faltas imaginarias o nimias. Mi abogado se desvivió en mi defensa. Lo escuché aturdida, sumida en el dolor, hasta que comprendí que Fulvia no declaraba contra mí, sino contra la hija del droguero.

Luego les llegó el turno a los amigos de Francesco. Se acercaron a declarar serios y melancólicos, y todos me juzgaron con severidad pero sin resentimiento. Dijeron poco de mí y se extendieron hablando de Francesco. Me gustaba escucharlos, porque me convencía de haber tenido razón al enamorarme de él, era de verdad un hombre extraordinario. Cuando Alberto habló, el público lo escuchó conmovido. Después, las mujeres volvieron a

vituperarme, tanto que el presidente amenazó con desalojar la sala. Me habría gustado darle las gracias a Alberto con un gesto de la cabeza. Me pareció que la suya había sido una semblanza realmente sincera y digna. Pero él no me miró; nadie me miraba con cordialidad. De toda mi vida transcurrida, nada existía ya, salvo el momento en que disparé. Y, por lo demás, al oírla interpretada de tantas maneras, yo misma ya no reconocía mi propia vida. Se habló también de lo que había hecho durante el periodo de la odiosa invasión, y todos convinieron en admitir que mi valentía singular era otra prueba evidente de mi inconsciencia y de mi fría crueldad. Tomaso estaba en Inglaterra con su mujer, como corresponsal de su periódico. Leyeron su declaración, en la que hablaba de Francesco con respeto y de mí con devota admiración. Sin embargo, a este testimonio favorable no se le atribuyó valor alguno, pues por las aseveraciones del portero quedó claro que Tomaso había sido mi amante.

Después de la madre de Francesco, declararon algunos parientes míos. Habían llegado tarde por una indisposición de mi padre. Este entró del brazo de la tía Sofia, y su alta silueta, su cabello blanco y la triste enfermedad que sufría suscitaron de inmediato la simpatía de la sala. Pese al doloroso motivo que lo había llevado hasta allí, comprendí que estaba orgulloso de presentarse, al fin, como el personaje al que creía haber sido siempre fiel: el del hombre intransigente y rígido que no duda en sacrificar a su hija en obediencia a las leyes del Estado. Dijo, en efecto, que había sido extravagante ya desde niña y propensa a arrebatos de violencia. Sobre todo, me creía descerebrada y cruel. Estaba ciego, por lo que le resultaba fácil hablar sin reservas, como si yo no estuviera presente: supe así lo que pensaba de mí y que nunca se había atrevido a decirme en muchos años. Trató, no obstante, de justificarme diciendo que había recibido una educación equivocada, fruto de la naturaleza de mi madre. Mencionó su trágico final y, con su austera resignación, nos acusó a ambas, tanto es así que, al final, fue él, más que Francesco, el que suscitó compasión.

La tía Sofia se mostró insegura. Me miraba después de cada

pregunta, como esperando que le sugiriera lo que debía responder. Dijo que era una buena chica, pese a no ser religiosa. Me atribuyó otras muchas cualidades que yo no sabía poseer, entre las que se contaban la paciencia y el orden. Dijo, sin embargo, que en el tiempo que había pasado en los Abruzos, siempre había sentido un miedo inconfesado de mí: era incapaz de comprenderme, y solo intuía confusamente la violencia larvada de una rebelión en un carácter solitario y paciente como el mío. Como ejemplo de lo que decía, mencionó la fuerza con la que había matado al gallo, y la atención del tribunal se centró particularmente en ese episodio. Hablaron de mi abuela materna, que había sido actriz de teatro. Yo no entendía por qué se entretenían tanto en esos detalles inútiles.

Le llegó el turno a la abuela, y cuando pronunció el juramento, se hizo un silencio respetuoso en la sala. No había ido nunca a Roma, no había entrado nunca en un tribunal, y, sin embargo, subió al estrado con aplomo y se acomodó con su solemnidad natural. Desde allí, superando el espacio que nos separaba, buscó rápidamente mi mirada, y yo me oculté el rostro entre las manos. Se mostró despiadada en su acusación contra mi madre por el ejemplo de debilidad que me había dado. A continuación, habló de mí largo y tendido, de las condiciones especiales en las que había vivido y, sobre todo, de mi carácter, arrojando luz sobre los aspectos más ocultos, insistiendo en describir mi naturaleza dulce, leal y honesta, así como mi sensibilidad exacerbada. Conmovida, fui consciente de que era la única que siempre lo había entendido todo. En efecto, fue la única que declaró en mi favor.

Se pronunció así la sentencia más dura contra mí. Francesco había sido un hombre íntegro y no había hecho nada que la ley condenara. Durante el proceso, yo ni siquiera traté de defenderme. Si me hubiera sido posible desvelar, delante de tanta gente, todo aquello que me había ofendido en la vida, no habría sido Alessandra, sino otra persona. Y, entonces, también mi vida habría sido otra. No había sido capaz de hablar desde la primera vez que el juez me había interrogado, con aspereza y hostilidad, dictando después con frialdad al actuario. Me llevaron a una pequeña sala

gris del palacio de justicia que daba a una calle de Prati, semejante a los cuartos de las casas en las que había transcurrido mi infancia. Allí, reconfortada, empecé a hablar con confianza espontánea. Pero el juez no tardó en oponer un incrédulo sarcasmo a mi sinceridad, como hacía mi padre. Era muy difícil expresar en pocas palabras lo que me había llevado a actuar así y, sobre todo, citar hechos concretos. Mi madre solía decir que a las mujeres no se les dan bien los hechos concretos. Sentía que ese hombre haría oídos sordos a mis razones, como seguramente lo haría con las de las mujeres de su familia. Por eso, desde entonces he preferido siempre callar, aceptando mi entera culpabilidad.

También el abogado que me defiende, un hombre de los Abruzos designado por mi padre, sabe bien poco de mí. No me conocía de antes, ni yo me he sincerado con él en nuestras escasas conversaciones. Tuvo, pues, que atenerse a las causas tradicionales de otros gestos horribles semejantes al mío. Aludió a una infidelidad de Francesco y a una probable escena de celos, acontecida de noche, antes de los hechos. Habló incluso de una crisis inesperada de enajenación. También él, para justificarme, aludió al suicidio de mi madre y a algunos fenómenos hereditarios. Lo dejé hablar porque ese era su cometido y se entregaba a él con fervor.

Creo que, si hubiera tenido como abogado a una mujer, me habría sido fácil explicarme; igual que si, entre los componentes del tribunal, hubiera visto una figura femenina. En lugar de eso, aun percatándome de que mis silencios obstinados suscitaban indignación entre los presentes y alejaban de mí toda muestra de simpatía y de compasión, era incapaz de hablar. Si no había sido posible que me comprendiera el hombre que vivía a mi lado y al que amaba con todas mis fuerzas, si no había podido hablar con él, ¿cómo podría haberlo hecho con los demás? Por eso, indicando con un gesto de la cabeza que no tenía nada que replicar, acogí serenamente la condena por sustraerme a las normas que una larga tradición de la comunidad había establecido. Pero, nada más llegar aquí, a la cárcel, y mientras espero el desenlace de la apelación, he querido narrar la crónica exacta de este acontecimiento trágico,

porque me parece justo que pueda verse también del lado de quien lo ha vivido como protagonista. No sé si aquellos que me juzguen tendrán tiempo de leer esta memoria. Es larga, en efecto, porque infinitamente larga es también, día tras día, hora tras hora, la breve vida de una mujer; y rara vez es una sola causa la que la obliga a una rebelión inesperada.

En la paz severa de este lugar, me ha sido fácil rememorar mi historia, y escribirla ha sido incluso un alivio. Me he esforzado por exponerla objetivamente, también para disipar la desconfianza suscitada por mi silencio, que era, sin duda, uno de los motivos por los que mi madre y yo teníamos tan pocas amistades. Pienso que, tras leerla, un hombre podrá comprender más fácilmente mi gesto, aunque, por su naturaleza, no alcance a justificarlo. Por lo demás, si la sentencia se confirma y tengo que cumplir íntegra mi condena, no me lamento de tener que pasar tantos años encerrada en una celda, pese a mi juventud. Esta celda, por ejemplo, da a un patio al que acuden las golondrinas al atardecer. A esa hora, las monjas me llevan a tomar el aire y me dejan regar los geranios. Y, ahora ya, quien conoce estas páginas sabe que estar en silencio junto a una ventana es, desde los días más remotos de mi infancia, una de mis condiciones para la felicidad.

Además, Francesco viene a visitarme todas las tardes. Entra y, solo de verlo, siento que me embarga un inmenso bienestar. Ha perdido esa costumbre de mostrarse siempre presuroso y distraído que tanto me hacía sufrir. Se sienta enfrente de mí, en el sillón de casa, y me mira. Nunca se cansa de mirarme. Cada tarde, disfrutamos del encanto de conversar juntos y de desvelarnos, como en los primeros tiempos. Él es ahora, en resumen, como yo siempre había soñado que fuera. Por eso, sospecho que solo el gesto violento que cometí le ha otorgado la conciencia de su amor y la capacidad de reconocerme tal y como, amada por él, había ambicionado ser.

Apéndice a «Una esposa ejemplar»

Con el título *Prólogo a «Una esposa ejemplar»* (1994), el archivo conserva el manuscrito mecanografiado de la nota introductoria de Alba de Céspedes, prevista para la edición de 1994 de la obra. Ernesto Ferrero le propuso a la autora que escribiera «una nota de 1994» para «recordar cómo nació el libro, en qué contexto, etcétera; cómo lo ve y lo percibe usted hoy, en el conjunto de su obra; qué reacciones, de la crítica y del público, encontró entonces, etcétera». Estaba previsto que la entregara al final de agosto (carta de Ernesto Ferrero a Alba de Céspedes, con fecha de 31 de mayo de 1994). El 15 de septiembre de ese mismo año, Ernesto Ferrero escribe a De Céspedes que le agradece las páginas escritas pero que, puesto que «el libro se ha entregado a la imprenta en estos días, y no he querido detenerlo» para no retrasar su publicación, tiene intención de proponérselo a la prensa (la correspondencia con Ernesto Ferrero se conserva en el archivo). En efecto, dicho escrito saldrá publicado en las páginas de *Il Corriere della Sera*, con el título «Cuando Italia perdió sus ilusiones», el 20 de octubre de 1994.

Prólogo (1994)

Este libro es la historia de un gran amor y de un crimen. Cuando lo escribí, no sabía cómo terminaría. Pero, en esa época, yo creía por completo en la eternidad del amor. Creía también en muchas otras cosas cuya inconsistencia ha dejado patente la realidad que me rodea. Habían transcurrido solo cuatro años desde el final de la guerra, y, junto con otros italianos e italianas, yo también había creído que la solución a todos nuestros problemas era el fin del fascismo.

Aunque tenía más de treinta y cinco años, lo ignoraba todo de los mecanismos económicos que habían desencadenado las dos guerras mundiales. Este libro fue también para mí una toma de conciencia sobre el entusiasmo que tan ingenuamente me había guiado en la lucha por la libertad y en el convencimiento de que era posible vivir el amor como una aventura sin límites y sin ambigüedades.

Ya en esos años, entre 1946 y 1949, estas convicciones empezaban a resquebrajarse. El amor que me habitaba ardientemente cuando crucé la línea de fuego y durante la elevada solidaridad generada por el espíritu de la Resistencia empezaba a enfriarse en contacto con la vida, que volvía a ser banal y sujeta a compromisos. Sentía cernirse sobre mí la amargura, también en lo que respecta a mi vida pública. La revista *Mercurio*, que había fundado en 1944 y de la que también era directora, dejó de publicarse en 1948. El financiador de la revista, que me había concedido carta blanca, habida cuenta de la situación particular del país ligada a la guerra, a la que siguió el llamado Giro de Salerno,[1]de pronto me propuso dar un vuelco hacia un riguroso atlantismo. Descubrí entonces cuán tolerante es el poder mercantil en un principio, y cómo se sirve después de los órganos de prensa

en cuanto adquieren el seguimiento de un número considerable de lectores. Me negué.

Solo en algunos corazones viejos puede aún persistir la desilusión ligada a la pesadumbre de esos años, cuando empezamos a darnos cuenta de que la lucha, la cárcel y, para tantos, la muerte no habían servido más que para hacer de Italia un protectorado norteamericano. Un manto de pesadumbre lo cubrió todo. El fascismo, con su arrogancia y su teatralidad, había dejado paso a una clase dirigente indigna de confianza y ávida de servilismo. ¿Esos éramos nosotros? ¿Era eso lo que nos esperaba? Recuerdo el día en que un presidente del Consejo provocó el entusiasmo del Senado, blandiendo un cheque americano cual bandera. Yo no era consciente todavía, pero esa había pasado a ser nuestra bandera. Los reproches que me hacía a mí misma por mi situación privilegiada, que me permitía despreciar el clientelismo político y el sometimiento al sistema, no me impedían preguntarme: «¿Para esto servía entonces disfrazar de heroísmo las ambiciones que animaron a los combatientes por la libertad?».

Yo no podía saber aún hasta qué punto de corrupción podría llegar la nación italiana, pero lo presentía. Veía a los protagonistas políticos de la Resistencia envilecerse y apagarse poco a poco en la aceptación de los ritos de la democracia parlamentaria. La tragedia se estaba convirtiendo en comedia. Mi país de adopción salía de la Historia, y mi país de origen —Cuba— preparaba su reingreso, aunque no ocurriría hasta cerca de diez años más tarde.

Por otra parte, la aversión por las ataduras que impedían a las mujeres expresar su voluntad de acción me resultaba una carga cada vez más pesada. Ya había expresado esa aversión en mi primera novela, *Nadie vuelve atrás*, pero ya no tenía veintisiete años, como en la época de la publicación del libro. La experiencia de la guerra y del compromiso político habían hecho aún más intolerables esas ataduras. La igualdad entre hombre y mujer frente al peligro y la muerte era ya evidente para mí.

Cruzar las líneas del frente en el río Sangro reforzó irrevocablemente esta convicción. Yo sabía ya que un hombre puede temblar y una mujer permanecer impávida durante un

bombardeo de artillería. La documentación histórica me pondría al tanto después del inmenso sacrificio que habían hecho las mujeres combatientes, tanto antifascistas como fascistas. Me exasperaba, pues, que la vuelta a la normalidad me devolviera a la condición de subalterna que la sociedad me asignaba por el hecho de ser mujer.

Solo una mujer podía comprender en ese tiempo lo irritante que era sentirse bajo tutela. La libertad de la que yo disfrutaba, por mis éxitos literarios, confirmaba, como la excepción confirma la regla, la realidad de la condición femenina. Para una joven de hoy, quizá sea difícil comprender todo esto, pues una nueva economía, fundada durante más de treinta años en el estímulo de la demanda de bienes materiales, ha abierto a las mujeres la puerta del trabajo retribuido tanto en el sector privado como en la función pública. La conquista de algunos derechos fundamentales hará que muchas de mis lectoras no entiendan cuál habría sido su suerte en 1948. Uno de esos días, me encontraba en Milán, en la editorial Mondadori. Mi editor me pidió información sobre mi nueva novela, y yo se la di, con la dificultad que encuentra todo autor para hablarle a su editor del libro que está escribiendo. En un momento dado, le dije que se trataba de una historia de amor, pero vista desde la perspectiva de ella. El genial Arnoldo me interrumpió gritando, con el semblante iluminado: «¡Desde la perspectiva de ella... *Dalla parte di lei!*». Y así fue como se decidió el título.

Llevaba ya un año viviendo en Washington, en la embajada de Italia, adonde había seguido a mi marido. Parte del libro la escribí allí. En el momento de su publicación, yo estaba aún en Estados Unidos y no pude seguir ni el lanzamiento del libro ni las reacciones de la prensa. Qué diferencia con *Nadie vuelve atrás*, cuyo lanzamiento fue para mí una experiencia muy cercana al entusiasmo... Estuve en Estados Unidos hasta 1952. La columna con la que colaboré en el semanario *Epoca* se llamó también *«Dalla parte di lei»*. Abandoné sin pesar la América de McCarthy de esos primeros años de guerra fría, rumbo a la Unión Soviética, adonde habían trasladado a mi marido.

En mis breves estancias en Italia, encontraba el país al que

tanto amaba sepultado bajo una capa de plomo. Aún no se había producido el «milagro económico», y mi lejanía me hacía doloroso descubrir, cada vez más, que Italia había perdido su independencia y su relevancia política. Con la mejora de las condiciones económicas, la década de 1960 daría a muchos italianos la ilusión de la libertad. Tal vez mi juicio pueda parecer severo, pues en esa década y en la siguiente, lucharon en Italia numerosos hombres y mujeres para que se les reconocieran derechos fundamentales. Las victorias conseguidas por las mujeres italianas en el terreno de la equiparación de sus derechos y de la retribución de su trabajo no pueden dejarme indiferente, como tampoco puede hacerlo la batalla ganada por el derecho al divorcio.

Mi ascendencia cubana me exhorta, sin embargo, a no separar la política interior de un país de su política exterior, así como a privilegiar su independencia y la legitimidad de su Gobierno como garantías superiores de su libertad. Esto es lo que he podido aprender del ejemplo heroico de la muerte en combate de mi abuelo, Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, padre de la patria cubana y liberador de esclavos, así como de las enseñanzas de mi padre, Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada, presidente de la República de Cuba, muerto en 1939. Sus palabras al respecto me sorprendían cuando las escuchaba siendo aún una mujer joven e inexperta. Las pruebas de la vida se encargarían de aclararme el sentido de estas, cuando me decía que, en defensa de la libertad y de los intereses de la patria, los ciudadanos podían llegar a afrontar la reclusión y la muerte. Hoy, Cuba, mi patria (tengo doble nacionalidad, como toda cubana casada con un extranjero), está estrangulada por un bloqueo económico inicuo que dura ya treinta años, y su noble e intachable guía, ridiculizado y desacreditado por los mercenarios de la prensa occidental.

Hoy, siendo ya una mujer en el ocaso de su vida, vuelvo siempre al recuerdo de los años de mi juventud, con sus fervientes esperanzas. Entonces no podía entender que la libertad de los ciudadanos pudiera conciliarse con la pérdida de la independencia de la nación, ni que una nación pudiera reducirse a ser la filial de un supermercado.

Con los años, he creído entender el grado de ilusión que encierra el término mismo de *libertad*. He visto a Cuba conquistar su independencia política en 1959 al precio de la sanción económica más feroz, impuesta al país por atreverse a tan altas aspiraciones. He visto a Italia perder su independencia en 1945 en nombre de una libertad cuyo sentido me pregunto hoy y en el momento en que la crisis que desequilibra la economía mundial pone en cuestión tanto la unidad de la nación como la prosperidad y el trabajo de los italianos. Me pregunto también qué sentido tiene el amor y si hablar de él no es una hipocresía o una prueba de debilidad. Puedo decir que, para una mujer, la fuerza del amor emerge siempre, hasta de las vicisitudes más decepcionantes, como de una fuente inextinguible.

Pese a su trágico final, este libro pretendía oponerse a la idea de que el amor es una ilusión.

Epílogo
Por Elena Ferrante [1]

Cuando era muy joven aspiraba a escribir exhibiendo un pulso viril. Me parecía que todos los escritores de gran nivel eran varones y, por tanto, que se debía escribir como un verdadero hombre. Después me puse a leer con mucha atención la literatura de las mujeres y abracé la tesis de que debía estudiar y sacar provecho de cada fragmento en que se reconociera una especificidad literaria femenina. Pero desde hace tiempo me he quitado de encima preocupaciones teóricas y lecturas y me he puesto a escribir sin preguntarme más qué debía ser: masculina, femenina, de género neutro. Me he limitado a escribir leyendo en cada caso libros que me sirvieran no de agradable sino de buena compañía mientras escribía. Dispongo de una lista considerable, los llamo «libros de estímulo»; uno de ellos es *Una esposa ejemplar*, de Alba de Céspedes.

Leí esta novela por primera vez cuando tenía dieciséis años. Como suele suceder con los libros que nos influyen en nuestra juventud, recordamos pasajes de acuerdo a nuestras necesidades. Hablo sobre todo de las primeras ciento cincuenta páginas, que contienen el relato de una relación madre-hija y, más en general, un catálogo de las relaciones entre mujeres que es memorable. Cuando leí aquellas páginas en la etapa de adolescencia me gustaron muchísimas cosas, otras no las entendí, otras me incomodaron. Pero lo importante fue la lectura conflictiva a que dio lugar, no conseguí identificarme de veras con la joven Alessandra, la narradora en primera persona. Sin duda, me conmovió mucho la relación entre ella y Eleonora, su madre, pianista a la que un marido vulgar le corta las alas. Sin duda, me reconocí en los momentos en que Alessandra describía su vínculo profundo con la madre. Pero me molestó su aceptación

incondicional de la pasión que Eleonora sentía por el músico Hervey; es más, el apoyo de Alessandra me pareció empalagoso e improbable, me indignó. Yo hubiera luchado con todas mis fuerzas contra un hipotético amor extraconyugal de mi madre, incluso la mera sospecha me enfurecía, me ponía mucho más celosa que su amor indudable por mi padre. En una palabra, no entendía, tuve la impresión de saber sobre Eleonora más de lo que podía intuir su hija. Y lo que marcó la diferencia entre yo, lectora, y la narradora en primera persona fueron precisamente las páginas sobre el vestido preparado para el concierto con Hervey. Me parecieron deslumbrantes y todavía hoy me gustan muchísimo, forman parte de un texto que considero de una gran inteligencia literaria.

Veamos, pues, si no les importa, la historia de ese vestido, que tiene un desarrollo articulado. Eleonora posee talento artístico pero, apocada por el papel de esposa de un hombre vulgar, queda reducida a una apariencia desvaída de mujer muy sensible y sin amor. También su madre, la abuela de Alessandra, desperdició su vida: austriaca, actriz de talento, se casó con un artillero italiano y hubo de enterrar en una caja los velos y las plumas de sus trajes de Julieta, de Ofelia, en una palabra, el destino también la llevó a renunciar a su talento. Pero Eleonora, próxima a los cuarenta años, que va de casa en casa para dar clases de piano, recala en una rica mansión donde enseña a una niña llamada Arletta y conoce a su hermano, el misterioso músico Hervey, del que se enamora. El amor le devuelve el talento, las ganas de vivir, la ambición artística, tanto es así que decide dar un concierto con Hervey. Y ahí surge el problema del vestido. ¿Con qué traje tocará Eleonora en el concierto de su liberación en la rica casa de Arletta y Hervey?

Cuando era una lectora adolescente me acongojaba a cada línea. Me gustaba que el amor fuera tan importante en esa novela. Sentía que era verdad, no se puede vivir sin amor. Pero al mismo tiempo percibía algo que no encajaba. Me angustiaban los trajes en el armario de Eleonora, reconocía en ellos algo que sabía. «Eran todos de colores neutros —escribía Alba de Céspedes dando voz a Alessandra—, avena o gris; dos o tres eran de seda salvaje, con un triste cuello de encaje blanco: vestidos de anciana. [...] Los

vestidos colgaban sin gracia de las perchas. “Parecen mujeres muertas, mamá...”, le dije bajito.» Ahí está: la imagen de los trajes como mujeres muertas colgadas de las perchas debió de encajar bien con mi sentimiento secreto de los vestidos, la utilicé a menudo, la sigo utilizando. Un par de páginas antes, había otra que introduje enseguida en mi léxico y se refería al cuerpo evanescente de Eleonora enamorada: «Era tan delgada que su vestido parecía cubrir solo una bocanada de aire». Qué real era aquel vestido animado únicamente por la bocanada de aire. Leía. Leía con avidez para ver cómo acababa aquello. ¿Qué vestido se pondría Eleonora? Ella se irritaba, iba a la cómoda, sacaba una caja grande. Los ojos de Alessandra, su hija, no se despegaban de la madre: «Estaba atada con unos cordeles muy viejos, que mamá rompió de un tirón. Cuando levantó la tapa, aparecieron velos rosados y azules, plumas y cintas de raso. No me imaginaba que poseyera tamaño tesoro, por eso la miré atónita, y ella volvió los ojos al retrato de su madre. Comprendí que se trataba de los velos de Julieta o de Ofelia, y toqué las sedas con devoción. “¿Cómo podríamos renovar los vestidos?”, me preguntó cavilosa.» Me acongojaba. El vestido de la liberación llegaba por línea materna; gracias a la sabiduría de modista de una ruidosa vecina, Fulvia, el vestuario de la madre actriz de Eleonora se transformaba en traje de concertista, ornamento para aparecer hermosa ante Hervey. Eleonora guardaba los vestidos neutros de su papel de esposa y usaba velos azules para hacerse un vestido de color, de mujer enamorada, de amante. Aquello me preocupaba. No entendía la actitud alegre de Alessandra, la hija. Leía y sentía que las cosas no saldrían bien, me asombraba que aquella muchacha de dieciséis años —mi edad— no sospechase nada. No, yo no era jubilosamente ciega como ella. Percibía la tragedia de Eleonora. Sentía que ese cambio de los vestidos neutros a los de color no mejoraría su condición. Al contrario, cuando Alessandra exclamaba, dirigiéndose a Fulvia, la vecina-modista: «¡Tenemos que hacerle a mi madre un vestido con los velos de Ofelia!», yo tenía la certeza de que la tragedia era inminente. El vestido nuevo con las telas viejas del teatro no salvaría a Eleonora. La madre de Alessandra —estaba claro— se

suicidaría, seguramente moriría ahogada.

Y, en efecto, así ocurría: Alessandra no entendía, yo sí. La necesidad de ofrecer la propia belleza al hombre amado no me sonaba liberadora, sino siniestra. Exhibiendo su cuerpo semidesnudo a la vista de la hija y la vecina, Eleonora decía: «Cada vez que llego, y él me mira, me gustaría ser tan guapa como las mujeres de los retratos». El pasaje seguía así, en boca de Alessandra: «Se levantó y corrió a abrazar a Lydia, a Fulvia y luego a mí; luego se acercó de un salto al espejo y se observó un momento. "Ponedme guapa —dijo llevándose las manos al corazón —. Ponedme guapa"».

«Ponedme guapa.» Cuánto lloré por aquellas palabras. La frase se me quedó grabada como un grito no vital sino mortuorio. Ha pasado el tiempo, han cambiado muchas cosas, pero la necesidad que manifiesta la Eleonora de Alba de Céspedes sigue pareciéndome desesperada y, por ello, significativa. Recorramos los pasajes tal como los sentí en esa primera y lejana lectura, como los sigo sintiendo ahora. Eleonora, impulsada por el amor, decide despojarse de los trajes del castigo, del sufrimiento. Pero el único traje alternativo con el que se encuentra es el del teatro que heredó de su madre, el traje del cuerpo femenino valorizado y exhibido. Fulvia, la modista, se lo confecciona y ella lo utiliza para emperifollarse y ofrecerse a un él distraído: un traje de Julieta, un traje de Ofelia, un traje para mortificarse no menos que lo que mortifican los trajes neutros, los trajes de papeles de esposa y madre que anulan. Esto sabía, esto me parecía saber desde siempre. Sabía que no solo los trajes castigados del armario hogareño de Eleonora, sino también los utilizados para exhibirse, son vestidos que cuelgan de las perchas como mujeres muertas. A Alessandra le hizo falta todo el libro para comprenderlo. Demasiado tarde: igual que su abuela, igual que su madre, ella también acababa muerta. No sé cómo lo había intuido yo en los trajes de mi madre, en su pasión por ponerse guapa, y esa intuición me atormentaba. No quería ser así.

Pero ¿cómo quería ser? Ya de adulta, cuando me encontraba lejos y pensaba en ella, buscaba el camino para comprender en qué

tipo de mujer podía convertirme. Quería ser guapa, pero ¿cómo? ¿Es posible que por fuerza hubiera que elegir entre opacidad y vistosidad? ¿Acaso esos dos caminos no conducen al mismo vestido sojuzgado, el terrible vestido de Hervey, el que llevas puesto siempre, de todas formas, y no hay modo de quitarse? Me agitaba en busca de mi propio camino de rebelión, de libertad. ¿Acaso ese camino era, como Alba de Céspedes hacía decir a Alessandra con una metáfora quizá de origen religioso, aprender a llevar no vestidos —esos ya vendrán luego como consecuencia— sino el cuerpo? ¿Y cómo se hacía para llegar al cuerpo más allá de los trajes, el maquillaje, las costumbres impuestas por ese ponerse guapas común a todas?

No he encontrado una respuesta clara. Pero hoy sé que mi madre, tanto en la opacidad de las tareas del hogar, como en la exhibición de su belleza, expresaba una angustia insoportable. Había un solo momento en que me parecía una mujer en tranquila expansión. Era cuando inclinada, con las piernas juntas y levantadas, los pies en el travesaño de su vieja silla, rodeada de retales deshilachados de tela, imaginaba trajes salvadores y avanzaba con aguja e hilo uniendo una y otra vez las piezas de sus tejidos. Esa era la hora de su verdadera belleza.

Notas

1. «Quiero irme a Sorrento», en dialecto napolitano. *(N. de la t.)*

1. Con esta expresión (en italiano, *«la Svolta di Salerno»*), se designa el cambio de línea política iniciado, en marzo de 1944, por Palmiro Togliatti, secretario del Partido Comunista Italiano, a instancias de la Unión Soviética, con el fin de llegar a un acuerdo entre los partidos antifascistas, la monarquía y el general Pietro Badoglio. En un discurso pronunciado en la ciudad de Salerno, Togliatti se declara favorable a la formación de un Gobierno de unidad nacional. *(N. de la t.)*

1. Texto adaptado de: Elena Ferrante,*La frantumaglia*, trad. Celia Filipetto (Lumen, 2017).

Una esposa ejemplar
Alba de Céspedes

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Dalla parte di lei*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Leonardo Baldini / Arcangel

© Arnoldo Mondadori Editore SpA, Milán, 1949
© Mondadori Libri SpA, Milán, 2015

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2023

Del epílogo, © 2003, *La frantumaglia*, by Edizioni E/O; © 2017, Celia Filipetto Isicato por la traducción, © 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U (Barcelona)

De la traducción del poema de Edgar Allan Poe, Javier Calvo, 2023

Este libro ha sido traducido gracias a una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación Internacional italiano

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

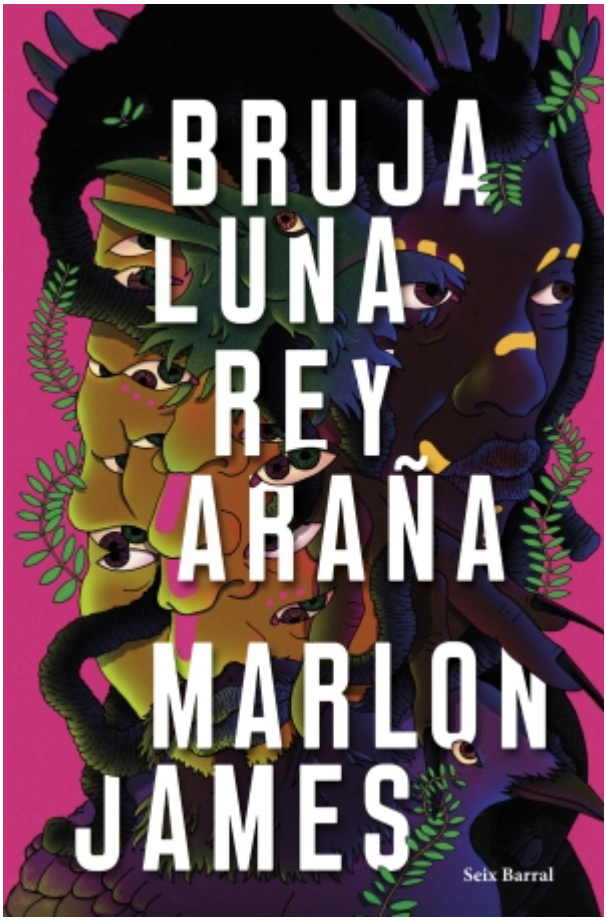
Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2023

ISBN: 978-84-322-4277-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!



Bruja Luna, Rey Araña

James, Marlon
9788432242748
864 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La segunda entrega de la trilogía con la que Marlon James,

ganador del Booker Prize, ha dado la vuelta al género fantástico.

«Mucho más adictiva e imaginativa que su predecesora. Como Tolkien colocado de ayahuasca.» **The Observer**
«Las escenas de lucha de Marlon James hacen que las películas de Quentin Tarantino parezcan tranquilas en comparación. Sogolon es una heroína turbadora y apasionante.» **The Washington Post**
«Un libro imprescindible que funciona por sí solo o como secuela. De lectura obligada.» **NPR**

En *Leopardo Negro, Lobo rojo*, Sogolon, la Bruja Luna, demostró ser un personaje secundario fascinante: una hechicera de 177 años con sus propios intereses, que supo encandilar al público lector y que fue un digno adversario para el Rastreador durante la búsqueda del misterioso niño desparecido. En *Bruja Luna, Rey Araña*, ha llegado su turno: Sogolon adquiere el protagonismo y ofrece su propia versión de lo ocurrido, su propio relato de lo que le sucedió al niño, de cómo planeó y luchó, triunfó y fracasó en esa búsqueda. Pero esta novela es también la historia de una enemistad de un siglo entre Sogolon y Aesi, el canciller del rey, un personaje oscuro, letal y poderoso, a quien no es fácil desafiar. Sogolon lo hace por sus propios motivos.
En un giro narrativo brillante, *Bruja Luna, Rey Araña* muestra la historia contada en *Leopardo Negro, Lobo Rojo* desde la perspectiva de esta mujer indomable que no se inclina ante ningún hombre, mientras ahonda en la lucha que se desarrolla en el interior del imperio.

Cómpralo y empieza a leer

Libro de la guerra

Hernández, Miguel
9788432242762
376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cómo cambió la guerra a Miguel Hernández?La primera antología que recorre, a través de su obra y otros textos, el compromiso político del poeta y la profunda transformación ideológica y literaria que supuso el conflicto.

La guerra civil y los primeros años de la dictadura franquista atravesaron la vida y la obra de Miguel Hernández. Por su evidente reflejo en lo que escribió —a raíz del golpe de estado planteó un viraje en su obra, hasta entonces al margen de las motivaciones políticas— y por sus consecuencias en su propia biografía: la afiliación al PCE en los días iniciales de la guerra, su nombramiento como comisario político y su presencia activa en varios frentes, su viaje a la URSS y más tarde, iniciada la dictadura, su detención y condena, su encierro en varias cárceles y su muerte por tuberculosis en el penal de Alicante.
Miguel Hernández pasaba el verano de 1936 en su Orihuela natal. Trabajaba en Madrid con José María de Cossío, colaborando en los proyectos editoriales del escritor, y había logrado introducirse en los círculos culturales de la época: acababa de publicar su libro de poemas *El rayo que no cesa*, contaba con la amistad de Vicente Aleixandre y la admiración de Juan Ramón Jiménez. La guerra transformó su escritura: mantuvo el diálogo con los clásicos del Siglo de Oro —en sus poemas y obras de teatro no "rebaja" la exigencia lingüística— pero se abrió a otros asuntos, priorizó lo que considera urgente, y se inició en la escritura de artículos de opinión y crónicas periodísticas.
Libro de la guerra es una antología que, a partir de la propia obra de Miguel Hernández (poesía, cuentos, teatro) y otros textos personales relacionados de forma directa o implícita con la guerra civil, como cartas, documentos y fotografías, recorre la profunda transformación ideológica y literaria que sufrió el poeta conforme el

conflicto iba ganando terreno en España. La meticulosa edición y el prólogo de la misma ha corrido a cargo de la escritora, poeta y editora Elena Medel.

Cómpralo y empieza a leer

El peligro de estar cuerda

Montero, Rosa
9788432240782
360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una apasionada defensa del valor de ser diferente.

Partiendo de su experiencia personal y de la lectura de numerosos libros de psicología, neurociencia, literatura y memorias de grandes autores de distintas disciplinas creativas, Rosa Montero nos ofrece un estudio apasionante sobre los vínculos entre la creatividad y la inestabilidad mental. Y lo hace compartiendo con el lector numerosas curiosidades asombrosas sobre cómo funciona nuestro cerebro al crear, desmenuzando todos los aspectos que influyen en la creatividad, y montándolos ante los ojos del lector mientras escribe, como un detective dispuesto a resolver las piezas dispersas de una investigación.
Ensayo y ficción se dan la mano en esta exploración sobre los vínculos entre la creatividad y la locura, y así el lector asistirá en directo al mismo proceso de la creación, descubrirá la teoría de "la tormenta perfecta", esto es, que en el estallido creativo confluyen una serie de factores irrepetibles, químicos y situacionales, y compartirá la experiencia personal de cómo Rosa Montero vivió en directo, y durante años, muy cerca de la locura.
El peligro de estar cuerda habla de que "las hadas" nos dan un don, y nos hacen pagar un precio por él; los normales no pagamos ese duro precio, pero corremos el riesgo de morir de tedio, en lugar de morir de amor. «Como en todo, la clave está en el equilibrio entre el porcentaje de desapego y el de sentimiento, en lograr cierta armonía entre el yo que sufre y el yo que controla», dice la propia autora.

Cómpralo y empieza a leer

La ridícula idea de no volver a verte

Montero, Rosa
9788432215803
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Éste es un libro sobre la vida... apasionado y alegre, sentimental y burlón.» ROSA MONTERO

Cuando Rosa Montero leyó el maravilloso diario que Marie Curie comenzó tras la muerte de su esposo, y que se incluye al final de este libro, sintió que la historia de esa mujer fascinante que se enfrentó a su época le llenaba la cabeza de ideas y emociones. La ridícula idea de no volver a verte nació de ese incendio de palabras, de ese vertiginoso torbellino.

Al hilo de la extraordinaria trayectoria de Curie, Rosa Montero construye una narración a medio camino entre el recuerdo personal y la memoria de todos, entre el análisis de nuestra época y la evocación íntima. Son páginas que hablan de la superación del dolor, de las relaciones entre hombres y mujeres, del esplendor del sexo, de la buena muerte y de la bella vida, de la ciencia y de la ignorancia, de la fuerza salvadora de la literatura y de la sabiduría de quienes aprenden a disfrutar de la existencia con plenitud y con ligereza.

Vivo, libérrimo y original, este libro inclasificable incluye fotos, remembranzas, amistades y anécdotas que transmiten el primitivo placer de escuchar buenas historias. Un texto auténtico, emocionante y cómplice que te atrapará desde sus primeras páginas.

Cómpralo y empieza a leer

Días sin ti

Sastre, Elvira
9788432235214
264 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Dos historias de amor truncadas, una por la vida y la otra por la muerte.

Días sin ti es una historia de complicidad a través del tiempo, la de una abuela y su nieto. Dora, maestra en tiempos de la República, comparte con Gael la historia que la ha llevado a ser quien es. Con ternura, pero con crudeza, confiesa sus emociones a su nieto escultor, un joven con una sensibilidad especial, y le brinda, sin que éste lo sepa todavía, las claves para reponerse de las heridas causadas por un amor truncado.
A través de la reflexión y de lo que enseña la melancolía, esta novela transita esos caminos por los que todos, en algún momento, tenemos que pasar para comprender que la vida y el amor son sublimes precisamente porque tienen un final.

Cómpralo y empieza a leer